

P Span 331.10



Harvard College Library

FROM

Harvard Law Library





REVISTA DE ESPAÑA



REVISTA

DE ESPAÑA

VIGÉSIMO QUINTO AÑO

TOMO CXXXIII.—ENERO Y FEBRERO

MADRID

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN | EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ
Calle de Santa Catalina, núm. 5. | Olmo, núm. 4.—Teléfono 1.114.

1892

Harvard College Library
Dec. 24, 1914
Transferred from
Harvard Law Library.

2131-18
-8

PSpan 331.10

BOUND JAN 21 1915

4803 13004

Plpian 331.10

AÑO XXV

15 de Enero.

TOMO CXXXVIII

261
12

NUMERO 547

CUADERNO 1.º

REVISTA DE ESPAÑA

SUMARIO

	Páginas.
I.—LA LEYENDA DE TEODORICO, por <i>D. José J. Herrero.</i>	5
II.—LA GUERRA FRANCO-GERMANA EN 1870, por <i>Don Clemente Domingo Mambrilla.</i>	13
III.—UN LIBRO PRECIOSO, por <i>D. Rafael Delorme Salto.</i>	19
IV.—LAS MANIFESTACIONES SOCIALISTAS DEL 1.º DE MAYO, por <i>D. Cristóbal Botella.</i>	32
V.—EL JESUÍTA, por <i>D. Bernardino Martín Minguez.</i>	45
VI.—LAS TRES HERMANAS (Cuento), por <i>D. M. Walls y Merino.</i>	57
VII.—NUESTRA AGRICULTURA Y GANADERÍA, por <i>Don R. Becerro de Bengoa.</i>	65
VIII.—REVOLUCIONES REACCIONARIAS, por <i>D. C. Ruiz Martínez.</i>	94
IX.—HISTORIA DE LA FRANCMASONERÍA, por <i>D. Nicolás Díaz y Pérez.</i>	100
X.—CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR, por <i>D. M. Tello Amondareyn.</i>	116
XI.—CRÓNICA EXTERIOR, por <i>D. L. Calzado.</i>	121

(DERECHOS RESERVADOS.)

MADRID
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Santa Catalina, núm. 5.

1892

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales, el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

LÍNEA DE COLÓN.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto Rico.

Un viaje mensual saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa Firme y Colón.

LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina y Japón.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada cuatro viernes á partir del 10 de Enero de 1890, y de Manila cada cuatro martes, á partir del 7 de Enero de 1890.

NEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Enero de 1890.

NEA DE FERNAN —Con escalas en las Palmas, Río de Oro, Dakar y Mo
Un viaje cada t , saliendo de Cádiz.

SERVICIO DE ÁFRICA **NEA DE MARRUECOS.**—Un viaje mensual de Barcelona
salido de Barcelona con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Lara
diz, Tánger, Lara t, Casablanca y Mazagán.

SERVICIO DE TÁNGER.
tres salidas á la semana: de Cádiz
para Tánger los , miércoles y viernes; y de Tánger
para Cádiz los l y sábados.

Estos vapores admiten á los pasajeros con las condiciones más favorables, á quienes se les da alojamiento muy cómodo y á muy esmerado, y se les acredita en su dilatado servicio. Re-
ta á familias. Precios reducidos para camarotes de lujo. Re-
as por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios
eciales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facul-
de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comer-
ntes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los
stinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que
este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puer-
del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y
Sres. Ripoll y Compañía, Plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación
la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía*
asatlántica, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez
Compañía.—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de
Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y
Compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.

LA LEYENDA DE TEODORICO

En los distintos poemas de la Edad Media, la figura de Teodorico (Dietrich) aparece circundada de tales cualidades que en frente de ella, las figuras de los héroes más arraigados en las tradiciones populares, resultan pálidas, y que su espíritu llena, por sus esfuerzos, las jornadas más sangrientas, y los empeños más arriesgados.

En todas las narraciones de aquella Edad brilla Teodorico con las condiciones que más podían seducir el espíritu salvaje de sus contemporáneos. El prestigio de su carácter en el ánimo de aquellas razas se adorna con las notas que en concepto de ellas constituían la perfección suma.

A través del tiempo, conservada por la tradición y llevada de boca en boca entre las convulsiones de aquel cielo bárbaro, su historia toma caracteres de epopeya y sus hechos los más sencillos aspectos de hazaña. Cada generación pasa, suma á su historia un detalle nuevo y le añade, para aumentar el prestigio del héroe, un portento, una virtud ó una maravilla. Sobre él, como sobre todos los héroes, amontona la imaginación exaltada cuanto considera perfecto.

Él es, según la tradición, el soldado más valiente, el epis-

ritu más piadoso, el Rey más justiciero y más discreto. Su consejo, que inspira la templanza, no cede nunca al arrebatado, ni desfallece, ni decae delante de las contrariedades; en la victoria depone la ira; en la paz dicta leyes admirables y previsoras, en la guerra su esfuerzo personal decide el éxito de los combates, y primero los Gépidos, y los Hérulos más tarde, cerca de Verona, ven aterrados y dispersos, cómo reanimados por el entusiasmo que la bravura de su Rey sabe inspirarles, los soldados de Teodorico pasan sobre sus huesos como una ráfaga, empujando hasta el Adijio los ejércitos de Odoacro y llegan hasta Verona, capital del Imperio legendario de aquel Rey.

No vence sin esfuerzos; es su historia una constante batalla, una lucha jamás terminada, en que el destierro unas veces, las suertes inciertas de las armas otras, hacen precisa toda su energía para obedecerle y esterilizar con la derrota, su prudencia, su constancia y su bravura.

Los visigodos habían fundado en el extremo Occidental de Europa, un reino que floreció durante dos siglos; por su parte los ostrogodos no tardaron en sacudir el yugo de los hunos de Atila, y siguiendo el ejemplo de los visigodos, intentaban dirigir su esfuerzo sobre Constantinopla, cuando el Emperador Zenón les condujo á Italia, ocupada por los hérulos y por otros bárbaros gobernados por el Rey Odoacro.

Aquí comienza el papel de Teodorico: unas veces en Italia la victoria le sigue; los territorios que atraviesan se someten á su dominio; los pueblos que cruza se convierten en aliados, las ciudades le abren sus puertas; el botín y los rebaños seguían la marcha de sus ejércitos; los jefes bárbaros le rendían vasallaje. Teodorico envía un jefe hérulo con un ejército, para rendir á Odoacro, refugiado en Rávena, el hérulo entrega sus soldados á Odoacro, y una parte de ellos son aprehendidos y esperan largo tiempo, entre cadenas, la libertad con el triunfo del héroe. Al mismo tiempo los otros bárbaros, que miran con recelo extenderse por Italia el poderío de los godos, descienden desde los Alpes helvéticos y arrebatan,

para llevarlos á cultivar sus campos, millares de indefensos súbditos del apurado Monarca.

Así, entre dos nubes de bárbaros, enemigas ambas, esperando los refuerzos de los visigodos, comiézase aquella lucha de tres años en torno de Rávena, que había de concluir por la destrucción de los hérulos indóciles.

Sobre estos elementos históricos, la leyenda reconstituye y engrandece la figura de aquel Rey. No es la leyenda la amplificación de la verdad histórica. La inexactitud, el anacronismo, lo inverosímil, no son barreras que detienen la marcha de la imaginación, sino elementos que el genio popular acepta y utiliza para engrandecer la figura de sus héroes.

Aunque Atila florece medio siglo antes que Teodorico, es, en todos los poemas, uno de los momentos más interesantes, aquel en que éste pide su protección á Atila, y el Rey de los hunos acoge en su corte al Monarca desterrado, le da á su hija por esposa y le presta soldados y oro, para reconquistar aquel imperio perdido de la Italia.

Aunque por incidencia, Teodorico aparece en casi todos los poemas de la época, son dos principalmente los consagrados en absoluto á sus hazañas. El uno *La batalla de Rávena*, el otro *El canto de Hildebrando*.

La primera comienza en la corte de Atila; Teodorico venido y desterrado, es huésped de Atila y de la Reina Helke, que le dan por esposa á su hija y le ponen al frente de una hueste de hunos y de godos, con la cual va á reconquistar su imperio.

Los dos hijos de Atila Scharfe y Oter, niños casi aún, entusiasmados por la vista de los aprestos bélicos, pretenden acompañar en la empresa á su cuñado. La Reina se opone: ha visto en sueños á un dragón arrebatár á sus hijos hasta un desierto, donde otro mónstruo los devora. Al cabo cede, á condición de que Teodorico los tome bajo su custodia y de que responda de sus vidas. Llegan á Verona; los dos hijos de Atila, con otro hermano muy joven de Teodorico (Diether), están confiados á la custodia de Ilsan, uno de los guerreros

más valientes del Monarca ostrogodo. Ilsan no debe dejarles salir de la ciudad; pero bien pronto Oter le pide permiso para contemplar aquella tierra é Ilsan cede, aunque de mala gana, y se dispone á acompañarlos. Impacientes ellos se arman y toman los caballos rápidamente, y están ya muy lejos cuando el viejo guerrero, en medio de la niebla que cubre la llanura y devorado por el presentimiento de que caminan hacia la batalla que se libra cerca de Rávena, les llama y les busca en vano.

Diether y los hijos de Atila caminan errantes toda la noche; cuando amanecen divisan sobre una eminencia cercana un caballero. «¿Quién será?—se preguntan—quien tan atrevidamente se pone delante de nosotros? Vamos á él, parece que nos incita al combate por la manera con que empuña su escudo.» Diehter le reconoce; es Wifreg uno de los nobles godos traidores á su hermano Teodorico. «Es preciso que me venga—exclama—he de matarle con mi mano». Wifreg es fuerte y está bien armado, pero no importa; «¿no somos jóvenes y somos soldados?» dice Scharfe, y se lanza contra él. Para alcanzarle es preciso atravesar un valle, en la celeridad de la carrera se separan; Scharfe llega el primero y la lucha se entabla. Wifreg, que no desea su muerte, sólo cuando se siente herido se decide á terminar de un golpe aquel combate, que para él ha sido un juego.

Orte llega demasiado tarde en socorro de su hermano. ¡Con cuánta tristeza Wifreg le pide que renuncie al combate! «¿Para qué verter más sangre inútil, príncipe de los hunos?» La obstinación del joven paladín, le obliga á una lucha, en la cual el destino le concede también la victoria. Es Diether, por último, el hermano de Teodorico, su señor natural, quien le desafía y le obliga al combate, para ser la tercera víctima de su esfuerzo.

Abundan frecuentemente en los poemas de la época, los nobles arranques del vencedor llorando la suerte del vencido; los esfuerzos para disuadirle de una lucha de cuyo resultado está seguro el vencedor. Walther de Aquitania intenta

disuadir á los perseguidores, que le retan para disputarle, en nombre de su Rey, el tesoro arrancado en su fuga á las arcas de Atila. Cien paladines más, tratan de separar á sus rivales de la lucha estéril en que van á perder la vida.

Muertos los tres campeones, Wifreg escapa, huyendo de la venganza de Teodorico. Cuando éste, lleno de furor, reconoce en los cadáveres de sus deudos vencidos, los golpes de la espada de Wifreg, mira un jinete que huye desalado, por la campiña; es el vencedor, que intenta escapar á su venganza; «acaso Teodorico me perdonaría la muerte de los hijos del Rey de los hunos—piensa en su fuga;—pero ¡ay! la de su hermano el esforzado Diether, nunca.» El héroe le persigue en vano; llegado al mar, una deidad marina, de la que él desciende, le arrebató y le salva del enojo del Rey de los ostrogodos.

El resto del poema, es la descripción de la batalla de Rávena, en la cual Dietrik vence á casi todos los héroes germánicos; hasta al mismo invencible Siegfried, el héroe de los niebelungos, y la vuelta á la corte de Atila después de la victoria.

No le perdonó Helké la muerte de sus hijos; solo cuando sabe que Diether, el hermano de su yerno, ha perecido en defensa de los príncipes y por vengarlos, es cuando se vence del dolor de Teodorico, que, según la hermosa expresión del poema, siente más, porque había prometido protegerlos la muerte de los hijos de Atila, hermanos de su esposa, que la de aquel noble hijo de su madre, muerto en la lucha por vengar los ataques inferidos á su dignidad real.

Llegado delante el trono, se arrodilla ante los reyes que le dieron ayuda y asilo; coloca su cabeza bajo los pies de Atila y espera en silencio y resignado su fallo. El *Azote de Dios* purgado en el poema de aquella crueldad, que la severidad de la historia le atribuyera, se inclina y estrecha llorando entre sus brazos el noble esposo de su hija.

El otro poema que de Teodorico se ocupa, es mucho más antiguo que «La batalla de Ravenna» y se remonta al siglo

nueve: el *Canto de Hildebrando*. Es su héroe Hildebrando; aquel viejo Hildebrando, leal servidor de Dietrick que vemos aparecer á su lado en el poema de los Niebelungos; acompañándole en el destierro, siendo su brazo en la lucha y siguiendo también sus pasos en la victoria.

En aquel combate por la reconquista de los derechos de su señor, sobre el suelo que sintió el peso de su cuna Hildebrando, después de larga ausencia, para la cual partió mancebo y de la que regresa con nieve en los cabellos, tropieza con un joven paladín. Ignora él, cual fué la suerte de su esposa y de su hijo: de aquellos seres queridos que quedaron abandonados y sin amparo en el suelo patrio el día funesto en que la lealtad le arrancó de la tierra donde vió la luz para seguir en la desgracia los pasos de su rey vencido.

Algo interior le dicen, sin embargo, que aquel guerrero que le desafía no es para él, un extraño, un hérulo aborrecido á quien debe exterminar, se llama Haldebrando; «¿quién fué tu padre? ¿de qué familia eres?» le pregunta el noble anciano. «Mi padre murió sobre el campo de batalla,» contesta el mancebo. Hildebrando reconoce á su hijo. En vano intenta disuadirle del combate. Inútil es su empeño en que Hildebrando le reconozca. Le ofrece un brazalete que adorna su brazo y el joven lo rechaza. «Conozco tus ardides, viejo tuno,—le dice—quieres seducirme, para asesinarme después.»—Hildebrando comprende que es imposible evitar el combate. «Triste destino el mío,—dice suspirando;—sentir sobre la frente el peso de sesenta inviernos y haber visto florecer los campos sesenta veces al beso de la primavera, para ser muerto por aquél á quien engendré, ó teñir en su noble sangre mis manos.»—

Un manuscrito posterior declara cuál fué la suerte de aquel combate, que no aparece en el mutilado original. La vieja edad vence á la edad joven: el antepasado vence al descendiente; Hildebrando dá la muerte á Haldebrando.

En ambas narraciones es Teodorico el tipo acabado de su tiempo: es el vencedor, el campeón heróico, que rinde sus

adversarios todos; es el tipo de la sumisión feudal delante de aquel Atila á quien prestó juramento de lealtad á cambio de su ayuda para la reconquista de su imperio. Su piedad, presta siempre á desbordar, sólo se contiene en el límite que le señala la prudente justicia, nueva nota que avalora su carácter caballeresco.

Pero donde la lealtad de Dietrik y su nobleza aparecen más en relieve, es en el poema de los Niebelungos, en cuyas aventuras tiene papel principalísimo. Él, es en el viejo poema germánico el encargado de recibir á los hermanos de Crimhilda, en los límites del imperio de Atila y una vez salen de los dominios de aquel noble margrave Rudigero, verdadero Bayardo de los poemas bárbaros. Ya entonces, al ver á los nobles príncipes hermanos de la esposa del Rey que le prestó su ayuda y en cuya corte vive, una queja se escapa de sus labios; lamenta verlos en territorio del Rey de los Hunos. El fiero Hagen le interroga: «No sé—contesta Teodorico al matador arrogante de Siegfried,—sólo os diré que Crimhilda, no ha olvidado el asesinato de su primer esposo, y que llora por él todos los días.»

Más tarde Hagen y Wolker, el flautista guerrero, que no tiene en la poesía bárbara quien le iguale, sino aquel Horant el príncipe danés vasallo del Rey de los frisones que arrebató, en el poema de Kudrun, á la bella Hilda, hija del Rey de Irlanda para hacerla esposa de su señor, se pasean por delante del palacio de Atila. Crimhilda intenta sorprenderlos; es en vano: están preparados para toda su asechanza. «Maldito quien los puso en guardia—dice la Reina.—«Yo fui, reina malvada,»—dice Teodorico.

Aquel desprecio á la esposa de su huésped no le impide, sin embargo, después de entablada la lucha; después de asesinadas las escoltas de los príncipes cuñados de Atila y de excitada la ferocidad invencible del salvaje Hagen, de ceder á los ruegos de la soberana y de salir utilizando el derecho que á él y á Rudigero le conceden los combatientes, llevando y dando seguro con sus manos á Atila y á su esposa para de-

jar que el combate se decida por la suerte de las armas.

Él es quien más tarde resiste hasta el último momento, luchar (lo mismo que el margrave Rudigero) con aquellos á quienes en nombre de Crismhilda y de Atila ofrecieron hospitalidad y sólo cuando después de vencido el Danés Iring y sus compañeros que intentan vengarle, cuando después de muerto el noble Rudigero, vé herido á su viejo Hildebrando y muertos sus vasallos, y se encuentra como solo amparo de la Reina cruel, cuyo encono ocasionó la catástrofe, leal á su juramento hácia Atila, hiere á Hagen á quien delante de Dietrik no sirve su bravura, ni siquiera la fortaleza de Balnumg, la espada del invencible Siegfred que Hagen había arrebatado al héroe el día en que le diera la muerte. y aherrojado y vencido, lo entrega, pero pidiéndole la vida del vencido (noble y caballeroso siempre), en manos de la implacable Crimhilda. La muerte de la rencorosa borgoñona parte de Teodorico, pero su sangre no mancha las manos del héroe; cuando Crimhilda pide á Hagen, cargado de cadenas que le diga donde está enterrado el tesoro, el salvaje paladín le contesta: «no lo diré; mientras viva uno de tus tres hermanos que son mis señores.» Crimhilda hace descabezar entonces á Gunther, el único de los tres que aún respira y presentando á Hagen sus despojos «habla—le dice—ninguno de ellos vive ya.» «Dios y yo lo sabemos—dice Hagen,—cuando yo muera lo sabrá Dios solo.» Crimhilda, entonces, le hunde en el pecho la espada de Siegfred, y el viejo Hildebrando el servidor leal de Teodorico, ganado por la cólera y la ira, hunde su acero en el corazón de la feroz princesa.

La justicia se cumple por el fuerte Dietrik, pero la sangre vertida para lograrla, no mancha su diestra noble é invencible.

LA GUERRA FRANCO-GERMANA DE 1870 ⁽¹⁾

OBRA DEL GENERAL ALMIRANTE

(*Conclusión.*)

Quisiéramos tener también espacio suficiente para seguir paso á paso al autor en el relato de las vicisitudes de la Francia hasta 1870, y no pudiéndolo hacer, recomendamos la lectura de esas bien escritas páginas, en la seguridad de que los lectores de la REVISTA nos lo han de agradecer, pues el General Almirante ha sabido compendiar en ellas la historia política y militar de la vecina nación, y el estudio y comprensión de los sucesos que se han desarrollado hasta que estalló la guerra con Alemania.

Al llegar á esta fecha examina rápidamente la situación en que se encontraba Francia, y merece copiarse lo que á este respecto dice: «París conserva su histórico y triple carácter de corazón, cerebro y ciudadela de Francia. Para mantener y robustecer su envidiable unidad, ha llevado al exceso esa centralización realmente apoplética, que acumula en un solo punto, y no el mar central del territorio, todas las fuentes de vida, todos los resortes de gobierno. Las fortificaciones de 1840 consolidan su peligroso papel de *objetivo*

(1) Véase el número 546 de esta REVISTA

»*estratégico*, atenuado por falta de murallas en 1814 y 15. El
 »furor del embellecimiento, aumentado en los últimos años
 »del Imperio amontonó legiones de obreros y proletarios dis-
 »colos, que hacen, por decirlo así, reventar de estrechas esas
 »mismas murallas, tan holgadas en 1840.

»Antiguamente, cuando la guerra escogía por reducido
 »teatro una mínima parte de sus fronteras, era lógico amon-
 »tonar defensas y plazas que hoy desdeñosamente llamamos
 »bicocas, sobradas en aquel tiempo para quebrantar el impe-
 »tu del invasor ó para cubrir perpetuamente la pequeña co-
 »marca conquistada. De aquí la increíble aglomeración de
 »fortalezas (unas 130) de toda traza y tamaño, con que Fran-
 »cia cubría su disputada frontera del Norte.»

Con este motivo traza el sistema defensivo empleado en Francia y enumera las vicisitudes históricas porque ha pasado el ejército francés, dando á conocer la gran erudición que atesora.

Como muestra del desenfado y estilo peculiar de este docto escritor, vamos á transcribir lo que dice sobre la asonada de Julio de 1830, pues en pocas líneas abarca todo un período histórico: «Tenemos pues, nueva reforma con la asonada, »más bien que revolución, de Julio. El *tercer estado* se despa- »chó á su gusto, mucha guardia nacional y poco ejército: to- »do casero, barato, mezquino, regateado, parlamentario. »Anualmente con excusa de votar el presupuesto, estirar ó »acortar el ejército como si fuera de goma elástica. Para »aquellas Cámaras *introuvables*, optimistas y satisfechísimas, »en que tronaba como Júpiter el celeberrimo Guizot, no ha- »bía más ocupación ni porvenir que la política al menudeo »de los pasillos, el nepotismo, el compadrazgo y el cabildeo »electoral. ¡Qué campañas aquellas! Cuando un palurdo es- »túpido desazonaba al subprefecto, y apareciendo Guizot co- »mo árbitro supremo, le colgaba en su chaqueta la cruz de la »Legión de Honor ¡qué fuerza la de aquella administración! »Para calcular la idea que Guizot tenía de la guerra, basta »recordar que desde lo alto de la tribuna, con toda su olímpi-

»ca arrogancia y su pedantería de dómíne, la definió en estas «palabras: *c' est le jeu sanglant de la force et du hasard*. Esa »definición define al hombre que en vez de estar dando pal- »metas á los chicos en el aula, sube, y por la *force*, si no por »el *hasard*, á regir los destinos de un gran pueblo.»

Más adelante, ocupándose de los esfuerzos que hizo el ilus- tre mariscal Niel para mejorar la situación del ejército, traza el siguiente cuadro, que es al propio tiempo una preciosa sín- tesis del estado de la sociedad francesa, descubriendo por los rasgos característicos que de ella presenta, que la conoce á la perfección. «También quiso tocar—dice—dos puntos gra- »visimos: la instrucción y educación, palabras y cosas que »no son tan sinónimas en lo militar como algunos creen. »Aquí (triste es confesarlo) el reformador naufragó por com- »pleto. A pesar de que el medio propuesto, de simples confe- »rencias y academias, no podía ser más inocente y anodino, »la oficialidad en masa lo recibió con manifiesta indignación. »Abrumada de *théorie* no podía sacrificar algún rato de café »al estudio imprescindible de ciertas gravísimas cuestiones de »arte militar; y tan general fué la oposición, que el mariscal »Lebœuf, al suceder á Niel, se apresuró á suprimir las con- »ferencias, quedando por todo monumento de esta abortada »empresa unos cuantos folletos en 16.º, debidos á la pluma »de algunos oficiales facultativos. Este incidente puso á la »vista de los más incrédulos el profundo cáncer del ejército »francés, su crasa y presuntuosa ignorancia. El mal es anti- »guo y por lo visto incurable. Se cuenta que preguntando »Napoleón I al célebre Goete, en Erfurt, qué le parecía de los »franceses, contestó el gran poeta:—A mi juicio, lo que más »distingue á vuestra nación, no es solamente su bravura en »el campo de batalla, sino también, y más principalmente, »su profunda ignorancia en geografía.—Sabido es que en »Alemania hay el antiguo proverbio «saber geografía como »un francés». Lo extendida que está su lengua, con la cual »puede hacerse entender en cualquier parte, contribuye á ese »increíble desdén que reinaba en Francia por los idiomas ex-

»tranjeros; á lo cual puede también contribuir la universal
»preocupación de que sólo en París es donde se piensa y se
»vive, y se trabaja, y se come y se divierte. Probable es que
»en 1870 no llegasen á una docena los oficiales que supieran
»inglés ó alemán, al paso que muy raro será el oficial prusiano ó ruso que no hable correctamente el francés, y lo que
»es más, que no conozca la Francia. á palmos, aunque no haya estado en ella. Si alguna duda quedase de lo bajo que estaba el nivel intelectual, no en el ejército solo, sino en el cuerpo entero de la sociedad francesa, no hay más que echar la vista sobre los productos modernos de su imprenta, y singularmente sobre el periodismo. Entregado éste á la más sórdida especulación, haciendo gala de repugnante bellaquería, no parece sino que su primer propósito era afirmar en esa Francia, corrompida hasta los tuétanos, el convencimiento de que la vida real es una zarzuela de Offenbach cubierta de inmundicias, retruécanos y payasadas. La lectura de los números de Julio y Agosto de 1870, de los periódicos serios, de *gran format* y extensa circulación, dá la medida, no sólo del cinismo de los que escribían, sino de las incomparables tragaderas de los que leían. No se ve allí noble y patriótico deseo de levantar el espíritu público, achicando y ridiculizando al enemigo inmensa y visiblemente superior, sino la charla mujeril, la petulancia insípida, la gasconada grotesca, el desconocimiento absoluto de los tiempos y de los negocios públicos, que hoy más que nunca requieren sumo tacto, gran reserva, perfecta dignidad y extrema circunspección. Y aun podría disculparse tan singular atraso, si la nación se hubiese distraído con incidentes literarios, filosóficos ó económicos; nada de eso: tanto en los diez y ocho años de gobierno liberal y parlamentario de Luis Felipe, como en los veinte de sistema arbitrario, cesáreo y personal, Francia, en su perpetua tarea de incensarse, y á la vez reirse de sí misma, nada ha estudiado, nada ha adelantado, nada ha resuelto.

»Un ejército es la expresión reducida, pero gráfica y exac-

ta, del país que lo mantiene. Los vicios y virtudes que en éste sobresalgan, se encontrarán en aquél más acentuados y prominentes: no se debe, por lo tanto, extrañar, que al par del envidiable patriotismo, del indómito valor y de la ciega pasión por la gloria, reinasen en el ejército francés con la ignorancia pretenciosa, el papeleo rutinario, la administración rezagada, la crónica indisciplina, la mecánica que embrutece, la falta de respeto gerárquico, la vida estúpida y monótona de cuartel y de garito, el poco roce social, en fin, el tédio, la sargentería, el *chauvinisme*.

Todo esto y algo más dijo en 1867 el general Trochu, en su famoso libro *L' Armée Française*, con intención sana y varonil, que los hechos no tardaron en hacer profética. Pero si los libros á veces, como el *Quijote* ó *Gerundio*, logran desterrar modas ó aficiones literarias y pasajeras, nada pueden por desgracia contra las costumbres arraigadas, ó más bien, contra la manera de ser, y como ahora decimos, contra la idiosincracia de un pueblo.

Así pues, la nación francesa, enervada por veinte años de corruptor cesarismo, se encontró en Julio de 1870, al estallar la guerra, con un ejército insuficiente, atrasado, flojo, incompleto y desprevenido.

Termina este capítulo el General Almirante, presentando la composición y organización que tenía el ejército francés al empezar la guerra, que distaba mucho de ser lo que se había creído por Napoleón y los generales que le rodeaban que vivieron completamente engañados.

El capítulo tercero está dedicado á la relación de la guerra en su primer período, que se fija con mucha oportunidad hasta el 4 de Septiembre de 1870, empezando con él la parte más importante, que contiene el verdadero asunto del libro.

Los preliminares de la guerra, la agitada situación de la Francia en los primeros días de Julio de 1870, las escenas brillantes que ocurrieron en las Cámaras, la indicación de los diversos planes de campaña que tuvieron los ejércitos com-

batientes, todo está descrito y narrado con admirable claridad y gran lujo de detalles.

El combate de Sarrebruck, que fué el primero de la campaña y en el que en pomposo telegrama del infortunado Napoleón III á la Emperatriz la participaba que su hijo había recibido el bautismo de fuego; las sucesivas batallas de Wissemburgo, Woerth, Forbach, Borny, Rezonville, Amanvillers, los movimientos de los ejércitos en aquellos días, la batalla de Beaumont, y por último, la gran batalla de Sedan, están narradas con gran conocimiento de la estrategia militar, y su lectura da á conocer el desarrollo táctico de cada una de ellas, interesando en extremo á los militares, que encontrarán provechosos estudios en las enseñanzas que se desprenden de esta historia de la guerra Franco-Germana.

Esperamos con ansiedad la publicación de los siguientes capítulos, y felicitamos por la de tan importante libro al General Almirante, prometiéndonos que el proyecto que ya manifestó en el prólogo de la *Bibliografía* que tenía de escribir una Historia Militar de España, será pronto un hecho, enriqueciendo la literatura patria con una valiosísima obra que tan necesaria nos es, y que nadie como él puede escribir, por sus preeminentes cualidades como historiador é insigne maestro en la ciencia de la guerra.

CLEMENTE DOMINGO MAMBRILLA.

UN LIBRO PRECIOSO

La más principal de todas las fuentes de riqueza, el primero de los recursos con que deben contar los pueblos, es la Agricultura, la ciencia que tiene por fin y único objetivo la labranza de los campos, el cultivo de las plantas, ese arte que podemos llamar divino, si divino se llama lo que es útil al hombre, lo que asegura su felicidad y su dicha, es decir, la facultad de satisfacer todas sus exigencias, de procurarse todos los goces que la naturaleza humana reclame.

Por eso se comprende que las naciones antiguas concediesen tanta importancia á este ramo de la actividad del hombre erigiéndole altares, edificándole templos y adorándole unos pueblos bajo el nombre de Ceres-Grecia y Roma,—otros con el de Osiris ó Isis.—Egipto.—

Y todos saludando en mitos y en absurdas divinidades, la más humana de las concepciones, porque es la que asegura en primer término la más imprescindible de las necesidades orgánicas, la alimentación por la cual se reponen las pérdidas que por uno ú otro concepto experimentan los organismos en su lucha continua por la existencia, por el mantenimiento de la forma que consolida y hace más eficaz la obra

transformista de la materia y de la fuerza, causa primordial, principio eterno de todas las manifestaciones del Universo.

Y es que una ley biológica establece y muy sabiamente por cierto, que al lado de una necesidad, de una exigencia orgánica—porque exigencia orgánica es lo mismo el funcionamiento normal y adecuado de los pulmones, del estómago y del cerebro, que la recreación y soláz de esa facultad de representación sensible que muchos denominan alma—existan los medios de satisfacerla: en el aparato digestivo en el duodeno, en el estómago, en los intestinos, conviértense las materias feculentas en sustancias sacarinas, hácese solubles ciertos principios protéicos, se asimilan al organismo materias grasas y la naturaleza provee á estas necesidades, rodeando á todos los animales racionales é irracionales, de otros seres inferiores por cierto que encierran en su composición química sustancias análogas á las exigidas por los citados órganos; un animal cuadrmano, bimano, reptil, molusco ó insecto, está dotado de la propiedad de trasladarse de un punto á otro, de libertad, en una palabra, para la satisfacción de sus necesidades naturales.

Y así se comprende, que el más perfecto de todos los seres epitelúricos, el animal hombre preceda al hombre animal, como dice con gran acierto, el aunque joven ya distinguido antropólogo, mi cariñoso amigo José Fraguas.

La vida de relación que las condiciones especialísimas de la raza humana demandan, precisa que la animalidad se eduque y se desarrolle, para que las facultades morales que están en razón directa de la mayor energía y fuerza de las facultades intelectuales, de la mayor consistencia de la masa cerebral, sean robustas y fuertes para que fuertes y robustas sean las instituciones sociales, la forma de no desaprovechar en beneficio mútuo, todas las energías, todas las actividades de los miembros de una sociedad.

¿Y cuál es la primera condición para que la animalidad se desarrolle convenientemente?

Pues hacer que el desgaste que tenga, que las fuerzas que

pierda, no excedan nunca á las adquiridas mediante una buena y sana alimentación.

Y como la condición principalísima para que una alimentación sea sana y buena, estriba en la mayor riqueza en azoe que las sustancias alimenticias contengan singularmente para los seres, que como el hombre necesitan cantidades más considerables de estos principios y la carne es el alimento que más ázoe encierra, de aquí que para la existencia de una nación de buenos animales, que será, á no dudarlo, una nación en que la moralidad, la justicia y el derecho predomine, sea necesaria mucha y buena carne, mucha y excelente hierba, pues no hay que olvidar que la carne, como afirma madame Stael, no es otra cosa que hierba transformada, plantas en suma, convenientemente cultivadas, porque el cultivo, es la educación del vegetal, lo que hace producir en calidad y en cantidad.

Se ve, por lo tanto, que las sociedades que quieran vivir bien y con todas las comodidades y exigencias que los diversos organismos demanden, tienen que atender en primer término, al buen cultivo de las plantas, á una sabia labranza de los campos, para producir hierba que á su vez críe carne.

Y no quiere decir esto que el animal hombre tenga suficiente para cubrir sus necesidades, para satisfacer sus exigencias orgánicas, con alimentarse de paquidermos, rumiantes, aves, y otros animales que á su vez se alimentan de hierbas ó semillas que después de todo, no son más que plantas en germen; le es preciso para mantener su vitalidad, para cumplir ciertos refinamientos y satisfacer algunos gustos exigidos, ora por su condición de superioridad sobre los demás animales que hace estén desarrollados en extremo sus respectivos sentidos, ora por la razón misma, condimentar los alimentos que introduce en su estómago, variar, en una palabra, de alimentación, circunstancia tan exigida por su misma naturaleza.

Esto y las necesidades de otros órdenes que les son imprescindibles, junto con su condición genuinamente artística,

pues á la vez del cuerpo necesita alimentar el espíritu que no es otra cosa en mi sentir, sino un estado dinámico de la materia, es lo que hace que los productos de los campos tengan precisión de ser perfeccionados por esa otra manifestación de la actividad humana que se llama industria.

Así, por ejemplo, la tierra produce plantas de la familia de las gramíneas, cuyas semillas ricas en fécula y gluten, experimentan por medio de la industria su transformación en ese alimento universal que se llama pan; frutos ó simientes oleaginosos, que á más de servir también como factor importante para la alimentación, proporcionan por medio de las reacciones químicas que la margarina, la oleina y la estearina de los aceites experimentan en contacto de los álcalis, esas grandes cantidades de estearatos, de margaratos ó de oleatos de cal, potasa ó sosa, que conocidos vulgarmente con el nombre de jabones, se usan tanto para la limpieza y aseo de nuestros vestidos, de nuestros cuerpos y de nuestras casas; flores que producen perfumes ó esencias que embalsaman el aire, halagando una de las más delicadas sensaciones, el sentido del olfato; árboles que producen madera que además de fabricarse con utensilios para la labranza de los campos, constituyen uno de los elementos más importantes para la fabricación de las habitaciones humanas; plantas que como la vid, la patata, los árboles frutales y en general las que contengan celulosa azúcar, fécula, inulina ó materias mucilaginosas, son susceptibles de extraer de ellas, esas bebidas alcohólicas que usadas con moderación, constituyen fortificantes poderosos, tónicos activos, importantes auxiliares, en una palabra, de la alimentación; cañas de azúcar, remolacha, acersorgho, etc., que dan esas masas considerables de azúcar que á diario se consumen, bien para dulces, refrescos, etcétera, que agradan á nuestro paladar y favorecen poderosamente á la economía animal.

Demostrado está lo importante, lo esencial que para la vida social y humana es la agricultura ó arte de cultivar la tierra, de fertilizarla y de hacerla producir.

Así se explica que el gran ministro francés Sully dijese *la agricultura constituye las tetas ó mamas de un país*; que Fanelón afirmase que *es el fundamento de la vida humana y la fuente de todos los verdaderos bienes*; que Rousseau manifestara que *es el primer oficio del hombre, el más honrado, el más útil y por consiguiente el más noble que puede ejercerse* y que Mauri pensase que *cuando la agricultura comienza á desarrollarse en un pueblo, los hombres se ven obligados á unirse*.

Sin embargo, á pesar de que los trabajos agrícolas reconcilian al hombre con la vida social, como dice muy bien Cistine, á pesar que la agricultura es la más antigua, la más importante de todas las industrias, *la industria madre*, ha estado durante largos siglos postergada, algo así como deseosa de sustraerse á las miradas del espíritu de invención, ingé-nito en la naturaleza humana, que transforma y renueva todo cuanto al alcance del hombre se encuentra.

Y es porque desde que apareció el animal hombre en la superficie de nuestro planeta, en virtud á una serie infinita de evoluciones de la materia, no ha predominado en él otro objetivo, otra mira que dominar al más débil, bien por la fuerza bruta, ora por esa humanización de los fenómenos celestes, base y fundamento como dice el insigne naturalista francés Mr. Guillaume, de todas las religiones, aun de las más primitivas.

¿Y habrá alguien que en presencia de este hecho se atreva á negar la realidad de esa teoría evolutiva de la materia y de la fuerza?

¿No han evolucionado acaso las ideas de moral hasta llegar al estado perfecto; al sùmmum de ella, que consiste en que el hombre sea un ser libre é igual en todo cuanto afecte á las relaciones de unos con otros, como sostienen las escuelas democráticas, las tendencias progresivas y avanzadas?

¿Y no se comprende que si las facultades intelectuales y

morales latentes en todo organismo animal, progresan, éste tiene que progresar del mismo modo, puesto que es lo que sirve de fundamento, lo que da origen á aquellas?

Sentado, por lo tanto, que la esclavitud es lo que ha tenido sumida en el abandono y en el atraso más vergonzoso á la divina industria de la agricultura, hay que reconocer también que á medida que la razón pública va progresando, vánse estinguendo el trabajo, poco dividido, por completo, sujeto á los caprichos de la Naturaleza, la ignorancia y la miseria de la clase dedicada al cultivo del suelo y la extrema complejidad del arte agrícola al cual deben servir de base tanta variedad de conocimientos, causas principales de que esta importantísima industria haya estado inmovilizada durante tantos siglos, sometida á la tradición y á la rutina y abandonada de la inteligencia y del poder humanos.

Por eso se ve que allí donde ha habido una raza que haya progresado en cualquiera de los órdenes de la actividad humana, la agricultura, ha adelantado mucho porque los progresos de ésta dependen sin duda de los progresos de las ciencias biológicas, de la Botánica y de la Zoología aplicadas, de la Química y de la Física, que proporcionan tierras fértiles por medio de convenientes abonos, la distribución inteligente de las aguas, el saneamiento de las tierras demasiado húmedas y el mejoramiento de las razas domésticas, tanto vegetales como animales, por una selección perseverante.

Así se comprende que la agricultura, progresara con los egipcios, los griegos, romanos y árabes y en el renacimiento que comenzó en el siglo XII con las cruzadas, y puede decirse que terminó el año glorioso de 1789, en que al conjuro de una idea santa, la de la fraternidad, libertad é igualdad de las razas humanas, fueran poco á poco desapareciendo las leyes feudales, aboliéndose los diezmos, desamortizándose las inmensas propiedades del clero y de la nobleza y suprimiéndose todas las trabas que oponían obstáculos insuperables á los progresos agrícolas.

Todos estos adelantos consignados fueron, en el poema de

Hesiodo *Los trabajos y los días*, que nos da algunas nociones, acerca del estado de la agricultura, entre los antiguos griegos, en las *Geórgicas* de Virgilio, en la obra de *Re rústica* de Columela, en los tratados de Catón el Censor, de Varrón, Palladius, etc., en la obra del árabe Ebn-el-Avan, monumento curioso de la agricultura de los moros en España, en los *Vinti giornate dell' agriculture* del italiano Gallo, en el *Ricordo d'agriculture*, del veneciano Camilo Tarello, en *Le Théâtre d'agriculture* de d'Oliviers de Serres, en *La Maison rustique*, de Estienne y en los libros del español Herrera, del alemán Heresbach y del inglés Filz Herbert, todos del siglo xvi; en las obras de los ingleses Hartlib, Tull, Jonng, Marshae y Sinclair, en *La Nouvelle Maison rustique* de Liger, en *Le Cours d'agriculture* de Rozier, en *Les Elements d'agriculture* de Duhamel, en *Le Nouveau Cours d'agriculture du XIX siècle*, de los miembros de la sección agrícola del Instituto de Francia, en *Les Annales de l'agriculture* de Tessier, Rose, etc., en *Le Cours d'agriculture*, de Mr. de Gasparin, en *Le Cours elementaire d'agriculture* de Girardin y Crenil, en *Le Dictionnaire raisonné d'agriculture et d'economie du betail*, de Payen y Richard y en *Le Livre de la ferme et des maisons de campagne*, de Joigneaux.

* * *

Pero el siglo que debe escribir la agricultura con letras de oro en sus páginas, es el xviii y los nombres que debe esculpir en sus hojas, son los de Olivier de Serres, Walter Raleigh, Parmentier, Margraff y Carlos Achard.

En el siglo pasado comenzó á vulgarizar el cultivo de la patata *solanum* y el de la remolacha *beta*.

La primera de estas dos preciosísimas plantas que tantas epidemias de hambre ha evitado, fué indicada ya por el que con razón se le ha llamado el *padre de la agricultura* en su *Théâtre d'agriculture*, traída á Europa por el inglés Walter Ra-

leigh é introducida en Francia y de esta nación á todas las del Continente europeo, con tanta fe y tanta decisi3n, como ingenio por el sabio é inmortal agr3nomo franc3s, Antonio Agust3n Parmentier.

En cuanto á la segunda, la remolacha, ¿para qué hablar de las ventajas que ha proporcionado en pa3ses como Francia, Alemania, B3lgica, Austria, Rusia, Polonia, etc.?

A una fuente de riqueza inmensa ha dado lugar esta planta humilde por su aspecto, lo cual viene á robustecer el antiguo adagio castellano, de que el hábito no hace al monge.

En efecto, la remolacha es una planta de raíz fusiforme, carnosa y azu3arada, pues en las células de ella, se forma con abundancia, en algunas variedades, este producto químico, creado por la Naturaleza, mediante la combinaci3n del agua con la substancia gomosa ó dextrina compuesta de carbono, hidrógeno y oxígeno, para que en el curso de la vegetaci3n favorezca, no solo la formaci3n de la celulosa que viene á constituir el almac3n del nuevo vegetal, sino, la fécula que enriquece más tarde á la semilla ó germen de la nueva planta y la hace desarrollar sus facultades germinativas, cuando circunstancias de humedad, obscuridad, etc., en el seno de la tierra, determinan la aparici3n de un nuevo vegetal.

Su tallo es anguloso y sus hojas pecioladas y enteras, sus frutos globulares, rugosos y dispuestos en espigas simples que encierran dos ó cuatro granos de un rojo obscuro deprimidos y aplastados.

Las variedades de esta planta utilísima pueden dividirse en tres categor3as, remolachas alimenticias, forragosas y sacarinas ó industriales.

Esta última es la que me propongo estudiar con alguna detenci3n.

En 1747, el químico Margraff, de Berlín, obtuvo de unas remolachas cultivadas en Silesia azúcar perfectamente cristalizable y cuarenta años después en 1787, su compatriota Achard logró perfeccionar el procedimiento inventado por

Margraff, obteniendo en ensayos verificados en Kuneru (Silesia) resultados que aunque incompletos, abrieron un camino algo desprovisto de abrojos, al éxito y á la esperanza.

Pero si la gloria del descubrimiento corresponde á Prusia, á Francia pertenece la de haber hecho de la fabricación de azúcar de la remolacha, una industria utilísima y productiva.

¿Qué hubiera sido de los ensayos de Margraff y de Achard, sin la intervención de Francia, sin la decisión y el interés que en ello tomó el gran Napoleón I?

Las guerras de éste, habían hecho casi imposible en Francia el azúcar de caña; el precio de ella era fabuloso y el emperador, recomendó con verdadera eficacia á los sabios franceses, que buscasen una planta indígena que pudiese reemplazar con ventaja á la caña de azúcar.

El químico Bose en 1809, manifestó al primero de los Bonapartes, que á pesar de los ensayos de Achards, no se podía esperar nunca, obtener en Francia utilidad alguna para el comercio del azúcar de la raíz de la remolacha.

Apenas hubo dado Bose, su informe, otros dos químicos franceses, Gottling y Fouques, demostraron que aquél estaba bastante distanciado de la verdad, pero realmente fué á Benjamín-Delessert, á quien corresponde la gloria de haber sido el creador de la fabricación del azúcar de remolachas.

Tras seis años de trabajos incesantes, logró hacer Delessert que el más halagüeño éxito coronase su humanitaria y noble obra.

Tan feliz noticia púsola de Delessert en conocimiento del gran Chaptal, el cual dió inmediatamente parte al emperador Napoleón, que sin perder momento quiso conocer por sus propios ojos, el maravilloso descubrimiento que después había de enriquecer tanto á Francia.

Convencido el vencedor de Marengo y de Austerlitz de la verdad de los experimentos de Delessert, abrazó á éste emocionado y colocó sobre su pecho la cruz de la Legión de honor, que arrancó del suyo.

Poco después Chaptal, Mathieu de Dombasle y Crespel, fundaron fábricas de azúcar de remolacha, pero esta industria no llegó á adquirir verdadero desarrollo, hasta el año 1823, en que el ruso Lowitz y los franceses Guillon y Desrosnes, demostraron la superioridad del carbón animal, sobre la leche y la sangre, para clarificar, depurar los jugos y jarabes, procedentes de la preciosa raíz.

Desde entonces acá ha ido desarrollándose en Francia tanto esta industria, que hoy cuenta con unas 600 fábricas de aquel producto.

La remolacha sacarina, subdividese en cinco variedades, la gruesa roja que contiene de 9 á 10 por 100 de azúcar; la blanca ó de Silesia, del 10 al 12 por 100; la de cuellorosa, de 11 á 13; la blanca de Magdeburgo, que está reputada como la más sacarina, y la llamada *boutoire* que sólo contiene de 8 á 10 por 100 de substancias azucaradas.

La planta en que me ocupo, contiene á más de azúcar, cantidades que varían, según los terrenos y según los cultivos, de sales y de substancias azoadas.

Tanto unas como otras substancias, perjudican en extremo á la extracción del azúcar, impidiendo su cristalización, ya sea por un efecto puramente mecánico, ya sea por una causa esencialmente química.

Por lo tanto, hay que separar tales materias en el curso de la fabricación, ora sea por la defecación en que coagulándose la albumina á una temperatura cercana á la de la ebullición, se une á la reacción que la cal ejerce sobre los ácidos vegetales y aun sobre el carbónico, que al efecto se le agrega, formando principios calcáreos y constituye en unión de éstos una especie de red, que arrastra todas las substancias extrañas, clarificando y depurando el jugo, y claro está que mientras más impuro sea éste, es decir, mientras más materias alcalinas y orgánicas contenga, más difícil y costosa será la fabricación.

Puede, pues, decirse que si el densímetro no señala en el jugo un peso superior á 3°5, el fabricante experimentará pér-

didias de consideración, y si indica por el contrario una densidad de 4° á 5°5, asegura al cultivador suficiente remuneración á sus trabajos, y al fabricante beneficios no despreciables.

Es, pues, importante, y conviene obtener remolachas ricas en principios sacarinos y pobres en substancias orgánicas y alcalinas.

Para esto, el fabricante, interesado en que el cultivo se verifique en buenas condiciones, no debe olvidar que la raíz de remolacha es tanto más rica en azúcar, cuanto mayor cuidado se ha tenido en la recolección de los granos ó semillas y en el cultivo de la planta.

He aquí como se expresa á este efecto Mr. Joigneaux en su precioso libro *L'Art de produire les bonnes graines*. Escójense en Otoño buenas raíces de un grosor regular, conservándose en silos ó en bodegas; en el mes de Febrero si se nota que comienza á brotar, transportense á una habitación seca, fría y clara. Tan pronto como las heladas hayan desaparecido, plántense y riégüense todo lo necesario, aunque moderadamente. Durante la vegetación deben suprimirse los tallos tardíos, cortándose las ramas principales así como las extremidades de aquéllos. Se recolecta el grano lo más tarde posible, conclúyese la desecación á la sombra, no conservándose más que los granos de la parte media de las espigas, porque los de arriba y de abajo, han sido peor nutridos que los de enmedio».

En cuanto al cultivo sólo diré que necesita muchas labores, para librarla de hierbas molestas, y nada más que una labor casi continua.

Por lo que llevo dicho debe comprenderse que la remolacha es una planta que da utilísimos resultados en aquellos países en que se cultiva.

Así, pues, en España, que tan faltos estamos de cultivos productivos de industrias que como la azucarera, da tan pingües rendimientos, constituye la remolacha una verdadera adquisición, y más teniendo en cuenta que lo mismo se da

tan precioso vegetal, en el Norte, como en el Mediodía, en la parte Oriental como en la Occidental de nuestra fértil Península.

Pero nadie se ha preocupado, desde los comienzos del presente siglo, que es conocida la remolacha en Francia, y que constituye la principal riqueza de otras naciones, en semejante cultivo; es que en España faltan gobiernos dirigidos por Napoleones, y no había hombres, tan amantes de la patria y del trabajo, como Delesserts, Chaptal, Guillou y Desrosnes.

Estos ya los tenemos; ahora faltan aquéllos, es decir buenos gobiernos que faciliten la obra meritisima de tan beneméritos patricios, con su poderoso apoyo, con un estímulo eficaz y enérgico.

Hombres trabajadores que imiten el ejemplo de los ilustres ciudadanos franceses ya mencionados los hay en España; tales son: el ilustrado farmacéutico granadino D. Juan Pérez Rubio, el insigne operador y cirujano D. Juan Creus y el noble aristócrata cordobés Sr. Conde de Torres Cabrera.

Estos patricios ilustres han conseguido á fuerza de grandes sacrificios pecuniarios y de no pequeños esfuerzos, aquí donde todo lo nuevo cuesta tanto introducirlo, hacer popular el cultivo de la remolacha en las provincias de Granada y de Córdoba, que cuentan ya con algunas fábricas azucareras.

Pero no bastaba esto, era necesario divulgar, popularizar el cultivo de tan utilísima planta. Necesitábase para esto una persona peritísima en esta clase de cuestiones y un joven tan ilustrado como laborioso y activo, el distinguido ingeniero agrónomo granadino D. Wladimiro Guerrero, comprendió la grandeza de esta obra y sin titubear un momento ha traducido y comentado un libro tan completo como *El cultivo de la remolacha*, por el aventajadísimo químico francés Mr. Georges Dureaud, redactor del *Journal des fabricants de sucre*, de París, libro cuya publicación constituye un fausto acontecimiento para la industria, el progreso material, la prosperidad de esta patria española, tan escasa en actividades, en

verdaderos génius científicos, y tan sobrada de literatos, de teólogos y de artistas.

Y no hay que olvidar que el desarrollo de la industria azucarera en la Península, entrafía el desarrollo de otras industrias no menos importantes.

La remolacha contiene, á más del azúcar cristalizable ó sacarosa, cierta cantidad que varía, según la época de la recolección y las circunstancias en que se ha llevado á cabo la fabricación, de levulosa ó azúcar incristalizable, que en unión de las sales y demás substancias orgánicas, quedan en los residuos que reciben el nombre de melazas.

Estas melazas se utilizan para la fabricación de alcoholes, haciendo que el azúcar sea transformada mediante la fermentación vínica en alcohol y en ácido carbónico, y del residuo ó vinazo de esta fabricación, se puede obtener considerables cantidades de potasa buena y comercial.

¿Y qué no se puede hacer? ¿qué negocios tan pingües no se obtendrían con la fabricación de abonos artificiales de que ya en el número de LA REVISTA DE ESPAÑA, correspondiente al 30 de Septiembre del pasado año, hablaba con extensión, y que la remolacha más que ninguna otra planta necesita?

En fin, que el cultivo de la remolacha, para su explotación azucarera, será, á no dudarlo, una fuente de inagotable riqueza para España.

Merecen, pues, un lugar preeminente en la consideración de todos los buenos ciudadanos españoles, hombres tan estudiosos, tan trabajadores y tan dignos como Georges Dureaud y Wladimiro Guerrero, fervoroso propagandista del cultivo de la remolacha en España.

RAFAEL DELORME SALTO.

Doctor en ciencias naturales.

LAS MANIFESTACIONES SOCIALISTAS DEL 1.º DE MAYO ⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN)

No tardó en iniciarse su decadencia, á pesar de tales triunfos. Por una parte las exageraciones, favorables á la revolución, inauguradas en el Congreso de Bruselas, y desenvueltas, por los colectivistas, en el Congreso de Bâle, y de otra las disidencias surgidas entre Carlos Marx y el agitador ruso Bakounine, prepararon la destrucción de la obra de tantos años, que pronto se derrumbó, con gran estrépito. Una parte de sus restos, los que acaudillaba Bakounine, constituyeron la Alianza de la democracia socialista, que, después de perderse en estupendas extravagancias no conquistó mejor suerte ni alcanzó mejor fin.

Al evocar estos recuerdos, pregunto: ¿Qué revelan las manifestaciones de los obreros? ¿Dónde están, á la hora presente, la poderosa organización de la Internacional? ¿Dónde aquellos organismos complejos, que se extendían por todas partes, que á todas llegaban, cuyas influencias palpitan hasta en los pueblos más pequeños y en las más insignificantes aldeas? ¿Dónde los vigorosos medios de propaganda y

(1) Conferencia pronunciada, en el Círculo de la Unión Mercantil, el día 9 de Mayo de 1890.

de acción, que ponían terror y espanto en los espíritus mejor templados? ¿Dónde, en fin, las cajas de resistencia, las huelgas terribles é interminables, todos los elementos de destrucción, anunciados por Bakounine, al predicar las doctrinas disolventes del nihilismo, en el Congreso de Haya? Nada de eso existe en la actualidad; de todo eso carece el socialismo revolucionario, que acudió á la última manifestación. Por eso afirmo, sin vacilaciones de ninguna clase, que las huelgas del día primero de Mayo, muestran la falta de organización en que viven los socialistas, y recordando los desarrollos que conquistó esa organización, en los días de Marx y de Bakounine, sostengo que el socialismo revolucionario no tiene, en estos momentos, la importancia y la gravedad que alcanzó en la época de la Internacional.

Y cuenta, que aún carece ese socialismo, de otro elemento importante, tal vez de mayor trascendencia. Las recientes manifestaciones de los obreros, esas huelgas universales, han puesto de relieve, con perfecta claridad, que el socialismo que nos amenaza carece de jefe, con personalidad bastante, para imponerse, y dirigir á todos, como los jefes que existieron otras veces.

Un partido ó una escuela, que se extiende por el universo, formada con gentes, que tienen intereses, ideas y hasta lenguas distintas; que no cuenta con programas concretos y bien definidos; que no obedece á organizaciones perfectas y vigorosas ¿creéis que puede lograr triunfos, mantener contiendas, si no escucha la voz prestigiosa de un jefe, con genio, con valor, con autoridad, con facultades personales bastantes para dominar á sus legiones de suyo agitadas y turbulentas? La historia lo prueba claramente, con hechos incontestables. Contemplad, á través de los tiempos, el desenvolvimiento del socialismo, y le veréis potente y arrogante, rebotando alientos y energías, en la antigüedad, inspirado por Platón y organizado por Licurgo; después, guiado por los utopistas; más tarde, dirigido por Owen, Saint-Simón, Fourier y Luis Blanc, y, por último, en la Internacional y en

la Alianza, alentado por Marx y Bakounine..., es decir, siempre que ha encontrado, en su camino, hombres de vigoroso entendimiento y de carácter indomable, ¿Dónde está hoy el jefe socialista, ese hombre extraordinario, capaz de sujetar, con los prestigios de su palabra, con los arrebatos de su elocuencia, á las muchedumbres socialistas, que carecen de programas concretos y de organizaciones definitivas, á esas masas verdaderamente indisciplinadas.

IV

No creáis, señores, por lo que dejo dicho, que niego la existencia del problema social; no penséis que sostengo que no merecen atención las manifestaciones del socialismo contemporáneo. Entiendo, por el contrario, que ese problema y esa escuela reclaman preferente estudio, y piden soluciones adecuadas y terminantes; pero sostengo también, que, esas soluciones, no pueden ser, no son, las del socialismo.

Esas soluciones socialistas, unas son falsas é incompletas, y otras absurdas. Son falsas é incompletas las que tienden á organizar el trabajo, como las que constituyen el programa del Congreso de París; falsas, porque piden al Estado determinaciones que al Estado no corresponden, é incompletas, porque nada resolverían aunque fueran realizables. ¿Quieren que volvamos á las trabas y obstáculos del régimen antiguo? ¿Imaginan que con disminuir las horas de trabajo ó aumentar los salarios, resuelven, por entero, el problema social? Son absurdas las que por uno ú otro camino conducen al comunismo ó á la anarquía.

¿Cuáles son, entonces, señores, las soluciones que hemos de proclamar como buenas, que hemos de señalar como seguras panaceas, para poner remedio á enfermedad tan grave, difícil y peligrosa?

Repetidas veces he manifestado que la enfermedad, que

el problema social es complejo, que ofrece tantos aspectos, tantas esferas y tantos órdenes, como órdenes, esferas y aspectos presenta la vida humana, y siendo complejo el problema necesariamente ha de ser compleja la medicina, complejo ha de ser, también, el remedio.

Lo que contribuya al bienestar y al equilibrio de la sociedad facilitará la solución; pero, para conseguirla, para acercarse á ella por lo menos, hay que emplear procedimientos distintos: unos que podemos denominar indirectos, y otros que directamente conduzcan á esa solución.

¿Tiene aspectos diferentes el problema? ¿Tiene aspecto religioso? Pues en esa esfera deben ser aceptadas, como buenas, las soluciones que predica la Iglesia; hay que elevar el sentido moral, en las clases trabajadoras, y, también, en los capitalistas; hay que buscar en los unos la resignación, en los otros la caridad. ¿Tiene aspecto jurídico? Pues hay que pedir, al Derecho, advertencias y consejos. ¿Tiene aspecto financiero? ¡Ah, señores! este es, indudablemente, uno de los aspectos más importantes de la cuestión. Cuando, hace pocos días, escuchaba, en las calles de Madrid, los gritos de las muchedumbres, que usaban ámpliamente del derecho de manifestación, solicitando de los poderes públicos antiguas tiranías, pidiéndoles que recogieran, en sus manos, los viejos instrumentos del absolutismo económico, para que coartaran la libertad individual, no podía menos de exclamar: ¡qué lástima de energías y de alientos, qué provechosos resultarían, para demandar soluciones económicas urgentes, para reclamar, por ejemplo, la desaparición, la transformación por lo pronto, de la inícuo y terrible contribución de consumos, que, al fin y á la postre, pesa, más que sobre las clases capitalistas, sobre las clases jornaleras! ¡Qué ocasión tan propicia, qué alientos, qué energías tan hermosas, para acudir á los poderes públicos, excitándoles para que intervinieran en la Conferencia de Berlín, promovida por el Emperador de Alemania, á fin de que sostuvieran allí la conveniencia indiscutible del desarme de los grandes ejércitos,

que, en el orden financiero, agobian á las sociedades contemporáneas! Estas son soluciones prácticas; estos son caminos indirectos, que, directamente, conducirían á la solución de los problemas económicos y de los sociales.

Al mismo tiempo que se siguen esos procedimientos, que pueden calificarse de indirectos, debe realizarse algo, que, por modo preciso, se refiera á las cuestiones sociales, y al socialismo. Si ahora me escucharan los socialistas, seguramente, lanzarían, sobre mí, terrible anatema, al oírme afirmar que la solución directa de esos problemas, se encuentra en los principios de libertad y en los principios de la Economía política.

Creo, señores, que muchos de los problemas sociales, que muchas de las cuestiones económicas, temen su origen en un hecho, que explicó elocuentemente Renan, diciendo, que el individualismo habia *dejado en pie un gigante, el Estado, y muchos enanos, los individuos*. Esta es una gran verdad. Destruídos los antiguos organismos de la sociedad, urge é importa sustituirlos con otros nuevos, que respondan á principios de razón. La sociedad que ha conquistado la libertad, esa hermosa libertad por la que tanto han luchado las últimas generaciones, necesita crear vigorosos organismos, crear otros organismos, que no sean gigantes como el Estado, pero que no sean enanos como los individuos. En el movimiento de asociación, que generalmente se conoce con el nombre de movimiento cooperativo, se hallarán, en mi sentir, muchas soluciones para los problemas sociales; pero creo que los nuevos organismos, que el movimiento de asociación, que el movimiento cooperativo, no deberán sujetarse á la dirección, ni recibir el impulso ni obedecer á las inspiraciones del Estado; todo eso han de realizarlo, por sus propias fuerzas, por sus propias energías, por sus propias determinaciones, el individuo y la sociedad.

Por eso defiendo los principios de la Economía política, por eso proclamo las ventajas de la libertad, como base sólida, para toda asociación provechosa. Deben fijar la atención,

los que rechazan las conclusiones de la Economía política, en la misión desempeñada por esta ciencia, en los dos fines principales que cumple, y, deben, después, recordar que hasta ahora no ha tenido tiempo bastante para realizar más que el primero de sus fines, pues, en estos momentos, comienza á llevar á la práctica el segundo, que es tan hermoso y sublime como el anterior.

La Economía política nació en la época en que imperaban todos los absolutismos, y entre ellos el que dominaba á la vida económica; encontró una sociedad en la que el individuo hallaba coartadas, cercadas, por estrechos límites, sus iniciativas y sus actividades, y por eso resumió, en aquellos instantes, todas sus aspiraciones, todos sus propósitos, en las inmortales palabras de Gournay: *!Lessez faire, laissez passer!*, y por eso proclamó, como principio de salvación, el principio de libertad. Esta ha sido su primera obra, este ha sido su primer trabajo: destruir las trabas, concluir con los obstáculos, borrar las dificultades que se oponían al paso y al desenvolvimiento progresivo del hombre y de la humanidad. Tal es la misión realizada hasta ahora. Una vez conseguido este primer fin, la Economía ha de cumplir su segunda empresa: tiene que organizar, que crear grandes organismos; pero debe engendrarlos dentro de sus dogmas, dentro de sus soluciones, dentro de sus principios. Por eso considero absurdo, que, cuando el progreso y la civilización han llegado á grandes alturas, que, cuando se ha realizado el adelantamiento humano, en medio de tantos impulsos y de tantas reacciones, destruyamos todo el pasado, pongamos fin á la obra salvadora, sometiéndonos de nuevo á la tiranía del Estado. Representan luchas y vacilaciones tan formidables los progresos conquistados, que bien puede darse idea de ellos comparándolos, como compara Macaulay los movimientos de la historia de Inglaterra, con el andar de las olas cuando sube la marea: cada onda sucesiva se adelanta, se estrella y retrocede, sin que por eso la marcha general del flujo se suspenda, ni vacile siquiera. A contemplar las aguas un instante, se antoja-

ría que retroceden, apartándose de la orilla; á contemplarlas un espacio mayor, parecería que avanzaban y retrocedían á la ventura y por capricho; mas á considerarlas durante cierto tiempo, al ver desaparecer, unos en pos de otros, los obstáculos de la playa, las rocas, las marismas y las arenas, quedando todo invadido y cubierto por el moviente elemento, ya no queda duda de la dirección general que lleva el Océano: camina siempre hacia adelante, lo mismo que el progreso.

Todas las soluciones, inspiradas en un sentido orgánico, tienen que buscar su apoyo en la iniciativa del individuo, y deben encontrar su realización en la sociedad, sin confundirla con el Estado. Quiero avanzar, rápidamente, en lo que queda que decir, porque estoy molestando demasiado vuestra atención; quiero terminar pronto.

V

¿Cuál debe ser, ante todos esos peligros, ante las manifestaciones del socialismo contemporáneo, la política de los Gobiernos y de los Estados? La política, que, felizmente, se ha seguido en nuestra patria en los momentos actuales, una política de amplia tolerancia y de completa libertad, y, en orden más elevado, una política, que afiance y afirme categóricamente los principios científicos de la Economía política. Esto, además de racional, es conveniente, y así lo demuestran los hechos. Ahí tenéis á Bélgica y á Suiza. Comparad su política social y económica, con la política social y económica de Rusia, por ejemplo, y señalad después, los estragos que en este Imperio y en aquella Monarquía y en esa República, realiza el socialismo, y veréis, á seguida, como son, más extensos y más profundos, los que desarrolla en el Imperio, bajo la forma de anarquía y con el nombre de nihilismo. Y cuenta, que hay dos ejemplos más elocuentes: los que ofrecen Inglaterra y Alemania. ¿Cuál es la política social y

económica de Alemania? Ya lo habéis visto, ya lo he dicho antes: política de odio, de terror y hasta de rencor contra la economía y contra el principio de libertad.

Allí el Estado es el que se eleva, el que sube, para dominar á los individuos; allí, los mismos partidarios de las doctrinas *smithianas*, como el ilustre Rau, conceden al Estado un predominio extraordinario, y todos los partidos, el conservador, el católico y el protestante, y hasta el antiguo Canciller y el nuevo Emperador, se declaran, sin ambages ni rodeos, socialistas, para conquistar el apoyo de las muchedumbres, creyendo, sin duda, que por ese camino podrán dirigir las, y llevarlas á la solución de los problemas planteados.

La reciente y famosa Conferencia de Berlín, que constituye un fracaso ruidoso, ha servido, para que inaugure su imperio Guillermo II. Este Emperador se manifiesta como un perfecto y acabado socialista. Bien lo demuestran los trabajos publicados, no hace mucho tiempo, por Luspeter, que fué, antes, su profesor, y es hoy, su consejero. Guillermo II, ha pretendido inaugurar su Imperio, imponiendo, las ideas socialistas, á los demás Estados, y, á este fin, convocó la conferencia de Berlín, y citó á las demás naciones: y esa conferencia de Berlín no ha tenido más alcance ni más importancia por que los Estados se han negado á discutir en ella todas las cuestiones verdaderamente sociales, las que se refieren á la organización del trabajo. ¿Y sabéis á lo que se ha limitado esa Conferencia? Pues á estudiar cuestiones jurídicas, como son las relacionadas con la protección que se debe á los menores de edad y á las mujeres que van á los talleres, á las fábricas y á las minas, que son cuestiones esencialmente jurídicas, porque, en realidad, al Estado corresponde proteger y amparar á esos seres que son menores y no tienen capacidad absoluta. ¿Cuál ha sido la cuestión social que se ha discutido? Una, que, después de todo, no tiene grande importancia: la celebración del domingo. ¿Y qué se ha conseguido en esa Conferencia? Que los demás Estados digan á Alemania, que los acuerdos allí tomados no obligarán á nada; que no signi-

ficarán otra cosa que el laudable deseo de que todos los gobiernos traten de plantear en cada nación esta reorganización. ¿Y qué consigue Alemania con esta política? Lo que ha conseguido el Emperador Guillermo II con esa Conferencia. Creía que iba á atraerse las muchedumbres, creía que iba á detener la marcha del socialismo: la Conferencia se celebró en Berlín, y el socialismo ha contestado, á esa Conferencia, con las manifestaciones del día 1.º de Mayo. En Alemania, que es donde más se protege este movimiento y donde menos principios económicos se implantan, es donde el socialismo tiene más fuerzas y más partidarios, y donde realiza, con más empeño, sus empresas.

¿Qué sucede en Inglaterra? ¿Cuál es la política social y económica de Inglaterra? Inglaterra es la patria de Adam Smith, es la patria de Cabden, de los más ilustres economistas, y es el pueblo que, en el orden social y económico, ha realizado, con mayor exactitud y mayor perfección, los principios económicos y los principios de libertad. ¿Y cuál es el socialismo, señores, de Inglaterra? No negaré que existen socialistas en Inglaterra; ellos se han manifestado en las últimas huelgas. Pero ¿tienen importancia? Preguntádselo á un inglés muy ilustre, á Goddard H. Orpen, que hace muy poco tiempo, hace unos meses, ha publicado un estudio muy interesante, sobre el socialismo inglés, y en él se ve claramente, que si bien existen socialistas en Inglaterra, no tienen grandes masas, ni grandes energías, ni son revolucionarios, ni tienen grandes alientos. Existen allí los partidarios de la nacionalización del suelo ó de la colectividad de la tierra. Pero, ¿dónde están? Están como una planta exótica, trasladada á Inglaterra desde los Estados Unidos, por el gran agitador norte-americano, por el ilustre Enrique George de que ya os he hablado, y se ve, que, estos mismos socialistas están divididos, y que hay unos que se han declarado partidarios de Enrique Jorge, y otros, los más ingleses, que siguen á Wallace, que es menos radical que Enrique Jorge, y que se ha separado de éste, porque profesa ideas me-

nos revolucionarias. ¿Y cuál ha sido la influencia que en Inglaterra ha tenido el socialismo? El primer libro que Federico Engel escribió, sobre las miserias de las clases obreras de Inglaterra, y que en Alemania tuvo gran preponderancia, en Inglaterra se perdió en el vacío. En Inglaterra los trabajos de Carlos Marx, de Lasalle y de otros socialistas, trabajos que encontraron eco en el continente europeo, en Inglaterra no hallaron ninguno. En Inglaterra se organizó la *Internacional*, y, sin embargo, todas las obras sobre el socialismo se hacían por los alemanes y por otros extranjeros; pero obras que no encontraban protección, ni amparo, ni despertaban entusiasmo en las muchedumbres, y que iban á repercutir en otros países, como Alemania. Ahí está una carta de uno de los sectarios de la *Internacional*, la carta escrita el año 1870 por Enrique Dupont, en la cual se dice que no había ningún país mejor preparado, para que arraigase el socialismo, que Inglaterra, país donde la economía política se ha implantado en toda su extensión; pero, que, sin embargo, allí las revoluciones tenían que hacerlas los extranjeros, porque los ingleses no sentían el socialismo, ni tenían espíritu socialista. Y esto mismo dice Onslou York en su *Historia secreta de la Internacional*; y esto mismo se demuestra con el desenvolvimiento de las célebres *Trades-Unions*. Ahí tenéis el último Congreso de las *Trades-Unions*. ¿Cuál ha sido el resultado de ese Congreso? Pues un discurso inaugural pronunciado por Jorge Shipton, que se podía poner en labios del más entusiasta partidario de la Economía política, del más ardiente defensor de la libertad. En ese Congreso no se han expuesto ideas tan radicales como las que se han manifestado en otras partes.

Ved, por tanto, como conviene á los gobiernos, si quieren defenderse de la amenaza del problema social, seguir la política de la Economía y de la libertad, seguir el ejemplo que les ofrece Inglaterra, practicando la política de libertad frente á la política de reacción que sigue Alemania.

VI

No necesito llamar vuestra atención, respecto del interés que vosotros, como clase comercial, tenéis en estos asuntos. Sabéis á dónde van los tiros, sabéis contra quienes piden los socialistas la disolución del orden social existente, sabéis que es contra nosotros, contra los que formamos la clase media, contra los que somos, como ellos, obreros, y, sin embargo, nos llaman burgueses. Por eso nosotros tenemos interés en esta cuestión; pero es que, aunque no le tuviésemos, vosotros, como clase comercial estaríais, y vuestra historia os lo impone, en la obligación de ocuparos en estos asuntos.

Vosotros, y no digo esto por conquistar vuestra benevolencia con mezquinas adulaciones; vosotros como clase social, habéis influido en el desarrollo de la civilización y del progreso de nuestra patria grandemente. El ilustre Benjamin Constant ha dicho que en la historia no ha visto más que dos medios de progreso: la guerra, como medio de progreso de la barbarie, y el comercio, como medio de progreso y de la civilización. Vosotros, que habéis realizado esta obra, en el desenvolvimiento de la historia, á vosotros, en la hora presente, os está encomendada la alta misión de contribuir, por medios indirectos y directamente también, á la solución de estos problemas del socialismo.

Voy á concluir, señores. Quisiera que estas mis últimas palabras fueran escuchadas por los obreros, porque ellas constituirán un recuerdo, y envolverán una advertencia; y un leal consejo.

Sucede, en la mayoría de los casos, que los movimientos de las muchedumbres, están dirigidos por un hombre solo, generalmente por algún orador, que sabe seducirlas con la hermosura y la galanura de su palabra, y yo quisiera recordar á las clases obreras, que se dejan seducir por esos jefes de

grupos socialistas, un ejemplo muy importante de que nos habla la historia.

Pocos hombres han logrado mayores éxitos ni mayores influencias, sobre esas masas, que Luis Blanc; á Luis Blanc le seguían, los socialistas, á todas partes; las muchedumbres francesas, y especialmente las de París, acostumbradas estaban á escuchar con entusiasmo, y á aplaudir con frenesí, al ilustre socialista; era, en una palabra, el jefe indiscutible y querido.

Llegó, señores, la hora del triunfo; se derrumbó la Monarquía de Luis Felipe, rey de los franceses; se constituyó, sobre las ruinas de esa Monarquía, el Gobierno provisional; á ese Gobierno provisional fué Luis Blanc, como representante de los socialistas; él recibió el encargo de llevar á la práctica todas aquellas hermosas panaceas recomendadas en sus discursos; él fué el encargado de resolver el problema social. Estuvo poco tiempo en el gobierno; creó aquellos funestos talleres nacionales, que costaron tantos millones á la Francia y que no dieron resultados de ninguna clase, y cuenta la historia, que, una tarde, al salir Luis Blanc de la Asamblea Nacional, en el instante mismo en que los caballos de su carruaje salpicaban de lodo los rostros de sus antiguos camaradas, los obreros que ensangrentaron las calles de París, en la triste jornada de Junio, encontróse rodeado por aquellos que habían sido sus instrumentos en las antiguas contiendas, y una pregunta salió de todos sus labios. Luis Blanc se puso en pie, en el coche, creyó que podía ejercer todavía alguna fascinación sobre ellos, que todavía los dominaba, y quitándose el sombrero, saludándoles, mientras el coche marchaba, gritó: —¡Todo va bien! ¡Todo va bien!

Aquel grito, era sin duda, el grito que se escapaba de un alma complacida y satisfecha, el grito de un hombre que estaba en el poder; pero los obreros se encontraban en igual situación de miseria que otras veces, y con el mismo entusiasmo con que antes le habían aplaudido, con el mismo le increparon, al ver que aquel hombre que les había llevado, en

las horas de peligro, á luchar y á verter su sangre por las calles de París, desde la altura del poder no tenía remedios para su amargura, para sus horribles dolores.

· ¡Ah señores! Esta lección que ofrece la historia se repetirá siempre. ¡Ojalá sirviera de enseñanza á los obreros que se dejan seducir por los utopistas!—He dicho.

CRISTÓBAL BOTELLA.

EL JESUITA

He llegado al fin de mi trabajo y en este último artículo he de plantear algunas cuestiones de carácter puramente social.

Antes me he referido á la educación religiosa y científica de cada uno de los individuos de la Compañía y he descendido á puntos del organismo gubernamental interno.

Algo he dejado por decir; pero no todo hacia á mi intento. El escritor se propone un plan y de él no salta los linderos si no trata de romperle al mismo tiempo que le presenta.

* * *

No necesito traer á colación qué opino yo acerca de la Compañía. Algo tengo publicado en diferentes partes acerca del particular y en el Ateneo de Madrid he defendido durante un curso completo á los hijos de San Ignacio, combatiendo enérgicamente el atropello ilegal que con ellos cometiera el rey Carlos III.

Y mi criterio no se funda en el solo agradecimiento que

debo fomentar, sino en el convencimiento pleno que da la posesión de la verdad.



La Compañía de Jesús, es utilísima á la Iglesia.

No es fácil que alguien se atreva á negar proposición tan evidente.

Los mismos Pontífices lo han declarado repetidas veces.

Pero los hechos lo atestiguan. ¿Ha dejado, desde la fundación y establecimiento de estar al servicio de su Iglesia?

¿No ha llevado la voz del Evangelio á las órdenes de la Iglesia, hasta los últimos confines del mundo?

¿Tanto en Asia como en América, y en otras muchas regiones del Japón y de Oceanía ¿no han dado su sangre y su vida los que siguieron á San Francisco Javier, al P. Ricci, á San Pedro Claver, etc., etc.?

Quien se entrega voluntariamente á la muerte por la religión de Jesucristo ¿no sella con su sangre hechos propios que manan y proceden de una voluntad santamente informada?

Pero no se sirve solamente á la Iglesia de Dios en las misiones. También se presta mucha ayuda en la exposición de las doctrinas que son propias del Crucificado.

¡Qué gloriosa historia no tiene la Compañía de Jesús dentro de las páginas de los Concilios!

¡Qué méritos no se atesoran en las monumentales obras de sus teólogos, moralistas, filósofos, etc., etc.!

Las ciencias y aun el arte les son deudores de considerables adelantos y para convencerse de ello no se necesita más que dejar los ojos abiertos á la evidencia. Cerrarse de bandas y buscar tinieblas en medio de tanta claridad, no significaría otra cosa que dejarse llevar á sabiendas por un error reconocido.

Cierto es que aun entre el clero, y aun entre el clero alto

no han faltado ni faltan quienes han mirado y miran con cierta prevención á los jesuitas.

Siempre hay notas y aun acordes discordantes. Pero contribuyen al mismo tiempo á la armonía universal.

Las imperfecciones humanas acarrear á veces hermosos contrastes y sirven para dar mayor realce á la figura principal del cuadro y aun al héroe mismo de las tragedias, cuando ésta resulta.

Pero conste que los mismos individuos del clero que aparentan conservarse á cierta distancia de los jesuitas, cuando hallan ocasión propicia y oportuna los llenan de alabanzas y envuelven en nubes de incienso. ¿Son alabanzas sinceras ó son alabanzas hijas del temor?

Yo he de exponer, según mi acostumbrada franqueza, que no alcanzo la razón que algunos sacerdotes puedan aparentar de serles antipático el jesuita. No dudo y sé que hay hijos de muchas madres y por lo tanto que también se dan jesuitas á quienes falta en determinadas ocasiones el sentido común, los cuales hacen á la Compañía con su indiscreto celo un daño de consideración.

* * *

Hay un punto que es la piedra de toque entre algunos individuos del clero y los jesuitas... El confesionario.

Cuestión espinosísima y que no me arrancará muchas palabras.

Algunos individuos del clero debían alegrarse porque los Padres de la Compañía les prestasen ayuda en tan pesado ministerio.

No hay tal. Lo sienten. Pero obsérvese y estúdiense el fenómeno.

No hay quejas cuando el jesuita acude á confesar á pobres y miserables. Dáse la murmuración cuando se trata de ricos y potentados. ¿Por qué?

Jesucristo echó de los pórticos del templo de Jérusalem á los que comerciaban con el cambio de moneda.

¿A qué tanto afán en conservar bien quistos á los ricos cuando se deja en el arroyo al pobre verdaderamente cristiano?

¿Se odia al jesuíta porque la clase superior le busca al mismo tiempo que el hijo de San Ignacio se sacrifica por el pobre?

Yo, el problema que aquí se envuelve, hace tiempo que resuelto le tengo. El lector podrá darle solución por sí mismo fijándose atentamente en la conducta de unos y otros.

* * *

El jesuíta es útil á la sociedad.

Primero, porque moraliza; segundo, porque instruye.

Moraliza. Sus ejemplos y su conducta llevan siempre tal camino. Si alguno falta, es la excepción, no es la regla. Cuantas ventajas reporte á la sociedad una conducta moral muy ajustada, no necesita ponerse en claro.

Por lo mismo, los que irregularicen, los que apartados del hogar doméstico se enfangan en el vicio en ajeno hogar, los hipócritas que tratan de engañar al mundo y aparentando seguir las doctrinas de Jesucristo viven entregados al vicio, los lobos que vestidos de ovejas hacen carnicería en el rebaño del Señor, todos estos y los demás de su calaña y fuste que viven en permanentes lupercales más ó menos fuertes, han de tratar al jesuíta como al enemigo común de sus vicios y deshonestidades y desafueros.

La compañía de Jesús con tales enemigos brilla mucho más en el Jardín de la Iglesia.

* * *

Es útil enseñando. ¡Singular coincidencia! Los enemigos de los jesuitas, les entregan sus hijos para que los enseñen y eduquen. Preguntadles á los que así obran, por qué ponen en contradicción su manera de pensar y sus actos como padres de familia, y os contestarán: que no quieren que sus hijos lleven el camino de sus padres.

Bastaba este argumento para dejar establecida mi enunciación.

Mas siendo una prueba extrínseca, preciso es entrar en la naturaleza misma del asunto.

La enseñanza dada por los jesuitas es completa, en cuanto á los métodos y en cuanto al contenido de la ciencia.

Los métodos son rigurosos y llevan como por la mano, de lo conocido á lo que está por conocer. Siempre que el material de enseñanza lo da de sí—y por lo general es muy rico en todos los colegios,—sirve de medio comprobatorio por medio de la intuición.

Los ejercicios prácticos encierran mucha variedad y son múltiples.

Así que me ha causado crecida maravilla tropezar con un libro, titulado *La Enseñanza de la Historia* escrito y publicado por Rafael Altamira, profesor en la Institución libre de enseñanza, escuela Krausista y Positivista,—en el que se aboga por un método *nuevo* para enseñanza de la Historia y es tan *nuevo* lo que pide que en las Escuelas de la Compañía de Jesús se viene usando desde el siglo XVI. ¡Un krausista dando como medio necesario para salvar la enseñanza histórica la manera de instruir y educar con la ciencia que desarrollan los jesuitas!

Ya no puede llegar á menos el decantado progreso que se da y encomia como propio de la mal llamada civilización moderna.

* * *

Respecto del contenido de la ciencia, huelga toda extensión en lo que pudiera relatar.

¿Hay algún ramo del saber humano que no cuente con profesores de nota y reconocido mérito, siempre que su enseñanza no esté prohibida por la Iglesia ó por la misma Compañía?

Los sabios que llenan el caudalósísimo catálogo de sus escritores ¿qué ramo del saber humano han dejado en claro? Verdad es que unos en épocas pasadas y otros en la época corriente, han querido obligarnos á recibir como verdades dogmáticas el fruto de sus inteligencias calenturientas y mal formadas respecto de ciertas ciencias auxiliares de la historia, pero al toque de atención que oportunamente han dado algunos escritores, prudentemente se han metido en la concha, si bien impulsan á algunas almas cándidas á seguir tan torcidos rumbos por aquello de que se crea aun de que han formado Escuela: y es una escuela fatal á la Historia de España, aunque sea de utilidad inmediata á sus *sabios*.



¿Y no son útiles á la nación? ¿A la patria? Más que cuantos pregonan que por ella se sacrifican, que son toda la turba multa de políticos que cobran del presupuesto.

Los jesuitas han contribuido siempre á conservar la integridad de la patria y de tal modo que es crecido el número de los que como religiosos y españoles han dado su sangre y sus vidas por conservarla.

¿Qué ha sido el misionero y que es en la actualidad el que trabaja dentro de nuestras posesiones ultramarinas?

Lleva dos sacratísimos deberes que cumplir. Propagar y conservar la religión de Cristo y afianzar los lazos que unen á los hijos con la madre patria.

El jesuita no se enriquecía en América. Cuantas anécdotas—variadas de mil modos por carecer de fondo—se cuentan

en contra suya son invenciones de los que sin quererlo aplauden la pérdida de las regiones americanas.

Carlos III que vió con buenos ojos las doctrinas y prácticas que nos han traído al estado en que nos vemos, fué quién dió un gran impulso á los procedimientos demoleedores contra la integridad nacional. Se fué al otro mundo llevando en su real pecho ocultas las causas de su odio á la Compañía de Jesús. Tan arraigadas las tuvo en sus entrañas que no las pudo arrojar ni aun en los últimos instantes de su vida. Sin duda no pudo, como Voltaire, confesar la verdad, ni aun en sus postrimerias.

El abrió la puerta al odio contra las órdenes religiosas que eran las sostenedoras eficaces de nuestras posesiones de allende el mar.

La expulsión de la Compañía de Jesus de los dominios españoles en tiempo del que gastaba grandes sumas en sus cacerías, arrancó un gran pedazo de la bandera nacional. No pensó más que en el *pacto de familia* tan dañoso para nuestra nación. Carlos III consiguió que con fragmentos de las cartas del perjudicial Moñino se formara el BREVE de extinción de la Compañía; razón poderosísima por la cual aquel Breve NUNCA TUVO VALOR ni pontificio ni canónico. Fué un BREVE real, pase la expresión, que venía á dar en la cabeza á la nación misma que le llevara en triunfo.

¿Qué ha sucedido desde aquella época hasta nuestros tiempos? Las doctrinas en germen de Carlos III se han desarrollado. A su impulso los jesuitas y las otras órdenes religiosas han sido lanzadas de América, quedando sola bajo el poder de los patriotereros que se han enriquecido. Y la América española, ¿en donde está? ¿Quién la ha perdido?

¡Pobre España! Se hicieron ritos los jesuitas y poderosos, y se les arranca, mediante una incua expoliación sus bienes; se los lanza de los dominios españoles y nos quedamos sin posesiones españolas, y los bienes de los jesuitas se evaporaron. Algo queda convertido en cuarteles ó en hospitales ó en centros de enseñanza, que ni aun para tales edificios ha

tenido dinero la gente impía de España; y los templos, ó han sido y permanecen cerrados ó han sido blanco al vandalismo destructor... que los ha convertido en ruinas. La impiedad se avergüenza aun del arte.

Qué hacían los jesuitas en América, la historia nos lo enseña; no la sectaria, no la subjetiva de ignorantes y perversos escritores, sino la real, la que se guarda en los preciosos manuscritos que no sabe leer ni comprender el hijo del mal, el enemigo de la grandeza y nacionalidad españolas.

* * *

Un punto podrá ser considerado como antipatriótico en la Compañía.

Recientes sucesos han obligado á los hijos de San Ignacio á enarbolar bandera inglesa en algunas de sus casas.

¿Qué significa eso? ¿Falta de patriotismo? No. Revela que en España la seguridad personal se halla en completo abandono, y que los Gobiernos no saben preveer los asaltos de los foragidos contra ciudadanos pacíficos é indefensos. Las casas de los jesuitas y de las otras órdenes religiosas, fueron en Madrid teatro de escandalosos crímenes, y en ellas se asesinó villanamente y con tranquilidad al que daba su inteligencia y su vida por sus hermanos.

Los jesuitas no son, pues, anti-españoles, son hombres precavidos contra las hordas salvajes compuestas de los que se llaman civilizados.

* * *

Llego á la última cuestión que cerrará este artículo. Confieso que es muy grave y muy delicada, y por lo mismo es necesario desenvolverla con prudencia, moderación y tino.

¿El jesuita, se mezcla en cuestiones políticas que salgan

del campo de la ciencia, y que se relacionen con las diferentes formas de Gobierno y con las personas que se disputen y disputan la representación suprema y la dirección del Gobierno?

El jesuita, no sólo por las Constituciones de su instituto, sino por otra clase de órdenes que constan en las cartas de los generales, tiene completamente prohibido el mezclarse en asuntos que se relacionen con la política práctica.

¿Hay alguno que se mete en política? Pues falta á sus reglas.

Política es hoy enzarzarse en la contienda de íntegros y carlistas. ¿El jesuita es integrista? ¿El jesuita es carlista? En tesis general, claro que ni lo uno ni lo otro. Entonces un jesuita polaco se vería en la precisión de optar por unos ó por otros, por los nocedalinos ó por los tradicionalistas. Se ha de entender la proposición por lo que á España toca.

Y entonces, ¿qué dirección llevarán los hijos de San Ignacio? La que lleve la Iglesia y ninguna otra más.

Nótase, es cierto, en *El Siglo Futuro* una tendencia muy marcada hacia todo cuanto interesa á la Compañía, así como en *El Correo Español* reina un desdefioso silencio acerca de la misma, y sobre todo tratándose de asuntos de los jesuitas españoles. Más aún, datos particulares me han hecho ver de un modo inmediato que la Compañía de Jesus no es bien considerada en sus individuos por quien aun lleva la dirección del periódico madrileño, hermano de *El Correo Catalán*. ¿Por qué? ¿Median órdenes del señor duque de Madrid ó es indicación ó imposición de alguna empresa librera más ó menos relacionada con *El Correo Español*? Con respecto de *El Siglo Futuro* la cuestión se ofrece turbia, por lo tocante á *El Correo Español* es mucho más negra que boca de lobo.

La Compañía de Jesus se funda y fija mucho en el modo de ser moral de las personas. Ella se halla al corriente de los pasos que cada cual sigue. Sabe si el bueno es atendido y el malo agasajado, y se dice asimismo: *Bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*. Claro que es de las personas que

se hallan al frente del movimiento católico. Distingue al lobo que lleva piel de oveja; separa al bicho del ser honrado, y cuando ve terquedad en conservar lo malo, se convence de que no es el bien ni de la sociedad ni de la religión el que se busca, sino un *modus vivendi*, y entonces hace la señal de la cruz y canta: *Vade retro, Satana*.

La prensa católico-política madrileña ha sido siempre desgraciada. *La Regeneración*, *La Esperanza* y *El Pensamiento Español* murieron con el desaliento en el alma. El último artículo que publicó *El Pensamiento Español*, caería hoy como una bomba reproducido en algún periódico. Villoslada se retiró y *El Fénix*, ¡*El Fénix!* ha renacido en *El Correo Español*, de entre sus cenizas. ¡Así va ello!

Acerca de esto voy á presentar algunas preguntas y si alguien las contesta y sobre todo si lo de que ellas se trasluce se practica, la Compañía de Jesús aplaudirá, porque se siguen las doctrinas y preceptos de la ley de Dios.

Los partidos católicos ¿qué piden de sus jefes? Una vida integérrima. ¿Qué piden de los que figuran al frente de sus periódicos? Una vida irreprochable y diáfana, muy diáfana, que no importe que sea conocida de todo el mundo. Ante todo, después de lo que á Dios toca, un amor profundo al hogar doméstico, á la familia. De otro modo es convertir el Cristianismo en la vituperable mercancía. Y quienes lo toleren y más aún, los que lo llegen á retribuir y en forma múltiple, serán siempre responsables. Entonces no hay religión. Hay una perniciosa transacción con el mal por el mal mismo.

Y con esto y con una desobediencia constante y franca á los preladados, no puede *La Compañía de Jesús* ni ser integrista ni carlista. La Compañía será de la Iglesia y no de ningún partido político, aunque en alguno exista arraigado el derecho y conservada la tradición muy mal defendida por los que no guardan los preceptos de la ley de Dios.

Las buenas causas siempre han tenido traidores, porque el mal se ceba en los corazones de los miserables al mismo tiempo insolentes y audaces, y por lo tanto, hermanos de la

fortuna que arrastra á muchos á perder á sus hermanos.

La causa carlista, santa de suyo, por sus principios y doctrinas vése á veces envuelta en densas nieblas que sobre ella arrojan los que la buscan para medrar á costa de la inocencia vendida.

Sacuda el tradicionalismo la indiferencia que hoy envuelve á algunos de sus individuos: procure separar la paja del grano. Dé en la piedra de toque, en la piedra filosofal para estos casos, en lo que significa monises y distinguirá el oro de la plata y á ambos del cobre, del hierro, del estaño y del plomo.

Y cuando la Compañía de Jesús vea palpablemente que hoy los directores de las publicaciones católicas están dispuestos á ir al martirio, si el caso llega, por defender la religión del Crucificado, entonces estará con ellos. Pero si de la publicación católica se hace un mercado y los que la dirigen fuesen hombres de dudosa y obscura vida, entonces hay que huir de ella peor que del enemigo más encarnizado. El enemigo franco es preferible al oculto raposo que espera la ocasión de hacer caza.

Aunque directamente no cuadra al artículo presente punto alguno de historia de la Compañía, es útil que los lectores conozcan los nombres de los que han sido generales, y son los siguientes:

San Ignacio de Loyola, español, 1541; Santiago Lainez, español, 1558; San Francisco de Borja, español, 1565; Everardo Mercuriano, belga, 1572; Claudio Aquaviva, italiano, 1580; Matías Vitelleschi, italiano, 1615; Vicente Carrafa, italiano, 1643; Francisco Piccolomini, italiano, 1649; Alejandro Gottifredo, italiano, 1651; Goswin Nickel, alemán, 1662; Juan Pablo Oliva, italiano, 1664; Carlos de Noyelle, belga, 1681; Tirso González, español, 1686; Miguel Angel Tamburini, italiano, 1708; Francisco Retz, boemio, 1730; Ignacio Visconti, italiano, 1750; Luis Centurioni, italiano, 1755; Lorenzo Ricci, italiano, 1757; Tadeo Borzogowski, polaco, 1805; Luis Fortis, italiano, 1820; Juan Roothaan, holandés, 1829; Pedro

Bechx, belga, 1853 y Antonio María Anderledy, suizo, 1887.

En otra publicación diaria he referido los principales datos biográficos del actual Vicario general, compañero de estudios y de destierro del autor de estos artículos. Cuando las circunstancias lo pidan le daré á conocer con más amplitud y detalles.

BERNARDINO MARTÍN MÍNGUEZ.

LAS TRES HERMANAS

(CUENTO)

I

Era la familia Yáñez una de las más distinguidas de Capitolera; estaba montada *á la última* y no perdía ocasión en que demostrar pudiera la superioridad de su jerarquía sobre el resto de las demás.

Componíanla tres hermanas, últimos vástagos de antepasados ilustres. Eran mujeres que *estaban en todo*. Cuando largaban tarjetazo en alguna visita, nunca lo hacían sin dejar por lo menos un par de cartulinas, en las que, sobre el nombre y una porción de apellidos enlazados por guiones y partículas *de los á* porrillo, ostentábase enorme blasón en mil cuarteles dividido, surmontado de férreo y plumeado casco, que, por su posición, indicaba la bastardía de sus poseedoras. Este detalle ignorábanlo las de Yáñez ó les tenía en poco cuidado; era lo preferente para ellas la exhibición de aquel encasillado de campos *azares* alternando con *ajedrezados* y *fusos*, que se abrían paso entre *barras* y *bandas*, siendo una de las piezas que más llamaba la atención de los inteligentes, los *tourteaux besants*—según decía la menor de las de Yáñez—por tenerlos contadas familias.

En el vestir, como en todo, había la corrección y armonía

más perfecta. Sus tarjetas tenían en uno de los ángulos un letrerito en que se leía: *Reciben los martes*.

El lunes era para ellas un día de trajín horroroso. Qué de arreglar la sala; qué de repasar las notas desafinadas del piano; qué de quitar fundas á la sillería; qué de cambiar los cogines de la antecámara, que sobre unas arcas forradas de cretona con casas chinescas y elefantes con grandes mantillas coloradas, hacían el mismísimo papel de una *marquesita*. La menor de las hermanas (soltera) ensayándose en la lectura de dos sonetos que su novio había compuesto, dedicados uno «*A la luna*» y otro «*A unos ojos negros*»; la otra, casada (pero separada del marido), sobre el tablero de la mesa del comedor *se ponía en dedos* para ejecutar, con un comandante de caballería, la tarantela de Gottshalk; y la tercera, viuda de un alto jefe de Administración, con muy buena viudedad, tifiéndose las no escasas canas que podían desmentir su propalada juventud. Era, pues, el lunes un día de verdadero trasiego para las hermanas Yáñez. Pero el buen tono así lo exigía y era de necesidad rendir tributo á la buena sociedad.

Sabido es que Capitolera es uno de los puertos más concurridos de las costas del Norte, y que la constante movilidad de población anima en gran manera las reuniones, en donde siempre hay ocasión de presentar á jóvenes distinguidos, pertenecientes á la Marina especialmente, ya nacional ya extranjera.

Los martes de las de Yáñez eran un verdadero acontecimiento. Cada vez había una sorpresa, y lo más distinguido de la población se daba cita para el salón azul, como lo llamaban por tener toda la tapicería de aquel color.

Generales de Marina retirados y en activo, ex gobernadores civiles, diputados provinciales, cónsules, lo más distinguido de los hombres de letras, todos se reunían con sus familias, ó en busca de ellas, los martes, en casa de «las distinguidas Sras. de Yáñez, tan aristocráticas como amables con sus numerosísimos amigos, que se honran asistiendo á sus

espléndidas reuniones», como solía decir un revistero de salones en la *Crónica de Sociedad*.

En aquellas deliciosas noches no se podía pedir más.

Las señoras casadas se dedicaban á la murmuración y alguna que otra á discutir con algún amigo de su marido arduas cuestiones (de alta trascendencia para aquél); los generales retirados tomaban por asalto uno de los gabinetes, y casi á puerta cerrada se dedicaban al ajedrez y al tresillo á centimito de peseta, así como también á dar alguna cabezadilla al sueño, que cual á niños venía á importunarles; las chicas cantaban y tocaban el piano, bailando cuando querían, y jugando á las *prendas* con los pollos, y rara vez se faltó á ninguna muchacha, ó no se supo al menos.

Cuando el reloj de bronce y ágata de la sala, tocaba la media noche, se disolvía *tan agradable reunión*, de la cual «conservarán grato recuerdo todos cuantos asistieron y guardarán memoria de la fineza y suma atención de los dueños de la casa.» Como se leía en *El Eco de Capitolera* del día siguiente.

II

La menor de las de Yáñez, más claro, la soltera, de quien hemos hablado antes, se llamaba Rufina, y si el nombre no era muy lindo en verdad, hacían muy buenas migas el nombre y la nominada, pues la pobre no tenía mucho que agradecer á la madre Naturaleza, que—como decía la viuda de un capitán de la Guardia civil—le había donado tantos bienes de fortuna como escaso caudal de belleza.

La chica aunque bastante *mimosa* era de buen talante y complaciente. Lo mismo cantaba el *Nou tornó*, que leía una composición poética, ya en verso ya en prosa.

A pesar de esto, bien mirada, era imposible que hubiera mortal que pudiese enamorarse de ella, más aún con lo que murmuraban sus amigas. La una que si le oía el aliento, la

otra que si tenía parte de la dentadura postiza: y de tales cosas hablaban siempre delante de los muchachos que más galantes se mostraban con Rufinita, las noches de los martes.

El novio de la *niña* (como decía la hermana viuda), era un buen sujeto; parecía no llevaba malas intenciones, pero precisaba (al decir de la hermana casada), que no se redujeran las *relaciones* á hacer sonetos al sol y á las estrellas, sino que se tratase formalmente el asunto.

Para su resolución—tal fué al menos su propósito—se encerraron las dos hermanas mayores en el despachito verde, y trancadas por dentro, deliberaron largo rato lo que convenia hacer, y el modo más cuerdo de ponerlo en conocimiento de los interesados.

Ninguna de las dos se atrevía á soltar prenda, porque la cosa revestía *su importancia*, y por otra parte era peligroso precipitar los acontecimientos. Mas, lo que decía la hermana viuda que se llamaba Dolores, en esta casa hacen falta unos pantalones porque el mejor día se nos lleva todo la trampa.

La viuda no estaba en disposición de tomar marido, otro tanto ocurría á la separada del suyo, por lo que preciso era que alguien tomara las riendas de los negocios, no fuera que aquel *cafre* (esto lo decía la hermana casada refiriéndose á su marido), se incautara de todo el mejor día y fuese preciso andar con la curia á vueltas.

La cosa urgía, pero el novio, bien pensado, no reunía condiciones, ¡vamos! no era todo lo que se deseaba. Llamábase Fernández, era hijo de honrados pero modestos burgueses, estaba acabando la carrera de Farmacia, no tenía escudo de armas, en fin, eran muchos *peros*, y de peso para una familia como la de Yáñez.

—Porque los Yáñez—como decía Dolores—no se encuentran ahí, tras de cada esquina....

Rufinita, seguía aprendiendo tiradas de versos compuestos por el joven Fernández, y esperaba sin impaciencia por su carácter frío, le dijeran sus hermanas si se casaba ó nó; pues tenía novio como tenía vestidos de esta ó de la otra cla-

se. La importaba tres cominos el noviazgo, pero como todas sus amigas lo tenían, ó al menos aparentaban tenerlo, ella tropezó con Fernández, el futuro boticario, y una vez que se le declaró, contestóle con un sí más redondo que una bola de billar.

Las hermanas desde la reunión famosa en que quisieron arreglarlo todo, se confabularon en inspirar repugnancia hacia Fernández, y propusiéronse buscarle una *colocación* lucida.

Al primer objeto, todos los días á la hora de la comida, sacaban á relucir al pollo Fernández, al que le suponían preparando emplastos y recortando parches para *forúnculos*.

Tales y tales cosas dijeron á Rufina sus hermanas del pobre boticario, que concluyeron por infundir asco á la novia, al punto que, cada vez que le daba la mano, se olía después la suya para cercionarse de si olía ó no á unguento.

Empezó Rufina por helársele el afecto hacia Fernández, (porque frío fué desde el principio) y concluyó por negarse rotundamente á leer más sus composiciones; aquél comprendió el giro que tomaba el asunto, y como no era tonto y la doncella le enteró de lo que su penetración no podía llegar á descubrir, de la noche á la mañana dejó de aparecer por la casa, y por la ciudad corrió veloz la nueva de ser él quien había dado calabazas á la de Yáñez.

Las hermanas desmintieron tal aserto en el primer martes y se hartaron de decir pestes del pobre poeta, á cuyas composiciones llamó Dolores *Etiquetas para medicamentos, escritas en renglones cortos*.

Enterado Fernández y herido su amor propio, publicó un soneto titulado *Una mala partida*, que llamó mucho la atención.

.

.

III

Los martes de las de Yáñez continuaron con la esplendidez de siempre.

Aquel verano fué uno de los que más grandeza concurrió á tomar baños, que en Capitolera son de lo más hermoso que darse puede.

Es su playa de pendiente imperceptible y tiene por pavimento finísima arena sin el menor guijarrillo.

La concurrencia de aquel año constituyó lo más selecto de la grandeza y lo más distinguido de la ciencia y de las artes. Se había puesto de moda la playa de Capitolera... Con esto las reuniones de las de Yáñez llegan al nivel de las de los Duques de Casa-Pérez y los Marqueses de Casa-García que tanta nombradía tienen en la corte. Como que era una *tontera* que aquellas señoras no se instalasen en Madrid—como decía una señora muy adulatora que frecuentaba aquellos famosos martes.

Todos los bañistas fueron sucesivamente presentados en sus salones, en que se dieron veladas musicales y literarias en las cuales tomaron parte el célebre tenor Ronchi y algunos celebrados literatos.

Aquella familia, deseando corresponder con sus amigos, se propuso darles una sorpresa, y, como por encanto, derribaron las puertas que separaban á la sala de los dos gabinetes laterales é hicieron un hermoso salón con precioso escenario, que estrenó Rufinita con dos preciosos monólogos, con el fin de que nadie pudiera enterarse de la sorpresa.

Rufina llamó la atención en su *debut* «revelándose gran artista» según decía al día siguiente un revistero que por poco revienta de un atracón de emparedados.

Desde entonces siguió «el lindo teatro de las señoras de Yáñez haciendo las delicias de sus numerosas amistades...»

Bien entrada la estación balnearia, llegó el Marquesito de

Vistatorcida, y al momento hizose presentar en casa de las de Yáñez, donde se exhibió como bandurrista y *cantaor* flamenco. Porque á los marqueses de ahora les dá por los cuernos, y por la manzanilla, y el jaleo...

El Marquesito, á los pocos días se declaró á Ruffnita, la que consultó con sus hermanas la contestación que debía dar al nuevo pretendiente. Aquéllas opinaron ser una gran proporción, pues el chico era correcto y además era título, con lo cual la noble casa de los Yáñez no perdería en su tradicional brillo.

La muchacha aprovechó el primer martes para contestar al Marquesito que lo había pensado y no dudaba en profesarle su cariño, con lo que el joven Gonzalo—que así se llamaba el título—vió el cielo abierto, pues si la novia no era guapa él tampoco era un Adonis, y ella tenía la gran ventaja de estar perfectamente metalizada.

Doña Dolores pidió al pollo Gonzalo el árbol genealógico y visto la alta alcurnia de los Vistatorcida, sin cuidarse de antecedentes personales, se convino la boda para otoño.

El futuro esposo manifestó la conveniencia de trasladarse á la corte una vez efectuada, y tras discusiones animadas las Yáñez cedieron á la voluntad de aquellos deseados pantalones.

VI

Al tiempo fijado se celebró la boda. Antes el Marquesito estuvo á tomar unos baños, y pocos días después se trasladaban á Madrid las aristocráticas provincianas.

A los pocos días de estancia en la corte, habíase acostumbrado á la gran vida, y las hermanas de Rufina decidieron prolongar algún tiempo más su regreso á Capitolera.

Gonzalo aconsejólas la conveniencia de fincarse en Madrid, y bien por la falta de carácter de aquellas buenas mujeres, bien por la influencia de los pantalones, lo cierto es

que el Marquesito recibió amplios poderes de las de Yáñez para enajenar las fincas de Capitolera, que él malbarató en perjuicio de sus víctimas.

De vuelta á la corte con el bolsillo repleto de billetes de Banco y valores del Estado, tuvo la mala suerte de tropezar con antiguos camaradas, compañeros de *juergas* y otros excesos, á quienes no había visto desde su *efectuado enlace*, y decididos á *correrla*, dejóse sobre unas cuantas *cartas* todo cuanto las realizaciones de Capitolera habían producido.

Cuando salió del *Círculo* tomó un coche, y derecho á la estación tomó el *expreso* de París, desde donde á los pocos días escribía á las de Yáñez lo ocurrido.

Unos miles de reales que el Marquesito no pudo hacer efectivos en Capitolera y que las de Yáñez recibieron en letras de cambio, fueron los únicos recursos que les quedaron, con lo cual levantaron la casa de Madrid y decidieron volver á su amada Capitolera, donde vivirían modestamente.

El día 1.º de Enero abandonaban la corte, y al pasar por una de las calles más concurridas, en dirección á la estación, vieron que ante una botica de lujoso aspecto una numerosa murga daba serenata y entraba y salía mucha gente, cuyos semblantes denotaban alegría.

En la muestra se leía en gruesas y abultadas cifras de bronce dorado: FARMACIA DE FERNÁNDEZ.

Pertenecía al mismo que despreciaron las de Yáñez, y á quien la suerte acababa de favorecer con el *premio grande de Navidad*.

NUESTRA AGRICULTURA Y GANADERÍA

ASTURIAS Y GALICIA

Reunidos los datos relativos á la cosecha de vinos, resumiremos los más curiosos, que se conocen acerca de la campaña agrícola del verano, en varias comarcas de nuestra patria. La rica y dilatada provincia de Asturias vive principalmente de la ganadería y sus productos. En esta temporada, como siempre, se celebraron con gran animación las ferias de Pola de Siero y de Laviana, la de San Bartolomé de Avilés, las afamadas de Cuervo y del Rosario en Teverga, las de San Mateo en Cangas de Tineo y las de Oviedo. En ellas se refleja por completo la vida típica asturiana, y por ellas se mantiene viva, pintoresca y productiva la animación en todos los caminos y pueblos del Principado. Varía mucho el número de cabezas de ganado vacuno que se presentan, puesto que oscila desde 600 en las de Avilés y Grado en Julio, hasta 2.000 y 3.000 en las de Teverga á fines de Septiembre. Las terneras cebadas páganse de 100 á 150 pesetas, y las grandes parejas ó yuntas de labor y tiro, que son de los más soberbios ejemplares en la ganadería nacional, de 750 á 800 pesetas.

Acuden los tratantes desde toda Castilla, de la montaña, de las Vascongadas y de Cataluña. La exportación para estas

regiones es verdaderamente considerable. De Enero á Julio alcanzó la cifra de 178.400 cabezas. También se exportan abundantes cantidades de huesos para los depósitos de Toulouse, pagándose á 26 pesetas los 100 kilogramos.

A pesar de ser un gran centro productor de carnes, no resulta proporcionalmente económico el precio de ésta en los despachos de la capital y de las villas. En Oviedo se paga la de vaca de 1,40 pesetas el kilogramo á 2, y la de ternera de 1,70 pesetas á 2,20. En Avilés, la de vaca es más cara, porque cuesta de 1,60 á 2,10. En Madrid vale con hueso á 1,70 y sin él á 2,50.

Explótase bastante bien en Asturias la industria de la leche, cuyo desarrollo ha de ser allí una base de gran riqueza. La fábrica del Sr. Posada, en Onís, produce 3.000 kilogramos de manteca y 250 de queso imitación Gruyère, semanalmente, y hasta 40.000 de Cabrales al año, vendiéndose éste á 3,50 el kilogramo ó 290 pesetas los 100; á 225 los de manteca común y á 250 los de mantequilla. El queso común vale en Oviedo á 0,80, la leche á 0,25 y la manteca á 3. Hay muy excelentes fábricas en Pravia, Salas y Gijón. En toda la provincia se venden y consumen 66 millones de litros de leche que valen 13 millones de pesetas. La cosecha de hierva fué escasa en esta temporada, pagándose á 87,50 pesetas el carro de 1.600 kilogramos. Superior resultó, en cambio, la de trigo y escanda en Grado, Pravia, Oviedo y Siero, donde dieron á razón de 30 hectólitros por hectárea, rendimiento pocas veces visto.

El trigo vale á 21 pesetas hectólitro, la escanda á 25, el pan de ésta á 0,38; el de trigo de Castilla á 0,36 y el de maíz á 0,25 el kilogramo. La sidra escaseó mucho y escaseará más porque la cosecha de manzana apenas llega á la décima parte de una regular. Para Cuba, Méjico y Sur de América se embarcó bastante sidra á 12 pesetas caja de 12 botellas c litro. El precio en el país se elevó desde 25 á 30 y 35 peseta hectólitro. El aspecto del viñedo durante el verano en Cardamo, Grandas de Salime y Cangas de Tineo fué excelent

con esperanza de muy rica cosecha. Este vino del país, el de Cangas por ejemplo, es el que se paga más caro en Asturias. El de Toro vale á 56 pesetas hectólitro (y en Toro de 25 á 32); el de Rueda á 59, el blanco de la Nava á 90, el de Valdepeñas á 101 (y en Valdepeñas á 22) y el de Cangas de Tineo á 110 pesetas. En Asturias se bebe bien; consúmense 78.000 hectólitros anuales, que valen 6 millones de pesetas, más 11.000 hectólitros que cogen en el país. El gasto de la capital varía mucho según la época del año y las mayores ó menores existencias de sidra; en Junio último se bebieron 38.600 litros de vino y en Septiembre de 1890 el consumo fué de 94.073 litros.

La cosecha de maíz se presentó bien. Sin embargo, Asturias importa bastante. A mediados de Septiembre llegaron á Gijón 150.000 quintales métricos de maíz de la región del Danubio. Vale el hectolitro en el interior á 17,50. Han escaseado mucho las patatas, elevándose los precios hasta 17 pesetas el hectólitro y hay pocas esperanzas de mejora. La cosecha de avellana superior, incomparable Este año deben valer muy baratas en todas partes.

* * *

Galicia.—Ha continuado lentamente la exportación de bueyes cebados, al precio de 650 á 700 pesetas la pareja, desde el puerto de la Coruña á los de Falmout, Jersey, Plimouth y otros en Inglaterra, embarcándose 346 cabezas en Julio, 552 en Agosto y 408 en Septiembre. La cebada, el centeno, el maíz y las habichuelas han valido muy caros. El viñedo se presentó muy bien en los campos de Betanzos y Ulla y todo el Norte, pero muy pobre en el Sur. La exportación de cebollas á Cuba y Puerto Rico se mantuvo en muy grande escala.

En Pontevedra el viñedo daba esperanzas de abundante cosecha, pero no así en Orense ni en Lugo, donde la floxera avanzaba mucho. El mildew no ha producido grandes destro-

zos, gracias á los trabajos de los ingenieros agrónomos, secundados con decisión por los agricultores. No debe cejar la Dirección general de Agricultura en la campaña que ha emprendido contra la filoxera en aquella región y en la de León, donde hay más de 8.000 hectáreas infectadas. Sólo la energía puede salvar los viñedos de aquellas provincias y de las limítrofes, para lo cual deben facilitarse al director general, señor marqués de Aguilar, tan entendido y entusiasta en los trabajos agrícolas, toda clase de recursos. Esto nos interesa tanto, por lo menos, como las tarifas de Francia.

En Quiroga los castaños empezaban á padecer grave epidemia y en muchos valles las patatas perecían por el *morrón*. La cosecha de centeno fué mediana y la de heno muy buena. Da el centeno 10 hectolitros por hectárea en el Caurel, 18 en Lugo y Becerreá y 16 en Quiroga. El trigo 16 en la costa, de 18 á 20 en Quiroga y 24 en el centro. Siémbrese por allí muy nutrida la semilla, y casi á razón de dos hectolitros por hectárea. Con las lluvias de principios de otoño la cosecha de nabo se presentaba excelente. Había mucha abundancia de castañas en Monforte, Becerreá y Quiroga, á pesar de la plaga. En la ganadería se seguía trabajando bien por aquellos laboriosísimos aldeanos. Las ferias de Aday, Quiroga, Primarcy, Palas de Rey y Parga fueron muy notables. Salieron semanalmente para Barcelona, Zaragoza, Villada, Madrid y Andalucía de 300 á 700 terneras, al precio variable de 75 á 150 pesetas; centenares de carneros, tipo 15 kilogramos, á 8,50; centenares de cerdos (á buen precio en Quiroga, por la epizootia del invierno anterior), á 55 y 75 pesetas, y en la última feria de San Froilán hubo hasta 300 yeguas y 200 muletas. Las buenas parejas de bueyes se pagaron á 500 pesetas. Vale en Lugo la carne á 1,40 kilogramo, el cerdo á 1,70, el pan de Castilla á 0,40 y el del país á 0,50. Se prepararon en el interior bastantes bueyes para cebarlos en la Marina y exportarlos á Inglaterra. La corriente de la ganadería asturiana y gallega hacia el interior de España, si se favorece, sostiene asegura un consumo creciente y remunerador á

fabricación de harinas de Castilla. El desarrollo del aprovisionamiento mutuo de unas provincias á otras puede salvarnos, en mucha parte, de la tiranía de la concurrencia extranjera.

AMBAS CASTILLAS

La cosecha de cereales ha sido en general si no semejante, muy poco mayor que la de 1890, calificada de mediana. Aunque las lluvias de Mayo y Junio hicieron concebir algunas esperanzas, que produjeron pasajero descenso en los precios, la mala granazón del trigo desengañó bien pronto á los agricultores. Detenidas todas las transacciones, ofrecieron los mercados durante el verano escasa animación, y ni en trigos ni en lanas hubo salidas que merecieran tomarse en cuenta. El tipo alto de 19,25 pesetas, por término medio, del hectólitro de trigo se mantuvo firme en casi toda Castilla la Vieja y en algunas provincias de la Nueva en la seguridad de que no había de bajar.

Del centro de Valladolid decían, á mediados de Agosto, que muchos colonos no habían cogido cantidad bastante para sembrar y pagar la renta. Pocos días después subía el precio, á 5 reales en fanega en una sola semana en Medina del Campo. La recolección no pasó de regular en Búrgos, Palencia, Soria, Avila y Segovia. En Logroño, en la Rioja baja, es donde únicamente pudo llamarse buena. Los labradores, que en general viven al día, acudieron con sus productos nuevos á los mercados para pagar, en parte, sus rentas y atrasos y en totalidad la contribución, y esta forzada afluencia de grano trajo también una baja de precios fugaz y de poca consideración.

La cosecha de cebada fué mala también en esas provincias, buena en Logroño y no inferior en Segovia. Los mercados de Santa María de Nieva presentáronse animados, va-

liendo el hectólitro de trigo morcajo á 14,50 pesetas, los yesos á 12,60 y la algarroba á 11,70. En cambio los de Sepúlveda estuvieron poco concurridos. Al afirmarse el precio alto del trigo con segura tendencia á la elevación, los dueños de las grandes paneras ó almacenes acaparan lo posible en espera de tiempos más críticos y de positiva ganancia. El alza se hizo general desde fines de Agosto. La sequía continua de todo el verano produjo considerables daños en los sembrados de patatas y legumbres y en los pastos, resistiéndose bastante el desarrollo de la uva. Claro es que con tiempo tan despejado no ha habido que lamentar en Junio, Julio y Agosto destrozos ocasionados por las tormentas, pero alguna zona ha habido, como la de Osma, Berlanga de Duero y Olmillos en la provincia de Soria, en que no se han escapado de esta plaga, sufriendo grandes pérdidas.

El ganado se ha vendido á menos precio. En las ferias de Piedrahita (Avila), aunque concurrieron en el verano muchas cabezas de ganado vacuno, no se vendieron á más de 200 á 250 pesetas. Tampoco han mejorado mucho estos valores en la de 1.º de Octubre, en la que se presentaron 2.600 de vacuno y 4.000 de lanar.

Como hasta mediados de Octubre no ha llovido en la mayor parte de las comarcas de Castilla la Vieja, la sementera se presentaba en pésimas condiciones, y esta nueva causa, añadida á las anteriores, ha determinado mayor alza en el precio del trigo. Valía en Valladolid á 44,50 reales la fanega el 20 de Septiembre, y valió á 46,50 en 20 de Octubre y á 47,50 el 30 del mismo mes, esto es, á 20,75 pesetas el hectólitro, cuyo precio no se había conocido en estos últimos nueve años. En igual fecha de 1888 valía á 39,50 reales fanega; en 1889 á 35 y en 1890 á 37,75. Vale, pues, este año 9,75 reales más que el año pasado. El hectólitro de trigo está en París á 26,75 pesetas y los del extranjero cuestan en los puertos, y sin derechos: de California, á 24,75; de Sebastopol, á 24; del Darbio, á 21,85, y de Ghirka á 21. En los Estados Unidos no ha gran diferencia de los precios del año pasado (Noviembre

pues que valía el bushel á 101 centavos y hoy vale á 104, ó sea á 8,20 pesetas fanega.

Felizmente para la agricultura y para la salud, al fin ha llovido con abundancia en la última decena de Octubre, cayendo en general en el suelo castellano de 50 á 60 litros de agua por metro cuadrado.

La sequía empezaba ya á producir desastrosos efectos, porque en la provincia de Avila, por ejemplo, además de estar pelados todos los pastos había subido 4,50 pesetas el precio del quintal métrico de heno; valía ya tanto el centeno como el trigo, y la carestía de las patatas estaba recargada con una alza de cerca de siete pesetas quintal.

La cosecha de uva, si no muy satisfactoria en cantidad, resulta excelente en calidad. La provincia de Logroño ha tenido abundantísimos productos en las frutas de sus celebradas huertas y mucha venta de conservas para América. Hay gran animación en la compra de mostos. Las uvas se han pagado de 10,75 á 13 pesetas los 100 kilogramos. En Valladolid la recolección de la uva resulta ser una tercera parte mayor que la del año pasado. Vale el vino á tres pesetas el cántaro, ó sean 18,60 el hectólitro. En La Nava el vino de 1890, blanco, á 18 reales cántaro; y los de años anteriores, á 26,80 y 200. En Octubre ha habido gran exportación de productos: dos millones y medio de cereales, dos de harina y 175.000 hectólitros de vino. No está de queja la producción castellana.

* * *

Medianas han sido también las cosechas de verano en la provincia de Toledo, pudiendo considerarse como perdida la de la algarroba, cuyo precio subió considerablemente. El aspecto de los olivares y las esperanzas en sus productos son muy tristes. Los viñedos y los pastos se han sostenido con lo que queda, siendo buena la cosecha de uva, aunque no bien ma-

dura y con mostos muy dulces, como en general se observa este año en toda Castilla la Nueva. No resulta abundante la cosecha de uva en la de Ciudad Real, pero la calidad es excelente; los mostos son superiores, la demanda para Francia grandísima, y los vinos que se se hagan en el país serán de positiva estimación. Aunque los olivos no se presentaron tan mal como en Toledo habrá poca aceituna. Los sembrados de patatas vinieron perfectamente. En Guadalajara la cosecha de cereales resultó muy deficiente y en muchas comarcas mala; sin embargo, el poco trigo recogido ha sido de inmejorable calidad.

Las ferias de Jadraque se presentaron poco animadas, pero no así las de Sigüenza, en las que hubo 3.256 vacas, 1.100 mulas, 790 cerdos y más de 200 asnos. Pagóse el ganado de cerda (de 6 á 7 arrobas) á 115 pesetas, y el mular á 350 pesetas (las cabezas de cuatro años). En la provincia de Cuenca granaron mal el trigo y bien la cebada; y fué la cosecha regular en la Mancha baja, mala en el centro y mediana en la sierra. La del azafrán ha dejado mucho que desear. El zumaque bajó tanto de precio que se han pagado á 7 pesetas los 100 kilogramos. La sequía que ha sufrido esta provincia ha sido extrema: desde el 25 de Mayo á principios de Septiembre no cayó en ella una sola gota.

Las ferias de Cuenca y Motilla, aunque animadas en concurrencia, fueron de escasas transacciones. La cosecha de uva buena, vendiéndose en San Clemente y Motilla de 1 á 2 reales la arroba en el lugar. En la feria de Honrubia, que ha estado muy concurrida, se han pagado las mulas cerriles á 1.000 pesetas. El precio de las carnes en las capitales y pueblos importantes es caro. Vale el kilogramo de vaca de 1,75 á 2,25 pesetas en Guadalajara; á 2,75 en Ciudad Real; el macho cabrío á 2; la oveja á 1,50 y el tocido á 2,25; y en Cuenca el carnero á 1,60 y la oveja á 1,50. Por momentos decae la ganadería en Castilla la Nueva. Muchos labradores ganaderos, no sólo venden las crías, sino la ganadería entera, y dicho se está que por este camino y sin esta riqueza auxi-

liar y sin abonos, le espera á la agricultura muy oscuro porvenir.

No cabe calcular una estadística aproximada de la producción de cereales, ni los centros administrativos tienen medios de fácil averiguación, ni los labradores, por temor al fisco, dirán nunca la verdad.

ANDALUCIA Y EXTREMADURA

La pertinaz sequía de la primavera trajo á mal traer al cultivo de cereales en los campos andaluces y extremeños, á pesar de que, por lo común y por término medio, llueve al año en la zona sevillana de 550 á 580 milímetros por centímetro cuadrado, cantidad á que apenas alcanza ninguna otra region de España en que se coge trigo. No es de extrañar, pues, que haya sido mediana la cosecha de este grano en toda la región, que la de cebada fuese peor y que la de garbanzo se diera en Cádiz por perdida. En Jaén, sin embargo, y la zona Sur de Almería no quedaron descontentos los labradores. Tampoco en Huelva resultó al fin mala la cosecha de cebada y de habas, pero el precio de éstas sufrió notable alza en medio de la paralización general de los mercados. En los del ganado se repitió el hecho triste, que ya se ha apuntado respecto á la Mancha, de que la sequía hiciera llevar á la venta (en Arcos y Algeciras, por ejemplo, y en Málaga) no solo los productos ordinarios, sino el grueso de las ganaderías. A la escasez de las habas se unió la de la paja, que ha valido constantemente cara.

El rendimiento del maíz fué regular en la vega de Almería, aunque se agotó pronto; pobre en la mayor parte de las comarcas y malo en Cádiz. Durante la recolección de trigos la favorecieron bastante los vientos frescos en la vega de Granada, y en la de Málaga fué tan desigual la cantidad obtenida, que mientras en unos cortijos recogieron 12, 18, 22 y hasta 30 fanegas por hectárea, en otros no se llegó á 8. El

temporal fresco que durante bastantes días reinó en aquella vega dió agradable lozanía á los olivos, y presentáronse asimismo muy nutridos los sembrados de remolacha, cuyo cultivo se ha aminorado bastante por las constantes diferencias que existen entre cosecheros y fabricantes. Apenas se cogió almendra en Almería, y nada en Málaga, valiendo el fruto en pipa á 33 pesetas la arroba. Con bastante éxito se dedican los hortelanos en esta provincia á la explotación de la fresa, que venden á 3 pesetas kilogramo.

Los excesivos calores de Julio y Agosto resintieron mucho el estado de los viñedos, é hicieron caer bastante cantidad de fruto de los olivos. En la Sierra de Córdoba se presentó muy abundante la cosecha de bellota, después de cuatro años de casi absoluta escasez, producida por las heladas y las orugas. La explotación del esparto en Almería continúa sosteniéndose bien, porque las exportaciones han sido de 500.000 á 1.400.000 kilogramos en rama y 80 á 100.000 labrado por mes. Esta primera materia se convierte, en manos de los ingleses, en papel de superior calidad. Págase en Inglaterra el esparto español á precios mucho mayores que los de todas las demás procedencias. Con esta primera materia, como con todas las demás que poseemos, vinos, minerales, frutas, lanas, etc., los españoles en general no sabemos hacer nada, absolutamente nada, manteniéndonos muy conformes á la altura de los tiempos de Amilcar Barca.

El aceite, que durante algunos días de Julio, subió en Sevilla á 46 y 47 reales arroba, volvió á bajar después á consecuencia, sin duda, del buen aspecto de los olivos, pero mientras bajaba en la metrópoli andaluza, sentíase gran escasez de él en Málaga y aun en Córdoba.

El descenso del precio aunque no ha llegado á 31, 33 y 35 reales, á que valió en Noviembre de 1889, sin embargo, es muy marcado, porque hoy se vende á 42, cuyo precio no pide que en Madrid tengamos que pagarlo á 64.

La cosecha parece que resulta muy buena en general, el fruto sano, gordo y de buen color. La demanda es escasa.

En Montilla y Aguilar vale á 42 y en Montoro y Adamúz á 44; los endebles en Lucena y en la campiña y los molinos á 39, y en Granada y Motril á 34 y 37.

El pedido se sostiene bien en la aceituna gordal, á 130 reales fanega, y en la manzanilla á 140.

Para una cosecha buena como la actual, la producción de aceite puede calcularse aproximadamente de este modo:

PROVINCIAS	Hectáreas sembradas.	Hectólitros.
Córdoba.	193.000	602.000
Sevilla.. . . .	188.000	550.000
Jaén.	160.000	400.000
Málaga.	26.000	130.000
Huelva.	12.000	52.000
Cádiz.	10.000	43.000
Granada.	10.000	42.000
Almería.	40.000	12.000
Badajoz.	46.000	200.000
Cáceres.	15.000	70.000

De Sevilla se siguen enviando regulares cantidades de aceite á América, á 46 reales arroba. Producción es la olivarera que merece atenderse y cuidarse por todo extremo; los grandes y entendidos cosecheros y fabricantes del país obtienen el aceite de calidad tan superior, sin duda alguna, como los italianos y los de Niza y Marsella, y sólo hace falta, para asegurar esta positiva y característica riqueza de Andalucía que esos productos se conozcan y estimen en su justo valer en los mercados americanos de ambos Océanos y en el Norte de Europa, y que se difundan en toda la comarca olivarera las buenas prácticas que los fabricantes más adelantados realizan en la elaboración.

* * *

Las lluvias de principios de Septiembre mejoraron mucho el Estado de los viñedos, aunque con sus beneficios coincidieron los desastres de que fué Almería desventurada víctima y

los temporales de fines de Octubre, calamitosos para Granada, para Vilches, Bednar y Pozoalcón, prepararon en inmejorables condiciones la sementera en Andalucía y Extremadura, abriendo ancho campo á las esperanzas de una buena cosecha para 1892, que venga á remediar las tristes deficiencias de las dos anteriores.

La cosecha de uva, mitad de la del año anterior en casi toda Andalucía, no ha pasado de mediana en Córdoba, de escasa en Jaén y en lo poco que queda en Granada, de regular en Málaga y Sevilla, donde el fruto se ha presentado poco desarrollado, y ha sido buena y superior á la del año pasado en Huelva y abundante en Cádiz. En Sanlúcar resulta extraordinaria, calculándose la uva destinada á manzanilla en más de 200.000 hectólitos, ó sean 35.000 botas de mosto de 50 arrobas, que suponen, vendidas unas con otras (albaria y barro), á 82,50 pesetas, un total de 2.887.500. Chipiona y Jerez, donde el viñedo se cultiva también con idéntico esmero, han recogido muy rico y abundante producto. En Sevilla, Gines, Villanueva, Salteras y Espartina, se ha pagado la arroba de uva de 3 á 4 reales, y el vino á 15,50 pesetas hectólitro por término medio; habiendo salido durante el verano bastantes cantidades para Francia á 16 duros la bota de 500 kilogramos. Los mostos buenos de la tierra albarina gaditana se han pagado de 90 á 100 pesetas las 30 arrobas, y los de la tierra del barro en la misma comarca, de 75 á 80. En Granada vale el hectólitro á 23 pesetas, en Córdoba á 35, en Jaén á 34 y en Málaga de 42 á 60.

La riqueza vitícola de Andalucía corre grave riesgo. No nos hagamos ilusiones. La filoxera avanza poco á poco, pero avanza. Aunque los viñedos españoles ofrecen especial resistencia de tiempo á esa plaga, la enfermedad es mortal.

Urge pensar mucho en ello y acudir á su remedio sin consideración de ningún género. Perdida está la Alpujarra y misérrima emigración sus habitantes. Las derivaciones las sierras de Contraviesa y Lújar, en sus viñedos, han cumbido también. En la provincia de Córdoba había en Ma

de 1890 más de seiscientas hectáreas invadidas; hoy lo están casi todos los términos de Aguilar, Rute, Cabra, Priego, Montilla y Lucena. En Almería hay cuatro mil hectáreas atacadas. Ya aparecen las manchas filoxéricas en Alcaudete (Jaén); considéranse perdidos la mayor parte de los viñedos granadinos; en Málaga pulula el mal por todas partes, y en Sevilla cunde por Marchena, Osuna y Coronil. El mal, repite, avanza poco á poco, pero avanza, apoderándose de la riqueza vitícola; los ingenieros agrónomos secundan dignamente las órdenes de la dirección de Agricultura, y cumplen con su deber; mas es preciso, á semejanza de lo que se hace en las rudas campañas del cólera, cercar, rodear, aislar, combatir al enemigo, y en lo posible aniquilarlo. No se olviden las campañas salvadoras de muchos departamentos de Francia: inyéctense con inteligencia el sulfuro de carbono y la esencia de petróleo; repuéblese la vid con ejemplares sanos de la tierra en los campos saneados, y contemos con nuevas vides repobladas, *propias*, no americanas, para cuando la filoxera, al cabo de ocho ó diez años, haya aniquilado las actuales cepas. No nos abandonemos á la española. Si lo hacemos así, toda Andalucía será pronto una Alpujarra, la muerte.

* * *

La ganadería va viviendo malamente. Las ferias de Córdoba no han conseguido animarse. En la de Jaen, á mediados de Agosto, valieron los toros de siete años á 1.800 reales, los caballos de siete á ocho de 2.000 á 2.500 y el ganado de cerda de 36 á 40 la arroba. Las ferias de Linares y de Ubeda fueron muy concurridas, y la afamada de San Lucas en la capital reunió gran número de cabezas de ganado vacuno y mular, aunque poco caballar, pagándose las muletas á 1.600 reales, el vacuno de 600 á 800 y los toros á 1.500.

En la de Loja del 5 de Septiembre las yuntas valieron de 800 á 1.000 pesetas; pero hubo pocas mulas y asnos de valor

por la escasez de pastos y de habas. Se han hecho escasas transacciones de lanar en todas partes. Antequera, que es uno de los centros principales de este tráfico, no ha logrado ver repuesta su antiguja animación. El precio de las carnes en las capitales es de 1,75 pesetas kilogramo, á 2,25 en Cádiz; 1,48 en Córdoba; 1,28 vaca, 1,26 borrego, 1,14 oveja en Jaén; 1,40 á 2,25 en Granada; 1,50 en Málaga; 1,12 en Almería; 1,50 vaca y 1,30 borrego en Huelva. En otros productos especiales, la caja de naranjas de 1.100 vale á 15 pesetas en Sevilla; la de limones á 40 en Málaga, y las pasas, cuyo mercado está muy paralizado, las de primera á 80 reales; las de segunda á 70; las de tercera á 50; las imperiales á 80; las de cuarta á 53; las de quinta á 43 y las de lecho y escombros á 24 y 26.

Así como de Sevilla sale bastante trigo para el Mediterráneo, y recibieron en cambio regulares cantidades de cebada de Argelia, en Cáceres se ha sostenido muy bien la exportación de trigo para Cataluña. Las cosechas, tanto en cereales como en diversos, fué buena en Extremadura, resintiéndose algo en Badajoz la de cebada. Se sigue combatiendo muy bien el oidium con el azufrado.

En la afamada comarca del Condado de Niebla no se ha cogido más que la mitad de la cosecha de uva que se esperaba, pero cuyos mostos resultan superiores, de 13 á 14 grados. Ni los ganados ni las lanas han tenido gran salida. La feria de Miajadas con 22.000 cabezas, de las que se vendieron cerca de 18.000, fué excelente, pagándose el vacuno de 100 á 125 pesetas; el lanar, de 10 á 15; el cabrío, de 10 á 16, y el de cerda, de 10 á 12,50 la arroba, en vivo. También fué muy animada la de Galisteo, aunque no así la de Arroyo del Puerco.

A la de San Miguel acudieron 36.000 cabezas; á la de Santiponce 50.000, vendiéndose los lechones de 9,50 á 10,50 l. arroba, y á la de Garrovillas 14.000 cerdos. La carne vale 1,60 en Cáceres y á 1,40 en Badajoz. A pesar de las excelentes condiciones en que se hace la sementera y de la mejora

de los pastos, hay tendencia al alza en cereales y ganados. Sería un gran bien para estas comarcas el proteger por todos los medios posibles la importantísima industria del corcho.

En Málaga y Granada van á empezar los ensayos del cultivo del tabaco por cuenta de la Compañía Arrendataria.

MURCIA Y VALENCIA

En ninguna comarca española se ha operado un cambio tan radical en los cultivos como en la de Levante, por la reducción del de cereales y el aumento extraordinario del de la vid. Esta verdadera revolución caracteriza á la vida agrícola de los antiguos reinos de Murcia y de Valencia. En el primero, las inclemencias atmosféricas y la deficiencia de los riegos son el perpetuo enemigo del labrador. Más desgraciada que ninguna es la provincia de Albacete. Taladas las sierras que la avicinan por la parte de Cuenca y mucha parte de las que forman las cuencas de los ríos Mundo y Segura, parece que la humedad ha huído para siempre de aquellos horizontes. Sólo á fuerza de gran trabajo han obtenido este año regular cosecha de cebada y muy mediana de trigo, prolongándose la paralización de las transacciones durante todo el verano. Ya no son ni sombra de lo que fueron los mercados, si pueden llamarse tales, de la capital, de la Roda y de Villarrobledo. Con el alza que la escasez ha producido en los cereales, valen: el trigo á 47 reales la fanega, y el candeal, á 50; la cebada, á 25; la avena, á 20, y el azafrán, gran riqueza de esta provincia antes, y hoy en completa decadencia, á 135. Otra producción que ha venido muy á menos es la del esparto y no fué mucho mejor la de los olivos. Con mejores resultados, para consuelo de los labriegos, se presenta hace años la explotación de los viñedos, cuyos plantíos ocupan una extensión cuatro veces mayor que la de hace diez años. La cosecha ha sido buena y en Chinchilla y sus alrededores excelente. La extracción de sus apreciados vinos tintos se

ha sostenido á buena altura. Los extragos de la aciaga tormenta del 11 de Septiembre causaron bastantes daños, no solo en esta provincia sino en las limitrofes de Valencia, Murcia y Castellón.

Hoy, más que nunca, en que han aumentado los productos de la viticultura y huertas, se deja sentir la necesidad de la rebaja de precios en los transportes al Mediterráneo y la de poner en comunicación con los centros de consumo los dilatados partidos montañosos de Alcaraz y de Yeste, que no tienen una mala carretera, así como el suplir la falta de lluvias con la utilización inteligente de las aguas de los depósitos naturales de Ojos del Arquillo y de San Jorge, de Villaverde de la Rambla, de Pozohondo y de Pozo Cañada. Con esto, realizado poco á poco, pero realizado al fin, se mejoraría la suerte de un país eminentemente rural como éste, que tiene más de 50.000 fincas adjudicadas á la Hacienda y donde apenas hay ganadería ni abonos.

En Murcia ha resultado aceptable la cosecha de cereales, que dá de siete á ocho hectólitros de trigo, 2.000 kilogramos de paja y 15 hectólitros de cebada en secano y 20 de trigo en regadío, con precios altos, porque la cebada, por ejemplo, que suele pagarse á 25 pesetas el cahiz de cuatro fanegas, vale á 32 ahora. Cógense generalmente mucha y muy buena cantidad de este grano, así como muy estimados trigos, cuyo cultivo está muy limitado en la provincia, en Mula, Totana y Lorca. Las algarrobas son escasísimas este año, el maíz regular, las patatas buena, á peseta la arroba dentro de los pueblos grandes; las habichuelas pocas, de 15 á 18 pesetas la fanega, y la almendra no muy abundante, de 23 á 25 pesetas la arroba. La escasez de paja cada vez resulta mayor. Ricote, Mula, Abarán y otros pueblos continúan dando los aceites afamados, que en su clase pura, de lágrima, se venden muchas veces como de Marsella. La cosecha de uva, próximamente igual á la del año pasado, es de muy buena calidad. En Jumilla se atajó á tiempo y bien la invasión de la piral han obtenido gran resultado. Los pedriscos de Agosto dest

zaron en Yecla bastante uva, así como los rocíos continuados perjudicaron en general á las de comer. La extensión que se cultiva es tres veces mayor que en 1880. En la zona Norte resulta el fruto superior siempre y muy exquisitas y apreciadas en el extranjero las de comer de Totana, Alhama, Albu-diete, Puebla, Aguilas y Cotillas. Producen las tierras de secano 2.000 kilogramos de uva por hectárea y 3.500 las de regadío. Tienen fama muy justa en toda la región las grandes bodegas de Jumilla y de Yecla.

Ni la ganadería ni sus ferias son de importancia en el país. La carne vale cara, á 2,20 pesetas con hueso; y el pan caro también á 45 y 50 céntimos el kilogramo. La riqueza agrícola está en las frutas, cuya exportación empieza con el mes de Agosto. Sus melocotoneros y albaricoqueros tempranos, sus naranjas mandarinas y de la sangre, sus ciruelas claudias, los productos de sus nopales, pitas y almendros pueden constituir siempre verdadera riqueza. Para explotarla en debida forma urge abaratar los transportes de salida de todos los pueblos de la ribera del Segura y canalizar acertadamente la mayor parte de los ríos.

No ha vuelto á resucitar la importantísima industria del pimentón, muerta á mano de los avaros adulteradores, para desgracia de Murcia, cuyos pimientos, de planta nueva sobre todo, eran, y son, de los primeros que las huertas pueden criar.

Sigue explotándose, aunque con sensibles pérdidas, el cultivo de los ricos capullos de seda, al que con tanta inteligencia se dedicaron los labradores, bajo la dirección de agricultor tan entendido y benémerito como D. José Melgarejo, pero cuya explotación ha sufrido grave daño con la ruínosa baratura con que el Japón pone sus sedas en Europa.

*
* *

scasa extensión ocupan en la provincia de Alicante los
os de cereales, y sólo tienen importancia los de Elche,

Santa Pola y San Vicente en sus cebadas, que han dado este año buenos rendimientos. El trigo, recogido con escasez, granó muy bien. Los algarrobos, resentidos, como en toda la región, por las heladas de la primavera, apenas han producido regular fruto. Súrtese bastante la provincia de trigos extremeños, que llegan de Huelva, y harinas catalanas, hallándose en marcada decadencia la industria harinera local. Al generalizarse por extremo el plantío de la vid, no sólo se ha limitado bastante el de cereales, sino que se han descuajado muchos olivos, algarrobos y almendros para multiplicar las cepas. La cosecha de almendra, que empezó á recogerse á mediados de Agosto, fué muy buena en el Sur de la provincia, y bajó, desde 23 pesetas arroba á que se exportaba para el Norte de Europa, á 17, á principios de Octubre.

El aspecto que durante los últimos meses han presentado los olivos, afirma las esperanzas de que este año darán abundante rendimiento. Buena falta hace, porque la crisis olivera ha sido gravísima en esta tierra. Cosechábanse hace diez años unos 500.000 hectólitros de aceite, y en estos últimos no se ha llegado á obtener la décima parte. Las plagas denominadas *negrilla* y *arañeta* asolaron millares de árboles. La campaña vitícola ha sido, en cambio, muy notable. Temióse algo por ella cuando en la primavera las lluvias y las constantes humedades quitaron mucha flor á la vid; pero las aguas de fin de Julio vinieron perfectamente para engordar el fruto. Ninguna enfermedad se ha desarrollado en las viñas y su aspecto en Agosto era admirable. La exportación de los moscateles y romanos se ha mantenido firme en la Marina, pero los precios han descendido mucho, así en la uva como en el vino común. En 1889 y 1890, el cántaro de vino (11,50 litros) se pagaba en Alicante á 2,50 pesetas; hoy se ha embarcado mucho á peso. La uva vale la mitad que entonces. La exportación de vino empezó bien hacia el 10 de Septiembre. Los paranes celebrados productos de este género en Den Altea y Jijona, pero las principales ganancias de las ventas y tráfico se las llevan los intermediarios y exportadores.]

sindicatos de cosecheros podrían concluir con ellos, y así quedarían para los pueblos productores las ganancias que sin necesidad se llevan. La provincia se encuentra hoy sin bodegas suficientes para contener las existencias, y apenas hay medio de que el puerto de Alicante dé salida á las cantidades de vino que afluyen á sus muelles.

Para que se comprenda la importancia de la producción agrícola de aquella comarca y de las inmediatas, véase la siguiente lista de las cantidades exportadas desde los principales puertos de la provincia de Alicante en 1890, cuyas cifras he sumado, como lo haré cuando tenga tiempo de las demás regiones productoras de nuestra patria.

PRODUCTOS	Kilogramos.	Valor en pesetas.
Pasas.	41.820.889	23.320.698
Azafrán.	13.941	1.393.100
Sal común.	49.000.000	730.000
Aceite..°	1.000.064	900.056
Uvas.	1.048.940	493.001
Anís.	576.003	576.003
Almendra en pepita.	349.030	750.405
Almendra en cáscara.	287.006	287.006
Ajos.	576.966	346.176
Cebollas.. . . .	2.813.440	394.162
Higos secos	1.575.112	393.678
Naranjas.. . . .	1.423.123	245.356
Regaliz.	886.308	265.923
Capullo de seda.	5.187	72.618
Desperdicios ídem.	21.997	263.744
Seda cruda. :	14.876	728.924
Pimiento.	243.634	194.907
Esparto en rama.	62.750	7.530
Idem obrado.. . . .	313.822	87.860
Arroz.	243.040	97.153
Hortalizas diversas.. . . .	335.000	46.000
Granadas.. . . .	404.815	80.975
Aceitunas.	56.980	42.835
Cáñamo.	14.482	13.758
Vino (hectólitros).	1.987.214	59.616.112
Rasuras y tártaro.	1.722.019	3.444.038

Con muy cortas existencias de arroz y de maíz y con escasas transacciones pasó el verano en la provincia de Valencia. Las huertas de Gandía dieron superior cosecha en sus

productos; pero la escasez de aguas en las acequias del Turia retrasaron la importante siembra de habichuelas en los rastrojos hasta que los temporales de fines de Julio pusieron en sazón el suelo. Del 12 al 18 de este mes empezó ya la exportación de uva; la vendimia general, del 2 al 12 de Agosto, vendiéndose la uva común á 10 pesetas los 100 kilogramos, con abundancia de productos, pero, como se ve, á precio muy bajo. El 20 de Agosto se comenzó la siega de los arroces con regular resultado solamente y precio no remunerador y escasas ventas. El precio de la uva bajó á 8 pesetas; los mostos fueron muy azucarados, la cosecha de moscatel escasa, y la uva tinta, la que, por descuido de los labradores, había sufrido el *mildew*, les dió una nueva lección con su detestable calidad. El trigo se presentó en constante alza, á pesar de la llegada de los del Mar Negro, muy estimados en las fábricas de cilindros. Muy desigual y pobre resultó la cosecha de algarroba. El temporal del 11 de Septiembre causó grandes pérdidas en la comarca de Sagunto. A fines de Octubre empezó con buenas esperanzas la cosecha de habichuelas, la de uva en la montaña y la siembra de cereales. El arroz subió algo de precio, hasta 26 pesetas hectólitro en Alcira y Gandía, cuando había valido á 30,50 á principios de Julio, volviendo así al tipo que tuvo á fines de Marzo, con alguna demanda para los mercados del interior. La cosecha del cacahuet ó maní, cada vez menor y peor pagada.

Han aumentado mucho el cultivo y producción de la naranja, así como los de la vid, el vino y las pasas, á pesar de la rebaja de precios. El hectólitro de vino valía en la provincia de 20 á 21 pesetas en Marzo; á 15 en Septiembre y á 14 en fines de Octubre. El aceite en esas mismas fechas á 120, 112 y 110. Valencia, Cuyera y Gandía exportaron en 1890, en kilogramos de arroz 999.398, por valor de 1.244.984 de pesetas; en ajos por valor de 1.604.900 pesetas; en pasas 1.545.205; en naranjas 6.415.384; en frutas secas 1.035.1 y en vino común 2.128.620 hectólitros que valieron 63.858. pesetas.

Muy corta fué la cosecha de cereales en la provincia de Castellón y especialmente en el Maestrazgo alto, sosteniéndose caros y escasos los trigos y el pan. El pulgón destruyó bastante fruto y muchos melonès y los pedriscos de Julio causaron graves daños en Alcalá de Chisbert y su comarca.

Después de las tormentas se apoderó el mildew á su gusto de los viñedos de Villafarnés y Vieras que no estaban sulfatados, desarrollándose de un modo imponente. A mediados de Julio se animó bastante el pedido de aceites á 14 ó 16 pesetas la arroba de 16 litros, elaborados con esmero en esta tierra. Hizose en muy buenas condiciones en Agosto la recolección escasa de cáñamos, vendiéndose á 11 pesetas arroba, y con las lluvias de este mes sembráronse bien las patatas y resucitaron los olivares de la Sierra de Espandan que se daban por perdidos.

El embarque de vinos continuaba animado aunque á bajos precios, á 14,50 el hectólitro por término medio. La algarroba muy mal este año, como en toda la región. El temporal del 11 de Septiembre alcanzó con sus lluvias á esta comarca, mejorando bastante los cultivos y la siembra. La siega del arroz dió sólo regular cosecha.

A mediados de este mes empezó la exportación de vinos nuevos, valiendo la uva á 1,50 pesetas arroba. A fines del mismo reuniéronse en la feria de Morella 26.000 cabezas de ganado lanar y cabrío, y nada de vacuno ni de cerda. Las tormentas destruyeron los campos de aceite y algarroba del partido de Lucena. También en Castellanos hay tres veces más viñedo hoy que hace diez años y una tercera parte más de naranjos. De cereales y cáñamos quedan la mitad de sembrados que entonces había. Castellón exportó en 1890, en naranjas, 1.640.536 kilogramos que valieron 3.756.461 pesetas, y de sus puertos, de Vinaroz, Benicarló y Castellón 502.308 litros de vino común, por valor de 15.068.151 pesetas. Aprende el lector, por la cuantía de las cifras exactas dadas á cada provincia en la exportación de vinos y frutas, la gravedad que entraña el problema de los tratados de

comercio y la necesidad de que, por encima de todas las cuestiones, se dediquen los hombres de valía á asegurar el mercado extranjero para esta incomparable riqueza nacional.

CATALUÑA Y ARAGÓN

En las provincias catalanas se ha sustituido también bastante extensión del cultivo de cereales y cañamos en las llanuras, vegas y costas, por el de la vid, aunque no en tanto grado como en las de Valencia y Murcia. La mala cosecha anterior y la medianía de la de este año motivó gran escasez desde principio de verano en Tarragona y el alza consiguiente en el precio de los trigos. Valía de 23 á 24 pesetas el hectólitro á mediados de Junio, y hoy vale á 25. Los trigos rusos, que valían á 26, se alzaron hasta 34 y 35, y hoy se pagan de 29 á 31. Se esperó tener buena cosecha de arroz, pero ha resultado escasa. La de avellanas, antes tan productiva, aunque no disminuye mucho, se vende á precios muy bajos. Valía antes de 20 á 25 pesetas el hectólitro, y hoy oscila entre 12 y 16. Así y todo, la exportación durante el año último se elevó á 4.629.924 kilogramos, á pesar de la fuerte competencia que hace Turquía. El cañamo va en absoluta decadencia. El aceite de la comarca no es de superior calidad, pero se elabora muy bien en Tortosa, hasta competir con los mejores. Gandesa da en este rico producto cerca de 50.000 kilogramos, y Falset y Tortosa obtienen también buenos rendimientos. La llamada de verdeo, *secall de Agosto*, ha sido muy buena este año.

Se creyó que las inundaciones recientes perjudicarían mucho los olivares y las huertas, pero el daño no ha resdo de consideración. El mildew, muy desarrollado en los minos de Valls y Reus, las tormentas que en Agosto deszaron los campos de Villabella á Valls y la plaga de la

chylis en los racimos, han amenguado la cosecha de uva, que ha sido escasa en el campo de Tarragona y buena en Tortosa. Ha habido gran demanda de uva garnacha para las mistelas negras. Bastante encalmado en general durante todo el verano y principios de otoño se ha visto el tráfico de vinos. Los comunes, que vallan de 16 á 18 pesetas en Julio, valen de 17 á 19; los del Priorato subieron desde 23 y 25 á 27 y á 30 en Agosto y Septiembre, y han bajado los nuevos á 26 y 28, y los de la Conca de Barberá de 20 y 21 á 18 y 18. Cada hectárea de vid produce aproximadamente 2.250 kilogramos de uva, que dan 15 hectólitos de vino. El coste de producción de cada hectólito es de 12 á 14 pesetas. La exportación de vinos en el puerto de Tarragona en 1890 fué de 636.173 hectólitos. De la destilación obtienen alcoholes de 35° á 39° Cartur, que se venden á 110 y 112 pesetas hectólitro, que es el mismo precio actual de los extranjeros. La industria de la pipería continúa sosteniéndose bien, ya que sólo Barcelona le aventaja en cantidad. Tarragona exportó en dicho año este producto por 8.986.138 kilogramos.

En la provincia de Barcelona la cosecha de cereales fué buena en Vich y Berga, y muy aceptable en los otros partidos, iniciándose el alza sostenida de los trigos á mediados de Agosto. Valia el trigo en Junio de 22 á 23, y hoy vale de 24 á 25. (En Medina del Campo á 20,75). La provincia produce 400.000 hectólitos. En 1867 valió el hectólito á 23 pesetas, el 68 á 29; del 69 al 77 de 22 á 24; del 78 al 82 de 26 á 27, y del 83 al 86 de 25 á 22. La cosecha de patatas ha resultado excelente; la de hortalizas lo mismo; la de legumbres cada vez más corta, y la de cáñamo en veloz decadencia. Es muy corta y poco importante la de aceite, que no pasa de 11.000 kilogramos. La del vino es de las primeras de España y alcanza á 2.200.000 hectólitos, principalmente cosechados en los términos de Villafranca, Tarrasa, Igualada, San Sadurn y Manresa. Obtiénense de cada 100 kilogramos de uva 11 litros, de 11° por término medio. A pesar de que se sufre mucho y bien, produce el mildew bastantes daños, y no

pocos la filoxera, que avanza por el Panadés y que debe combatirse sin descanso. No ha sido sin embargo mala la cosecha en esta zona, resultando excelente en Manresa, Sallent, Navarclés y Sampedor.

La ganadería puede decirse que está circunscrita á los partidos de Vich y Berga. Cuéntanse unas 100.000 cabezas de ganado lanar; 55.000 de cerda; 20.000 de cabrío; 16.000 de vacuno; 15.000 asnal (del que se exporta bastante para los Estados Unidos); 13.000 mular, y 11.000 caballar. En general, la ganadería está en constante baja. Las exportaciones agrícolas más notables del puerto de Barcelona estuvieron representadas en 1890 por las cifras siguientes: vino, 964.386 hectólitros; arroz, 1.809.268 kilogramos; ajos, 1.659.277; harina de trigo, 4.158.934; abonos, 1.859.884; cera y estearina, 1.342.198; garbanzos, 971.346; cortezas y curtientes, 981.263; tártaro crudo, 491.778; maderas, 454.772; avellanas, 322.447; lana sucia, 402.969; aceitunas, 202.894; grasas, 154.252; aceite de cacahuet, 137.144; azafrán, 8.436; aceite común, 1.672.300. Empiezan ya á faltar trigos extranjeros y sube el precio de todos ellos y también el del pan.

Aunque en la desgraciada provincia de Gerona no es muy abundante, por lo común, la cosecha de cereales, este año ha sido de las mejores que se recuerdan, así en trigos y centenos como en maíz. El alza general de los productos en otras comarcas ha afectado también á ésta, elevándose el trigo á 25 pesetas y el maíz á 18. Aunque el trigo y el pan valen más baratos que en Lérida, el vino á 26 y 30 pesetas, y el aceite á 106 y 110, resultan mucho más caros. En toda la región de la montaña no se conoce el pan de trigo. La cosecha de aceituna no ha pasado de regular. La ruina del viñedo es espantosa: había hace pocos años 30.816 hectáreas plantadas; la filoxera ha destruido 26.600. No cabe decir más. Los olivos del Ampurdán sufren mucho con la plaga de la *cuca*, y asimismo la producción del corcho con los destrozos del *coroeba*. La antigua importante industria de las varas de castaño, para la tonelería, puede decirse que ha desaparecido. Los ríos

Ter y Fluviá, que debieran ser un tesoro para las ricas vegas del Ampurdán, sólo ocasionan grandes pérdidas de terrenos en ellas, con sus desbordamientos. No hay un solo camino vecinal arreglado; la Diputación no ha podido construir ninguno de los suyos, y el Estado no ha construido ni la mitad de los que figuran en su plan de esta región.

Este considerable atraso hace que la casi totalidad de los productos se transporten á lomo, en los servicios de unos pueblos con otros. Buena falta tienen de que la facilidad de las comunicaciones se fomente algo siquiera, que se realice la ejecución de la vía de Gerona á Olot y de Olot á la de San Juan de las Abadesas y que se construyan ó habiliten en regla los puertos de San Feliú, de Palamós, de Blanes y de Rosas. Entre las exportaciones más notables que salen con destino á Francia figuran: cortezas 460.000 kilogramos (y por el puerto de Rosas 700.000); pipería, 2.974.066; carbón vegetal, 441.876; leña, 562.000; corcho en tapones, 1.215.382; en planchas, 165.464; en otras formas, 1.500.000; lana sucia, 224.834; maderas, 1.126.341; pieles de ganado lanar, 251.890; azafrán, 5.864; aceite, 249.000; vino, de paso de otras procedencias, 788.363 hectólitros.

Las cosechas de maíz, patatas, trigo y centeno han sido buenas en Lérida, presentándose muy animada en estos productos la feria de Balaguer. No ha valido barato el trigo, sin embargo, en la capital y pueblos importantes, costando hoy el pan á 48 y 50 céntimos. Las lluvias de Septiembre, aunque causaron destrozos en la huerta de Lérida, mejoraron mucho el estado de los olivares y viñedos. En éstos la recolección de uva ha dado excelente rendimiento.

Las antiguas tierras campas del llano de Urgel, de la Segarra y de las concas del Tremp y Segria, destinadas antes á cereales, son hoy viñedos. El hectómetro de vino valió en 1885 pesetas, en 1886 á 20, en 1888 á 16, en 1889 á 21, y hoy á 25 en la capital y á 12 y 14 en Balaguer. El mildew ha causado bastantes daños. La construcción del canal de Tamariu regaría más de 100.000 hectáreas y la de la vía férrea

internacional del Noguera-Pallaresa, que llevaría á Francia todos los productos de la Argelia y de Levante, darían gran vida á esta provincia. En comunicaciones locales está tan mal como Gerona. La centralización administrativa madrileña mata á éstas y á todas las provincias. Fomento no fomenta, ahoga.

*
* *
*

La historia agrícola de Aragón en estos últimos años es la del martirio de la sequía. Escasísima fué en Huesca la producción de cereales, porque ni se cogieron siquiera para sembrar. Faltaron las aguas potables en Huesca, en Bujaraloz y en otras muchas localidades, de algunas de las cuales tuvieron que acudir al Ebro á buscarla, á distancia de 50 y 70 kilómetros. Tan mal aspecto como los campos presentaron los mercados, hasta que los famosos temporales que en Consuegra y Almería produjeron las catástrofes vinieron como un milagro á mediados de Septiembre á resucitar las comarcas de Cataluña y Aragón. Mejoraron entonces los viñedos y olivares, se animó el comereio de ganados en las faldas del Pirineo, renacieron con gran concurrencia de compradores de otras provincias las ferias de Ayerbe y de Barbastro y empezó la siembra con grandes esperanzas.

Con las abundantes lluvias de fines de Octubre la situación general mejoró sobremanera. Se continuó en grande la labra, pero como no había semilla, vino gran demanda de cereales, el trigo subió á 50 pesetas el caíz de 179 litros, hicieron su agosto algunos acaparadores y usureros, y en fin, encontraron simiente muchos pobres que no tenían dinero dando *al medial* la futura cosecha con los que les adelantaron el trigo.

La cosecha de legumbres y patatas se arregló; fué bue No resultó peor la de uva; los primeros vinos del Somonta se vendieron de 25 á 30 pesetas el nietro de 160 litros, y va ahora en los mercados de Barbastro y Fraga de 23 á 26 pe

tas el hectólitro. Produce la provincia unos 700.000 hectólitros, de los cuales exporta 320.000. Tiene dedicados á cereales 250.000 hectáreas, á viñedo 56.000 y á prados 25.000. Cogen, en años normales de lluvia, 800.000 hectólitros y 24.000 de aceite. El vino vale 2 pesetas más barato que en 1887 y que en 1870, y 6 más que en 1880. El trigo de 4 á 6 pesetas más caros que en esas fechas. Cuentan con 400.000 cabezas de ganado lanar, 56.000 cabrío, 28.000 vacuno, 27.000 asnal, 25.000 mular, 10.000 de cerda y 3.000 caballar.

En la rica y hermosa provincia de Zaragoza los diez y ocho meses de continuada sequía habían concluido con todas las esperanzas y con casi todas las existencias. La cosecha de cereales fué nula y en muchos puntos lo poco que brotó de la tierra se dió como pasto á los ganados. La de regadío solo regular. El viñedo aparecía mustío en todas partes; miles de trabajadores buscaban en vano un jornal; la temperatura canicular se sostenía á 38 grados á la sombra; la ganadería emigraba al Moncayo y al Pirineo; escatimábase entre los hortelanos el ruín caudal que llevaba el Ebro, el Gállego y el Huerva y apenas se vendía una pipa de vino. Empezó á remediarse esta situación con las tormentas del 13 de Septiembre, que regaron abundantemente los campos. Volvió pronto sin embargo el tiempo seco, y no pudo continuarse bien la siembra, aunque mejoraron mucho todos los cultivos.

La feria *Grande* se presentó poco animada. Al aproximarse la cosecha había bastantes existencias de vino, sobre todo de los *abocados* ó dulces, que tienen mala salida, y de los enyesados. En Daroca se ofrecían á 14 pesetas hectólitro. Los de Calatayud vendimiaron temprano acertadamente, para obtenerlos secos y no abocados. La uva se vendió á precios bajos, á 5,50 los 100 kilogramos regadío, y 7,50 la de secano. En general, la arroba de 12,60 kilogramos, á 60, 80 y 90 céntimos. La de regadío se ha cogido en abundancia; la de secano con escasez. De Octubre á Noviembre de este año se han exportado á Francia 58.000 toneladas de vino más que en igual período del año pasado. La cosecha es mayor que la

anterior, calculándose de 24 á 28 hectólitos la producción por hectárea. En Daroca, Tarazona y Ateca ha sido superior; en Aizón y Epila regular. Los mostos resultaron de mucho color, bastante azucarados y de 15, 16 y 17 grados. El cultivo de la vid ha aumentado 18.000 hectáreas en diez años. Los precios del vino fueron de 1860 á 70 á 19,50 pesetas hectólitro; del 70 al 80 á 25; del 81 al 87 á 31, y hoy vale en la capital de 23 á 25.

Recoléctanse en años normales 1.200.000 hectólitos de trigo, y hay en la provincia 58 fábricas de harina, 41 aceñas, 462 molinos de presa y 417 de represa. De vino se cosechan 1.500.000 hectólitos y 24.000 de aceite. Hay 11.000 hectáreas regadas por el Jalón, Aranda, Jiloca, Grió, Peregiles, Gállego, Huerva, Martín, Flumen, Matarraña y otros cauces. Gran riqueza se desarrollaría si se pudieran extender los riegos á la comarca de Cinco-Villas y los Monegros. En la ganadería existen 600.000 cabezas de ganado lanar y 65.000 de cabrío. La arroba de lana valía en 1868 á 15 pesetas; el 85 á 20; el 87 á 13,50 y hoy á 15 (variable de 108 á 128 los 100 kilogramos). La exportación de lanas continúa sosteniéndose bien y alcanza á 3.500.000 kilogramos.

Es por su situación la provincia de Teruel una de las mas desatendidas y olvidadas de España. En la sierra obtuvo buena cosecha de cereales, y en la tierra baja muy mala. La sequía la alcanzó con todos sus rigores, y las lluvias de Septiembre no la beneficiaron como á sus provincias hermanas. La vid, el azafrán y la siembra no podían presentarse peor en ese mes. Estaban los cereales y los aceites muy bajos, efecto de la escasa demanda; llovió poco y la sementera y la madurez de las uvas nada ganaron. A la feria de Alcañiz, que reflejó la desanimación de la comarca acudieron 20.000 cabezas de ganado lanar, 1.300 de cabrío y casi nada de ganado mular. Las lanas se vendían á 15 pesetas arroba (de 13, kilogramos); el carnero á 1,60; la oveja á 1,60, y el pan 0,50, todo muy caro. Detúvose la exportación de ganados Valencia, pero el cambio del tiempo alivió en Octubre est

apuros. La cosecha de patatas fué buena, vendiéndose de 60 á 70 céntimos la arroba.

La feria de Alcalá de la Selva dió una gran salida para Cataluña y Valencia de 30.000 cabezas de ganado lanar, 2.500 de vacuno, 1.000 de cabrío, 3 000 mulas, 500 caballos y 460 asnos. Los precios fueron bajos, 500 pesetas, por ejemplo, las yuntas de labor, 180 las vacas y de 18 á 22 los carneros, pero se vendió así todo. Esta es la riqueza tradicional del país, la ganadería. Salían en otros tiempos no muy lejanos, 120.000 ovejas, 8.000 cabras, 6.000 vacas y 600 mulas. Aún hoy su ganadería bien cuidada, cuenta con 900.000 ovejas, 84.000 cabras, 38.000 mulas, 25.000 asnos, 16.000 cerdos, 11.000 vacas y 4.000 caballos. Produce 500.000 hectólitros de trigo, 300.000 de centeno, 120.000 de vino y 60.000 de aceite. Para este último producto hay 12.000 hectáreas de olivares, y su fruto se explota muy bien en Alcañiz, Calanda, Torrecilla, Valdealgorfa y Torrevellilla.

Los partidos de Mora y Albarracín tienen abundantes pastos, y Calamocha, Báguena, Burbáguena, San Martín del Río, Alcañiz, Hajar y Vaiderrobles muy excelentes tierras de vid y cereales. Tierra tan rica en ganadería y minas pide á voz en grito protección y comunicación con el mundo. La comarca limítrofe de Caspe á Maella y Castellote exige el aprovechamiento de los riegos de Santa Olea y la riqueza de sus montes y criaderos mineralógicos una vía férrea transversal y varias carreteras. Las lluvias de Octubre y Noviembre han mejorado mucho la situación agrícola.

R. BECERRO DE BENGOA.

REVOLUCIONES REACCIONARIAS

No hace todavía un siglo, se luchaba en todos los pueblos de Europa por sacudir la tiranía de los poderes despóticos y de los privilegios irritantes, que pesaban como losa de plomo sobre el pueblo, sofocando sus aspiraciones y mermando sus facultades y derechos.

Tras largas y empeñadas contiendas, después de verter torrentes de sangre y conmover á los pueblos con titánicas convulsiones, como antes no los había conocido la Historia, quedó por fin establecida aquella ansiada libertad, se proclamaron los derechos individuales de entre tanta confusión, ruina y estrago, surgieron las nuevas generaciones con los mandamientos de las modernas sociedades.

Los años, con su labor incesante y lenta, han ido arraigando las conquistas que tantos esfuerzos y sacrificios costaron á nuestros padres; á las ideas vagas y teorías extremas de los revolucionarios, ha sucedido el estudio detenido del legislador para concretarlas y darles realidad posible en los códigos; la igualdad de todas las clases ante la justicia y la ley no es una quimera y rara será la aspiración, de todas las confusamente vislumbradas entre los torbellinos de hu las tempestuosas nubes que envolvieron la cuna de este sí que no sea ya un hecho práctico y positivo.

Hoy, como entonces, se notan síntomas precursores (

zás de otra gran revolución; sordas trepidaciones anuncian que bajo nuestros piés germina soterrado fuego buscando la boca por donde arrojar sus olas de lava; aquí y allá se notan chispazos que, aunque parezcan de diverso orden por producirse en lejanos lugares y con tendencias distintas, obedecen á una misma causa; la mecha que hace estallar la bomba de dinamita contra la vida del Czar, allá en las heladas llanuras del Norte, está encendida con el mismo fuego que produce los incendios en las cálidas campiñas de Andalucía; á los feroces aullidos que lanza la chusma en las calles de Londres, saqueando las tiendas y atropellando á los transeuntes, responde, cual fatídico eco, los gritos no menos salvajes de los anarquistas en las calles de Jerez de la Frontera; las huelgas, con carácter imponente y amenazador, se extienden por todos los países con rapidez eléctrica, y en los cuatro puntos cardinales del horizonte que nos envuelve, se observan sombríos nubarrones, cuyo seno desgarrá á veces la vívida luz de los relámpagos, llevando la intranquilidad al ánimo de todos.

Días fueron aquellos de incertidumbre y espanto para los soberanos y poderes constituidos, porque al fin comprendieron que estaban divorciados del pueblo y era imposible defender por más tiempo los principios que encarnaban; días deben ser estos de resolución y energía para los Gobiernos, porque se trata de bastardear aquellas gloriosas conquistas y convertir en libertinaje la libertad que hizo verter tantas lágrimas y sangre.

Al tratar esta cuestión no hay que examinar si rige los destinos del país un partido avanzado ó reaccionario, si imperan éstas ó las otras ideas, si la gestión de los gobernantes es más ó menos acertada; dicho examen será muy oportuno y conveniente cuando se quiera hacer oposición dentro de la esfera política; pero así como las turbas en Jerez no han obedecido á ideas ni principios para realizar su insensato atropello, ni llevaron bandera que proclame su color monárquico ó republicano, ni se han lanzado á las calles para pedir justos derechos que pudieran creer comprimidos ó mermados,

sino que obedecieron sólo á un feroz instinto de destrucción y su único grito fué un grito de muerte, de igual manera, todos los que posean un noble corazón y una conciencia honrada, sin distinción de ideas ni matices políticos, deben estar unánimes y acordes, para oponer enérgico dique á esa ola invasora, que amenaza envolver y minar los cimientos en que se fundan el orden y la tranquilidad.

No es mi intento, pues, al trazar estas líneas escribir un artículo político de censura ó alabanza para el Gobierno. Cuestiones tan graves y de tal trascendencia, deben juzgarse desprovisto de todo apasionamiento que pueda enturbiar el criterio y robarle su imparcialidad. No me lo inspira tampoco el deseo de discutir los sucesos acaecidos recientemente en Andalucía, porque al fin, como dice el vulgar adagio, «agua pasada no mueve molino», y bastante se ha hablado ya sobre ellos. Lo escribo únicamente porque temo que, sofocado ese chispazo, el Gobierno, cualquiera que él sea, se confie y adormezca; porque recelo que, desvanecida la indignación primera, ocupe un lugar la compasión y no se haga caer sobre los culpables todo el peso de la ley; porque sospecho, en fin, que, cuando pasen algunas semanas, nadie se preocupará de prevenir para en adelante conflictos análogos, creyéndose libres de toda amenaza.

No opino yo, como algunos, que los acontecimientos de Jerez son un fenómeno aislado, sin causa conocida y producido sólo por circunstancias de localidad y momento. Quizás condiciones especiales hayan hecho que la dolencia general se agrave en aquel sitio; pero así como cuando duele una parte del cuerpo no debe el médico limitarse sólo á su examen, sino estudiar todo el organismo, para ver si, como casi siempre sucede, aquella enfermedad depende de malos humores contenidos en una naturaleza enfermiza, así, no porque el suceso se haya realizado ahora en Jerez, debemos pensar sola aquella región está llagada y que procurando remediar los males allí descubiertos, la sociedad puede dormir serena y tranquila.

No se ha calmado aún la inquietud que en todos los pacíficos habitantes de Jerez produjera tan loca aventura; todavía en sus extensas campiñas saltan chispazos del no extinguido fuego, cuando con otro motivo, y revistiendo caracteres distintos, estalla entre los obreros de Bilbao formidable huelga, que alcanza las proporciones de abierta rebelión. Las negras ruinas vomitan de sus carboníferas entrañas hombres de hercúleos brazos, de cutis atezado, de empobrecida conciencia y de ninguna ilustración, que, al igual de sus similares andaluces, ven sólo en las riquezas una injusticia, en el rico un opresor y en la sociedad toda un organismo caduco y podrido, al cual hay que demoler hasta en sus más profundos cimientos.

En el Norte, como en el Mediodía, han germinado las teorías de disolución y exterminio que predicán sus apóstoles; en uno y otro lado, las semillas han prendido en la inculcamente del obrero, tierra virgen para recibir y fecundizar todos los gérmenes; en ambas partes, las ideas han tomado carne, han descendido al terreno de la práctica, y lo que antes pudo considerarse como soñadas utopías, se ha visto en vías de realización, con éxito más ó menos lisonjero.

¡Qué enseñanza esta y qué triste precedente para los obreros! Antes en los *meetings* se les hizo ver rosadas ilusiones, para él llenas de encantos y felices promesas; ahora, lo mismo en los profundos y sombríos senos de la mina, que en las fértiles vegas caldeadas por un espléndido sol, se les hace ver la posibilidad de trocar en tangibles realidades aquellas apetecidas esperanzas.

No cabe siquiera apuntar en los reducidos límites de un artículo las causas que han producido en el mundo obrero la efervescencia que hoy se nota; pero cualesquiera que ellas sean, nada más natural y lógico que los Gobiernos pongan toda su atención y cuidado en satisfacer sus quejas y atender sus reclamaciones en cuanto sean compatibles con la libertad y la justicia. Mas tienen asimismo el imperioso é ineludible deber de sujetar con mano férrea á los que fían lograr

sus aspiraciones por la violencia y el exterminio, extinguir con rapidez y energía sus amagos é intentos y castigar sin ninguna clase de miramientos sus delitos y crímenes.

Ya que la tolerancia de nuestras costumbres y el progreso de las leyes permite á esos obreros descarriados y fanáticos predicar públicamente los más furibundos ataques contra la familia, la propiedad, las riquezas, el orden y todo cuanto de más sagrado se encierra en el organismo social; ya que todos observamos con amargura los estragos que estas predicaciones hacen en inteligencias pobres y conciencias nubladas, acumulando en ellas absurdas esperanzas, vengativos odios, y revolviendo las heces de los más bajos instintos; ya que nos amenaza esta mina cargada de injusticias y rencores, tengamos siquiera la seguridad y la confianza de que el Gobierno es fuerte escudo para la defensa y espada inflexible para el castigo.

Thiers, en momentos supremos para Francia, cuando la *Commune* devastaba París, no tuvo inconveniente en decretar los fusilamientos en masa y casi sin proceso, de millares de personas. Esta excesiva crueldad salvó á Francia y á la República de su total ruina.

No cito este hecho porque las cosas hayan llegado á un punto que tengamos necesidad de emplear esos procedimientos ni aún otros más suaves. Sólo recuerdo el caso para probar, que el rigor es á veces el único medio de conjurar mayores males.

Respétense los derechos de todos; garantícese la libertad individual y colectiva para que cada cual obre como quiera dentro de la órbita legal; pero aquellos que traspasen sus límites é intenten llevar á la práctica las locas doctrinas que aprendieron en los *meetings* y clubs, deben expiar cumplidamente su maldad ó barbarie, para que el castigo sirva de provechoso ejemplo y no prospere, como ha de suceder obdo de otro modo, esa semilla que contiene los gérmenes tan amargos frutos.

Si se repiten casos como el de Jerez, bien en nuestra

ción ó en países extranjeros; si las personas sensatas se convencen de que sus vidas y haciendas están á merced de la anarquía y el desenfreno, y si no se vé, siempre y en todas partes, una mano vigorosa que sabe contener y castigar, es muy posible que sobrevengan grandes revoluciones; pero si antes se luchó por conquistar la libertad, entonces lucharemos para desterrarla como nociva y peligrosa; que después de todo, es preferible la tiranía de un déspota que se imponga con el terror, á la vergonzosa tiranía de una muchedumbre desenfrenada.

La reacción es siempre igual y contraria á la acción. Esta es una ley que se cumple en todos los órdenes de la vida; y si el abuso de la libertad nos arroja en brazos de la anarquía, pronto vendrán, como forzosa consecuencia, *las revoluciones reaccionarias*.

C. RUÍZ MARTÍNEZ.

DATOS PARA ESCRIBIR LA HISTORIA

DE LA ORDEN DE LOS CABALLEROS FRANCMASONES EN ESPAÑA,
DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS

CAPÍTULO XIII ⁽¹⁾

VI

Puede el lector figurarse el estado que ocupaba la Or. de francmasones en España, bajo las persecuciones á que fueron sometidos sus adeptos. La sorpresa de la Log. de Granada y el ahorcamiento de todos sus miembros, era señal evidente de que los realistas estaban poco inclinados á la clemencia. Dicen algunos historiadores que Fernando VII no participaba de la crueldad que distinguía por lo común á las autoridades que le representaban en las provincias. Esto no es cierto. Lo prueba el R. D. señalando el castigo que debían sufrir los francmasones aprehendidos en Granada y los que se aprehudiesen en lo sucesivo; Decreto redactado por el mismo Rey, y aunque han tratado de negar su existencia muchos escritores, fué publicado y puesto en vigor. Decía así este documento (2):

«Habiendo sido aprehendida en la ciudad de Granada por la actividad y celo de la Policía del Reino una Logia de Masones en el acto de estar en tenebrosa sesión, revestidos de

(1) Véanse los números 515, 516, 517, 518, 519, 520, 522, 523, 524, 526, 527, 528, 529, 532, 533, 534, 535, 536, 537, 539, 540 y 541 de esta VISTA.

(2) *Col. Legisl.*, tomo X, pág. 260.

sus ridículos ropajes (1), y circundados de los instrumentos y emblemas de que usa esta reprobada secta, enemiga del Altar y del Trono; y debiendo castigarse con prontitud y ejemplarmente, con arreglo á las Leyes y á mis Reales decretos, una tan descarada osadía de estos criminales, que ha escandalizado á mis fieles y religiosos vasallos, he tenido á bien decretar lo siguiente:

«Artículo 1.º Todos los individuos aprehendidos *infraganti* en la Logia de Masones de Granada, sufrirán en el preciso término de tres días, después de publicado en dicha ciudad este mi Real decreto, las penas que imponen las Leyes de estos mis Reinos, y señaladamente mi Real cédula de 1.º de Agosto de 1824.

«Artículo 2.º Todos los que fueren aprehendidos en lo sucesivo, y en cualquiera punto del Reino, del mismo modo que lo han sido en Granada, serán juzgados y castigados en el propio perentorio término de tres días.

«Tendréislo entendido, y lo comunicaréis á quien corresponda, mandándolo imprimir, publicar y circular para que llegue á noticia de todos.—*Está rubricado de la Real mano.*—En San Ildefonso á 21 de Agosto de 1825.—A DON FRANCISCO DE ZEA BERMUDEZ.»

En Valencia y Cataluña fué donde mayormente se excedieron las autoridades, extremando los castigos y crueles tormentos con los vencidos.

El coronel Fernández Bazán, Caso y muchos otros francmasones pagaron con sus vidas el amor que profesaron á la institución ya que no también sus trabajos por restablecer el régimen constitucional.

Lafuente dice sobre la muerte de los ahorcados en Alicante lo siguiente, en el t. V, pág. 477 de su *Historia de España*:

«Quiso la mala suerte para los liberales, que los primeros que dieran ocasión al Gobierno para desplegar nuevamente

(1) No es cierto que vistiesen trajes. En Europa no los han tenido jamás los francmasones, y menos en España. En el Norte-América los usan, pero nada más que para las grandes solemnidades.

su fiero rigor contra los que consideraba enemigos de la soberanía, fuesen de la clase de los constitucionales emigrados... Tal les sucedió al coronel D. Antonio Fernández Bazán y á su hermano D. Juan, que con algunos otros jefes y sobre sesenta individuos que los seguían, desembarcaron una noche en la costa de Alicante (18 á 19 de Febrero 1826)... Perseguidos y acosados los demás por la sierra, D. Juan Bazán cayó mortalmente herido; desesperado el D. Antonio, intentó acabar con la vida de su hermano y con la suya propia disparando dos pistolas, pero con tan mala suerte que en ambas le falló el tiro. Abalanzáronse sobre ellos sus perseguidores, y ambos fueron hechos prisioneros con bastantes de los suyos. Bazán fué fusilado en Orihuela sobre las mismas parihuelas en que había sido conducido por sus heridas (4 de Marzo de 1826), sufriendo con admirable serenidad la muerte. En Alicante corrió la sangre de veintiocho víctimas; la de algunas más tñó el suelo de otros pueblos.»

Escribían de Orihuela, al tiempo de noticiar la muerte de este desgraciado coronel Fernández Bazán, que había pedido la imagen de la Virgen y orado con las lágrimas en los ojos, admirando y enterneciendo á todos los circunstantes, y que había suplicado siempre al confesor que no le desamparase ni un instante.—«No cabe duda, añadía, en que ha muerto como un buen cristiano.» (1)

Pero en la *Gaceta* del propio día se estampaba la siguiente correspondencia, que repugna á la cultura, á la humanidad y hasta al buen sentido: «Ayer fué ahorcado en ésta Antonio Caso, alias *Jaramalla*: murió impenitente, y dejando consternado al numeroso concurso que asistió á este horrible espectáculo, haciéndolo más espantoso un terrible torbellino que se observó al espirar este malvado, quien salió de la cárcel blasfemando, y diciendo tales palabras que no se pueden referir sin vergüenza; y á pesar de haberle puesto «mordaza, repetía como podía; *viva mi secta, viva la institu-^{ci}*

(1) *Gaceta* del 23 de Febrero de 1826.

masónica: así fué arrastrado á la cola de un caballo hasta el patíbulo. Por más diligencias que han hecho sacerdotes de todas clases, no han podido conseguir que ni siquiera pronunciase el nombre de Jesús y de María, antes bien, los despreciaba con injurias é inauditas blasfemias: después de muerto se le cortó la mano derecha para ponerla en el sitio de sus delitos, y arrastrando su cadáver lo condujeron al muladar (!!!). Así concluyen miserablemente su vida estos proclamadores de la libertad, y ésta es la libertad que prometen á los que los siguen, ir á parar á donde van las bestias.»—¡Así se escribía oficial y semi-oficialmente en la *Gaceta* del Gobierno, allá por los años de 1826!

El belicoso entusiasmo que se apoderó de los realistas de aquellos tiempos, no es para decirlo por escrito. Baste decir que á muchos de ellos tuvieron que encarcelarlos y fueron ejecutados sigilosamente, como aconteció con el célebre Rafi Vidal, alma de los realistas de Reus, á quienes seducía con sus manifiestos, escritos en un lenguaje tabernario.

Entre las distintas proclamas de Rafi Vidal, la última suya, decía así:

«¡Viva la santa Religión! ¡Viva el rey nuestro señor y el Tribunal Santo de la Inquisición!

Habitantes del campo de Tarragona: ya va serenándose la atmósfera que estos días atrás tenía en zozobra á todos vosotros... creídos acaso que mi levantamiento sería para hacer derramar sangre, y extender el luto y el llanto en todo este vasto y delicioso país. No, amados compatriotas, no ha sido ese mi intento. Ha sido, sí, uniforme con la mayor y más sana parte de la provincia, para sostener y defender con la vida los dulces y sagrados nombres de *Religión, Rey é Inquisición*; arrollar y exterminar á cuantos masones, carbonarios, comuneros y demás nombres inventados por los maquiavistas, que no han obtenido el indulto que su Majestad se acordó dispensarles si dentro de un mes se retractaban de sus crímenes, etc.

13 de Septiembre de 1827.—Juan Rafi Vidal.»

Era Rafi Vidal un carlista exaltado, que amaba de corazón á su rey, al cual creía extraviado por malos consejos. Fué arrestado en Tarragona en ocasión de estar jugando al billar, arresto que asombró á propios y á extraños. El conde de Mirasol instruyó su proceso por mandato y con arreglo á instrucciones dadas por el conde de España, siendo ejecutado con el mayor sigilo, y sin que ningún realista protestara del hecho, cosa que á la verdad, no se explica bien. Por esto escribe, con fundada razón, Lafuente:

«La revolución de Cataluña, aunque terminada, había dejado tras sí grandes misterios, cuya revelación muchos tenían motivos para temer... El clero fué el menos cauto, y la confianza le hizo descubrirse en demasia. Otros personajes fueron bastante hábiles ó bastante hipócritas, ó bastante afortunados, para no exhibirse. Sobre el mismo ministro Calomarde, que acompañaba al rey, recaían no leves ni pocas sospechas de complicidad (1). Los vencidos que habían escapado con vida á suelo extranjero publicaban desde allá escritos acriminando á los cortesanos que los habían comprometido, y poniendo la lealtad del ministro por lo menos en predicamento muy sospechoso y poco envidiable. Esto explica la facilidad del perdón para unos, la severidad y las precauciones para que no se librasen de la última pena los otros.»

En Madrid se mantenía el foco de los trabajos revolucionarios, en las LLog. La más importante de todas fué *La Primitiva Mantuana*, reorganizada de la antigua: trabajaba

(1) *Carta de un personaje de Madrid interceptada en Cataluña por el coronel Bretón.*

«Madrid:—hoy 26 de Septiembre.—Amigo: si los valientes sucumben sin que el rey nuestro señor les cumpla esas condiciones, todos irán al palo, unos tras de otros. Si fían en palabras son perdidos. Si Calomarde logra engañarlos, desgraciados y desgraciada España; se establecerán las cámaras, se reconocerá la independencia de las Américas y el imperio masónico se radicará. No fiarse, amigo mío; el rey es masa, los masones le han hecho salir; todos los que van con él lo son: Merás, Albudeite, Castelló, Calomarde, y los que van de incógnito un día después que S. M.—Romagosa es traidor: vino aquí en dos sentidos, con el traidor Calomarde y le dieron cuarenta mil duros para seducir, engañar y dividir á esos infelices.—Alerta y no fiarse.—*Condición con S. M.*» (Las publicamos en este mismo capítulo y páginas anteriores).

en el templo de la calle de la Encomienda, núm. 12, y más tarde (del 23 al 40) en el de la calle del Desengaño, esquina á la de Valverde, ex convento de los PP. Basilius. Los francmasones de alto coturno tenían sus trabajos en el palacio del duque de Medinaceli, mientras los del elemento militar se reunían en la calle del Duque de Liria (hoy de la Princesa), esquina á la de los Mártires de Alcalá.

En las provincias, las LLog. que más sobresalieron fueron las de Cádiz, Valladolid, Córdoba, Málaga, Sevilla, Salamanca y Plasencia, que todas ellas han dejado en la historia de la francmasonería española recuerdos imperecederos, no siendo la que tuvo menos *La Placentina*, donde fué Ven. Maes. D. Antonio María Concha y Cano.

De entre todos los francmasones de aquel tiempo, los que más sobresalían eran los siguientes:

Borbón (Francisco de Paula). N. en 10 de Marzo de 1794. M. en 1847. El único Gran Maestro que había conseguido unir la Masonería española. Sin su amor á la libertad y sus trabajos de 1830 á 1833, el clericalismo hubiera entronizado en el trono de los Borbones á Carlos V, y la Inquisición seguiría aún atormentando á los incrédulos.

Cuervo (D. N.), administrador del duque de Alba, en sus estados de Extremadura. En 1828, era Ven. Maes. de una Log. que estableció en el pueblo La Abadía (Cáceres), y sostenía relaciones con las LLog. de Salamanca y Plasencia.

Heros (Martín de los). N. en Manzaneda de la Sierra. Ministro de la Gobernación con Argüelles en 1836. Intendente de Palacio en 1841 y 1854. Siempre rehusó bandos y condecoraciones. Académico de la Historia. M. el 14 Marzo 1859 en la misma alcoba, en igual sitio y en el propio mes que su íntimo amigo Argüelles.

López (Joaquín María). Nacido en 1802 en Villena (Alicante). Orador parlamentario elocuentísimo. Empezó á darse á conocer en el Estamento de Procuradores de 1835. Ministro en 1843. Del Supremo Consejo en 1830. Murió retirado de la vida pública, de un cáncer en la lengua.

Reus y García (José). Escritor jurídico. Formó parte del Gran Triángulo que sirvió de base para formar el Gr.°. Or.°. Nacional, del que fué Gran Canciller. N. el 16 Marzo 1816 en Alicante.

Camacho (Ilmo. Sr. D. José María), entusiasta doceañista y francmasón de gran renombre, desde su juventud, conocido después por el nombre de *Cincinato*, G.°. 33. En 1833 era Ora.°. de una de las LLog.°. de Madrid; en 1840 fué por primera vez elegido Ven.°. Maes.°; en 1847 era Presidente de la Gran Cámara de Justicia que funcionaba en el Templo de los Basílios de Madrid; en 1853 fué nombrado Gran Delegado Departamental; en 1865 tomó posesión del cargo de Gran Tesorero del Grande Oriente Nacional de España, presutando su promesa en manos del entonces Gran Comendador D. Ramón María Calatrava; en 1876, al tomar posesión del cargo de Gran Comendador el no menos ilustre marqués de Seoane, pasó á Gran Canciller; y por último, en 1883, por muerte del Teniente Gran Comendador y Gran Maestre adjunto D. José Reus y García, fué por unánime elección de la Gran Cámara designado para desempeñar dichos cargos, en funciones de los cuales falleció el 17 de Diciembre de 1886.

Gallardo (Bartolomé José). Bibliotecario de las Cortes de Cádiz. Autor del *Diccionario crítico burlesco*. Había nacido en Campanario (Badajoz) en 13 de Agosto de 1776 y jugó un importante papel en todos los movimientos políticos en sentido liberal, desde 1812. Murió en 14 de Septiembre de 1852, en Alcoy.

Cortina (Manuel). Nació en Sevilla en 1802. Eminenté jarisconsulto. Ministro y orador elocuente. Reformó los Manuales y Liturgias, simplificando la parte ritual.

Montero Telling (Juan). Nació en 1800. Diputado y senador. Maestro masón desde 1821; trabajó en el Arte Real hasta su muerte.

Mendialdua. Propietario del célebre periódico *El Eco i Comercio*. Formó parte del Gran Triángulo que sirvió de b

á Calatrava para la creación del Gran Oriente Nacional en 1847.

Matheu. Célebre banquero, fideicomisario masónico del infante D. Francisco. Teniente gran comendador del Supremo Consejo organizado por Calatrava.

O'Donnell, Conde de La Bisbal. Políticamente fué el hombre de las vacilaciones.

Olózaga (Salustiano de). Nació en Logroño el 8 de Junio de 1805. Liberal entusiasta.

Pinilla. Gran maestro adjunto de Calatrava en 1847. Organizó la masonería políticamente, continuando así el carácter de los Comuneros.

Concha y Cano (D. Antonio María), ex diputado y político de mucha fama allá en su juventud, en 1832. Fundó la Loggia de Plasencia, trabajó mucho por la libertad, y á su muerte dejó una gran fortuna para fundar en Navalморal de la Mata una escuela-modelo y una biblioteca, que acaso sean de las mejores de España.

Marcoartú (D. Agustín), entusiasta liberal y francmasón, amigo del conde del Montijo. El 17 de Marzo de 1829 escapó de las iras policiacas de los realistas madrileños, siendo sentenciado á muerte. En Londres residió hasta el advenimiento del sistema liberal.

En *La Correspondencia de España* del 17 de Marzo de 1891 se refiere lo que acaeció á D. Agustín, cuando en 1829 le quisieron prender. Reproduciremos aquí este suceso, copiado del diario noticioso, que lo refiere en estos mismos términos:

•En honor del eminente poeta D. José Zorrilla dió anteanoche un banquete D. Arturo de Marcoartú para celebrar la mejoría de la salud del coronado poeta y recordar un acontecimiento que hace sesenta y dos años tuvo lugar, á las mismas horas en que se celebraba el banquete, en la casa de los padres del Sr. Marcoartú, producido por el padre del Sr. Zorrilla.

Con este objeto se reunieron en la comida: su paisano y amigo desde la infancia D. Miguel de los Santos Alvarez;

D. Gaspar Núñez de Arce, también hijo de Valladolid, que sostenía en los páramos de Castilla hace más frío que en Rusia y en los Estados Unidos y que el soldado castellano resistió mejor que el extranjero las inclemencias del Norte; don José Castro y Serrano, que comentó la novela del P. Coloma, en la que todo es notable é inexplicable, hasta la baratura del precio de venta. El Sr. Marcoartú dijo que ha de llamar más la atención en la sociedad española esta novela, editada en Bilbao, que el descubrimiento hecho en Egipto y dado á la estampa este año en Inglaterra de la *Constitución política de Atenas*, de Aristóteles. El Sr. Zorrilla, que estudió largos años con los jesuitas, cautivó la extrema atención de todos describiendo la vida é influencia de la Compañía de Jesús.

Y después se contaron sin cesar historias, fábulas, anécdotas y chistes filosóficos, como decían los Sres. Alvarez y Castro y Serrano, por éstos, por los Sres. Zorrilla, Valera, Núñez de Arce, D. Manuel del Palacio, Monares, y todos refiriéndose á Espronceda, Alcalá Galiano, Ventura de la Vega y al poeta Pastor Díaz, del primer tercio del siglo, señalándose el Sr. Valera con el acento y la envidiable memoria que atesora en sus relaciones de los tiempos de Cervantes y de Garcilaso.

Con decir que desde antes de las ocho hasta después de las doce de la noche no se separó de sus amigos admiradores el Sr. Zorrilla, se puede apreciar la viva animación que durante aquellas horas reinó en el más espléndido salon del hotel de París.

El Sr. Marcoartú invitó á sus amigos para que en los años venideros le hicieran la distinción de acompañar en su mesa al Sr. Zorrilla el 17 de Marzo.

El coronado, y de todos querido poeta, explicó el enigma de la fecha.

Hace sesenta y dos años que el padre de D. José Zorrilla fué el encargado de reducir á prisión á D. Agustín, padre de D. Arturo, que era jefe de la conspiración liberal relacionada con el general Espoz y Mina, y en que estuvo afiliado

D. Salustiano Olózaga. D. Agustín Marcoartú vivía en el piso principal de una casa que tenía su entrada por la calle de las Huertas y balcones á ésta y á la de Cantarranas. El Sr. Zorrilla, padre, entró á las ocho de la noche por la puerta de la calle de las Huertas y llegó al despacho del señor Marcoartú, padre, que tenía balcón á la de Cantarranas. No bien vió el perseguido entrar en su despacho al perseguidor cuando se fué al balcón y se arrojó á la calle, poniéndose en salvo, aunque herido por los sables de unos realistas que le persiguieron, y después emigró al extranjero.

La misma noche y en la misma casa de D. Agustín de Marcoartú fué preso el desgraciado librero Miyar, pocos días después ahorcado, y cuyo nombre está esculpido como mártir de la libertad en el Salón de Sesiones del Congreso.

D. Agustín de Marcoartú y su hijo D. Arturo han sentido siempre la mejor amistad por D. José Zorrilla.

El Sr. Valera contestó á la invitación de D. Arturo de Marcoartú que le sería muy agradable aceptarla por lo menos hasta el año 1891.*

Es indudable que á Marcoartú le esperaba la misma suerte que á Miyar y que á otros tantos hombres como pagaron en afrentoso patíbulo su amor á la libertad.

Hemos dicho que al Infante D. Francisco debió la libertad su victoria. Lo demostraremos en pocas líneas. En 1829 el Infante fué electo soberano Gran Comendador del único Supremo Consejo, á la vez que Gran Maestre del Gran Oriente, de origen español, que por aquella época absorbió al Gran Oriente, de origen francés.

Por consiguiente, la España Masónica había hasta entonces tenido dos Grandes Orientes: uno desde 1780 y el otro á contar de 1800 hasta 1829 (época en que quedó convertido en uno solo) y dos Supremos Consejos, uno á contar de 1808 y el otro de 1811 hasta 1818, en que continuó existiendo un solo Supremo Consejo. En 1829, y bajo la presidencia del Infante, estos dos poderes masónicos vinieron á ser gobernados por el mismo Gran Maestre.

A este Gran Maestre debió la Reina Isabel II su trono; pues la actitud enérgica de aquél consiguió de Fernando VII la derogación de la Ley Sálica que impedía á las mujeres la subida al trono.

La francmasonería fué la que trabajó hasta conseguir la abolición de dicha ley, en la cual fundaba el Infante D. Carlos sus pretendidos derechos al trono, desde la muerte de su hermano Fernando VII.

Dicen algunos autores que en esta época fué la francmasonería española eminentemente política y que abolió sus ceremonias y formulismos de ritual. Desde luego asentimos en lo primero. En cuanto á lo segundo lo negamos. En la época del Infante D. Francisco se reformaron todos los organismos internos de la Or. en España, dándose unas leyes generales que regulaban la vida de las LLog. y el derecho de los her. en ellas. Esta medida la imponía seguramente la oligarquía que trajo á la Or. las asociaciones políticas y más ó menos secretas del 20 al 23 y la necesidad de poner la francmasonería española dentro del conjunto universal en que vivían los demás OOrien. extranjeros.

Daremos aquí un extracto de estas leyes generales que por la templanza con que están redactadas, por el espíritu expansivo que la informan y la discreción que predominan en todas sus disposiciones, han podido subsistir hasta el presente, en que aún rigen dentro del histórico y tradicional Gr. Or. Nac. de España. Hé aquí el extracto de estas leyes:

«La francmasonería no es una asociación pública ni secreta, sino privada para el mutuo trato, instrucción y socorro; es una institución filosófica, filantrópica y progresiva, que promueve la civilización y que no procede sino de sí misma. Su origen radica en la razón, siendo por lo tanto universal; pero este principio propio, que no debe confundirse con las religiones, deja á cada cual su libertad de conciencia, puesto que no pone límites á la investigación de la verdad, y tiene por objeto el estudio de la moral universal, las ciencias y las artes, y el ejercicio de la beneficencia.

Nuestra institución no excluye de su seno á persona alguna por sus creencias políticas ó religiosas; pero prohíbe en sus reuniones toda gestión, preparación ó discusión sobre esas materias, que pueda tener por objeto la controversia acerca de las diferentes religiones, ó la crítica de los actos de la autoridad civil y de las diversas formas de gobierno, advirtiendo constantemente á sus adeptos, que uno de sus primeros deberes, como masones y como ciudadanos, es respetar las leyes del país en que habitan.

La francmasonería considera la obligación al trabajo como una de las leyes imperiosas de la humanidad, trabajo que impone á cada cual según la medida de sus fuerzas, excluyendo, como natural consecuencia, la ociosidad voluntaria.

Desde la elevada esfera en que á sí propia se coloca, aspira á extender á todos los miembros de la raza humana los lazos fraternales que unen á los francmasones sobre toda la superficie de la tierra, recomendando á todos sus adeptos la propaganda de nuestro instituto por medio de la palabra, los escritos y el buen ejemplo.

La cualidad de masón, lleva consigo la obligación de defender á todo hermano contra cualquier injusticia, y de ayudarle y protegerle, aunque sea con riesgo de la propia existencia.

No puede admitirse en los trabajos de la Orden á persona alguna que no justifique su cualidad de francmasón.

Para ser iniciado en nuestra institución, se necesita:

- 1.º Tener edad suficiente;
- 2.º Ser de reputación y costumbres intachables;
- 3.º Tener una profesión independiente y decorosa;
- 4.º Justificar que se tienen los recursos necesarios para atender á sus necesidades; y,
- 5.º Poseer, por lo menos, la instrucción primaria indispensable para poder apreciar y comprender las verdades nicas.

Las las LLog. llevan á cada individuo, desde el día de ingreso, una hoja de servicios en que se hace constar las

fechas de la obtención de cada grado, sus distinciones, méritos y vicisitudes, siendo de su cuidado proveerle, inmediatamente después de la iniciación del primer grado, del Cuerpo de Derecho, así como de la Cartilla de cada grado, al terminar la iniciación de cada uno de ellos.

En las tenidas de Log.°. no puede darse en caso alguno más de un grado por tenida; pero en las de Capi.°, cuando concurren méritos y servicios especiales en que están conformes la mayoría de los asistentes, y se hacen constar en la hoja de servicios y en el acta de la sesión correspondiente, puede saltarse del 4.° al 7.°, del 7.° al 9.°, del 9.° al 11.°, del 11.° al 13.°, del 13.° al 15.°, y del 15.° al 17.°

Para el grado 4.°, que es el primero Capitular, así como para el grado 17.°, se necesita imprescindiblemente nuevo diploma, siendo potestativa la expedición en los intermedios.

Para obtener el grado 18.°, se necesita presentar el diploma especial del 17.° y la hoja de servicios hasta la fecha de la solicitud.

No puede darse aumento de grado á hermano alguno que no esté al corriente con su Log.°.

Incurren en responsabilidad por la falta de vigilancia en el cumplimiento de su cometido, los Venerables de Logia y Atisarthas de Capítulo que en el plazo de un mes en la Península, dos en las Islas adyacentes y posesiones del Africa septentrional, tres en América, cuatro en Asia y posesiones del Africa occidental, y seis en Oceanía, no hayan obtenido del Grande Oriente, para los hermanos á sus inmediatas órdenes, el correspondiente diploma.

No puede conferirse grado alguno más que por los que lo posean ú otro superior, ni asistir al acto, más que los que tengan grado igual ó superior al que se confiere.

Todas las Logias deben remitir á la Gran Secretaría, en la primera quincena de Enero y Julio, las cuentas del semestre anterior, y acompañar á las primeras el cuadro lógico al de Diciembre, con expresión de los individuos que hayan sido dados de baja durante el año.

Las Logias en la acepción genuina de la palabra, sólo abarcan la parte simbólica de la institución, ó sean los grados de aprendiz, compañero y maestro, sobre los cuales tienen completa autonomía, así como en la administración de sus fondos (3.ª del Cuerpo de Derecho, arts. 38 al 42).

El Capítulo es un cuerpo independiente agregado á una Logia, y compuesto sólo de los grados cuartos y superiores y de las Logias simbólicas á la capitular adscritas. Estos Capítulos sólo tratan de Rito, instrucción y ascenso en los grados 4.º al 17.º ambos inclusive.

Los Capítulos provinciales tienen á su cargo el régimen, administración y gobierno de todas las Logias de la provincia, sobre las que ejercen autoridad inmediata. Son independientes de todas las Logias y capítulos de su provincia; nada tienen que ver con las exaltaciones de grados que corresponde dar á las Logias y Capítulos, más que para hacer cumplir las leyes, si observaren que se falta á ellas.

El Capítulo Provincial se compone, allí donde no se hubiese dado otra organización, del Venerable y Secretario de la Logia de la capital, y de los representantes de las Logias de la provincia (3.ª parte del Cuerpo de Derecho, artículos 64 al 57).

En el seno de las reuniones masónicas, todos los masones se hallan colocados bajo el nivel de la más perfecta legalidad, sin que exista entre ellos otra distinción que la jerarquía de sus cargos y grados en la Orden, ni puedan usar otras insignias que aquellas á que la Orden les dé derecho, ó tengan adquiridas en su vida civil.

La cualidad de masón, así como los derechos y prerrogativas que le son inherentes, se pierden:

- 1.º Por una acción indecorosa;
- 2.º Por el ejercicio de una profesión reconocida como deplorable en la vida social; y,

Por la violación de la promesa de fidelidad á los compromisos contraídos en la iniciación.

Nadie podrá ser privado de su cualidad de masón

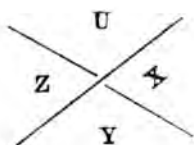
sino en virtud del oportuno proceso, tramitado con arreglo á lo que previene el Cuerpo de Derecho.»

Estas disposiciones legales son bastantes para demostrar el espíritu que informaba á la francmasonería española, que aun no siendo ya secreta, tenía su parte reservada á los altos poderes y á los Gran.°. Inspec.°. del Gr.°. 33; Presidentes de Capítulos y de LLog.°. y había establecido el dar á modo de santo y seña, una palabra que se variaba cada seis meses, y que con el título de *semestral* prosigue comunicando á todas las LLog.°. españolas, á imitación de lo que se hace en el extranjero, en los banquetes místicos de San Juan, que se celebran en 24 de Junio (fiesta de la Natividad de San Juan Bautista) y el 27 de Diciembre (fiesta de San Juan Evangelista), y á los que masónicamente se les llaman *Banquetes Solsticiales*.

También se introdujo en España, desde entonces, el uso de los alfabetos masónicos, para escribir bajo claves convenidas. Había varios. El escocés, el francés, el alemán y el inglés. Los más usuales en España fueron estos dos últimos. El alemán era el siguiente:

A	C	E
G	I	M
O	Q	S

B.	D.	F.
H.	L.	N.
P.	R.	T.



El del sistema inglés variaba poco del anterior. Helo aquí:

A	C	E	B.	D.	F.
G	I	K	H.	J.	L.
M	O	Q	N.	P.	R.

S	T.
Y	U
W	X.

Véase por todo lo expuesto, cómo la francmasonería tenía aun en los tiempos del infante D. Francisco su parte secreta, de la que no pudo prescindir para determinados trabajos que no debe confiar al pueblo masón que acude á las Log. .

Pero, preguntará algún lector: ¿Estas leyes y formularios secretos fueron sólo establecidas en España? No; solo establecieron estas reformas los francmasones españoles agitando las prácticas de la francmasonería alemana que seguía el Rito escocés libre y aceptado, introducido en Europa desde la famosa Constitución de Federico II de Prusia.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

(Continuará).

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

15 de Enero de 1892

El año nuevo.—Reforma del Arancel.—Reunión de las Cortes.
Las economías de Ultramar.—Sucesos de Jerez.

No ha querido nuestra mala fortuna que el año de 1892 empezase con mejores auspicios que el que acaba de hundirse en las simas del pasado. Como el de 1891, del cual tendremos triste memoria, el año que corre preséntanos los mismos problemas que resolver, los mismos errores políticos que combatir y las mismas dolencias sociales que curar. El estado general de España, no es desgraciadamente el que nuestro patriotismo ambiciona. En Aragón, cunde la miseria; en Cataluña, paralizan las obras de los talleres y las fábricas; en Andalucía, levanta la cabeza el anarquismo; en Castilla, quéjase amargamente los labradores, que no pueden dar salida á sus granos; en Valencia, surge de improviso crisis grave para la exportación de sus más abundantes productos; en Asturias y Galicia, va desapareciendo el mercado de su riqueza pecuaria. En todas partes se advierten síntomas de alarma para lo porvenir y en todos los pueblos óyese el unánime clamor de los que piden que este malestar profundo que experimentan los intereses nacionales y que es común á otras naciones de Europa, tenga término, media el desarrollo de las grandes energías del país y la acción telar de los poderes públicos.

Tal vez parezcan recargadas las tintas del cuadro q

acabamos de pintar, y acaso se nos moteje de pesimistas porque no ponemos notas alegres en el paisaje. Y nada hay más lejos de semejante opinión. Porque si bien es cierto que nos apesadumbra la realidad de nuestro estado económico y financiero, no es menos exacto que tenemos fe en nuestros destinos y que juzgamos como una enfermedad pasajera que hoy está en su período agudo, la que actualmente sufre la nación española. Sospechar otra cosa sería desconocer las causas puramente accidentales que á tal situación nos han traído, ignorar los inmensos recursos con que contamos para hacer frente á las contrariedades con que hoy se lucha y suponer que ha perdido el país la rara energía con que triunfó siempre de más difíciles empresas.

* * *

Por de pronto, el Gobierno de S. M. ha publicado unas nuevas tarifas que han de servir de base á los nuevos tratados de comercio. Esas tarifas son de verdadera defensa para la producción patria y están inspiradas en un alto sentido proteccionista. Por cuya razón y por tener dos columnas, la máxima y la mínima, pueden servir de arma poderosa en beneficio de nuestros productos y en daño de los de otras naciones.

Bien lo ha comprendido Francia en medio de los delirios prohibicionistas á que viene entregándose desde hace tiempo. La reforma de nuestro Arancel ha sido para ella un toque de atención, y los que antes juzgaban imposible toda inteligencia para llegar, sino á un convenio á un *modus vivendi* en la cuestión de nuestros vinos, empiezan á tener alguna esperanza de que la previsión del Sr. Cánovas dé los resultados abía entrevisto.

* * *

...co después de publicada esa reforma que la opinión ha
vído con muestras señaladísimas de aplauso, reuníanse

las Cortes, y reanudábase la legislatura que se suspendió en Julio último. Grande era la expectación de los partidos y grande fué también la victoria que obtuvo el Gobierno al presentarse en las Cámaras. El Presidente del Consejo comprendió toda la importancia que tenían los problemas que iban á discutirse, y después de anunciar que el gabinete constituido en Noviembre sustentaba la misma política que el anterior, adelantóse á lo que las oposiciones pudieran demandarle y planteó en términos claros y precisos la cuestión económica.

Pocas veces ha brillado más alta ni ha sido más persuasiva la fértil elocuencia del Sr. Cánovas del Castillo. Y pocas veces también han resonado bajo las bóvedas del Parlamento español frases más sinceras, juicios más serenos y reflexiones más patrióticas. Sin ennegrecer la silueta de nuestras desdichas, sin rebajar la magnitud de los males que hay que corregir, sin ocultar la cuantía de los recursos con que hay que hacer frente á las angustias que los pueblos sufren, el Sr. Cánovas dijo la verdad, toda la verdad á los representantes de la nación, acerca de los déficits que vienen acumulándose, de la deuda que sostenemos, y de la necesidad de que se normalice la Hacienda pública, y dirigió un patriótico llamamiento á las minorías para que le ayuden á conjurar tantos peligros como nos amenazan y tantos infortunios como nos rodean.

Nada escapóse á la exquisita penetración del insigne hombre de Estado. En su discurso, lleno de vigor, obra de una conciencia que reflexiona y de un espíritu que se ilumina con los resplandores de la realidad, hallarán los partidos tema abundante para las meditaciones más hondas. En él verán la urgencia de hacer grandes economías, siempre que no perturben la administración, y de fortalecer los tributos mientras no agobien con exceso á los ya esquilados contribuyentes. Verán asimismo, que no podrá llegarse á esa reducción de gastos ni á aquel aumento en los ingresos, sin que todos se impongan sacrificios que no han de ser permanentes.

y que por lo tanto podrán llevarse con paciencia, ya que vienen impuestos por supremas necesidades. Verán, por último, que esta noble confesión del Sr. Cánovas fué recibida lealmente por las oposiciones, en cuyo nombre declaró el señor Sagasta, dando pruebas de un gran patriotismo, que en todo aquello que afecte á la vida nacional y á la defensa de sus intereses, puede contar el Gobierno con el apoyo de las minorías. Esta actitud merece elogios sinceros, y ojalá que en situaciones semejantes encontraran siempre los partidos estas inteligencias salvadoras. Creemos, pues, que los problemas económicos tendrán solución en plazo próximo, y que las ideas que venimos sosteniendo en estas *Crónicas* acerca de la estrecha unión de todos los grupos parlamentarios con el indicado fin, no se perderán en el vacío.

*
* *

El Sr. Romero Robledo está dando pruebas de una actividad nunca vista en el Ministerio de Ultramar. Llevó allí el compromiso de hacer grandes economías para nivelar el presupuesto y cubrir el *déficit* que deja en la renta de Aduanas la aplicación del funesto convenio con los Estados Unidos, y ha cumplido lealmente su palabra.

Los decretos suspendiendo la recogida de los billetes de Cuba, que á tantos agios se prestaba; organizando sobre otras bases la administración central y provincial de la isla, que era tan lujosa como deficiente, y reformando las plantillas del Ministerio y sus salas especiales en el Tribunal de Cuentas, que bien lo hablan de menester, forman un verdadero cuerpo de enseñanza para los ministros de poco arranque y de menos iniciativa.

La opinión se ha impresionado vivamente con estos actos de virilidad, que tan alto ponen el nombre del Sr. Romero Robledo. Creíase por muchos que fracasaría esta tentativa ante la resistencia que había de encontrar en los Ministros de Marina y Guerra, al hacer las reducciones en sus respectivos

presupuestos. Y se ha visto, no sin sorpresa, que de ellos han rebajado cien mil duros el primero y ochocientos mil el segundo, que unidos á un millón y medio á que ascienden las economías hechas en los otros ramos de la administración, dan una cifra más que respetable, con que ningún ministro contó hasta ahora. Y esto lo ha hecho el Sr. Romero Robledo sin tocar á ningún organismo útil, sin desatender ningún servicio importante y sin lastimar ningún derecho legítimo. Con todo lo cual, ha acreditado que es un político previsor, un reformista prudente y un consumado hombre de gobierno.

Mucho queda por hacer aún en Cuba, mucho más tiene que intentar en Filipinas, á cuyo Archipiélago no ha llegado hasta ahora el eco de sus fecundas iniciativas. Pero llegará, porque el Sr. Romero Robledo no es de los hombres que se quedan en la mitad del camino.

* * *

La hermosa y culta ciudad de Jerez ha sido teatro de uno de esos hechos que tienen por fortuna escasísimos precedentes en la historia de nuestras revueltas y en las maquinaciones de las bandas más exaltadas del proletariado. Algunos centenares de anarquistas penetraron en aquella población, con ánimo, no se sabe si de saquear algunas determinadas viviendas, asesinar á ciertos burgueses, y marcharse después con el fruto del botín. Lo único que hasta ahora ha podido averiguarse, es que para asegurar tan audaz golpe de mano, no contaban más que con algunos compañeros presos en la Cárcel, cuyas puertas quisieron abrir, y con el asombro y el miedo que pensaban llevar á las autoridades y á las fuerzas del ejército, agentes del municipio y guardia rural, que en número considerable se hallan en Jerez. Desgraciadamente para esos nuevos alanos, las autoridades no dormían ni estaban indefensas, y apenas la turba desarrapada llegó al centro de la población, topó con algunas compañías de soldados huyó, no sin que quedasen detenidos algunos anarquistas, en

tre los cuales están los que asesinaron á dos pacíficos vecinos de Jerez que hallaron á su paso.

Realmente, no se descubre á primera vista qué es lo que se proponían esos desalmados, como no fuera emular á aquellos otros dementes que quisieron tomar en Barcelona el cuartel del Buen Suceso. Porque esos anarquistas, venidos de la Serranía de Ronda sin plan ni concierto alguno, sin tener ramificaciones con los revolucionarios, sin contar con otras armas que las hoces que utilizan en la labor de las viñas, más parecen unos fanáticos imbuidos por las ideas de disolución, que unos malvados capaces de desafiar los más tremendos rigores de la ley.

De todos modos, lo ocurrido en Jerez demuestra que hay en el fondo de nuestra sociedad una gran masa ignorante, ajena á todo sentimiento religioso, á toda idea de honor y á todo espíritu de justicia. Demuestra también cuán imperfectos son nuestros medios educativos, cuán fáciles las predicaciones más insensatas y cuán lastimoso el estado de las relaciones entre el patrono y el jornalero.

La lucha que de antiguo vienen sosteniendo el capital y el trabajo en Andalucía, formando un vivero de rencores, ha tenido en Jerez una desesperada manifestación, y ello debe servir de aviso: á unos, para que mejoren las condiciones del trabajo; á otros, para que huyan de la adopción de doctrinas que sólo conducen al crimen y á la infamia. Mientras nuestros obreros no posean amor á la economía, mientras no organicen cajas de socorros, mientras no se unan para establecer una solidaridad dentro de las leyes, mientras no se concierten con los patronos para buscar en la armonía de los mutuos intereses solución á todos los conflictos, mientras no se inspiren en estos principios para redimirse de la miseria, será inútil cuanto intenten y más que peligroso cuanto realicen. El desequilibrio social es ley de la naturaleza. Es posible el perfeccionamiento dentro de cada clase, pero no lo es la igualdad, ni por medios pacíficos ni por medios de violencia.

M. TELLO AMONDAREYN.

CRÓNICA EXTERIOR

15 de Enero de 1892.

Sumario: La cuestión de Marruecos.—La evacuación de Egipto.— Muertos ilustres.—Chile y los Estados Unidos.

No puede decirse con propiedad que está planteada la cuestión de Occidente; pero es indudable que todas las naciones europeas se preocupan hondamente no tanto del estado de insurrección en que se han colocado algunas kábilas tangerinas contra el bajá de Tánger, como de las consecuencias que este hecho pudiera tener en sus desenvolvimientos sucesivos.

Las insurrecciones en Marruecos no son un caso excepcional y raro que llame la atención de los que siguen el movimiento político y social de aquel imperio; hay tribus que no reconocen la autoridad del sultán ni le pagan tributos, sin que aquél se preocupe de este desconocimiento ni intente siquiera someterlas á la obediencia; pero es que las naciones en el afán colonizador que domina en todas ellas, más que causas buscan pretextos para realizar estas aspiraciones imbuidas en un espíritu altamente comercial.

Tiempo hace ya que Francia prosigue el objetivo, no de hacer la demarcación ó rectificación de los límites de su esfera de influencia en la parte oriental de Marruecos, sino de ir hasta los oasis y apoderarse de ellos para buscar paso al Adriático.

Inglaterra por su parte prosigue su eterna preocupación de aumentar la influencia en el Mediterráneo más que en la adquisición de territorios, con la ocupación de puertos que completan y afianzan la situación que le crea la posesión de Gibraltar, y lo mismo Inglaterra que Francia contribuyeron y prestaron su cooperación á la conferencia de Madrid de 1880, donde se consagró el *statu quo* que rige en la actualidad en Marruecos.

Por esta razón cuando al estallar la insurrección de las kábilas tangerinas el *Standard* de Londres órgano oficioso del gabinete Salisbury publicó un artículo en el que examinando la situación del imperio decía que Inglaterra vería con indiferencia la desmembración de aquel territorio con tal que se le reservase á la Gran Bretaña Tánger, la opinión pública de Europa se alarmó, creyó planteada la cuestión de Occidente no menos preñada de dificultades y de conflictos que la de Oriente y hasta circularon telegramas de haber sido ocupada esta población por fuerzas de desembarco de un buque de guerra inglés.

Nada importaba que en aquel mismo artículo se abogase por el mantenimiento del *statu quo*, la sensibilidad de las naciones era tal que bastaba que se plantease la hipótesis, para considerarla como un hecho consumado.

No hay por qué decir que Inglaterra estaba muy satisfecha dominando en Tánger como domina en Gibraltar; pero hay que reconocer, que no obstante esta satisfacción, á pesar de estos deseos muchas cosas tendrían que ocurrir antes de que por un golpe de audacia se apoderase de un puerto en cuya neutralidad están interesadas todas las potencias marítimas de Europa y que entregaría el Mediterráneo en manos de la Gran Bretaña.

La hipótesis sentada por el periódico conservador inglés pudo muy bien tener por objeto, más que explorar la opinión de Europa, porque ésta le es sobradamente conocida, hacer una advertencia á Francia por si perseverase en el propósito de apoderarse del Tuat y del oasis de Friguig.

Cualquiera complicación que pudiera producirse en Tánger por la actitud ó por los atrevimientos de las kábilas insurrectas sería resuelta de común acuerdo por las potencias que han mandado á aquellas aguas buques de guerra para proteger en caso de necesidad la vida y los intereses de sus súbditos residentes en aquella población. Allí en aquellas aguas hay buques ingleses, franceses, italianos y españoles y los representantes de estas cuatro naciones en Tánger tomarían la resolución que las circunstancias hicieran precisa, y en modo alguno ninguna de ellas procedería por cuenta propia.

A la fecha en que se publica esta crónica los sucesos no han adelantado un paso, el bajá no ha sido depuesto, las kábilas continúan en la misma actitud rebelde, atacando algunas poblaciones y aproximándose más cada día á Tánger, los buques de guerra cruzando por delante de esta plaza y no hay, en fin, síntoma que revele que puede producirse allí conflicto alguno internacional.

*
* *

La muerte del kedive de Egipto ha puesto á la orden del día la cuestión de la evacuación de aquel territorio por las tropas inglesas. Hace ya mucho tiempo que el partido liberal inglés, y muy particularmente el jefe del mismo Sr. Gladstone, vienen combatiendo la política internacional del gabinete Salisbury y bien recientemente y con especialidad la ocupación de Egipto.

Sea un recurso electoral, sea la expresión de la política del partido liberal inglés, el hecho es que las últimas predicciones constituyen el programa del Sr. Gladstone, no aceptado por el Marqués de Salisbury, creyendo seguir así más fácilmente el sentido de la opinión pública en la Gran E taña.

El difunto kedive de Egipto era sumamente adicto á l glaterra, y su muerte aunque sólo sea por esta razón, co

tituye una contrariedad para el gobierno del Reino Unido. Sucédele, su hijo, joven de quince años, que acaba de cumplir la edad exigida por las leyes para ejercer directamente el vireinado, y aunque la índole del príncipe Abbas es buena, y su temperamento dulce, sus pocos años harán que esté á merced de influencias encontradas tal vez, aunque Inglaterra habrá de procurar rodearle de personas de su confianza.

La muerte del kedive se considera por algunos como un motivo ó pretexto que aprovecharán Francia y Rusia para inclinar el ánimo del Sultan de Turquía á que plantease el problema de la evacuación de Egipto pero no ha sido así: la prensa francesa se ha limitado á hacer someras indicaciones sobre si el príncipe Abbas debería encargarse directamente del vireinato ó si por el contrario sería oportuno nombrar una especie de regencia.

Pero no ha pasado de ahí; lo mismo en Francia que en Rusia se sigue deseando la evacuación, pero habrá que esperar á la caída del gabinete Salisbury y á ver si Gladstone sostiene desde el poder el criterio que ha venido defendiendo desde la oposición, favorable á la evacuación. Si hasta ahora el Ministerio conservador inglés ha explicado la ocupación por la deficiencia de los medios con que cuenta Egipto para mantener el orden y sofocar la insurrección, hoy que está al frente del vireinato un joven, casi un niño, aquel argumento resulta robustecido porque á la falta de aquellos medios se une la insuficiencia del jefe de aquel Estado.

* * *

La quincena ha sido fecunda en defunciones de personas distinguidas y eminentes.

— cardenal Maning, arzobispo de Westmenste, primado de Gran Bretaña, y uno de los más ilustres prelados del catolicismo, acaba de fallecer víctima de la *influenza*.

a el cardenal una lumbrera de la Iglesia que gozaba de

una gran popularidad en Inglaterra, principalmente entre las clases obreras cuya causa ha defendido en diferentes ocasiones.

Había pertenecido al protestantismo hasta 1851 que se convirtió á la religión católica.

El cardenal asistió al Concilio Vaticano y fué en él uno de los más ardientes defensores de la infalibilidad del Romano Pontífice como en Inglaterra fué el más acérrimo partidario del *Syllabus*.

Contaba ochenta y tres años y ha muerto á consecuencia de una inflamación pulmonar que padecía. Toda la prensa de la Gran Bretaña rinde justo tributo á la memoria del virtuoso y sabio príncipe de la Iglesia que era igualmente respetado de los católicos que de los protestantes.

Al mismo tiempo que el cardenal Maning, exhalaba el último suspiro en el palacio de Sandrighan el duque de Clarence, primogénito de los príncipes de Gales y heredero presunto del trono de Inglaterra.

Veintiocho años tenía el difunto duque y debía contraer matrimonio en el mes próximo con la princesa Teka, joven de veintitrés años y una de las beldades de la Gran Bretaña.

La reina Victoria, que tan preocupada estaba con el matrimonio de su nieto por el deseo natural de tener asegurada la sucesión masculina del trono del Reino Unido, ha tenido un gran sentimiento, á más del natural de ver abandonar la vida al primogénito de su hijo el príncipe de Gales.

El príncipe Jorge, segundo hijo de éste, está bastante delicado de salud, lo cual no deja de ser una contrariedad para aquella soberana que cifra su tranquilidad en ver asegurada la sucesión masculina en el trono de aquella gran nación.

*
* *

El incidente *Baltimore* no ha terminado aún, pero es guro que no ha de tener consecuencias transcendentales para Chile y los Estados Unidos, no porque el ministro nor

americano en Santiago haya trabajado para orillar dificultades, sino porque no entre en la política de Mr. Blaine, seguir este procedimiento, ni con Chile ni con ninguna otra de las Repúblicas americanas.

La política arancelaria inaugurada por el *bill* Mac-Kinley no tiene por objeto exclusivo cerrar ó dificultar cuando menos el mercado de la república á los productos extranjeros, sino que aspira á crear una especie de solidaridad entre los Estados Unidos y los demás países del Nuevo Mundo, hasta ver de llegar á la constitución del Zolverem americano, aspiración constante del Secretario de Estado de aquella nación y en cuya realización se han dado algunos pasos, con cierto éxito, pues algunas repúblicas del Centro están poco menos que identificadas con aquella idea y dispuestas á reanudar el pensamiento de Mr. Blaine y no es de creer que vaya á comprometer estos resultados por una cuestión con Chile.

Cualquiera demostración que el gobierno de Washington intentase contra la república de Chile, el bombardeo de algún puerto, por ejemplo, sería de un efecto deplorable en los demás países de la América del Sur; no reportaría á la Gran República beneficio alguno proporcionado al perjuicio que la guerra la ocasionaría á ella misma, y constituiría un obstáculo insuperable á la realización del programa Pan americana, por excitar los celos de razas y los antagonismos de origen, bastante susceptibles en las repúblicas hispano-americanas. Y si los Estados Unidos lanzada á una aventura de esta especie alcanzaba, como sería de esperar, un triunfo sobre los chilenos, concitaría contra ellos todo el odio de las repúblicas de la América española y portuguesa.

Nada hay que autorice á creer que la hipótesis llega á realizarse, antes al contrario, todas las noticias que se reciben de Chile, son tranquilizadoras.

L. CALZADO.

DIRECTOR:

M. TELLO AMONDAREYN.

PROPIETARIO:

ANTONIO LEIVA.

ACADEMIA CASA-PENSIÓN

DEL

CARDENAL CISNEROS

Para alumnos

de Facultades y Escuelas superiores exclusivamente.

Asegurar á los jóvenes, por razón de estudios alejados de sus familias, un segundo hogar, y por tanto, un mayor bienestar que el que disfrutar pueden en hoteles ó casas particulares, atentas no más que á su lucro é interés; facilitarles el estudio y aprovechamiento del mismo por medio de lecciones supletorias, y aclaración y vencimiento de cuantas dudas y dificultades entorpezcan su trabajo; y afianzarles el cumplimiento de sus deberes todos por los procedimientos que la razón y la experiencia de consuno señalan, aplicados inteligente y reflexivamente sin anular la libertad racional que disfrutar deben ni menoscabar la propia dignidad que como su más firme sostén ha de enaltecerse siempre, es, con la de suplir la acción tutelar del padre, y á la vez proporcionar á las familias, (con los medios de dirigirles y encauzarles en todo momento, y en todo momento también conocer su estado y situación); la tranquilidad y el sosiego que necesariamente ha de darlas, la seguridad racional que se las otorga de que sus hijos utilizarán convenientemente el tiempo y desembolsos que imponen, y librarán los múltiples y graves riesgos que Madrid, abandonados á sus propias fuerzas, les ofrece de continuo, es repetimos la misión que se ha propuesto D. Antonio Mora al crear la Casa-pensión de referencia, que confundirse no debe con colegio alguno, por diferir esencialmente, tanto en su régimen interior, como en manifestaciones externas, de los establecimientos de esta índole.

Recomendamos á las familias antes de colocar sus hijos en su libre albedrío en casas ú hoteles más ó menos recomendables, ó confiarlos á personas seguramente respetables, pero cuyas preocupaciones y trabajos no las permiten de ordinario consagrar á aquéllos la atención debida, pidan al Director, Daoiz 3, el reglamento y bases porque se rige.

PREPARACIONES FARMACÉUTICAS

DEL

DOCTOR BONALD

GORGUERA, 17, MADRID

Pesetas.

Pastillas cloro-boro-sódicas con cocaína.

Especiales contra las irritaciones agudas y crónicas de las mucosas bucal y faríngea; superiores á todas las preparaciones conocidas hasta el día, por su inmediata y benéfica acción en todas las enfermedades de la boca y garganta. Precio de la caja

2

Pastillas de frutos pectorales con codeína.

De seguro éxito en todas las enfermedades de las vías respiratorias que produzcan tos, especialmente en las disraséas de catarrros, bronquitis, laringitis, etc. Precio de la caja

1,25

Unguentos de Bonald.

De gran éxito utilísimo, principalmente para los niños, y de éxito comprobado contra las lombrices. Corrije además los excesos de bilis, *asientos* ó malas digestiones y los perniciosos efectos de la baba, durante la dentición. Precio de la caja (varía entre 75 céntimos y 2 pesetas 50 céntimos, según la edad del niño).

Vino de coca, quina y hierro peptonizado.

Contra la anemia, clorosis, inapetencia, neuralgias intermitentes, flujos blancos y debilidad en general. Precio del frasco

4

Vino de coca y hierro peptonizado.

Contra los afectos nerviosos con debilidad, digestiones lentas y dolorosas, anemia, flujo blanco, clorosis, etc. Precio del frasco

4

Vino alimenticio preparado con peptona, coca, quina y cacao.

Para combatir con gran éxito la anemia, clorosis, inapetencia, digestiones pesadas ó tardías, dolores del estómago, desarreglos menstruales, convalecencias largas, flujos blancos, pirosis, flatos ó acedías; de grandes resultados en las enfermedades consuntivas en general, y particularmente en la tisis por sus efectos sedantes y tónicos. Precio del frasco

4

Elixir de pepsina, pancreatina y diastasa á la cocaína.

Empléase con seguro resultado en las más complejas perturbaciones de la digestión, vómitos glerosos ó ácidos, digestiones lentísimas, dolores de estómago y neuralgias armónicas con la digestión. Precio del frasco

4

ADVERTENCIAS. Tanto los medicamentos anunciados como otros del doctor Bonald, están acreditados en la práctica por reputadas autoridades en las ciencias médicas.

A cada frasco ó caja acompaña un prospecto explicativo para el modo de usar el medicamento.

Se expenden en casa del autor, Gorguera, 17, Madrid y en las principales farmacias. Se envían á provincias directamente.

LA «REVISTA DE ESPAÑA»

(AÑO XXIV DE SU PUBLICACIÓN)

VE LA LUZ LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES

Un número suelto, 2 pesetas 50 céntimos en Madrid y 3 pesetas en provincias.

Un número atrasado, 4 pesetas en Europa y América.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID

Un mes, 4 pesetas.—Tres meses, 11 pesetas.—Seis meses, 22 pesetas.—Un año, 40 pesetas.

PROVINCIAS

Tres meses, 13,75 pesetas.—Seis meses, 27,50 pesetas.—Un año, 45 pesetas.

EXTRANJERO (*menos Portugal*).

Seis meses, 32,50 pesetas.—Un año 60 pesetas.

PORTUGAL

Seis meses, 27,50 pesetas.—Un año, 50 pesetas.

CUBA Y PUERTO RICO

Un año, 75 pesetas.

PILIPINAS

Un año, 80 pesetas.

No se sirve suscripción alguna cuyo pago no se haga por anticipado. Tenemos colecciones enteras de la REVISTA á disposición de los que las deseen.

Los pedidos deben hacerse directamente al Administrador de la REVISTA DE ESPAÑA, Santa Catalina, 5, Madrid.

REVISTA DE ESPAÑA

SUMARIO

Páginas.

I.—HINS-BELAY, por <i>D. Antonio Aguilar y Cano.</i>	129
II.—LEVANTAMIENTO DEL SITIO DE IRÚN, por <i>D. Juan Pedro Barcelona.</i>	153
III.—LAS CARAS, por <i>D. Luis Pardo.</i>	166
IV.—LA EDUCACIÓN FÍSICA, por <i>D. M. de Monserrate Abad.</i>	171
V.—PLAN DE UN LIBRO, por el <i>Conde de las Navas.</i>	202
VI.—EL ELIXIR DE ALELÍES, por <i>D. Aureliano J. Pereira.</i>	210
VII.—EL ENCANTO, por <i>D. Manuel Amor Meilán.</i>	222
VIII.—CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR, por <i>D. M. Tello Amondareyn.</i>	230
IX.—CRÓNICA EXTERIOR, por <i>D. José Ibáñez Martín.</i>	239
X.—BIBLIOGRAFÍA, por <i>D. Clemente Domingo Mambrilla.</i>	245

(DERECHOS RESERVADOS.)

MADRID
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Santa Catalina, núm. 5.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales, el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

LÍNEA DE COLÓN.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto Rico.

Un viaje mensual saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa Firme y Colón.

LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina y Japón.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada cuatro viernes á partir del 10 de Enero de 1890, y de Manila cada cuatro martes, á partir del 7 de Enero de 1890.

LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Enero de 1890.

LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.

Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

SERVICIO DE ÁFRICA.—LÍNEA DE MARRUECOS.—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

SERVICIO DE TÁNGER.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y Compañía, Plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y Compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.

HINS-BELAY

SU SITUACIÓN.—TIEMPOS REMOTOS.—«IPAGRO» ROMANA—EL CASTILLO DE POLEY.—LA BATALLA DE AGUILAR.—DON ALFONSO FERNANDEZ CORONEL.—ORIGEN DEL NOMBRE DE POLEY.

Partiendo de Córdoba, en dirección á la parte meridional de su provincia, salen hoy, entre otras secundarias, dos principales vías de comunicación: la carretera que, por Lucena y Antequera, conduce á Málaga, y el ferrocarril que lleva á esta ciudad, salvando con notables obras de fábrica el difícil paso de los abruptos Gaitanes. Ambos caminos, el uno con sus nivelados y paralelos rails, el otro con su bombeada y blanquecina superficie, más ondulado el segundo, más recto y menos flexible en su traza el primero, avanzan tendidos por la ubérrima campiña, encontrándose aquí ó acullá, siguiéndose á trechos, cruzándose y volviéndose á cruzar, como si la curva de la carretera pretendiese detener al rail en su proyección resuelta y decidida, ó como si éste aspirase á romper aquella suave y aparente ligadura; hasta que, distantes unas tres leguas del Jenil, se lanzan en dirección distinta para solo encontrarse allá en su lejano término. En el ángulo que hacen, á partir de su última conjunción, deprímese el terreno para formar su lecho al río Cabra: la pendiente Sur se acentúa y levanta con inclinación muy sensible presentando alta colina en cuya falda S. O. descansa un pue-

blo, y en cuya extremidad N. E. aguardan turno para hundirse unos gruesos y ruinosos paredones: allí está la villa de Aguilar, y el castillo de Poley que le sirvió por siglos de amparo y de defensa.

Desde la tajada roca, cimienta ayer de almenadas torres, enhiestas murallas, fosos y barbacanas, en un doble recinto que fué á un tiempo castillo y ciudadela, roca que hoy solo mantiene, por injurias del tiempo y vandalismo engendrado por la ignorancia, informe montón de ruinas, descúbranse los pueblos modernos y antiguas fortalezas de Montilla y Monturque, Espejo y Castro, Anzur y Estepa, por no mentar otros que se alzan en aquel delicioso paisaje á quien da relieve y vida el fulgor de la luz meridional y donde lucen sus gratas notas de color sobre el rojo ó agrisado del terreno, desde la montillana sierra á la honda cuenca del poético Jenil, la viña recortada de afamado producto, el frondoso olivo de fenicio abolengo, la secular encina, el pardo monte, y la lujuriosa vegetación de las cuidadas huertas, embeleso de los sentidos. Describir aquel paisaje en que cada palmo de tierra dice algo al sentimiento, y donde la belleza natural está derrochada, con mano pródiga, por toda la extensión que la vista alcanza es empresa que requiere para lograda una fantasía infinita ó la cuerda de oro que hace vibrar la musa inspiradísima de nuestros líricos: no de otro modo pudiera hacerse en palabras el cuadro sintético de aquel hermoso espectáculo.

Dejado á un lado, por difícil, tal empeño, será objeto principal y único del presente trabajo el recuerdo de algunos memorables hechos que las crónicas consignan como propios del antiguo castillo, ó como relacionados con el pasado de los lugares que defiende; todo ello, no para escribir una historia que requeriría voluminoso libro, sino para dar actual relieve á su pasada importancia y acrecentarla, si posible fuera, una conjetura que pondrá fin á este artículo, y que, si bas. en débiles fundamentos de razón (que no hemos de negar evidente) está inspirada en hondos y arraigados sentimi

tos, de esos que suelen vislumbrar y sorprender la verdad más allá del límite adonde llegan el raciocinio y la demostración lógica.

Valga, lo que no el mérito, ni la originalidad de este estudio, el noble y desinteresado fin á que aspira y el respetable sentimiento que lo engendra: la honra y el amor de la patria.

I

La villa de Aguilar de la Frontera, heredera legítima de las tradiciones concernientes á su castillo, que se llamó Poley, no contenta con ese abolengo que data, por lo menos, de la época en que el suelo español fué dominado por los árabes, reclama para sí la memoria de la *Ipagro* gótica y romana, y alejándose en las edades pretéritas, quiere para su territorio la probabilidad de haber sido poblado, antes que por los romanos, por otras razas invasoras de nuestro suelo desde aquellas que fueron primeras ocupantes del mismo. Ciertas afinidades en la formación de los nombres de *Ipagro* y *Egabro*, la situación de ambas en la misma comarca, á no larga distancia, la existencia de un límite fijo en el curso del afamado *Singilis*, los nombres terminales que aún se conservan en los de Araceli, Anzur y Montilla, con otros restituídos como el de *Angellas*, y con la configuración misma del terreno, nos inclinan á dibujar, en la parte Sur de la campiña de Córdoba, una comarca, cerrada por el río de una parte, y de la otra por líneas más ó menos marcadas que desde el mismo fuesen por el Oeste, pasando por Montilla, y por el Este desde *Angellas* y castillo Anzur á juntarse en la sierra de Cabra. La porción de la campiña cordobesa, en tiempos á que la historia no alcanza y cuyo recuerdo solo persiste en los instrumentos de piedra que hoy se clasifican como prehistóricos, pertenecientes á las edades paleolítica y neolítica,

sería ocupada por un grupo de gente venida acaso de la misteriosa *Lybia*, ó quién sabe si procedente de las invasiones *aryo-iberas* que desde el norte de la Península dieron vuelta á sus costas, arraigando, entre otros lugares, en la *Turdetania* á quien dieron nombre. De una ú otra procedencia, que no hemos de plantear ni discutir tan obscuro problema, tenemos por probable que, dentro de los límites marcados y desde las edades más remotas, existió una especie de behetria, semejante á tantas otras como poblaron la nación española, formada como ellas por individuos pertenecientes á la misma gentilidad, que comulgaban en la misma religión, practicaban ceremonias de culto idénticas, tenían sus jerarquías patriarcales y sus jefes, y rodeaban con sus viviendas los puntos fortificados desde donde defendían el territorio y donde tenían sus centros de reunión y sus tribunales para administrar la justicia.

Por evidente tenemos que la naturaleza y configuración de los terrenos modifican una misma institución en distinta localidad imprimiéndole diversos caracteres; así los usos, costumbres y condición social de los pueblos que viven en las montañas adquieren permanencia y estabilidad comparables á la resistente y dura materia de su suelo, mientras que en las abiertas y llanas campiñas suele ser movediza y transitoria aquella misma condición, aquellos usos y costumbres. No hay, por ello, que buscar en nuestra supuesta behetria de los pueblos *ipagrenses* ó *egabrenses*, rasgos tan marcados y hondos como los que pueden rastrearse actualmente de las que vivieron en suelo de Castilla ó de Asturias; pero sí es difícil marcar un *centro* en la comarca á que nos referimos, señalar un círculo de castillos que lo rodeasen, y en una palabra, hallar en ella la imagen perfecta del *vest-cum* asturiano, es, por el contrario, muy fácil descubrir caracteres que diferencian á los pueblos *ipagrenses* de los que vivieron en *Útia* y *Úcubi*, *Ventipo* y *Ostipo* y en otros sus finítimos. Nombres, situación de los despoblados y tal cual vestigio arqueológico nos demuestran que una *gens*, distinta de las comarca

nas, poseyó el territorio comprendido dentro de los límites que en otro lugar hemos fijado.

Está por hacer, al menos que sepamos, el estudio de la religión propia de esa *gens*, de sus usos y leyes, y de las distintas manifestaciones de su vida, resultado á que sólo puede llegarse con un atinado y agudo examen de los nombres que tenga cada división del suelo, de los que llevaban los límites probables de la behetría, de los que tuvieron sus antiguos pueblos; con un minucioso mapa de despoblados, *villares*, y sitios en que hayan tenido lugar inventos arqueológicos; con un esmerado inventario de esos hallazgos en que cada objeto se refiera al sitio probable ó cierto de su descubrimiento; y con la posterior aplicación de las enseñanzas de la moderna ciencia de las antigüedades, por desgracia, poco adelantada entre nosotros. Referir á los pueblos *ipagrenses*, como presumible en ellos, la condición y estado social que se ha reconstruido para otros pueblos sus coetáneos, es aventurar demasiado, mientras esa analogía no pueda apoyarse en hechos que la autoricen, siendo preferible, entretanto las necesarias investigaciones no se hagan, contentarse con el prudente *ars nesciendi* que por lo menos no induce á errores difíciles de corregir y rectificar. Lo único que no nos parece muy fuera de razón es atribuirles, como á todos sus congéneres la religión naturalista, siquiera falten simulacros de ella ó por falta del necesario estudio no estén determinados.

Cuando los geógrafos é historiadores romanos mencionan este territorio, hallámosle enclavado dentro de los términos que se asignan á la región de los *túrdulos*. De las ciudades que en él pudieron existir, y sin duda existieron, solo dos han sido identificadas de un modo que aleja toda duda: las de *Ipagro* y *Egabro*, siendo notorio que respecto á otras solo pueden formarse hipótesis poco autorizadas.

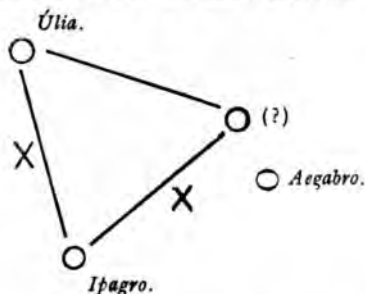
Reducida á *Ipagro* nuestra tarea de investigación, cómo nos decir que no corresponde exactamente aquella ciudad tigua al pueblo de Aguilar, sino que su situación la tuvo la dehesa de los Moriles á diez millas romanas de *Úlia*

(Montemayor) y á veinte de *Angellas* (la Villeta, en el sitio de Castillo Anzur). La fundación de Aguilar, más moderna, debe referirse á la del castillo de Poley, bien distante y separado de la que fué dehesa de los Moriles.

La fijación del lugar en que estuvo *Ipagro*, resulta precisada por las distancias que hemos dicho, distancias que tomadas del *Itinerario* de Antonino, según lo publicaron Parthey y Pinder, (1) son como se copian:

Anticaria.	
Angellas.. . . .	m p m XXIII
Ipagro.	m p m XX
Úlia.	m p m X
Córdoba.	m p m XVIII

Es, pues, cierta la distancia entre Montemayor de una parte y la Villeta de otra, sin otras diferencias que las de una milla en cuanto á la última, ya por haberse olvidado añadir una unidad en algún códice, ó ya como piensa el Sr. Fernández Guerra porque se cortase el camino y se ganase esa distancia en un barrio ó parador de *Angellas*, que se pudo llamar *Las dos hermanas gemelas* (*Ad Gemellas*) como se varia en un códice el nombre de la mansión; y la de alargarse la medida entre los Moriles y Montemayor dos leguas, lo cual entiende el sabio académico antes nombrado que debe ser yerro manifiesto, á no tratarse de un camino pretorio en comunicación con punto próximo á Cabra en esta forma:



(1) G. Parthey y M. Pinder, edición de Berlin, 1878.—La parte española del *Itinerario* puede consultarse en el discurso de D. A. Fernández Guerra, leído en la Real Academia de la Historia el 28 de Diciembre de 1862, contestando al de recepción de D. Eduardo Saavedra.

Por las indicaciones del *Itinerario*, y por el despoblado que en ella existe, ha de ponerse *Ipagro* en la dehesa de los Moriles, dentro del término municipal de Aguilar, pero á buen camino de este punto.

Los epígrafes que apoyan esa reducción hasta producir la evidencia son nueve: uno dedicado á Marte, que se halló al sacar los cimientos de la capilla de Jesús Nazareno, en la parroquia de Aguilar, hacia el año de 1740; otro descubierto en el mismo año, en el cerro de Arjona, sitio de los Moriles, dedicado al Númen de Tiberio César: otro dedicado á Claudio, exarado el año 47 de nuestra era, descubierto en 1768 en el mismo sitio de los Moriles; otro que el Licenciado Juan Fernandez Franco copió en la puente del río de Aguilar, conteniendo dedicatoria á Claudio César hecha por un señor de la familia Cornelia; otro que se encontró en los mismos Moriles el año de 1783, dedicación á Germánico; otro que había en las murallas de Aguilar, junto á la puerta del Hierro, dedicación de los ipagrensés á Lucio Cornelio Galo, epígrafe que de allí se arrancó en 1746 para emplearse en las gradas del templo de San Antonio; otro, la inscripción sepulcral de Cornelio Galo y su mujer, encontrada en un clivar próximo á la villa en 1613; otro, que en el año de 1768 se encontró junto al rollo de la villa, cerca de la entrada, camino de Montilla, conteniendo una inscripción sepulcral, que se llevó al convento de Carmelitas descalzos; y por último, otro que en Aguilar copió el antiquísimo Jacob Estrada, impresor de Mantua, que murió el año de 1588.

Hay, pues, despoblado, indicaciones itinerarias, epígrafes, datos y monumentos suficientes (1) para reconocer la romana *Ipagro* en la moderna Aguilar y sitio de los Moriles.

Los hechos que pueden recordarse de esa época, con referencia á *Ipagro*, resultan de las inscripciones que hemos

No hemos mencionado las supuestas monedas de *Ipagro*, que buscaron Florez y Sertini, porque son falsificaciones. Sobre este particular puede consultarse el *Nuevo método de clasificación de las monedas autónomas de España*, de D. Antonio Delgado.—Sevilla.—1873.

inventariado; pero uno de los más importantes consta solo en el libro *De bello hispaniensi*, atribuido á Hircio. Según puede leerse en esa parte de los *Comentarios de César*, vió pasar *Ipagro* ante sus muros (1) las numerosas cohortes y la poderosa caballería de los ejércitos pompeyano y cesariano que habian de decidir la suerte del mundo conocido, cifrada en la de Roma, al pugnar con esfuerzo decisivo y heróico en la por siempre memorable batalla de Munda.

La ciudad de *Ipagro* resistió, como resistieron muchas, á pesar de la creencia vulgar en contrario, la destructora invasión de los pueblos bárbaros; mantúvose durante la dominación visigótica y, probablemente, pereció bien en los últimos tiempos de la monarquía vencida en Guadalete ó bien cuando se efectuó la conquista de nuestro territorio por los árabes.

II

El siglo VIII fué testigo de como una raza, con civilización en un todo opuesta á la gótico-romana, después de algunos infructuosos intentos de conquista, colmó y excedió sus deseos al apoderarse rápidamente y con liviano esfuerzo de aquella misma Península que puso á prueba el valor y la fuerza de la potentísima Roma. El siglo VIII vió pasar la España decadente de los Witizas y Rodrigos, olvidada de sus días de heroísmo y gloria, aun cuando no incapaz de reproducirlos, á manos de los árabes, de ese pueblo legendario, poético, místico, sumido en vagas fantasías de las que sólo despierta para manifestarse fiero é intolerante, cruel y sanguinario, como empujado y movido á la lucha por mandato divino. El siglo VIII presenció en España como al lado de la

(1) *Eo die Pompeius castra movit, et contra Hispalim (restituído Ipagrim) in oliveto constitit.*

cristiana iglesia se levantaban las soberbias aljamas, las filigranadas mezquitas, y las reducidas meschids del pueblo de Ismael; como se sustituía el átrio severo con el florido salam, la esbelta torre con el gallardo minarete, el altar de santas reliquias con el mirahb misterioso, y el sagrado púlpito adonde bajan las inspiraciones del Espíritu-Santo con el mimbar en que los faquies daban cuenta de los hechos favorables ó infaustos para los creyentes muslitas. Se trataba de un nuevo pueblo y las diferencias al compararlo con el español saltaban por todas partes.

No descansaban las cenizas de sus muertos, como las de los piadosos cristianos, protegidas por los templos, sino que viéronse con asombro rientes y encantadoras macboras á la sombra de cuyos árboles estaban las tumbas de los nuevos dominadores, regaladas con el penetrante perfume de plantas antes no conocidas. Los himnos y poemas, que los eruditos moldeaban con penosa y notoria labor en un latín bien lejano del que hablaba Horacio, sintieron apagado su eco por el sonoro ritmo de las fogosas kasidas, cuyas palabras están empapadas en desbordada inspiración. La música cristiana calló sorprendida al escuchar las regocijadas y melancólicas notas del adufe y la guzla, y el pueblo español sintió su sangre enardecida por aquella civilización oriental llena de sensualismo, que transformaba los campos en jardines, las casas en palacios encantados, las mujeres en Vénus del harem, y los hombres en visionarios, señores de un paraíso terrestre, con los ojos puestos en otro paraíso ideal y la mano en la cortante cimitarra con que habían de ganarlo. Pueblo, el árabe, de profundos contrastes, pasaba sin transición de los sentimientos más tiernos, delicados y suaves, de las más vagas idealidades, á la realidad más grosera y á las más crueles manifestaciones de su instinto feroz y sanguinario: así se ex-

an de un lado sus artes adelantadas, sus bellas industrias, haber científico y sus fiestas y costumbres caballerescas, otro sus cruentísimas guerras civiles, su intolerante luchon los cristianos, sus terribles algaradas, y aquellos

odios y rencores sin nombre que se resolvían en innúmeros asesinatos y en crueldades inauditas.

Cuadro hermoso había de resultar si con mano hábil se pusiese de relieve aquella total oposición de forma y fondo que existía dentro de nuestra patria entre el pueblo invasor y la raza vencida; si se pudiese dar vida y relieve á estado social tan peregrino; si con inspirado soplo se diesen contornos, movimiento y ambiente propio, á Cides y Almanzores, Abderramanes y Alfonsos; pero todo ello, sobre ser ajeno á la dirección impresa á este trabajo, resultaría de una grandeza en mucho superior á nuestras fuerzas, y en todo á nuestros medios de estudio y á nuestras facultades de expresión.

Dejemos, por ello, á un lado estas síntesis que sabidas y olvidadas tiene todo español, y volvamos al objeto concreto de nuestro estudio.

Desde que los árabes se enseñorean de nuestro territorio se pierde hasta la memoria de *Ipagro*, cuya situación y cuyas noticias en tiempos muy modernos se han hallado; en cambio suena, y ocupa una página de la historia, el castillo de Poley fortalecido sin duda por el pueblo invasor, bien que su asiento le tuviera sobre el de otra construcción gótica ó romana. Veamos cuando y cómo se hizo más notorio en la época á que nos venimos refiriendo.

La conquista árabe no fué en sus primeros tiempos una obra de absorción completa y de anulación de los vencidos, ni llevó la intolerancia á extremos impolíticos, sino que obedeciendo á dictados de prudencia y á interesados consejos de la propia conservación, se inspiró en la tolerancia permitiendo el ejercicio público de las ceremonias del culto, consintiendo la permanencia de las iglesias y el toque de las campanas, dejando que los condes con autoridad propia gobernasen á los de su ley y repartiesen y cobrasen entre ellos los tributos, y distribuyendo tierras entre los mismos cristianos á título de siervos sin otra obligación que la de pagar el quinto de los productos al propietario y un tercio si ese carácter residía en el Estado. Ese acomodamiento, hábil y artificio:

no podía mantenerse mucho tiempo, porque iba contra los sentimientos, contra el carácter, contra la naturaleza y modo de ser de una y otra raza; y porque no podía mantenerse y había leyes humanas superiores cuyo influjo se oponía á que durase, sucedió que en casos aislados, primero, y más tarde de un modo general y colectivo, se produjeron rozamientos, odios, contiendas, y por último, tremenda guerra entre los árabes, de un lado, y los cristianos sometidos, de otro, que puso á prueba la existencia de la dominación agarena en Andalucía, que pudo con alguna más fortuna adelantar algunos años la reconquista, y que por designios providenciales ó efecto preciso de causas históricas terminó por la sumisión completa de los infortunados mozárabes. Los templos de los cristianos dejaron de ser respetados, los sacerdotes fueron objeto de befa, los tributos de las propiedades se hicieron insoportables, y las mismas personas sirvieron de materia de contribución. Juntóse á todo ello cierto malestar entre los mismos árabes que se traducía á la continua en rebeldías de los walis contra el emirato de Córdoba, y aprovechando coyuntura tan propicia los que en su corazón guardaban intacta la fé de sus mayores y la esperanza de libertar á la patria esclavizada acudieron, apellidados por Omar-ben-Hafsum, á las ásperas sinuosidades de la serranía de Ronda, y allí, en la célebre Bobaxter, alzaron estandarte de independencia, en cuya defensa batallaron medio siglo, desde fines del IX, ya triunfantes y poderosos en extenso territorio, ya rotos y vencidos, en la alternativa ineludible del pugnar diario é incansable.

Omar fué á un tiempo caudillo y jefe de los españoles andaluces, á los cuales arengaba según un historiador árabe diciéndoles: «Demasiado tiempo habéis soportado el yugo de ese sultán que os arrebatara vuestros bienes y os aniquila con...aciones forzosas. ¿Os dejaréis pisotear por los árabes os miran como sus esclavos?... No creáis que habla por boca la ambición; no tengo otra que la de vengaros y...eros de la servidumbre.» Estas palabras, la causa que

defendía Omar, y las cualidades personales que hacían de él un verdadero héroe, llegaron á fanatizar á sus compatriotas que llenos de entusiasmo y con fe ciega le seguían. En 886, reconocido como señor por multitud de castellanos, fué de hecho el verdadero rey del Mediodía.

El emirato cordobés llegó á un grado de decadencia que anunciaba su pronta é inminente caída; el mismo sultán Abdallah tenía tal conciencia de la debilidad de su poder, que ni aún como honor otorgaba títulos de gobernadores para la comarca dominada por Hafsum. Los cristianos cordobeses creyeron propicia la ocasión para contribuir á la salud de la patria tomando las armas, hasta el punto de que personajes importantes que se habían sometido y habían sido instrumentos dóciles de los Omeyas se volvieron ahora contra ellos.

Fué uno el conde Servando (1), hijo de un siervo de la Iglesia, que antes no retrocedió ante ninguna bajeza para agrandar á los moros, que obligó con impuestos á sus paisanos para que renegasen de su fe. que dió muerte á los siervos y exhumó los cadáveres de los mártires enterrados bajo los altares para concitar la ira del sultán contra los cristianos, á quienes tachó de fanáticos, y que, mudados los tiempos, encontró muy útil volver la espalda al emirato que caía é inclinarse humildemente, con fe y entusiasmo de neófito ante el jefe del partido nacional, cuyo triunfo todos daban por cierto. Entonces, halagando á los que antes persiguiera, sospechoso á los Omeyas, tuvo que huir de Córdoba y al ejecutarlo formó el proyecto, que fácilmente vió realizado, de apoderarse de la importante fortaleza de Poley. De seguida propuso á Omar una alianza que fué con gozo aceptada; los escuadrones del renegado vinieron á Poley y desde allí hicieron razias incesantes en la campiña cordobesa. Cada noche salía Servando de su castillo, según cuentan los historiadores é bes, y su obra alumbrada por el nuevo día fué siempre

(1) R. Dozy.—*Historia de los musulmanes españoles.*

desolación: casas destruídas, aldeas incendiadas, cadáveres insepultos, campos talados, rebaños arrebatados á sus dueños, abundante botín y un reguero de lágrimas y sangre para marcar el camino recorrido. Su muerte, que hubo de hallar en un encuentro, no puso término á esas hazañas que su gente supo continuar.

Omar soñó, por entonces, el reconocimiento de su soberanía de hecho por el califa de Bagdad, á quien pidió el título de gobernador de España, y logró poner de su parte al gobernador de África. Había llegado al colmo de su grandeza, así como el emirato cordobés al borde de la ruina, y en esta situación, cuando la fortuna parecía concederle su más apretado abrazo, cuando la capital, Córdoba, era presa de fundadísimo temor y sufría, sin estar sitiada, los males del asedio, cuando los soldados de Poley llegaban á sus mismas murallas y uno de ellos avanzando hasta el puente lanzaba un dardo contra la estatua que estaba encima de la puerta, cuando el miedo se había apoderado de todos los ánimos comenzando por el del sultán, se reaccionó éste, comprendió la necesidad de salir de aquella situación imposible, y anunció á sus visires que había resuelto ir en busca del enemigo para batirle.

Llegada á Omar la noticia de que Abdallah se disponía á presentarle batalla decisiva exclamó en lengua mozárabe, lleno de alborozo:

—¡Ya es nuestro ese rebaño de bueyes! Que venga ese sultán; quinientos ducados al primero que me anuncie que se ha puesto en camino.

Poco después, hubo de saber, en Écija, que los cordobeses habían colocado la gran tienda del emir en los alrededores de la capital, en la esplanada de Secunda, y se propuso realizar la temeraria aventura de quemarla, que no logró porque los esclavos y arqueros que daban guardia en el pabellón defendieron con bravura y tuvo que retirarse en dirección oley ante los soldados que salían de la ciudad.

El sultán dió orden para que su ejército, compuesto de once mil hombres, entre los cuales sólo cuatro mil eran

de tropas regulares, se pusiese en marcha en busca de Omar que esperaba con el suyo numeroso, de treinta mil, en Poley.

El jueves 15 de Abril de 861 llegó la hueste cordobesa cerca del río, á media legua del castillo, y convinóse en dar la batalla al día siguiente, que para los cristianos era Viernes Santo (1).

De esta suerte da cuenta de ella el orientalista Dozy: «... El ejército del sultán se puso en marcha al amanecer, mientras que Ibn-Hafsum formaba sus soldados en batalla al pie de la colina, sobre que estaba el castillo. Les dominaba el entusiasmo, y en su ardor guerrero se creían seguros de la victoria. No sucedía lo mismo en el campo de Abdallah. Este ejército era su último recurso; con él iba toda la fortuna de los Omeyas; si perecía en un gran desastre, todo estaba perdido. Para colmo de desdichas estaba mal mandado, y poco faltó para que su general en jefe, Aldelmelic-ibn-Omeya no lo entregara al enemigo por una inhábil maniobra. Ya lo había hecho avanzar, cuando desaprobando luego la posición que había tomado, lo ordenó retroceder hasta una montaña que se hallaba al Norte de la fortaleza. Comenzaba á ejecutar esta orden, cuando el general de vanguardia, un bravo cliente omeya, llamado Obaidallah, de la familia de los Bení-Abú-Abú-Abdá, corre hacia el sultán gritando: *¡Dios mío! ¡Dios mío, ten piedad de nosotros! ¡A dónde os llevan, emir? ¡Estamos enfrente del enemigo y vamos á volverle la espalda! ¡Entonces creará que le tenemos miedo, y vendrá á destruirnos!* Y decía bien: Ibn-Hafsum se había apercebido de la falta de su contrario y se disponía á aprovecharse de ella. Así que el sultán no disputó sobre la exactitud de la observación de Obaidallah preguntándole solo lo que había que hacer: *ir adelante*, le contestó el general, *atacar con vigor al*

(1) Opina Dozy, como probable, que los andaluces celebrarían Pascua según el sistema de su compatriota Migecio, puesto que según la regla del Concilio de Nicea la solemnidad pascual el año 861 de caer en 4 de Abril.

enemigo, y que se haga la voluntad de Dios.— Haz lo que quieras, le replicó el sultán».

Sin perder un momento, Obaidallah volvió en seguida á su división, y la ordenó caer sobre el enemigo. Las tropas se movieron, pero casi desesperando del suceso.—*¿Qué pensáis del éxito de esta batalla?* preguntó un oficial al teólogo Abú-Merwan, hijo del célebre Ihaya-ibn-Ihaya, y tan afamado el mismo por su saber y su piedad, que se llamaba *el Chaikh de los musulmanes*.—*¿Qué os he de contestar primo mío?* replicó el doctor; *no puedo daros otra respuesta que estas palabras del Omnipotente: Si Dios viene en nuestra ayuda, ¿quién podrá vencernos? y si nos abandona, ¿quién nos podrá socorrer? (1).*

«El resto del ejército no tenía más confianza que la vanguardia. Los soldados habían recibido orden de depositar su bagaje, de levantar tiendas y formar en batalla; pero en el momento en que se hallaban ocupados en extender un pabellón para el sultán, se rompió un puntal destinado á sostenerlo de modo que el pabellón cayó por tierra.—*Mala señal, murmuraron todos.— Tranquilizáos, dijo entonces un oficial superior; eso no anuncia nada malo, porque lo mismo sucedió cuando iba á darse otra batalla, y sin embargo, se alcanzó entonces una brillante victoria.* Y diciendo esto, levantó el pabellón con otro puntal que había cogido en los bagajes.

»También en la vanguardia, donde ya había comenzado el combate, era preciso que los oficiales y los doctores de la religión, borrarán el efecto producido por muchos malos presagios. Dotados de feliz memoria, y acaso de rica imaginación, no dejaban de citar precedentes siempre que era preciso. En la primera fila combatía Rahici, valiente guerrero que había envejecido bajo la armadura, y al mismo tiempo poeta distinguido. Cada vez que hería con la lanza ó con la espada, improvisaba versos. De pronto cayó herido mortalmente.

«al presagio! gritan los soldados consternados; ¡el primero cae es uno de nosotros!—No, responden los doctores, es por

el contrario un presagio felicísimo, porque en la batalla de Guadacelete, en que batimos á los toledanos, el primero que cayó fué también uno de los nuestros.

»Pronto se hizo general el combate en toda la línea. Era un zipizape horrible; al ruido de los bélicos instrumentos se mezclaba la voz de los doctores musulmanes y de los sacerdotes cristianos, que recitaban oraciones ó pasajes del Koram y de la Biblia. Contra toda esperanza, los realistas del ala izquierda obtenían cada vez más ventajas sobre el ala derecha de Ibn-Hafsum. Después de haberle hecho retroceder, cortaban cabezas á porfía, y se las llevaban al sultán, que había prometido una recompensa á cada soldado que le presentase una. Él, por sí, no tomaba parte en el combate. Sentado bajo su pabellón, miraba á los otros combatir por él, y con su hipocresía ordinaria, recitaba versos como estos:

»Que otros pongan su confianza en el gran número de sus soldados, en sus máquinas de guerra y en su valor: yo no pongo la mía más que en Dios, único y eterno.

»Habiendo sido completamente derrotada el ala derecha de los andaluces, todo el ejército realista cargó sobre el ala izquierda que mandaba Ibn-Hafsum en persona. Pero á pesar de sus esfuerzos, y aunque según costumbre dió pruebas de gran valor, no logró mantener sus soldados en su puesto. Más ardientes que firmes, tan fáciles á la desanimación como al entusiasmo, desesperaron demasiado pronto del suceso, y cediendo el campo, volvieron la espalda al enemigo. Unos huyeron en dirección de Écija, perseguidos por la caballería realista que los acuchillaba á centenares; otros, entre los que se encontraba el mismo Ibn-Hafsum, fueron á refugiarse al castillo, pero como los fugitivos del ala derecha estorbaban la entrada, los recién venidos trataban en vano de abrirse paso, y para salvar á su jefe, los soldados que estaban en las murallas tuvieron que tomarle en brazos y sacarle á caballo para introducirlo en el recinto. Mientras que la multitud se oprimía en la puerta del castillo, los soldados del sultán saqueaban el campamento enemigo. Llenos de t

gozo tanto mayor cuanto que era más inesperado, se divertían en lanzar invectivas contra sus adversarios, todos cristianos á sus ojos, que acababan de perder una batalla tan importante, justamente en la antevíspera de Pascuas.—*El juego era muy divertido*, decía un soldado, *¡hermosa fiesta para ellos! La mayor parte no verán el día de Pascua. ¡qué lástima!*—*Magnífica fiesta en verdad*, replicó otro, *con muchas víctimas; toda fiesta religiosa debe tenerlas.—Ved para lo que sirve una buena estocada*, añadió un tercero; *ellos habian bebido en la comunión á pote, y si nosotros no les hubiéramos quitado la borrachera, estarían durmiendo la mona todavía.—Sabéis*, observó otro, que tenía alguna tintura de historia, *¿sabéis que esta batalla se parece exactamente á la de la Pradera de Rahita? También tuvo lugar en un viernes que era fiesta, y nuestra victoria no ha sido menos brillante que la que los Omeyas obtuvieron entonces. ¡Mirad esos guerreros, como yacen hechos cuartos al pie de la colina! ¡En verdad que compadezco al suelo condenado á llevar sus cadáveres; si pudiera quejarse no dejaría de hacerlo!*

.....

Los soldados del sultán tenían más de que alegrarse. Ibn-Hafsum quería permanecer en el castillo y sostener un sitio, pero los soldados de Écija le declararon que el deber los llamaba á su ciudad, que según todas las probabilidades, iba á ser sitiada por el sultán. Ibn-Hafsum se opuso enérgicamente á su partida, quiso hasta detenerlos á la fuerza en el castillo, pero ellos rompieron la muralla por el lado del Norte y huyeron á su ciudad natal. Abandonados así, los otros soldados pretendieron que no eran número suficiente para defender el castillo y que por consiguiente era preciso evacuarlo. Después de larga resistencia, Ibn-Hafsum accedió finalmente á sus deseos. A media noche salieron de la fortaleza; pero esto no fué una retirada, sino una fuga precipitada, un sálvese quien pueda general. En medio del horrible desorden y de la obscuridad, el mismo Ibn-Hafsum tardó mucho en encontrar una montura; al fin topó con un miserable jamelgo que pertenecía á un caballero cristiano y habiendo

cabalgado en él, no cesaba de aguijarle tratando de hacer trotar á esta maldita bestia que hacía muchos años había tomado la costumbre de no marchar más que al paso. Preciso era aligerar en efecto. Habiéndose apercebido de la fuga de sus enemigos, los realistas empezaron á perseguirlos.—*Y bien*, le dijo entonces Ibn-Mastana que galopaba al lado de Ibn-Hafsum, y que á pesar de la inminencia del peligro conservaba entero su buen humor, su fresca verdaderamente andaluza, *tú habías prometido quinientos ducados al que viniera á traerte la noticia de que el sultán se había puesto en campaña. Me parece que Dios te ha devuelto esta suma con usura. No es cosa tan fácil vencer á los Omeyas; ¿qué dices tú?*—*Lo que yo digo*, le respondió Ibn-Hafsum, á quien la ira había quitado la gana de bromas, *lo que yo digo es, que de la desgracia que nos ha acontecido tiene la culpa tu cobardía y la de los que te se parecen. ¡Vosotros no sois hombres!*»

La alegría de los cordobeses no reconoció límites, ni tampoco los tuvieron sus sangrientas represalias; mil soldados cristianos presos dentro de Poley, según unos, cinco mil, según otros, fueron bárbaramente degollados por no haber querido abjurar su religión; el escarnio más soez acompañó ese martirio; y hasta el poeta de la corte, Ibn-Abd-rabbihi, encontró en su musa el medio de expresar con brutales y groseras chanzas todo el odio y el desprecio que los realistas tenían á los andaluces.

Un trozo de su poesía, que inserta Aben-Adzarí y ha traducido el Sr. Fernández y González, es el que damos á continuación, copiándolo de la Historia de Málaga de D. Francisco Guillén Robles:

Salvarse intentó Aben-Hafsum
Sin caminar por la noche,
Le persiguen los aceros
Y no hay medio que lo logre;
Le obligan á caminar
Cuando las luces se esconden,
Como si de Moareg fuese
La famosísima noche.

Que las guerras infecundas
La fecundidad disponen
Y el tiempo presente ayuda
Sus penosas concepciones.
Perseguidos los que huían
Después de ensayos muy torpes
Lograron un buen viaje
Los venturosos varones,
Y cuando les preguntaron:
—¿Do vuestros ayudadores?
Dijeron:—nos ha ayudado
Noche de luengos crespones.

III

Declinaba próximo ya á su ocaso el poder muslita en Andalucía, reducido á los límites cada vez más estrechos del reino granadino; habían transcurrido cerca de cinco siglos desde que el conde Servando fué castellano de Poley y el heroico Omar jugó en ese castillo la suerte de los muzárabes; iban corridos más de cien años desde la conquista lograda por el Santo Rey, y ya había ondeado muchas veces en la torre del homenaje el pendón blasonado con el águila, emblema de sus señores, cuando el castillo de Poley, convertido en villa de Aguilar, suena de nuevo en la historia con desusada y extraña resonancia. No fué esto por las rebeldías de don Gonzalo Yáñez Dovinal, ingrato para con su donante Alfonso X, y favorecedor del ambicioso D. Sancho; no fué por el vasallaje que Gonzalo Yáñez de Aguilar y su hermano Fernán González, atentos á la granjería en las revueltas, prestaron al rey de Granada Ismail-ben-Farag; no tampoco por la entrada á saco que, ayudando á los granadinos, hizo otro D. Gonzalo en Bailén; ni por las correrías y talas en tierras de cristianos; ni por haber labrado moneda en aquella fortaleza, usurpando privilegios de la realeza; ni por el desamparo y abandono en que dejara el señorío Tel González al refugiarse en Portugal; suena, sí, porque en tiempos del cruel

ó justiciero D. Pedro I de Castilla, dió ocasión á un asedio en forma la insensata rebelión de D. Alfonso Fernández Coronel, que por merced de aquel monarca le había obtenido.

Al vacar el estado, por la ausencia y extrañamiento de Tel González, demandáronlo á la vez, ostentando más ó menos positivos derechos de herencia y linaje, D. Alfonso Fernández Coronel y D. Bernal de Cabrera, vizconde ó gran señor que vino de Aragón. El rey D. Alfonso dirimió la contienda reservándose el disputado señorío; quién dice que fundado en la deslealtad de D. Gonzalo Fernández, y quién en que ido á Portugal D. Tello, no quedaban herederos que pudieran pedir la villa; pero, deseando contentar á los reclamantes, dió á Cabrera la Puebla de Alcocer, y á Fernández Coronel el fuerte castillo de Capilla, que perteneció á la orden del Temple. Bernal de Cabrera fué desde entonces (atestigualo Zurita) (1) enemigo de Fernández Coronel, cuya oposición había dado, tal vez, causa ó pretexto para que no consiguiera el ansiado señorío.

Muerto el rey D. Alfonso XI, desde el primer año en que reinó su sucesor D. Pedro, volvió á sus pretensiones D. Alfonso Fernández Coronel, interesando en ellas, para conseguirlas, al privado Alburquerque, á quien en cambio del estado de Aguilar y de que le hiciesen rico-home de pendón y caldera, ofreció el castillo de Burguillos. Gracias á su poderoso mediador, logró Fernández Coronel la donación del estado y pendón, que entonces le dieron, y veló en la iglesia de Santa Ana de Sevilla. Fué ingrato y olvidadizo el buen caballero, tan olvidadizo é ingrato que no cumplió su oferta al poderoso D. Juan Alfonso de Alburquerque, á quien, desoyendo su demanda, no entregó el prometido castillo. La enemiga de Alburquerque para con el nuevo señor estuvo, pues, bien motivada.

Ocurrió luego la enfermedad que puso en riesgo de muerte la vida del rey D. Pedro, y divididos en apasionados

(1) Zurita, *Anales de Aragón*, tít. 8.º, cap. XLIX.

dos los señores acerca del nombramiento de sucesor, el ambicioso Coronel, cuya buena estrella comenzaba á eclipsarse, tomó partido por D. Juan Núñez de Lara, pretexto que al recobrar el rey la salud supieron explotar hábilmente Bernal de Cabrera y D. Juan Alfonso para perder á su común enemigo.

Por las indicadas causas, si es que no hay algunas otras que no conozcamos, D. Alfonso Coronel se retrajo á su villa de Aguilar, no asistió á las cortes de Valladolid, basteció aquella villa y los castillos de Montalbán, Capilla, Burguillos y Torija; invitó á conjurarse contra el monarca á otros caballeros castellanos y andaluces, que no le siguieron; envió desde la Rambla al rey D. Pedro una carta despidiéndose y desnaturalizándose, y á seguida le hizo guerra con la dicha villa de Aguilar, corrió la tierra poniendo fuego y robando, cautivó caballeros é hijos-dalgo, procuró inteligencias con los moros ofreciéndoles facilidades para cobrar lugares que eran de cristianos, envió mandaderos á muchas villas para fomentar la conjura, y creó, por consiguiente, un tan peligroso estado de cosas en la frontera misma del reino de Granada, que hubiera sido locura en el rey no remediarlo acudiendo con presteza á sofocar la rebelión.

Así lo hizo D. Pedro. Convocó la hueste para Córdoba, y se puso sobre Aguilar el día 17 de Enero de 1352, acompañándole entre otros, D. Juan Alfonso de Alburquerque, don Juan Núñez, maestre de Calatrava, D. Pedro Ponce de León y D. Juan, obispo de Jaén. Halló el rey que defendían la villa, el rebelde Coronel y su yerno D. Juan de la Cerda, é intentó que le rindieran pleitesía, enviando al efecto, para que entrasen dentro de murallas, buen golpe de gente de armas con el pendón real. Llegados á los muros y cumpliendo el encargo que se les confiara, fué requerido D. Alfonso Fernández por Gutierre Fernández de Toledo, camarero mayor, y Sancho Sánchez de Rojas, el ballestero, para que el rey fuese acogido dentro del recinto; pero Coronel se negó á hacerlo, por gran temor, decía, al de Alburquerque, y por

tener derecho, según su señorío, á negar entrada de aquella clase. Trabado un encuentro en las barreras entre los defensores de las puertas y los que llevaban el pendón real, fué éste roto con piedras y saetas y obligados á retirarse sus conductores. El rey, entonces, confiscó todos los bienes de don Alfonso Fernández, formalizó el sitio distribuyendo las fuerzas que llevaba en los lugares comarcanos, y encomendado el asedio á Núñez de Prado y Men Rodríguez de Biedma, se tornó á Castilla por haberle llegado nuevas de que el conde D. Enrique bastecía sus fortalezas de Asturias.

Durante la mencionada ausencia las peleas y encuentros entre sitiadores y sitiados, se repitieron muchas veces, quedando en una de ellas prisionero Men Rodríguez, caudillo del obispado de Jaén. Los cercados pidieron auxilio á otros caballeros, villas y lugares, y resultando nulo ó poco menos el que consiguieron, pensaron en el de los moros, el que fué á solicitar á el África y á el reino de Granada, D. Juan de la Cerda, yerno, que hemos dicho, de Alonso Coronel.

En el mes de octubre de 1352, volvió el rey D. Pedro sobre Aguilar, con ánimo decidido de apretar el cerco hasta lograr que se rindiera. Para batir las murallas se dispusieron y armaron sendas máquinas de guerra y se abrieron buen número de cavas ó minas. Apesar de estos aprestos resistió el castillo por espacio de cuatro meses, ó sea hasta el viernes 2 de Febrero de 1353, en que la entrada quedó practicable, gracias á una extensa brecha que produjeron las minas al hacer explosión. Ordenado ya el asalto, y antes de que la gente de armas llegase, se acercó Gutierre Fernández de Toledo, amigo de Coronel, y viendo á éste que montado en un caballo requería las barreras, entabló con él el diálogo siguiente:

—Compadre amigo, ¡cómo me pesa de la porfía que tomaste!

—Gutier Ferrandez, ¿puede ser algún remedio?

—En verdad non le veo: en tal estado son llegados ya fechos.

—Pues así es, yo le veo.

—¿Qué remedio, D. Alfonso Ferrandez?

—Gutier Ferrandez amigo, el remedio de aquí adelante es este: morir lo más apuestamente que yo pudiere como caballero.

Después de esto, mientras el asalto se verificaba y la hueste real entraba por la aportillada muralla, Fernandez Coronel, armado de gambax, loriga y capellina, fuese á oír misa. Un su escudero le dijo:

—¿Qué facedes D. Alfonso Ferrandez, que la villa se entra por el portillo del muro que cayó, é D. Pedro Estebanez Carpintero, Comendador mayor de Calatrava, es ya entrado, en la villa con mucha gente?

—Como quier, que sea, dijo, primero veré á Dios.

Y en efecto, permaneció en la iglesia hasta que alzaron, en cuyo punto salió y viendo todo ocupado por la gente del rey se acogió á una torre. Llegado á ella Dia Gomez de Toledo, caudillo de los escuderos del cuerpo del rey, hablaron de este modo:

—Dia Gomez amigo, ¿ponerme edes delante del rey mi señor, vivo?

—Non sé si lo podré facer; mas sed cierto, D. Alfonso Ferrández, que faré todo mi poder por ello.

—Pues levadme allá con vusco; é ruego vos, Dia Gomez amigo, que mandedes á vuestros omes que fagan lo que pudieren por guardar mis hijos, que están en la mi posada, que no pasen mal.

Bajó D. Alfonso y desarmado, salvo el gambax, fué llevado preso al rey, y hallándose á D. Juan Alfonso de Alburquerque, mediaron entre el valido y el prisionero estas palabras:

—¿Qué porfia tomastes tan sin pró, seyendo tan bién an en este Regno?

Don Juan Alfonso, esta es Castilla, que face los omes, é ta. Asaz lo entendi; pero non fué mi ventura de me deste mal. Pero tanto vos pido de mesura que me den

hoy aquella muerte que yo fice dar á D. Gonzalo Martínez de Oviedo, maestro de Alcántara.

No se hizo esperar el solicitado desenlace: el Rey había llegado sin ser visto por Coronel, y los alguaciles ejecutaron pronta la sentencia capital. Al rodar la cabeza de Alfonso Fernandez y de sus parciales, terminó aquella rebeldía, se desmembró el estado de Aguilar, trocóse el nombre de esta villa en el de Montereal, y fueron arrasadas sus murallas.

La historia pone remate á esta sangrienta tragedia con un cruel sarcasmo: hijas del rebelde D. Alfonso fueron Doña María y Doña Aldonza, mujer aquella de D. Juan de la Cerda y esposa ésta de D. Alvar Perez de Guzman. Ambas fueron requeridas de amores por el rey D. Pedro, no mucho después de los sucesos relatados, y si la primera supo resistir, según nos cuenta mística y prodigiosa leyenda, sucumbió la otra, ya voluntaria, ya forzosamente, convirtiéndose en la orgullosa manceba que puso á prueba el poder y la influencia de Doña María de Padilla. La sangre del padre, derramada por D. Pedro, debió teñir de rojo, más de una vez, á la luz de los recuerdos, las lozas del cenobio de Santa Inés, en Sevilla, donde Aldonza y María, que lo fundaron, hicieron penitencia y vieron discurrir lejos del mundo los últimos días de su vida.

ANTONIO AGUILAR Y CANO.

(De la Real Academia de la Historia.)

(Continuará.)

LEVANTAMIENTO DEL SITIO DE IRÚN

(11 y 12 de Noviembre de 1874)

NARRACIÓN DE UN TESTIGO

San Sebastián y las vecinas villas de Hernani y Rentería estaban convertidas en un campamento. Por todas partes se veían jefes, oficiales y soldados, abundando los vivos verdes de los batallones de cazadores; todas las casas tenían alojados; en las esquinas de muchas calles tocábase compañía y provisiones, se pasaba lista y se distribuía el haber y el pan.

Había llegado un cuerpo de ejército al mando del general Laserna, un veterano de respetable bigote blanco, para levantar el sitio y poner término al horroroso bombardeo que Irún sufría desde largo tiempo. Con Laserna habían venido los generales Blanco y Laportilla, mariscales de campo entonces que no había venido aún en la jerarquía militar la terminología francesa. El hoy marqués de Peña-Plata, joven á la sazón, mandaba la división de vanguardia, formada por siete batallones de cazadores: Barbastro, Ciudad-Rodrigo, Estella. Las Navas, Alcolea, La Habana y Puerto-Rico, y el de Huesca, que por la marcialidad de su aspecto, por el prestigio personal de jefes, oficiales y clases de tropa, y por las insignias que ostentaba parecía igual á los anteriores. En estas fuerzas se sumaban los regimientos de Luchana,

Murcia, Castilla, Asturias y Valencia, la artillería, entre la que figuraba una batería Plasencia, y tres compañías del bizarro batallón de miqueletes de Guipuzcoa, pues las otras tres, en unión de fuerzas del regimiento de Africa, estaban en Irún acreditando el heroísmo de los simpáticos *chapelgorris*.

Con Blanco y Laportilla se contaba á Loma para el mando de una división en las operaciones que iban á emprenderse.

Mientras se ultimaban los preparativos y se daba término á la descarga del material, el aspecto de San Sebastián era en extremo animado. Nunca faltaba gente en el muelle para presenciar como sacaban de los vapores de transporte caballos, cañones y cajas; era frecuente la música en el boulevard, y con ella el paseo de las hermosas donastiarra; y en éste y en los cafés abundaban profusamente los diversos uniformes de los oficiales de nuestro ejército, así como algunos correspondientes de periódicos extranjeros.

La venida de aquel cuerpo de ejército hablame ocasionado la satisfacción de saludar algunos antiguos amigos, con quienes en el paseo y en el café de la Marina me acompañaba constantemente. Eran éstos, aparte otros que ahora no recuerdo, Cesáreo Briones, teniente entonces de cazadores de Puerto Rico, muerto hace algunos años en Filipinas, por quien conocí á mi paisano Castillo, que, muy joven aún, mandaba la sexta de aquel batallón, y se había ganado el grado de comandante, y que hace algún tiempo es ya coronel; al teniente coronel de aquel brillante cuerpo, García Solano, hoy general de brigada, y en aquel tiempo uno de los jefes más simpáticos y entendidos, y más querido de sus oficiales por su carácter igual y afable, bien distinto de aquellos que unas veces se pasan de complacientes y otras rompen en inoportunos rigorismos; y al comandante Carvallo, con todo el franco trato y excelentes prendas de un veterano. En la reserva de Huesca encontré al médico, que hoy lo es del regimiento de pontoneros, Clemente Senac, no sólo amigo de infancia, sino también hijo, como yo, de Zaragoza, por qu cultivé el trato de los oficiales de aquel batallón, que un r

después, en la sangrienta é inútil acción de Urnieta, dieron buen contingente á las bajas, que, en número de cerca de ciento ochenta, tuvo tan bizarro cuerpo, y sobre todo al comandante Cabezas, que en tan costosa lucha, por vacante de sangre, y derramando también la suya, ganó el empleo de teniente coronel y el mando en jefe del batallón, y que cuatro años más tarde murió en Cuba tan gloriosa como heroicamente, peleando con un puñado de guerrilleros contra fuerzas veinte veces superiores. También en el regimiento de Castilla, que mandaba el entonces coronel Ciriza, tenía dos buenos amigos: Ernesto Velasco, teniente de tan agudo ingenio como habitual buen humor, recientemente ascendido por antigüedad al empleo de comandante, y destinado á las órdenes del general Tuero, y su hermano político Román Ríofrío, teniente coronel que mandaba el segundo batallón del nombrado regimiento.

Hasta entonces, la vida de los habitantes de San Sebastián, aficionados á las excursiones por sus pintorescas cercanías, venía siendo muy aburrida: una expedición á Hernani ó á tomar media docena de vasos de sidra en algún caserío regularmente apartado, eran empresas comprometidas, por el riesgo de que la partidilla carlista de *Ochavo* ocasionase un disgusto serio. Calculé que ninguna proporción más adecuada pudiera ofrecérseme para pasar por la provincia unos cuantos días. Yo era buen andante, y no tenía exagerado respeto á las balas; por capricho había concurrido el año anterior á la acción de Eudaslaza, y, en cumplimiento de mi deber como voluntario, había tomado parte en un ligero tiroteo cierta noche que unos centenares de carlistas pretendieron en vano meterse en Oyarzun; aquel mismo año había oído durante seis horas fuego de fusil y de cañón combatiendo en las calles de Zaragoza contra los soldados que mandaba el general Burgos. Además, á los veintitrés años, que yo contaba, no piensa uno en que pueden romperle un brazo ó una pierna, ó mandarle al otro mundo por meterse donde no le llaman. Decidí, pues, acompañar al ejército, y, con tal obje-

to, fui al hotel Ezcurra para recabar del general Blanco el permiso de ir con su división.

Recibíome D. Ramón con la afabilidad que es en él característica.

—Usted debe ser periodista—me dijo una vez expuesto el objeto de mi visita.

—Efectivamente, mi general, aunque ahora y en San Sebastian apenas ejerzo.

—Puede Vd., entonces, ir con los corresponsales que acompañan al cuartel general.

—No es ese mi deseo: pretendo sólo acompañar alguno de los batallones de cazadores de la división que Vd. manda; y en cuanto entre en fuego tomar el fusil del primer herido que caiga, continuando las operaciones hasta que vayamos á Irún, y en su caso á Tolosa si, como presumo, vamos después á esta villa. Pero como no á todos los jefes les agrada la presencia de paisanos, he creído oportuno que Vd. me autorice...

—Está muy bien. ¿Conoce Vd. algún jefe en los batallones de mi división?

—En Puerto-Rico hay algunos oficiales amigos, y aunque sólo de estos días, trato al teniente coronel; de modo que preferiría ir con Puerto Rico.

—Corriente; vea usted á Fulano, y dígale usted que va autorizado por mí.

—Gracias, mi general.

Y salí más satisfecho que si me hubiese tocado la lotería.

Un día ó dos después de esto oí tocar diana para los miqueletes antes de las cinco de la mañana. Vestíme apresuradamente, y dí con ellos en la plaza de Guipúzcoa. Iba en cabeza de la reducida fuerza Felipe Dugiols, capitán de la sexta, y uno de los muchos amigos que yo tenía en aquella tropa de héroes. Dugiols es una de las figuras más gloriosas que durante la última guerra surgieron en el campo liberal. Jefe de los voluntarios de Oñate, en los primeros meses de 1838 sostuvo allí terrible defensa por espacio de veintiséis horas con solos 130 hombres contra más de 2.500 carlistas, caus:

doles 17 muertos y gran número de heridos, atendiendo á la vez á sofocar el incendio de la Casa Consistorial, y dando, con tan heróico comportamiento, lugar á que llegase una columna, ante cuya aproximación se retiró el enemigo. Defensor después de Astigarraga, fortificó hábilmente el palacio del marqués de Valdespina, convertido en cuartel del destacamento liberal, y nada pudieron contra su previsión y su sereno valor las asechanzas carlistas. En la acción de San Marcos, el mismo día á que vengo refiriéndome, luchó como siempre, y á costa de una herida conquistó sobre el campo de batalla el empleo de comandante de miqueletes, como meses más tarde, á las órdenes de Mariné, ganó en Gáratemendi el de teniente coronel. Algún tiempo después de terminada la guerra, clasificado como capitán de infantería, escaso premio á sus relevantes servicios, pasó al ejército de Filipinas, donde, si han sido utilizadas sus brillantes dotes militares, debe haber hecho adelantamientos notables.

Reconocí á Felipe en la obscuridad, y dijele que, dispuesto como estaba á ir á las operaciones con Puerto Rico, prefería acompañar á los miqueletes, puesto que eran los primeros que salían.

—De ninguna manera se lo aconsejo—me contestó,—no por otra cosa sino porque nosotros vamos por lomas y cañadas, y con tan mal camino, y teniendo todavía una hora de noche, usted, que no es tan práctico como nosotros, dará muchas caídas. Antes de una hora tocarán diana para toda la columna, y es mejor que salga usted con ella.

Tuve en cuenta sus indicaciones y esperé hasta las seis, en que los ecos de la alegre diana animaron todos los ámbitos de la capital guipuzcoana. Reuniéronse los batallones que de antemano no estaban en Hernani ó en Rentería, y tardóse poco rato en romper marcha. El día amanecía hermoso, y la sección de miqueletes que iba en cabeza de la columna, así como nuestros airosos cazadores, recorrían cantando la carretera que conduce á Francia. Cuando habíamos andado poco más de una legua, divisamos á nuestra derecha San Mar-

cos, objetivo del combate de aquel día, importante posición estratégica que da vista á Rentería, Pasajes, Alza, San Sebastián y Hernani, y que recientemente ha sido fortificada con arreglo á los últimos adelantos de la ingeniería moderna. Continuamos la marcha sin detenernos, y poco después llegábamos á Rentería.

Entre tanto había salido de Hernani la brigada Bargés, compuesta de los regimientos de Asturias y Valencia, y por el fuerte de Ametzagaña, ocupado por un destacamento nuestro, se dirigió sobre la posición de Choritoquieta, menos elevada que San Marcos y anterior á éste. Allí hubo ya de combatir rudamente con el enemigo, bien que tras de la empeñada contienda se apoderó de ella, y continuó su difícil marcha luchando con resistencias cada vez más obstinadas. Fueron estos dos regimientos, á uno de los cuales cupo pocos meses después la desgracia de sufrir el desastre de Lácar, los que, como vulgarmente se dice, *pagaron el pato* aquel día, pues de muy cerca de 400 bajas que entre muertos y heridos tuvimos, á ellos correspondieron más de la mitad, contándose entre ellas la de uno de los tenientes coroneles de Asturias.

Hay sobre Rentería y á su derecha un convento. A él se encaminaron, y de allí partieron bajo la dirección del general Loma los batallones de cazadores de la Habana y Alcolea, para atacar por su costado izquierdo y centro al enemigo, con el que bien pronto rompieron empeñado fuego. Más al centro estaban los miqueletes, cuya lucha con los carlistas fué, más que obstinada, feroz, tanto que tres compañías, no muy nutridas, tuvieron 49 bajas, entre ellas dos capitanes heridos; Dugiols y Gil.

A la vez hacían vivo fuego de cañón sobre la formidable posición atrincherada, y que defendían, según entonces se dijo, cuatro batallones carlistas, todos los fuertes que por alguno de sus frentes podían enfilarla. Eran éstos, salvo omisión, de Hernani, los de Santa Bárbara y Oriamendi; de San Sebastián, Miracruz; de Pasajes, San Pedro y el Almirante el de Alza; y de Rentería, los de Darieta y la Iglesia.

La resistencia fué tan tenaz como el ataque porfiado: Asturias y Valencia tenían que avanzar muy costosamente, y en tanto los estampidos del cañón atronaban el espacio, los oficiales de los cuerpos que en Rentería estaban sin tomar parte en la acción, comentaban los disparos de los fuertes y maldecían de los artilleros cuando las granadas rebasaban la montaña ó no llegaban á las trincheras, y las horas pasaban en la incertidumbre. Algunos de los que venían conduciendo heridos, traían poco satisfactorias noticias.

Sabía yo que el primer batallón que había de salir para el lugar del combate, en caso necesario, era Puerto Rico, y estaba impaciente. Ya una vez el toque de llamada á la carrera me había hecho dar por terminado el almuerzo que devoraba con el teniente coronel Riofrío y su cuñado Velasco; mas, apenas formado el batallón, diósele derecha é izquierda por no ser necesario su refuerzo. Ocurrió lo propio más tarde: otra vez formamos y otra vez nos quedamos sin ir á ver los carlistas. Recuerdo que entonces me desagradó aquello: no sé si hoy me ocurriría lo propio.

Por fin, comenzada la tarde, el enemigo abandonó la posición, de que se hicieron dueñas nuestras tropas. Se había realizado la primera parte de las operaciones, porque ir sobre Irún dejándose San Marcos á la espalda, hubiera sido un acto de demencia. Cara costó la jornada, pues, sobre las bajas ya indicadas de los regimientos de Asturias y Valencia, y de los miqueletes, hubo unas setenta en cazadores de la Habana y próximamente cincuenta en Alcolea, siendo numerosas las de oficiales.

Renuncié de buen grado á la molestia de pasar aquella noche sobre el terreno de las operaciones, puesto que el batallón á que yo me había incorporado debía, según me dijeron, alojarse en tres ó cuatro casas situadas en la carretera en las cuales no cabía de pie la mitad de la fuerza; y preferí andar legua y media para dormir en San Sebastián, de donde salí el día siguiente antes de amanecer despreciando un significativo llovizna.

Puerto Rico con otros batallones estaba en un pequeño llano entre la estación y Rentería. El teniente coronel y los oficiales, entre los que había un *pater* de muy buen humor, sentados sobre la hierba se desayunaban con Jerez. Tomé un par de sorbos que con la mejor voluntad me ofrecieron, y pronto estuve al corriente de las novedades del día. La noche anterior el general Laportilla había ido á pernoctar en Pasajes de San Juan, con el regimiento de Castilla, un batallón de cazadores—no recuerdo si Estella ó Las Navas—la reserva de Huesca y una batería de á lomo sistema Plasencia. Antes de hacerse de día habrían comenzado su accesoión á Jaitzquibel, y aunque la subida era larga y penosa pronto les veríamos coronar aquella loma prolongada que se extendía como una perpendicular sobre la extrema izquierda de nuestra línea de batalla y dominaba con la altura las demás posiciones. La idea de llevar tropas por Jaitzquibel, por donde nunca habían ido, se le atribuía á Laportilla y era por todos juzgada excelente.

Por la derecha iba Loma para posesionarse de Oyárzun. Nosotros iríamos con Blanco por el centro y habríamos de encontrarnos con Gainchusqueta, posición que domina la carretera y que los carlistas habían fortificado con tres líneas de trincheras y obstruyendo con troncos de árboles el paso por la carretera. Dábamos por seguro que las fuerzas de los tres generales habían de tener que hacer y que se pelearía bien en toda la línea, pues los carlistas, mandados por Ceballos, tenían para oponernos de trece á catorce batallones.

La marcha se comenzó con arreglo á este programa, y mi batallón, con Barbastro y otros de la división de vanguardia, salió en la dirección indicada pasando por Lezo, pueblo muy próximo á Rentería. Ibamos muy despacio: habíamos visto ya que á nuestra izquierda las tropas mandadas por Laportilla avanzaban por la larga cumbre de Jaitzquibel, y poco prácticos en cosas de guerra extrañábamos que los carlistas no se opusieran á su marcha. El hecho tenía fácil explicación: de resistir á Laportilla, como al otro lado de Ja

quibel está el mar, si nosotros llegábamos á apoderarnos de Gainchusqueta y quedábamos por tanto dueños de la carretera hasta Irún, las fuerzas carlistas que hubieran resistido á Laportilla, quedaban copadas entre éste á su frente, el mar á la derecha, nosotros á la izquierda y Fuenterrabia é Irún á su espalda.

Es indudable que á la feliz idea atribuida á Laportilla de la marcha por la cumbre de Jaitzquibel debióse el brillante éxito de aquel día y el ahorro de considerable número de bajas en nuestro sufrido y valeroso ejército. Merced á aquella operación, los carlistas corrían el riesgo, en el caso de resistir en toda su línea, de que rebasando Oyarzun las fuerzas de nuestra derecha á las órdenes de Loma, y corriéndose luego en dirección de Irún, quedasen cercados entre nuestro ejército y el mar que tenían detrás de Jaitzquibel y del cabo Higuer. Por esto no se atrevieron ni á esperar en su posición central á los que íbamos con Blanco, y cuando llegamos á Gainchusqueta encontramos allí descansando á las fuerzas de Laportilla que habían verificado su descenso. Diósenos también descanso, y volviendo á hallarme con Velasco y Riofrio, tomé de manos de sus asistentes, queso, pan y sidra, que con otro tente pié que habia tomado andando con los oficiales de Puerto Rico constituyeron mi alimento de aquel día. En Gainchusqueta pasamos largo tiempo mientras á nuestra derecha las tropas de Loma roían el hueso de la jordada, pues al correrse los carlistas, huyendo del peligro indicado, solo en las inmediaciones de Oyarzun dieron la cara, y desde las alturas da Muñuaundi y Muñuchiquí causaron á nuestros soldados más de cien bajas, ya que no pudieron negarles la victoria.

En tanto comenzaba el espectáculo irremediable, dadas las condiciones en que el ejército entraba en aquel terreno, dominado en absoluto por los carlistas durante año y medio, y que ni siquiera habia sido atravesado por ninguna columna liberal desde once meses antes, cuando Moriones habia ido de Navarra á San Sebastián realizando una lucida marcha, para levantar la guarnición de Tolosa tras la brillante acción de

Velabieta. Los *caseros* que esperaban vernos como enemigos y la mayor parte de los cuales estaban ó tenían sus hijos en las filas del pretendiente, habían abandonado sus caseríos llevando consigo las familias y animales domésticos; muchos de éstos, llevados de la querencia al establo, buscaban el regreso al caserío, y mugiendo, balando, gruñendo ó cacareando veíanse como perdidas y atónitas vacas, ovejas, cerdos y gallinas. Algunos de estos animales morían á tiros: otros caían en manos de nuestros soldados.

Algunos caseríos comenzaron á arder: entre ellos se contaban dos ó tres situados en el alto de Gainchusqueta, de uno de los cuales salió prolongado y estruendoso tiroteo: los carlistas debían tener allí algún depósito de municiones.

Se dirá que esto es injusto y horrible; pero ¿no es también horrible é injusta la guerra? Quien la conozca no extrañará el caso. Tres ó cuatro días después el general Laserna publicó un bando echando la culpa á no sé qué merodeadores que ninguno vimos. La verdad es que nuestros soldados pudieron así aprovisionarse, porque en Irún no hubieran hallado ni pan, aparte que tampoco entraron en la villa.

A media tarde continuamos nuestra marcha á Irún de donde distábamos menos de una legua, y á cuyas puertas llegamos poco antes de anoecer. Dentro de la villa no se alojaron sino los generales y el estado mayor: las fuerzas, excepción de las de Loma, que quedaron en Oyárzun, distribuyéronse en las inmediaciones á razón de compañía por caserío. En varios de éstos situados sobre la estación del ferrocarril se acomodó el regimiento de Castilla, con el que yo había continuado la marcha desde que le encontre en Gainchusqueta, y me alojé con la cuarta compañía del segundo batallón en la no había más oficiales que el capitán Guín, un veterano aragonés, hijo de Caspe, y mi buen amigo el teniente Velasco.

En el caserío que nos cupo en suerte hallamos leña abundante, cacharros para guisar, una pequeña cantidad de arroz, un puñado de judías, unos cestos que habilitamos para asientos, un jergón del que hizo su lecho el capitán Guín

colchoncillo del que el sueño no nos dejó á Ernesto ni á mí enterarnos de si tenía lana, aunque podríamos jurar que constaba solo de la tela. Bastó esto para que el teniente coronel Riofrio nos cumplimentase por nuestra buena fortuna, pues en el suyo no halló ni clavos.

Mis compañeros afirmaban que tenían más deseo de descansar que de comer; yo gozaba un apetito de primer orden. Pero como los asistentes, siguiendo la conducta de la generalidad de los soldados, venían bien provistos, todos hicimos honor á la abundante cena que nos dispusieron, contemplando entre tanto el terrible espectáculo que en el campo ofrecía la oscuridad de la noche, interrumpida á trechos por los rojos resplandores del incendio en que se consumían gran número de caseríos.

Terminada la cena pasamos un rato discurrendo sobre la continuación de las operaciones. Para ninguno de nosotros ofrecía duda que después del brillante éxito de aquel dia debíamos inmediatamente marchar sobre Vera, distante dos leguas y donde los carlistas tenían una fábrica de cañones, y desde allí revolver rápidamente sobre Tolosa, donde los hojalateros y burócratas del carlismo debían estar ya con el alma en un hilo. Podríamos, merced á la influencia moral que nos daba el importante triunfo logrado, recorrer sin dificultad la provincia entera de Guipúzcoa y acaso provocar la terminación de la guerra. Esta opinión nuestra era, según vimos al otro día y en los siguientes, la de todo el elemento liberal y así lo temieron también los carlistas; pero nada de esto se hizo y los frutos de aquellas operaciones, con tal inteligencia dispuestas y tan arrojadamente ejecutadas, quedaron reducidos á libertar á Irún del bombardeo que desde las ermitas de Guadalupe y San Marcial había arruinado la mayoría de sus casas, tanto que sólo dos había cuando nosotros llegamos á las que no hubieran tocado los proyectiles carlistas.

A la mañana siguiente las operaciones completáronse con una que tuvo no pocos admiradores, entusiastas unos y despechados otros. De San Sebastián habían ido á Francia em-

barcados no pocos curiosos liberales, y multitud de franceses y de hojalateros carlistas, de igual manera que acudieron el 12 de Octubre anterior á ver la toma del fortín próximo al puente de Behovia que con 50 miqueletes defendía mi antiguo amigo el teniente Machain, y sólo consiguieron contemplar el valor de aquellos heróicos defensores de la libertad, así habían acudido á la orilla derecha del Bidasoa pensando presenciar como en la cumbre de San Marcial, donde habían tenido la batería que sembraba de ruinas la culta villa asediada, empeñaban los carlistas última y tenaz defensa. Pero frustáronse sus deseos: nuestros cazadores subieron arma al brazo la áspera y penosa pendiente, y, ya en la altura, escucháronse, no las descargas de mortífera fusilería, sino los alegres ecos de juguetona y prolongada diana, ejecutada por la banda del aguerrido batallón de Barbastro, y saludada al otro lado de la frontera por los aplausos de todos los liberales.

Había yo prometido á Velasco que le convidaría á tomar chocolate en Irún, y con tal motivo bajamos á la villa. Encontré algunos antiguos amigos que me dieron detalles de lo sufrido. Baste decir que propietarios de tres ó cuatro casas no tenían ninguna en que pudieran albergarse: la en que se alojaban los generales estaba llena de desperfectos. Gracias á uno de aquellos amigos, peluquero, hallé medio de atender satisfactoriamente á nuestro personal aseo, y una casa en donde cumplí á Ernesto mi promesa relativa al chocolate. Pero, nada de bizcochos ni pan blanco; hubo de conformarse con el pan moreno que allí se comía durante el sitio.

Pasamos el día en la incertidumbre y comentando que no se siguiese la marcha á Vera; y al anochecer supimos que en la mañana siguiente regresaríamos á San Sebastián. Produjo esto muy mal efecto en el ejército; pero quien manda, manda. El general Laserna había recibido del gobierno que presidía el duque de la Torre orden para reembarcarse con dirección á Santander y de ir á situarse nuevamente en Miranda de E.

Fué éste uno de los más colosales errores cometido... pasada guerra: en San Sebastián se vió con pena el reem¹

que de aquellas tropas que en tan pocos días habían cambiado de tan favorable modo la situación. De continuar entonces, desalentado el enemigo, las operaciones, ni se hubiera dado veinte y ocho días de nuestros triunfos la infructuosa acción de Urnieta que costó más de trescientas bajas para «tomar unas alturas y volverlas á dejar», ni hubiera sido precisa la formación del cuerpo de ejército de la línea del Oria, ni San Sebastián llegara á recibir dentro de su recinto las granadas carlistas. Ya que entonces no hubiera terminado la guerra, como los más optimistas juzgaban, fueran innecesarias una serie de operaciones que se sucedieron hasta Febrero de 1876 y en las que derrotado ó triunfante nuestro ejército, no se logró ninguna eficaz ventaja y se malograron muchas vidas.

JUAN PEDRO BARCELONA.

LAS CARAS

Es indudable que en la fisonomía lleva cada individuo algo que le revela social y moralmente al resto de la humanidad. Y ese algo que no puede explicarse perfectamente, es lo que ha inspirado esas frases familiares que se emplean con tanta propiedad cuando decimos de un hombre alegre y satisfecho que tiene «cara de Pascuas» ó de otro en quién notamos disimulada tristeza que anda «cariacontecido.»

Y es que la cara á nadie guarda el secreto de lo que somos ni de lo que sentimos.

La cara todo lo denuncia, hasta las mentiras; y, así oímos con frecuencia después de descubierta una broma engañosa —«Sí te conocí en la cara que no era verdad.»

Se dice vulgarmente que los ojos, parte principalísima de la cara, son el espejo del alma; y, es fuerza convenir en que la idea de la frase, no puede ser mas verdadera, pues son los ojos los que dan animación á las facciones y ayudan á delatar á esos individuos aviesos que nunca miran frente á . . . te. Esos es de quienes puede decirse que tienen «cara pocos amigos» sin temor á equivocarse, pues siempre resuerta cierta la suposición, como cierta igualmente resulta cuan-

antes de tratar á un individuo, nos parece que tiene cara de bruto... Seguramente lo es.

Muchas veces he oído decir esto mismo que hoy se me ocurre trasladar al papel, y por esta razón no pretendo pasar por original al escribirlo; pero me facilita la ocasión de pensar en que las caras guardan tal relación con los individuos, que más de una vez nos está bien empleado que nos engañen, pues si nos atuviésemos estrictamente á lo que las caras nos revelan, el engaño no sería posible; y así oímos la voz amiga que nos reconviene después de un chasco: «¿Lo ves? si te lo decía yo, ¡ese hombre tiene cara de pillo!» Y, efectivamente, convenimos en seguida en que el tal sujeto es un pájaro de cuenta.

Prescindiendo de las caras de los revolucionarios y conspiradores que el vulgo y nuestros artistas de zarzuela suponen siempre barbudas, terroríficas, con guedejas sobre la frente y de mirada torva y recelosa, sin acordarse de que revolucionarios y conspiradores fueron Sagasta, Cánovas del Castillo, Castelar y otros muchos que viven todavía y no presentan ni han presentado nunca ese aspecto; prescindiendo digo, de las caras ó tipos característicos que han inventado nuestros malos artistas ó nuestras tímidas fantasías, porque no es el mundo de la caricatura el que se trata de examinar, fijemos la atención en esos rostros que ofrecen mayor grado de homogeneidad y que, sim embargo no pueden en manera alguna confundirse entre sí.

Las caras del cómico, del cura, del torero y, si se quiere, del presidiario, son caras todas ellas igualmente borradas por la navaja del barbero que las rasura por completo. Borradas digo, porque un hombre totalmente afeitado ofrece un tipo distinto al de la generalidad humana; es más, constituye una especie extraña ó mejor dicho desusada en algunos círculos .les. Son caras en fin borradas de la lista general, página en blanco, pero escritas con esa tinta llamada simpática, escritura ó caracteres reaparecen con la acción del aire . calor.

Pues bien; así la acción moral de esos individuos ó el calor de sus pasiones hacen reaparecer: en la cara del cómico, la arruga prematura que ocasiona el abuso del afeitado y ese aspecto macilento de una piel dispuesta siempre á sufrir transformaciones; en la del cura, la bondad ó el regalo; en la del torero, el atrevimiento y la energía del moderno gladiador; y, por último, en la del presidario, no se qué signos de maldad y envilecimiento que de igual manera armonizan con la mirada astuta y sagaz del pillo que con la apagada é indiferente del bruto.

No puede darse ejemplo de mayor discrepancia moral, dentro del mismo aspecto físico.

De aquí que, la frase vulgar de que «en la cara está la edad», no debe tomarse al pie de la letra; esto es, no debe entenderse por lo que dice, sino por lo que quiere decir, pues su expresión entraña la idea y alcanza todas las soluciones que contiene ese endiablado jeroglífico que lleva la humanidad sobre el rostro, y que, cada cual, lo descifra á su manera.

Y que está visto: la cara es un problema que apenas hay quien no pretenda conocerle y descifrarle con una demostración que va siempre á la vuelta de cada acto de nuestra vida. Cara limpia llamamos al desvergonzado; cara dura al atrevido y cínico; buena cara decimos que tiene el que nos ha sido simpático, y así vamos clasificando á las personas, con relación á sus fisonomías y á sus actos.

Hay quien sale á la calle exclusivamente á ver «caras de ángel», que es como se nombran las caras bonitas, y vuelve á casa de mal humor, ó sea con «cara de perro», porque sólo ha visto «caras de demonio», que es como él llama á las caras feas.

Por otra parte, las ideas se asimilan de tal modo al aspecto de los individuos, que es resueltamente imposible que un hombre alegre se presente en parte alguna con cara triste. ni un hombre triste puede por su sola voluntad parecer alegre.

—Desengáfiate—me suele decir un amigo,—cada cual tiene cara de lo que es, y cada individuo merece tener la c

que tiene; aunque las cursis no vistieran de ese modo estrafalario, siempre tendrían cara de cursis; lo serían por la cara como de esta otra manera lo son por la ropa.

Ahora, ateniéndome á las caras universalmente conocidas, resultará lo mismo.

Contemplando el retrato de Voltaire, todos verán en aquella cara descarnada y en su sarcástica sonrisa al pensador irrespetuoso y burlón; apenas se comprende que un hombre como aquel pudiera tener otra cara. Lo mismo sucede con la del gran Napoleón; aquella fisonomía con ojos que miran como los de las águilas, siempre oblicuamente al suelo, es la única que corresponde á su genio militar.

La cara de Shakespeare, rematando en enorme calva, que afecta la redondez esférica del globo, parece revelar el secreto del mundo trágico que soñó su mente.

Y es que existe una relación íntima entre lo físico y lo moral, ejerciendo una influencia irresistible lo segundo en lo primero.

Examinad el retrato de Byron, aquel calenturiento soñador inglés, ó contemplad si queréis mejor el de nuestro fogosísimo Espronceda; no habrá un observador que deje de adivinar en ambas fisonomías, igualmente hermosas, y en sus miradas, igualmente soñadoras, al poeta arrebatado que posee un corazón lleno de ternuras y un cerebro repleto de tempestades.

A pesar de todo esto, bien sé que hay caras que no dicen nada, lo cual constituye una aberración, un anacronismo que todo el mundo extraña, y como caso raro lo cuenta, aplicándole la frase aquella: «Parece mentira que con esa cara pueda ser ese hombre lo que es.»

A propósito de esto de la impropiedad, citaré un ejemplo práctico con el cual quiero dejar por terminado este trabajo de relación.

Hace pocos días pasaban por la calle de la Montera dos frailes franciscanos jóvenes y humildes, y, al parecer, bastante vigorosos. Como llevaban caída la capucha sobre la es-

palda, mostraban descubierta la cabeza, cuyo pelo estaba cortado perfectamente casi á la moda. Y al pasar por mi lado ví que usaban larga barba y que les sentaba muy bien.

La gente se detenía para verles pasar.

A unas mujeres les parecieron muy simpáticos; los hombres sonreían, los muchachos admiraban, y entre tanto los frailes siguieron su camino con las cabezas inclinadas.

Entonces oí una voz femenina que dijo así, como significando profundísima extrañeza:

—¡No tienen cara de frailes!...

Muchos debieron pensar lo mismo, pues, en efecto, no tenían cara de lo que eran.

Y es que quizás el cielo los habría destinado á otra cosa, ó quizás lo moral no había logrado vencer lo físico todavía.

¡Pero vayan ustedes á sacar muchos ejemplos como éste!

LUIS PARDO.

LA EDUCACIÓN FÍSICA ⁽¹⁾

Señores:

Motivos tengo para recordar, no sin alguna zozobra, la fecha 6 de Julio del pasado año.

Hallábame muy tranquilamente discurriendo por los pasillos de esta casa, que tiene el indiscutible privilegio de reunir hombres eminentes en los distintos ramos del saber, cuando varios consocios y amigos, á la sazón presentes, dijéronme que habían contado conmigo para desempeñar esta secretaría.

No sé cómo explicaros el efecto que en mí produjo semejante noticia. Expuse mi incompetencia para desempeñar este cargo, que exige un caudal de conocimientos y condiciones especiales de que carezco en absoluto. Signifiqué una y mil veces que cualquiera de los señores socios dedicados, por su profesión ó sus aficiones, al estudio de las Ciencias, podía llenar este delicado cometido en condiciones de brillantéz y de erudición muy superiores á las mías. Manifesté, por último,

memoria redactada por D. Mariano de Monserrate Abad, secretario primero de la sección de Ciencias exactas, físicas y naturales del neo científico, literario y artístico de Madrid. Leída en la noche del 1.º Enero de 1892 para inaugurar los trabajos de la indicada sección.

qué circunstancias especiales tenían comprometida mi atención para cierto orden de estudios, impidiéndome disponer del tiempo necesario para el debido desenvolvimiento del asunto ó tema que resultase elegido. Pero estas razones no bastaron, y forzoso era sucumbir ante las afectuosas insinuaciones de unos y otros. Además, repuesto ya del sobresalto, comprendí que, dada la consideración y alta estima que me merecéis, no cabía en mí otra conducta. Una sencilla indicación vuestra tenía que acatarla como un mandato, y vedme, en prueba de ello, que vengo á cumplir con el primero y más espinoso de los deberes que mi cargo me impone.

Todos sabéis que en Junta general, celebrada en 10 de Julio último, se acordó, como tema para la sección de Ciencias en el presente curso: «La educación física», propuesto por el distinguido consocio Sr. Salillas, vicepresidente de la sección.

El asunto es vasto, por demás interesante y completamente de actualidad; pero, aparte de estos motivos, que explican la simpatía con que fué acogido, hay otro de mayor importancia. Todos vosotros recordaréis que los debates del curso pasado versaron sobre el trabajo físico, y recordaréis asimismo la preciosa disertación del Sr. Salillas, las eruditas informaciones de varios consocios, entre ellos los Sres. Espina, Mariscal, Calatraveño, Thous, Ubeda, Zahonero y otros varios, y, finalmente, el resumen profundo y concienzudo del Sr. Calderón.

El tema que hoy debe discutirse es la mejor ampliación que puede hacerse á las disertaciones del curso anterior, pues ya que hemos estudiado cómo se trabaja, nada puede ser más provechoso y oportuno que averiguar las condiciones que debe reunir el organismo para dedicarse al trabajo en sus diversas modalidades; para ello debemos estudiar sus condiciones estáticas, dinámicas y vitales, á fin de favorecer el desarrollo orgánico, oponiéndonos á todas las causas de degeneración y dando al hombre las condiciones de resistencia que ha nester para empeñar esta que se llama *lucha por la existen.*

Al hablar de degeneración no quiero con esto signifi

que los hombres valemos, en el concepto físico, menos que nuestros antepasados. No soy amigo de afirmaciones gratuitas, y para la resolución de este problema se requiere un minucioso estudio comparativo entre las diversas épocas, razas y naciones.

No tengo yo la pretensión de resolver el asunto, ni me lo permite el tiempo de que puedo disponer; pero me creo en el caso de llamar vuestra atención acerca el predominio del sistema nervioso que se nota en los hombres de la actual generación. Creo que ha llegado el momento de que los sociólogos se ocupen de lo que yo me atrevo á llamar «Tiranía de los nervios».

Me explicaré. Veréis muchos hombres que cifran todo su afán, que no tienen más empeño que el preocuparse de cosas pequeñas é insignificantes. En tales sujetos tiene lugar un gasto enorme y continuo de fuerza nerviosa, y al tener que resolver un asunto grave é importante ven agotadas sus energías. ¿Sabéis por qué? Porque están polarizados, y del propio modo que en lenguaje eléctrico llámanse despolarizadores á los medios que evitan la polarización, medios hay también para despolarizar á esos *neuroticos*, é importante en extremo es hacer un detenido estudio de los mismos. Porque, no nos hagamos ilusiones, grandes y notabilísimos descubrimientos se han realizado en este siglo; inútil empeño fuera pretender lo contrario; pero, á pesar de nuestros indiscutibles adelantos, que muy en breve nos permitirán volar como los pájaros, y á pesar de la luz eléctrica y otras claridades, que han contribuído á dar al siglo XIX el nombre de siglo de las luces, yo creo que no me aventuro mucho al afirmar que algún crítico de siglos venideros ha de llamar á nuestro siglo el *siglo de los nervios*.

Pero tengo mucha confianza en vuestro saber y valimiento de ellos me atrevo á esperar una fructífera campaña en la educación física, cuyo resultado será indudablemente abatir este mal y otros que afligen á nuestra actual so-

Voy á terminar el exordio poniendo otro ejemplo para solicitar vuestra atención.

Todos sabéis que un circuito inmediato á una corriente eléctrica se produce al terminar ésta otra corriente de la misma dirección; pues bien, quizás yo sea tan dichoso que algunos de los conceptos esta noche vertidos den motivo á que luego ilustréis esta cátedra ostentando los vastos conocimientos que os adornan. No es otro el fin que me propongo, y, antes de entrar en materia, suplico me perdonéis el doble símil eléctrico; pero al pensar que este vasto recinto se ve alumbrado por este misterioso flúido, creo no huelga usar con él alguna cortesía; así, si nos quedamos á oscuras, tendré derecho á protestar de su ingratitud.

Y empiezo á tratar de la educación.

Razón tenía Kant al asegurar que en el problema de la educación se encierra el gran secreto del perfeccionamiento de la humanidad.

En su acepción más general, la educación comprende el estudio de todas las circunstancias que pueden modificar favorablemente el estado ó destino de cualquier ser, y la educación humana tiene por objeto la perfección del hombre mediante el desarrollo armónico y gradual de las facultades físicas, intelectuales y morales.

Esta definición, salvo ligeras variantes, es la que más partidarios cuenta; pero conviene no olvidar que el hombre es perfectible precisamente porque no es perfecto, y que si el perfeccionamiento es posible, toda vez que, como asevera Ruegg, «todo organismo trae en sí el germen espontáneo de su desenvolvimiento», y es, por lo tanto, susceptible de modificación, y de modificación favorable, ésta tiene sus límites, y para no excedernos en nuestras pretensiones conviene recordar las palabras del erudito Depasse: «La educación ha empezado con el primer hombre, ha seguido y seguirá á través de los tiempos, con sus vicisitudes de progreso y de dencia, sin que jamás llegue á ser completa.»

Resulta, por lo tanto, que la perfección es el bello id

del hombre, al cual sólo la educación puede acercarnos, pues, como dice M. Monmarson, «ella es el aprendizaje de la virtud, de la ciencia y de la fuerza».

Conviene recordar que, si bien se habla de la educación intelectual, moral y física, etc., no son, en realidad, cosas enteramente distintas, sino distintos puntos de vista del mismo asunto antropológico; pues, como asevera Montagne, «fuera una quimera pretender desarrollar un cuerpo ó una alma separadamente; es un hombre entero lo único que podemos y debemos educar».

En este punto estoy enteramente conforme con Mad. Lo-fring, la que, con este espíritu práctico que caracteriza á la raza sajona, dice que la educación tiene por objeto formar hombres, y así como nadie nace artista, *Nemo nascitur artifex*, nadie nace hombre, sino con la aptitud necesaria para llegarlo á ser, entendiendo por hombre, en un sentido, si bien vulgar, rigurosamente exacto, *al ser que hace lo que quiere, y quiere solamente lo que debe querer*; el que no reuna estas dos condiciones no es hombre, no es más que una de tantas especies zoológicas que solamente al naturalista interesa conocer.

Con esto quiero decir, señores, que si hay un cuerpo y un alma, esto es solamente bajo el punto de vista especulativo. En el concepto práctico, es completamente ilusoria su separación. Alma y cuerpo están tan estrechamente unidos que es imposible modificar el uno sin afectar igualmente al otro; el poder de disociación solamente á Dios está reservado, y por mucho que el hombre se encumbre en sus portentosos adelantos y en sus grandiosos descubrimientos, reveladores de un progreso en cuyo fondo se destaca el esplendoroso faro de la divinidad y de la omnipotencia, nunca podrá descender el espeso velo que oculta la misteriosa relación y unión íntima del cuerpo con el alma.

Asunto es este de mucha mayor importancia que el de los factores, ora se consideren aislados ora se consideren reu-
os; y estúdiase cuanto se quiera el cuerpo, discúrrase cuan-
pueda sobre el alma; tales pretensiones son muy legiti-

mas, muy justas, más diré aún, muy necesarias. Pero la frontera divisionaria entre el elemento corpóreo y el anímico ha de sernos siempre inaccesible; ahí está el Ser Supremo escuchado por sus sapientísimas leyes, ahí está, señores, el infinito, al cual por mucho que corramos no podremos acercarnos. Admiraremos lo que no podemos comprender y admiraremos la sublime previsión que ha dispuesto que no penetremos en tales arcanos, pues el hombre en su osadía trataría quizás de enmendar la plana al Supremo Creador.

Al expresarme así pudieran creer algunos que menosprecio la sabiduría; que la Ciencia es para mí cosa baladí. Nada más opuesto á mi modo de pensar. El hombre es un ser esencialmente perfectible y no puede, mejor dicho, no debe desatender esta condición que constituye su nota característica en la Creación. Hacerse sabio para ser lo más perfecto posible y contribuir al perfeccionamiento de la humanidad este es el fin práctico, el único fin que debemos proponernos. Así solamente podremos rendir el tributo de gratitud á que nuestra superioridad nos obliga; pues es una verdad trivial que á mayores derechos corresponden mayores deberes.

He hecho estas aclaraciones porque es necesario cuando de educación se trate ser inexorable con el espiritualismo, resto no diré de antiguas creencias sino de antiguas preocupaciones. Es necesario acordarse del cuerpo; precisa dar al cuerpo lo que es del cuerpo. En este punto no estoy ni puedo estar al lado del insigne Pascal. Este hombre incomparable llegó á caer en la aberración de idealizar la enfermedad siendo secundado por Novalis y otros reputados escritores.

Nosotros no podemos hacernos solidaridad de tales opiniones; pues aun cuando el hombre en sus elevadas miras haya marcado la preeminencia del alma, esto no justifica en manera alguna el menosprecio en que se ha tenido el cuerpo.

Es preciso que arranquemos del abismo del olvido el fundo aforismo de Juvenas «mens sana in corpore sano» rismo que si bien es de todos conocido no ha sido por debidamente interpretado.

Me creo autorizado para expresarme en estos términos porque me condeue y apenas contemplar el punible olvido y censurable negligencia con que lo mismo el hombre de estado que el jefe de familia han mirado cuanto se refiere al desarrollo del cuerpo.

Háse creído el primero que para defender la patria se necesitan armas y hombres, y no es así, lo que se necesitan son hombres y armas, pues por mucho que se perfeccionen las máquinas de destrucción, hay que recordar que las armas no se disparan solas ni se trasportan solas, y aunque el adelanto del armamento llegue á lo inverosímil nunca podra prescindir el soldado de la máquina humana; si ésta fracasa, inútiles son las demás.

Pronto veremos la poca importancia que dan generalmente las familias al desarrollo corpóreo de los niños é indicaremos su causa, que aunque loable, no es por esto menos peligrosa. La causa á que nos referimos es la fiebre de saber de nuestros tiempos, es el intelectualismo, entendiéndose por tal los trabajos intelectuales prematuros ó excesivos.

Razón tenía Spencer al lamentarse de que se atendiera al desarrollo físico de los animales y no nos preocupáramos del nuestro. Lo mismo ha querido significar Emerson al decir que el hombre debía ser ante todo un buen animal. Pero nadie ha defendido lo que pudiéramos llamar causa del cuerpo como Rousseau al hablarnos de la tiranía de un cuerpo débil y la docilidad de un cuerpo robusto; hecho que está completamente de acuerdo con la fisiología contemporánea.

Para terminar estas consideraciones generales y como síntesis de lo dicho recordamos el lema que encabeza el discurso inaugural del Sr. Escolá y Albano en la Universidad de Zaragoza: «El hombre es una unidad perfecta, una sola persona, en cuyo desenvolvimiento debe reinar el más perfecto acorde, cuyas potencias deben ser cultivadas en perfecta armonía con la naturaleza compleja, pero en armonía de todo su ser.»

Ha llegado ya el momento de definir lo que se entiende

por educación física y voy á evitarme el trabajo de inventar una definición; pues encuentro muy aceptables las ideas expuestas en la tésis inaugural del Dr. Alonso Rubio. Según la indicada memoria: «La educación física comprende todo lo que atañe al desenvolvimiento orgánico al regular el ejercicio de las funciones y á este estado bonancible que hace amable la vida, nos da aptitud para el trabajo y es el principal elemento de nuestro bienestar».

Opina Bain que la educación física es la fundamental y á ella deben subordinarse las demás.

Nosotros creemos que no le exceden en importancia la educación moral ni la intelectual, pues entre dos hombres igualmente buenos ó sabios, siempre será bajo el punto de vista práctico, más bueno ó más sabio el robusto y provisto de buena naturaleza que el achacoso y enfermizo, pues el primero cuenta con medios de acción, cuenta con la energía suficiente que puesta al servicio de su voluntad, puede dar en todas ocasiones un resultado útil para sí mismo y para sus semejantes.

La influencia de lo material en el hombre sobre lo que no es materia nos lo comprueban hasta la evidencia las aberraciones de carácter reconocidas por médicos y psicólogos en los sujetos afectos de padecimientos crónicos. Entre éstos ninguno como el tuberculoso ha llamado la atención, y aun cuando sea separarme algo del asunto, espero vais á permitirme una pequeña digresión á manera de desahogo médico.

Admítese generalmente que el físico desconoce la gravedad de su estado y que concibe las más halagüeñas esperanzas acerca de su curación. Yo opino que no sucede así en la mayoría de los casos, creo por el contrario que el tuberculoso tiene generalmente conocimiento de su triste estado.

Las anomalías de carácter citadas por diversos autores, entre otros por Descuret reconocen por causa la convicción profunda de que un padecimiento incurable va minando su existencia. Nada más digno de estudio para el psicólogo médico que la mirada penetrante y recelosa de estos

mos. No podéis formaros una idea de lo que molesta al tísico encontrarse con un conocido ó amigo que le salude en estos ó parecidos términos: «Fulanito parece que está Vd. malo; esta Vd. muy flaco, muy descolorido; le abrasan á Vd. las manos; debe cuidarse mucho, etc., etc.» Estas frases y otras análogas, dichas la mayor parte de las veces en tono cariñoso, producen en el enfermo un efecto muy desagradable y para evitarlas suele salir al encuentro en estos ó parecidos términos: «Yo estoy bien; si no fuera por esta tosecita nerviosa; por este catarro mal curado; por esta dispepsia, etc., yo estaría mejor que nunca». Esto me prueba que el tísico piensa en su enfermedad, está prevenido y trata de engañar ó de suggestionar á los demás para engañarse luego á sí mismo. Otra circunstancia me parece muy digna de llamar la atención, y es la siguiente: preguntadle al que sufre un dolor cómo se encuentra y os dirá que no puede vivir; el asmático que se asfixia; el cardiaco que no puede subir una escalera, en fin, en todos los enfermos hay una tendencia por cierto muy justificada á exagerar sus sufrimientos. En el tísico acontece todo lo contrario; tal que echa los bofes como suele decirse, en un golpe de tos, manifiesta que tose muy poco; el que cala las ropas de la cama con el sudor, dice que apenas suda, y así son los diversos síntomas. Esta tendencia del tísico á disminuir y aun á ocultar sus sufrimientos forma el más vivo contraste con lo que se observa en otras enfermedades. Asimismo la tendencia por los viajes y por las amistades nuevas tiene según mi criterio fácil explicación. En tierras extrañas no tiene peligro de hallarse con personas conocidas que puedan decirle, está Vd. muy desmejorado ú otras frases análogas. Como las nuevas amistades no pueden establecer juicio comparativo contesta el tísico. Yo siempre he sido de pocas carnes y aun ahora estoy más fuerte que nunca; si tose: este catarro; si está febril lo achaca á la fatiga propia por el viaje; para todo encuentra pretexto.

Se debe aconsejar con franqueza si esta ansiedad de engañar á los demás y la necesidad de engañarse á sí mismo no prueban

claramente que el tuberculoso tiene por lo general conocimiento de su estado.

No puedo ahondar ya más este asunto; me concretaré solamente á señalar que desde los trabajos de Verneuil y los más recientes de Koch comprobando la naturaleza infecciosa de la enfermedad, puede haber un nuevo motivo que justifique aún más la conducta del tísico; pues los adelantos del microscopio han traído en pos de sí un terror al contagio, un pánico por los microbios. Este terror debe desaparecer y debemos ser todos humanitarios con el enfermo, recordemos que esos micro-organismos no son tan malos como los suelen pintar, que continuamente los respiramos y los ingerimos, que en caso de ataque son muchas veces vencidos y que los adelantos de la higiene pueden hacernos esperar que con el tiempo todos estos esquizofitos, microbios, bacterias, etc., serán solamente objeto de curiosidad.

Pero dejemos ya este asunto y volvamos á nuestra tésis. Esquirol ha dicho que la educación empieza en la cuna. Sin embargo, tratándose de educación física debemos llevar más allá nuestra investigadora mirada y fijarnos en la mujer y muy especialmente en la mujer próxima á ser madre. En efecto el sér que se está formando ha de nutrirse de la sangre materna. Debe por lo tanto procurarse á ésta las condiciones de plasticidad necesaria para que pueda efectuarse su desenvolvimiento físico. Hay que procurar á la madre una buena alimentación empleando sustancias reparadoras, y entiéndase, dicho sea de paso, que no doy mucho valor á lo que los químicos llaman equivalente nutritivo y aun cuando me digan Berzelius Berthelot y todos los padres graves de la química que las lentejas tienen más nitrógeno que la carne, yo seguiré creyendo que un plato de carne me alimenta más que uno de lentejas.

Además del régimen alimenticio son necesarios los ejercicios al aire libre y el más estricto cumplimiento de todos los medios que la higiene aconseja á fin de que después de un feliz alumbramiento pueda nutrir al hijo con la rica s

del seno maternal. A ser posible la mujer no debe dejar de lactar á sus hijos. En este punto estoy conforme con Charron y Rousseau.

A numerosas consideraciones se presta cuanto hace referencia á la educación física de la mujer y aunque no fuera más que por egoísmo debiera preocuparnos seriamente este asunto, pues en vano pretenderemos que los hombres sean inteligentes y robustos, si la mujer no se halla dotada de la educación física é intelectual que ha menester para el feliz desempeño de sus funciones pedagógicas, pues no hay que olvidar que cada madre es una escuela, idea sublime de Michelet, que se presta á numerosas consideraciones y de las cuales debe surgir una trascendental reforma en cuanto se refiere á la educación de la mujer. Condorcet, es en mi sentir uno de los autores que con más acierto se ocupan de este particular. Dice este hombre ilustre que hay que dar á las mujeres la misma educación que los hombres, 1.º para que puedan regular la instrucción de sus hijos, 2.º porque la falta de instrucción introduciría en las familias desigualdades que se opondrían á la felicidad, 3.º porque las mujeres tienen el mismo derecho á la instrucción pública que los hombres, 4.º por ser un medio de hacer conservar á los hombres los conocimientos adquiridos en su juventud.

Afirma Tocqueville que la prosperidad de los Estados Unidos se debe á la gran cultura de sus mujeres; pues ellas tienen condiciones pedagógicas muy superiores á las nuestras. Así lo ha entendido esta próspera nación donde el número de institutrices excede en mucho al de profesores.

Vuestro buen criterio os dice que la mujer nos aventaja en varios conceptos y sobre todo para enseñar, hay que reconocer en ella la paciencia y la dulzura, condiciones que como

Mad. Monraron, y no porque lo diga una mujer es cierto, la hacen muy superior al hombre.

Después de la educación materna que coloco en primera línea de la educación en la escuela.

Es necesario no enviar al niño demasiado pronto á la es-

cuela ni imponerle muchas horas de trabajo intelectual y poner especial atención en su desarrollo físico y en cuanto hace referencia á la higiene escolar. Acerca de este punto disertaron en el curso pasado algunos oradores, demostrando las consecuencias del descuido de los preceptos higiénicos que origina un buen número de afecciones llamadas con mucha propiedad *enfermedades escolares*.

El mayor obstáculo al desarrollo de los niños es el surmenaje intelectual. A menudo veréis niños que apenas entrados en el segundo bistro de la existencia saben el catecismo, gramática, aritmética, geografía, historia, etc.; son, en fin, pequeños sabios. Pero fijaros breves momentos en su cuerpo. Entre los huesos y la piel hállanse unas cintas que hacen el papel de músculos; sus brazos son palillos de tambor; la cabeza es grande, desproporcionada y unida al cuerpo por un débil cuello que me produce el efecto de un alambre destinado á sostener los racimos de glándulas cervicales hipertrofiadas.

La miseria, la anémia, el escrofulismo tienen allí su más genuina representación. Son candidatos á todas las especies morbosas. Decidme si es posible que permanezcamos impasibles ante espectáculo tan desconsolador. Si no creís como yo que ha llegado el momento de establecer las bases de la educación física, educación que ha sido bastante atendida en anteriores tiempos, según espero os lo compruebe el boceto histórico que voy á exponer á vuestra alta consideración.

La educación física empezó con el primer hombre; pues tuvo necesidad de cubrir sus carnes y de nutrirse. Para el logro de tales fines tenía que moverse, que perfeccionar sus actitudes para hacerse diestro y ágil. El fué entre otras cosas el primer gimnasta.

Aceptando el criterio de Barbier entiendo por *gimnástica* la parte de la educación física que tiene por objeto la dirección de los diversos ejercicios del cuerpo, bien sea con objeto de conservar la salud ó de restablecerla. De ahí nacen las variedades de gimnasia que pudiéramos llamar higiénica

terapéutica. La gimnasia higiénica tiene por objeto no solamente proporcionar un desarrollo armónico del cuerpo, sino facilitar las diversas actitudes que el hombre debe realizar en las distintas edades, constituyendo la gimnasia llamada pedagógica ó educativa.

He indicado ya que el hombre prehistórico fué el primer *strugleforlifeur*; pues tuvo que procurarse fuerza, agilidad y destreza para contrarrestar las influencias exteriores, así no es de extrañar que la danza de los pueblos primitivos sea una reproducción de los movimientos que se efectúan durante la caza ó en la lucha.

Hace ya más de 4500 años apareció en la China el Cong-fou en cuyo texto se recomienda el movimiento como necesario para el equilibrio de las funciones y especialmente de la respiración.

Entre los indios tenemos el Ayur-veda el código de Manou y el Susruta.

En el Egipto aparece con el nombre de *Agonística* el primer asomo de gimnástica militar. Pero los primeros en dar importancia al desarrollo físico y rendir culto á la fuerza fueron indudablemente los griegos.

Todos vosotros sabéis los honores que se tributaban al vencedor en los juegos olímpicos y la gloria que conquistaron los atletas Milón de Crotona Polidamas de Tesalia, Chilón de Patras y tantos otros.

Dividían los griegos la gimnástica en *Palestrica* que comprendía los diversos ejercicios de lucha: *Hoplomaquia*; el manejo de armas: *Orquestrica* ó sean los bailes, y finalmente la gimnástica médica ó curativa cuyo fundador fué Heródico de Selimbra maestro del insigne Hipócrates con tanta justicia proclamado padre de la medicina. Este censuró las exageraciones del maestro que llegaba al extremo de hacer andar á *tricitantes* 33 kilómetros en un día; distancia que separa Atenas de Elensis. Ya veis, pues, que es bastante anti-la aplicación de esta variedad de gimnasia natural llamada *pedestrianismo* en concepto medio higiénico y curativo.

Contemporáneo del médico de Selimbra fué Ico de Tarento que trazó un régimen especial para los atletas fué pues el primero que se preocupó por esta preparación especial tan magistralmente descrita en nuestros días por Lagrange con el nombre de *entrainement* y que no juzgo muy oportuno traducir por la palabra arrastramiento: El *entrainement* no es más que el régimen conveniente para adaptar el organismo al trabajo.

La importancia dada por los griegos al desarrollo físico la testifican aquellos suntuosos edificios como la Academia del Liceo, el Cinosargo y Ptolemaxion, verdaderos templos donde se rendía culto á la fuerza. Constaban generalmente de una parte llamada *Pórtico*, donde daban sus lecciones los matemáticos y filósofos; *Ephebeo* donde se ensayaban los alumnos; *Apoditerio*, para desnudarse; *Eleotesio*, para friccionarse el cuerpo con aceites perfumados; el *Conisterio*, para frotarse con arena ó polvo; la palestra, para la lucha; esferística, para los juegos de pelota. Tenían además los *Xistos* especie de portales para protegerse del mal tiempo, y los había de verano y de invierno; el *Estadio*, espacio circular para los espectadores, y, finalmente, habitaciones para el aseo del cuerpo por los baños.

El personal de los establecimientos era numeroso, llamábase *Gimnasiarca* el primer jefe y *Sofronista* el segundo; el *Xistiarca* cuidaba de los xistos y del estadio; el *gimnasta* distribuía los alumnos, los cuales eran dirigidos en los ejercicios por el Pedotriba. Había además varios empleados subalternos como los aliptas, strigil, etc. Si bien se practicaban toda suerte de ejercicios eran preferidos los paléstricos que se efectuaban de tres modos: la lucha cuerpo á cuerpo, el pugilato con los puños; entusiasmado más aún la mezcla de ambos, conocida con el nombre de Pancracio. Era uno de los cinco ejercicios que constituían el Penthalo, siendo los otros la carrera y el salto, representantes asimismo de la agonística; el dardo en representación de la hoplomaquia, y el juego de pelota representado á la orquímica. Este se realizaba con

lotas de diferentes tamaños en lugares llamados *esferisterias* que tenían sus maestros ó *esferísticos*.

Los romanos dieron también mucha importancia al desarrollo físico; pero más que con un fin higiénico con el de dar á la patria buenos soldados. Para éstos era obligatoria la gimnasia.

Los ejercicios libres distribuían en cuatro grupos: *Ambulatio, decursio, saltatio y natatio*; creo inútil la descripción pues el nombre indica ya su naturaleza. Otro muy importante era la lucha; nada había preferible á ser un buen gladiador; este título era codiciado por los mismos emperadores, así no es de extrañar que Comodo se hiciera llamar el vencedor de mil gladiadores. A mí me parece que á sus rivales les era mucho más cómodo ser vencidos que vencedores. Dicho sea sin negar las condiciones físicas de tal emperador.

Los romanos eran también muy aficionados á la equitación y al juego de pelota; pero el paso más importante dado á favor de la educación física fué la institución de las famosas termas, de las que llegó haber en Roma hasta ochocientas, pudiendo algunas de ellas contener hasta tres mil bañistas. Los ciudadanos de la gran metrópoli preocupábanse, pues, del aseo que es no el complemento, sino lo más esencial de toda educación física.

Es de lamentar en este concepto como hace notar Philipp Daryl el estado de atraso en que hoy nos hallamos. Personas hay que sólo se lavan las manos y alguna que otra vez la cara, ocultando con sus vestiduras los estratos de suciedad en que un microscopio podía señalar las capas semanales, así se comprende que haya exclamado Daryl sobre todo el *tub*, el notable *tub*, el incomparable *tub*.

Los romanos habían adivinado las importantes funciones de la piel. Hoy todos sabemos que es un órgano respiratorio, un pulmón, y que realiza funciones de absorción, secreción y exhalación constituyendo además el principal mecanismo de regulación térmica. No es una capa inerte, no es un simple vestido del cuerpo como creen los que descui-

dan su aseo por entender que solo debe limpiarse lo que se puede entregar á la lavandera.

Los romanos hacían gala de su riqueza en esos hermosos edificios llamados termas, entre las que figuran especialmente las de Caracalla, Diocleciano, Tito y Nerón.

Las termas se componían de las siguientes piezas, primera el *Spoliatorium* ó *Apoditerium*, servía para desnudarse, y en ella prestaban servicio unos mozos llamados *capsarii*. La segunda ó *Sudatio*, era una estufa seca que recibía lo propio que el horno el nombre de *Laconieum*, podía convertirse en estufa húmeda poniendo anchas calderas con agua y entonces se llamaba *Vaporarium*. La tercera cuyo nombre de *Calldarium* ó *thermolousia* indica su alta temperatura, era generalmente conocida con el nombre de *balneum*. Los baños de agua caliente podían tomarse en grandes recipientes que solían tener algunos peces, de ahí el nombre de *piscina* donde se practicaba la natación. El recipiente de menos capacidad que podía contener algunas personas sin que se pudiera nadar, se llamaba *labrum*; cuando servían para una sola persona se llamaba *solia*. El horno para calentar el agua conocíase con el nombre *hipocausticum*. Venía luego el *Frigidarium* donde se practicaban abluciones frías, aunque lo más general era tomar baños fríos en una piscina especial llamada *Baptisterium*. Por último, el *Tepidarium* que tenía una temperatura moderada. En esta pieza había numerosa dependencia. Los *strigil* secaban el sudor, los *alipte* practicaban el masaje; la depilación estaba encargada á los *alipili*, y las fricciones á los *onctuari* que adquirían los aceites perfumados del almacén llamado *Onctuarium* ó *Elæothesium*.

Para presentar en conjunto cuanto hace referencia á la balneología, pues entiendo que el asunto es de capital importancia dado el transcendental funcionalismo que desempeña el tejimiento externo, voy á permitirme deciros aun cuando alterando el orden cronológico que en tiempos posteriores tenemos á los árabes que tampoco desatendieron el as del cuerpo. He tenido ocasión de contemplar varias foto-

fías y dibujos de baños de Granada y sus inmediaciones; entre otros, recuerdo los de Churriana, Zubia, Alhambra, Carrera del Darro, Cogollos Vega, y los de la calle de la Portella, en Palma de Mallorca; fotografías y dibujos que pertenecen al Sr. Hernando, profesor de esta Universidad.

Hoy tenemos en varias capitales de Europa establecimientos que recuerdan las famosas termas, y que generalmente se conocen con el nombre de *Hamman*. En ellos hay una hermosa sala de descanso, el *Mustaby*. La estufa seca ó *Laconium* de los romanos se halla sustituida por el *Tepidarium*, en cuya pieza se permanece unos treinta minutos. Páase luego á otra estufa de temperatura más elevada que es el *Caldarium*, y de ahí el *Alipterium* donde se practica el masaje. En estas dos la permanencia es de cinco minutos. Viene por último, el *Lavatorium* donde se practican por espacio de diez minutos abluciones de agua caliente y fría, seguidas de una ducha fría de quince segundos de duración.

Espero me dispenséis haber detallado más de lo que cabe en una Memoria de esta índole la descripción de las termas; pero aparte del punto de vista científico, confieso que me entusiasma pensar en la suntuosidad y grandeza de tales edificios. Sus hermosos mosaicos, sus preciosos capiteles; todo, absolutamente todo, revela el gusto la inspiración, y un exquisito sentimiento artístico al que no es posible permanecer indiferente.

Creo, señores, que lo expuesto hasta aquí es suficiente á probar la importancia que griegos y romanos daban al desarrollo físico. En cambio en la Edad Media cae en el más profundo olvido cuanto hace referencia á tan interesante asunto. Quedan como únicos representantes de los trabajos efectuados en anteriores tiempos, las órdenes de caballería que exigían una preparación especial para el ingreso en las mismas; y en los famosos torneos hacían alarde de agilidad, fuerza y destreza.

El ascetismo difundió su semilla, el alma lo era todo y el cuerpo simplemente su envoltorio; no hay para qué entrar en

consideraciones sobre el particular, pues las ideas que llevo expuestas ponen de relieve mi criterio sobre este asunto.

Sigo narrando: Necesitamos llegar al año 1567 para hallar un hombre que seriamente se ocupe de los medios de modificar favorablemente el organismo, éste es Jerónimo Mercurial que publica su notable obra de «Arte gimnástica» y que con justo título se considera como precursor de la gimnasia moderna.

Son también dignos de mención Lutero, Montaigne, Rabelais, y muy especialmente Cumenius.

Llega el siglo XVIII que se inaugura con la obra de Nicolás Andry cuyo solo epígrafe «El ejercicio moderado es el mejor medio de conservar la salud» da á comprender el objeto que se proponía el insigne decano de la Facultad de Medicina de París. Sin embargo, la obra no tuvo gran resonancia quizás por proceder de un médico. Era preciso que un filósofo de talla saliera por los fueros del cuerpo.

Ginebra fué la cuna del hombre necesario. Todos comprendéis que hablo del tan comentado Juan Jacobo Rousseau. Su «Emilio» debe ser leído por todo el que quiera educar. En toda la obra se nota la misma tendencia á que haya un armónico paralelismo entre los ejercicios del espíritu y los del cuerpo, así nos dice ¿queréis cultivar la inteligencia de vuestro discípulo? Cultivad la fuerza que debe gobernarla: ejercitad continuamente su cuerpo; hacedlo robusto y sano para que sea sabio y razonable.

Me llevaría demasiado lejos el entrar en consideraciones sobre los trabajos del insigne ginebrino y como urge abreviar paso ya á ocuparme de su conciudadano Enrique Pestalozzi que con justicia puede considerarse como el más genial de los pedagogos. Pestalozzi funda la base de la educación en el desarrollo progresivo de las facultades humanas. Los resultados obtenidos en la escuela de Stanz son el mejor testimonio de eficacia de su método. Recomiendo á todas las madres se teren de cómo educaba Gertrudis á sus hijos. A él se debe la introducción de la gimnástica en las escuelas.

Contemporáneo de Pestalozzi fué Federico Froebel nacido en Obervneisbach en 1772. Este reflexivo pedagogo autor de los *Kindergarten* ó jardines de niños, formula las siguientes proposiciones:

- 1.ª La educación comienza al empezar la vida.
- 2.ª La educación del alma debe empezar con la del cuerpo.
- 3.ª La educación debe proponerse desenvolver de una manera armónica y gradual las facultades físicas, intelectuales y morales de los niños.
- 4.ª El niño debe ser dirigido según la naturaleza de su ser y puesto en posesión del libre empleo de sus facultades.

De los tres departamentos de que constan los *Kindergarten*, el llamado *Patio* es donde se verifican los ejercicios gimnásticos que consisten en movimientos sacados de la vida real sin el concurso de aparatos y acompañados de canto.

La gimnástica recibió luego nuevo impulso. Hiérguese cual soberbio edificio sustentado por cuatro robustas columnas. Estas son: Tahn en Alemania, Clías y Amorós en Francia, y Ling en Suecia.

Muchas veces se ha tratado del coronel Amorós, pero en medio de las censuras que por otros conceptos pueden dirigirse á este intrépido valenciano es indudable que algo bueno encierra su obra titulada «Nuevo manual completo de educación física, gimnástica y moral». Verdad es que lo mismo en el inventor del trapecio, el marqués de Sotelo, que en su contemporáneo Clías hay que lamentar un abuso de acrobatismo.

Jahu en Alemania se propuso no hacer hombres sanos sino buenos soldados. De él proceden la barra fija y las paralelas.

La figura que sobresale en el concepto higiénico y muy especialmente en el médico, es la de Pedro Ling, fundador de la gimnástica llamada *sueca*, basada en los conocimientos que de anatomía y fisiología tenía el célebre escandinavo, al-

creen que la gimnástica de Ling consiste sólo en movimientos con resistencia. Como hizo observar muy atinadamente el Sr. Enstrong, en una conferencia dada ante la sociedad gimnástica española, Ling tenía gimnasia para sanos y

gimnasia para enfermos y la gimnasia libre de pie que les servía de introducción. En Suecia donde es obligatoria la gimnasia desde 1863 realízanse en las escuelas elementales los ejercicios libres y con aparatos como son barras, maromas, cuerdas, caballos, etc.

El incremento que después ha tomado la gimnástica es tal, que es en muchos países no solamente preceptiva en las escuelas normales sino en las de niños y niñas.

En Alemania y Suiza predomina el sistema Froebel. En Prusia, Sajonia y Hungría, es obligatoria la gimnástica para los niños. En Noruega y Dinamarca rigen las mismas costumbres que en Suecia y predomina el sistema Ling. En Bélgica y en Austria se enseña la gimnasia en las escuelas elementales de niños y niñas. En Italia se ha establecido en los institutos. En Francia hay buen número de gimnasios y predomina la afición al trapecio y á la barra fija. En Inglaterra hay más entusiasmo por los ejercicios de *sport*. Lo propio ocurre en los Estados Unidos, si bien en esta nación se practica bastante el sistema sueco.

En España, no hay para qué decirlo, no es obligatoria la gimnástica en las escuelas, y si se siente algún entusiasmo débese á los inteligentes y celosos profesores con que contamos, á nuestro carácter travieso, á nuestra sangre bullidora que nos lleva siempre al movimiento y á la actividad, á este no sé qué belicoso que hemos heredado de nuestros antepasados y que nos tiene siempre dispuestos á la lucha en sus distintas manifestaciones, de ahí nacen en lo político nuestro régimen parlamentario, en lo físico la afición á los juegos de rivalidad y en el concepto recreativo el entusiasmo por los toros, que es después de todo un verdadero *sport nacional*.

Mucho lamento que el poco tiempo de que puedo disponer no me permita dar algunos detalles de técnica gimnástica; me concretaré á decirlos que los ejercicios gimnásticos pueden ser libres y con aparatos y que éstos pueden ser móviles como las mazas, movibles como el trapecio, y fijos como el po

La gimnasia llamada de salón tiene también sus indí

ciones y debe ser conocida no solo por los pedagogos sino por las madres. En ella se realizan movimientos de la cabeza del tronco y de las extremidades, pueden ser sencillos ó combinados y efectuarse en flexión, extensión, aproximación, separación y circonducción.

Bajo el punto de vista científico hay que reconocer en Ling quizás la primer figura en lo referente á gimnástica; del sistema sueco han partido varias modificaciones introducidas por Pichery, Burlot, Zander y otros varios en los que la oposición se realiza con resortes metálicos ó de goma y por medio de palancas y pesas. A este último sistema pertenece la ingeniosísima polea recientemente ideada por nuestro compatriota el Sr. Martínez.

La descripción de los demás ejercicios que pueden practicarse y de los aparatos utilizables á este efecto fuera cuestión no solamente larga, sino enojosa. Lo mejor que puedo aconsejaros es que visitéis los establecimientos gimnásticos de esta capital donde con el material á la vista podréis ser ilustrados por sus distinguidos profesores y admirar los recursos con que cuenta el arte para activar el desarrollo físico y corregir las actitudes viciosas, parte esta última que constituye lo que llamamos gimnasia ortopédica.

Y no hablo más de gimnástica, pues un tratado serio sobre este particular ha de ir precedido de la fisiología del movimiento y de un detenido examen del ejercicio en todas sus acepciones.

Entiéndese por ejercicio la práctica metódica del movimiento. Con esto comprenderéis su importancia, pues este es el principal atributo de la existencia. La más importante de las funciones, la nutrición en sus dos procesos apropiativo y eliminativo llamados respectivamente asimilación y desasimilación no es más que un movimiento molecular y la circulación, la respiración, en una palabra, todas las funciones se hacen ostensibles por el movimiento, llámense latidos en el corazón, inspiraciones en los órganos respiratorios, etc., al y al cabo movimientos.

Definido ya el ejercicio y expuesta la importancia del movimiento, réstame decir que la principal clasificación de los ejercicios consiste en dividir éstos en tres grupos, llamados activos, pasivos y mixtos; pueden asimismo ser suaves, moderados y violentos; y finalmente, Lagranje hace un estudio fisiológico de los mismos formando tres secciones que llama ejercicios de fuerza, de velocidad y de fondo.

Los ejercicios activos están caracterizados por contracciones musculares subordinadas á la voluntad; los pasivos son los que no se hallan en este caso y los mixtos los que participan de ambos. Entre los ejercicios activos hay algunos como la marcha, la carrera, la natación, forman lo que pudiéramos llamar *gimnástica natural*.

La marcha es el más importante de los ejercicios y si bien las necesidades de la vida obligan á los adultos á andar lo suficiente, no faltando una profesión de *corredores* hay que exceptuar á los hombres de bufete á los acaudalados que abusan generalmente de la restación como si el tener dinero autorizase el no tener piernas, finalmente las mujeres y muchas veces los niños suelen verse privados del ejercicio necesario que viene á ser al cuerpo lo que el aseo es á la piel, pues las substancias que han experimentado una combustión incompleta, reciben mayor proporción del comburente necesario, se oxigenan y luego se eliminan, realizase, pues, una *toilette* interna que restablece el equilibrio de las funciones.

La importancia de la marcha y de la carrera ha trascendido al extremo que han llegado á construirse *Antropódromos*, donde los héroes pedestres han dado pruebas de su poderosa actividad locomotriz. Nosotros hemos conocido en esta capital varios prodigios y entre otros, nuestro conciudadano Bielsa.

Prescindiendo de exageraciones, preciso es convenir en que no hay tónico ni eupéptico de más valía que un buen paseo; así me explico las palabras de Rousseau: La marcha me aviva mis ideas; no puedo casi pensar cuando estoy parado; es necesario que mi cuerpo esté en movimiento para que funcione mi inteligencia y me explico también

fussreigen ó viajes á pié á que tanta afición tienen los alemanes.

Para la práctica de estos ejercicios y otros que constituyen la gimnástica natural y recreativa juzgo muy conveniente la institución de parques á manera de los *grounds* ingleses. Entre los diferentes grounds con que cuenta el Reino Unido el que puede servir de modelo es el de Etou, cuyo *head master*, Mr. Warre, es indudablemente el hombre más competente en asuntos de Sport. En este aristocrático establecimiento han sido educados Gladstone, Rusel y Pcel.

Pero ya que no á todos es posible educar á los hijos con las condiciones que una posición desahogada proporciona, debo por lo menos recomendar que á los niños se les deje correr, y creo no exagera Lagrange al asegurar que sobre el desarrollo pulmonar tienen más influencia las piernas que los brazos.

En la imposibilidad de tratar de todos los ejercicios voy á decir cuatro palabras de uno que es principal de entre los recreativos y que aparte de la poesía que encierra es una verdadera panacea y muy preferible á las que se anuncian en la cuarta plana de los periódicos; me refiero al baile, pero acontece con este ejercicio, lo que con los buenos remedios, lo importante es la dosis. De ahí que debe criticarse el vértigo de estos bailarores de profesión que como suele decirse, no encuentran hora de acabar, pues si bien es cierto, como hace observar Lagrange que el placer da resistencia para la fatiga, así como las pasiones deprimentes predisponen á ella. Sin embargo, hay que recordar que el exceso de trabajo físico determina un aumento de los productos de excreción, y si se tiene en cuenta la atmósfera viciada y la alta temperatura que suele haber en los salones, se comprenderá fácilmente como un enfriamiento á la salida de los mismos, puede oponerse á la eliminación de los referidos productos y dar origen á enfermedades.

—ismo puede acontecer al salir de cualquier espacio y que tenga, como suele decirse, buena tempera-

tura; el acceso al exterior puede dar, si no se toman las precauciones necesarias, funestos resultados.

El enfriamiento es muchas veces el causante de varias enfermedades infecciosas, y se explica fácilmente que así sea, pues la depuración orgánica es necesaria para un perfecto equilibrio pensional, ya que nuestro organismo, según han demostrado Brown, Seguard, Arsonwal y sobre todo los eminentes Brieger y Bouchard, no es más que un laboratorio de sustancias tóxicas.

A este propósito, debo indicaros, á guisa de precepto higiénico, que no es necesario taparse la boca con un pañuelo al salir de los teatros, bailes y demás reuniones públicas; basta con tener la boca cerrada y respirar por donde se debe, ó sea por la nariz, que es la primera porción del aparato respiratorio. Deben recordarse las palabras de Catlín: «Cierra la boca y salvarás la vida.» Tan interesante es este precepto, que no es de extrañar que Guye recomiende practicar la oclación bucal en los niños, bien sea con la mano ó con un vendaje, para acostumarles á que respiren por la nariz.

Todos sabéis, mejor que yo, las innumerables variedades de danzas y bailes; en unos se verifican repetidos movimientos y saltos, son más propios de los países fríos, y tienen por objeto aumentar las combustiones intraorgánicas; ejemplo, la polka. Otros son de movimientos pausados, y de ellos el mejor ejemplo es el danzón cubano, en que más que movimientos traslativos, hay movimientos ondulatorios; estos bailes tienen por objeto sacudir el estado de atonía de los órganos de locomoción, determinada por el calor excesivo.

En los bailes con movimientos libres hay también diferencias notables, según los países; es un buen ejemplo la diferencia que hay entre la jota aragonesa y la folia de las islas Canarias.

Y ya que trato de bailes, no debo dejar de mencionar acompañados de canto; entre éstos, lo que más ha llamado mi atención han sido las zambras de la gente de colo. Cuba, en las que una parda ó una morena ejecuta los

graciosos disloques al són de la no muy armoniosa marimbu-la, y acompañada del coro que, con graciosa monotonía, entona imperturbablemente el *Congome tela cucalange Cubile cubilinganga cubile*.

Pero basta ya de baile.

Yo bien quisiera entrar en consideraciones higiénicas acerca de otros ejercicios. Esto sería de indiscutible utilidad, pero no es para tratado en una sola sesión. Además, en la serie de informaciones que han de emitirse en el presente curso han de surgir una porción de asuntos higiénicos. Uno de los más curiosos é interesantes fuera hacer un detenido estudio de las diversas substancias narcóticas y excitantes que se usan, lo mismo en los pueblos incultos que en los civilizados, y determinar su transcendencia en el concepto antropológico, y muy especialmente bajo el punto de vista de la criminalidad.

Triste es decirlo; pero entre el oriental, que, después de fumar el opio, lanza la terrible imprecación *Amok*, que sirve de prelude á los más horrorosos crímenes, y el ciudadano de países civilizados, que, después de repugnantes libaciones en asquerosos antros del vicio y del libertinaje, saca la *herramienta* y arrebatada la existencia de un semejante por un quítame allá esas pajas, no es grande la diferencia, y urge sobre manera hallar pronto remedio á tan tristes males.

Para no separarme mucho de mi asunto, os diré en lo referente á bebidas alcohólicas que están por extremo generalizadas. El alcohol ha salvado todas las distancias, se ha extendido por todas las latitudes; no creáis que solamente en Europa se *bebe*; no es así, es en todas partes; en el continente africano tenemos el *pito*, el *pombie*, el *bouza* y el *bulbul*. En América el *pulque*, el *mescal*, la *chicha*, el *cachiry*. En Asia, la misma China, tan separada de las naciones europeas, y no me refiero al concepto geográfico, hay, entre otras bebidas alcohólicas, el *kao-liang*, el *manduring*, el *chong* y el *fan-tsou*; en las islas de Polinesia se abusa del *kawa* y del *tií*. Entre las bebidas alcohólicas hay algunas tan repugnantes

como el *kanyangstein* de los tártaros, que preparan poniendo á fermentar el arroz con sangre de cordero.

Nada digamos de sustancias narcóticas como el opio, tan extendido entre los turcos y los chinos. El *haschich*, tan generalizado entre los orientales, que es una planta parecida á nuestro cáñamo, y cuyas sumidades, que son las que principalmente se utilizan, se conocen con los nombres de *bhang* y de *ganja*.

La embriaguez producida fumando las sumidades mencionadas, ó por ingestión de las bebidas alcohólicas que contienen haschich, y muy especialmente el *chatskary*, se originan delirio y ensueños voluptuosos. En esta planta ha querido reconocerse el *nepentes* de Homero. De ella se servía Hassan Ben-Sabbach para estimular y enardecer los instintos criminales de sus sectarios; de ahí la palabra asesino, derivada, según Saey, de haschich, nombre de la planta usada para tan perversos fines. Propiedades análogas tiene la *mariguana*, que fuman los indios de Méjico, especialmente los de tierra fría, y el *kiff* de los marroques.

Varias plantas de la familia de los solanáceas gozan de propiedades análogas. Una que si bien no produce esta terrible excitación no deja de ser un tóxico cuando se aspira en exceso su humo embriagador es el tabaco, que según parece los expedicionarios de Colón vieron fumar á los indios con el nombre de *cohiva* en aparatos especiales llamados tabaco, que ha seguido dándose á la planta. Como dato curioso diré tan solo que el humo de un gramo de tabaco, contiene próximamente medio milígramo del letal abaloide conocido con el nombre de nicotina.

Si bien en lo físico reconozco los trastornos que puede producir el abuso del tabaco, en lo moral estoy muy distante de admitir la perniciosa influencia que le asigna el original Tols-toy. Solo algún tabaco como el aliñado que fuman los incas del Pará que produce fuerte excitación puede determinar fatales consecuencias en el concepto últimamente expue

Hay por fin un grupo de sustancias cuya infusión cor

tuye lo que los higienistas llaman bebidas aromáticas y que por más que se llamen *dinamóforas*, *hiperdinámicas* y *dinamogénicas* y que según opinión de Kuss y Duval favorecen la transformación del calor en fuerza, su abuso no está exento de peligros, además no todos están conformes en llamar á estas sustancias agentes de ahorro, hay por el contrario quien las considera como agentes de usura que obran aumentando el gasto ó sea activando la desasimilación.

De todas las bebidas la que tiene para mí más importancia es el café, el célebre Kuchwa de los árabes cuyo abuso puede acarrear enfermedades nerviosas y del órgano central de la circulación. Su principio activo llamado cafeina se ha encontrado en una porción de plantas, las más importantes son el té, el mate y el guarana.

En Africa de donde parece proceder el café hay un buen número de vegetales que contienen cafeina, entre ellos está *ombiné* ó *gouzou*, que crece en el Africa tropical y de la cual habréis oído hablar con el nombre de *kola*; las semillas de la *Parkia africana* que crece en el Sudán y las de *Musaendra borbónica* de la isla de la Reunión contienen asimismo el alcaloide mencionado.

Fuera cuento de nunca acabar tratar de la influencia que en lo físico y en lo moral pueden ejercer estas sustancias y otras muchas que dejo sin mencionar dadas las condiciones individuales y climatológicas.

Pero el tiempo transcurré, y como no pretendo abusar de vuestra benévola atención, voy á finalizar el trabajo, ocupándome muy ligeramente de los juegos de acción que constituyen indudablemente el capítulo más importante de la educación física.

Por vía de introducción, voy á repetir las palabras del ya mencionado Lagrange: Todo juego tiene como estimulante, y como moderador la fatiga. El remedio de la fatiga es el reposo, y la profilaxis, el trabajo.

Los juegos al aire libre tienen tres indiscutibles ventajas: recreativos. 2.º Pueden efectuarse en cualquier par-

te. 3.º Evitar los inconvenientes de un espacio confinado.

En Bélgica, en 1883, organizó la enseñanza de los juegos, efectuada por los profesores de gimnástica. En Alemania y en Austria, también se ha tratado de la introducción de los juegos en las escuelas, por más que tienen el inconveniente de que se necesita un local espacioso.

En Inglaterra, hay grande afición por los que llama Lagrange *juegos atléticos*, y se han organizado sociedades de Sport, en las universidades de Oxford y Cambridge, en éstas no hay un alumno que deje de jugar al críquet, y al football. Juegan también al *golf*, *lown-tennis* y *croquet*, comprendidos todos en los que ellos llaman muy atinadamente *manly exercises*.

Al que quiera más detalles le recomiendo la lectura del del precioso artículo, que con el epígrafe de «La educatione física é i cinochi nelle secolle» ha publicado recientemente en «La Nuova Antología» el ilustre Angelo Mosso.

En España, por sus condiciones climatológicas variadas, y por circunstancias etnológicas que conocéis, hay juegos los más diversos. No hay para qué hablaros de los infantiles como las *mocitas*, el *pompon*, el *gazapito*, los *cinco lobitos* y otros muchos cuya sola lista fuera interminable. Son juegos de manos y de dedos generalmente acompañados de canto que han sido entre otros estudiados por el Sr. Maspons con el título de *Jochs de la infancia*.

Más interesantes son la serie de juegos para adolescentes y que se efectúan al aire libre como el escondite, las veletas, las cuatro esquinas, el gato y la rata, el lobo y la pastora, moros y cristianos, justicias y ladrones que recuerdan algo al *Hares aud haunds* de los ingleses, la gallina ciega que viene á ser entre nosotros lo que la *mére Garuche* y *Colin Maillard* en Francia.

No voy á describir estos juegos ni otros muchos generados en nuestra península, y que son de indiscutible utilidad, como el marro, el tejo, la barra, los bolos, pues que para sacar algún partido no hay más remedio que pi

ticarlos, y para entenderlos lo menos que puede hacerse es ser espectador.

Entre los diversos juegos de nuestra península el más importante es indudablemente el juego de pelota.

En una conferencia dada en este centro por el Sr. San Martín, que versaba sobre el estudio de los juegos corporales más convenientes en España, fueron expuestas con precisión y claridad las que pudiéramos llamar indicaciones del juego de pelota en sus distintas formas, que el disertante redujo á cuatro: el blé, el trinquete, el rebote, y al largo, las excelencias de éste último fueron prácticamente demostradas por el Sr. San Martín, quien probó asimismo que nuestros juegos en nada tienen que envidiar en lo referente á ventajas para el desarrollo físico á los más acreditados de otras naciones.

El entusiasmo por los juegos, y especialmente el de pelota, lo acreditan los frontones de esta capital, cada día más concurridos; sin embargo, creo deben censurarse las tendencias especulativas de algunos *amateurs*, ó por lo menos no permitir apuestas de cierta cuantía.

En los paseos, plazas y jardines, y muy especialmente en el Buen Retiro, veréis practicar, durante la buena estación, los juegos más variados: distintas rondas, las cuatro esquinas, la pelota, la comba, el volante, el aro; por fin, el estanque permite practicar el ejercicio del remoque, que es uno de los más favorables al desarrollo torácico como lo acreditan los famosos *rowing clubs* de los ingleses. El velocipedismo cuenta entre nosotros bastantes partidarios, y tenemos club de velocipedistas, no tiene más desventaja que ser un sport caro.

Aun cuando en las naciones septentrionales son más necesarios los juegos atléticos y de ahí el criquet, el foot-ball, el hockey y los patines de los ingleses; sin embargo, los juegos en camino por donde quiera.

o de los mejores ejemplos es la Isla de Cuba, donde á de sus condiciones climatológicas se cultiva mucho el

sport norteamericano llamado *base-balle*. Y en el mes pasado los famosos clubs Almendares y Habana han efectuado un *match* en competencia con profesionales *yankees*.

Voy á terminar, y aun cuando no he hecho más que presentaros kaleidoscópicamente los distintos puntos de vista que abarca la educación física que, como el Sr. Fragua en un artículo publicado por *El Globo*, son el antropológico, sociológico, pedagógico, artístico y médico, creo que por lo menos, y no es otra mi pretensión, se desprende de cuanto llevo dicho, la necesidad de fomentar los juegos, cuyas indiscutibles ventajas han sido magistralmente señaladas por La-grange.

La imprescindible necesidad de difundir los preceptos higiénicos, cuyo desconocimiento hacen imposible el bienestar material y el moral y la utilidad de la gimnástica comprobada en multitud de ocasiones y muy recientemente en la fiesta que tuvo lugar en 31 de Julio último en Ginebra, á la que acudieron más de 4.000 gimnastas.

De las tres consideraciones apuntadas surgen, entre otras cosas, las siguientes conclusiones, cuya ampliación recomiendo á vuestro celo é indiscutible cultura.

Hay que procurar en las escuelas las mejores condiciones á fin de que no se conviertan en peligro constante para nuestros niños. Exíjase la cantidad necesaria de aire y de luz. Determínese hasta los menores detalles que debe de reunir el material de enseñanza aconsejando los ejercicios gimnásticos libres en agrupaciones, y á ser posible, acompañados de canto sin olvidar los paseos, juegos y colonias escolares y las prácticas hidroterápicas.

Fomentar el entusiasmo por los juegos al aire libre. Inquirir cuales sean los más usuales en las distintas comarcas de la península y los que deben preferirse en los dos sexos y en las distintas edades y atendiendo á otras condiciones muy especialmente las climatológicas de la localidad.

Es preciso que los gobiernos se preocupen seriamente mejorar las condiciones tristísimas en que se encuentra

clase obrera sobre todo en lo referente á vivienda y alimentación, persiguiendo con energía las sofisticaciones de los artículos de consumo diario, procurando la baratura de los mismos y fomentando la construcción de barrios obreros.

Resumiendo, procuremos por todos los medios posibles dar á la patria hombres robustos y vigorosos cuya suma de actividades constituya una sólida garantía de prosperidad, sólo así nuestro poder y dominio harán que conquistemos el lugar preeminente en la escala jerárquica de las naciones que en otro tiempo alcanzamos, pues conviene no olvidar las palabras del ex canciller Bismarck: «Hay que ser fuerte para que no le molesten á uno y le dejen vivir en paz».

M. DE MONSERRATE ABAD.

PLAN DE UN LIBRO

Por el año de 1882 tuve la humorada de publicar en la Hoja literaria de *La Epoca* tres largos artículos sobre el vino, trabajo que, sin mi anuencia, bautizaron en la redacción del diario de la calle de la Libertad con el nombre de *Historia del...* siendo así que á más de ésta (referida muy á la ligera), contenían aquellos consideraciones de mi propia cosecha: por ejemplo, el paralelo entre la biblioteca y la bodega, aplaudido por el erudito escritor Balbín de Unquera.

Como preguntase yo entonces á mi respetable y muy querido amigo el señor Duque de Rivas qué le parecían los tales artículos, con la franqueza propia de su noble carácter y la autoridad de su mucho saber, me respondió:

—«Querido Juanito, todo aquello trasciende á media legua á erudición de Diccionario enciclopédico.»

Dolióme el palmetazo, porque las verdades amargan, y, con propósito de la enmienda, concebí entonces la idea de escribir un libro sobre el más famoso de todos los líquidos.

Un día, en mi despacho del Ministerio de la Gobernación —Dirección de Beneficencia y Sanidad, Negociado de Dicho— me desesperé no descifrando la enrevesada letra una escritura fundacional; al poco tiempo me matriculaba en la *Escuela Superior de Diplomática*. Seguí aquellos estud

con alguna afición, y á la bondad de mis profesores debí— tres años después, ayudado por mis amigos—una plaza, que conservo, de profesor auxiliar en aquel modesto y olvidado centro del saber.

Más tarde los azares de la suerte me destinaron á una riquísima y bien ordenada biblioteca, en donde á las órdenes de persona muy conocida entre bibliógrafos y bibliófilos, paso diariamente cinco ó más horas catalogando, leyendo, tomando notas y convenciéndome de la razón con que el sabio dijo: *Nil novi sub sole*.

Cuando me posesioné de esta plaza, ya poseía algunas curiosas noticias sobre el vino: hoy las notas llenan los cajones de mi mesa, ilustran mis libros, ocupan mis bolsillos y tienen en algunos puntos tal importancia, que poco tuve que extractar del precioso trabajo de Edmundo de Amicis: «El vino; sus efectos psicológicos.»

Obras como *L'art de classer les Notes...*, de P. Guyot Daubés, me ofrecían sin duda prácticos consejos para la ordenación de mis muchas noticias vinícolas, pero antes de emprender trabajo tan minucioso era preciso supeditarlo á un plan más amplio.

Pensé, consulté y, por fin, teniendo en cuenta que mi obra se limita á tratar de cosas de nuestro país, con marcado sabor arqueológico, decidí bautizar el libro con el nombre de

EL VINO EN ESPAÑA

En sus relaciones con todas y cada una de las asignaturas que se cursan en la ESCUELA SUPERIOR DE DIPLOMÁTICA.

Por lo que hace á los demás aspectos bajo los cuales puede estudiarse el zumo de la uva, si bien no pienso tratar de directamente, la bibliografía que llevará «El vino en España»—por fuerza más completa que la publicada en el catálogo de la Exposición vinícola nacional de 1877—con-

ducirá al lector, como de la mano, á las fuentes del conocimiento etnológico, á la cerca de la viña y á las puertas del lagar.

¿Podrá decirse del plan de mi libro que es fruto criado en invernadero, que lo ofrezco fuera de sazón?

En las Cámaras francesas y españolas, en la prensa diaria, en el teatro, en la tertulia y en el café, es tema obligado hablar del vino.

D. Emilio Castelar, en el último almanaque de *La Ilustración Española y Americana*, ocupa varias páginas tratando de «La invención del vino en las artes y en la industria». Don Antonio Sánchez Pérez, con la discreción y buen gusto que le distinguen, escribe sobre «Los vinos españoles y el teatro francés». El conde de San Bernardo, después de D. Nilo María Fabra, llama la atención del Gobierno sobre la nueva y empecatada industria de «Los vinos artificiales». Todos los periódicos divulgan el secreto para hacer vinos superiores con caldos ordinarios. *El Figaro* y *The Times*, á consecuencia de las opiniones exageradas del novelista ruso Conde de Tolstói, inician curiosas polémicas sobre las influencias del alcohol. Jerez se defiende de la competencia extranjera fabricando exquisito *cognac* y delicioso *Champaña*, mientras que legos y cartujos, de la *mora* y del *eucaliptus*, extraen dulces licores. Se imprimen á porrillo «Avances estadísticos sobre cultivo y producción de la vid en España» y estadísticas sobre la borrachera en Inglaterra. La prensa de la república vecina describe las bacanales de los muelles de Ruen, á la llegada de nuestros caldos, y el gran poeta D. José Zorrilla usa por vez primera el precioso verbo *encepar*.

Por fin, el señor ministro de Fomento pone á la firma de S. M. la Reina el decreto creando una estación etnológica central en el Instituto Agrícola de Alfonso XII, y las que el Gobierno considere necesarias en las comarcas vitícolas de mayor importancia.

Desgraciadamente, si no con las manos cruzadas, ellas sumergidas en el mosto, me veo condenado—por fa

de tiempo, de editor y de...—á presenciar tanto *cañeo* (beber en cañas) sin poder dar á luz mi bota ó porrón exclamando:

—«También lo bebo.»

Por hoy me limito á asomar las narices á tentar el vado, publicando el plan de una obra de actualidad: plan que podrá sufrir muchas modificaciones en consonancia con mis estudios sucesivos, de acuerdo con los buenos consejos, advertencias y datos que me proporcionen sabios, amigos y desconocidos.

Como aquel *discurso preliminar*—aunque sea mala comparación—con que se encabeza la *Historia de España* de don Modesto Lafuente, romperé plaza en mi trabajo una no muy larga *Introducción* que pudiera llamarse «armonía de los pámpanos», y tratará del vino en todos los tiempos y países: cuatro pinceladas sobre las conquistas del líquido que «despierta en el hombre ideas é intuiciones de indefinible lucidez y atrevimiento»; como dijo, en su último libro, el gran novelista D. Pedro Antonio Alarcón.

Primera parte.

Capítulo I.—La vid y la parra.

Aún discuten los sabios sobre quién fué el inventor de la pólvora, pero no sé que se hayan suscitado grandes polémicas encaminadas á investigar los verdaderos orígenes de la madre del vino, que según afirma Diodoro de Sicilia fué descubierta por Osiris en Niza.

Ya veremos si esto es verdad.

En este capítulo se estudiarán las tradiciones sobre Saturno, Baco y Noé, el origen del traje y la existencia de algunas cepas y parras famosísimas como las de *Gaillac*, *Hampton-Court*, *Montecito*, *Oys* (Portugal) y otras no menos notables.

El Capítulo II va dedicado á «La viña», emblema de la *La*, asunto de las mejores parábolas en los libros sa-

«La uva y la pasa» ocupan el III, y por Dios que don Pastor y Landero verá notablemente adicionada la

extensa nomenclatura que en el año 87 facilitó á Kasabal para un precioso artículo de *El Resumen*.

Capítulo IV.—«La vendimia y la vendaja.» Su historia, fiestas, influencias en las artes y en los cantos populares. Poesías, cuadros notables, etc., etc.

«El lagar y los paseros» ofrecen materia para el Capítulo V.

«La tinaja, el tonel, el pellejo y la bota», para el VI.

De «Bodegas y tabernas», se habla en el VII.

De «Vasos, copas, porrónes, etc.», en el VIII. Aquí ocupará puesto de honor el folleto «Dos cartas», del Dr. Thebussem y D. Juan J. Cortina.

«Bebidas semejantes al vino» se intitula el Capítulo IX. Estudiándose en él un número infinito de bebestrajos, desde el *Calida* ó *Calda*, de griegos y romanos, hasta el *vino de naranja*, sobre el cual escribió unos *Apuntes* el Dr. D. Francisco Calvo y Sebastián en 1876.

Capítulo X.—«Amigos y enemigos del vino.»

Estudio de las plagas de la vid, materia que trató en España con gran conocimiento de causa D. Juan Rodríguez y Ruíz en su «Patología vitícola», y en Francia J. Bel y otros. Secretos é invenciones para la conservación y mejora de los vinos; tales como el *Enosótero*, *Enantioxioenótico* y el *Asiduo*.

«Efectos físicos y morales del vino» llamo al Cap. XI.

En él se trata muy por extenso de la borrachera, pesando gran número de opiniones de médicos, filósofos, criminalistas y bebedores, con citas y extractos de libros, impresos y manuscritos, tan curiosos como el de D. Jerónimo Pardo «Del vino aguado y del agua envinada», el «Ars bibendi», m. s. inédito, el «Modo de beber el vino...» de Luna y Mendoza, y otros por el estilo, hasta nuestro contemporáneo el Dr. Pulido, cuyo parecer en este punto, conviene con mi opinión ya formada. Remedios contra la embriaguez, como son las inyección de cloruro de oro, que se aplican en los Estados Unidos de América del Norte, y estudio de alimentos *para beber* á l que llama el amigo Rivero (D. Isidoro) *empapantes*. Por úl

mo, historia de los más famosos bebedores; desde un Duque de Clarence—hermano de Eduardo IV de Inglaterra—que eligió entre todas las muertes ahogarse en un tonel de malvasía, hasta el célebre *Peluquin*, medidor de granos en Sevilla.

Con el Cap. XII. «Diversas aplicaciones que tuvo y tiene el vino»—entendiéndose por tal «el zumo de uvas cocido y depurado de todos sus recrementos, por su propio calor natural»—terminará la primera parte de mi obra.

En la asignatura de «Gramática histórica» han de estudiarse en serio cuantas palabras constituyen el que pudiera llamarse *léxicon del vino*=*propna*, que significa *borrachera*, según un sabio, *discípulo de Bardón*, «*espuela, rátigo, garapitero, madeja*, etc., etc.

En «Paleografía y Diplomática» ofreceré una colección de facsímiles de documentos curiosos sobre el vino, tales como la «Cédula de Don Alonso V de Aragón» á favor de su bufón Mosén Borra, tenida por apócrifa, ó aquella célebre franquicia que Felipe IV otorgó á los taberneros para aguar el vino.

En «Geografía histórica» agruparé por provincias todos los vinos españoles, antiguos y modernos, sacando del olvido en que yacen algunos que fueron muy apreciados, como el *Yepes*, localidad más nombrada hoy por sus *melindres*, el *San Martín*, que pasaba por el mejor entre los blancos, el *Illana*, que fué el primero de los tintos, y el moscatel de *Alcalá de Henares*.

Mapas y gráficos, semejantes á los trazados en Francia por E. Cortambert ó P. Foncín, completarán el estudio, motivo de este capítulo, cuyo trabajo facilitan libros raros como el de Pons de Icart, que dedica muchas páginas á los «vinos de la ciudad y campo de Tarragona. Sobre «Arqueología» é «Historia Literaria» abruma el material.

Estudios sobre las *hidrias* de las bodas de Canaán que se estudian y veneran en la catedral de Oviedo y en el Real Monasterio de San Lorenzo del Escorial. Iconografía y simbolismo cristiano, Jonás descansando bajo un emparrado,

Imagen de Nuestra Señora de la Parra, cálices, notables vinajeras, etc., etc.

Poemas inéditos.—Antologías clásicas.—Refranero del vino.—Cantos populares.—Definiciones humorísticas como la que, del *Tabernero*, dió D. Narciso Campillo, á semejanza de Gregoire en su muy ingenioso «Diccionario.» Dichos de beodos. Explicación de frases como «entre Pinto y Valdemoro...»

Poesías árabes españolas con motivo del vino, que estos «aún contra su maldita seta»—como dijo el Dr. Juan Sorapán de Rieros, del insigne *Avicena*—también *lo bebían* y cantaron. Dígalo sinó la traducción que hizo D. Juan Valera de la obra de Schak.

En las dos asignaturas de «Instituciones de las edades media y moderna» irán, extractadas y comentadas, cuantas disposiciones sobre la viña, el vino, y sus expendedores contienen fueros, cartas pueblas, códigos, ordenanzas municipales y leyes vigentes.

«Historia de las Bellas Artes.»

Abrazará un compendio de las más notables manifestaciones artísticas, en la música, pintura, escultura, grabado... cuyo asunto fué el vino, bajo todos sus aspectos y relaciones.

«Numismática».—Monedas y medallas con tipos alusivos al vino—tales como las de Marco Antonio y Cleópatra que bebía, á la salud de su amante, del *Mareótide*.

«Bibliología».—Dice Buchot que fué de un vendimiador la primera prensa usada por Juan Gaensfleisch (Gutenberg.)—De *la viñeta*, su significación é importancia.—Códices notables.

Bibliografía española del vino: manuscritos é impresos.—Periódicos.—Revistas.—Artículos.

Por último, un Apéndice comprensivo de las más renombradas viñas, bodegas, tabernas y fábricas de tonelería, tellas, vasos y tapones existentes en España cuando el li se imprima.

Sin rebasar los límites del plan, aún me dejo mucho en

tintero, por temor de que el mosto se suba á la cabeza de mis lectores.

Lo cierto es que España
«De panes é de vinos, tierra muy comunal (1)

—«... patria excelente
del buen vino y los romances.» (2)

bien merece que se le dedique un libro, que leerán media docena de aficionados, por aquello de que si «algo tiene el agua cuando la bendicen ¿qué no tendrá el vino conque se consagra?

EL CONDE DE LAS NAVAS.

Madrid, Febrero del 92.

-
- (1) Poema de Fernán-González.
(2) Fausto. «Goethe.» trad. T. Llorente.

EL ELIXIR DE ALEJES

—¿Con que al fin se marcha usted, Luis? preguntó con voz amable doña Prudencia.

—Si, señora, el deber me llama, respondió el joven teniente.

—Muy pronto nos abandona usted, dijo entonces la esposa del boticario, mirando al militar con ternura que no agradaría al modesto fabricante de píldoras y emplastos si estuviera presente.

—¿Muy pronto? Dos meses y medio he estado entre ustedes á pretexto de mi herida, cuando hace más de cuarenta días que debiera estar incorporado á mi regimiento.

—¡Qué más dá! interrumpió D. Amando.

—¡Ay, amigo mío! Si nos encontráramos en tiempos normales, sería lo mismo una cosa que otra. Pero en tiempo de guerra, cuando la patria reclama el concurso de todos y nuestros compañeros corren cada día graves peligros, es una falta, no es digno de soldado español permanecer tranquilamente.

Además, que pierde uno la ocasión de adelantar. Otro teniente de mi compañía ha ascendido á capitán desde que yo estoy aquí.

—¡Jesús! exclamó la boticaria haciendo aspavientos; no sé como hay quien quiera ser militar. Mire usted que exponer diariamente la vida por un ascenso...

—No, señora, no es por un ascenso ni por la personal ambición por lo que el militar expone la vida: lo hace cumpliendo un deber y en defensa de la patria y de la vida é intereses de sus ciudadanos.

—Será así, será así, replicó con impertinente tono la farmacéutica, pero á mí se me ponen los pelos de punta cada vez que *El Diario Español* trae la descripción de una batalla.

Mientras esta conversación entretenía el círculo de las personas mayores, Clotilde y su amiga Genara, asomadas al balcón que daba al jardín, hablaban del mismo asunto.

—Vamos, mujer, no llores, decía Genara carifiosamente: no se vá al fin del mundo; todos los días tendrás carta suya y podrás escribirle á menudo.

—¡Y si lo matan!

—¡Ave María! No parece sinó que matan á todos los soldados que van á la guerra.

—¡Con tal que no le toque á él la desgracia!

—¡Ea! No seas tonta, dijo Genara abrazando á su amiga; sécate los ojos, que pronto tendremos que reunirnos á los demás, y venderás tu secreto.

—¡Qué me importa! Contestó entre sollozos Clotilde.

En este momento se acercó á ellas D. Amando.

—Pero, niñas, ¿no cantáis nada? al amanecer marcha Luis y esta es la última noche que os oye. A ver si os apresuráis á darle gusto.

Las palabras de su padre aumentaron la pena de Clotilde, que no pudo contenerse, y el buen señor la oyó suspirar.

—¿Que tienes, niña? la preguntó alarmado.

—No es nada, se apresuró á responder Genara: un poquito de jaqueca.

—Por eso estamos asomadas.

—Vaya, vaya, si es que te encuentras mal, despídete de Luis y acuéstate.

La joven hizo algunas observaciones, pero D. Amando insistió y hubieron de cumplirse sus órdenes.

Luis y Clotilde procuraron dominar su emoción, y más bien con las miradas que con las palabras se despidieron.

El joven militar partió á la madrugada, y cuatro días después se recibieron noticias de su llegada al regimiento en víspera de un combate.



La botica de D. Facundo, pacífico y honrado esposo de aquella señora que tanto horror tenía á la carrera militar, era el punto donde habitualmente se reunía por la noche lo mejorcito del pueblo, á no ser cuando se celebraba la modesta reunión de casa de D. Amando, reunión suspendida en los días siguientes á la marcha de Luis por indisposición de Clotilde.

Cuidaba del despacho el dependiente; en la trastienda jugaban al *solo* y charlaban los varones, y en otra habitacioncita inmediata leían *La Correspondencia* y *El Diario Español*, y despellejaban piadosamente al prójimo, las señoras mayores, en tanto que las jóvenes hacían *crochet* hasta que el antiguo reloj de *cuco* cantaba las nueve y media; entonces juntábanse ambas tertulias y mientras no daban las once *¡pelao y revuelvo!*

Unos quince días habían trascurrido desde la partida del joven militar, y nunca con más asiduidad y afán se leyeron en la botica de D. Facundo los periódicos que en aquella época.

Los incidentes de la guerra preocupaban á aquellas buenas gentes entre las que Luis dejara muy buenos recuerdos.

Así es que apenas se constituía la tertulia femenil, la se-

flora boticaria tomaba los periódicos que por la tarde ojeaban los varones, y con voz grave leía cuantas noticias contenían relativas á la civil contienda que entonces ensangrentaba el suelo de España.

Y después de esta lectura comenzaban los comentarios, iniciados siempre por la farmacéutica.

—Es un muchacho muy simpático, decía. ¡Y tan discreto!

—Yo le tengo en mucha estima, añadía doña Restituta, que según un mala lengua de la tertulia de hombres, contaba con el regreso del militar, para colocar una de sus cinco hijas, feas todas como el hambre.

—No parece militar, añadía una viuda verde, cuyo marido nadie conociera.—¡Tan respetuoso con las señoras!

Y esto lo decía la susodicha como lamentándose de que tal virtud tuviera el joven.

—Y aquí nada se le ha sabido de amores, objetó otra tertuliana.

—No por cierto.

—Sin embargo, replicó la sensible boticaria, á mí me ha parecido observar que Luis miraba con cierto interés á una persona.

—¿A quién? preguntó en coro la tertulia.

—Es un secreto, ó más bien dicho, una suposición mía.

—¡Ah!...

—Buenas noches, señoras mías, se oyó decir en la puerta. Era D. Amando que venía á anunciar que *el cuco* cantára las nueve y media.

—Ola, señor D. Amando, dijo el ama de la casa; y ¿cómo está la simpática Clotilde?

—Lo mismo, amiga mía, lo mismo, sin apetito, con insomnio, sin fuerzas, sin color, sin ánimo para nada.

—¡Jesús, Jesús! exclamó la viuda verde. ¡Cómo se ha puesto esa niña en quince días!

—¿Y por qué no la trae usted por aquí?

—No hay fuerzas humanas que la hagan salir de casa.

—Y los médicos, ¿qué dicen?

—Que está anémica; que es preciso mucho hierro y buena alimentación.

—¡Bah! buenos están los médicos, interrumpió doña Restituta, la madre de las cinco niñas feas: lo mismo sucedió con mi difunto Pepe.

A todo esto el dependiente había arreglado la mesa de la lotería, disponiendo los cartones y la bolsa de las fichas. Don Facundo, el farmacéutico, pronunció el acostumbrado:

—Cuando ustedes gusten.

Y hombres y mujeres fueron tomando asiento. Las jóvenes, que estaban reunidas alrededor de un velador, haciendo ramos de flores de papel para el altar de la Virgen, dejaron su labor, y una comenzó á leer á media voz una novela de Escrich.

—¡El dos! cantó D. Amando.

—¡El dos! exclamó la viudita. Yo no tengo el dos.

—Pues no lo apunte usted, dijo D. Severo, capitán retirado que tenía un genio terrible.

—¡El veinticuatro! ¡El cincuenta... y revuelvo!

Y así continuó la lotería.

De repente D. Severo soltó un terno que estremeció á la concurrencia, y dirigiéndose á la viuda sentada á su lado, gritó:

—Señora, por cien mil parejas de á caballo, ¡se quiere usted estar quieta! Con tanto moverse á un lado y á otro, me ha pisado usted dos veces, tiró usted mi cigarro y ahora me ha hecho usted saltar las fichas de los cartones.

—Qué genio más imprudente tiene usted, replicó airada la viudita. ¿Se le figura á usted que á las señoras se las trata como á los soldados?

—Se las trata peor, cuando no tienen moderación.

—¡Caballero!

—¡Doña Pepita!

—Haya paz, dijo entonces con mucha calma el boticario. No tenga yo que sacar el árnica. ¡Cálmense ustedes, fogosos enemigos!

D. Severo siguió murmurando entre dientes, y D. Amando continuó cantando las bolas hasta que un número dió lotería á doña Restituta, no sin que el tremendo capitán y la inquieta viuda reprodujeran los incidentes.

A las once se disolvió la reunión: mamás y jóvenes cogieron sus abrigos, y después de muchas despedidas, cada cual tomó el camino de su casa. Doña Restituta, con sus cinco niñas, acompañó á la viudita, que durante el camino despelejó de una manera feroz al iracundo capitán retirado.

* * *

D. Amando y D. Facundo habían luchado en las últimas elecciones municipales, como ministerial éste y como de oposición aquél, triunfando el primero, cuya victoria cacareara *El Eco de la Provincia* hablando de las coacciones, abusos y contrariedades que se cometieron para ahogar al candidato liberal.

El boticario atribuía á su amigo las noticias que publicara el periódico de la capital sobre elecciones, y desde aquella época, aunque sin refir, existía entre ambos amigos cierto rencorcillo que el tiempo aún no extinguiera del todo, y que fácilmente salía á relucir con motivo de cualquiera discusión.

Y no era sólo la política lo que proporcionaba ocasión de que se manifestase aquel resentimiento; cualquiera cuestión, por leve que fuera, incitaba polémica, sobre todo si D. Amando se permitía alguna de sus bromas habituales.

El buen farmacéutico, era autor de un específico cuya fama no traspusiera los umbrales de su farmacia, á pesar del diario anuncio que insertaba *La Opinión Pública*, periódico

rival de *El Eco de la Provincia*. Sobre este punto eran terribles las cuchufletas de D. Amando.

Eficaz para la anemia, la tisis y doscientas enfermedades más, era, según rezaba el anuncio, *el elixir de aleltes*, de la invención de D. Facundo; pero los pacientes no se daban por entendidos, y los trescientos frascos, con sus rojas etiquetas, adornaban los estantes de la farmacia sin que en los dos años que tenía de fecha el invento se hubiese expendido uno solo.

Así, cuando D. Amando quería sofocar á su adversario en la elección concejil, sólo tenía que preguntarle:

—¿Qué tal marcha ese *elixir de aleltes*?

El boticario perdía entonces los estribos, y más de una vez le asaltaron intenciones de empapar en aguarrás á su contrincante.

En la última contienda que habían tenido, enferma ya la hija del concejal de oposición, D. Facundo, un poco envalentonado, dijo:

—Búrlese usted, hombre, búrlese usted, que tal vez cuando usted venga á comprar mi específico no se lo querré yo vender.

Y estas palabras impresionaron un poco á D. Amando.

Porque su hija, según los médicos, padecía una anemia.

* * *

Transcurría el tiempo, la tertulia del boticario era constantemente el punto de reunión; se leían y comentaban los periódicos; se jugaba á la lotería y, como de ordinario, don Severo y la viudita reñían todas las noches.

De los habituales contertulios sólo faltaba la familia de D. Amando, porque Clotilde continuaba enferma y Genara ni un momento se separaba de su amiga.

Sentadas ambas cerca de un balcón desde el que se veía la carretera que conducía á la capital, allí pasaban las mañanas y las tardes. La joven enferma, con los ojos fijos en aquel camino, decía alguna que otra vez á su amiga:

—¡Por allí marchó!

—Calla, mujer, no desesperes, que por allí volverá.

—¡Sí volverá! replicaba la enferma, y las lágrimas nublaban sus ojos. Luis era el objeto de su conversación, y tantas y tantas veces contara á su confidente la corta historia de sus inocentes amores, que Genara sabíala ya con todos sus pormenores y sin que faltara ni una palabra.

D. Amando y su esposa no ocultaban á nadie los temores que la vida de su hija les inspiraba.

No considerando suficiente la asistencia de los médicos del pueblo, dos veces por semana venía la eminencia facultativa de la capital; pero su auxilio era inútil. Clotilde empeoraba.

Pero ¿cuál era su enfermedad? La dijera D. Amando: desgano, insomnio, decaimiento.

Después de muchos días de cruel incertidumbre, y ensayados todos los recursos de la ciencia que conocía el galeno, este llamó aparte al padre y le dijo:

—Amigo mío, creo que mis servicios son inútiles contra su rara enfermedad; ya ve usted que nada pueden nuestros solícitos cuidados...

El médico se detuvo.

—Cotinúe usted, habló D. Amando.

—Nada, que si usted quiere llamar otro médico, por mí... Yo nada más puedo hacer.

Y después de esta notificación formal, el doctor se retiró, dejando al padre aterrado.

—¿Que te ha dicho? preguntó á poco su esposa.

—Nada bueno.

La angustiada señora prorrumpió en sollozos.

En este momento, entraba Genara en el cuarto: don Amando le dió cuenta de la sentencia del médico. .

—Pero D. Amando ¿por qué no da usted á Clotilde la medicina de D. Facundo?

El buen señor calló.

—Tiene razón, apoyó su mujer, ¿por qué no ensayas? al fin... añadió lanzando un suspiro.

—Veremos, veremos... fué la única contestación del padre.



Unos días después de haber recibido este disgusto, observó D. Amando alguna variación en Clotilde: la joven comía algo más y con mayor apetito, dormía un poco y parecía que sus mejillas se coloreaban levemente.

Una noche D. Facundo le preguntó con alguna ironía.

—¿Como va esa enfermita?

—Algo mejor.

—Sí ¡eh! me alegro; contestó el boticario restregándose las manos.

—Parece que se burla; dijo para sí D. Amando.

Pasó otro semana, Clotilde mejoraba visiblemente; ya daba algunos paseitos acompañada de Genara.

—Parece que nos encontramos con fuerzas, dijo el boticario que la encontró de paseo.

—Sí, señor.

—Bueno, bueno, pues que vaya eso adelante.

El buen padre estaba asombrado: la hija parecía mejorar sin necesidad de medicamentos ¡oh milagro!

Un día, ya fuera de peligro la muchacha, aunque no fuerte del todo, su padre entró muy contento en su cuarto.

—Ahora que ya puedes recibir emociones fuertes, te participaré que nuestro amigo Luis viene mañana.

—¿Sí? pues me alegro, contestó la joven, no con mucho interés.

D. Amando manifestó su asombro por la indiferencia de la respuesta; y Genara, presente, se tapó la boca con el pañuelo como si ocultara la risa.

Efectivamente; al otro día llegó Luis, que traía el empleo de capitán y unas cruces ganadas en el campo de batalla.

La primera casa á donde fué de visita, no es necesario que lo digamos: invitaronle á comer, y á los postres se habló de la enfermedad de Clotilde, que aquel día tenía más salud que nunca, á juzgar por sus colores y su animación.

—¿Y cómo ha sanado? preguntó el militar.

—Hombre, respondió D. Amando, creo que de milagro. Comenzó á ponerse buena desde que la dejaron los médicos y ahí la tienes.

—Poco á poco, dijo entonces la madre. Yo debo decir la verdad, en honor de la ciencia de D. Facundo.

—¡De D. Facundo! exclamó asombrado el marido.

—Sí, por cierto, su *Elixir de alettes*, ha devuelto la vida y la salud á nuestra hija. Yo, por mí y ante mí, mandé por esa medicina y se la he dado. Y ya ve los resultados.

D. Amando no replicó palabra; estaba pensando en el desquite de las bromitas que se tomaría el boticario.

Entretanto, Clotilde, sonrojada, no se atrevía á mirar á Luis, y éste hacía signos de inteligencia á Genara.

Pocos días después llenaba de asombro á los tertulianos de D. Facundo un comunicado que el liberal *Eco de la provincia* publicaba suscripto por D. Amando, en que se hacía justicia al *Elixir de alettes* de que aquél era inventor, maravilloso medicamento al que debía la salvación la hija del firmante, desahuciada por varios médicos, entre ellos Don Fulano de Tal.

Ninguno de los lectores de *El Eco* olvidarán aquellas reñidas elecciones entre el boticario y su encomiador de ahora; así es que nadie dudó de que era veraz la manifestación de D. Amando, y el éxito del *elixir* se extendió inmediata-

mente. En pocos meses, D. Facundo tuvo que renovar tres veces las existencias de la famosa medicina; aquello era un río de oro. El boticario, contento con este resultado, no devolvió sus bromas al antes incrédulo y después convencido padre de Clotilde.

Sólo, después de ver inserto en *El Eco* el comunicado, estrechó con sincero afecto la mano de su amigo y adversario, diciéndole:

—Al fin se ha rendido usted á la evidencia. Muchas gracias.

Nadie sabe lo que entonces sufrió el amor propio de Don Amando.

¿Por qué?

He aquí el motivo.

En la noche del día que sorprendiera á todos la carta inserta en *El Eco* y en que cantaba la palinodia D. Amando, al entrar éste en su casa un poco más tarde de lo regular, advirtió que en la ventana del cuarto de su hija que daba al jardín, había un bulto, es decir, una persona. Sospechó entonces el buen señor que Clotilde tendría novio, y para averiguarlo entró con precaución en su despacho, cuya ventana estaba situada debajo de la habitación que ocupaba aquélla; pero antes de entrar D. Amando avisó á su mujer.

¡Era verdad! Su hija estaba hablando con un hombre. ¿Quién sería él?

Los esposos conocieron por la voz á Luis.

—¡Me lo temía! dijo el padre; y escuchó.

—Sí, decía ella con tierno acento; á tu venida debo la vida. Tu ausencia me mataba.

—¿Y el *Elixir de aleltes*? preguntaba Luis con acento burlón.

Aquí D. Amando dió con el codo á su mujer.

—¡El *Elixir de aleltes*? replicaba Clotilde. No lo he tomado ni una sola vez. ¡Es tan amargo! Tus cartas fueron la medicina que me volvió la salud desde que me anunciastes tu llegada.

—¡Pobre D. Facundo! dijo Luis, que cree á pies juntillas en la virtud de su específico.

Y ambos amantes soltaron la carcajada.

Los esposos abandonaron su acecho.

D. Amando miró á su esposa, que bajó la cabeza avergonzada, y le dijo:

—Ves, ¡El *Elixir de alelles!* ¡Si lo supiera D. Facundo!

AURELIANO J. PEREIRA.

EL ENCANTO

—Os damos gracias.

—*Os damos gracias...*

—Señor.

—*Señor...*

—Porque nos habéis.

—*Porque nos habéis...*

—Asistido.

—*Asistido...*

—Con vuestras luces.

—*Con vuestras luces...*

Guiados por la voz cascada del maestro que empuñaba con temblona mano aguzado y bruñido puntero, puestos de rodillas sobre los bancos de la escuela denegridos por el uso, y cruzados los brazos sobre el pecho, canturreaban á coro los muchachos la consabida oración, recitada siempre con gusto por parte de ellos, pues era el epílogo de aquellas dos fastidiosas horas de encerrona obligada.

Después del *amén* que el coro adornó con una serie de *floriture*, sucedióse una espantosa confusión, una batahola indescriptible; los desvergonzados arrapiezos revolvían en

los cajones, y éste recogía sus libros, aquél guardaba su pizarra, el de más allá tiraba un pellizco á uno de sus amigos, y todos recogían sus *puchos* ó monteras, lanzándose á seguida á la puerta que crujió un momento con todo el tabique de frágiles y apolilladas tablas ante aquella veintena de chiquillos que sobre ella caía á manera de avalancha.

Acompañólos D. Fermín, el maestro, hasta la puerta, dando sendos golpecitos en la espalda á los más rezagados, y pronto se encontraron todos los muchachos en pleno aire libre, inundados de sol y alegres como bandada de pájaros que alzan el vuelo.

El maestro asomóse á una ventana que daba sobre la encrucijada en la cual se alzaba como á duras penas el agrietado, panzudo y bajo edificio de la escuela. Hasta aquella ventana llegaban las largas ramas de un copudo castaño, bajo cuyas hojas retozaban alegremente los chiquillos antes de lanzarse á la desbandada, camino de sus hogares respectivos.

El que llevaba chaqueta no llevaba *pucha*, y el que llevaba cubierta la cabeza mostraba desnudos los pies; haciendo coro á la infantil bullanga, vino un pájaro á posarse en la rama más larga del castaño, bajo las mismas narices de D. Fermín y allí lanzó al aire sus más intrincados, laberínticos y melodiosos gorjeos.

Encaje de sombras formaban en el suelo las achaparradas y verdes ramas que se movían columpiadas por la brisa, y el sol cayendo desde un cielo sin nubes en sutilísimas hebras de oro, prestaba más alegría, más luz y más vida á aquel cuadro de la vida campestre.

La cara bonachona y pulcramente afeitada de D. Fermín contrájose poco á poco; sus ojos, en los que se echaba de ver la más franca de las miradas, anubláronse en lágrimas, y antes de que éstas llegasen á rodar por sus curtidas mejillas, apartóse de la ventana y sacando del bolsillo de su largo gabán un pañuelo de hierbas, estrujóse con él los ojos en vez de enjugarlos.

Y con las manos cruzadas atrás, dióse á pasear por la destartalada y larga sala de la escuela, haciendo su paso al que daban más firmeza los recios zapatonos claveteados, retemblar el suelo, en unos sitios carcomido y horadado en otros.

La infantil algarabía turbaba acaso sus pensamientos, sin duda no muy alegres, pues abandonó el salón como si de ella huyera y bajando las escaleras encontróse en el ancho hogar donde ardía una hoguera bajo la enorme y negra chimenea por la que descendía un rayo de sol, azulando la espesa corteza de hollín.

En un rincón, sentado en una silla de amplio asiento, inmóvil, como extasiado descubriase una figura humana; era la de un hombre, joven y de fisonomía simpática, con esa simpatía que rebosan los semblantes de los mártires y de los justos.

No lejos de él y cortando un manajo de verduras, picándolas más bien con un cuchillo, cuya hoja había gastado y adelgazado el uso constante, estaba la señora Martina, la mujer del maestro.

El exceso de luz en el hogar, hacía que los últimos términos, donde se destacaban estas dos figuras, apareciesen á primera vista, envueltos en sombras que se iban desvaneciendo á medida que los ojos se acostumbraban á aquella semi-oscuridad.

Don Fermín, acercóse á la mujer, y con acento en que iba envuelta toda la ternura de su alma, le preguntó.

—¿Y ese?

Ese era su hijo.

Su hijo, aquel hombre joven y de semblante parecido á los de los mártires de los retablos. Su hijo, Pepiño, como todos dieron en llamarle en la aldea desde lo del *encanto*.

Porque Pepiño estaba encantado, no había de ello el más leve asomo de duda. Y encantárale aquella *desleigada* de Andrea, la que en otros tiempos, cuando Dios quería, fuera su novia.

A juicio de la señora Martina, la muchacha le echára alguna maldición ó le diera algún bebedizo de brujas; no podía ser de otra suerte, á pesar de que cuando se interrogaba á Pepiño éste respondía tan sólo, con un acento que parecía escapado del fondo de una tumba.

—No, no; Andrea, no.

Pero el testimonio de Pepiño de nada servía, ni por nadie era tenido en cuenta. El *meigallo*, la brujería, el encanto, saltaba á los ojos hasta de los ciegos. Y sinó, á ver.

*
*
*

Un día volvió Pepiño como siempre de parrafear con Andrea, su novia, una muchacha recia como un roble, fuerte como un castillo, fresca como una rosa y sana como la salud misma; volvió y no quiso cenar ni probar *migalla*. Fué interrogado y no respondió; se quejaba del pecho, le dolía allá dentro, muy adentro; el médico, sin embargo, no halló nada que curar. No hay qué decir como fué éste calificado por la señora Martina y las comadres del lugar. Apelaron al tío Mosteirón el *manciñeiro*, el cirujano, y éste declaró de buenas á primeras que el muchacho tenía un *meigallo* metido en el
no. No comía, dormía apenas, pasábase enteros los días
o en aquel rincón mirando con distraídos ojos á la
adelgazaba á todo correr, poníase amarillo, chupa-
das no se conocían en el pueblo ni *meigas* tampoco;

Andrea parrafeaba ya con otro, luego no había duda; lo que tenía Pepiño era el *encanto* y nadie sino Andrea lo encantára.

*
* *

La pobre señora Martina; dió más de un repugnante espectáculo frente á la casa de la muchacha; por su boca salían á borbotones injurias, maldiciones, denuestos y atrocidades. Tuvieron que tomar cartas en el asunto D. Fermín y el cura para apaciguar á aquella furia á la que disculpaba su amor de madre, viendo como su hijo se consumía, chupado, esmirriado, hecho un hilo.

El cura—un pobre y venerable señor de tez brillante y acartonada y pelo blanco,—intercedió con la Divina Providencia, hizo funciones solemnes á la Virgen... ¡Nada! La señora Andrea, apelaba á los remedios que las comadres le aconsejaban; sacóle al sereno en una noche de Enero con tres escapularios al cuello; alumbró el altar de la Virgen con tres velas hiladas por tres Marías jóvenes y solteras; hizole pasar tres veces por debajo del altar recitando una extraña monserga que tenía puntas y ribetes de conjuro... ¡Nada tampoco!

Y entretanto pasaba el tiempo, y el muchacho esmirriábase más de cada vez; veíasele adelgazar á ojos vistos, transparentábanse sus huesos á través de la piel, era una sombra que alentaba.

No queremos decir que vivía, porque en nada de cuanto á su alrededor pasaba hacía alto. Ensimismado, presa del encanto, aparecía insensible á todo; dormitaban sus sentidos, sólo su cuerpo daba muestras de vida y éstas casi reducíanse á una fatigosa y cansada respiración, que según lo difícil, dijérase que costaba al malaventurado Pepiño improbables trabajos y esfuerzos.

*
* *

—¿Y ese...? preguntó D. Fermín á su mujer.

—¿Y cómo ha de estar? respondió ésta. Como siempre ¿no lo ves?

El maestro acercóse á su hijo. Pepiño ni lo vió llegar ó pareció no verlo. El padre quedóse mirándolo con toda la ternura que su corazón albergaba; oleadas de sentimientos encontrados inundaron su corazón, y al fin una lágrima pesada y abrasadora rodó por sus mejillas.

Salió de la cocina, y entró en su alcoba hasta la que llegaba el calor del establo inmediato á ella. Abrió una cómoda de oscuro roble, fuerte y de antigua construcción, y en uno de sus cajones secretos brillaron unas cuantas monedas de oro.

—Hay bastante, se dijo; y echóse tres de ellas al bolsillo. Volvió á cerrar el mueble y llamó á su mujer.

—Martina, le dijo. Es preciso hacer un último esfuerzo.

—¿Para qué?

—Para salvar á ese pobre Pepiño que me está partiendo las cuerdas del corazón.

—¿Y qué le vas á hacer?

—Llevarlo mañana á la ciudad.

—¡Bah! dijo la mujer encogiendo los hombros con suprema incredulidad.

—Mujer ¿quién sabe? objetó el maestro agarrándose á esta última esperanza.

—Más de lo que se le hizo ya...

—Se intentará un último recurso. Lo llevaré al doctor Arrojo.

—Allá tú. Yo ya no tengo esperanza alguna. Más de lo que se lo llevo pedido á la Virgen...

En esto una voz fresca, sonora, bien timbrada, voz de mujer, hendió á los aires y deslizóse en el hogar del maestro esta copla!

«Cuando pases por la iglesia
dile al sacristán que doble

y ponga cortinas negras
porque ya murió aquel hombre».

—Esa, esa *ladra* es la que tiene la culpa de todo, objetó la señora Martina, echando lumbre por sus ojos que parecían querer escaparse de las órbitas.

—Mujer...

—¿Qué mujer ni que demonio? Esa, esa es la que está matando á mi hijo. ¡Así la mala suerte la cubra!

Apaciguada un tanto, y casi convenidos en los pormenores de la partida, regresaron á la cocina donde reinaba la más lúgubre calma.

*
*
*

El brazo derecho de Pepiño pendía inerte sobre el de la silla sosteniendo la cabeza del encantado. Una lividez brillante extendíase por su rostro, más blanco de cada vez.

La señora Martina quiso despertarlo para acomodarlo mejor; aquella postura era excesivamente incómoda.

Al cogerle la cabeza entre sus manos, lanzó un grito horrible que heló al maestro la sangre en las venas.

—¡Frió! gritó.

D. Fermín corrió á su lado, abrazó á Pepiño, y al contacto de su cara se estremeció todo su cuerpo con temblor convulsivo.

—Está muerto... ¡muerto!...—añadió con la ronca voz la desesperación.

.

Y á lo lejos, seguía Andrea, la desdeñosa Andrea cantando su copla que semejaba lúgubre profecía:

«Cuando pases por la iglesia
dile al sacristán que doble
y ponga cortinas negras
porque ya murió aquel hombre.»

MANUEL AMOR MEILÁN.

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

Madrid 31 de Enero de 1892.

El debate político.—Actitud de los partidos.—Ruptura comercial con Francia.— El general Polavieja y el conde de Galarza

Era natural que el debate empeñado en el Congreso, alcanzara el desarrollo que obtuvo con la intervención de los primeros oradores de la Cámara. En algunos momentos revistió los tonos más solemnes, y los discursos de los señores Cánovas, Sagasta, Silvela y Romero Robledo, patentizaron bien elocuentemente que la última crisis fué inspirada en altísimos deseos de concordia; que la aproximación de los reformistas, respondía al noble propósito de simplificar los grupos dispersos y robustecer las filas conservadoras; y por último, que así como el señor Sagasta había logrado atraerse importantes elementos que un tiempo acamparon en las fronteras de la República ó en el seno del moderantismo histórico, con igual razón y con más lógica debía el señor Cánovas atraerse las valiosísimas fuerzas acaudilladas por el señor Romero Robledo que se habían separado de su jefatura más que de su política.

Hecha esta conjunción patriótica, era inútil todo debat

pues que en la conciencia general está que los partidos viven en una evolución perpétua, y deben ver, sobre todo aquellos que se mueven dentro de la legalidad, lo que más conviene á la consolidación definitiva del régimen monárquico, que es más fuerte cuanto más se facilita la misión del poder moderador.

* * *

A la vez que estas discusiones se mantenían en el Congreso los diferentes partidos agitábanse removiendo los problemas económicos que traen en verdadera angustia al país. Los cálculos que se hacían sobre lo que será el futuro presupuesto, si se presentará con mucho ó con poco *déficit*, si contendrá autorizaciones para arrendar alguna renta ó gravar la riqueza inmobiliaria ó aumentar el descuento de las clases activas y pasivas, todo esto llegó á producir tal confusión, que no es maravilla observar cómo los arbitristas pudieron lucirse presentando los proyectos más atrevidos y cómo la opinión pudo rehacerse esperando con cierta tranquilidad la obra del Gobierno.

No hablaremos de las ideas mantenidas en esta materia por los diputados republicanos señores Pedregal y Carvajal, que se limitaron á ofrecer por panacea de todos los males que nos afligen, aquel presupuesto absurdo de la República del 73, hecho en odio á la monarquía, bajo la presión de tres guerras civiles y en el desequilibrio más grande que ha sufrido nuestra patria. En cambio sí debemos mencionar el plan rentístico del señor Laiglesia, que al fin y al cabo, quitando del discurso con que lo apoyó, todo lo que hay en él de impolítico, molesto para altas personalidades del partido conservador y deficiente, pues que deja un *déficit* de más de trece millones, parécenos bien inspirado y digno de loa por el esfuerzo de estudio y de profundos cálculos que representa.

El señor Laiglesia, es un hombre ilustrado, un orador elo-

cuenta y un financiero distinguido. Tiene una posición brillante en el Parlamento y un núcleo de amigos leales y fervorosos. Estamos seguros de que llegará á donde llegan los hombres de su valía: pero se malogrará si no sabe templar su iniciativa, ni contener sus ímpetus, que á veces le hacen ir más lejos de donde debiera. Esta es nuestra modesta opinión, de la cual vemos con gusto que participan hombres respetabilísimos de la familia conservadora.

* * *

Por fin llegó el momento crítico de la renovación de los tratados de comercio con las distintas naciones de Europa y de la sorpresa que venía preparándonos Francia. No nos hicimos ilusiones desde el primer instante, y no tenemos por consiguiente que modificar las opiniones que hemos venido exponiendo en estas CRÓNICAS. Francia no abrigó nunca el propósito serio de pactar con nuestro país. La política de aislamiento que en mal hora inició, la ha precipitado de tal suerte, que ni consejos, ni repulsas, ni conveniencias de público interés, nada ha sido bastante poderoso para que el Gobierno de Mr. Carnot pudiera imponerse á los ultra-proteccionistas que se han apoderado de las Cámaras.

Pero lo más curioso de todo, es, que existen periódicos que atacan al Gabinete español por no haber llegado á una inteligencia con el de París para prorrogar el Tratado, mediante un *modus vivendi* ó un arreglo provisional; y hay quien exajera la censura hasta el punto de decir, como *Le Figaro*, que *España prometió hacer proposiciones, y no las hizo, porque parecía más deseosa de entenderse con Alemania que con la nación francesa*; y otros que suponen que mientras Francia ha podido entenderse con los Imperios centrales, nosotros no hemos querido intentarlo con la República vecina.

No puede darse mayor injusticia ni mayor desconocimiento del asunto. Ni nuestro país persigue aproximaciones he-

la triple alianza—que la actitud de algunos grupos republicanos podría justificar,—ni nuestro Gobierno ha olvidado que, al tratar con el francés ofreciéndole tarifa mínima contra tarifa mínima, defendía nuestra producción y otorgaba justas compensaciones á la francesa.

El Gobierno español puso formal empeño en tratar con Francia, lo mismo cuando la Cámara se movía en medio de las mayores intransigencias, como cuando el Gabinete Freycinet creyó que podría dominar la corriente que una falsa opinión librecambista ha producido, y una prensa apasionada ha levantado.

Vinieron después varias proposiciones de M. Ribot; hizo otras nuestro ministro de Estado; se estudiaron y se defendieron todas, por nuestra parte, con el criterio más generoso, por parte de Francia con el más restrictivo, y así llegó el 30 de Enero, en cuyo día, cuando las estaciones francesas y españolas estaban llenas de productos, nos regateó Francia hasta las últimas seis horas de la expiración del tratado, á cambio de las seis que nosotros le hemos concedido para que las mercaderías de allende el Pirineo entrasen en España al amparo del antiguo Arancel.

El *Figaro* sabe esto, como lo sabe el *Gaulois*, al decir que el Gobierno francés ha inferido á sus industrias tanto daño como á las nuestras. Pero era preciso convertir en política un arma que es de defensa de nuestra producción, y de ahí que se ataque á nuestro Gobierno, que, si de algo pecó, es quizás de demasiado prudente, y se defiende al francés, que se excedió en su malquerencia inusitada. No por eso debemos perder la serenidad de juicio que tan bien sienta en todos los actos, y más en los que afectan á la vida material de un país. Los documentos que van á publicarse en el *Libro encarnado*, y los debates que surjan en el Congreso, rectifican la opinión y demostrarán la formalidad con que España ha conducido.

no podía ser de otra suerte: líganos á Francia intereses que son comunes á las dos naciones. Ella es para nosotros

un mercado importante; ella nos ha ayudado á construir las grandes líneas férreas que alimentan el tráfico de ambos países; á ella van nuestros productos más ricos, y de ella nos vienen otros de gran consumo. ¿Podía un Gobierno, como el que el señor Cánovas preside, olvidar estos precedentes y lanzarse en aventuras políticas cuando había que mirar por los intereses de la producción española? En modo alguno: precisamente porque tuvo en cuenta todo eso llegó al límite de las concesiones, y lamentó la nota publicada en el *Diario oficial* que contiene juicios poco conformes con la exactitud de los hechos.

No sería lícito confundir á Francia con su Gobierno, como no confundimos una gran parte de la opinión con la que impera en sus Cámaras. El divorcio de la República, en este punto, es visible. Indícanlo las vacilaciones del Gobierno Freycinet y la discordia que reina en la prensa misma de París. Y es de sentir que esto ocurra, pues Francia perderá las simpatías de nuestro país por la intransigencia de que acaban de dar pruebas los hombres que hoy rigen los destinos de Francia, los cuales no quieren ver que, como ha dicho el gran patriota Julio Simón, las guerras de conquista como las guerras económicas tienen también su Sedán.

Aparte de esto, debemos recoger el error sustentado por el ministro de Negocios Extranjeros de Francia, en el preámbulo al decreto publicado en el *Diario oficial* poniendo en vigor el nuevo régimen aduanero. Cita en él el hecho de que desde Diciembre de 1890, España elevó los derechos de importación sobre todos los artículos que se refieren á la agricultura francesa, principalmente en los ganados, dando á entender los propósitos de España de molestar á Francia en el terreno comercial.

Es verdad que nuestro país elevó los derechos de importación de los ganados y los cereales en Diciembre de 1890 pero esto no podía ser una prueba del deseo de molestar á Francia; porque Alemania acentuó el sentido proteccionista de sus tarifas en 1885; Austria-Hungría en 1882 primero, y en

1887 después; Suecia en 1888, y Bélgica en 1887, y, sin embargo, esto no ha sido obstáculo para que gocen del beneficio de la tarifa mínima francesa. Además, la elevación de los derechos sobre el ganado poco podrá molestar á Francia, pues todo lo que nos importó de esta clase en 1890 ascendió sólo á unos cinco millones de pesetas, siendo así que la inquina demostrada en la República á nuestros vinos afecta nada menos que á 250 millones.

No hemos de examinar tampoco si las tarifas alemanas ó de otros países sobre los vinos son más elevadas que las de los nuevos Aranceles franceses; pero, aceptando como buena la afirmación, debemos hacer el mismo argumento anterior, pues nuestra exportación de este producto al Imperio en el referido año, apenas representa cuatro millones de pesetas.

En realidad, Francia busca excusas á su proceder, porque no tiene razón. Y se lo han demostrado, primero el Sr. Duque de Mandas, nuestro embajador en París, que ha llevado las negociaciones con gran discreción y tino, y después el señor Duque de Tetuán, que han confirmado en absoluto las condiciones de hábil, inteligente y celosísimo ministro de Estado.

¿Volverá sobre su acuerdo el Gobierno francés? Ahora lo esperamos, porque ya empieza á tocar el fruto de sus intransigencias ó pusilanimidades: ya oye el clamor que levantan muchas industrias, y ya advierte que la política de aislamiento, no es la más propia para conservar el cetro de la política europea.

* * *

Si algún dato faltase para comprobar lo que hemos dicho acerca de los lamentales sucesos ocurridos en Cuba, desde que llegó allí el Sr. Conde de Galarza, tendríamoslo en su renuncia de la presidencia del partido Unión constitucional,

hecho que se presta á comentarios de la más variada especie.

La causa ostensible de esa determinación parécenos tan nebulosa como el principio generador de la circular que envió á los comités el señor conde. Limitase á decir que su fracaso obedece á *dificultades imprevistas* suscitadas donde menos podía suponerlas ó esperarlas. Como la única en que su voluntad pudo sufrir decepción fué el nombramiento de Alcalde de la Habana recaído en el Sr. Corujedo, primero de la terna, en vez de serlo en el Sr. Quesada, según el conde quería, y que ni siquiera figuraba entre los candidatos propuestos por el municipio, á ello hay que recurrir para buscar la explicación aparente del conflicto. Este no reviste por sí importancia alguna: revela, es cierto, falta de previsión en el conde y un espíritu autoritario en el mismo; porque nunca debió acariciar el propósito de imponer al Ayuntamiento, este ó el otro candidato. ¿Dónde pues encontró el Sr. Galarza esas dificultades insuperables? En su propio carácter, en su modo de ser. Cuando en los asuntos colectivos y delicados que interesan no ya tan solo á un partido, sino á la patria en general, se procede de *motu proprio*; cuando el que dirige una agrupación se separa de los dirigidos y anula su acción siquiera sea momentáneamente, no debe buscar después fuera de sí las dificultades que se le presenten; radican en su personalidad, forman parte de su esencia, y en ella puede encontrar el señor conde el motivo de su derrota.

Llegó á Cuba en momentos propicios para completar una obra importante, y grande hubiera sido su gloria y á poca costa adquirida, si en vez de deshacer lo que con tanta persistencia había reconstituido el ilustre general Polavieja, si en vez de acometer la triste tarea de resucitar proyectos descabellados que se encaminaban á restar iniciativas al gobierno de la Metrópoli y á la administración cubana, hubiera puesto la última piedra al edificio que la misma Junta directiva de la Unión se había esforzado en levantar, aprobanlo hecho sin perjuicio de pedir reformas, y de acometer las economías posibles. ¿Pero á qué presentarse con esa bande

como si fuese desconocida? ¿Qué gobierno no la ha temolado?

El actual tiene escrito en su programa, entre los principios más esenciales, el de las reformas, y bien elocuentemente lo dicen las disposiciones dictadas por el Sr. Romero Robledo, y el de las economías, que el propio ministro ha realizado. ¿Debe entregarse al arrebatador deseo de hacerlas, sin descubrir antes todos los aspectos que ofrecen, sin examinar hasta dónde llegar puedan? El afán de reducir los gastos, ¿obliga acaso á hacerlo en grado tal que resulten contraproducentes? De ningún modo. El señor conde de Galarza sabe que en estos asuntos hay que proceder con grandísima prudencia, y nunca debió dejarse ofuscar por brillo pasajero en cuestiones en que hay que mirar á lo porvenir.

Las dificultades á que el conde alude pudo buscarlas en sí mismo. Sin embargo, al redactar la circular de despedida, ¿á quién aludía al decir que encontró dificultades donde menos había de suponerlas ó esperarlas? ¿Al partido? Entonces equivale á declarar que estaba con él en completo desacuerdo y que lo ignoraba, lo cual vendría á ser lo mismo que confesar la incorrección de su proceder no preguntando antes la opinión de sus correligionarios? ¿Al gobernador general? ¿Consultó acaso con él sus intenciones? ¿iba de acuerdo con el representante del gobierno? Todas las apariencias son de que nada de eso hizo, lo mismo en uno que en el otro caso. ¿Por qué, pues, no se le ocurrió suponer ni esperar aquellas dificultades?

Tal vez á las dos entidades, partido y Gobernador superior, se refiere el conde de Galarza: respecto al segundo, es fundamento que lo atestigua la prensa llegada de Cuba, que así lo da á entender en la parte adicta al conde. Procedía entonces una explicación que evidenciara las razones del jamiento del conde de Galarza con respecto al general Lavieja, y de ella resultarían cosas bien poco edificantes para la seriedad del que aspiraba á regir los poderosos elementos incondicionales de la Isla.

Compréndese por todo esto que no van descaminados los que coligen que el conde llevaba á Cuba *in mente* su candidato preparado para el gobierno general y que de ahí nació en parte su actitud violenta y desatentada.

Si el conde pretendía cambiar radicalmente la manera de influir del partido español, no debió imponerse, sino consultar sus opiniones en amplia asamblea ó en juntas parciales ó en reuniones privadas; si de ellas resultaba la aquiescencia, podía presentar el programa que defendía, bien completo ó ya reformado, y si no recaía unanimidad de pareceres entre su pensamiento y el de la mayoría, pudo como otras veces lo hizo, levantar bandera aparte, pero nunca con el carácter de jefe absoluto.

Y aquí hacemos punto, porque no debemos mortificar al señor conde, víctima, seguramente, de consejeros poco escrupulosos y de pasiones mal contenidas. Queremos creer que se equivocó de buena fe, y que al fin, hará justicia á la lealtad, al desinterés y al patriotismo que resplandecen en todos los actos del respetable general Polavieja, depositario de la confianza absoluta del Gobierno de S. M.

M. TELLO AMONDAREYN.

CRÓNICA EXTERIOR

31 de Enero de 1892.

Nuestros vecinos los republicanos franceses, y singularmente los atacados de radicalismo, han concedido una importancia excesiva al llamado manifiesto de los Cardenales.

Cuando hace algunas semanas surgió el incidente de que fué protagonista y aun héroe, monseñor Gouthe-Soulard, los radicales le ofrecieron con sus suspicacias y exageraciones, un relieve que estaba muy lejos de merecer por sí, dado el temperamento de dulzura y de concordia que en materia religiosa ostenta el actual Gobierno.

No escarmentados en virtud de tal enseñanza, han vuelto á las andadas con motivo del manifiesto-exposición suscrito por MM. Desquer, arzobispo de Tolosa; Langénieux, arzobispo de Reims; Richard, arzobispo de París; Feulen, arzobispo de Lyon y Place, arzobispo de Rennes.

Los ilustres purpurados franceses, en las ocho declaraciones que hacen, para nada atentan contra las instituciones de la República, ni menos contra sus representantes. Se limitan á hacer afirmaciones correctas y legales, en punto á la conducta religiosa á que vienen obligados los católicos, dentro siempre de las leyes del país. Trazan los deberes de sus felices

greses y les excitan á que, amparándose en los medios que la libertad ha puesto en sus manos, recaben la mayor suma de prestigios y de bienes de todo linaje, para la Santa Iglesia de Cristo. Hacen nobles protestas de acatamiento á las leyes, y concluyen por aconsejar respeto á los representantes del pueblo y aceptación franca y leal de las instituciones políticas.

Síntoma y no despreciable es, el hecho de que los cinco cardenales antes enumerados, hagan tamaña protesta, muy en armonía por otra parte, con los sentimientos de concordia que animan á León XIII, según ha podido observarse al llegar la adhesión de monseñor Lavigérie, intérprete fiel de la política que se sigue en el Vaticano.

Claro es que en el fondo, acaso pueda verse alguna tendencia ultra-religiosa, ó reserva mental por parte de los reverendos firmantes; pero ante la manifestación de respeto, de acatamiento y de obediencia que hacen por modos tan explícitos, debe desecharse toda zozobra, siquiera haya imperado entre los radicales extremos, por cuanto el acto queda reducido al ejercicio de un derecho que otorga la Constitución al que goza el concepto cabal de ciudadanía.

Así ha ocurrido felizmente, pues desde el punto mismo en que la calma se hizo entre los exaltados, han desaparecido los temores de hace días, restableciendo la paz de los espíritus y la armonía que parecía amenazada.

Coincidiendo casi con el manifiesto de los cardenales, el padre Didon, sagaz y erudito escritor cuyo nombre es por demás conocido de nuestros lectores, ha dado una conferencia en la catedral de Burdeos, llamado por los organizadores del Congreso de los Círculos católicos de obreros.

El ilustre conferenciante, siguiendo la vieja tradición de su orden, ha rogado á Dios dando con el mazo, resultando de sus palabras un acto con ribetes y tonos políticos. Pero esos esfuerzos, verdaderamente incongruentes, han caído de la indiferencia misma que cayera la declaración de los cardenales.

Los intentos de restauración teocrática, siquiera se les desvíe de las corrientes políticas, se embotan, y se embotarán cada vez con más fuerza, en el espíritu eminentemente liberal y democrático de la sociedad moderna. Forma ese espíritu coraza demasiado recia, y recibe un temple por demás resistente con los modos suaves y correlacionados del Papa, para que pueda temer nada de maniobras clericales, siquiera vengan dirigidas por el alto personal de los ejércitos católicos.

He aquí porqué, toda actitud asustadiza y exagerada conspira en favor de ulteriores planes. Un discreto desvío, ayudado de una política reposada, dulce y severa, constituyen la mejor y tal vez la única táctica para desbaratar los planes que puedan elaborarse.

* * *

Un hecho, al parecer de escasa importancia, ha podido ocasionar una complicación grave en la política de Oriente.

Austria-Hungría, olvidando en cierto modo la cláusula 25 del tratado de Berlín, ha incorporado á las filas de un regimiento, los reclutas bosniacos y herzegovinos. La entrada de estos contingentes en Viena, ha dado ocasión á que el pueblo de Francisco José, explote sus entusiasmos bien significativos, supuesto que constituyen un índice de la marcha que se desea para las cuestiones batallonas del Danubio.

Rusia, potencia primeramente interesada en tal asunto, se ha limitado á enviar una reclamación diplomática, mostrando con tal actitud el czar Alejandro y su canciller, que aún no ha llegado el momento de poner sobre el tapete el problema de los Balkanes, y de verse las caras en palenque, los «guapos» de Europa.

Lo que es que la Santa Rusia, anda demasiado agobiada por la escasez de alimentos y el hambre, al extremo, de que los enormes ejércitos concentrados en Polonia y puestos bajo el férreo

y avasallador régimen del generalísimo Gourko, pasan por un conflicto de orden económico, nacido de la falta de subsistencias. Por otra parte también, no es esta la mejor ocasión de abocarse á un choque, para el cual el Imperio moscovita tiene que escoger el punto y hora que cuadran á sus intereses, sopena de exponerse á un tremendo fracaso.

De no ser así, fácil es que Rusia hubiera lanzado el «non possumus» sobre la semi-bélica determinación de Austria. Para algo tiene apercebidos en el vasto cuadrilátero del Vístula la enorme masa de 132.000 soldados, 26.000 caballos y 450 cañones, capitaneados por el intrépido caudillo del *raid* famoso de los Balkanes, y para algo también «acecha» desde Kiew el bravo y popularísimo Dragomirow, con sus 80.000 hombres, 12.000 caballos y 150 piezas de artillería.

* * *

Sólo una intención perfectamente política é interior, ha podido sostener el conflicto nacido del incidente del *Baltimore*.

El pueblo yankée, apenas muestra afición á la política exterior de expansión, que lleva como corolario inmediato acciones navales y militares. Por otra parte, la flota de guerra norteamericana se encuentra en plena transformación, mientras que Chile ofrece en línea de combate buques que pueden producir sendos disgustos á los de la gran República.

Demás de esto, ni el presidente Harrison, de un lado, ha hecho demostraciones belicosas, ni el gobierno de Santiago ha tenido jamás reservas ni resistencias para un acuerdo honroso. Por todo ello, la política de Mr. Blaine no ha podido menos de fracasar, siquiera al proceder noble y dignamente Chile, todavía se le pretenda zaherir y motejar por los resados en fines electorales, ganosos de que la tensión las dos repúblicas continuase.

Debemos congratularnos del término pacífico, si bie

mo unidos á Chile por viejos y amorosos vínculos, viéramos siempre en esta República algo íntimo y fraternal, que nos hacía juzgar con criterio más acentuado la tenaz é injustificada violencia de su poderoso rival.

* * *

Aproxímase la reapertura de las Cámaras inglesas y con tal motivo, *tories* y *wigs* aprestan sus armas y hacen cábalas acerca de las derivaciones que pueden esperarse. Corre la política inglesa por vías tan firmes y normales, que permiten hacer cálculos en cierto modo exactos, atendido como no se puede menos, el carácter moral del asunto.

Los *leaders* de los partidos políticos, recuentan sus fuerzas y procuran excitar su espíritu y confianza. El honorable Mr. Gladstone, en su circular fechada en Saint Raphael, ha dado algo así como la pauta de la próxima campaña parlamentaria, y el índice del brío que domina su ánimo.

Por las trazas, y con la confianza sacada de tanta victoria parcial obtenida en las últimas reelecciones, Mr. Gladstone, una vez inauguradas las sesiones en 9 de Febrero, ha de abordar la grave cuestión de Irlanda, á fin de arrancar declaraciones fijas al gobierno, y de establecer bases de propaganda para las elecciones generales.

Se trata por la oposición liberal, de hacer precaria la vida del gabinete hasta obligarle á precipitar la crisis para que la Corona acuda á los comicios en demanda de nueva solución. Por su parte, lord Salisbury se apresta á la defensa y ya hace saber *urbi et orbi*, que dispone de una mayoría compacta y numerosa, y que á su amparo y con arreglo á la Constitución, puede permanecer en el gobierno hasta Agosto

293.

almente, nada hace presentir, hoy por hoy, una disolución inmediata y como consecuencia unas elecciones generales. Pero tal puede correr el dado por el tablero de Irlanda,

que haya necesidad de acudir á los comicios en demanda de un voto terminante, voto que había de emitirse clara y fijamente, supuesto que el partido liberal ha de hacer bandera de combate la concesión del gobierno local á Irlanda, problema sobre el cual parece pronunciada ya la opinión en sentido favorable.

JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN.

BIBLIOGRAFÍA ⁽¹⁾

Apuntes para un estudio sobre codificación del Derecho Internacional, por el Doctor D. Alfonso Retórtillo y Tornos, Académico de la Real de Jurisprudencia y Legislación.—Madrid 1891.—Un tomo.

Con este modesto título acaba de publicar el Sr. Retórtillo una obrita muy interesante y utilísima para los que se dedican al estudio del Derecho Internacional. En nueve capítulos traza el concepto del derecho según las distintas escuelas filosóficas, haciendo consideraciones muy atinadas sobre la espiritualista cristiana; analiza el concepto del Derecho Internacional y entrando en el estudio del estado actual de las relaciones internacionales, presenta con mucha realidad la desconfianza de cada Estado respecto á los demás, afirmando que se encuentra en medio de una aureola de mal entendido recelo y misantropía que los atrofia y debilita. Como remedios para hacer cesar este estado anormal de las relaciones internacionales, presenta el Sr. Retórtillo, siguiendo á ilustres Escritores el arbitraje y la codificación. En el capítulo sexto esboza el problema de la codificación del Derecho Internacional presentando los ensayos ó proyectos de Gregoi-nthan, Parodo, Petrushevez, Kachenowiski, Bluntschli

De toda obra que se nos remitan dos ejemplares, haremos un artículo en esta *Sección* de la REVISTA.

y Field, relatando el favorable impulso que para la reforma y codificación del derecho de gentes ha impreso la Asociación con este título creada en Inglaterra en 1873, y la fundación del Instituto de Derecho internacional de Bélgica. Analiza seguidamente los principales estudios de codificación desde 1873 con gran erudición, y presenta los proyectos de codificación de carácter especial ó sea aplicables solamente á determinadas relaciones internacionales, y en particular al derecho de la guerra. Con este motivo cita las disertaciones de Dahn y Leutnez publicadas en 1870 y 1880, las instrucciones del alemán Liébez que constituyen un verdadero código de la guerra, obligatorio para los ejércitos de los Estados Unidos; el Código Internacional de la Guerra aprobado en Bruselas en Agosto de 1874 que aún no ha sido aceptado por las naciones europeas, lo cual no obsta para que la mayor parte de éstas hayan redactado reglamentos especiales obligatorios para los propios súbditos en caso de guerra, tal como nuestro Reglamento de Campaña aprobado por Real Decreto de 5 de Enero de 1882 y cuyo capítulo 27 contiene 135 artículos que exponen nociones del derecho de gentes, y determinan las leyes y usos de la guerra, respecto á la declaración de ésta, neutralidad, rehenes, guerrilleros, ocupación de territorio enemigo, contribuciones, presos, enfermos y heridos, guías, espías, parlamentarios, prisioneros, desertores, sitios de plazas, suspensión de hostilidades y capitulación; reglamento que por cierto es debido á la pluma del ilustre General Almirante, que fué comisionado por el Gobierno español para la redacción de este verdadero código para la guerra, y hay que reconocer que con este trabajo, de gran mérito, se ha dado un paso en nuestro país hacia la codificación del Derecho Internacional. Termina la obra del Sr. Retortillo después de citar las diversas leyes ó reglamentos internacionales aceptados por las potencias, sobre propiedad literaria, telégrafos, etc., con tres capítulos en los que ocupa de los argumentos expuestos por los adversarios y partidarios de la codificación, y analizando las dificultades.

ofrece por la falta de condiciones en la sociedad actual para someterse á un Código Internacional.

Esta obrita del Sr. Retortillo es sumamente útil por la multitud de datos y antecedentes que contiene, pudiendo servir de guía para el estudio de estas importantes cuestiones, y de esperar es que nos dé pronto muestra de sus conocimientos en esta rama del derecho, publicando un trabajo más extenso para el que tiene una gran base en el ensayo de que nos hemos ocupado.

* * *

Anuario histórico crítico de 1891, por D. Nemesio Fernández Cuesta.—Madrid 1892.—Un tomo.

Sumaria exposición de todos los acontecimientos y sucesos del último año, indicación de las obras literarias publicadas, leyes de los Parlamentos, y en una palabra, cuanto en los diversos ramos de la política, de la administración, de la ciencia y del arte ha ocurrido, se presenta por el docto escritor Sr. Fernández Cuesta en este libro con gran exactitud é imparcialidad, y sin que en los juicios que forma, intervenga la posición ni las preocupaciones de partido. Esta obra puede servir de consulta para cuantos tengan necesidad de averiguar fechas y sucesos, sin que se vean obligados á buscarlos en las colecciones de los diarios, y es de aplaudir la iniciativa de este distinguido escritor que ha emprendido la publicación de estos anuarios, que han de ser una guía segura para cuantos se dedican á la política, á las letras, y á las artes.

* * *

La cuestión social, por D. Fernando de Antón, con un prólogo de D. Enrique Funes.—2.^a edición. Sevilla 1891.—Un tomo.

En los actuales momentos en los que está planteada la lucha que siempre ha existido entre el desposeído y el poseedor, y en que las manifestaciones socialistas se suceden en Jerez, en Bilbao, y se anuncian preparativos para la próxima del primero de Mayo, obras como las del Sr. Antón, dedicadas á estudiar el problema económico, son de gran utilidad é importancia, pues revelan que hay en nuestro país hombres amantes de su patria, que quieren presentar soluciones á ese problema, atajando los progresos del socialismo. Como dice acertadamente el distinguido prologuista Sr. Funes, se ha propuesto el Sr. Antón en esta obra mostrar la impotencia del socialismo para dar solución al problema económico, trazando el camino conducente á tan humanitario propósito y á necesidad tan apremiante, evitando la subversión, y haciendo intervenir al Estado para proteger al más débil; contribuir á la grandiosa redención del proletario; tales son la idea, el pensamiento, y el fin que constituyen el fondo del libro que nos ocupa.

En esta obra se presentan las causas que han determinado el carácter universal y revolucionario del socialismo, estudiándose el llamado de la cátedra, al que combate con gran fortuna; muestra cuál es el ideal del colectivismo; reputa las doctrinas del socialismo científico; indica cuál es la queja del proletariado y colocándose en el justo medio, opina que el problema social puede resolverse transformando impuestos, promulgando leyes de vagancia, de orfandad, de célibes y de mendigos; fomentando sociedades cooperativas; fundando Familisterios; creando bancos populares; llevando á una radical reforma arancelaria y organizando el trat base primordial de la lucha entablada entre el obrer máquina; el Sr. Antón cree que el Estado puede inter

con sus leyes protectoras y reconociendo que aunque se corrijan las injusticias sociales y se suavicen las asperezas entre el desposeído y el poseedor, existirá una causa muy honda que á manera de una inmensa ola se extiende por todos los organismos, el materialismo, nacido más que de las adquisiciones metafísicas de la tendencia fatal, de los fisiólogos contemporáneos, á él dedica el capítulo 21, indicando los medios mas eficaces para combatirle.

El Sr. Antón revela un gran conocimiento de la materia que trata, una vasta erudición, y le podemos reconocer como uno de nuestros sociólogos que con más competencia han estudiado el problema económico. Su obra merece detenido estudio, y el prólogo debido á la galana pluma del Sr. Funes, muestra al escritor culto y ameno; al literato distinguido, y descubre su espíritu sintetizador, que es una condición importante del crítico.

* * *

El Santo Patrono, por D. José María Matheu.—Un tomo; 1891.

Conocíamos al Sr. Matheu por sus anteriores libros «La casa y la calle», «La ilustre figuranta», «Un rincón del Paraíso», «Un santo varón», y especialmente por el notabilísimo titulado «Jaque á la reina», libros todos que le han hecho ocupar un lugar distinguido entre los novelistas contemporáneos. Por circunstancias particulares y dolorosas, el Sr. Matheu ha estado callado algún tiempo, y hoy nos sorprende agradablemente con la nueva novela «El Santo patrono», en la que revela sus grandes cualidades para este género literario, mostrándonos la fluidez y ligereza de estilo que le caracteriza y el espíritu de observación que en él descuella á gran altura, copiando con exactitud escenas y actos de la vida real.

El mérito especialísimo de esta novela está en nuestro

concepto, en la exactitud con que presenta tipos que pudiéramos decir de la sociedad contemporánea, y en las descripciones tan bien trazadas de sucesos que todos hemos presenciado.

Recomendamos con todo interés esta novela á los lectores de la REVISTA, en la seguridad de que han de recrear su espíritu con un libro amenísimo, y no dudamos que «El Santo patrono» aumentará el legítimo crédito del Sr. Matheu.

* * *

Almanaque de conferencias culinarias, de Angel Muro; 1892.

Contiene este almanaque fórmulas culinarias de muchos de nuestros notables escritores y artistas, fórmulas que, como dice Muro, enriquecen el repertorio gastronómico en beneficio de la literatura patria, pudiendo así demostrarse ahora y en los tiempos venideros que aquéllos que jamás creyeron que entendían de cocina, por su invitación y por el singular talento de que están dotados, rebasaron la altura de los escritores culinarios de más fama, desde el español Ruberto de Nola hasta el francés Brillat Savarin.

Angel Muro ha sabido reunir en este almanaque recetas y fórmulas expuestas con donosura y elegancia en multitud de artículos que embellecen el libro, siendo al propio tiempo utilísimo y debiendo ocupar un lugar en toda casa que se precie de amante del provechoso arte á que aquel escritor dedica sus afanes y amenísimas producciones.

* * *

Biología de los partidos políticos, por D. Alvaro Figueroa y Torres.—Un tomo.—Madrid, 1892.

Obras como ésta enriquecen la literatura de las ciencias políticas, siendo uno de los primeros escritores que se de

can en nuestro país al estudio de la importante materia á que está destinada. Con anterioridad, los Sres. Azcárate y Moya habían escrito sobre los partidos políticos, pero la nueva obra del Sr. Figueroa presenta un estudio completísimo de estos factores indispensables dentro del régimen constitucional.

El concepto de los partidos políticos, las clasificaciones de Rohmer, Stahl y Bluntschli, la crítica de las mismas, el desarrollo de los partidos dentro de la vida parlamentaria, el estudio de las transformaciones que sufren, el del progreso y las enfermedades que presentan, todas estas cuestiones están tratadas con un gran espíritu crítico, aplicando á su examen los principios biológicos y el método positivo.

Aunque no participamos de las ideas del Sr. Figueroa y creamos erróneo el aplicar á los fenómenos humanos las leyes generales de la biología, no por esto desconocemos que ha prestado un gran servicio á la ciencia pública con esta obra, dedicada al estudio concienzudo de los partidos políticos, en la que analiza cuestiones importantes como la del caciquismo, la moral en los partidos, la disciplina que debe ser su característica, terminando por exponer la terapéutica de tantos males como descubre y presenta, afirmando con acierto que los males de la política sólo se curan con la política misma. Es el estudio del Sr. Figueroa el más completo que se ha publicado en nuestro país, recopilando á su vez las teorías y doctrinas de escritores como Rohmer, Bluntschli, Bronham, Burke, Rosmini, Prins y Minghetti, y es una atrevida aplicación de la ciencia positiva á las ciencias sociales.

* * *

Radio político de D. Adelardo López de Ayala, por D. Gonzalo Solsona.—Un tomo; 1891.

Esta obra, que ha sido premiada por el Congreso, presenta la figura del insigne Ayala bajo todos sus aspectos; por

ella se reconoce al poeta que compuso obras como «El hombre de Estado» y «El tanto por ciento»; al orador eximio que había de brillar entre la pléyade de los más eminentes en nuestra tribuna parlamentaria, y al político que por sus propios méritos ocupó el elevado sitio de presidente de la Cámara popular.

El Sr. Solsona, si no fuese conocido como notable escritor hubiera acrecentado su nombre con este «Estudio político» que le bastaría para ocupar el lugar distinguido que ya ocupa entre los literatos.

* * *

De las formas de gobierno ante la ciencia jurídica y los hechos,
por D. Damián Isern.—Primera parte. De la Monarquía.
—Madrid; 1892.

El ilustrado director de *La Unión Católica* ha publicado este libro que tiene una verdadera importancia histórica, pues es un estudio, tal vez el más completo dado á luz hasta hoy de las formas de gobierno, de sus orígenes, desarrollo y transformaciones. Comienza el Sr. Isern examinando el concepto de forma de gobierno, y fijándose especialmente en la monarquía, la estudia en sus tres formas: absoluta, templada y mixta, fijando el pro y el contra de cada una de ellas, y estableciendo en el capítulo dedicado á la monarquía mixta la participación que tienen en la misma los diversos elementos y fuerzas sociales según el carácter y condiciones de cada pueblo. Estudia en seguida el régimen constitucional con la división de poderes, el origen, carácter y funciones del legislativo y del ejecutivo, únicos que reconoce el Sr. Isern, y pasa á ocuparse de la institución real y de las garantías constitucionales, presentando todos estos problemas con un espíritu crítico basado en las mejores fuentes históricas y sin preocupaciones ni exclusivismos. Dedicó un capítulo al análisis especial de la *monarquía de los teólogos*, y termina con la teoría de

evolución monárquica, descubriendo gran erudición y revelando que ha empleado muchos años en la investigación de estas cuestiones, hoy tan debatidas en la ciencia política. El libro del Sr. Isern merece nuestro mayor elogio, y esperamos que en los sucesivos volúmenes que publicará completará este estudio de un problema sobre el que han fijado su atención los jurisconsultos y filósofos de todas las épocas.

*
* *

Método práctico de pronunciación francesa, por P. B. Borde.—
Madrid; 1891.

Bien sabido es que si el aprendizaje de una lengua extranjera es ya en sí difícil, cuando se trata de la francesa, las dificultades son mayores, porque su fonética es de las más irregulares que en las lenguas se conocen.

Juzgamos inútil el fárrago de reglas de pronunciación que sin orden se acumulan en los métodos de francés, y el seguido por el Sr. Borde nos parece muy aceptable, pues presenta las dificultades de una manera gradual, y por tanto asequible á todas las inteligencias, estando las reglas seguidas de numerosos ejercicios que unidos á la fraseología y á la traducción, facilitan mucho la ingrata labor del maestro y del alumno, el cual por otra parte adquiere insensiblemente un rico caudal de voces y giros franceses.

Es una obra muy útil para la enseñanza de la lengua francesa y la práctica que en la misma tiene su autor, es la mejor recomendación del método por él empleado.

*
* *

El impuesto de consumos, por D. José Pons y Láns.—Barcelona; 1892.

En este folleto estudia el Sr. Pons la cuestión importantísima de los consumos hoy próxima á debatirse en nuestro Parlamento, por la modificación de este impuesto especialmente en la parte que se refiere á los vinos. En él se trata con gran conocimiento de las siguientes materias:

1.º El impuesto de consumos.—La higiene y la moralidad administrativa reclaman su reforma.—2.º La reglamentación actual del impuesto de consumos carece de equidad.—3.º La rebaja de las tarifas aplicadas á los vinos, beneficiaría á la higiene, y mejoraría la situación de nuestra industria vinícola.—4.º Boceto de los que debieran ser el impuesto de consumos.

En el folleto se acompañan unos apéndices en los que se evidencian la mala distribución y la carencia completa de equidad en el señalamiento de los cupos que corresponden á las diferentes poblaciones de la Península, siendo objeto de una crítica severa la Ley y Reglamento actuales que regulan este impuesto, mereciendo que nuestros hombres públicos fijen su atención en este trabajo del Sr. Pons, por la utilidad que les ha de reportar, para el conocimiento de cuestión práctica tan importante, que están llamados á resolver en breve término.

CLEMENTE DOMINGO MAMBRILLA.

DIRECTOR:
M. TELLO AMONDAREYN.

PROPIETARIO:
ANTONIO LEIVA.

PRÉSTAMOS HIPOTECARIOS

Se encarga de su gestión el activo agente del Banco Hipotecario de España,

D. PABLO DE GOROSTIZA

Paseo de Recoletos, 12

Y

Calle de Mendizábal, 36

MADRID

El Banco Hipotecario hace en la actualidad sus préstamos al interés de 5,50 0/0 y 0,60 0/0 de comisión.

También hace el Banco Hipotecario de España préstamos á Diputaciones provinciales, Ayuntamientos y Corporaciones, en condiciones especiales.

ACADEMIA CASA-PENSIÓN

DEL

CARDENAL CISNEROS

Para alumnos

de Facultades y Escuelas superiores exclusivamente.

Asegurar á los jóvenes, por razón de estudios alejados de sus familias, un segundo hogar, y por tanto, un mayor bienestar que el que disfrutar pueden en hoteles ó casas de huéspedes, atentas no más que á su lucro é interés; facilitarles el estudio y aprovechamiento del mismo por medio de lecciones supletorias, y aclaración y vencimiento de cuantas dudas y dificultades entorpezcan su trabajo; y afianzarles el cumplimiento de sus deberes todos por los procedimientos que la razón y la experiencia de consuno señalan, aplicados inteligente y reflexivamente sin anular la libertad racional que disfrutar deben ni menoscabar la propia dignidad que como su más firme sostén ha de enaltecerse siempre, es, con la de suplir la acción tutelar del padre, y á la vez proporcionar á las familias, (con los medios de dirigirles y encauzarles en todo momento, y en todo momento también conocer su estado y situación); la tranquilidad y el sosiego que necesariamente ha de darlas, la seguridad racional que se las otorga de que sus hijos utilizarán convenientemente el tiempo y desembolsos que imponen, y librarán los múltiples y graves riesgos que Madrid, abandonados á sus propias fuerzas, les ofrece de continuo, es repetimos la misión que se ha propuesto D. Antonio Mora al crear la Casa-pensión de referencia, que confundirse no debe con colegio alguno, por diferir esencialmente, tanto en su régimen interior, como en manifestaciones externas, de los establecimientos de esta índole.

Recomendamos á las familias antes de colocar sus hijos á su libre albedrío en casas ú hoteles más ó menos recomendables, ó confiarlos á personas seguramente respetables, pero cuyas preocupaciones y trabajos no las permiten de ordinario consagrar á aquéllos la atención debida, pidan al Director, Daoíz 3, el reglamento y bases porque se rige.

PREPARACIONES FARMACÉUTICAS

DEL

DOCTOR BONALD

GORGUERA, 17, MADRID

Pesetas.

Pastillas cloro-boro-sódicas con cocaína.

Especiales contra las irritaciones agudas y crónicas de las mucosas bucal y faríngea; superiores á todas las preparaciones conocidas hasta el día, por su inmediata y benéfica acción en todas las enfermedades de la boca y garganta. Precio de la caja 2

Pastillas de frutos pectorales con codeína.

De seguro éxito en todas las enfermedades de las vías respiratorias que produzcan tos, especialmente en las diversas clases de catarros, bronquitis, laringitis, etc. Precio de la caja 1,25

Pastillas vermífugas de Bonald.

Medicamento utilísimo, principalmente para los niños, y de éxito comprobado contra las lombrices. Corrige además los excesos de bilis, *asientos* ó malas digestiones y los perniciosos efectos de la baba, durante la dentición. Precio de la caja (varía entre 75 céntimos y 2 pesetas 50 céntimos, según la edad del niño).

Vino de coca, quina y hierro peptonizado.

Contra la anemia, clorosis, inapetencia, neuralgias intermitentes, flujos blancos y debilidad en general. Precio del frasco 4

Vino de coca y hierro peptonizado.

Contra los afectos nerviosos con debilidad, digestiones lentas y dolorosas, anemia, flujo blanco, clorosis, etc. Precio del frasco 4

Vino alimenticio preparado con peptona, coca, quina y cacao.

Para combatir con gran éxito la anemia, clorosis, inapetencia, digestiones pesadas ó tardías, dolores del estómago, desarreglos menstruales, convalecencias largas, flujos blancos, pirosis, flatos ó acedías; de grandes resultados en las enfermedades consuntivas en general, y particularmente en la tisis por sus efectos sedantes y tónicos. Precio del frasco 4

Elixir de pepsina, pancreatina y diastasa á la cocaína.

Empléase con seguro resultado en las más complejas perturbaciones de la digestión, vómitos glerosos ó ácidos, digestiones lentísimas, dolores de estómago y neuralgias armónicas con la digestión. Precio del frasco 4

ADVERTENCIAS. Tanto los medicamentos anunciados como otros del doctor Bonald, están acreditados en la práctica por reputadas autoridades en las ciencias médicas.

A cada frasco ó caja acompaña un prospecto explicativo para el modo de usar el medicamento.

Se expenden en casa del autor, Gorguera, 17, Madrid y en las principales farmacias. Se envían á provincias directamente.

LA «REVISTA DE ESPAÑA»

(AÑO XXIV DE SU PUBLICACIÓN)

VE LA LUZ LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES

Un número suelto, 2 pesetas 50 céntimos en Madrid y 3 pesetas en provincias.

Un número atrasado, 4 pesetas en Europa y América.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID

Un mes, 4 pesetas.—Tres meses, 11 pesetas.—Seis meses, 22 pesetas.—Un año, 40 pesetas.

PROVINCIAS

Tres meses, 13,75 pesetas.—Seis meses, 27,50 pesetas.—Un año, 45 pesetas.

EXTRANJERO (*menos Portugal*).

Seis meses, 32,50 pesetas.—Un año 60 pesetas.

PORTUGAL

Seis meses, 27,50 pesetas.—Un año, 50 pesetas.

CUBA Y PUERTO RICO

Un año, 75 pesetas.

PILIPINAS

Un año, 80 pesetas.

No se sirve suscripción alguna cuyo pago no se haga por anticipado. Tenemos colecciones enteras de la REVISTA á disposición de los que las deseen.

Los pedidos deben hacerse directamente al Administrador de la REVISTA DE ESPAÑA, Santa Catalina, 5, Madrid.

REVISTA DE ESPAÑA

SUMARIO

	Páginas.
I.—HINS-BELAY, por <i>D. Antonio Aguilar y Cano</i>	257
II.—GUSTAVO A. BECQUER, por <i>D. Valeriano Barrero Amador</i>	276
III.—LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA (Retratos de antaño), por el <i>P. Luis Coloma, S. J.</i>	294
IV.—LA PIEDAD, por <i>D. U. González Serrano</i>	315
V.—HISTORIA DE LA FRANCMASONERÍA, por <i>D. Nicolás Díaz y Pérez</i>	318
VI.—ULRICO DE LHINSTENSTEIN Y PEDRO VIDAL, por <i>D. José J. Herrero</i>	341
VII.—REDENCIÓN SIN CAIDA (Novela corta), por <i>D. Julio Burell</i>	346
VIII.—ENSAYO ACERCA DE LA CONDICIÓN JURÍDICA DE LA MUJER, por <i>D. E. Gómez de Baquero</i>	354
IX.—CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR, por <i>D. M. Tello Amondareyn</i>	360
X.—CRÓNICA EXTERIOR, por <i>Y.</i>	380

(DERECHOS RESERVADOS.)

MADRID
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Santa Catalina, núm. 5.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales, el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

LÍNEA DE COLÓN.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto Rico. Un viaje mensual saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa Firme y Colón.

LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina y Japón.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada cuatro viernes á partir del 10 de Enero de 1890, y de Manila cada cuatro martes, á partir del 7 de Enero de 1890.

LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Enero de 1890.

LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.

Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

SERVICIO DE ÁFRICA.—**LÍNEA DE MARRUECOS.**—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

SERVICIO DE TÁNGER.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y Compañía; Plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y Compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.

HINS-BELAY ⁽¹⁾

(CONCLUSIÓN)

IV

Hemos llegado á la última parte de nuestro trabajo, ó sea aquella en que decíamos al comenzarlo que contendría una conjetura poco firme, poco fundada, de difícil demostración por la carencia de testimonios, nada resistente, en su virtud, á la crítica severa que no se satisfaga sin pruebas concluyentes; pero inspirada en algunos indicios no despreciables y más que en ellos en sentimientos de esos que sustentan y esclarecen las ideas cuando la fuente histórica no existe ó es deficiente. Veremos si nos es dado exponer nuestro pensamiento con la claridad y concisión que apetecemos.

El castillo que nuestras crónicas dicen de Polei ó Poley, fué llamado por los árabes, y en esto no cabe duda de ninguna especie, castillo de Boley. Así puede verse en la *Historia de los musulmanes en España* de Dozy, y más claro en la obra del mismo autor *Investigaciones acerca de la historia y de la literatura de España en la Edad media*; así se escribe en la colección de tradiciones titulada *Ajbar Machmuá*; con idéntica ortografía en *Al-Makkari*; así también lo aceptan los orien-

(1) Véase el número 548 de esta REVISTA

talistas españoles Gayangos, Lafuente Alcántara y otros, quedando, por consiguiente, establecida como buena esa lectura, sin contradicción de ninguna especie por parte de los escritores más estimables.

Ahora bien, la palabra árabe Boley, que no tiene significación, ni explicación, ni racional etimología en aquella lengua, debe de ser una de tantas transcripciones de otras romanas como se registran en la geografía de nuestra Península, y lo que importa, en su consecuencia, es indagar á cuál de ellas corresponde. Ya intentó hacerlo, con notorio error, el citado Dozy, indicando su creencia de que Boley ó Poley correspondía á una *Ilpula* romana, de cuyo nombre puesto en genitivo, suprimidas las tres primeras letras, por abreviación á que fueron muy dados los árabes, quedaba *Pulæ* de fácil conversión en Poley ó Boley al traducirlo á tan distinto idioma como era el de los invasores. La opinión de Dozy fué resueltamente combatida y desechada por los eruditos españoles, aparte del excesivo convencionalismo que requiere y de la mutilación del nombre originario, por recordar que la situación de Poley es conocidísima, que corresponde á la villa de Aguilar, y que en ésta jamás hubo una ciudad que se llamase *Ilpula*, constando en cambio que en su término tuvo asiento la importantísima *Ipagro* antoniniana.

Una variante en las traducciones del árabe, que pudimos notar en la versión hecha por Conde de la *Descripción de España* del Nubiense ó el Xerif Al Idriçi, apellida de Hins-Belay al castillo de Poley, lección que fué verdadero rayo de luz para guiarnos en la busca de la palabra latina correspondiente. Notamos que Poley, Boley ó Belay, por su terminación y por la preposición que en castellano se le antepone es un genitivo, y en ese supuesto hallamos que podía ser y es transcripción naturalísima de *Pelagii*, genitivo de *Pelagius*, nombre romano que corresponde al romanceado Pelayo. Admitido ese origen, el nombre de Poley ó Hins-Belay, significaría sencillamente *castillo de Pelayo*.

En apoyo de nuestra interpretación, conviene decir q

los árabes tradujeron constantemente Belay, por Pelayo, como, entre otros testimonios que pudiéramos citar, puede verse en el *Ajbar-Machmuâ* (1). Al hablar de las conquistas de Okba dice que sometió toda la Galicia «si se exceptúa la sierra, en la cual se había refugiado con 300 hombres un rey llamado Belay...»

Dando, pues, como posible que la fortaleza del moderno Aguilar se llamase, en lo antiguo, castillo de Pelayo, ocurre inmediatamente la idea de saber si es conocido ó desconocido el sujeto que le dió nombre, y se siente poderoso estímulo para extremar la hipótesis alongándola á términos acaso prohibidos por los buenos preceptos de la lógica. Mas poderoso el estímulo que el temor del peligro que se corre, no hemos sabido ni podido detenernos en nuestras livianas conjeturas, y como ellas han nacido, y son, así las daremos.

Nombre vulgar y común el de Pelagio, pudo tenerlo cualquiera de los castellanos á cuyo cargo estuviese la fortaleza, que nos ocupa, durante la época visigótica; pudo ser el de la persona que lo gobernase cuando la entrada de los árabes, y nada estorba que lo llevase después de la invasión algún sujeto que por su autoridad ó por algún hecho poco común ó extraordinario lo diese á aquel fortificado recinto. No sería discreto negar todas esas probabilidades y otras semejantes, puesto que bien se sabe á cuántas y qué distintas circunstancias puede obedecer la voz con que un lugar se designe; pero se satisface más la razón cuanto más culminante es el hecho, más notable la circunstancia, más notoria la personalidad de quien esa voz dimana.

En busca, pues, de un Pelayo digno por su historia de ser memorado de esa suerte, se fija involuntariamente la atención en el restaurador de la monarquía visigótica, en aquel rey objeto á un tiempo, como dice escritor muy discreto (2), los cantos del poeta, de las leyendas populares y de las

Ajbar-Machmuâ.—Colección de tradiciones.—Traducción de don D. José Caveda. —Restauración de la monarquía visigoda.

Ajbar-Machmuâ.—Colección de tradiciones.—Traducción de don D. José Caveda. —Restauración de la monarquía visigoda.

Ajbar-Machmuâ.—Colección de tradiciones.—Traducción de don D. José Caveda. —Restauración de la monarquía visigoda.

enseñanzas de la historia; personificación de una época gloriosa, tipo de nacionalidad y ejemplo sublime de valor y patriotismo,» cuyos hechos heroicos y cuya empresa atrevida herirían, de seguro, las imaginaciones orientales con marca imborrable.

¿Fué Pelayo el de Covadonga, Pelayo el restaurador, Belay el Rumí, el mismo que dejó su nombre en el castillo de Aguilar? Nadie puede hoy contestar afirmativamente esa pregunta, porque nadie dispone de las pruebas necesarias para sostener esa afirmación; pero abrigar la duda de que lo fuera, acariciar ese bello supuesto, sentirlo como si realmente fuese cierto, eso sí puede hacerse porque para ello hay suficientes indicios.

No puede separarse el nombre de Pelayo del de Córdoba, sin total olvido de las crónicas, no ya en la parte de la historia de Pelayo que ha dado lugar á negaciones y controversias, sino en aquella otra que la mayoría de los autores tienen por indiscutible. El Silense y el Tudense (1) nos dicen que Pelayo era espartario, el que cuidaba las armas del rey Rodrigo, y si esto es cierto, debió residir en Córdoba, corte del expresado rey. Invasión de España por los árabes, nos pinta el mismo Silense (2) á Pelayo vagando á la ventura de uno en otro pueblo. Al-Makkari nos dice *que huyó de Córdoba*, expresándose de este modo: «cuentan algunos historiadores que el primero que reunió á los fugitivos cristianos de España, después de haberse apoderado de ella los árabes, fué un infiel llamado Pelayo, natural de Asturias, en Galicia, al cual tuvieron los árabes como rehenes para seguridad de la obediencia de la gente de aquel país, y *huyó de Córdoba* en tiempo de Al-Horriben-Abdo-r-Rahamen-Atsakafí, segundo de los Emires árabes de España en el año sexto después de la conquista, que fué el 98 de la Egira 716-717.» El citado Tuden-

(1) *Pelagius filius suprafacti Ducis Fafilae Spatarius Regis Roi ci...*» Crónica Tudense.

(2) *Qui oprusione Maurorum incertis locis vagabatur.*—Crónica Silense.

se le supone en Córdoba no como prisionero, sino como enviado de Munuza (1) y de igual modo refiere ese hecho el Arzobispo Don Rodrigo, conviniendo ambos en que apercibido de la deslealtad del infiel, se fugó de Córdoba para levantarse en Asturias. A esos escritores han seguido Mariana y otros; pero en este asunto creemos lo más acertado hacer nuestras, por lo claras, precisas y concluyentes las siguientes palabras del Sr. Caveda, escritas después de rechazar y combatir la parte novelesca del episodio amoroso de Munuza y la supuesta Ormesinda: «...» no parece de todo punto inverosímil que, según pretende el escritor árabe ya citado, se hallase Pelayo detenido en Córdoba como en rehenes. Aunque con diversa causa, en esta capital del Emirato le supone también el Arzobispo D. Rodrigo, según ya se ha indicado. Si tales asertos no se comprueban con ningún otro documento anterior al siglo XIII, tampoco se citará uno solo que los contradiga. La verdad es que, ni parecen inconciliables con la situación en que se encontraban entonces los árabes y los pueblos del Norte de la Península, ni pasará de un argumento negativo en contra, el silencio de nuestros más antiguos cronicosnes.»

Si, pues, ni un solo dato contradice las noticias, de haber sido Pelayo espartario del rey Rodrigo, de haber vagado después de la invasión sarracena por varios lugares, de haber venido á Córdoba ya prisionero ó contra su voluntad, ya voluntariamente como mensajero ó enviado, y de haberse, por último, fugado de aquella capital para que á su grito de independencia resurgiera la patria en Asturias; y si todos esos hechos cuentan en su apcyo los estimables testimonios que dejamos citados, lícito nos será dar cuerpo á nuestras dudas,

Ipse Muza praefecturam agente Pelagius filius suprafati ducis, lae Spataris Regis Roderici dominatione Ismaelitarum oppresus, in propria sorore Asturias est ingresus. Muza vero videns sororem us pulchram accensus libidine, dolose quasi legationis causa, Pelam Corduban misit, et eo absente sororem ipsius vi sibi sociavit. Sed agius ut erat vir fortis et Catholicus, postquam redit, nullatenus llicito matrimonio.—Cronicón Tudense.

y á nuestras suposiciones, y á nuestras conjeturas, en las siguientes preguntas:

¿Estuvo Pelayo, en tiempo del rey Rodrigo, encargado de gobernar el castillo de Poley, tan cercano á Córdoba?

¿Al vagar Pelayo de lugar en lugar, después de la invasión, se acogió, por ventura, al castillo de Poley?

¿Fué esta fortaleza propia de Pelayo, construída ó restaurada por él?

¿Estuvo, acaso, prisionero en ella cuando vino á Córdoba y desde allí realizó su fuga para alzarse en Cantabria?

Contestar esas preguntas negativamente es ir, sin pruebas de razón, contra lo posible: responderlas de un modo resueltamente afirmativo es convertir, sin fundamento, en certeza la deleznable probabilidad. Plantean, por tanto, un interesante y curioso problema histórico cuya solución nos parece poco fácil mientras investigaciones nuevas no arrojaran luz más intensa que la emanada de los breves cronicones árabes y cristianos.

¡Ojalá en lo futuro se convirtiese en evidencia lo que hoy no pasa de la categoría de hipótesis! Entonces, recordando aquella epopeya de siete siglos, única en la Historia, epopeya cuyas páginas son tantas como palmos de terreno tiene nuestra España, palmo á palmo reconquistada; recordando aquella lucha legendaria que hacía decir á Ibn-Jaldum que los árabes vivían en pueblos fundados sobre fuego devorador, entre las garras y los dientes de los leones; recordando aquellas razias salvajes, aquellas entradas á sangre y fuego que á una y otra parte llevaban en nombre de dos religiones incompatibles la desolación, la muerte y el exterminio; recordando aquellas algaradas que tenían en estado de incertidumbre los bienes y ni al sueño dejaban el reposar tranquilo; recordando aquellas oleadas de gente fanática y á medio civilizar que á la continua enviaba el país africano á la feliz España para mantener en ella vivo el sacro fuego de guerra santa; recordando aquellos millares de combates, cercos, asedios, asaltos, conquistas y reconquistas, en

que sobresalen como cimas colosales Covadonga, Clavijo, Zalaca, Alarcos, Las Navas y tantas otras, desde que se apellida en Asturias á la patria sojuzgada, hasta que en la vega granadina hicieron los Reyes Católicos saltar el último eslabón de la cadena que la oprimía; recordando los nombres gloriosísimos de tanto campeón ilustre como contribuyó á restablecer el imperio de la Cruz en la Península, obra titánica que virtualmente se encierra y contiene, como en cifra de luminosos diamantes, en el nombre de Pelayo, entonces, repetimos, la modesta villa de Aguilar podría envanecerse de ser la única en el Mediodía sellada con esa cifra, que esculpíó Covadonga, allá en el Norte, y, ambos lugares, cerrarían con áureo broche el suelo entero de la patria queridísima y el libro sin rival de la reconquista cristiana.

ANTONIO AGUILAR Y CANO.

(De la Real Academia de la Historia.)

Estepa, 20 de Diciembre de 1891.

APÉNDICES

ILIPULA MINOR, POLEI, AGUILAR.

La fortaleza de Polei, en árabe Boley, que Edrisi coloca (t. II, p. 54) á 20 millas (5 leguas) de Córdoba, en las cercanías de Santaella, desempeña un papel importante en la historia de Omar Ibn-Hafsun. Este lugar se llama hoy Aguilar (de la Frontera), según aparece en una carta de 1258, citada por López de Cárdenas en sus *Memorias de la ciudad de Lucena*, (Ecija 1777, p. 165): «Aguilar, que se llamaba otras veces Polei,» y como allí se encuentran muchas antigüedades romanas, creemos reconocer en Polei la Ilipula Minor, nombrada por Plinio entre las ciudades del *conventus* de Ecija.

Los árabes han suprimido *Ili* y Boley es evidentemente el genitivo Pulæ. (1)

POLEY

El señor Dozy fundadó en que en la moderna Aguilar, llamada en otros tiempos Poley, se encuentran muchas antigüedades romanas, ha creído reconocer en este nombre (Boley) la Ilipula minor, citada por Plinio entre las villas del convento de Écija. Pero el señor Lafuente Alcántara, en un índice geográfico puesto como apéndice á la traducción del Ajar, publicada en Madrid en el año 1867, si bien conviene en que Aguilar y Poley son la misma población, se opone á que éste sea una corrupción de Ilipula, apoyándose en que las inscripciones romanas encontradas en Aguilar ó en sus inmediaciones, jamás ofrecen el nombre de Ilipula y sí el de Ipagrum y en que los antiguos itinerarios demuestran que la moderna Aguilar corresponde próximamente al antiguo Ipagrum. Esta misma afirmación del señor Lafuente se encuentra robustecida por el digno académico de la Historia señor don Eduardo Saavedra, en su magnífico trabajo sobre itinerarios y vías romanas, con motivo de su recepción pública en el año 1862, donde al mismo tiempo que se confirma que las ruinas de Ipagro se ven en las dehesas de los Moriles, término de Aguilar de la Frontera, se indica que la Ilipla estuvo en los cerros y cortijos de Repla, término de los Corrales, donde nace el arroyo de los Hachuelos; opinión á que asiente por completo el eminente numismático Sr. D. Antonio Delgado, que considera este Ilipla á que se refiere el señor Saavedra, la misma que Plinio llama Ilipula minor, dentro del convento Astigitano (2).

CORTIJOS DE REPLA

Ya era opinión muy extendida entre los eruditos, la que el Sr. Fernández Guerra había comunicado á muchos de sus amigos, y varios de éstos publicados dentro y fuera de España, dando á conocer su dictamen de que á los cortijos de *Repla* debía reducirse la *Ilipula minor*, que Plinio menciona entre las ciudades estipendiarias del convento Astigitano, ¶

(1) R. Dozy. — *Investigaciones*.

(2) De D. Antonio Machado Alvarez, como nota á su traducción de las *Investigaciones* de R. Dozy.

cisamente antes de *Marucca*; así por haber hallado dicho señor otro ejemplo de ser la voz *Arrepla* corrupción del nombre de *Ilipula*, como por el hecho de haberse llevado de junto á Estepa, según memoria autorizada por diversos testimonios, aunque sin decirse á punto fijo el lugar de su invención, la inscripción geográfica que en Lucena copió Pérez Bayer, con otras tres, en casa del oidor Bruna, donde han sido nuevamente descubiertas bajo una gruesa capa de cal por el Dr. Emilio Hübner, quien á su vista hizo el traslado, que nos remitió de la primera, en la siguiente forma:

C · CORDIO · C · F · QVIR ·
 OPTATO
 D · D · ILIP · MINOR ·
 C · CORDIVS · FONTANVS · F
 HONORE · VSVS · IMPENSAM
 REMISIT
 EPVLOQ · DATO · DEDICAVIT

De propósito lo pongo aquí, para que se vea la semejanza que ofrece este epígrafe, con el que he tenido la suerte de desenterrar en el caserón de *Clavijo*, que es uno de los dichos cortijos de *Repla*, propiedad del conde de Montelirio, y del cual presento calco bajo el número 12, dando también su lectura á continuación:

L · FLAVIO · L · F · QVIRI · GALLO
 IIIIVIR · IIIVIR · BIS · DD · ILIP · MIN ·
 L · FLAVIVS · GALLVS · HONORE · VSVS
 IMPENSAM · REMISIT

Está grabado en una columna de jaspe de 91 centímetros de alto y 46 de diámetro, hallándose copiado, aunque de una manera tan enormemente distinta, que bien puede decirse enteramente desconocido, en el MS. titulado *Antigüedades y excelencias de la villa de Osuna*, por su corregidor Antonio García. Con ello resulta completamente justificada la reducción de *Ilipula minor* á los expresados cortijos, cuyo nombre nérico en cierto modo se aproxima al antiguo (1).

AGUILAR (Boley).

Le cita Xerif Al-Idriçi en su *Descripción de España*, y dice que dista de Córdoba veinte millas. Mr. Dozy, en sus *Recherches*, conjetura que el nombre de Poley es corrupción de Ilipula, suponiendo que éste era el nombre romano de la indicada población, lo cual es inadmisibile: primero, porque las inscripciones romanas encontradas en Aguilar ó sus inmediaciones no ofrecen jamás el nombre de Ilipula, y sí repetidamente el de Ipagro; segundo, porque los antiguos itinerarios demuestran que la moderna Aguilar corresponde próximamente á la antigua Ipagrun (1).

ABD-ALLAH BEN MOHAMMAD.

El mismo sábado en que murió Al-Moñdzir le sucedió su hermano Abd-Allah. Los soldados se hallaban cansados de tan prolongada sitio, y apenas se divulgó la nueva de la muerte del Emir, las divisiones de los diferentes distritos y tribus se dispersaron cada cual por su lado. Mandó el Emir que permaneciesen en sus puestos, pero no fué obedecido, y tuvo que retirarse, á fin de ponerse á salvo de un ataque de los enemigos, llevando delante de sí el cadáver de su hermano, pues aunque le aconsejaron que lo enterrase allí, no quiso hacerlo, y lo llevó á Córdoba, donde lo enterró con sus antepasados, en el Alcázar. Agravóse luego el estado de las cosas, y después de haber estado á punto de un pacífico arreglo, estallaron disensiones y discordias entre los tercios militares, cuyos jefes dejaron de prestar apoyo al Monarca. Dedicóse éste al ascetismo y á hacer manifestaciones de devoción, economizando el dinero del tesoro y guardándole, para que en mejores tiempos pudiese ser útil á los musulmanes, pues las rentas públicas habían disminuído considerablemente, por estar todas las provincias en poder de sublevados. Ahorraba las pagas de los soldados del Chund, escaseaba las de los que estaban á su inmediato servicio. Por todas partes cundió el desorden, y creció el poder de Omar ben Hafson en tales términos, que pudo hacerse dueño del castillo de Aguilar (Poley) distante una jornada de Córdoba. Su caballería se exten-

(1) Del índice geográfico puesto por D. Emilio Lafuente Alcántara á su traducción del *Ajbar-Machmuá*.

por los alrededores, y avanzaba cada día por tarde y mañana hasta las ruinas de Xecunda y el desfiladero de Almeida, sin encontrar resistencia, llegando las cosas hasta el extremo de que uno de los caballeros más animosos del ejército de Omar, que había hecho una incursión con su caballería hasta el desfiladero que domina á Córdoba, pasó el puente y arrojó su lanza contra la estatua que había sobre la puerta del mismo, volviendo después á reunirse con sus compañeros. Duró este estado veinte y cinco años, hasta que, al fin de su reinado, se restableció un poco el orden, gracias á su alcaide Abol-Abbas Ahmed-ben-Mohammad-ben-Abí-Abda, quien tuvo memorables encuentros con Ebn-Hafson y otros rebeldes, en que tomó cumplida revancha de ellos; los superó. Después de haber obligado á Ebn-Hafson á abandonar el castillo de Poley, recogió los tributos de algunos distritos de la parte oriental (de España), y otorgó la paz á otros, á condición de que pagasen cierta contribución que les fué impuesta, quedando exentos de servicio (1).

CARTA DEL REY DON PEDRO,
FIRMADA DE SU MANO
Y DIRIGIDA Á LA CIUDAD DE SEVILLA, EN QUE MANIFIESTA
LAS CAUSAS QUE TUVO PARA QUITARLE Á ALFONSO
FERNÁNDEZ CORONEL, LA VILLA DE AGUILAR

Por q' de los Reyes es e al ssu estado pertenesçe de extrañar e escarmentar los malos ffechos e desaguisados que se fasen en su Regno e ssu señorío y señalada mete aquellos q' son contra el su estado e mengua del ssu sseñorío Real. E la pena q' es dada alos malos e alos q' en tal yerro caen es en exemplo alos otros q' lo oyen y lo veen e lo saben de se guardar de caer en tal yerro. E guarden por ello mas conplidamente lealtat á q' son tenidos de guardar assu Rey e a su sseñor. Por ende quiero q' sepan todos quantos esta carta vieren como yo Don Pedro por la graçia de dios Rey de castiella de toledo de leon de gallisia de senilla de cordoua de murçia de jahen del algarbe de algesira e señor de molina. Por q' yo oue fecho merçed a alfonso ferrandes coronel e le di la my villa de aguilar de la frontera q' le fise donaçion della, q' le di preuillejo q' la ouiese por suya por juro de heredat, e q' fiesiese de la dicha villa guerra e pas e me acogiesse enllando e pagando e guardasse mio serniçio e mio sseñorío e uca della me deseruiese. E si contra ello ffuese q' perdiessse

) Del Ajbar-Machmuâ.

la dicha villa e fuese mia de q' me fiso pleito e omenaje de lo fferaser e guardar assi. E por acreçentar mas en la su onrra fiselo rrico ome e dile pendon. E acreçentetele entierra mayor quantia de la q' tenia. E todas estas merçedes e onrra le fise teniendo q' la deuia faser como en aquel q' era mi merçed, e auia rrason de fiar entre los otros cavall.os q' en el mio señorio auia por q' fue criado del Rey don alfonso mio padre q' dios perdone e lo heredó e casó e fiso canall.o e fue su ofiçial, e del su consejo e le fiso muchas merçedes e sseñaladas.

E otro ssi john fferrandes su padre fue criado del Rey Don ferrando mio auuelo e lo heredo e caso e fiso cauallero. E su auuelo ferran gonzales fue merçed del Rey Don Sancho mio visauuelo. E por todo esto q' auia muy gran debdo en la mi merçed e logar de catar mas complidamete mio seruicio como yo del ffiava. E por ssu pecado e ventura mala non conosciendo nin estado nin las merçedes q' el e los del su linaje ouieron de los Reyes onde yo vengo e demi enviose espedir demi e desnaturar por su carta e fiso nombre de desnaturamiento demi en la rrambla termino de cordoua non auieado rrason nin derecho delo poder nin deuer faser nin auiedo y ningun caso nin rrason de aquellos porq' se deuiese nin pudiese desnaturar de mi. E fiso guerra de la dicha villa de aguilar corriendo la mi tierra é poniendo fuego e rrobando e catiando cauall.os e omes fijosdalgo e otros e rremidiendolos. E otro ssi fiso fabla con los moros por q' me ficiesen guerra fasiendoles entender q' les faria cobrar logares de la mi tierra. E otro si embio mandaderos e cartas a algunas mis villas de la frontera e acaualleros e omes bonos e a otros de mio señorio para los mandar q' ffuesen en mio desseruicio e pusiesen alborço en la tierra si lo ellos qsieran traer. E yo veyendo la su maldat e el ssu desconosçimiento por defender la tierra e guardar la de daño. E por gelo estrañar vine y a la dicha villa de aguilar e llegue martes dies e ssiete dias del mes de enero de la era de mill e tresientos e nouenta años. E estando çerca della e estando y comigo don john alfon de albuquerque e don john nuñez maestre de la caualleria de la orden de calatraua e don pero ponçe de leon e don john obp. de jahen e otros rricos omes e caualleros mis vasallos e otros caualleros e omes bonos e conçejos de las mis cibdades e villas de la frontera embie alla conel mi pendon, caualleros de mis vasallos q' tar q' me entregase la dicha villa e me acogiese en ella ca sauia q' la auia pedida e era mia por yerros q' me auia fecho e el no lo quiso fferaser antes acreçentando en su yerro e en su deseruicio trató e fiso tirar : tas e piedras contra el mi pendon e alos q' yuan conel e logar do yo estava E yo por esto con conseio e con acue

de los q' y eran conmigo dilo por traydor E judgue la dicha villa q' era mia e todos los otros sus bienes sean mios e pertenescer a la mi camara. E entonçes por otros menesteres qavia para ende e deje y fronteros q' defendiessen la tierra e fuy me para castiella E el toda via estando en su porffia ffasiendo guerra E yo veyendo esto por defender la tierra del daño que tomava E por q' el logar estaua frontero de tierra de moros q' podía tomar dios gran desseruiçio e yo vine sobre la dicha villa de aguilar e çerquela e venieron y conmigo los dichos don john alffonso e maestre e otros rricos omes e caualleros mios vasallos é otros caualleros y omes bonos e conçejos de las mis cibdades e villas de la frontera E. . . . alfonso frrndes. fiso. . . . peño por la defender trando piedras e saetas contra los mios llamando aguilar, aguilar E mandé poner ingenios e faser cauas so tierra e fisela combatir afincada mete asi q' la entraron por fuerça e. . . . dicho alfon ferrandes e a otros q' fallaron y conel é troyieron los ante mi E yo mande faser luego justiçia del e dellois aquella q' merescian como de aquellos q' en tal yerro çayesen. . . . villa para mi E. . . . q' desta villa fue fecha donaçion agonçalo yuañez. . . . de e fincó su heredero don gonçalo su fijo e despues en tiempo q' el Rey don ferrando mio auuelo ero moço fiso guerra al dicho rey de la dicha villa con los moros e con otros q' eran en su desseruiçio E con su esfuerço e con su ayuda vensieron el poder de los moros del Rey de granada e quebrantaron el logar de baylen e rrobaron lo leuaron catiuos todos los omes e mugeres q' y fallaron e seyendo el vasallo del Rey de granada fiso por si e con los moros guerra y mucho desseruiçio E despues don gonçalo su fijo q' fincó su heredero de la dicha villa de aguilar E fiso mucho desseruiçio del al Rey don alfon mio padre e labró en ella mon.^a E por q' los dichos Reyes en cada uno de los dichos tiempos ouieron grandes menesteres de muy grandes guerras que auian non ouieron logar nin tiempo de tornar á ello como deuián E despues por fallescimiento de herederos fincó la dicha villa rregalenga. E seyendo ella mia dila e fise donaçion della al dicho alfon ferrandes como dicho es E el yendo por la costumbre mala de los otros q' la ouieron en antes q' el esforçando se en la mala vos e apellido e fortaleza del dicho logar de aguilar e por q' es muy çerca e en tal comarca por q' la mi tierra poda rrecibir muy grand daño Por le tengo por bien q' la dicha villa sea rregalenga efinque la corona de mios Reynos en el mi tiempo e despues de otros reyes q' despues de mi Reynasen E juro adios e sanmaria y a los santos euangelios. . . . con las mis manos la nunca dar nin faser donaçou della a infante nin a rrico

ome nin a rrica dueña nin perlado nin aeglesia nin aorden
 nin a caullero nin a otra persona ninguna mas q' fin q' rre-
 galenga como dicho es E mando y digo al Rey ealos Reyes
 q' rregnasen despues demi q' lo guarden asi E si lo asi non
 ffesieren q' ayan la maldad de dios y la mia ellos e quantos
 los contrariasen que lo non guarden asi E por q' los vesinos
 e moradores dela dicha villa fueron ayudadores e fasedores
 con los sseñores que ende fueron de faser estos males e de-
 syruiciõs e desconoçimientos q' dichos son E yo por esto auia
 rrasõ de la hermar e despoblar de aquel logar onde agora
 está por q' fué se exemplo para todos los q' lo oyessen e
 ssopiesen y q' sse guardasen de caer en los tales yerros.
 Pero por q' la dicha villa es muy cerca de tierra de moros
 e compradera para guarda e defendimiento de la comarca en
 q' está Toue por bien de la non er mar e q' fincase poblada e
 de la mandar labrar E por q' el nonbre della era siempre
 apellido e vos de los sseñores q' della fueron q' estos desre-
 uiciõs fsieron e sus señales eran figura de aguila qe trayan
 abos, del nonbre de aguilar Tire le este nonbre y q' lo non
 aya de aquí adelante E tengo por bien q' aya nonbre mont
 Real E mando q' de aquí adelante q' sea llamada assi E q' el
 conçejo deude q' ayan por sseñal en el pendon e enel su ssello
 figura de un Rey asentado en siella una espada en la mano
 del un cabo e del otro cabo figura de la dicha villa de mont
 Real E otrosi tengo por bien q' por q' la dicha villa sea po-
 blada q' todos aquellos q' eran y vesinos ó moradores en ante
 q' el dicho alfonso ferrandes me desyrviase della como dicho
 es q' eran ydos a otras partes q' viniendo poblar a la dicha
 villa fasta mediada santa maria de agosto primera q' verna
 morando y q' ayan las casas e heredades q' en ante auian
 sean por compra opor herençia odonaçion o por otra rason
 derecha E los q' y fincaron con el dicho alfon ferrandes e es-
 touieron en la dicha villa ayudando gela adefender despues
 q' la yo cerqué por q' yo mandé e fise apregonar q' todos los
 q' ende se saliesen e se veniesen a la mi merçed q' los ase-
 guraua e' perdonaua lo pasado E los q' dellos salieron fasta
 postrimero dia de enero q' fue un dia ant q' yo tomase la di-
 cha villa estos atales tengo por bien q' viniendo al dicho lo-
 gar e morando y q' ayan las casas e heredades q' y auian en
 ante como dicho es E los otros q' y fincaron e salieron des-
 pues estos atales q' pierdan las casas e heredades q' y auian
 e q' nunca sean y Reçebidos por vesinos nin moradores E otro
 si do á los pobladores e moradores de la dicha villa q' ay
 de aquí adelante el fuero que a la çibdat de cordoua por
 se libren y judguen los pleitos asi çeviles como cremina
 q' y acaesçiesen E q' usen por el guardando las leyes o'

Rey don alfon mio padre fiso en las cortes de alcalá de henares q' yo confirmé e mande guardar en las cortes q' fise en valladolid. E por q' la dicha villa finco yerma edespoblada e las heredades todas astragadas por esta guerra e aya Rason de se poblar mejor Tengo por bien de les faser merced e mandar les dar mi carta en esta Rason E por q' este fecho fué muy señalado e lo sepan todos los q' agora son e seran de aqui adelante e non puedan caer en olvido e los q' despues dámy Regnaren ayan rason de lo guardar mandé faser ende çinco cartas selladas con mio sello de plomo en q' escrebí mio nonbre en cada una dellás la una q' este en la mi camara e la otra q' este en Seuilla e la otra en cordoua e la otra en jahen por q' son cabeças de los Regnos de la frontera e la otra q' este en la dicha villa de mont Real. Dada en cordoua jueves veynte e un dia de febrero de mill e tresientos e Noventa e un Años.—Yo el Rey.

DESCRIPCIÓN DEL CASTILLO DE AGUILAR

HECHA POR EL DOCTOR.

DON MANUEL DE LA CORTE Y RUANO-CALDERÓN

Sobre un cuadrilátero ó estribo de sillería, antiguo cimientito de la fortaleza de Ipagro, arranca el lienzo del muro y frente meridional del castillo, de 240 pies de longitud, el cual se halla sostenido por dos anchos cubos circulares y una torre cuadrada que defiende toda la parte oriental, y principalmente la puerta situada cerca del ángulo que la enlaza con la fachada del mediodía. Admirable por su sólida construcción sobre un tajado peñasco, ofrecen sus muros por algunos sitios masas enormes, de cerca de cuatro varas de espesor: y como si todavía no bastase tan bien meditada defensa á resguardar la entrada de cualquier asalto imprevisto, adelántase al lado izquierdo y á respetable distancia del muro interior, un baluarte, circular también, coronado de almenas, penetrado con aspilleras y defendido de un foso, el cual servía de barbacana á la fortaleza, dominando las obras exteriores, el circuito antiguo y parte de la población, derramada en la próxima vertiente de la colina. Esta torre tuvo su entrada única por el muro meridional, y se halla á su vez donada por el torreón circular de la izquierda, entre el cual á puerta hay practicadas garitas salientes, sostenidas en toscos remates, sobresaliendo entre sus labores águilas rantes, símbolo del estado de aquel nombre. Los demás lados

exteriores de él guardan la misma proporción, alternando los torreones ó cubos de los ángulos con las garitas intermedias, siendo tal la prolijidad del arquitecto de esta obra, que para que cada una de sus partes correspondiese al todo, exornó los cubos con festones, cadenas, hojas y guirnaldas, en relieve del más acabado gusto. La distribución interior, aunque casi borrada por la mano del tiempo y el vandalismo de la ignorancia, se deja bien conocer; después de pasado el ámbito ó soportal abovedado, dentro del cual giraban las puertas, nótese el lugar que debió ocupar la escalera, y hacia la mitad del muro los machones y arcos de sillería que sostenían el pavimento del salón del homenaje, situado hacia la parte de Oriente en la misma torre cuadrada de que vá hecha mención. Tiene éste de largo cerca de 75 pies por 30 de anchura, y aún se notan en sus frentes los estribos de la grande ojiva que le cerraba, y los junquillos ó aristas que cruzaban en opuestas direcciones hacia la clave principal. Tres ventanas casi borradas hoy, hubieron de dar luz á tan grandiosa estancia, la una sobre la puerta, la otra sobre el patio grande del castillo, y la tercera en la misma torre oriental. Hacia el lado del Sur corre una galería, destinada sin duda en su parte baja á los departamentos donde se alojaba la guarnición, y en el segundo piso, á los de los dueños y su servidumbre. Entre la galería y el gran salón se encuentra el patio, de proporcionadas y vastas dimensiones, de 110 pies de largo y cerca de 85 de ancho, el cual enlazaba las habitaciones meridionales con las septentrionales del castillo por pasadizos, destruidos hoy totalmente. Ocupan su centro dos algibes, largos como de 24 pies por 15 de anchura, en el más deplorable estado, obstruidos de escombros y quebrantadas ó hundidas sus bóvedas de ladrillo por los enormes sillares derrumbados de la fortaleza, sillares que, más bien que el transcurso de los siglos, ha desprendido una orden bárbara y antinacional, una medida que, so pretexto de mejorar el piso de las aceras de la villa, dió en tierra con un monumento ilustre de las artes, testigo de nuestras glorias, teatro de sucesos importantes y cuna de varones eminentes. Cuando el presbítero D. Fernando López de Cárdenas escribía sus apuntes de la historia de Aguilar, á fines del siglo pasado, el castillo de Aguilar se encontraba habitable, casi intactos sus muros, útiles sus torres, y digno de ser visitado. Hoy, gracias á una reprehensible despreocupación, más funesta que todas las preocupaciones de la antigua aristocracia española, es solo un estéril montón de ruínas, blar de la ingratitude y olvido de la generación presente.

INSCRIPCIONES ROMANAS DE IPAGRUM*(C. I. L. II. por Hübner.)***Núm. 1515**

MARTi AVG
 M. VALERIVS · HE
 RENN · IPAG
 RENSIS
 VI VIR · AVGVST
 K · M

—

1516

NVMINI · TI · CAESA
 RIS · AVGVSTI
 FLACcVS · FIDENTINVS

—

1517**gERMANICO**

CAESARI · TI · F · DIVI · AVG
 nEPOTI · DIVI · IVLI · PRO
 nEPOTI · AVGVRI · FLAM
 auG · COS · ITERVM
 iMp iterum.

1518

ti CLAVDIO · Drusi f.
 CAESARI · AVG.
 GERMANICO
 PONTIFICI · MAXIMO
 TRIB · pot. imp. p. p.
 CENSORI · designato

 . . . SO

—

1519

TI · CLAVDIO · Drusi F
 CAESARI · AVG
 GERMANICO
 PONTIF · MAXIMO
 TRIB · POT · IMP · P · P
 CENSORI
 L · CORNELIVS · L · F · gallus?
 D. D. S.

—

1520

L. CORNELIO · GALLO
 ORDO · IPAGRENSIS
 STATVAM · F · I
 L · CORNEL · LENT
 HONOR · ACCEPTO
 IMPENSAM · REMISIT

1521

D. M . S
 L . CORNELIVS . GALLVS . PATER
 ANNO . LIII . F . I
 SEMPRONIA . L . F . SEMPRONIANA
 ANNOR . XXXXIII
 IPAGRENSES . PII IN SVIS
 H . S . S . S . V . T . L

1522

D. M....
 CORNE.....
 BRITA.... OCC
 PAT..... ANN...
 LXXIII

1523

IN . F . P . XI . IN . AG . P . VIII
 AVG . SISENAE . F . AN
 XIII . H . S . E

GUSTAVO A. BECQUER

ESTUDIO CRITICO BIOGRÁFICO

Temblaron mis manos, vaciló mi voluntad, luchó mi espíritu con la indecisión y sentí crispase mis nervios como si estuvieran sometidos al poderoso influjo de una corriente vol-táica, cuando cogí la pluma con el propósito de escribir un juicio crítico sobre una de las más brillantes lumbreras de nuestra literatura contemporánea.

Los manes de un poeta ilustre aparecieron ante mi vista terribles é imponentes como si quisieran castigar con su fatídico aspecto la osadía y atrevimiento del profano que intentaba penetrar en el santuario del genio. Empezó el fantasma del miedo á apoderarse de mi espíritu y formé el propósito deliberado de no llevar á efecto mi resolución; mas considerando que hoy todo el mundo critica y escribe, he desechado los escrúpulos que en un principio me asaltaron y vengo dispuesto á emitir mis opiniones.

Ya hace algunos años que ha pasado del mundo de los vivos el autor de *Rimas*; pero su memoria permanecerá siempre en el corazón de los hombres que profesen verdadero amor á la literatura de nuestra patria.

Ha dicho un poeta, cuyo nombre siento no recordar en este instante, «que mientras exista en el mundo una mujer hermosa vivirán los versos de Becquer; y yo no puedo creer que semejante aserción tenga por norte lisonjear el amor propio de un muerto con frases que tal vez alguno considere apasionadas é hiperbólicas, pero que yo estimo verdaderas y naturales, conformándome en un todo con opinión tan respetable. Quizá me engañe al pensar de esta manera y forme un juicio erróneo dejándome arrastrar por mi afición á la tristeza, por la simpatía que me inspiran los escritos lúgubres tan en armonía con las tendencias de mi espíritu soñador y melancólico.

¡Ah! Si es así, tendré mucho que agradecer á la persona que me saque del error. Sin embargo, puedo asegurar con entera confianza y sin peligro de engañarme, que adoro con delirio el sentimentalismo que respiran sus poesías y sus leyendas. En ellas palpita algo grande que yo también siento, pero que no acierto á expresar: la vaga languidez del alma que mira convertidas en desengaños sus ilusiones más bellas; la nostalgia infinita de las tardes de otoño cuando mueren envueltas en su sudario de bruma; el dolor mudo y sublime que siente el moribundo al dar el adiós postrero; el amargo y profundo desconuelo que se nota ante el hondo silencio de las tumbas; los pesares tristísimos del alma concentrada en un recuerdo lleno de voluptuosidad y de amor; el misterio que rodea todos los grandes dolores, y la intensa melancolía que se apodera de nuestro espíritu cuando penetramos de noche en un templo ruinoso y solitario al oír el lastimero són de las campanas que doblan tristemente, el fatídico silbar de la lechuza que aletea en torno de la mortecina lámpara que deja el templo envuelto en la penumbra, y el doloroso y estridente castañeteo del cierzo cuando azota las ventanas de la habitación rosada, donde el novel poeta escribe sus sentidas inspiraciones en esas interminables noches de invierno, tan crudas y frías, mientras el potentado orgulloso respira el aura del baile banqueteano alegre en los artesonados salones de su palacio.

Becquer llevaba en su frente el sello de la predestinación á la gloria; tenía un alma tan delicada como una sensitiva y un corazón tan triste como una pasionaria.

Las mujeres que en sus versos pinta, no son mujeres: no tienen de mujeres más que el nombre; son seres purísimos que viven en otro mundo: palomitas virginales de arrullo delicado y lastimero y ángeles que nos hacen sufrir las tristezas de un amor imposible.

Yo he pasado muchas noches leyendo sus rimas y al leerlas mi espíritu se sentía trasportado á otra atmósfera; creía escuchar el incesante y menudo gotear de la lluvia sobre la olvidada tumba de una mujer hermosa y desgraciada; la última vibración del arpa santa pulsada por el genio del dolor; los fúnebres graznidos del ave mortuoria que pasa rozando las paredes del camposanto; los cánticos que entona la hermosa joven cautiva cuando mira penetrar los rayos de la luna por las pintadas vidrieras de las góticas ojivas del castillo señorial que le sirve de prisión, y la nostalgia que se apodera del alma del proscrito cuando mira perderse en lontananza el buque que camina hacia su patria.

En sus escritos ha vaciado todas las tristezas que tenía en el alma; todo el amor que encerraba en el fondo de su corazón; todas sus ilusiones de poeta, y al leerlos se siente una especie de anemia dulcísima, una languidez inmensa, una pena dulce, una vaguedad sin nombre, una abnegación sublime, una melancolía desgarradora, ese sentimiento que nos invade cuando vemos que se aleja para no volver nunca la sombra bendita de nuestro amor primero: son los escritos de un sér lúgubre que anda errante y solitario por los limbos sombríos de la desgracia y las trovas de un vate legendario que pulsa el arpa de Melpómene poblando los espacios de suspiros y fúnebres armonías.

Becquer es uno de esos seres que sienten de una manera exagerada; un vate de alma triste, dotado de una sensibilidad exquisita: sin embargo, no es un poeta épico ó de altos vuelos como hoy se dice, no; sus cantos son delicados como los de Arolas; pero no tienen esos arranques de lirismo que el sentimiento de nacionalidad inspiró á Quintana y Nicasio Gallego, ni la sublimidad de Herrera, ni la serena majestad de Fray Luis de León, ni la amargura y desesperación de Espronceda y Lord Byron; es simplemente un poeta que sufre y llora; pero su llanto cae gota á gota y en el silencio de la noche sobre el mármol helado del sepulcro.

Ninguna de sus poesías tiene título; no podría tenerlo tampoco; són algo vago, indeterminado y abstracto que no puede concretarse ni definirse; una música misteriosa impregnada de dolores y de recuerdos; una flor que se va deshojando poco á poco; una lágrima dulcísima que vienen á beber los ángeles; un geniecillo melancólico que flota ante nuestra vista suspirando algo que sólo los trovadores entienden; un poema de amor sin esperanza y sin consuelo; una de esas margaritas amarillas que brotan al borde de las tumbas y que tanto adoran los seres impresionables; un dolor sin nombre, mudo, oculto, semidivino, como el dolor de los ángeles, como el dolor del sentenciado á muerte; un suspirillo blando, armonioso dulce, lleno de pena; una lira celeste; una voz argentina que habla de hermosos sentimientos y santos amores; un eco que viene de otro mundo poetizando el ambiente con la marcha de una sinfonía lúgubre; y un exceso de pasión y sentimiento, que solo saben sentir los que han nacido poetas.

Becquer ha robado al cielo su azul: á la noche sus misterios y armonías; al cisne sus cantos plañideros; al aura sus besos; á las flores las perlas de aljófár que duermen en el fondo de su virginal corola y á los sauces que bordan el campo, los gemidos tristísimos que exhalan cuando al mover verde caballera parece que pertuban la paz santa y el reioso silencio de las tumbas.

II

El vate sevillano ha formado escuela, como Zorrilla, como Campoamor, como todos los grandes poetas; pero sus numerosos discípulos no han sabido comprenderle siquiera. Han imitado su forma, sólo su forma; nada de la melancólica belleza y dulcísima ternura de su fondo: he ahí por qué las poesías denominadas becquerianas dejan tanto que desear á los que hemos saboreado las sentidas inspiraciones que encierran las tristesimas rimas de Gustavo. Para escribir como escribía él, es necesario sentir mucho y muy hondo; estar dotado de un alma impresionable y delicada, y amar mucho, amar sin esperanza, con fiebre, con locura, con delirio, como aman á Dios los santos; apurar el cáliz del dolor hasta las heces; mirar desvanecerse en un momento los sueños hermosos de la juventud, como se desvanece el humo, como se desvanece la bruma cuando Febo se levanta; vivir en un mundo que esté lejos, muy lejos de este mundo miserable y prosáico que nos rodea; pasear por otras regiones, por espacios de más luz, por el éter; soñar despiertos, como sueña el verdadero artista, y oír la trepidación del terremoto que retumba en la cabeza, remedando rugidos espantosos. Mientras sus imitadores no reúnan estas condiciones, lucharán con la impotencia, y todos sus esfuerzos resultarán estériles é infructuosos.

Becquer bebió la copa de la inspiración en Andalucía; en la hermosa Andalucía; en aquel cielo tan alegre como la risa de un niño, y tan azul como el manto de la Inmaculada; en esa privilegiada tierra, cuna de tantos pintores, novelistas y poetas, y patria de tantas mujeres hermosas: por eso en las rimas de éste parece que se refleja la dulce melancólica belleza que tiene el cielo andaluz en esa hora suprema del púsculo de la tarde; y sus cantos son cascadas de herrmelodía, joyas riquísimas, luces, armonías, perfumes; luces amarillas como las de los hachones que alumbrar

cadáver; armonías lúgubres como la música solemne y religiosa del *Stabat Mater* y el *Dies iræ* y perfumes suavísimos que suben al cielo, llevando en sus alas de vapor una oración y una lágrima.

No era un poeta erudito, no; había estudiado poco; aprendió á rimar, tan hermosamente, inspirándose en la melancolía de su espíritu, en la soledad de su corazón amante, en los intensos pesares que llevaba dentro del pecho; y sus versos son sencillos, espontáneos, naturales, sentidos, petrárquicos, llenos de dulces sentimientos, de pasiones celestiales, de amores divinos, y saturados de una voluptuosidad y languidez indefinibles, imitando ya esos fuegucillos cárdenos que en vertiginoso giro vagan por el cementerio; ya la luz azulada de una llama que flota y aletea sobre un lago de espíritu de vino, ó ya también esas flores lánguidas que sirven para adornar el sudario de las vírgenes.

¡Ah! si pudiera penetrar la mente en los senos misteriosos del corazón, cuántos dolores ocultos en ellos encontraría. Becquer indudablemente debía encerrar en su pecho algún recuerdo penoso, porque es imposible, moralmente imposible, que un hombre que nos hace sentir tanto no tenga destrozada el alma. Yo creo que el poeta ha de estar hondamente conmovido si quiere conmover; yo creo que es necesario, como decía Horacio, que lllore si quiere hacer llorar á sus lectores:

Si vis me flere, dolendum est
Primum ipsi tibi:

Los grandes poetas son comunmente grandes mártires; seres que pasan delante de nosotros con la sonrisa en los labios y con una elegía en el alma. Esto lo demuestran hasta la saciedad los escritos de muchos, y sobre todo los del tiernísimo Becquer. Cada nota que éste arranca de su arpa es lágrima, cada estrofa un poema, y cada palabra un sus-

...e visto muy pocos poetas que sólo se inspiren, como el
...o Quintana, en el santo amor de la patria insultada en su

agonía por la prostituta del Sena, y es raro, muy raro, que un escéptico como éste, que según expresión del insigne Campoamor, no cree en Dios ni en las mujeres, arranque de las cuerdas de su arpa cantos tan vigorosos, tan entusiastas y tan llenos de fuego y valentía. Quintana nos enseña á venerar á la patria y Becquer á tributar á la mujer un culto. Quintana es un león rugiente que con la melena suelta corre en pos de las águilas traidoras; pero por grande que sea el dolor que sentimos viendo las postreras convulsiones de la patria moribunda, ésto no iguala, ni puede igualar nunca al amargo desconsuelo que se apodera de nosotros, cuando vemos destrozado nuestro corazón, convertidas en cenizas nuestras ilusiones más bellas, desvanecidas nuestras hermosas esperanzas, rota en pedazos el alma y anubarrado el cielo donde teníamos puestos nuestros primeros amores. El primer dolor es sin ningún género de duda, más sublime, más grandioso, más noble y menos egoísta que el segundo; pero éste es más profundo porque es más personal, más íntimo y subjetivo. El primero nos hiere en nuestra independencia, en nuestra nacionalidad, en nuestros fueros y en nuestro indomable orgullo de raza; pero el segundo nos hiere en el corazón y en el alma: el primero es muchas veces un dolor aparente, un sentimiento artificial, fruto del talento de su autor; mientras que el segundo resulta siempre espontáneo, natural y sentido: el primero puede hacer sufrir mucho á temperamentos exaltados, á grandes patriotas, pero no mata nunca; y el segundo causa la muerte muchas veces: el primero palpité en Sagunto, Numancia y en el heróico corazón de los antiguos espartanos, y el segundo palpitará siempre en todos los países y en todos los tiempos. Tal vez pensando en esto dijo Heine: que el amor es una historia muy vieja que desgarrará siempre el corazón de quien la siente.

Gustavo sabía bien que era poeta; sabía que no pen como piensan la mayoría de los hombres en esta sociedad sáica; y en medio de sus luchas, deseos, incertidumbres y arrebatos é inquietudes, dice:

En el mar de la duda en que bogo
 Ni aun sé lo que creo,
 ¡Sin embargo, estas ansias me dicen
 Que yo llevo algo
 Divino aquí dentro!.....

En efecto: llevaba algo divino dentro de sí, porque llevaba el genio palpitando en su cerebro, el genio que era quien producía en él aquellos arrebatos y aquellas ansias, de que antes habla; el genio que todo lo llenaba de luz y de grandeza.

* * *

Como todos los grandes soñadores, era un romántico furibundo; un sér que vivía del idealismo; un corazón de fuego que soñaba como una mujer-querube, con un sér todo poesía y belleza; con un ángel. Siente á Cupido palpitando en el fondo de su pecho; pero rodea de una aureola de pureza el objeto de su culto y no es extraño por tanto que la mujer de sus sueños sea una mujer vapor: lleva mucho amor en el alma; busca en la mujer lo que sólo existe en el cielo, y al no encontrar en ésta lo que busca, inventa un ángel, un sér formado de luz y tinieblas y en arrebatados transportes de amor sublime, establece un paralelo entre dos hermosas, que al fin rechaza porque no pueden satisfacer las ansias de su alma soñadora haciéndolas hablar de esta manera:

Yo soy ardiente, yo soy morena
 Yo soy el símbolo de la pasión;
 De ansia de goces mi alma está llena.
 ¿A mí me buscas? No es á tí; no.
 Mi frente es pálida; mis trenzas de oro;
 Puedo brindarte dichas sin fin;
 Yo de ternura guardo un tesoro
 ¿A mí me llamas? No; no es á tí.
 Yo soy un sueño, un imposible;
 Vano fantasma de niebla y luz
 Soy incorpórea, soy intangible;
 No puedo amarte. ¡Oh, ven; ven tú!

¡Qué gráficamente describe el carácter arrebatador de las morenas, su amor impetuoso, volcánico, provocativo y amenazador! ¡Qué dulce y delicadamente expresa la pasión infinita de las rubias, su inmensa languidez, sus mudos dolores y tristezas! ¡Qué hermosamente pinta ese amor desenlazado por completo de la materia que sólo siente el verdadero artista!

III

El poeta sevillano todo lo miraba por el prisma del dolor y la belleza, y su privilegiado ingenio sabía poetizar hasta las cosas más vulgares y prosáicas. Buena prueba de esto es la composición que escribe á una niña consolándola porque tenía los ojos verdes. En ella compara estos ojos con los ojos de las náyades, con la corona que circunda la frente del poeta, con los ojos de Minerva, con la esmeralda, con las pupilas de las houríes del profeta y con un sin fin de preciosidades.

Otras veces se complace en revelar las grandes antítesis que existen entre el corazón y el semblante y habla de esos dolores sin nombre, que duermen ocultos en el santuario del pecho, silenciosos, mudos, callados, reprimidos, sin tender á exteriorizarse engañando al mundo que juzga por lo que ve de lo que no ve, exclamando con sublimes desmayos de tristeza:

Alguna vez la encuentro por el mundo
 Y pasa junto á mí,
 Y pasa sonriéndose, y yo digo:
 ¿Cómo puede reír?
 Luego asoma á mi labio otra sonrisa,
 Máscara del dolor,
 Y entonces pienso:—¡Acaso ella se ríe
 Como me río yo!

Los versos de Becquer respiran algo del Norte, y sus yendas son semiárabes. En éstas se deja arrastrar muchas veces por su amor al orientalismo, relatándonos historias

aparecidos y de almas en pena que vienen á este mundo entre las sombras medrosas de la noche y penetran en nuestro aposento sin que nadie les franquee la entrada á través de los muros de granito; nos lleva á contemplar el desfile de los deformes endriagos, de los gnomos, de las brujas y de los trasgos, cuando al sonar la última campanada de las doce en el reloj de la villa, pasan junto á nosotros para asistir al aque-larre cabalgando sobre el mango de una escoba; nos enseña espectros y fantasmas de proporciones gigantes que giran con increíble rapidez en torno de las caladas agujas de las catedrales góticas; nos hace bajar á las oscuras y sombrías bóvedas de los antiguos conventos, llenas de sepulcros de abades y guerreros, y nos enseña esas vírgenes de alabastro y jaspero, de pupilas inmóviles, blancas y severas, imponentes y majestuosas, extraña amalgama de voluptuosidad y pureza modelada por los dedos del genio. Háblanos otras de las hadas y las hourís, de mujeres locamente apasionadas, y nuestra mente se remota al siglo XIII, al siglo del feudalismo, al tiempo caballeresco y guerrero, cuando todo se hacía por Dios y por la dama; á la época de las justas y los torneos, cuando los caballeros medían su valor, peleando cuerpo á cuerpo, y el vencedor recibía en premio la sumisión del vencido, y una flor ó una sonrisa de su amada.

Gústale también describir esas lóbregas noches de invierno; cuando el suelo cubierto de nieve parece una inmensa sábana blanca como el velo de las desposadas; nos hace escuchar esos ruidos extraños que se notan en las ventanas de los palacios desiertos, cuando el cierzo las azota, remedando silbidos agudos y fatídicos y ayes tristes y lamentos que parece que vienen de otro mundo, y hace hablar á las campanas la noche de difuntos; inunda nuestro corazón de una especie de pavor sublime; eriza nuestros cabellos con sus relatos lúres y arranca de nuestros ojos una lágrima.

se limitan los conocimientos del vate sevillano al cam-la literatura: abraza más, mucho más; todas las bellas y con especialidad la arquitectura y la pintura, tenían

en él, si no un genio creador y vivificante, al menos un admirador sincero y entusiasta. Había pasado muchos días paseando por las estrechas y tortuosas calles de la imperial Toledo, visitando sus antiguos y grandiosos monumentos, principalmente la iglesia de San Juan de los Reyes, hermoso florón del arte gótico, y en cada una de las piedras de aquellos soberbios muros ha sorprendido una historia. Sus aficiones á la pintura traslúcense en varias leyendas, sobre todo en la de «La venta de los gatos», tan llena de tristeza y sentimiento, de amor y languidez, de sueños y pureza. Alentaba á su hermano Valeriano en este arte tan difícil como hermoso y sólo se apasionaba de lo grande y lo sublime, de lo noble y de lo honrado. Tenía un alma melancólica, solitaria, doblegada por el infortunio, y un corazón de fuego formado para vivir de eternos sufrimientos y eternos amores.

No es su orientalismo tan vaporoso como el de Zorrilla, pero es más sentido. Las obras de Becquer siempre se leerán con gusto y dejarán siempre algo grande en el alma, porque están impregnadas de un amor tristísimo, lánguido, inmenso, lleno de abnegaciones y sacrificios, de grandezas y arrebatos, de sueños y armonías y de pasión y sentimiento; mientras que las obras de Zorrilla se leerán cada vez menos, y sus innumerables bellezas debidas en gran parte á lo armonioso y espontáneo de la metrificación, á la dulzura del verso y al tierno sentimentalismo que respiran, en consonancia con las tendencias de otra edad más idealista y soñadora y menos frívola que la presente, se irán marchitando poco á poco, como se marchitan las flores de estufa, como todo lo que es artificial y aparente. Así vemos que Zorrilla hace medio siglo era el vate de moda, el poeta favorito, el ídolo de la juventud romántica, y sus dulcísimas trovas lo mismo eran leídas en los fastuosos salones de los murados alcázares, que en la humilde casita del labriego. Su voz argentina, delicada armoniosa, llenaba de entusiasmo el corazón de nuestros cillos abuelos, y hacía brotar en su alma sentimientos que nosotros no conocemos, sensaciones que no hemos experi-

tado nunca y amores platónicos que hoy sólo tienen razón de ser en las imaginaciones ardientes y en corazones de fuego. Entonces todos los donceles se creían paladines de la Edad media, todos profesaban á la mujer una especie de culto y ésta era más franca y menos voluble, idealizaba más, soñaba más, quería más y coqueteaba menos.

El autor de «Margarita la tornera» era recibido siempre con inmenso cariño mezclado de respeto y veneración, lo mismo en la pobre choza del pastor que en la suntuosa y magnífica morada del aristócrata; el pueblo sabía de memoria todos sus versos; los galanes iban á decirlos al són de la lira, al pie de las rejas de su enamorada, y «Los cantos del Trovador» eran el libro más universalmente conocido: pero ha pasado esa época de excitación y entusiasmo, y Zorrilla ya es leído poco, porque el tiempo presente requiere otro lenguaje menos florido, pero más enérgico, poblado de menos galas y adornos, pero de pensamientos más profundos y transcendentales.

Zorrilla, que ha sido el poeta más popular de nuestro siglo y el modelo más perfecto de nuestro hermoso romanticismo, Zorrilla, que hizo su entrada en el mundo literario con la simple recitación de unos pocos de versos «Sobre la tumba de un desgraciado suicida» está llamado á desaparecer, porque llamada á desaparecer está también la atmósfera superficial en que se inspiraron sus poesías.

Núñez de Arce y Ferrari se acomodan mejor á las exigencias de nuestra sociedad hastiada ya de castillos de flores y luces de bengala, que el autor de «Don Juan Tenorio» y «Margarita la Tornera».

En las poesías de Becquer como en las de Zorrilla, abundan también las flores, pero hay á mi entender gran diferencia entre éstas. Las flores de Zorrilla las encontramos á cada uno en los pensiles con el cáliz lleno de gotas de rocío, abritadas por los besos de la aurora y doradas por los reflejos del sol; mientras que las de Becquer son flores de pétalo amargo que sólo se ven en los cementerios. Las flores del pri-

mero deslumbran por sus brillantes colores y respiran ambiente y gallardía: las del segundo son flores marchitas y sólo respiran soledad y tristeza: los cantos del autor de «Don Juan Tenorio» copian la aparición de la alborada, y las rimas del poeta sevillado imitan los desmayos del crepúsculo de la tarde: Zorrilla pinta la juventud que ama y espera, y Becquer la juventud que ama sin esperanza: Zorrilla canta porque el ruiseñor no puede vivir sin cantar, y Becquer canta porque no le caben los dolores en el alma: Zorrilla lleva un mundo de ilusión en la cabeza, y Becquer siente un mundo de pasión en el fondo de su pecho: Zorrilla piensa en Dios cuando escucha los rugidos de la tempestad, y Becquer se acerca á él cuando siente los desengaños en el alma: Zorrilla es un pájaro de alas azules que saluda con sus armoniosos cantos la presencia de la primavera, y Becquer es un cisne que poetiza con sus lamentos la desaparición de Flora: Zorrilla es todo vapor y fantasía, y Becquer todo corazón y sentimiento: Zorrilla es un notable paisajista que seduce, y Becquer un gran poeta que conmueve: Zorrilla ama el bullicio, la claridad del día y los resplandores del sol, y Becquer adora la calma, la penumbra de la noche y la soledad de Lucina: Zorrilla piensa menos que Becquer y escribe más: Becquer piensa más que Zorrilla y escribe menos: Zorrilla nos lleva al cielo y Becquer nos le enseña desde lejos: Zorrilla, en fin, es un hombre y Becquer un ángel.

De «suspirillos germánicos» ha calificado uno de nuestros más ilustres vates contemporáneos, los versos de Becquer, y salvo el profundo respeto que me merece el prestigio y la indiscutible autoridad del Sr. Núñez de Arce en materias literarias, no tengo inconveniente alguno en manifestarle que participo de su opinión, si al emplear este adjetivo lo hace fundándose en la dulce suavidad, en la indefinible pena, en ese deje de vaguedad y amargura que caracteriza las obras del poeta sevillano y que parece una emanación del cántico mudo y purísimo que palpita en las baladas alemanas, esas tan populares como sentidas canciones del Norte; p

tengo también la suficiente franqueza para decirle que disiento de ella, si emplea el adjetivo pretendiendo designar con él que Becquer no merece en la república de las letras otro título que el de imitador servil de Heine. Es cierto que las poesías de Becquer y las de Heine se parecen mucho; pero no es menos cierto que todos los grandes dolores como todos los grandes amores, se parecen mucho también. Y ahora que de imitadores se trata, ¿quién puede jactarse de originalidad? ¿quién puede hacer alarde de novedad en la forma y en el fondo? ¿quién puede vanagloriarse de no haber seguido nunca á otro? *Nihil novum sub sole*—dijo el sabio y dijo una gran verdad, que la historia de todos los tiempos y todos los países se encarga de demostrarnos de una manera clara, palmaria y evidente, con pruebas inconcusas, con argumentos contundentes, con datos auténticos, con autoridades de gran peso y con testimonios irrefragables. Así vemos al épico Quintana imitando en su preciosa composición al «Sueño,» otra composición más hermosa aún, que Fernando de Herrera apellidado el *Divino*, escribió con el mismo título; y Espronceda, el malogrado autor del *Diablo Mundo*, y uno de los primeros poetas líricos de nuestro siglo, imita en muchas de sus poesías al inglés Lord Byron. Lanzando una mirada retrospectiva, encontraremos á Fray Diego González que imita por su dulzura, por su majestuosa placidez y por la contextura de sus versos á uno de los más eximios vates de nuestro siglo de oro, al ilustre doctor de la Universidad de Salamanca, al venerable Fray Luis de León, honra y prez de la literatura castellana; y hallaremos al mismo maestro León imitando muchas veces las odas de Horacio, sobre todo aquella que éste intitula: *Vitae rusticae landes* que empieza de esta manera:

Beatus ille qui procul negotiis

Compárese esta composición con la oda de Fray Luis á la uel campo, cuya primer lira es como sigue:

Qué descansada vida
La del que huye el mundanal rüido

Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido.

Y nos convenceremos de lo raro que es la originalidad. Cito solamente á estos poetas, porque los creo suficientes para probar mi aserto y además por el temor de aparecer sobrado difuso, pues hasta en los escritos de los más privilegiados ingenios se descubren las huellas de la imitación. Todo el que siente cariño por nuestra literatura, debe congratularse de que existan muchos imitadores como Becquer, que si no nos hace olvidar las bellezas del poeta alemán, superándole, llega al menos á ponerse á nivel suyo.

La diferencia que existe entre Becquer y Heine, está señalada ya por muchos críticos. Heine es como Gustavo, un gran poeta y un gran artista; pero es más excéntrico. Alfred de Musset tiene también mucho parecido con Becquer; pero es más ardoroso y arrebatado que éste.

Los versos del vate hispalense, no tienen la fijeza y solidez marmóreas que imprimir sabe á los suyos el autor de «Gritos del Combate,» ni la robusta y vigorosa entonación de la musa de Ferrari, ni la asombrosa facundia del autor de Granada; pero supera á los dos primeros en ternura y delicadeza y al último en la profundidad de pensamiento. No puedo resistir á la tentación de copiar una de sus composiciones, testimonio elocuente de la verdad que mi aserción entraña.

Asomaba á sus ojos una lágrima
Y á mi labio una frase de perdón;
Habló el orgullo, se enjugó su llanto
Y la frase en mis labios expiró.
Yo voy por un camino, ella por otro;
Pero al pensar en nuestro mutuo amor
Yo digo aún: ¿porqué callé aquel día?
Y ella dirá: ¿porqué no lloré yo?

¡Qué lenguaje tan sencillo, tan natural y al mismo
po qué pensamientos tan profundos y melancólicos enci
Lector; si eres poeta, si sabes sentir la belleza, r

amado alguna vez, no podrás menos de mostrarte profundamente conmovido con la lectura de esta composición tan breve como hermosa. Yo la he leído muchas veces y en cada una de las repeticiones he descubierto mayor número de encantos. Esta misteriosa simpatía de dos corazones formados para palpar al unísono, este sordo monólogo de dos almas soñadoras creadas para fundirse en una sola, y estos dolores mudos y solitarios llenos de vaguedad y melancolía, dicen mucho á todos los que tienen desarrollado el sentimiento estético. Palpita en esta composición un amor puro, sublime y grandioso; pinta una mujer delicada, áerea, espiritual y romántica, á cuyos ojos asoma una lágrima y en cuyo corazón duerme un poema de benditas ilusiones; en la pasión inmensa de esta virgencita se entrevé algo oculto: se adivina el arrepentimiento que brota en el fondo de su alma al hallarse en presencia del amante ofendido; creemos oír al poeta que olvidándolo todo va á formular la frase solemne de perdón; pero en aquel momento supremo se levanta entre ambos, imponente y severo, el fantasma aterrador de los respetos humanos envuelto en el manto del orgullo; la niña entonces piensa en su humillación y vergüenza y sacando su pañuelo límpiase al punto la lágrima, y el poeta reprimiendo el bendito sentimiento de perdón, deja que la voz se ahogue en su garganta. Ausentes después la hermosa y el poeta, continúan amándose en secreto y piensan muchas veces en la felicidad que han perdido por su orgullo, pusilanimidad y cobardía.

Los versos de Becquer tienen cierto parecido con algunos de los de Publio Ovidio Nasón; yo al menos creo encontrar cierta relación de semejanza entre el vate sevillano y el lírico confinado al Ponto-Euxino por las iras olímpicas del César. Ovidio, como nuestro Lope de Vega, es fecundísimo; mas tiene algunos lunares en sus obras, hijos de la precipitación con que escribía. Algunas de sus elegías son hermosísimas y en éstas es donde tiene cierto parecido con Becquer. En los versos de uno y otro abunda el sentimiento; en los escritos de

ambos late un profundo dolor; pero hay, esto no obstante, alguna diferencia. Ovidio llora la soledad del destierro, y Becquer llora la soledad de su corazón. Ovidio siente la nostalgia de la patria, el alejamiento de su familia, las privaciones del proscrito y Becquer siente el desconsuelo que produce en su alma la ingratitude de la mujer amada. Ovidio vierte un torrente de lágrimas, deseando aplacar la cólera del César, y Becquer las vierte deseando inclinar á la piedad el ánimo de la hermosa. Ovidio experimenta las torturas y sinsabores propias de un hombre de edad madura al ser arrojado de sus lares donde se deslizaba su existencia en medio de las mayores alegrías y de los placeres más puros, y Becquer experimenta las torturas y sinsabores de un joven que, teniendo el corazón lleno de amores, sufre los desdenes de la virgen de su culto. Ovidio sería solamente feliz en su patria y rodeado de sus afecciones queridas, mientras que Becquer sería feliz viviendo con la mujer de sus sueños en cualquier rincón del mundo por lejano y apartado que estuviese de la madre patria. Ovidio pinta los horrores de su situación con los fatídicos tintes que brotan del pincel de un poeta elegíaco, y Becquer los pinta con esa mezcla de tristeza y de ilusión que saben dar á sus cuadros los vates críticos contrariados en sus afecciones primeras. Los dolores de Ovidio son fisico-morales y los de Becquer morales solamente.

Con quienes tiene alguna analogía nuestro poeta, es con Arolas y Querol; con el primero por su exquisita delicadeza y por su incomparable ternura, y con el segundo, por la riqueza del sentimiento. No emplea ese mar de ternura y sentimiento en cantar los amores pastoriles como Batilo y Garcilaso; no deplora los desdenes de Amarilis y Galatea; su ternura la emplea en otro género, se desarrolla en otra esfera más levantada y las virgencitas de sus Rimas son palomas delicadas de blanquísimo plumaje que poetizan nuestras ras de tristeza con sus dulces y purísimos arrullos. Pinta amor tan sublime, que esa pasión sólo puede apreciarla bidamente aquel que sabe sentirla; por eso al encontrar

mujer que sabe comprenderle, exclama lleno de un agradecimiento sin límites:

Hoy el cielo y la tierra me sonríen,
Hoy llega al fondo de mi alma el sol,
Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado,
Hoy creo en Dios.

Esto es saber escribir, esto es lo que se llama verdadero sentimiento, esto sólo lo puede hacer un gran poeta.

Qué luchas tan horribles, qué tristezas tan profundas, qué desesperación tan inmensa debió sentir aquel hombre que siendo todo amor, resignación y paciencia, sin poderse contener, exclama:

Mi vida es un erial;
Flor que toco se deshoja;
Que en mi camino fatal
Alguien va sembrando el mal
Para que yo lo recoja.

VALERIANO BARRERO AMADOR.

(Continuará.)

LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA

RETRATOS DE ANTAÑO

I

El 1.º de Junio de 1769 celebróse en el palacio del conde de Aranda una boda suntuosísima. Hallábase á la sazón el famoso presidente de Castilla en todo el apogeo de su poder, su fortuna y su soberbia, y el Rey le temía, los grandes le ensalzaban y los *golillas*, con Mofino á la cabeza, minábanle el terreno con el sombrero en la mano, el espinazo encorvado y la adulación en los labios.

Las pingües rentas y fastuosa opulencia del conde de Aranda realzaban en su palacio el pintoresco lujo de aquella época de casacones y tontillos, peinados inverosímiles en las mujeres y pelucas de ala de pichón en los hombres. Bajo la suya aparecía el temido y celebrado presidente de Castilla, con su gran nariz porrona atestada siempre de tabaco, y sus ojos grises, abultados y bizcos, que inspiraron á la picaresca musa popular de aquellos tiempos el siguiente *rejoncillo*:

*«Ojos de Presidente
Tiene mi amante:
Uno mira al cierzo
Y otro al levante».*

Contaba á la sazón el conde de Aranda cincuenta años menos dos meses, y ni su desgarbada figura, ni sus ásperos modales, ni su carácter iracundo y terco, según Carlos III, como mula aragonesa, dábanle trazas de novio. Éralo, sin embargo, aquel día, en representación de otro galán más joven, más guapo y aun más ilustre, que desde la corte de Versalles le había enviado sus poderes. El Excmo. Sr. don Juan Pablo Aragón Azlor Zapata de Calatayud, duque de Villahermosa, conde de Luna, de Guara, del Real, etc., etc., Grande de España de primera clase, y uno de los caballeros más en boga en aquella época por sus riquezas, capacidad y nacimiento.

Asistió á la novia como madrina la condesa de Aranda, Doña Ana Fernández de Híjar, y acompañóla también, entre otras ilustres damas, aquella despierta duquesa de Béjar Doña Escolástica, hermana del conde de Fernán-Núñez, famosa en los salones de aquel tiempo por su gracia y natural despejo.

Fueron igualmente testigos de la boda el apuesto marqués de Mora, hermano de la novia; D. Jorge Azlor de Aragón, hermano del novio, y gran número de Grandes de España y personajes de cuenta, unidos á las dos familias por lazos de amistad ó parentesco.

Satisfizo grandemente al conde de Aranda el encargo de su amigo y deudo, y vióse aquel día al impío ministro volte-rano arrodillarse ante el altar al lado de una inocente niña de quince años, encerrada desde la edad de cuatro entre las paredes de un convento.

* * *

Nació la señora Doña María Pignatelli de Aragón y Gonzaga, duquesa de Villahermosa, en la villa de Fuestes de Ebro, Reino de Aragón, el día 25 de Diciembre de 1753. Fué

su padre el conde de Fuentes, D. Joaquín Pignatelli de Aragón y Moncayo, y su madre Doña María Luisa Gonzaga y Caracciolo, duquesa de Solferino. Poco gozó la niña María Manuela de las caricias paternas. A los pocos meses del nacimiento de su hija fué nombrado el conde de Fuentes embajador de España en la corte de Turín, y á ella marchó con su esposa, dejando á María Manuela á cargo de su tío paterno D. Vicente Pignatelli y Moncayo, capellán mayor del Real convento de la Encarnación, hombre de virtud acendrada y entendimiento clarísimo, pero más apto para escribir homillas y dirigir conciencias de monjas que para llenar, con respecto á una niña de pocos meses, el difícil papel de *ama seca*.

Desempeñó como pudo el ilustre capellán el extraño encargo de su hermano, y con gran cordura puso de educanda á la niña, no bien cumplió cuatro años, en el monasterio de las Salesas Reales, fundado años antes por Fernando VI y la Reina Doña Bárbara. Educábanse por aquel entonces en este monasterio las hijas todas de casas grandes, y allí comenzó á desenvolverse poco á poco aquel gran corazón, á la manera que un capullo crece lentamente, se desarrolla y se abre al fin, quedando convertido en fragante rosa que exhala su perfume, sin sospechar siquiera que lo tiene. Allí se deslizaron once años de su vida, serenos y dichosos, con la suave tranquilidad con que se deslizan las cuentas de un rosario entre los dedos de una virgen.

Dióse al fin por terminada la educación de la futura duquesa á los quince años, y llególe entonces la hora de salir al mundo: mas no la esperaban á su entrada, para guiarla y aconsejarla, ni el cariño y la experiencia de un padre, ni los desvelos y ternura de una madre. Los condes de Fuentes no parecieron nunca cuidarse mucho de su hija, y durante todo este tiempo habian pasado de la Embajada de Turín á la Londres, y venido luego á la de Francia, donde se halla^t á la sazón en que Doña María Manuela abandonó para salir pre el convento.

Acogió, pues, en su casa á la inexperta doncella, á la *monjita Pignatelli*, como la llama en sus cartas un ilustre petimetre de la época, su hermana mayor Doña María Francisca, viuda, á los veinte años, del undécimo duque de Medinaceli. Era esta señora de singular discreción y hermosura, y á ella se apegó la pobre niña recién salida del convento, con ese cariño expansivo y candoroso propio de los corazones juveniles que jamás han gustado las dulzuras de la familia. Una tragedia repentina vino, sin embargo, á privarla á los pocos meses de aquella hermana querida que, no obstante su juventud, supo ser para ella madre, amiga y compañera.



Tenía la duquesa horror invencible á las viruelas, enfermedad siempre y entonces más que nunca temida. Cayó enferma de este mal una pobre mujer en una casucha no lejos del palacio de Medinaceli, y, aterrada la duquesa, huyó al punto de la corte, llevándose á su hermana.

¡Pero la enfermedad corrió más que los tiros de colleras, y alcanzó á la duquesa en un lugarejo de la Mancha, destruyendo allí en pocos días tanta juventud, tanta belleza, tanto poderío!...

Asistióla Doña María Manuela hasta el último instante, sin temor al contagió; y aquella lozana juventud trocada á su vista en horrible podredumbre, aquella muerte hiriendo como un rayo en medio de la fuga, echaron en su corazón la primera semilla del desprecio á las grandezas humanas que sintió toda su vida, de la profunda convicción de que todos los esfuerzos del hombre para sustraerse á la voluntad divina son tan sólo débiles sacudidas de la mariposa que se re-
ve contra el alfiler que la taladra.

Murió la duquesa de Medinaceli á los veintiún años de edad, y fué su muerte el único estrago que por aquella vez

hicieron las viruelas en la corte. Un magnífico retrato de Mengs, existente aún en el palacio de Villahermosa, ha conservado el recuerdo de esta infeliz señora, muerta en la flor de la edad y en la cumbre de la fortuna.

Volvióse, pues, Doña María Manuela á la corte, aterrada aún por el espectáculo de la muerte que por primera vez había contemplado, llevando fijo en el alma ese punzante aguijón de la primera pena que, por ser dolor, lastima como cualquier otro, y, por ser desconocido, aturde y sorprende cual ninguno.

Hospedóse entonces en casa de la condesa de Aranda, su tía muy cercana, y en ella permaneció hasta después de su matrimonio. Fué la condesa de Aranda Doña Ana María del Pilar Fernández de Híjar, hermana del duque de este nombre, dama muy principal, de grandes respetos en su época y muy dada á la piedad y al recogimiento. De ella aprendió Doña María Manuela santas máximas, costumbres devotas y aun sencillas devociones que conservó toda su vida, y á las cuales alude no pocas veces en la larga correspondencia que mantuvo con su hijo D. José Antonio desde el año 1809 al 1813, atribuyéndolas siempre á la tía Aranda.

Mientras tanto, concertaba el conde de Fuentes en París las bodas de su hija con el duque de Villahermosa, agregado á la Embajada de que era aquél primer representante, sin que los novios se hubiesen visto jamás en la vida.

Extraño modo de hacer un matrimonio, que, con ser muy frecuente en otras edades, no deja de ser también harto peligroso; porque nada pueden ni nada vacilan los intereses de familia al lado de los peligros de un alma y la paz de un hogar, puesta en grave riesgo por una elección que la Santa Madre Iglesia Católica deja á la voluntad libre y deliberada de los contrayentes, y la sana razón y la prudente experiencia aconseja vaya basada en la mutua conformidad de caracteres y en la natural inclinación de los corazones.

Terminó el conde de Fuentes sus tratos con Villahermosa á fines de Abril de 1769, y el 28 de Mayo del mismo año.

máronse en Madrid las capitulaciones matrimoniales ante el escribano Ventura Elipe, representando en ellas á los condes de Fuentes su primogénito el célebre marqués de Mora, y al duque de Villahermosa su hermano D. Jorge Azlor Aragón, teniente coronel de Reales ejércitos.

Por ellas dotaba el conde de Fuentes á su hija en 100.000 ducados, de los cuales, por grandes atrasos habidos en su renta, tan sólo pagó 389.034 reales en alhajas, dejadas en su mayor parte á la misma doña María Manuela por su hermana la duquesa de Medinaceli, lo cual dió origen más tarde á reclamaciones de Villahermosa y á un grande acto de generosidad de doña María Manuela, que renunció en favor de sus hermanos su dote y su herencia.

El duque de Villahermosa, por su parte, ofreció á la desposada en estas capitulaciones matrimoniales diez mil ducados por vías de arras, y señalóle diez mil anuales para gastos de su cámara. Asegurábale también la pingüe viudedad foral de todas las rentas y estados poseídos por la casa de Villahermosa en el Reino de Aragón, según fuero del mismo. Estas capitulaciones y este matrimonio convertían, pues, á la *monjita Pignatelli* en una de las señoras más ilustres, ricas y poderosas que brillaban por aquel entonces en la corte de España.

* * *

Detúvose aún la nueva duquesa dos días en casa del conde de Aranda, y al tercero, que fué el 3 de Junio, púsose en camino para París, acompañada por su hermano primogénito el marqués de Mora y su cuñado D. Jorge Azlor Aragón.

Componían la comitiva tres coches y quince caballos, y á ella se agregó el conde de Aranda, que, por honrar á su *esposa en sobrescrito*, quiso acompañarla hasta Alcalá, término de la primera jornada, llevando gentes de su escolta. Duró el viaje, harto rápido para aquellos tiempos, diez y ocho días

consecutivos, y el 20 de Junio llegaron á Meung, apeándose en el palacio del obispo de Orleans, donde esperaba éste á la desposada en unión de la condesa de Fuentes, madre de ella, y de su desconocido esposo el duque de Villahermosa.

Grandes temores y perplejidades despertaron, durante tan largo trayecto, en el ánimo de la inocente duquesa sus jóvenes y alegres compañeros de viaje. Era el marqués de Mora uno de los libertinos que mayor fama han dejado en las cortes de Madrid y Versalles, corrompido en sus costumbres, pervertido en sus ideas, hermoso en su aspecto, seductor y elegantísimo en su lenguaje, tratos y maneras.

Venarábale D. Jorge Azlor como prototipo de elegancia y de buen tono, tomándole en todo por guía, modelo y consejero, y con la mayor intención, según sus criterios mundanos, procuraron ambos jóvenes desplegar á la vista de su hermana la magnificencia de la corte de Versalles, los placeres de la vida de París, tan ponderados hoy como entonces, y el brillo y esplendor que habían de prestar á la duquesita en aquella sociedad, la más fastuosa, corrompida y elegante de su tiempo, su nombre, su juventud y sus riquezas.

Estos rayos de luz vivísimos del porvenir que la aguardaba no ofuscaron los ojos de la inocente duquesa, porque su corazón abierto como una rosa á todos los impulsos de la brisa, de nada temía ni desconfiaba.

Para ella, educada en el más absoluto retiro y la más completa ignorancia de la vida, era el esposo que la aguardaba un nuevo hermano desconocido, á quien había de amar tanto como al marqués de Mora, algo tieso y fastidioso, semejante á los graves consejeros cuyos rizados peluquines habían figurado en el estrado de la *tía Aranda*; la sociedad de París y la corte de Versalles una especie de convento sin clausura en que las monjas se empolvaban el pelo y gastaban tontillos tan enormes y vistosos como los que había visto alguna que otra vez, á su hermana la de Medinaceli.

Mas cuando, en los diez y ocho días mortales que duró el viaje, oyó de boca de su hermano y su cuñado aquellas fa

nadoras descripciones que el mucho respeto de ambos hacia la inocente niña no alcanzaba á disfrazar del todo, no tardó su agudo entendimiento en comprender que le esperaba en París algo muy distinto de lo que ella se había figurado; algo que despertaba en su corazón junto á los incentivos del placer, el santo temor de la culpa.

Llenábanla estos pensamientos de dudas y temores y cerraba los ojos para buscar en su corazón los santos recuerdos de su vida de convento, los prudentes consejos de la condesa de Aranda, y sobre todo la terrible imagen de aquella hermana querida, aquella duquesa de Medinaceli joven, rica y poderosa como lo era ella misma, y muerta, sin embargo, desastrosamente entre los esplendores de aquella opulencia, que hacían resaltar aún más vivo en la imaginación su hermoso rostro podrido antes de ser cadáver. Y entre el torbellino de vanidades y de placeres profetizados que la deslumbraban, y el temor de ser infiel á Dios que afligía su alma, elevábase más recia que nunca, allá en el fondo de ésta, la inspiración divina, la voz de la gracia, que susurraba á su oído aquella máxima de San Francisco Javier, de quien fué siempre particular devota: *¿Y qué te importa ganar todo el mundo, si luego pierdes el alma?*

Esta máxima de su Santo favorito, que fué durante toda su vida lastre de su alma en los días de prosperidad y apoyo en los de desgracia, despertó por vez primera la energía de su virtud, y cuando, al amanecer del día 20 de Junio, divisó á lo lejos las torrecillas góticas del castillo de Luis el Gordo, á cuyos pies corre el Loire y se extiende la aldea de Meung, la nueva duquesa dió el último adiós á su inocente vida de doncella y se aprestó á entrar en su vida de mujer fuerte, serena y confiada, con el ánimo de aquellas antiguas vírgenes cristianas que se ruborizaban ante las miradas de un hombre
se conmovían y cejaban ante los halagos del tirano ni hacha del verdugo.

II

Los Villahermosa pusieron alrededor de su corona aquel mote: *Sanguine emota, sanguine tuebor*.—Comprada con sangre, con sangre la defenderé.—Ponlo tú, hijo mío, alrededor de tu fe, porque comprada fué con la sangre de Jesucristo, y con la tuya propia has de defenderla.

(*La duquesa de Villahermosa á su hijo D. José Antonio*).

No eran infundados los temores de aquella duquesa de quince años que iba á dar sus primeros pasos en el escenario más vasto y más resbaladizo que existía entonces en Europa, porque nunca como en aquel tiempo pudo aplicarse con tanta exactitud á la Babilonia de París el calificativo de *Universidad de los siete pecados capitales*, que más de un siglo después había de darle un grande hombre.

Dos faros luminosos, pero de luz siniestra y diabólica, alumbraban en 1769 la alta sociedad francesa: Voltaire y la Du Barry, la soberbia y la carne, los dos ojos del demonio fijos en un solo punto, la sociedad de París, para magnetizarla y subyugarla, y extender ó mantener luego su dominio sobre toda la Francia y sobre toda la Europa y aun sobre el mundo entero.

Imperaba la una en la corte; dictaba el otro sus leyes al mundo filosófico, y las corrientes de elegante depravación que de aquélla venían, y las de pedantesca impiedad que manaban de éste, fundíanse en un sola catarata, que pretendía anegar, sabiéndolo y queriéndolo todos, el dogma y la moral católica, y había de derruir sin saberlo y sin querer muchos, el trono y el orden social reinantes: porque la piedra fundamental de toda sociedad ha sido siempre la piedra de un altar, y, cuando esta piedra se remueve ó se der

ba, la sociedad se remueve también ó se derrumba con ella.

El 24 de Junio de 1768 entregó su santa alma á Dios la buena Reina María Leczinska en aquella crapulosa corte de Versalles donde había vivido siempre pura y aislada, como una flor en mitad de un pantano. Era aquélla la tercera vez que en el espacio de dos años y medio visitaba la muerte el palacio de Versalles: el Delfín Luis y la Delfina María Josefa de Sajonia, padres de Luis XVI, habían muerto durante este tiempo, sin que lograsen tan tremendos golpes arrancar á Luis XV, viejo ya de cincuenta y ocho años, de aquella vida de libertinaje insensato que ha inmortalizado el *Parc aux Cerfs*, como una inmunda picota en que la historia hubiese grabado su nombre.

A los veinte días de muerta la Reina María Leczinska, la desvergonzada modistilla Juanita Bécu, disfrazada de condesa Du Barry, reemplazaba en el escalafón de las regias vergüenzas de Luis XV á la marquesa de Pompadour, como ésta había reemplazado años antes á la duquesa de Chateaurouy. Federico de Prusia, el Rey filósofo y taimado, cuyas bufonadas hacían reír á toda Europa, bautizó á esta cronología de barraganas ilustres con los nombres de Cotillón I, Cotillón II y Cotillón III.

Grande fué la oposición del duque de Choiseul, ministro entonces, á que la condesa Du Barry, fuese presentada en la Corte. Triunfó al fin la favorita, y verificóse la presentación oficial el 22 de Abril de 1769, ocupando desde luego la intrusa en el segundo piso del palacio de Versalles un lujoso departamento, situado justamente sobre las habitaciones que el Rey mismo ocupaba.

Cuéntase que, cuando un año después llegó á Versalles la Archiduquesa Maria Antonieta, Delfina ya de Francia. Luis XV en persona la presentó á la Du Barry. La angelical Delfina, que aún no contaba catorce años, y jamás había encontrado en la severa y patriarcal corte de la gran María Teresa mujeres semejantes, preguntó ingénuamente á su ca-

marquera mayor, aquella marquesa de Noailles á quien la Del-fina misma puso el gracioso mote de Mad. Etiqueta:

—¿Y qué cargo tiene en la corte esa condesa Du Barry?...

Turbóse un momento la de Noailles, viendo en aquella pregunta el peligro tras la inocencia, y contestó al cabo, con aplomo de palaciega vieja:

—El de divertir al Rey, señora.

Igual pregunta pudo hacer en su inocencia la duquesa de Villahermosa cuando por primera vez vió en la capilla de Versalles, oyendo misa frente á Luis XV y acompañada de la mariscal de Luxemburgo y la duquesa de Aiguillón, cual si fuese una Reina, á la indigna favorita que, según la enérgica expresión de un contemporáneo, deshonoraba el trono con sus carcajadas y había de deshorrar más tarde el cadalso con sus lágrimas.

La presentación de la condesa Du Barry tomó las proporciones de un acontecimiento europeo, y fué causa de que el nombre de la duquesa de Villahermosa figurase por primera vez en los manejos políticos y las intrigas de corte.

Dividióse ésta en dos bandos contrarios: formaba uno el partido de Choiseul, *loco de mucho talento*, como le llamaba Benedicto IV; hombre alegre, según Jobez, que tomaba los negocios públicos como una diversión que halagaba su vanidad y distraía sus ocios. Enfrente estaba la Du Barry, sirviendo de pantalla, á la vez que de instrumento, al duque de Aiguillón, al abate Terray y al canciller Maupeau. La impiedad y la ignominia eran iguales por ambas partes, y Lafontaine hubiera dicho con razón:

D' animax malfaisants c'était un fort bon plat (1).

Breve fué la lucha: el abanico de la Du Barry pudo más que la espada de Choiseul, y un día, madura ya la intriga, participó la favorita á Luis XV que había despedido á su cocinero, y añadióle, con sus chavacanas gracias de mc^{ta} ingerta en condesa:

(1) Era un excelente guisado de animales dañinos.

—Con que ya ves, Francia, que he despedido á mi Choiseul... ¿Cuándo despides tú al tuyo?...

Luis XV obedeció al deseo de la Du Barry, y el 24 de Diciembre de 1770 escribía á su ministro lo mismo que la favorita hubiera podido escribir á su cocinero.

«PRIMO MÍO:

El desagrado que me causan vuestros servicios me obliga á desterraros á Chanteloup, para donde saldréis en el término de veinticuatro horas. Mucho más lejos os enviaría si no tuviera en cuenta el aprecio particular que la señora de Choiseul me merece, cuya salud me interesa en extremo. Cuidad de que vuestra conducta no me obligue á tomar otra determinación. Pido á Dios que así sea, primo mío, y que os tenga en su santa guarda.

Firmado: LUIS.»

Al Ministerio de Choiseul sucedió el del duque de Aiguillon, formando parte el abate Terray, el canciller Maupeau y el señor de Boynes. A poco circulaba por París y llegaba á Versalles el siguiente epigrama, harto exacto por desgracia:

*Amis, connaissez-vous l'enseigne ridicule
Q' un peintre de Saint-Luc fait pour les parfumeurs?
Il met dans un flacon, en forme de pilules,
Boynes-Maupeau-Terray, sous leurs propres couleurs;
Il y joint D' Aguillon, et puis il l'intitule:
Vinaigre des quatre voleurs! (1).*

El duque de Choiseul salió para Chanteloup, soberbio palacio construido por la princesa de los Ursinos, no lejos de Amboise; vióse entonces el extraño caso, rara vez registrado en los anales de la corte, de la fidelidad siguiendo á la des-

Amigos, ¿habéis visto la extraña muestra que un pintor de Sanas ha hecho para los perfumistas?... Ha pintado con sus propios res á Boynes, Maupeau, Terray y D'Aguillon dentro de un frasco, forma de píldoras, y encima ha puesto un rótulo que dice: «¡Vinaigre des quatre ladrones!»

gracia. Los más altos personajes de la nobleza, del ejército y la magistratura corrieron á despedir al ministro caído, y el conde de Fuentes, embajador de S. M. Católica, y tan acérrimo partidario de Choiseul, que, no obstante su intimidad con el Rey, se negó por mucho tiempo á despachar personalmente con D'Aiguillón, acudió también presuroso en compañía del duque de Villahermosa, su yerno, á dar al desterrado un último abrazo.

No paró aquí la cosa: el primer viento revolucionario, *viento de Fronda*, como le llama el conde de Ségur en sus Memorias, comenzaba ya á soplar en París, manifestándose en sistemática oposición á la Corte. La peregrinación á Chanteloup púsose de moda, y en su magnífico parque, no lejos de una bella pagoda levantada por el mismo duque, erigióse una columna donde los ilustres peregrinos esculpían sus nombres como muestra de protesta con el Rey y de afecto al desterrado. Esta columna puede considerarse como el primer monumento revolucionario, y, sin duda porque Dios ciega á los que quiere perder, fué levantada por aquella misma nobleza que había de sufrir las primeras y más terribles consecuencias de la Revolución. Conservóse intacta hasta 1821, en que el *chateau* Chanteloup fué destruído por completo, y entre los mil nombres ilustres en ella grabados leíanse también los del conde y la condesa de Fuentes y el duque y la duquesa de Villahermosa.

Luis XV lo supo; y sin atreverse á manifestar su desagrado al embajador del Rey Católico, que tan grandes preeminencias gozaba en la Corte, guardólo dentro de su pecho: en cambio, la Delfina María Antonieta, que jamás transigió con la Du Barry, y apoyaba por lo mismo á Choiseul, redobló sus muestras de afecto á la familia toda del conde de Fuentes.

Creció con esto la importancia de París, á medida que menguaba en consideración la Corte, y aquella *cabeza* encontraba ya Enrique III *demasiado gruesa* trocóse en beza monstruosa, que llevaba dentro de sí todos los deli del vértigo. Los filósofos pusieron la impiedad de moda.

náronse en *esprits fort* los *bels esprits*, tan encomiados en Francia, y hasta aquellos petimetres insustanciales, abates frívolos y damiselas presumidas que corrían antes de salón en salón, cargados con enormes sacos llamados *ridículos*, en que llevaban un verdadero arsenal de labores, estuches, costureros, juguetillos, cajas de lunares, de colorote, de tabaco, de bombones, de olores, de pastillas; que ocupaban su vida entera en contar historias, entonar arietas, recortar estampas, bordar en tapicería, deshilar brocados, descifrar logogrifos y componer charadas; erigiéronse también en Areópago, riéronse de Cristo y de su Iglesia y repitieron en tono de madrigal las horrendas blasfemias que esparcían Voltaire desde Ferney, y Diderot y D'Alembert desde los salones más famosos.

Porque en ellos, y á la sombra de las mujeres políticas, sabias ó pretenciosas, era donde la impiedad había entronizado sus cátedras, y entonces comenzaron aquellos famosos *soupers*, tan característicos de la época, que igualaban en lubricidad á las escandalosas cenas del Regente, y establecieron la comunicación íntima de trato, de ideas y de sentimientos entre los filósofos y los grandes señores. «Los filósofos—dice un autor—eran los héroes del día: aun no habían penetrado sus doctrinas en las masas populares; pero en la aristocracia, en la alta magistratura, en la clase media rica, y en el mundo de las letras y la banca, eran ellos los señores y hablaban recio y sin recato».

Encontrábase en todas las Academias, en todos los palacios de la alta nobleza, en todas fiestas y cenas elegantes, y aun se acusaba á ciertos prelados de fraternizar con ellos.

Había pasado la moda de los petimetres para dar lugar á la de los filósofos, y tan indispensable era en un salón de buen tono uno de éstos con todas sus ideas subversivas, como la araña con todas sus bujías. La Harpe imperaba en el seno de la orgullosa mariscalda de Luxemburgo, el más aristotélico de su tiempo, donde conservaba ella intacto el fuego sacro de su proverbial urbanidad francesa.

Las duquesas de Choiseul y de Grammot, la princesa de Beauvau, la condesa de Bouffleurs y otras muchas grandes señoras de la corte tenían á gala reunir en sus salones á los oráculos de la filosofía, Condorcet, Diderot, Marmontel, Chamfort, Raynal, D'Alembert, Helvetius, Holbach, y alimentaban ellas mismas el incendio que había de devorar la sociedad entera, considerándolo como un pasatiempo, una distracción, una elegancia, unos lindos fuegos artificiales que tenían la plácida brillantez de una luz de bengala. Había, sin embargo, una razón que el cinismo de la época ponía á la vista, sin que fuera necesario ir á buscarla en lo más recóndito de aquellas almas.

El libertinaje buscaba un salvoconducto en la impiedad: Dios estorbaba, y preciso era suprimirlo; porque debajo de todo aquel brillante conjunto, que la elegancia encubría con plumas y encajes, y la filosofía con chistes blasfemos y pedantescas sentencias, había una sola cosa, un solo interés común entre hombres y mujeres; carne.

Y no se limitaban los filósofos á brillar de prestado en los salones aristocráticos: tenían también sus salones propios, donde los dueños eran ellos, y los grandes señores los convidados. Era el más antiguo el de la vieja marquesa Du Deffand, aristócrata de raza, la *mujer Voltaire*, como la llamaron en su tiempo, ciega de los ojos del cuerpo y también de los del espíritu. Clavada día y noche en el sillón, que llamaba *su tonel*, era aquella vieja extraordinaria el árbitro de las reputaciones, el alma de un centro filosófico y político á que acudían los diplomáticos e extranjeros en busca de la solución de todos los enigmas y el hilo de todas las intrigas.

Seguía luego el salón de Mlle. de Lespinasse, la amiga harto íntima de D'Alembert, con quien vivía; mujer liviana y ardiente, que encontraremos más tarde, por haber sido ella el origen de grandes pesadumbres sufridas por la duquesa Villahermosa.

Mas el salón característico de aquella época, el que de considerarse como una verdadera institución del si-

XVIII, era por aquel entonces el de Mad. Geoffrin. Fué esta mujer de obscurísimo nacimiento, casada con un fabricante de espejos, hombre de tan cortas luces, que leyendo un tomo de la *Enciclopedia*, impreso en dos columnas, hacíalo saltando de la línea de una á la línea de otra, y aseguraba después haber encontrado el libro *muy bueno, aunque algo abstracto*; marido de tan escasa importancia en su propia casa, que echándole de menos, después de una larga ausencia, cierto personaje, asiduó tertuliano de su esposa, preguntó á ésta:

—¿Qué ha sido de aquel señor viejo que se sentaba siempre al extremo de la mesa y no hablaba nunca con nadie?...

—¡Ah! Ya sé quién dice usted—respondió Mad. Geoffrin.—Ha muerto.

—¿Sí?... ¿Y quién era?

—Mi marido.

No era Mad. Geoffrin más letrada que éste, y cuantos contemporáneos hablan de ella la presentan siempre ignorante, hasta el punto de desconocer la ortografía: exacta apreciación ésta que podemos comprobar con un dato auténtico. Entre los abundantes y preciosos documentos que la bondad de cierta gran señora nos ha proporcionado para escribir la siguiente historia, existe un billetito autógrafo, un *besa la mano* que diríamos hoy, de Mad. Geoffrin al duque de Villahermosa. Hállase escrito con caracteres garabatescos, en un papelillo de dos pulgadas de alto por tres de ancho, cerrado con gruesa oblea encarnada, y dice á la letra:

*Mme. geoffrin fait mille, et mille remerciements,
a monsieur le Duc de Villahermoza
de la bonne nouvelle qu'il luy a donné sur
la zante de monsieur de mora.*

*elle est bien touchée et bien reconoissante
de cette attention de sa part,
elle prend la liberté d'embrasser monsieur*

Duc de tout zon coeur.

presente ces hommages a madame

Duchesse.

dimanche matin (1).

Madame Geoffrin da mil y mil gracias al señor duque de Villa-

Y en el sobrescrito:

*a Monsieur
Monsieur Le Duz
de Villahermoza
a l'hotel de monsieur
lembaassdeur Despaigne
rue de luniversité.*

Y, sin embargo, esta mujer ignorante, sin talento, sin belleza, sin juventud, porque, en la época á que nos referimos, contaba ya setenta años, había fundado un célebre salón en toda Europa donde tuvo realmente lugar la íntima y funesta alianza de los grandes señores con los impíos filósofos, comunicando éstos á aquéllos sus impías máximas, siguiendo á aquéllos éstos en sus depravadas costumbres y su elegante libertinaje.

El rey de Polonia, Estanislao Paniatowski, que durante su permanencia en París había frecuentado mucho el trato de Mad. Geoffrin, llamábala *su querida mamá*; Catalina II y Federico de Prusia la escribían familiarmente, y hasta María Teresa, la grande y piadosa María Teresa, el *único Rey*, según un historiador, que ocupaba entonces un trono en Europa, hizo detener su carroza, en mitad de las calles de Viena, para saludar al paso á la *fabricante de espejos*. Las recepciones de Mad. Geoffrin eran diarias, y á ellas acudían las damas más ilustres de la Corte. Dos veces por semana, lunes y miércoles, celebrábase aquellos famosos *soupers* de hombres solos, que ella presidía, y en los cuales sólo tenía entrada otra mujer, Mlle. de Lespinasse.

Los lunes reunía á los artistas, y los miércoles á los escritores: á estos últimos, por una extravagancia cuyo origen

hermosa por la buena noticia que le ha dado sobre la salud del señor de Mora. Queda muy conmovida y muy agradecida por esta atención de su parte: se toma la libertad de abrazar al señor duque con todo corazón, y presenta sus homenajes á la señora duquesa.—Hoy domingo por la mañana.—Al señor duque de Villahermosa, en el hotel señor embajador de España, calle de la Universidad. (Archivo de Villahermosa.)

no hemos podido averiguar ni tampoco comprender, regalaba invariablemente la vieja anfitriona un gorrito de terciopelo. La mesa de Mad. Geoffrin no era muy espléndida: Marmontel, que tantas veces se sentó á ella, dice: «Las viandas exquisitas no abundaban; reducíase todo ordinariamente á un pollo, espinacas y una tortilla.»

Semejante notoriedad en tal mujer, observa uno de sus biógrafos, hay que explicarla siempre por alguna cosa .. En otro país cualquiera, creemos nosotros, sería necesario este trabajo; mas, en Francia, bastará quizá recordar aquella pincelada maestra con que, al pintar Tito Livio á los galos de su tiempo, retrató á los franceses de todas las épocas: *Nata ad vanos tumultus gens* (1). Por otra parte, la industria de los espejos daba mucho. Madame Geoffrin era rica, y era también quien suministraba con mano generosa los fondos necesarios para la costosa obra de la *Enciclopedia*.

Nada tiene, pues, de extraño que los enciclopedistas ensalzaran y se agruparan en torno de aquella extraña vieja en cuyo bolsillo habían encontrado el manantial de Pactolo. Cuando se leen las entusiastas alabanzas de Mlle. de Lespinasse á Mad. Geoffrin, en su continuación al *Viaje sentimental* de Sterne, debe tenerse en cuenta que la heroína ensalzada pasó por muchos años una pensión de 1.000 escudos á la autora del panegírico, como la pasó también á otros muchos, Thomas y Marmontel entre ellos, al cual último solía llamar *querido vecino*, porque le daba albergue en su propia casa.

Esta era la sociedad así en Versalles como en Paris, donde á los quince años había de comenzar la duquesa de Villahermosa á conocer á los hombres, porque ésta era la sociedad que su padre, su esposo, sus hermanos y hasta su misma madre la condesa de Fuentes frecuentaban, obligados unas veces por su alta posición oficial, arrastrados otras por el imperio de la moda, que tan á menudo finge deberes, acalla espulso y adormece conciencias. En aquellos salones vió la

1) Gente nacida para entusiasmos inocentes.

duquesa de Villahermosa adelantarse y crecer á la Revolución, vistiendo casaca de terciopelo y chorrera de encaje antes de vestir la Carmañola; caminando sobre los tacones encarnados de los elegantes de la corte antes de cobijarse bajo el gorro rojo de los *sans-culotte* del 93.

Mas aquellas cabezas empolvadas se enderezaban á veces con extremecimiento de terror, y las mejillas palidecían bajo el obligado cólorete, porque el instinto avisaba á intervalos la proximidad del peligro, porque la muerte se encargaba de cuándo en cuándo de tumbar por tierra alguna de las grandezas humanas, porque la víctima lanzaba al caer un grito de espanto que ponía pavor en los ánimos y despertaba en torno el remordimiento... Un día, de repente, corrió la voz de que la viruela había atacado á Luis XV. Versalles quedó desierto: el Delfin y sus hermanos huyeron: sólo quedaron al lado del Rey sus tres hijas Adelaida, Victoria y Sofía, modelos de amor filial, cuya memoria ajó cruelmente la liviandad de su padre, por aquello de que, adonde no llega la maldad, llega la calumnia. Algunos cortesanos, obligados por la imperiosa ley de la etiqueta, cuchicheaban medrosamente en las antecámaras más lejanas. También la ambición desafió el riesgo, y junto á su lecho de muerte vió el Rey estallar, más fiera que nunca, la lucha entre el partido de Choiseul y el de la Du Barry.

Oponíanse ésta y D'Aiguillón á que el Rey recibiera los Sacramentos, porque había de ser aquélla la señal del destierro de la favorita y de la caída del ministro. Choiseul, por el contrario, el impío Choiseul, el encarnizado perseguidor de los jesuitas, quería que se le administrasen sin pérdida de tiempo, como medio de derrotar al bando enemigo. Era horrible aquella lucha de ambiciosos y cortesanas disputándose un girón de poder ante el terror de la muerte y la majestad de los Sacramentos.

Un hombre enérgico y virtuoso, el arzobispo de Pámonseñor Beaumont, dirimió la contienda: presentóse en Versalles solo, sin aparato, dispuesto á pagar con el mayor

los beneficios la afrenta que le había hecho el Rey desterrarán-dole. La camarilla de la favorita presintió su derrota. El mariscal de Richelieu (dice un testigo del hecho), viejo libertino, resto podrido de la Regencia, salió precipitadamente al encuentro del arzobispo y le detuvo en la sala de guardias.

Sentáronse en una banqueta: el mariscal hablaba con gran vehemencia y gestos muy animados; el arzobispo le contestaba con entereza: levantóse al fin de repente, y, sin hacer caso de Richelieu, entróse en la cámara regia.

El Rey no se sorprendió al verle, mas tampoco se apresuró á pedir los Sacramentos. A las cuatro de la tarde, la Du Barry en persona vino á tentar por última vez al viejo Rey en su lecho de muerte; mas él la mandó retirar con suaves palabras, y la favorita salió de Versalles para no volver nunca. Quedó el Rey muy postrado y abatido, y á eso de la media noche mandó llamar al abate Mondou; confesóse con grandes muestras de arrepentimiento, y al romper el alba recibió el Viático y los Santos Oleos. La proximidad de la muerte despertaba su fervor, y, al entrar el Viático en la cámara, arrojó con presteza las sábanas y arrodillóse con gran trabajo, apoyado en la barandilla del lecho.

El médico quiso obligarle á cubrirse; más él, con mucha humildad, contestó:

—Cuando el Dios del Cielo viene á visitar á un miserable como yo, lo menos que puede hacerse es recibirle con respeto.

Entonces el cardenal de la Roche-Aytar, gran limosnero de la corte, leyó por orden del Rey estas palabras, en que el pecador se arrepentía, el escandaloso daba satisfacción, y el Monarca de derecho divino sostenía hasta el borde del sepulcro sus prerrogativas de Ungido: «Aunque el Rey no tiene que dar cuenta de su conducta más que á Dios, declara que se arrepiente de haber escandalizado á sus súbditos, y que hubiera deseado vivir tan sólo para sostener la religión y hacer bien de sus pueblos.»

Abilitóse aquí la voz del cardenal, y el Rey, con la lengua á trabada, dijo angustiosamente:

—Repetid, señor cardenal, repetid esas palabras...

Y ya no dijo más: á las dos y media de la tarde expiró Luis XV. Oyóse entonces un gran tumulto, que resonó en todo el palacio: eran los cortesanos, que abandonaban las antecámaras, aplicando á sus narices pomitos de enérgicos desinfectantes, ligeros como el que deja al fin una carga; alborotados como el que rompe el freno de largo y forzado silencio...

Quedó solo aquel muerto, que había sido Rey cincuenta y nueve años; envolviéronle precipitadamente en las mismas sábanas del lecho y arrojáronle en un triple ataúd de encina y de plomo. Aguardaron á la noche, encubridora de todos los crímenes y de todas las vergüenzas; colocáronle en una de las carrozas de caza, y al trote largo, á galope casi, lleváronle á San Dionisio. Escoltábanle veinte pajes y otros tantos palafreneros, que llevaban antorchas y no vestían luto. El cortejo no osó atravesar por París, y por el bosque de Boulogne dió la vuelta.

El pueblo repetía á su paso aquel grito ridículo, hecho popular, con que el difunto Rey solía perseguir á los ciervos.

—¡*Taiaut!*... ¡*Taiaut!*... ¡*Taiaut!*...

PADRE LUIS COLOMA, S. J.

(Continuará).

LA PIEDAD

¿Quién al hombre del hombre hizo juez?

Espronceda.

Decía Mme. Stael que «explicarlo todo es prepararse á una piedad y tolerancia universales.» Todo en el mundo se explica (ó se tiende á ello). Y aunque no todo se justifica, la explicación es ya un comienzo de justificación.

La hipótesis, que explican, según la ley de la herencia, por la acumulación de los hábitos, merced á impulsos sugestivos é instintos de imitación y como resultandos de la obra deficiente de la educación, el génesis complejísimo del mal moral y del crimen en la conciencia humana, laboriosamente preparan el presentimiento de que la sociedad se acerca á un ideal de *indulgencia universal* y á un anhelo de piedad que busca bases para la moralidad más hondas que las consagradas hasta el día.

Queda siempre á salvo (contra toda congetura irrealizable) el derecho de *defensa social*.

Contra la protesta de nuestro Espronceda, el sentido utilitario que reconoce que el crimen impune es un elemento de destrucción social, anuncio de un peligro y estímulo al mal ejemplo. Aún desde el aspecto mecánico de la *irritabilidad sensible*, el instinto demanda con urgencia que se restablezca equilibrio perturbado por la aparición del mal. La obser-

vación recoge numerosos ejemplos en los animales, en los salvajes y en los niños como consecuencia del instinto de conservación de la vida lo mismo individual que social.

Pero este instinto y la tendencia social que lo consagra se modifican poco á poco, depurando el derecho á castigar del brutal sentimiento de la venganza. Todo lo que pierde el rigor inflexible de la ley (*summa lex, summa injuria*), lo gana un sentimiento de noble compasión, ya declarado en la máxima «odia el delito y compadece al delincuente».

Según la ley de la evolución, castiga la sociedad para defenderse y conservarse y procura la reforma y mejora del delincuente. En su origen el castigo era mayor que la falta, la defensa excedía al ataque; después se ha modificado. El *linchamiento* es residuo de la vida primitiva.

Si irritamos á una fiera ó á un salvaje, y nos hallamos á su alcance, nos destrozarán; si insultamos á un hombre de mundo, nos contestará con un rasgo de ingenio; si injuriamos á una persona reflexiva, nos contestará perdonándonos nuestra falta. La ley de la *economía de la fuerza*, que hace viable el imperio de la reflexión (con la conciencia del propio poder) suaviza la sanción penal. Primero «ojo por ojo y diente por diente,» «ley del Talión,» iguala mecánica entre la acción y la reacción; después la vida reflexiva, atenta sólo al fin propio «defensa del individuo y del cuerpo social ofendidos» tiende á disminuir la pena y á evitar gastos supérfluos de fuerzas sociales. Se indaga ante todos los medios racionales para impedir que el ataque se repita.

Pierde el criminal la triste condición de miembro inútil para ganar la de órgano momentáneamente perturbado y cuyo equilibrio (mejora) es preciso restablecer. El terror y el odio, excitantes mecánicos, desaparecen y la sanción convierte en medio de defensa social y en estímulo reflexivo para la mejora del culpable. Se llega al máximun de defensa social y mínimun de sufrimiento individual.

Tiene por tanto la pena un fin principalmente correctivo y de enmienda para evitar (no el mal ya cumplido y que

tiene remedio); el acto que el culpable podría cometer en lo sucesivo. Es juntamente promesa y amenaza, razón por la cual no se castiga á los locos. Se reconoce ya hoy, como ha dicho un gran pensador (Salmerón), siquiera la necedad humana lo tomara como una paradoja, que la *pena es un derecho del criminal*.

Venturosa aurora de tan hermoso pensamiento en la conciencia del criminal es lo que escribe V. Hugo en el magistral capítulo de *Los Miserables*. «La Tempestad bajo un cráneo». Piensa J. Valjean que, después de restituir los candelabros de plata robados al obispo, puede darse por cumplido uno de los fines de la sanción, pero entiende que queda sin cumplirse el principal (el de la enmienda del culpable), interin no se lo aplique la virtud curativa de la pena. Castigar al culpable teniendo en cuenta ante todo su posible mejora es reconocer la piedad como principio vivificante de la moral y del derecho. Porque la voluntad queda intangible y en su perturbación y desequilibrio irreformable, interin el estímulo de la sanción no determine en ella cambio de conducta.

Castigar por castigar, aplicar la pena sólo con la mira ruin de la venganza, puede producir hasta el esfuerzo malogrado de no servir siquiera á la defensa social. Tal acontece, cuando se castiga una falta, ejecutando en efigie para satisfacer la pasión de la venganza.

El *Terror blanco* de la Restauración francesa que quemó águilas vivas á falta de lo que simbolizaban (El Imperio). Algo semejante hace á veces la miopía y crueldad de los jueces humanos.

Mientras el cuerpo inocente del acusado se retuerce entre crueles tormentos, su voluntad que es el águila verdadera, soberana y de libre vuelo, persiste en su desequilibrio. El que juzga y castiga de ese modo representa el orden de *Variar*, pero no el orden moral que requiere la justicia, demandando equidad y exige el sentimiento piadoso.

DATOS PARA ESCRIBIR LA HISTORIA

DE LA ORDEN DE LOS CABALLEROS FRANCMAONES EN ESPAÑA,
DESDE SU ORIGEN HASTA NUESTROS DÍAS

CAPÍTULO XIV (1)

I La muerte del Rey.—II El degüello de los frailes y la triple Junta revolucionaria.—III Trabajos de la francmasonería por el restablecimiento de la Constitución 1812.

I

La muerte de Fernando VII, acaecida el 29 de Septiembre de 1833, hizo cambiar bien pronto la suerte de la francmasonería española. En un principio se pensó en inaugurar un período de transacción, para no pasar bruscamente del sistema absoluto al constitucional. Los deseos de Zea Bermúdez serían muy conciliadores; acaso iban encaminados á que los absolutistas *fernandinos* hiciesen pacto con los *crístinos*, pero esto no era posible dado el extremo que aquéllos llevaron sus actos en el último período del Rey. No lo creyó así Zea Bermúdez, y cinco días después de la muerte de Fernando, publicó un *Manifiesto*, en el que aparecían en otras las siguientes palabras:

(1) Véanse los números 515, 516, 517, 518, 519, 520, 522, 523, 524, 526, 527, 528, 529, 532, 533, 534, 535, 536, 537, 539, 540, 541 y 545 de REVISTA.

«La Religión y la monarquía, *primeros elementos de vida para España*, serán respetadas, protegidas y mantenidas por mí en toda su pureza y vigor...

»Para esta grande empresa de hacer la ventura de España necesito y espero la cooperación unánime, la unión de voluntad y concordia de los españoles... Ni el nombre de la Reina ni el mío son la divisa de una parcialidad.»

Nadie creyó en estas *ofertas*. Los liberales decían: El Gobierno quiere engañar á los absolutistas; éstos á su vez exclamaban que los liberales se habían disfrazado de realistas. Cristina dudaba en un principio el camino que había de seguir. Dos días antes de republicarse este *Manifiesto*, (2 de Octubre) se habían levantado los carlistas en Talavera, y el día 3 se sublevó Bilbao. Aquí murió un liberal, y los insurrectos de Talavera fueron presos al punto y fusilados. Ese acompañamiento tuvo el manifiesto conciliador dirigido á la nación en nombre de Cristina. Los realistas acusaron desde luego á Zea Bermúdez de francmasón, y, como en efecto lo era, lograron hacerle el vacío, concitando contra él los ánimos, y oponiéndole todo género de obstáculos en su marcha política. Y por otra parte, las sociedades secretas reorganizadas, y en pugna entre si desde el primer momento, acogieron también muy mal en la Corte y en las provincias dicho documento. Lo mismo los francmasones que los comuneros deseaban la desamortización eclesiástica, la extinción de los regulares y la pronta reaparición del gobierno representativo, volviendo los primeros á la teoría de las dos cámaras y los segundos á la Constitución de 1812. Aparte de estos dos grandes grupos había otro más radical que encontraba reaccionaria la Constitución, de donde se deducía que querían la República (1). El

(1) España estaba dividida en tres partidos políticos. El primero el *moderado*, que tenía las riendas del poder y era notable por su audacia, contando con el apoyo de una parte de la francmasonería española y francesa, y con el de Luis Felipe y su gobierno. El partido, conocido entonces bajo el nombre de *exaltado* y que después se llamó *progresista* y más adelante *radical*, notable por su audacia, aparecía en la oposición cierta austeridad de principios, que no acreditó

conde de las Navas, Larra y Espronceda eran los que capitaneaba estas fuerzas, reclutadas del seno de las LLog. y de los centros de los Comuneros. Por la resistencia que todos opusieron á Zea Bermúdez, tuvo éste que ceder su puesto á los liberales y Cristina inauguró ya un período nuevo.

El primer ministerio progresista que se formó á la minoría de Isabel II, era presidido por Martínez de la Rosa y le constituían Garelly, Dehesa, Burgos, Zarco del Valle y Vázquez Figueroa. Todos ellos pertenecían á la Or. desde tiempos antiguos, y todos ellos también prodigaban á los francmasones grandes respetos, ya por ser de la familia, ya también para contar con la poderosa influencia de todos ellos para la obra que se impuso la Reina Gobernadora D.^a María Cristina de Borbón.

Sin embargo de estos buenos propósitos, en los hombres que rodeaban á Martínez de la Rosa, en los comienzos de 1834 surgieron algunos conflictos entre los francmasones y las autoridades de provincia que no eran todo lo políticas que fuere de esperar, ni lo liberal que la situación de entonces reclamaba. Coincidió también con esto, la rebelde actitud del clero, que reclamaba el cumplimiento de las Bulas Pontificales, sobre sociedades irreligiosas y el Gobierno, impulsado

cuando subió al poder. A este partido se afiliaron hombres que en 1821 y 22 pertenecieran al moderantismo, como Argüelles, Heros y Calatrava, al paso que se contaba ahora entre los moderados al inolvidable Alcalá Galiano, demagogo en 1823, sujeto de talento, y que había aprendido algo en la emigración, si bien por mucho tiempo conservó resabios de sus antiguas exageraciones.

El tercer partido era el *realista*. En cuanto al número debe decirse que el de los moderados ha sido siempre escaso, y triple ó cuádruple el de los exaltados, llevando consigo á casi todos los artesanos de las capitales de provincia y pueblos grandes y fabriles. Los carlistas estaban con respecto á los liberales en la proporción de doce á uno.

El partido exaltado pudo contar desde luego con el favor y protección decidida del gobierno inglés, y con los recursos de su prepotente masonería. Ocasiones hubo en que la influencia inglesa llegó á sentirse de tal manera, que fué preciso que el gobierno moderado (Narver en 1843), pusiese los pasaportes en la mano al embajador inglés (Fwer) con aplauso de todos los hombres de bien de todos los partidos pues el cinismo con que aquel sectario extranjero conspiraba en España, excedía los límites del decoro y del sufrimiento. (*Historia de las ciudades secretas*, de la Fuente, t. II, pág. 13).

en la necesidad de publicar un R. D. concediendo amplia amnistía á todos los que hubiesen pertenecido á sociedades secretas, dió gusto á Roma, apareciendo contrario á ellas y señalando penas á los que en lo sucesivo se alistasen en la francmasonería. He aquí este curioso documento (1):

•Siendo notorios los males que en varios tiempos y países han producido las sociedades secretas creadas con distintas formas y denominaciones para sustraerse á la vigilancia de la autoridad pública: abundando los testimonios y pruebas de que los partidarios de la usurpación, enemigos de la prosperidad de esta Monarquía, se valen de estas armas vedadas para encaminarse á sus dañados fines, al paso que otros, promovedores de desórdenes, instrumentos tal vez de facciones extranjeras, pudieran del mismo modo perturbar el reposo de este suelo clásico de la lealtad: persuadido mi Real ánimo de que una libertad justa, cimentada en el restablecimiento de las leyes fundamentales de estos reinos, facilitará á todos los intereses de la sociedad medios legítimos de contribuir al bien común, sin acudir á medios tenebrosos, fáciles de convertirse en armas de conspiración y de partidos; no pudiendo depositarse el ejercicio de la autoridad ni la necesaria confianza en los que están ligados por votos desconocidos, y por obligaciones que pueden estar en pugna con los deberes que reclaman el Trono y el Estado: con el fin de echar un velo á pasados errores y extravíos, y de atajar para lo porvenir los peligros que correrían á un tiempo la libertad y el orden, si no se dictasen providencias oportunas, más eficaces que las anteriores leyes, cuya severidad misma es el mayor obstáculo á su ejecución; he venido en mandar, en nombre de mi excelsa Hija Doña ISABEL II, y después de oír el Dictamen del Consejo de Gobierno y del de Ministros, que se observen y cumplan las disposiciones siguientes:

Artículo 1.º Se concede amnistía, sin restricción alguna á todos los que hayan pertenecido hasta el día de hoy á so-

(1) Col. Legisl.-tomo XIX, pág. 280.

ciudades secretas, cualquiera que haya sido su forma ó denominación.

Art. 2.º En virtud de lo dispuesto en el artículo precedente, se tendrán por fenecidos todos los juicios instaurados por tal delito, sin que puedan parar perjuicio á los procesados para su colocación ó ascensos en sus respectivas carreras.

Art. 3.º Los que desde la publicación de este Decreto pertenecieren á sociedades secretas, asistieren á sus juntas, contribuyeren con fondos, ó por cualquier otro medio ayudasen á su sostenimiento ó propagación, serán privados de los empleos, sueldos y honores que disfruten, sin poder volver á ser empleados, á no habilitarlos Yo por nuevos servicios y merecimientos.

Art 4.º Los que pertenecieren á sociedades secretas, y los que auxiliaren su sostenimiento ó propagación, además de la medida gubernativa de que trata el artículo anterior, quedarán sujetos á las penas siguientes:

1.ª Los jefes de cualquiera sociedad secreta, y los que presidan juntas y reuniones, serán condenados á encierro en un castillo ó fortaleza por un tiempo fijo, que no bajará de dos años ni pasará de seis.

2.ª Todos los demás individuos que compongan ó auxilién dichas sociedades secretas, serán condenados á sufrir un destierro en el pueblo que el Gobierno designare al efecto, y por el tiempo que se haya fijado en la sentencia; el cual no será menor de dos años ni pasará de seis; quedando después bajo la vigilancia especial de las autoridades locales.

3.ª Si el individuo de una sociedad secreta fuere eclesiástico, se le ocuparán sus temporalidades por el tiempo que durare la reclusión en un convento, que no bajará de seis años ni pasará de seis.

4.ª Los que á sabiendas alquilarén ó prestaren la casa que vivan, ú otro edificio que tuvieren á su disposición sea como propietarios, bien como inquilinos, bien como administradores, ó por cualquier otro título, para que en ell

lebre sus juntas ó reuniones alguna sociedad secreta, pagarán una multa, desde seis hasta doce mil reales vellón con aplicación á un establecimiento de beneficencia; y si resultare que son insolventes, sufrirán de seis meses á dos años de prisión en el lugar que al efecto designare el Gobierno.

5.ª La reincidencia en cualquiera de los casos expresados en este artículo, será castigada con el duplo de las penas en él establecidas; entendiéndose que el castillo, fortaleza ó convento será en las provincias de Ultramar.

Art. 5.º Los Tribunales ordinarios conocerán de este delito con arreglo á las leyes; quedando derogados todos los fueros de cualquiera clase y naturaleza que sean.

Art. 6.º Si el objeto de la sociedad secreta, ó el fin de sus reuniones, fuere alguno de los delitos de conspiración, rebelión y subversión del Estado, quedarán sujetos los autores, cómplices ó auxiliadores de estos delitos á las penas que para ellos tienen designadas las leyes.

Tendréislo entendido, y lo comunicaréis á quien corresponda.—*Está rubricado de la Real mano.*—En Aranjuez á 26 de Abril de 1834.—A D. Nicolás María de Garely.

Todos vieron en este documento, disposiciones que el Gobierno no habría, ni podría, ni quería cumplir, pues arrojándose la Reina en brazos de los liberales, todos ellos francmasones, era lógico dudar de los propósitos que el Gobierno aparentaba contra las sociedades secretas. Esto de una parte y de otra los trabajos del clero por llevar al trono al infante D. Carlos, hizo que se encendiera la triste guerra civil, iniciada de una manera cruel, sin tregua ni cuartel. Los prisioneros eran todos fusilados. D. Santos Ladrón lo fué en Pamplona, y el Barón de Herves en Aragón: los carlistas comenzaron á fusilar á cuantos caían en su poder ¡Funestas escenas que siempre se repiten en toda guerra civil!

Ya bien entrado el año de 1834, Quesada, que en 1822 había hecho en Navarra la guerra contra los liberales, mandó allí mismo á los liberales contra los realistas. Zumalacarbui le hizo frente en Salvatierra, el día 22 de Abril de

1834, y ambos partidos se creyeron victoriosos. Entre los que aquel día cayeron en poder de Zumalacárregui estaba don Leopoldo O'Donell, hijo del Conde de Bisbal, y capitán de infantería de la Guardia Real. Los O'Donell militaban en ambos campos, como en 1820. El carlista, D. Carlos, fué fusilado.

La guerra, pues, de represalias, se inauguró en el campo de batalla; en tanto que en las ciudades se formaban lo que ahora hemos conocido por la partida de la *Porra* y entonces se denominaban del *Trueno*. La que operaba en Madrid, formada por un grupo de brabucones que figuraban en la buena sociedad, apalearon impunemente cuantos realistas caían en sus manos, celebrando los liberales las peripecias que se repetían á diario del *reparto de la leña* que se hacía en las calles y las plazas, y hasta dentro de los salones de los cafés y sociedades de recreo. El pueblo, por su parte, que simpatizó con los apaleadores, compuso en honor de los mismos unos versos que se coreaban al son de una música que llegó á ser popular.

Los versos eran estos:

«Al tún-tún, paliza, paliza,
Al tún-tún, sablazo, sablazo,
Al tún-tún, mueran curas y frailes,
Al tún-tún, que defienden á Carlos.

Por la callejuela,
Por el callejón,
Entrar en sus casas,
Que quieran que no.
Reinará Don Carlos
Con la Inquisición,
Cuando la naranja
Se vuelva limón.»

Las gentes sensatas condenaban estos excesos, pero también los disculpaban, porque respondían á los que igualmente aun peores, se permitieron los realistas poco antes, con

francmasones y liberales, cuando entre éstos distribuían *leña* en abundancia tarareando la famosa

«Pitita, bonita, con la pía-pía-pon,
Viva Fernando y la Religión,
Muera el que quiera Constitución.»

O aquellos otros versos, compuestos por el propio Fernando VII, y que decían:

«Este narizotas,
Cara de pastel,
A negros y á blancos
Los ha de j.....»

La Partida del Trueno apareció en Zaragoza con el nombre del *Chorizo*, en Andalucía con el del *Palo Tieso*, en Cataluña con el del *Sable* y en Extremadura con el de la *Estaca*.

II

La facción había tomado gran incremento á los mediados del año de 1834, y los liberales, temerosos de su porvenir, extremaron sus trabajos, dividiéndose en tres bandos: *Isabelinos*, *Cristinos* y *Moderados*. Todas tres agrupaciones estaban en íntima inteligencia con las sociedades secretas, y mayormente con la francmasonería, en cuyas LLog. estaban la mayoría de los *Isabelinos*, que eran los más exaltados. Creen algunos historiadores que la matanza de los frailes fué obra de estos políticos-francmasones.

Pirala en su *Historia de la guerra civil* (al t. I, pág. 443) explica la situación de los partidos en España, en 1834, con las palabras:

«Un sujeto bien conocido en el arte de conspirar fué pre el día 10 de Enero de este año, por orden de Zea Bermúdez y desterrado á Galicia; pero consiguió evadirse desde

Valladolid y volvió á Madrid, refugiándose en la casa de un amigo, en la calle de Cedaceros. Saliendo sólo por la noche con las debidas precauciones, se reunía con los compañeros en el Prado y en otros paseos públicos, sitios los más á propósito para no infundir sospechas, y concertó con ellos su plan para formar la Confederación Isabelina con objeto de combatir á D. Carlos y los principios que representaba, y dar más amplia la libertad á España.

»Hombres todos de acción y resueltos, formaron con la mayor celeridad los círculos isabelinos en Madrid y en las provincias. Apelaron al entusiasmo, virgen entonces, de los liberales, que se hallaban en grande fermentación, y en todos hubo celosos y activos cooperadores. Sólo en Madrid llegaron á afiliarse en secreto diez mil personas, incluso muchos individuos del ejército.....

»Contra lo que algunos han creído, podemos asegurar que la matanza de los frailes no fué un acto preparado por la sociedad: trató luego, es cierto, de aprovecharse de él pero veamos lo que hizo.

»Ocupado el Directorio en su plan para la apertura de los Estamentos, le sorprendió el espontáneo y casual movimiento del 17, y observando que las autoridades permanecían en una escandalosa y criminal indolencia, se acercaron muchos isabelinos al fundador de la sociedad para que montase á caballo y saliese á hacer la revolución; pero el escondido les contestó que ni tenía caballo ni dinero; y, mediando contestaciones y disponiéndose proyectos, obraron algunos confederados por su cuenta, y convocando á centurias enteras, se arrojaron á la calle á aumentar el número de los alborotadores, pues carecían de jefes que les guiaran, y no les salían los enemigos al encuentro. Procedieron muchos maquinalmente y cometieron algunos punibles excesos.....

»El Director Isabelino, que tenía muy adelantados sus trabajos se animó al ver la conducta del Gobierno en aquel triste día, y creyó segura su destrucción y la del orden de cosas existentes, remplazando uno y otro como veremos.

»Meses antes llegó á Barcelona el capitán D. F. Civat, emigrado en 1823 en Londres, y edecán de Mina, según manifestaba.

»Se introdujó ó le presentaron en casa del Duque de Zaragoza, y de D. Lorenzo Calvo de Rozas, y este último le presentó en el cuarto donde estaba refugiado el fundador de la Isabelina. Comisionado por éste, previa su oferta de trabajar en unión de los patriotas, marchó á Barcelona á concertarse con los Isabelinos del Principado, de donde regresó entusiasta, y exaltó extraordinariamente al Duque de Zaragoza, á Calvo Rozas, Romero Alpuente y Olavarría, sentando las bases de su plan, reducido á hacer una exposición á S. M., manifestándole los graves daños que se iban á seguir si se planteaba el Estatuto Real, y añadiendo que, para evitar males, convenía á S. M. pasar á las Cortes el proyecto de Constitución que remitían.

»Si la Reina Gobernadora se oponía á dar semejante paso, como era natural, se apelaría á la insurrección, el mismo día 24 de Julio, destinado para la apertura de los Estamentos. Varios procuradores afiliados en la Sociedad Isabelina se habían comprometido á hacer una moción para que se declarase el Congreso de Procuradores en Cortes presuntas. El público de las tribunas, compuesto en gran parte de Isabelinos que se proporcionaron papeletas, contribuirían á apoyar la moción de sus compañeros. Si se encontraba resistencia, se armaría un alboroto en el seno mismo de las Cortes, que sería la señal para el pronunciamiento general de los asociados.

»El plan convenido era que el pueblo se apoderase de todos los campanarios, y tocase las campanas á vuelo, tomar los principales edificios y fortificarse en ellos, formar barricadas con coches, carros, bancos, confesonarios, etc. El Duque de Zaragoza debía ponerse al frente de las tropas comprometidas con él en los trabajos militares, con separación paisanaje.

En el acto se formaría el Ministerio, que se compondría

de los sujetos siguientes, según papeles que tenemos á la vista, y los que ocupó la autoridad.

»Estado.—D. Evaristo Pérez de Castro: Subsecretario el Marqués de Monte-Virgen.

»Guerra.—D. Jerónimo Valdés: Subsecretario el Duque de Rivas.

»Gracia y Justicia.—D. Manuel García Herrero.

»Interior.—D. Alvaro Florez Estrada.

»Hacienda.—D. Lorenzo Calvo de Rozas: Subsecretario D. Juan Olavarría.

»Marina.—D. José María Chacón.

»Capitán general de Madrid y general en jefe de la Guardia y de las operaciones, el Capitán general D. José Palafox y Melci, Duque de Zaragoza.

»Gobernador de Madrid.—D. Evaristo San Miguel. (Hay una rúbrica y un sello).

»Una de las medidas de precaución que habían de adoptarse después del triunfo de la revolución, era la expulsión de Madrid de Reinoso, Burgos, Miñano, Lista, Hermosilla, Andino, y otros que eran calificados de afrancesados.

»Todo estaba ya dispuesto en la mañana del 23 de Julio, y comunicadas las órdenes á las provincias, para que secundasen el pronunciamiento de la Corte, cuando Civat, que estaba en el secreto (pues él y D. Antonio Nogueras, secretario de la Asociación, eran los únicos que entraban en la habitación del director), se retiró á las diez de la mañana, quedando en volver por la tarde, y á la hora en que debía hacerlo se presentó el comisario Luna con sus celadores y una compañía de tropa, y procedió á la prisión del escondido fugitivo, ocupándole todos sus papeles, excepto la lista de los correspondientes, que se comió.

»A continuación fueron también presos el Duque de Zaragoza, D. Antonio Nogueras, Beraza, Olavarría, Ro. Alpuente y algunos otros en las provincias.

»Tal acontecimiento no podía menos de ser harto ruinoso y el Conde de las Navas lo hizo más, reconviniendo en

Estamento al Ministerio por la prisión del Duque de Zaragoza. Martínez de la Rosa contestó que el Gobierno tenía noticias de que se tramaba algún escándalo para aquel día (24 de Julio), que se repetían las confidencias, los avisos, los partes, porque no hay ningún gobierno que no tenga obligación de saber lo que se fragua en secreto contra la tranquilidad pública. Después de los tristísimos sucesos del día 17 y 18 de Julio, los ministros creyeron ver en ellos un síntoma, un anuncio de los medios que se practican en todas las revoluciones. Vislumbraron en aquellos desórdenes un fin político, sospecharon que no habían sido más que un ensayo, al que no se había podido dar toda la extensión necesaria, por no haber parecido oportunas la ocasión y las circunstancias.

»No faltaban más que pocas horas; se da el último aviso y se repite por varios lados, añadiendo que no eran acusaciones vagas, que no era voz de la calumnia, que no eran rumores dignos de menosprecio, sino que había datos ciertos, positivos, palpables, citando el lugar donde se hallarían los planes de los conspiradores, la proclama que debía esparcirse el día de la apertura, la correspondencia que se seguía con las provincias, y hasta los sellos de las sociedades secretas, que estaban contra el sosiego público, contra el trono y las leyes.

»El Gobierno creyó que su deber era prevenir el delito y no dar un día de escándalo á toda la nación. El Gobierno encontró los planes, los sellos, las proclamas, el nuevo régimen de gobierno que debía establecerse... Vió el Gobierno en la lista aprehendida algunos nombres de personas respetables y se vió precisado á someterlas á juicio. Las entregó inmediatamente á los tribunales, y si al cabo de ocho días los tribunales los pusieron en libertad, esto prueba que nada se encontró contra ellas.»

Hasta aquí lo que refiere Pirala de los partidos revolucionarios en 1834. Dedúcese de todo ello, que la triple junta, no las llama el Sr. Riera y Comas, á los que formaban la Sociedad Isabelina, estaba apercebida para entrar en juego

al primer aviso que recibiese y posible acaso que sus afiliados, entre los cuales se contaban muchos francmasones, interviniesen en los sucesos de los días 17 y 18 de Julio. D. Vicente de la Fuente, con esa odiosidad que muestra en todos sus escritos contra la francmasonería, atribuye toda la responsabilidad del motín contra los frailes, á los francmasones, que según él prepararon la algarada del día 17 y fueron los que mayor parte tuvieron en los tristes sucesos que el pueblo cometió en los conventos.

No está en lo cierto el catedrático de la Universidad Central en su afirmación. La matanza de los frailes fué un acto espontáneo del pueblo, cansado de someterse á tanto vejamen como venían sufriendo desde tiempos antiguos, la mayoría de ellos impuestos por la gente que poblaba los conventos. Además, aunque no existía la Inquisición, los frailes continuaban en sus predicaciones pidiendo el restablecimiento del Santo Tribunal, reclamaban los diezmos en las provincias, cobraban el Voto de Santiago y ponían en todas partes á contribución el bolsillo, ya bien exhausto, del pobre contribuyente, aparte de que desde la entrada en España de Fernando VII, se convirtieron los frailes en delatores de los liberales, no perdiendo medio de denunciarlos, perseguirlos y entregarlos á manos del verdugo, fomentando por otra parte los horrores de la guerra civil, que ya se manifestaba potente en mediados de 1834.

En principios de Junio de dicho año apareció el cólera en Vallecas. Pocos días más tarde comenzáronse á dar casos en Madrid. La gente del pueblo creyó en un principio habían envenenado las fuentes públicas, no faltando quien hiciese responsables de ello á los frailes.

En la fuente que estaba frente al Colegio Imperial, un muchacho arrojó lodo dentro de la cuba de un aguador. Éste y sus compañeros comenzaron á gritar: ¡qué echan cosas en el agua! La multitud que estaba sobrecitada, por aquel día habían muerto más de 300 personas, acudió tonta á la fuente y asesinó al pobre niño que *había enve-*

do el agua, al mismo tiempo que cundió la voz de que otro que había arrojado *cosas malas* al agua, se había metido huyendo en el Colegio de los Jesuitas.

Esta escena tenía lugar á las doce de la mañana. A las dos de la tarde más de 20.000 almas se veían agrupadas entre la Puerta de Toledo y la Plaza Mayor. En todos los corros circulaba que los frailes arrojaban polvos negros á las aguas para envenenarlas. La agitación que esto produjo en el pueblo bajo, el calor sofocante del día y la mortandad que hacía la epidemia, enloqueció á la muchedumbre que á las tres de la tarde asaltaba el Seminario de Plebeyos, por la calle del Duque de Alba, y asesinaron á multitud de jesuitas que después arrastraron hasta las puertas de la parroquia de San Millán. A las cinco de la tarde hacían lo propio en el convento de Santo Tomás; á las nueve de la noche acometía el populacho el convento de San Francisco el Grande; á las doce el de la Merced, situado en la hoy Plaza del Progreso, y á las cuatro de la mañana el de Atocha, en el que sólo pereció el hortelano y no pudieron entrar en los del Carmen, Descalzas, los Mostenses, ni en el de Santo Domingo, de donde habían huído los religiosos. Las víctimas que resultaron del tumulto popular ofrecen el siguiente cuadro:

RESUMEN	MUERTOS		HERIDOS	
	Sacerdotes.	No sacerdotes.	Sacerdotes.	No sacerdotes.
Jesuitas.	4	11	1	3
Dominicos.	6	1	2	1
Franciscanos.	26	24	»	1
Mercenarios.	8	1	2	3
	44	37	5	8

Total: 81 muertos y 13 heridos por todos.

tá probado que el general San Martín, con su negligencia y abandono, pudo haber evitado el motín del día 17. opas suficientes tenía para haber custodiado los conventos. En algunos de ellos había regimientos enteros acuartelados.

dos, pero sus jefes recibieron orden de no intervenir para nada en los sucesos de aquel día.

No consta que los francmasones tomasen parte en el asalto de los conventos, ni de los de Madrid, ni de los de provincias; sin embargo, D. Vicente de la Fuente sostiene que las sociedades secretas excitaron al populacho contra los frailes, y el mismo Martínez de la Rosa, parece que más tarde escribió una vindicación de su conducta, en la cual atribuye también á las sociedades secretas los sucesos del día 17. El escrito éste, lo dió Martínez de la Rosa al Sr. Marqués de Pidal, y una copia de él da el Sr. de la Fuente, en el tomo II, de su *Historia de las Sociedades secretas*, á la pág. 224. Dice así este documento:

«El Ministerio Martínez de la Rosa, en la primavera de 1834 creó una Junta eclesiástica, compuesta de personas instruidas, como el obispo Orbe, Alcántara Navarro, como Seco, etcétera, con el fin de que se hiciesen las reformas prudentemente y por los trámites debidos.

»Del estado oficial resultó que había en España cerca de *dos mil* conventos de religiosos, y que la *mitad* no tenía el número de doce de Misa, que se requieren. Por lo tanto anunció en las Cortes que el Gobierno estaba dispuesto á hacer las reformas que el estado del país reclamaba, con objeto de atajar los conatos y medidas revolucionarias.

»Cuando salió el ministro de Estado de Madrid, no existía el cólera, que se desarrolló de repente (como es público) el día de la Virgen del Carmen. Jefe político era el duque de Gor, tan religioso y honrado. Corregidor, el marqués de Falces, digno bajo todos conceptos. El mando lo tenía San Martín; y para darle mayor fuerza dispuso Martínez de la Rosa que reuniese la Superintendencia general de policía, para descubrir las tramas de los revolucionarios, y el mando militar, como capitán general del distrito. Era la persona que podía inspirar más confianza para contener á los revolucionarios, por la firmeza que desplegó cuando la procesión retrato de Riego, en 1822, y por la persecución que sufrió

resultas del 7 de Julio. Le dejó el ministro una guarnición de 9.000 hombres de buena tropa, algunos cuerpos de Guardia Real, y todos los medios necesarios para mantener el orden.

»Preguntándole el Ministro si necesitaba otras facultades ó autorización, etc., contestó *que nó*, que él sabía su obligación y que estaba resuelto (así que hiciera las intimaciones prescritas en la ley de 21 de Abril) á mandar hacer fuego, y dejar tendidos en la calle á los revoltosos. Así lo ofreció al ministro el día antes de salir éste para la Granja.

»La primera noticia que tuvo éste de aquellos sucesos, fué en la madrugada del día siguiente. Sus compañeros Toreno y Zarco del Valle, le escribieron que había un terror general; que viniese al instante, que estaba todo amenazado de una disolución espantosa.

»Martínez de la Rosa fué á ver á la Reina Madre en la madrugada misma; y habiendo ésta ofrecido que iría á abrir las Cortes, se resolvió á salir al instante para Madrid, quedando en el Sitio el ministro de Gracia y Justicia, Garelly. La situación de Madrid era tal, que había tomado el mando el duque de Castro Terrefío, á pesar de su avanzada edad, habiéndose ofrecido para ello al Ministerio y al Consejo de Gobierno.

»Conociendo Martínez de la Rosa que lo más importante era poner al frente de Madrid á un general valiente y decidido, rogó al general Quesada (que acababa de llegar al Sitio) que viniese á tomar con él el mando, y aquel general se negó al principio, por venir gravemente enfermo, etc. Sin embargo, cedió á las instancias y ofreció que con el fresco de la noche se pondría en camino y amanecería en Madrid. En esta confianza partió Martínez de la Rosa; llegó á la capital, supo que aquel día habían muerto 300 personas, que las autoridades habían dado todas su dimisión y que reinaba una completa anarquía.

En la misma noche reunió el Consejo de Ministros y al gobierno, y se dictaron las providencias más urgentes.

»A la mañana siguiente se anunció el nombramiento del

general Quesada, y su nuevo anuncio tranquilizó en no poco los ánimos. El Presidente del Consejo (sin corresponderle) mandó formar causa y poner en prisión al general San Martín, que aparecía culpable por su negligencia. Por todos los ministerios, y especialmente por el de Gracia y Justicia, se dieron las órdenes más severas para castigar el atentado; debiendo los jefes dar parte al Gobierno cada dos horas de lo que fuese resultando, consultándole, etc.

»El ministro de Estado hizo más, excediéndose de sus facultades: llamó frecuentemente á los jueces; les estrechó, y disputó con ellos acerca de abreviar las causas, etc., etc.

»De todos los esfuerzos, el único resultado fué quitar la vida á un infeliz, á quien hallaron unos calzoncillos manchados con sangre. Reconviniendo Martínez de la Rosa á los jueces, contestaban éstos, y con razón, que no podían condenar sin pruebas; que no había testigos; que éstos no querían declarar por miedo; y que los mismos frailes, al carearlos con los asesinos, decían que no los conocían, por el temor de que luego los matasen.

»Fué público y notorio que aquella catástrofe fué obra de las *sociedades secretas* para precipitar la revolución y arrojar del mando el partido moderado; aprovechándose del terror que difundió la aparición repentina del cólera, inventando lo del envenenamiento de las aguas, como otras cosas absurdas se inventaron en otras capitales.

»El general San Martín continuó preso y procesado mientras siguió Martínez de la Rosa en el Ministerio, y aquél lo atribuía á enemistad de éste, siendo así que le había obtenido de S. M. tres gracias en pocos días: Capitán general de Madrid, Superintendente de policía y Prócer del Reino.

«Nunca pudo explicar por qué no había hecho uso de la fuerza, habiendo estado los conventos invadidos de tropa, como el de los Jesuitas, donde algunos afirman que dicho general manifestó creía el envenenamiento de las aguas.

»Lo que es cierto (aún vive el general Zarco del Valle) es que se presentó en el Consejo de Ministros, diciendo

todo se había terminado, y sin tomar la menor providencia; y allí mismo vinieron á avisarle que la turba de asesinos se había dirigido al convento de la Merced, donde estaban haciendo iguales estragos. Así se lo afirmaron á Martínez, Torero, Moscoso, y demás Ministros que lo presenciaron. Siguió el proceso largo tiempo; preso San Martín, y me parece que también el general Llanos, que era su Segundo Cabo. Después de algunos años (creo que en tiempo de los progresistas) obtuvo San Martín la Capitanía general de Extremadura.

»Escribió alguna vez á Martínez de la Rosa quejándose amargamente, pero nunca le contestó aquél.

»Van transcurridos muchos años, y no es fácil comprender la conducta de San Martín en aquellos sucesos, tan distinta de la que había demostrado otras veces»...

No dice más Martínez de la Rosa, en este escrito que á manera de vindicación redactó en 1850. Su afirmación de que los sucesos del día 17 de Julio fué obra de las sociedades secretas no lo justifica con ningún hecho, ni documento suficiente á demostrarlo. Sin embargo, D. Vicente de la Fuente cree á pie juntillos que los francmasones, más que ninguna otra sociedad secreta, es la única responsable de aquellos tristes acontecimientos.

¿No existían *La Unión, Los Carbonarios y Los Isabelinos*, todas agrupaciones políticas y secretas que trabajaban para derrocar al Gobierno, para ellas excesivamente reaccionario? Parécenos que más justificado está el creer que algunas de estas tres asociaciones, si no lo fueron todas, estaban interesadas más que la francmasonería en el degüello de los frailes. Además, en Reus no había francmasones y el pueblo mató á todos los frailes. En Barcelona estaban las LLog. . casi disueltas y en reorganización los TTall. . y también murieron algunos frailes á manos de los amotinados. La ira popular se ponía frente de los que por espacio de muchos años habían estado siendo la rémora de cuantas aspiraciones nobles y expansivas brotaban de las clases populares. El fraile había roto, de antiguo, con todo el pueblo español, olvidando

su ministerio y viviendo para la vida vulgar de las pasiones mundanas. El mismo clero parroquial y catedral le odiaba á muerte. Todo lo que pasó en los conventos el año de 1834 culpa fué de los propios frailes que habían olvidado su origen en la Iglesia y se presentaban á ser juguete de lo que en España era bien impopular. Por esto vemos los motines de Zaragoza, el 3 de Abril, el 25 de Marzo y el 5 de Octubre de 1835, en los que perecen varios religiosos y queman sus conventos; el 6 de Abril otro en Murcia, donde murieron tres frailes y quedaron heridos 18; el 26 de Julio otro en Barcelona, donde murieron más religiosos y ardieron sus conventos; el 22 de Julio, otro en Reus, donde se repite lo de Zaragoza y Barcelona; sucede lo propio en Valencia y Alcañices, con indicios de repetirse en todas las capitales importantes á no haberse anticipado el Gobierno con sus decretos, 4 de Julio, suprimiendo la Compañía de Jesús, y 25 del mismo, mandando cerrar todos aquellos conventos que no tuviesen 12 individuos profesos. De haberse dado estas disposiciones un mes antes, acaso no hubiera corrido la sangre dentro de los conventos; pero el Gobierno resistía á los deseos del pueblo que, cansado de sufrir tanta tiranía y humillaciones, pedía impaciente el predominio del partido liberal y el planteamiento de las reformas políticas, escritas en la Constitución de 1812.

El pronunciamiento de Cardero, que costó la vida á Canterác; el del 15 de Agosto, que produjo la caída de Llander, y por poco Martínez de la Rosa no deja su vida á la salida del Congreso; el motín de la Granja, realizado por la Guardia Real, que produjo la muerte de Quesada; la proclamación del Código de 1812, y la subida al poder de Calatrava, Ferrer, Rodil y Landero, todos alma de la francmasonería y aun de la confederación Isabelina, á la cual pertenecía el sargento García, que inició el pronunciamiento en la Granja; la sublevación de las tropas que guarnecían á Larraga, á Puebla Valverde y á Córdoba, en 3, 5 y 15 de Mayo de 1837; los sucesos de León, donde se sublevan los peseteros de Asturias que ocasionaron el desarme del provincial de Burgos.

que produjeron en Pamplona los peseteros de Navarra; el desarme de las compañías indisciplinadas, en Cádiz, y la sublevación de las tropas en Logroño, en 1.º, 6, 21 y 24 de Junio; la insubordinación de la legión británica, la de la Guardia Real, en Aravaca; la del provincial de Segovia, que asesina al general Ceballos Escalera; la sublevación de los peseteros de Zurbano, que asesinan al gobernador militar González, al jefe de la plana mayor López, al diputado Cano, al presidente de la Diputación Arandía, al escritor Aldana, al fiscal Hernández, y á otros de menos importancia; la nueva sublevación de los peseteros de Navarra, que asesinan al general Sarsfield, al coronel Mendivil y á trece oficiales más, y por último, el pronunciamiento del regimiento de Mallorca, en Gayangos, demuestran bien claramente la lucha en que vivían los partidos en España, mayormente á impulsos del furor odioso que á todos los españoles impuso la guerra civil entre isabelinos y carlistas.

La francmasonería, á qué negarlo, influyó no poco en algunos de estos tristes sucesos. Compuesta toda ella de liberales, forzoso era que con éstos estuviese en todas las contingencias políticas de la época. Los Comuneros, que eran los antiguos Carbonarios, extremaban sus trabajos, porque formaban con los de la Confederación Isabelina, la vanguardia del partido liberal, así como los Jovellanistas eran los moderados que más tarde formaron la polaquería de Narraz y del Conde de San Luis. En opinión de Aviraneta, alma de todos los motines liberales y agente de Cristina, da mucha importancia á los trabajos de la francmasonería en todos estos sucesos. Pirala, en el t. IV de su *Historia de la guerra civil*, dice sobre el particular lo siguiente:

«Constantemente rechazó Aviraneta la imputación que se le ha hecho de haber tenido parte en los sucesos de Hernani. Su opinión acerca de aquellos sucesos, de los de Miranda y Pamplona fué y es, que los prepararon, y llevaron á efecto la sociedad secreta titulada la Masonería del Rito Escocés.

» Aquella sociedad secreta existía, é hizo grandes servicios á favor de la libertad hasta 1820. En 1821 se formó otra titulada de los Comuneros de Castilla, por Regato y otros agentes ocultos del Absolutismo. Se filiaron en ella la mayoría de los masones escoceses y entre ellos Torrijos, Palarea, los hermanos López, Pinto, general Seoane, y otros, que habían sido masones de alta categoría, ocuparon las principales dignidades en la Asamblea de los Comuneros, y virtualmente quedó extinguida en España la Masonería escocesa.

» Con el decreto de amnistía regresaron á España los emigrados de 1833 á 34. En 1835 principiaron á reorganizarse de nuevo los francmasones escoceses y en el mismo año y en el siguiente los jovellanistas. Esta sociedad, también secreta, representaba al partido moderado, y aquella al que luego se denominó progresista.

» De ahí procedieron las ambiciones ó rencillas encaminadas todas ellas á arrebatarse el poder y los principales destinos de la nación y especialmente el alto empleo de General en jefe de los ejércitos. Mina que pertenecía á la francmasonería escocesa, fué colocado al frente del ejército del Norte, y le sucedió el jovellanista Córdoba. Ambos fueron desgraciados en su mando. Córdoba al retirarse del ejército, dejó un buen plantel de generales en las provincias del Norte, perteneciendo ó no, á los jovellanistas, pero que de hecho pertenecían al partido moderado, y dominaban en el ejército: tales eran el Conde de Mirasol, Redóe, Ceballos Escalera, etcétera, etc., que todos habían pertenecido á las filas del ejército real, anterior á la amnistía.

» La masonería escocesa, recelosa sin duda de que aquellos jóvenes generales, pertenecientes ó considerados como moderados, desconfiando de ellos, ó por sus miras particulares de ambición, quería suplantarlos por coroneles de su confianza y de su facción, á falta de generales capaces.

» En el ejército de Aragón sucedía lo mismo. Parde...
neral moderado, fué derrotado y muerto, y á su suce

Halen, progresista, también lo derrotó Cabrera, y quedó dueño del país, avanzando hasta la Alcarria.

»De esta manera, se hacían la guerra destructora entre sí los dos partidos liberales, fomentando con su desunión la facción carlista.

»La Reina Cristina, en medio de esta lucha de partidos, inspirada por los consejos de Pita Pizarro, tuvo el feliz pensamiento de mantener secretos los trabajos ocultos en el campo enemigo.

»El año de 1837 estaba Seoane en las provincias del Norte, como representante del progreso en aquel ejército, y la fama pública por entonces fué, que era obra suya el acontecimiento de Hernani, Miranda y Pamplona, donde fué fusilado por Espartero el coronel Iriarte, hechura de Mina y de la masonería.

»En 1845 supe por un sujeto que había hablado con don Eusebio Nenin, natural de Bilbao y comerciante que fué de Bayona, que el negocio de Hernani lo manejó un coronel, que estaba en San Sebastián ó Hernani, bajo la dirección del general Seoane.»

No es cierto todo lo transcrito. El escocismo nunca se ha visto extinguido en España, desde que se implantó en el siglo XVIII con la francmasonería inglesa, ni tuvo por qué reorganizarse en 1835. Aviraneta era un liberal resentido con muchos hombres influyentes que recelaban de él, por su aproximación á la Reina Cristina. De una Log.ª de Madrid tuvo que ausentarse, pidiendo su Plan.ª de Qui.ª, por los desaires que le hacían los hher.ª frecuentemente. No es, pues, extraño, su tono empleado para con la Or.ª y los francmasones; pero por lo demás, de cuanto dice, con respecto á la influencia que la Or.ª prestó á la libertad, frente á frente del carlismo, es cierto.

Desde que en 1829 se realizó la conjunción de las dos ramas de la francmasonería en España, bajo la Gr.ª Maestría del Infante D. Francisco, la Or.ª se puso al servicio del sistema liberal y mayormente desde la muerte del Rey en que

todos los hombres que rodeaban á María Cristina y á la Reina niña (como llamaban á la que después fué Isabel II), contaron con el trabajo de las LLog. . como principal factor para la causa de la libertad.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

(Continuad).

ULRICO DE LHINSTENSTEIN Y PEDRO VIDAL

La lírica de la edad media consagrada en su nacimiento al relato de las hazañas y los esfuerzos de los campeones de cada pueblo, suavizada poco después por corrientes de galantería, llegó á ser, por último, una poesía verdaderamente tendenciosa, orientada en nortes transcendentales y encaminada á significar una protesta vigorosa contra las instituciones y la sociedad dentro de la cual se desarrollaba y crecía.

Significación de los sentimientos que dominaban en aquellas edades, habla de sentirse afectada por todas las aspiraciones que luchaban en el seno de aquellos pueblos y con mayor ó menor fortuna *Scaldas* y *Troveras*, *Minnesinger* y *juglares*, modificaron poco á poco en las épocas distintas de su florecimiento el objeto de sus cantos, traduciendo así las palpitaciones de la opinión que había de darles sus aplausos ó sus censuras.

Fué siempre, sin embargo, el amor fuente inagotable de sus inspiraciones; heróico, incontrastable, conservando en su desenvolvimiento y en sus mismas ternuras las crueles exclusiones y los trágicos tonos de que están llenos los poemas primeros de aquella literatura; llevando en su fondo

y en su forma las sutilezas casi teológicas de las canciones de los poetas errantes de la Occitania y de la Suavia, más tarde; afectando, por último, aquella forma del amor menos gallarda pero más humana y más riente que prestó la poesía burguesa á los diálogos campestres de Nithard, en los cuales, además de las aspiraciones de un alma que vibra entre nostalgias y ausencias ó se consuela y cura sus heridas con bálsamo de recuerdos, es el cuerpo y la materia quienes sienten aspiraciones y deseos y buscan la realización inmediata de enturas más modestas.

El aspecto característico del amor tal como lo concibieron aquellos poetas, es, sin embargo, el del segundo período indicado; amor metafísico y apasionado á un tiempo; quintiescenciado y sutil; adoración más que afecto humano; verdadero culto al ser querido que encontraba forma y vida en la liturgia complicada en la galantería extremosa y original. Modelo de amantes aquellos Trovadores; modelo de afectos aquellas pasiones evocadas muchas veces en el alma de quien las sentía, no por la sugestión inmediata de la belleza misma, sino por la magia de una descripción, de una palabra ó de un recuerdo, el noble Godofredo Rudel, que abandonando poder, placeres y rango, va á morir enfermo y solo en Trípoli, llevado únicamente á sus playas por el amor de Melisendra á quien vé por vez primera en el instante en que la vida le abandona, y cuyo amor germina en su alma al escuchar de los Cruzados el relato de su hermosura, será siempre ejemplo, de dementes acaso, pero también de la aspiración más pura y del amor más ideal y más desinteresado.

Pero aquellos amores que llevaban á lejanas tierras á los barones de Provenza corriendo de castillo en castillo, sometiendo á veces el corazón de princesas en cortes extranjeras, como Guillermo de Ventadorn se transformaron bien pronto, cuando los sentimientos caballerescos que lo inspiraron ron desarraigándose de aquella edad en afecto artificioso vivió solo á expensas de formas pueriles y de exageración grotescas.

Fué esta degeneración común y simultánea en todos los países. La literatura germánica como la latina sintieron el influjo de aquella oleada que transformó en ridícula la más fecunda de las fuentes que le inspiraron.

Dos poetas, Ulrico de Lhinstenstein y Pedro Vidal son la muestra más gallarda de la verdad que consignamos. Señor feudal el uno, humilde trovador el otro, locos los dos, hay en sus obras y en su vida tanto de análogo que la semejanza salta desde luego á la vista del que los estudia. Ulrico, disfrazándose de Diosa, recorriendo desde Venecia hasta Viena, seguido de lucida cabalgata rompiendo lanzas y derramando dádivas para agradar á la dama de sus pensamientos; Vidal vistiéndose de lobo y cazado y perseguido como una alimaña para conquistar el afecto de aquella hermosa é inconstante Loba de Percantier á quien adoraba, son las manifestaciones diversas de una misma perturbación.

Pedro en señal de duelo vestía de luto á sus criados y cortaba las orejas de sus corceles. El barón de Styria, ó más desinteresado ó más loco, mutilaba primero por obtener una belleza que la naturaleza le negara, su labio imperfecto y cercenaba después por regalarlo envuelto entre terciopelos á su amada uno de sus dedos: parecen dos momentos de una misma locura.

Las *tensiones* apasionadas de Pedro, menos conceptuosas, pero más inspiradas que las canciones de Ulrico, traducen un mismo sentimiento, más vehemente y menos resignado en el provenzal que en el austriaco, pero idéntico en su origen al cabo.

Como el señor de Lhinstenstein, Pedro Vidal fué poco afortunado en sus amores: aquella Loba, la hermosa Loba de sus sueños, traicionó su amor frenético, y prendada de otro afecto más humano, abandonó al poeta á sus devaneos y á sus quimeras. Ulrico, no obtuvo como premio de aquella constante pasión que consagró á su dama desde el día en que niño aún, entró á servirla como paje, ni más galardón ni más premio que un anillo, que como señal de agradecida admira-

ción envió á su adorador después de aquel viaje que hubiera podido ser heróico á no ser ridículo.

Ambos, el señor de Lhinstenstein, encontró en aquella Berta olvidada, su esposa ante Dios, consuelo en su vejez poco dichosa; Pedro, en la griega con quien estaba unido en santos lazos, ocasión y motivo de la más original de sus locuras: la de creerse por su esposa con derechos al solio del Oriente, y usar escudos, blasones, distintivos y perlas en armonía con su original desvarío.

Menos constante el provenzal, otros amores y otras manías distraían en él sus amores primeros. Triunfos fáciles endulzarón sus días, reyes y señores como Pedro de Aragón y sus barones, fueron á buscarle al destierro donde lloraba los quebrantos de su afecto y á devolverle al arte y á la vida, y si murió lejos de su patria fué por huir de peligros que amontonaron sobre su frente sus buenas venturas amorosas.

No fué el alemán tan afortunado: fué su hogar el único asilo que le brindó calor y afecto. Se traicionó la amistad, sus castillos y sus tierras fueron botín de la avaricia rapaz de los barones sus vecinos, y algo así como un desengaño recóndito, como una queja y un desencanto del ideal al que había consagrado su vida en alguno de sus cantos.

Sus dos obras, *El servicio de damas*, breviario y decálogo de la religión de la cortesía, y el *Libro de las damas*, diálogo en que un caballero hace profesión de sus creencias en los problemas de la galantería y del amor, son la expresión del más exagerado y más devoto de los amores.

En los serventerios, en las trovas y en las tensiones de Vidal, el amor, aunque sentido por un loco, está ilustrado por más prácticas aspiraciones.

Cuando Pedro Vidal florecía, otros vates cantaban el ideal político y el afecto amoroso bajo formas más humanas y más suaves.

Con Ulrico de Lihstenstein floreció el barón bábaro thard, cuyas aspiraciones amorosas más humanas y frescas significan el advenimiento de la poesía burgue

Ulrico fué en realidad el último de aquellos *minensinger* (cantores de amor) como ellos mismos se llamaron, y que sólo en el amor buscaron inspiración y fuego para sus cantos; Vidal, sino el último, fué sin duda el más exagerado de aquellos trovadores que llevaban el verbo del amor de corte en corte y de castillo en castillo.

Después de ellos, la decadencia de aquel ideal que sugestionaba su espíritu perturbado, creció de día en día. Ya ellos, vivieron alentándola, fuera de la realidad, esa inspiración. No sentía ya aquella sociedad los idealismos austeros que engendraron las proezas de los primeros paladines heroicos y el esfuerzo más cumplido resultaba en ellos ó caricatura ó sombra. Los héroes primeros, morían en el campo de batalla sin que su dama conociera de sus hazañas sino después que la muerte los había arrebatado; Ulrico, avisaba á la de sus pensamientos que iba á sacrificar un dedo á sus amores; el peligro huía de ellos. La disputa de los hombres se concretaba á más prácticos asuntos. Vidal, disfrazado de emperador, Ulrico convertido en rey Arturo, de aquella Tabla redonda resucitada por su delirio, son dos seres fuera de la realidad: dos príncipes de mascarada.

En los dos, como un ilustre francés indica, hablando de Ulrico, hubiera encontrado Cervantes, aquellos gentiles desacuerdos entre lo real y lo soñado, que hacen del Quijote la más amarga, pero la más hermosa de las enseñanzas de la humanidad.

REDENCIÓN SIN CAIDA

NOVELA CORTA

A mi amiga la condesa de T...,
Leyendo al poeta Coppe ocurrióme
escribir este cuento... Es una flor
honrada cuyo perfume le ofrezco.

Margarita—una joven hermosa y sentimental—hablase recogido aquella noche temprano. Su marido, el Jefe de la Casa de banca, López hermanos y compañía, estaba de caza. Durante largo rato permaneció despierta, apoyado el brazo alabastrino en la almohada. Era una novela de autor francés, una novela á la moda, el objeto y la causa de todo su desvelo. La lectura ofrecía perspectivas interesantes. Tratóbase de averiguar si la mujer del marqués de B... abandonada por su primer amante el barón de C... podía, sin incurrir en «mal gusto» mostrarse bondadosa hacia el vizconde de D... El autor había hecho en su obra admirables equilibrios; al final tenía deliciosos matices de sentimiento; «sí, se necesitaba ser un hombre poco sensible para dejar de ver en la marquesa, una mujer perfectamente respetable por hecho tan sencillo y humano como el haber repartido su corazón entre el marqués núm. 1, el conde, núm. 2, el baron núm. 3... .
pués de todo sólo su marido había sufrido el infortunio
Menelao.»

La señora de López, la banquera, Margarita—como

gustaba de ser llamada—alimentaba su espíritu generalmente con literatura semejante. Veinticinco años, hermosa, casi con un pie en el «gran mundo» sin los cuidados de la maternidad, rica y mimada, ningún otro género de novela complacía como no fuera ese en que la escena es elegante, el medio ambiente aristocrático y el pecado de la mujer que cae, va protegido por un escudo nobiliario. La impureza rosada seducía su corazón de burguesa. Nada podía, empero, reprochársele en su vida... La verdad es, que el fastidio entraba por mucho en aquella inclinación á la neurosis que comenzaba á turbar su espíritu. Entre Margarita y el banquero López, había terrible diferencia de edad. Cuando López invitaba gente á su mesa, los invitados eran como el anfitrión, pesados, sin galantería, sin ingenio, siempre con el tema de la caza ó de la Bolsa... Tal día, tantas liebres; tal otro, tantas codornices... «Ferros» — «Cubas» — «Viejas» — «Nuevas...» Margarita acababa por impacientarse. Al cabo de algún tiempo cayó en la cuenta de que nunca se encontraba tan bien como cuando su marido estaba en el Coto, en lucha encarnizada con las liebres.

Un día... ¡Ah! el día de siempre, Margarita encontró en el salón de la condesa de X una palabra, una mirada que lograron distraerla de sus aburrimientos, poniendo un tinte poético en sus melancolías. ¿Era el hombre soñado? Poned Alfredo, Eduardo, Adolfo, Ernesto, un nombre cualquiera de folletín sentimental; es lo mismo, alto ó bajo, rubio ó moreno, *el otro*, el que llega siempre al «cercado ajeno» no faltó... Margarita sintió el mareo voluptuoso del pecado, al luchar con la tentación.

*
* *

a mañana la doncella entró en la alcoba de la señora López. Con el chocolate matinal, llevóle un telegrama y carta. El telegrama era del marido... Tardaría aun en

volver dos días más; quedaban algunas liebres rebeldes en el coto, y había que castigar aquella falta de respeto.

Cuanto á la carta, ¡ah! la carta hizo estremecer el corazón de Margarita, después de lanzar una ansiosa mirada sobre el sobre. «Me ha prometido usted que hoy antes de la una de la tarde, visitaremos juntos el Museo del Prado... No olvide usted que espero su llegada impaciente en la sala primera.» La carta era más larga, más expresiva, Margarita quedó confusa, como si de pronto un golpe rudo hubiera atolondrado sus sentidos... No, ella no era ninguna tonta... La visita al Museo, harto sabía ella lo que quería decir. El asunto poníase serio y la frívola burguesa vacilaba. La honradez de toda la vida protestaba enérgicamente. A pesar de ello, cuando la doncella la preguntó. «¿Qué traje va á llevar la señora?» ésta respondió lánguidamente: un traje de calle, el vestido gris-hierro, que era un signo grave. Durante la *toilette* unas á otras ideas sucedieron sin ilación en su cerebro. Y después de todo, ¿qué tenía de particular la visita al Museo? una curiosidad, una ligereza, una imprudencia, si se quiere, pero nada más... Todas las marquesas y todas las condesas de las novelas elegantes, hacen cosas de estas sin consecuencias todos los días para distraer el fastidio...» Y el de ella,—se decía—era un fastidio de siete mortales años.

—La señora está servida.

El anuncio del almuerzo encontró á Margarita en la misma disposición de ánimo. Con la frente pensativa entró en el comedor, en aquel comedor donde el respetable López y sus pesadísimos compañeros la habían aburrido tantas veces con el simulacro vocal de sus tiros, con el elogio de sus perros de caza y el precio de las cotizaciones...

Una voz tímida y muy dulce la sacó de sus extravagantes pensamientos.

—Buenos días, señora.

—Ah! ¿es usted Enriqueta?... Enriqueta, buenos días.

Era ésta una humilde muchacha, una costurera que vivía en casa de la señora de López, una ó dos veces por semana.

Aquel día—un día de Noviembre—no había podido coser en el cuarto de costura. El cuarto daba á un patio pequeño y sombrío; no había luz para trabajar. Enriqueta se trasladó con su obra á un gabinete inmediato al comedor. De par en par las puertas de ambas habitaciones abiertas, la señora y la costurera podían verse y hablarse cada una desde su sitio.



¡Pobre Enriqueta! Pequeña, delgaducha, enfermiza, encorvada sobre su obra ¡cuán poco espacio ocupa en el lujoso gabinete! ¡Qué contraste entre su personilla insignificante y aquella riqueza que la rodeaba! La edad de Enriqueta es indefinible; está envejecida, no tiene, sin embargo, más que treinta años—la vejez para las muchachas del pueblo. Pero el perfil aún es fino y puro; y luego el rostro es tan apacible, tan modesto, que todavía se advierte en toda su persona un aire juvenil. Dos años lleva de trabajar en casa de Margarita. En los dos años, ésta no la habrá dirigido diez veces la palabra. Apenas si ha tenido ocasión. Sabe únicamente que al recibirla se la recomendaron diciéndola: es una chica honrada y buena, digna de todo interés.

La señora de López continúa entregada á sus pensamientos. Turbada por ellos ha perdido el apetito... Entre plato y plato y mientras mira al reloj va diciéndose interiormente:

—¡Pero qué tontería!—Iré al Museo... ¿Será eso un crimen? ¿No me deja sola y abandonada mi marido?... Ah! Pero esa cita, porque se trata de una cita, ¿verdad?... ¿Será que sin darme yo cuenta amo á «ese hombre»... ¡Qué desgraciada soy, Dios mío!

En el momento en que mentalmente pronuncia estas últimas palabras, su mirada cae sobre Enriqueta, que permanece allí en su rincón hecha un ovillo, entregada constantemente al trabajo, sin moverse, sin respirar, asustada por la presencia de la señora.

A despecho de sus vanidades y de sus tonterías, Margarita tiene aún el corazón en su sitio. Es buena, conoce y cultiva la piedad. De pronto, considerándose desgraciada, se acuerda de la infeliz muchacha y le ocurre la idea de que acaso Enriqueta no es tampoco dichosa. Sin duda, sus penas, sus dolores, si es que los tiene son del género plebeyo, de especie vulgar, de ningún modo comparables á los que pueden sentir las grandes damas de las novelas mundanas, que pasan con sublime delicadeza de alma del amante número uno al amante número dos, y cuyo ejemplo va tal vez á lanzarla por simple esnobismo á una irreparable locura. Pero, en fin, Enriqueta es una mujer, una mujer que parece haber sufrido, y Margarita, que en estos últimos tiempos se enternece demasiado consigo propia, gustaría de enternecerse con el dolor ajeno, para hallar un eco y una excusa de lo que pasa en su corazón.

—Enriqueta ¿qué edad tiene usted?—preguntó repentinamente á la obrera.

—Yo, señora... pues, cumpliré treinta años en el mes de Marzo—responde un poco sorprendida.

—¡Treinta años!... Yo creía que tendría usted todo lo más veintidós ó veintitrés... Y usted ha debido ser bonita.

—¡Oh! No señora... He sido joven y nada más... Pero siempre muy enferma, muy abatida. ¡Tengo tan poca salud!...

Y las dos mujeres hablaron, hablaron; Margarita, cariñosa y benévola; Enriqueta confusa ante tanto interés.

—¡Vaya, Enriqueta! La señora, la linda y gentil dama, comida de fastidio, desea saber por qué no te has unido á un hombre, por qué no estás casada; si ocultas, en fin, algún sentimiento hondo. Todas las mujeres, hasta las costureras de ropa blanca deben tener una novela en su vida. Valor, la señora quiere conocer la tuya... Ya te está escuchando.

—Mi historia—dice Enriqueta—no es alegre, señor... En los primeros años de mi vida el único recuerdo es muy doloroso... Aún oigo y veo á mi madre, que era una oficiala de costura, tóse que tóse, clavada, sin fuerzas, rendida, agotada...

en la única butaca de la casa, estrechándome contra su pecho, y mirándome con ojos muy grandes y muy tristes. Poco después de yo nacer se le había declarado la tisis. Luchando con la enfermedad vivió siete años... Mi padre era un buen obrero... Sobrevivió solo unos meses á mi madre. Cuidándola contrajo, sin duda, su enfermedad. Yo fui á parar al Hospicio. Las hermanas fueron para mí muy buenas; me enseñaron á coser y á bordar; á ganarme honradamente la vida. Pero en el Hospicio me sentí muy enferma. El médico me aplicaba constantemente el oído al pecho, hacía señas de que iba mal y me mandaba tomar mucho aceite de hígado de bacalao. Desde que tuve un poco de reflexión siempre me dije que yo acabaría como mis padres. Y no lo lamentaba. ¡Me veía tan sola en el mundo! Sin embargo, hallándome ya colocada en un gran taller de la calle de Espoz y Mina, encontré un día á mi primo Víctor, que volvía del servicio y acababa de colocarse muy bien en una ebanistería de lujo. Víctor era y es un buen sujeto, trabajador, honrado; me encontró de su gusto y me propuso casarnos... A mí me parecía él muy bien, pero ¿qué? ¿había yo de casarme, débil, enferma, para darle sin cesar penalidades y trabajos, para comunicarle acaso mi enfermedad, para tener hijos que como yo fueran huérfanos? Víctor me suplicó, me rogó, yo le contesté uno y otro día: «No, Víctor, no. Sé razonable...» Entonces, tal vez por despecho, dirigióse á Rosalía, una compañera que salía siempre conmigo para evitar murmuraciones cuando Víctor me esperaba á la puerta del taller... La pena que aquello me dió me hizo comprender todo lo que yo quería á Víctor. Pero no, dije: más vale así... Yo tuve, indudablemente, un poco de culpa en que se casaran, es decir, en la desgracia de mi primo. Rosalía era una mala mujer, coqueta, desarreglada, manirrota. Al cabo de cuatro años, Víctor se encontró solo y abandonado con dos niños... Aquello era terrible. En un principio púsose á beber, pero yo se lo eché en cara y de vergüenza dejó la bebida y acabó por resignarse. Entonces me fui á su casa y cuidé de las dos criaturas. Uno

tiene ahora nueve años y otro diez, y todo lo que pido á Dios es que no me lleve del mundo hasta que los vea en camino de ser hombres honrados. Ya ve usted, señora, si tenía razón al decirle que mi historia no era alegre. A pesar de todo, no hay que quejarse de vicio. Yo, por ejemplo, tengo la amistad de ese pobre hombre que me respeta como á una Santa Virgen; mis sobrinos—que no se parecen á su madre—están muy hermosos y si usted los viera cuando llego y saltan á mi cuello gritando: ¡Aquí está ya tía Enriqueta!... El trabajo no falta, tengo más obra de la que puedo cumplir, este invierno lo voy pasando sin tos y sin sentirme casi nada del pecho... Y cuando yo veo á tantas pobres gentes cerca de mí luchando con todas las miserias, verdaderamente, señora, no creo tener derecho á decir que soy desgraciada.—

*
*
*

¡No tiene derecho á decir que es desgraciada! ¡Y toda su vida se compone de abnegación, deber, trabajo y sufrimiento! Si la pobre costurera no es digna de compasión ¿quién podrá serlo? ¿Acaso las bellas damas de las novelas del día, que tan gentil y graciosamente se desesperan al pasar del número uno al número dos? ¿Tal vez la emperregilada burguesa, que sin otra excusa que estar casada con un viejo imbecil, se deja llenar de humo la cabeza por el primer necio que pasa?

Margarita debió pensar lo mismo y preguntarse de la misma manera.

Al terminar Enriqueta su relato, la hermosa dama, con ojos un poco encendidos y una voz llena de bondad, se le acerca diciéndola:

—Quiero hacer algo por sus hijos de adopción. Es... iremos á buscarlos á la puerta de la escuela y los llevaremos á la pastelería.

Mientras tanto, el reloj señala las tres de la tarde..

primera sala del museo el joven misterioso, el de la carta matutina, se impacienta y desespera... Ignora que su novela ha terminado en el primer capítulo. Un poco de la verdadera desgracia puesta ante los ojos de la mujer frívola, pero buena, un poco de la miseria real, hablando á su alma, han bastado para que los malos pensamientos huyan sin dejar rastro ni acaso semilla.

Es preciso, sin embargo, convenir en que el banquero ha escapado de buena, mientras hace morder el polvo á la última liebre rebelde á su autoridad.

JULIO BURELL.

ENSAYO ACERCA DE LA CONDICIÓN JURÍDICA DE LA MUJER

I

No es nueva la cuestión de si la mujer debe tener en la sociedad los mismos derechos y obligaciones que el hombre, ó si por razón de su sexo debe estar sometida su actividad á limitaciones especiales. Filósofos, jurisconsultos y literatos de todos los tiempos se han fijado en este problema, y han emitido acerca de su solución racional las más diversas opiniones. Aun en nuestros días en que tantos errores se han desvanecido (así como han germinado otros nuevos) la cuestión sigue siendo dudosa y opinable. Prueba de ello es que, hasta un punto relativamente secundario, como el de si las mujeres deben ó no ser admitidas en los Institutos literarios y científicos conocidos con el nombre de Academias, ha dado motivo recientemente para larga y empeñada discusión. Y eso que reconocida, como no puede menos de estarlo la aptitud del sexo femenino para el cultivo de las ciencias y letras, es esto infinitamente más fácil de dilucidar que otros aspectos del problema, como el derecho electoral de las mujeres, por ejemplo.

En este como en todos los asuntos en que las ideas rectas pueden estar influidas por una larga y remota tradic.

ideas y de costumbres, preciso es que todo aquel que trate de examinar los hechos con imparcialidad, y de fundar en ellos su juicio, se desligue en lo posible de las ataduras con que la opinión general, el hábito inveterado de ver las cosas de una manera determinada, y el modo de ser de la sociedad contemporánea, ligan al espíritu del investigador. Necesario es que éste se abstraiga de lo que le rodea, en cierto sentido, no para apartarse de la realidad, sino para no confundir lo *que es* con lo *que debe ser*: la realidad histórica del momento con la realidad total que siempre es verdadera. Tenemos, pues, que colocarnos en la posición de espectadores de los acontecimientos y de las instituciones, procurando hasta donde sea posible, no dejarnos influir por el medio social en que vivimos. Mas como se trata de una cuestión fundada en hechos, y dependiente de ellos como todas las que al derecho se refiere, no podemos prescindir de los hechos mismos y su estudio, tanto en la sociedad actual como en las anteriores, es el punto de partida que forzosamente se nos impone si ha de ser de algún provecho la investigación de que se trata.

El examen del Derecho positivo contemporáneo en sus manifestaciones todas, lo mismo en su forma reflexiva y artística de ley, que en su forma espontánea de costumbre; tanto en la realización normal de las relaciones jurídicas, cuanto en la llamada jurisprudencia de los Tribunales, acredita que la diferencia de sexo se estima actualmente como fundamento de una diferencia de derechos. La esfera de acción de la actividad jurídica del hombre es diversa de la que se reconoce á la mujer. Hay en efecto al lado de una suma de Derechos atribuidos á la personalidad humana sin distinción de sexo, otra suma de Derechos reservados exclusivamente á los individuos masculinos.

La observación de los hechos sociales que reflejan el pensamiento jurídico de nuestros tiempos, la opinión común en asuntos de Derecho que es como el *substratum* genérico que se percibe bajo la variedad infinita de las opiniones individuales constituyendo la doctrina reinante y admitida por la

mayoría, muestra que esa desigualdad en el Derecho positivo reconocido á los individuos de diferente sexo, lejos de parecer injusta á los más, está conforme con la idea que generalmente se tiene de las funciones jurídicas y de los derechos que respectivamente corresponden al varón y á la mujer.

Natural es que así suceda porque el Derecho positivo, en mayor ó menor grado según las épocas, es siempre una manifestación y un reflejo más ó menos perfecto de los principios jurídicos que reconoce la conciencia social. Sin esta conformidad con la manera común y corriente de concebir el Derecho sería imposible la existencia de leyes positivas y más aun su cumplimiento. Pero como el Derecho positivo no es una norma fija y estática sino dinámica y mudable y la opinión común lejos, de ser infalible, es susceptible de extravío y lleva en su limitación una causa constante de deficiencia y de error, no debe considerarse su testimonio como decisivo para juzgar de la justicia de las manifestaciones históricas del Derecho. Cabe, por lo tanto, que discutamos si la condición de la mujer, tal como la determinan las legislaciones contemporáneas y como la estima la opinión general, es ó no verdaderamente justa.

Que esa desigualdad reconocida en el Derecho positivo contemporáneo y profundamente arraigada en nuestras costumbres y en nuestra manera de pensar, no se funda en razones tan evidentes que excusen toda discusión, lo prueba incontestablemente el hecho de haber existido desde remotas épocas de la historia, y existir hoy, en mayor número, pensadores que se apartan de ese sentido general acerca de la condición jurídica de la mujer. Y también lo prueban la polémica, apasionada y frívola unas veces, rigurosamente científica otras, que han sostenido y sostienen con los partidarios de la idea tradicional, los defensores de lo que se ha llamado la emancipación de la mujer y la propaganda que tendencia innovadora se ha hecho y se sigue haciendo mayor ó menor escala.

Es posible, por consiguiente poner en cuestión la ju

de la situación actual de la mujer en la esfera jurídica y aun en la total esfera de la vida social. El interés que ofrece este problema para el sociólogo y el jurisconsulto es innegable. Aunque no se puede decir con entera exactitud que es un problema de nuestros días puesto que ya en la antigüedad preocupaba á filósofos y estadistas, en los tiempos que atravesamos es cuando ha revestido carácter palpitante, y cuando en cierto modo ha pasado del dominio exclusivo del pensamiento científico al dominio más amplio, cuanto menos profundo del pensamiento vulgar por el que pasan necesariamente, si han de ser viables, todas las reformas, antes de ser encarnadas en la práctica.

Como hace notar un escritor contemporáneo (1) no es pequeña victoria haber logrado popularizar el problema. Cuando las cuestiones se discuten fuera del círculo limitado, en cuanto á extensión, de la controversia científica y profesional, adquieren cierto carácter objetivo, no son ya el producto extemporáneo de la inteligencia de un pensador, puesto que preocupan á la colectividad y puesto que la generalidad de las gentes hallan en ellas asunto y motivo de meditación y de estudio. Y bien puede decirse que cualquier reforma tiene más camino por recorrer y más obstáculos con que luchar desde que surge como idea hasta que se populariza, que desde este momento hasta que se convierte en hecho, si es susceptible de realización.

Como la naturaleza humana, merced á la diferenciación sexual, está dada en cada individuo en una sola de sus dos fases ó sexos, la cuestión tiene capitalísima importancia, puesto que en ella se trata de determinar la ley que rige la actividad jurídica de la mitad del género humano. Y por ser el derecho un elemento formal que condiciona las manifestaciones todas de la vida, la condición jurídica de un sér influye en su condición social y tiene que estar en armonía con ella. De aquí que el derecho que se reconoce á la mujer en

, Gabba, *De la Condizione delle Donne.*

cada país y en cada época, siendo producto de la condición social del sexo femenino, engendrada en aquel país y en aquella época por las ideas que se tengan acerca de la naturaleza y de la relación de los sexos, recobre á su vez sobre esa misma condición determinando el lugar de la mujer en la familia, su intervención en la vida pública, la extensión de sus facultades en cuanto á los bienes, su educación y de esta suerte muchas relaciones análogas.

II

El problema de la condición jurídica de la mujer, dista mucho de estar resuelto. Podemos, por tanto, proponérselo, como objeto de estudio, y desde el primer momento solicitan nuestra atención dos cuestiones diversas: partiendo de la condición actual de la mujer que vemos traducida á nuestro alrededor en hechos, y considerándola en sí misma, como una determinación histórica, nos preguntamos si ha sido siempre como es ahora. Relacionándola luego con las leyes de la naturaleza humana se nos ocurre la duda de si es ó no justa esa apreciación contemporánea del derecho que corresponda á la mujer.

Reflexionando sobre estas dos cuestiones elementales que representan el aspecto histórico y el aspecto filosófico del problema, según la tecnología corriente, observamos, por una parte, que la condición de la mujer se ha manifestado en una serie de determinaciones concretas y efectivas dadas en el tiempo y en el espacio ó sea en diferentes hechos históricos. Concebimos también que la condición jurídica, adecuada para la mujer, debe estar en armonía con su naturaleza, por lo cual debe ser una, como una es esa naturaleza, formada por los elementos constantes y genéricos que se dan todos los individuos. Bajo este aspecto se nos presenta cuestión de investigar cuál *debe ser* la condición de la mujer ó con mayor exactitud cuál *es* la condición exigida por

propia manera de ser. Y desde el momento en que es posible por la falibilidad humana, que esa situación ideal, fundada en la propia naturaleza de la mujer, no esté conforme con su condición histórica, de que es una última etapa, sin constituir cuestión aparte, la fase contemporánea, ó sea lo positivo y vigente, se presentan otras dos cuestiones de carácter mixto: 1.º, la crítica de los hechos en vista de los principios: de la condición histórica de la mujer en vista de lo que estimamos justo y razonable; 2.º, la transición del estado histórico al ideal ó sea al principio filosófico considerado como fin de un proceso de realización exterior: la reforma de la condición actual de la mujer.

El orden de precedencia de estas cuestiones se determina con arreglo á la naturaleza de cada una de ellas. Desde luego, la investigación de los hechos y la indagación de los principios deben preceder al estudio de la relación entre unos y otros, que, como todo estudio referente á una relación, supone el conocimiento de los términos relacionados. Lo que parece cuestionable es si el examen de los hechos debe preceder al de los principios ó viceversa, y en realidad no está tan clara ni tan resuelta esta cuestión como pudiera creerse á primera vista.

E. GÓMEZ DE BAQUERO.

(Continuará.)

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

Madrid 15 de Febrero de 1892.

Nuestros asuntos mercantiles con Francia.—Injusticias de Mr. Paul Leroy Beaulieu.—Proyecto de ley de Clases pasivas de Ultramar.—Presupuestos del Estado.—Estadística curiosa.

No ha querido reconocer aún el Gobierno francés los grandes errores de su política aduanera, y las grandes injusticias que con España ha cometido. La publicación del *Libro amarillo* en París, y del *Libro rojo* en nuestra Corte, revelan claramente la insidia con que procedió el Gabinete Freycinet, y la sinceridad de que hizo alarde el que el Sr. Cánovas preside. Basta leer los documentos que en esos libros se registran y examinar el curso de las negociaciones que se han seguido para deducir que mientras Francia abusó de sus intransigencias radicales, España llegó á ofrecer cuanto consentía la defensa de nuestro derecho y no comprometía nuestra producción vinícola.

Pero ha habido más. La prensa de París se ha permitido fanfarronerías y frases de tan mal gusto, que sólo la prudencia de los periódicos españoles ha podido pasar en silencio. No son los momentos actuales propicios para discusiones que podrían acabar fácilmente en disputas rencorosas. Bien es, por lo tanto, que á los insultos de ciertos diarios del *bo vard*, se haya contestado con desdén.

No figura entre aquéllos, *L'Economiste français*, ni entre los escritores que mojan la pluma en la tinta del odio, Mr. Paul Leroy Beaulieu. Por eso un ilustre publicista que ocupa alto puesto en el ministerio de Hacienda, ha contestado á un artículo que aquel escritor acaba de publicar en la *Revista* citada, refutación tan vigorosa, tan clara y tan contundente que gustosos vamos á reproducir.

«Es sensible, dice nuestro compatriota, que el escritor francés, ya que no conozca el *Libro rojo*, no haya leído con cuidado los 47 despachos que contiene el *Libro amarillo* relativos á las accidentadas negociaciones para el concierto provisional con España. Si tal hubiese hecho, antes de arriesgar tan atrevidos é injustos juicios, habríase convencido de las vacilaciones y de los cambios del Gobierno vecino en el curso de las negociaciones, y también de los vivos deseos de llegar á un acuerdo, siquiera de corta duración, revelados por el Gobierno español, cuyas sucesivas concesiones á Francia llegaron hasta un límite que sus adversarios califican de *excesiva humildad*. ¡Y aun se le acusa de arrogancias!

Sólo con que el ilustrado ministro de Negocios Extranjeros de Francia hubiese guardado para España una parte de las consideraciones y de las promesas que para Bélgica y para Suiza ha tenido, según se desprende del *Libro amarillo*, el concierto habría sido fácil, y en pocas horas se hubiese cerrado. Pero, sin que juzguemos intenciones ajenas, los hechos y los números prueban bien que, si ha habido arrogancias, ciertamente no han salido de España, que conoce demasiado su situación para manifestar que no tiene orgullos ni desfallecimientos que no siente.

Tres argumentos añade el fecundo escritor á aquel erróneo juicio, y, por ser tan repetidos más allá del Pirineo, bien merecen que les dediquemos algunas líneas, por vía de recepción, sin la esperanza de ser *escuchados*, siquiera tengamos la seguridad de ser *leídos*. Porque bien conocido es nuestro refrán: «No hay peor sordo...», y, en el caso presente, un vivo concepto de la España actual cierra á cal y can-

to los oídos del estimable profesor de Hacienda pública.

Suponen los franceses que nuestro Arancel nuevo es mucho más elevado que su tarifa, y el Sr. Leroy hasta lo supone prohibitivo. Al final del *Libro rojo*, en unos cuadros estadísticos muy elocuentes, se halla la refutación de este crasísimo error, ya rechazado en el texto del despacho núm. 33 del *Libro amarillo*. Aplicando al comercio actual entre España y Francia las respectivas tarifas máxima y mínima de los nuevos Aranceles, he aquí cual sería el resultado, esto es, qué cantidad pagamos por derechos y cuál tendríamos que abonar con los nuevos Aranceles:

CONCEPTOS	Derechos por el Arancel anterior. — Pesetas.	DERECHO POR LOS NUEVOS ARANCELES. Tarifa.		DIFERENCIA EN MÁS POR LA TARIFA	
		Máxima.	Mínima.	Máxima.	Mínima.
		— Pesetas.	— Pesetas.	— Pesetas.	— Pesetas.
Exportación de España á Francia.	18.007.220	189.662.898	97.506.806	121.655.678	79.499.586
Importación de Francia á España.	15.362.912	38.512.995	31.086.670	28.150.088	16.278.758

¿Cuál es la tarifa más alta y más prohibitiva: la francesa, que recarga los productos españoles en 121 millones de pesetas, ó la española, que sólo aumentaría los derechos de los franceses en 23 millones?

Además, nótese que, según el tratado roto por la voluntad de Francia en 1.º del actual, los artículos españoles pagaban el 6,13 por 100 de su valor á su entrada en Aduana, y ahora pagarán el 47,56 por 100, según tarifa máxima. En cambio, los importados de Francia pagaban en España el 10,06 por 100, y ahora abonarán el 25,23 por 100, según tarifa máxima. De modo que Francia ha aumentado en 8 veces su tarifa máxima, y España tan sólo en 2 1/2 veces. ¿De qué podrán, si los hay, la prohibición, la intransigencia y el orgullo. Estos números no se pueden destruir con palabras ni discursos.

Segundo argumento.—La tarifa nueva para los vinos es la más baja de Europa; luego no se pueden quejar los españoles.—Podríamos devolver el argumento, diciendo lo mismo respecto de los artículos que á Francia interesan; pero preferimos examinarlo en sí mismo. Tiene dos aspectos: el relativo y el absoluto. Nuestros vinos hasta 15° pagaban 2 francos por hectólitro. Ahora pagarán 18,24 francos por la tarifa que nos aplican; esto es, el 91 por 100 más que antes. Tal es la medida de relación, cuya arrogancia no necesita otra glosa que la cifra misma.

Este salto brusco, violento, desconocido en la historia arancelaria, que castiga duramente un artículo de nuestra exportación representado por el 71,53 por 100 del total de ella, es completamente arbitrario y caprichoso. ¿Ha aumentado el valor de los vinos que exportamos desde 1887 á 1890? No. ¿Ha aumentado la cosecha de Francia durante ese período, y basta ya para las necesidades de su consumo y de su exportación? Tampoco. Pues si no tiene intereses propios que proteger (porque no es de suponer que quiera fomentar la producción de vinos artificiales), y no se ha alterado el valor de la mercancía, ¿qué razón ha tenido el Gobierno francés para aumentar, con ensanchamiento, el derecho de esos vinos, que constituyen una primera materia para el acreditado comercio de caldos de Francia? Todos conocemos la respuesta á esta pregunta; pero el señor Leroy Beaulieu la callará por justo y natural patriotismo: nosotros la omitimos por cortés prudencia.

Demostrado que no ha habido razón alguna para tan acentuada elevación de derechos, examinémoslos en sí mismos. Trátase de *vinos hechos*, de vinos que, como el Jerez, ó el Montilla, ó el Benicarló, van directamente á la mesa y al consumo, y la comparación con los tipos arancelarios de otras naciones podría admitirse. El valor de estos vinos, no solo los blancos y generosos, sino los rojos comunes que Francia exporta, alcanza un término medio de 225 á 250 francos por el hectólitro en botellas, según la valoración oficial

francesa. El derecho representa el 7,30 por 100 de la mercancía. Pero los modestos vinos españoles, que forman el más grueso contingente de los 7 millones de hectólitros que enviamos á Francia, apenas si cuestan á 18 y 20 pesetas el hectólitro, de modo que el nuevo derecho representa casi el 100 por 100 del valor de la mercancía. ¿Es justo, es razonable, es científico aplicar á tan distinta clase de vinos el mismo derecho? ¿Ni puede decirse, con seriedad, que un derecho abrumador de 100 por 100 es el *más bajo* de Europa? ¡Cuántas argucias para defender el error!

Tercer argumento.—España ha sacado de Francia, en diez años, 3.911 millones de pesetas por vinos, mientras que de Francia no ha venido á España más que por valor de 1.653 millones de francos en el mismo periodo. «Luego—ésta es la conclusión de nuestros adversarios—el concierto con Francia es más conveniente, es más necesario á España, y ya buscará los medios de hacernos concesiones para renunciar el tratado».

Parecerá, á cualquiera que no esté al corriente de estos asuntos, que Francia, por amor platónico á nuestro país, nos ha hecho la caridad de aceptar 65.651.000 hectólitros de vino en diez años, y nos ha regalado los 1.640 millones de pesetas que, á 25 francos por término medio, ha pagado por ellos.

Cansada ahora de esos enamoramientos, nos retira la pensión. Pues no hay nada de eso. En la apreciación del comercio internacional hay materia de estudio, no sólo en las cantidades y los valores, sino también, y muy principalmente, en la índole y calidad de los productos cambiados. Nuestro comercio con Francia se compone casi con exclusión de otros artículos, de *vinos de coupage* y de minerales, esto es, de materias primeras que alimentan las poderosas industrias y el copioso comercio de nuestra vecina; elementos de riqueza con sus capitales y su industriosa actividad, hace valioso comprándolos por poco, fuentes de prosperidad y riqueza nacional de Francia.

En cambio, las mercancías que en ella importamos son productos ya elaborados de los que pasan directamente al consumo, de esos que sirven sólo para extraer valores y no para producirlos, elementos que se pagan con el ahorro patrio. De modo que ambas corrientes, las de exportación de nuestras materias primeras y la de importación de sus productos elaborados, son *ambas beneficiosas á Francia*, porque las dos le proporcionan riqueza directa ó riqueza indirecta.

Si el señor Leroy Beaulieu, cuyo nombre es respetado allí donde hay amantes del saber financiero, pudiera algún día despojarse de sus desdeñosos prejuicios contra España, reconocería que las relaciones con Francia, interesando á ambas, son más útiles para aquélla por efecto de la superioridad industrial, económica y mercantil que sería insigne puerilidad negarle.

Entonces vería el ilustre escritor que, gracias á los 1.640 millones de pesetas en vinos comprados á España, ha podido Francia consumir 30 millones anuales de hectólitros y exportar 2.400.000 hectólitros, que, contando al precio inferior de 150 francos los 25 millones de hectólitros exportados en los diez años, y á 60 francos los 300 millones consumidos en el país, resulta un ingreso para Francia de 21.600 millones de francos, en cuya suma no es exagerado suponer que los 1.640 millones de pesetas enviados á España se han convertido para Francia en 6.000 millones de francos.

Reflexionando sobre estos números, comprendería y confesaría imparcialmente el sabio profesor que los beneficios del tratado pueden ser mutuos, pero más inmediatamente y en mayor cantidad provechosos para Francia, y sólo desvaneciéndose las nubes de su injustificada prevención contra un país cuyo ahorro toma, hace años, el camino de los Pirineos, emplearía su indisputable competencia en aconsejar y en auxiliar la unión comercial, sincera y equitativa de ambas naciones, más que vecinas, hermanas.

Con esta política simpática y más útil que la política del aislamiento, precursora de la guerra económica, se evitaría

que, en un porvenir no remoto, después de algunos años de naturales privaciones, que un pueblo tan resignado y tan sobrio como el español sufriría sin excesivo sacrificio, hallara Francia en sus mercados exteriores un competidor más, y no despreciable, que le disputaría, en compañía de importantísimos amigos, la escogida clientela, que hoy alimenta, sostiene y desarrolla las producciones agrícolas é industriales de la todavía próspera y poderosa Francia.»

Parécenos que después de esta brillante y vigorosa impugnación de las ideas sostenidas por Mr. Paul Leroy de Beaulieu, nada hay que añadir. Con ello ha demostrado el distinguidísimo hacendista Sr. Navarro Reverter, pues suyas son las observaciones que hemos transcrito, cuan á fondo conoce el estado económico y financiero de nuestro país, y con cuanta injusticia nos tratan los publicistas de allende los Pirineos.

*
*
*

El proyecto de ley de clases pasivas de Ultramar, ha suscitado, como todo lo que tiende á realizar grandes economías, algunas protestas, y hasta ataques personales, al ministro que lo suscribe, y que éste rechazó con tanta dignidad como energía. Es verdaderamente curioso lo que ocurre. Los mismos periódicos que han venido censurando al digno señor ministro de Ultramar por la que llamaban «su intransigencia» se revuelven hoy, poco menos que furiosos contra él, porque, al ver que se respetan los dos principios esenciales en que su proyecto descansa, cede en lo demás, oyendo la voz del patriotismo, que á todos llama á la concordia, y los consejos de su dictamen, que no le pide sacrificio alguno de amor propio, como falsamente dicen varios colegas, aunque, si lo pidiese, de fijo que lo haría.

Alabanza sincera, no vituperio, merece tal proceder, natural en los hombres de Gobierno y en los espíritus superiores que luchan, no por menguadas satisfacciones person

sino por algo que está sobre las pequeñeces de los partidos. Lo que llaman vencimiento del Sr. Romero Robledo, constituye precisamente su victoria. Y esto no lo decimos sin reflexionarlo: lo vamos á demostrar con textos vivos, con el preámbulo del proyecto de la ley y con períodos de los elocuentísimos discursos que han pronunciado los Sres. Azcárraga, ministro de Ultramar y presidente del Consejo.

¿Quién se atreverá á decir que el Sr. Romero Robledo no habló de respetar los *hechos consumados*, á más de los *derechos legítimos*, si justamente sobre ese concepto vital giró su obra, que no han querido entender sus detractores? ¿Cómo se atreven á decir que el presidente del Consejo inventó esas teorías é hizo tabla rasa del proyecto, si, conforme en lo sustancial con Gobierno, mayoría y minoría, insinuó la fórmula de honrada transacción con la cual está conforme el Sr. Romero Robledo?

No es lícito, cuando surge un debate que acalora las pasiones; cuando se trata de realizar una economía considerable; cuando se cierra la puerta á abusos inveterados y á transgresiones de ley, levantar censuras sin motivo ni suponer afirmaciones que no se han hecho. Vamos á las pruebas, que así es como deben discutirse estos asuntos.

En el preámbulo del proyecto del Sr. Romero Robledo se dice textualmente lo que sigue:

«Al volver la vista al pasado, ó al fijarla en los hechos que se ostentan como derechos adquiridos, acude á la mente gran número de notorias *contradicciones* ó de *grandes injusticias*. No piensa eliminarlas el ministro que suscribe. Ellas revelan *abusos, hoy irremediables*, que, después de impedir su repetición, deben caer en el más completo olvido.»

¿No es esto reconocer los derechos adquiridos? ¿No es esto pasar sobre los hechos consumados? ¿Cuál es la contradicción que se habla, con más ligereza que buena fe? Nosotros olemos textos vivos á invenciones que no disculpa ni la tileza de alguna frase aislada. Y como gustamos de ser serios, por eso hallamos inconcebible que personas formales

forjen tantas historias como circulan sin parar mientes en la realidad de las cosas.

Aquí está la raíz de la contienda: vamos á su desenvolvimiento.

Planteado el debate en las Cortes, impugnáronle briosamente los señores general Ochando, Laserna, Orozco, Ruiz del Arbol y García Alix, contestando á todos, de una manera gallarda, el señor ministro de Ultramar que ha rayado en todas estas discusiones á grandísima altura. El estudio comparativo que hizo de toda nuestra legislación desde 1886 á 1888; las pruebas irrefutables que ofreció á la Cámara, de los grandes abusos que se habían tolerado y de las grandes injusticias que se habían cometido reconociendo pensiones por Ultramar, á personas que ni conocían aquellas provincias de vista, ni podían comprenderse en ninguna disposición legal; la admirable claridad con que expuso la verdadera teoría sobre lo que son derechos legítimos, derechos adquiridos y derechos otorgados con la invocación de textos que nadie pudo rebatirle, todo esto satisfizo, como no podía menos de satisfacer, al digno señor Romero Robledo, y contento con triunfo tan solemne ni quiso abusar de su victoria ni sostenerse en un terreno verdaderamente inaccesible para su adversario.

Hombre de gobierno, pulsó los latidos de la opinión, vió que había elementos que pudieran explotar los vejámenes que siempre producen estas reparaciones legales, y se prestó á transigir cuando se convenció de que nadie se le quería imponer. A esto respondió el magnífico debate en que para preparar una fórmula de transacción, hablaron los señores general Azcárraga, el propio ministro de Ultramar y el presidente del Consejo.

He aquí lo más interesante de sus discursos.

Decía el señor ministro de la Guerra:

«El respeto á los derechos de los que están en posesión de ellos, de los que están en sus casas retirados, creo que lo sean los señores de enfrente, como lo deseamos todos. En esto estamos de acuerdo.»

En la necesidad de que no siga la libertad con que hasta ahora se han concedido derechos pasivos, también me parece que estamos conformes; es decir, que los derechos que *en lo sucesivo* se otorguen se entienda que han de ser siempre sobre la base de que en la Península *se cobre como en la Península y en Ultramar como en Ultramar*. Queda un tercer punto, que es en el que acaso los señores que han hecho la oposición al proyecto no se hallan de acuerdo con el Gobierno y con la Comisión, cual es el respeto á las opciones de los que, hallándose sirviendo, pudieran todavía alcanzar ciertos derechos, porque se pide que á éstos se les siga aplicando las disposiciones vigentes para que puedan cobrar en la Península, ya el doble, ya el tercio, etc., de los haberes que se les declaren por sus servicios en Ultramar.

Muchas leyes se han hecho que se han aplicado desde el primer momento, sin tener en consideración el respeto á los derechos adquiridos en la forma en que ahora se pide.

Así, pues, creo que con un poco de buena voluntad todos, podremos entendernos perfectamente y aprobarse el proyecto con algunas otras ligeras modificaciones, que no creo que el Gobierno ni la Comisión tenga inconveniente en aceptar, *porque no afectan á la esencia económica del proyecto.*

De cuyas declaraciones se deduce: que el señor general Azcárraga desea que se respeten los hechos que se *consumaron*, y que sólo para lo sucesivo rija la ley; es decir, que no tenga efecto retroactivo y que los retirados cobren en la Península como en la Península y en Ultramar como en Ultramar. Pues esa es una de las bases del proyecto que se discute y he aquí una victoria del Sr. Romero Robledo.

Habló éste enseguida para contestar al Sr. García Alix, y después de declarar que no se había invocado texto alguno contra los que él diera á conocer, ni se le había demostrado que hubiese lesión de intereses legítimos en su obra, hizo *as rotundas afirmaciones:*

Jamás consentiré, bajo la frase de derechos adquiridos, roce en la Península de *peso por escudo*, porque entiendo

que, el afirmar que el derecho adquirido es el goce en la Península del peso por escudo, es coartar la libertad de los Gobiernos del porvenir, impidiéndoles medidas, instadas acaso por el estado de los Tesoros, ó más, tal vez, por el coste de la vida en aquellas posesiones de Ultramar y en la Península. ¿Quiere esto decir que *no se respete*, no como *derecho adquirido*, sino como HECHO CONSUMADO en muchos casos, este disfrute? No; yo no he venido aquí con tal espíritu de intransigencia. He leído en esa tribuna un proyecto de ley que cerraba la puerta á los que yo creo abusos realizados contra el texto expreso de las leyes; esto para el porvenir. Y, con relación *al pasado*, yo hacía una sola excepción, la más pequeña, la más tibia, que no abandono, á saber: que no era posible que por las cajas de Ultramar se pagase á los que no han prestado servicios personalmente en nuestras provincias de allende los mares. ¿Se puede pedir menos? Ni siquiera pido que se anule el *derecho*, *ni que se anule el hecho*; lo que sostengo es que las cajas de Ultramar no pueden pagar eso mientras yo sea ministro».

Lo que precede es exactamente lo mismo que el general Azcárraga deseaba, lo mismo que el Gobierno todo quería, y lo contrario de lo que escriben los periódicos que, de una cuestión resuelta por temperamentos de concordia, quieren hacer contienda de amor propio.

Por eso pudo el Sr. Cánovas, con admirable claridad, recoger esos conceptos al contestar al señor Laserna, y afirmar esta tesis:

«El señor ministro de Ultramar ha dicho: yo no puedo reconocer tales ó cuales derechos, porque un examen sincero y leal de la legislación me lo veda; pero están ahí *hechos consumados*, hechos consumados más ó menos excusables, sobre los cuales conviene que las Cámaras echen el velo de su aprobación definitiva. En efecto, si ha habido Tribunales ha habido Ministerios que han declarado tales ó cuales derechos, aunque esos derechos fueran disputables, con ellos entiendo yo mismo con toda lealtad que l.

sido; si ha habido tribunales ó representantes de poder ejecutivo que por errores excusables de interpretación han acordado estos derechos más ó menos equivocadamente, esos son hechos consumados sobre los cuales no debemos volver. Así me parece, después de todo, que expresó esta idea el señor ministro de Ultramar.

Pues bien; dentro de este orden de ideas discutamos el dictamen y procuremos hacer en sus artículos, en el desenvolvimiento del pensamiento generador, que necesariamente ha de conservarse, procuremos hacer de común acuerdo, ó con el mayor acuerdo posible, aquellas modificaciones que basten á tranquilizar suficientemente todos los intereses que tengan algo de legítimos, aun cuando no se hayan reconocido estricta y absolutamente con arreglo á las leyes. En estas ideas han estado inspirados ya días hace, lo estaban ayer ya plenísimamente, los señores ministros de la Guerra y Ultramar.

.

El señor ministro de Ultramar ha defendido, de la manera que todo el Congreso ha visto, lo que él entiende y yo entiendo que es el derecho; el señor ministro de Ultramar no se ha negado, ni se niega, lo ha dicho aquí esta tarde, á acceder, por cierta consideración de equidad, á que los *hechos consumados*, tales como los entiendo y yo los entiendo, sean respetados. Todavía esto puede ser objeto de algún examen, confío plenamente en ello, no ha de poder menos de ser tan mesurado y, al cabo, tan útil como ha sido el debate de esta tarde».

Digase lealmente, después de leer esto, cuál es la teoría novísima inventada por el señor Cánovas, dónde está el vencimiento del señor Romero Robledo, y en qué punto discrepa el ministro de la Guerra. Porque de los textos auténticos, las palabras de los tres oradores resulta una perfecta claridad de juicio que se condensa en esta frase: respeto á lo antiguo, nueva legislación para lo porvenir y corte de todo lo nuevo.

Conste, pues, que el Gobierno no cede á imposiciones de nadie, que no se inspira más que en sentimientos de justicia, que queda en pie el proyecto del señor ministro de Ultramar, y que en todo este largo debate todavía no se ha presentado un argumento que destruya los aducidos con tanta elocuencia por el Sr. Romero Robledo.

Esta es la verdad, y hay que decirla sin artificio.

*
* *

Ya son conocidos los presupuestos del Estado para 1892-93. Obra es ésta en que el Gobierno de S. M. puso, desde el primer instante el mayor celo, el más puro patriotismo y la más completa sinceridad. A pesar de ello no han podido realizarse todas las grandes economías que deben hacerse, ni abrir todas las fuentes de ingresos que se tenían preparadas. Cier-to es que no se curan en un día males que datan de cuarenta años atrás, ni se transforman de un solo golpe todos los organismos de la nación. Los propósitos del respetable señor Concha Castañeda, merecen aplauso, porque ellos han venido á demostrar el prudente espíritu reformista en que se ha inspirado y la verdadera fe con que ha perseguido el ideal que hoy acarician todos los hombres de recto sentido.

Resulta en números redondos, que los gastos, que se fijan en 750.000.000 de pesetas, se reducen en 7; que en los ingresos se hacen aumentos por reformas de unos impuestos y creación de otros, en cantidad de más de 26 millones; que el total de recursos realizables es de 748 millones y tres cuartos, y el déficit inicial que se consigna, de millón y medio.

Para conseguir ese resultado se reforman los impuestos de derechos reales, timbre, azúcares y minas; se crea el buto del 1 por 100 sobre todos los pagos del Estado, provincias y Municipios; se arriendan las cédulas personales y linas de Torreveja, y se ordena que en el plazo de tres

ses se estudie el medio de simplificar la administración y los procedimientos, reduciendo el 10 por 100 de las plantillas.

La opinión ha recibido estos presupuestos con el criterio que era de esperar: á los fusionistas les parecen deficientes, á los republicanos insostenibles, y aun entre algunos, poquísimos conservadores, no ha faltado la contradicción. Pero es el caso, que todo esto se dijo, cuando aún no se habían publicado en la *Gaceta*, y después, cuando nadie la había leído. Porque estamos seguros que á estas horas y á los ocho días transcurridos desde que vieron la luz en el *Diario oficial*, ningún periodista de los que combaten la obra del Sr. Concha Castañeda, ni ningún senador y diputado de los que la juzgan con tanta severidad, ha hecho una lectura detenida, con los cálculos correspondientes, sobre las diez páginas que ocupan aquellos. Gracias si han repasado un par de veces los extractos imperfectos que han reproducido los periódicos.

No hemos de incurrir nosotros en la misma censura que dirigimos, pues no hemos hecho un estudio detenido de los proyectos para formar juicio exacto; pero ese simple examen permítenos desvanecer las principales dudas expuestas, y adquirir el convencimiento de que, si bien el plan puede perfeccionarse, como toda obra humana, constituye un gran adelanto en el camino de regenerar nuestra Hacienda.

A los que no comprenden cómo con 7 millones de economías que se hacen y 26 millones de nuevos ingresos que se calculan, se llega al resultado de no aparecer más que un déficit inicial de millón y medio de pesetas, cuando el presupuesto de 90 á 91 ha ofrecido 75 millones, aunque en realidad debe fijarse en 50, les recomendamos la lectura de los siguientes datos:

	Pesetas.
Créditos que se concedieron en el año económico de 1890-91:	
ligaciones corrientes..	810.943.798
servicios cerrados.	1.837.249
TOTAL.	<u>812.781.047</u>

	<u>Pesetas.</u>
Para el próximo año económico de 1892-93 se solicitan créditos:	
Por obligaciones corrientes.	746.796.769
Por ejercicios cerrados.	3.466.308
QUE SUMAN.	<u>750.263.077</u>
Importaba el presupuesto de 1890-91.	812.781.047
Baja en el proyecto presentado.	<u>62.517.970</u>
He aquí el pormenor de esta baja:	
En cargas de justicia.	5.139
En Estado.	30.700
Gracia y Justicia: Obligaciones civiles.	1.072.695
Guerra.	5.500.185
Gobernación.	792.645
Fomento.	11.499.902
Hacienda.	1.992.435
Gastos de contribuciones y rentas.	56.532.312
QUE SUMAN.	<u>77.426.013</u>
Y se hacen aumentos:	
En deuda pública.	4.809.136
Clases pasivas.	1.701.865
Presidencia del Consejo.	997.333
Obligaciones eclesiásticas.	308.069
Marina.	5.462.582
Ejercicios cerrados.	1.629.059
QUE SUMAN.	<u>14.908.044</u>
Y siendo las bajas.	<u>77.426.013</u>
Resulta una disminución de créditos por.	<u>62.517.969</u>
Esta baja se explica en la siguiente forma:	
Créditos transferidos al presupuesto extraordinario, y que figuraban en el ordinario de 1890-91.	14.400.412
Deducción de las ganancias de jugadores de loterías.	55.810.000
TOTAL.	<u>70.210.412</u>
Y representando la baja de este proyecto.	<u>62.517.970</u>
Resulta un aumento líquido de.	7.692.441
Que procede:	
1.º De la diferencia entre los 14.000.000 de pesetas para amortización é intereses de la deuda amortizable al 4 por 100 y las cantidades á que ascienda la deuda exterior al 2	

	<u>Pesetas.</u>
por 100, que ha quedado extinguida, y los intereses.	4.841.346
2.º De clases pasivas.	1.669.654
3.º Del crédito para el centenario del descubrimiento de América.	1.000.000
4.º Del mayor crédito que es preciso consignar para reembolsar el anticipo de la Compañía Arrendataria de Tabacos.	5.462.582
5.º De las mayores obligaciones reconocidas de ejercicios cerrados y devolución de ingresos.	1.629.059
	<u>14.602.642</u>
<i>Diferencia.</i>	<u>6.910.201</u>

En los ingresos se calculó para el año 1890-91 la cantidad de 805.551.387 pesetas, y se fija para el de 1892-93 en 748.750.070, con baja de pesetas 56.801.317, que procede de los conceptos siguientes: monopolios (Loterías), 52.689.000; ventas de bienes, 6.570.000; recursos ordinarios del Tesoro, 3.825.000; ídem extraordinarios, 14.000.000: contra aumentos de 14.267.890 pesetas en contribuciones directas, 2.725.000 en indirectas, y 3.289.793 en rentas de propiedades, en cuyos aumentos están embebidos los 26 que se supone han de producir los nuevos impuestos y las reformas que se hacen en otros.

Estos datos prueban que se han rectificado los cálculos de los ingresos, se han disminuído los gastos en una parte y se han aumentado en la parte precisa; de igual manera que se justifica que, por consecuencia de estas alteraciones, se llega al resultado final que ofrece el proyecto de presupuestos, cuya liquidación podrá rectificarlo por causas imposibles de prever, pero no por eso habrá motivo para decir que no es una obra seria y ajustada á los principios que rigen y procedimientos que se siguen en la formación de los planes económicos. Y desde luego puede asegurarse que es inmensamente sincero y está hecho con mucha mayor prudencia y precisión el proyecto de presupuestos sometido á las Cortes que los los que ha presentado el partido fusionista en sus últimos cinco años de poder.

Aparte de esto, eso de vibrar la nota pesimista, y decir que es artificioso el plan, nos parece absurdo. Porque, aun suponiendo que no se realicen todas las previsiones legislativas, como no se han realizado jamás, pues los cálculos están sujetos á infinitas contrariedades y hay derechos del Tesoro que se liquidan, pero que no se hacen efectivos por completo dentro del ejercicio económico, siempre resultará que se disminuye en una cantidad importante el déficit, ya que, por lo pronto, se pasan al presupuesto extraordinario, que tiene recursos independientes, 14 millones, se economizan otros 7 y se proyectan aumentos de ingresos por 26 millones: total 47 millones en que se intenta disminuir el déficit.

Algunos suponen que estos ingresos nuevos pueden haberse calculado con exageración; pero el que lea atentamente las bases de la nueva ley del timbre y de la reforma de derechos reales, así como las cantidades sujetas al 1 por 100 que se exigirá sobre todos los pagos, incluso la dotación á la Casa Real, y el aumento que se propone por cédulas y minas, se convencerá de que, si resultan errores de cálculo, serán insignificantes, y que podrían ofrecer alza, en vez de baja, en la recaudación. El más eventual es el aumento por azúcares, y éste tiene una base segura, que es el consumo.

Las oposiciones suponen también que la renta de Aduanas descenderá considerablemente: y aunque es seguro que ocurrirá, por la menor entrada de alcoholes, esto ya se ha tenido en cuenta, según se consigna en la Memoria de presupuestos, y se ha deducido del ingreso, habiendo en los demás artículos esperanza de que la baja que pueda ocurrir en ellos se compensará con la elevación de derechos.

De todos modos, y aun admitiendo que por cualquier concepto resulte que los ingresos presupuestos disminuyan en 17 millones, por ejemplo, siempre aparecerá que el déficit ha disminuído en 30 millones, y ni los conservadores ni los liberales han afirmado nunca que podía extinguirse totalmente, y de una manera positiva, en un año.

Por otra parte, se olvidan aquellos á quienes parecen pocas las economías hechas, que se ordena una revisión de servicios, plantillas y procedimientos á fin de rebajar los gastos de personal en un 10 por 100 en el plazo de tres meses, y esta reducción se llevará á cabo y producirá una importante economía que puede cubrir y compensar las partidas de cálculos que resulten fallidos y aminorar de un modo efectivo el déficit. De ahí que el plan económico del Sr. Concha Castañeda sea digno de unánime aplauso por su sinceridad y eficacia.

Como se ve por este detenido extracto, no puede exigirse más á un Gobierno, que en medio del incesante clamor del país, que pide grandes reducciones en los gastos, lucha con la enérgica resistencia que le oponen todos los intereses que se sienten heridos ó amenazados simplemente. Pero la semilla está arrojada, el surco está abierto, y si hay buena fe en todos los partidos, y prestan ayuda, y anteponen los intereses de la patria á los de carácter local ó provincial, no dudamos que los presupuestos del Sr. Concha Castañeda serán base y origen de la necesaria, por costosa que sea, radical transformación de nuestro sistema rentístico.

* * *

A la vez que las Cortes conocían la obra económica del Gobierno, la Intervención general del Estado publicaba una estadística curiosísima que comprende el curso que han seguido los presupuestos españoles desde 1850, en que el inolvidable Bravo Murillo estableció las bases de la contabilidad, hasta 1881.

Los ingresos presupuestos en 1850 importaron 325 millones de pesetas, y en 1890 se elevaron á 840, ofreciendo un aumento de 515, que representan el 158 por 100.

En ese aumento, que es importante, corresponde el 18 por 100 á la contribución territorial, el 16 á la renta de

Aduanas, el 11 á Loterías, el 9 á Tabacos, el 6 al Timbre, el 4 á derechos reales, el 4 al impuesto sobre sueldos y asignaciones, el 2 á los alcoholes, el 2 al impuesto sobre los viajeros y mercancías, el 1 á la redención á metálico del servicio militar y el 1 á las cédulas personales.

Los gastos, ó sean los créditos autorizados para satisfacer las obligaciones del Estado, durante el mismo periodo de tiempo, ofrecen el siguiente aumento: en 1850 llegaron á 324 millones de pesetas, y en 1890 ascendieron á 834; ó sea una diferencia, en cuarenta años, de 510, que representa el 157 por 100. A esa progresión han contribuido: la Deuda pública con el 40 por 100, el ministerio de Fomento con el 14, el servicio de Guerra con el 13, Hacienda y los gastos de contribuciones y rentas con el 7, Marina con el 6, las clases pasivas con el 3, Gobernación con el 3, Gracia y Justicia con el 2, Estado con el 0,48, los Cuerpos Colegisladores con el 0,20, la Presidencia del Consejo con el 0,17 y la colonia de Fernando Póo con el 0,14.

En cambio han tenido disminución los gastos de la Casa Real y las cargas de justicia en un 0,54 por 100.

La Casa Real, que tenía en 1850 una dotación de pesetas 11.475.000, la tiene hoy de 9.145.415, ó sean dos millones de pesetas menos.

Los aumentos que han tenido los gastos destinados á los servicios públicos, durante cuarenta años, son los siguientes:

	<u>Pesetas.</u>
Deuda pública..	251.000.000
Fomento..	72.000.000
Guerra.	68.000.000
Hacienda.	40.000.000
Marina.	30.000.000
Clases pasivas..	17.000.000
Gobernación.	17.000.000
Gracia y Justicia..	10.000.000
Estado.	2.000.000
Cuerpos Colegisladores..	1.000.000
Presidencia del Consejo..	845.000
Colonia de Fernando Póo.	735.000

Los *déficits* importan en cuarenta años 3.208 millones de pesetas, siendo los mayores, por este orden, en los años de 1870-71, 1869-70, 1868-69, 1864-65 y 1888-89.

Para cubrir ese *déficit* se realizaron recursos extraordinarios por 2.525 millones de pesetas en efectivo.

Estas cifras ponen verdaderamente espanto en el espíritu más sereno. Un pueblo que así aumenta sus gastos y así derrocha sus energías, llegará fatalmente á la bancarrota si con mano fuerte no contiene aquéllas y no se impone los mayores sacrificios.

M. TELLO AMONDAREYN.

CRÓNICA EXTERIOR

15 de Febrero de 1892.

Como aseguraba Mr. Bebel, contestando en el *Reichstag* al discurso enérgico de M. Stumm, en contra del socialismo, enemigo, según él de todo orden moral transigente con el perjurio y el robo, y ocasión para lo futuro de todo desafuero y todo crimen, el socialismo es problema de importancia tan general, enlazado por tal forma á la vida toda que no hay ley que al establecerse, disposición que al publicarse no atienda al modo con que sus preceptos pueden afectar al desarrollo y la solución de cuestión que tanto afecta á la vida de las naciones modernas.

El socialismo y el anarquismo, aparecen como dos hechos innegables delante de casi todos los Estados. La vieja Europa, sobre todo, se siente envuelta en los anillos del mónstruo hambriento que le demanda con mayor urgencia á cada instante una solución, pero solución inmediata, práctica y efectiva.

Resisten el egoísmo y la terquedad; apremian el hambre y el encono. Más templado, pero más constante cuando es más fuerte, el desheredado se impone al burgués; el obrero manda sobre el patrono. Los organismos de resistencia se perfeccionan, el obrero se ilustra; á la sedición tumultuaria, clamorosa y sangrienta, pero estéril, sucede la huelga pacífica, naz y fecunda en resultados para el obrero que pide y está seguro de obtener. Las distancias se estrechan y la caja y la amenaza que antes no se engendraban sino en

sombra, ni salían del molde de la hoja clandestina, toman forma casi legal en el Sindicato, y cuerpo en la Tribuna, y con contradicción, pero sin protesta, la voz de M. Bebel, ha podido en la discusión del presupuesto de caminos de hierro, señalar torpeza en el Gobierno, considerar al partido obrero como un partido vulgar y denunciar como un peligro el discutir el reconocimiento de sus pretensiones.

* * *

Aunque es su solución, y su solución favorable para el interés de los obreros, próxima y segura, no se ha terminado aún la huelga de los cargadores de carbón en Londres. Engendrónla un motivo fútil; el haber despedido M. Cameron un obrero y haberlo sustituido con otro que no pertenecía al sindicato de cargadores. Negáronse entonces todos los obreros á trabajar con el intruso. Despidióles M. Cameron á todos y por consecuencia de este hecho la asociación de comerciantes de carbón decidió que al ajustar uno de ellos el trabajo de un obrero nuevo hubiera de informarse de las causas que ocasionaban la salida del mismo del lugar donde hasta entonces prestara sus trabajos.

La protesta estalló entonces por parte de los obreros que exigieron fueran repuestos en sus destinos los obreros despedidos por M. Cameron y la huelga estalló como consecuencia necesaria de la protesta.

Bien claro percibe cualquiera que en ello fije la atención, que no ha de ser duradera la rebelde actitud de los cargadores y que la significación que el secretario del sindicato de éstos, M. James O'Connor, pretende dar á la huelga, suponiéndola él nacida del deseo de recabar el cumplimiento de los últimos convenios, es simplemente una excusa, debajo de la cual se perciben y laten otras aspiraciones y otros deseos.

El jornal de 50 pesetas semanales; el de 60 y hasta 65, ofreló en los actuales momentos á los cargadores, son retribución cumplida de un trabajo, cuya simplicidad es manifiesta cuya preparación es nula.

Pero es el carbón, *pan de la industria*, el alimento sin el cual Londres ni se sostiene ni vive, y la inminente proximidad de un instante en el cual faltará elemento tan vital, del comercio y de la industria, da fuerza incontrovertible á las pretensiones de los obreros, que por esta vez, verán coronados por el éxito su tesón y sus aspiraciones.

*
* *

Las negociaciones entre Italia y Suiza, á propósito de la aplicación de sus mutuas tarifas, han quedado rotas. Que esta ruptura no es fácil sea definitiva, se comprende al considerar la respectiva tristeza con que ambas potencias comentan el desenlace de sus gestiones ineficaces. Suiza funda la separación, por su parte, del deseado arreglo, en la obstinación de Italia en no rebajar el tipo impuesto á los algodones que hayan de atravesar sus fronteras, sobre todo desde el momento en que respecto á los vinos italianos, artículo el más importante para el comercio de la Península, después de cerradas las puertas del mercado francés, hacía concesiones y rebajas importantes y decisivas. Enfrente de su actitud transigente y benévola, los representantes italianos tenían portoda instrucción su regreso á Roma siempre que no fueran aceptadas las proposiciones antedichas.

Por su parte Italia lamenta sinceramente la poca elasticidad en tal materia de su Gobierno, á quien ataca con este motivo la prensa de todos los matices.

La *Riforma*, órgano de Crispi, censura agriamente el criterio cerrado del Gabinete, que expone por su intransigencia en tales momentos los intereses comerciales de la nación, y que cerrándole por su inhabilidad política los mercados naturales de sus productos, la reduce á establecer inteligencia con Alemania y con Austria, naciones con las que su comercio ni se nutre ni puede encontrar solución á los pendientes conflictos que le abruma.

No está perdida toda esperanza de arreglo; nuevas negociaciones comenzarán en breve, y todo hace esperar que estarán informadas por un criterio de transigencia mayor y más dispuesto á buscar el perseguido éxito en recíprocas concesiones.

*
* *

Se espera en el Cairo con ansia el acta que el sultán debe enviar para la coronación del nuevo Khedive. No faltó quien asegurara que sería éste quien marcharía á Constantinopla para recibir en persona y del sultán la sanción esperada, pero ni esta práctica fué la seguida por su padre ni los anteriores Khedives, ni el esperar en el Cairo con el ceremonial de rúbrica, la autorización citada impide, y esto es lo probable que suceda, que pueda visitar más tarde al sultán en su corte misma, como hicieron los que le precedieron en la dignidad tan recientemente por él heredada.

*
* *

El número de los partidarios de que cese el destierro de la reina Natalia, aumenta cada vez más. Las dificultades que sus deseos ostentan, parece que serán ocasión de dimisiones de importantes funcionarios y quien cree que una crisis será la solución del planteado problema.

En el Parlamento se leerá bien pronto la renuncia del rey Milaño en favor de su hijo, de todos sus derechos, incluso los que puedan asistirles á las propiedades particulares que posee en Servia, extremo acerca del cual han emitido ya su asentimiento los Tribunales civiles.

Y.

ACADEMIA CASA-PENSIÓN

DEL

CARDENAL CISNEROS

Para alumnos

de Facultades y Escuelas superiores exclusivamente.

Asegurar á los jóvenes, por razón de estudios alejados de sus familias, un segundo hogar, y por tanto, un mayor bienestar que el que disfrutar pueden en hoteles ó casas de huéspedes, atentas no más que á su lucro é interés; facilitarles el estudio y aprovechamiento del mismo por medio de lecciones supletorias, y aclaración y vencimiento de cuantas dudas y dificultades entorpezcan su trabajo; y afianzarles el cumplimiento de sus deberes todos por los procedimientos que la razón y la experiencia de consuno señalan, aplicados inteligente y reflexivamente sin anular la libertad racional que disfrutar deben ni menoscabar la propia dignidad que como su más firme sostén ha de enaltecerse siempre, es, con la de suplir la acción tutelar del padre, y á la vez proporcionar á las familias, (con los medios de dirigirles y encauzarles en todo momento, y en todo momento también conocer su estado y situación); la tranquilidad y el sosiego que necesariamente ha de darlas, la seguridad racional que se las otorga de que sus hijos utilizarán convenientemente el tiempo y desembolsos que imponen, y librarán los múltiples y graves riesgos que Madrid, abandonados á sus propias fuerzas, les ofrece de continuo, es repetimos la misión que se ha propuesto D. Antonio Mora al crear la Casa-pensión de referencia, que confundirse no debe con colegio alguno, por diferir esencialmente, tanto en su régimen interior, como en manifestaciones externas, de los establecimientos de esta índole.

Recomendamos á las familias antes de colocar sus hijos á su libre albedrío en casas ú hoteles más ó menos recomendables, ó confiarlos á personas seguramente respetables, pero cuyas preocupaciones y trabajos no las permiten de ordinario consagrar á aquéllos la atención debida, pidan al Director, Daoíz 3, el reglamento y bases porque se rige.

PREPARACIONES FARMACÉUTICAS

DEL

DOCTOR BONALD

GORGUERA, 17, MADRID

Pesetas.

Pastillas cloro-boro-sódicas con cocaína.

Especiales contra las irritaciones agudas y crónicas de las mucosas bucal y faríngea; superiores á todas las preparaciones conocidas hasta el día, por su inmediata y benéfica acción en todas las enfermedades de la boca y garganta. Precio de la caja

2

Pastillas de frutos pectorales con codeína.

De seguro éxito en todas las enfermedades de las vías respiratorias que produzcan tos, especialmente en las diversas clases de catarros, bronquitis, laringitis, etc. Precio de la caja

1,25

Pastillas vermífugas de Bonald.

Medicamento utilísimo, principalmente para los niños, y de éxito comprobado contra las lombrices. Corrije además los excesos de bilis, *asientos* ó malas digestiones y los perniciosos efectos de la baba, durante la dentición. Precio de la caja (varía entre 75 céntimos y 2 pesetas 50 céntimos, según la edad del niño).

Vino de coca, quina y hierro peptonizado.

Contra la anemia, clorosis, inapetencia, neuralgias intermitentes, flujos blancos y debilidad en general. Precio del frasco

4

Vino de coca y hierro peptonizado.

Contra los afectos nerviosos con debilidad, digestiones lentas y dolorosas, anemia, flujo blanco, clorosis, etc. Precio del frasco

4

Vino alimenticio preparado con peptona, coca, quina y cacao.

Para combatir con gran éxito la anemia, clorosis, inapetencia, digestiones pesadas ó tardías, dolores del estómago, desarreglos menstruales, convalecencias largas, flujos blancos, pirosis, flatos ó acedias; de grandes resultados en las enfermedades consuntivas en general, y particularmente en la tisis por sus efectos sedantes y tónicos. Precio del frasco

4

Elixir de pepsina, pancreatina y diastasa á la cocaína.

Empléase con seguro resultado en las más complejas perturbaciones de la digestión, vómitos glerosos ó ácidos, digestiones lentísimas, dolores de estómago y neuralgias armónicas con la digestión. Precio del frasco

4

ADVERTENCIAS. Tanto los medicamentos anunciados como otros del doctor Bonald, están acreditados en la práctica por reputadas autoridades en las ciencias médicas.

A cada frasco ó caja acompaña un prospecto explicativo para el modo de usar el medicamento.

Se expenden en casa del autor, Gorguera, 17, Madrid y en las principales farmacias. Se envían á provincias directamente.

LA «REVISTA DE ESPAÑA»

(AÑO XXV DE SU PUBLICACIÓN)

VE LA LUZ LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES

Un número suelto, 2 pesetas 50 céntimos en Madrid y 3 pesetas en provincias.

Un número atrasado, 4 pesetas en Europa y América.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Un mes, 4 pesetas.—Tres meses, 11 pesetas.—Seis meses, 22 pesetas.—Un año, 40 pesetas.

PROVINCIAS

Tres meses, 13,75 pesetas.—Seis meses, 27,50 pesetas.—Un año, 45 pesetas.

EXTRANJERO (*menos Portugal*).

Seis meses, 32,50 pesetas.—Un año 60 pesetas.

PORTUGAL

Seis meses, 27,50 pesetas.—Un año, 50 pesetas.

CUBA Y PUERTO RICO

Un año, 75 pesetas.

PILIPINAS

Un año, 80 pesetas.

No se sirve suscripción alguna cuyo pago no se haga por anticipado. Tenemos colecciones enteras de la REVISTA á disposición de los que las deseen.

Los pedidos deben hacerse directamente al Administrador de la REVISTA DE ESPAÑA, Santa Catalina, 5, Madrid.

REVISTA DE ESPAÑA

SUMARIO

	<u>Páginas.</u>
I.—LAS CRISIS MONETARIAS EN LA ANTIGÜEDAD, por <i>D. N. Sentenach</i>	385
II.—LA DUQUESA DE VILLAHERMOSA (Retratos de antaño), por el <i>P. Luis Coloma, S. J.</i>	398
III.—NICOLÁS COPÉRNICO Y LOS ASTRÓNOMOS ESPAÑOLES, por <i>D. Rafael Delorme Salto</i>	422
IV.—LA ESTADÍSTICA DE LOS PRESUPUESTOS, por <i>Las C. C.</i>	436
V.—LA POESÍA EN LOS ANTIGUOS PUEBLOS AMERICANOS, por <i>D. Angel Stor</i>	454
VI.—ENSAYO ACERCA DE LA CONDICIÓN JURÍDICA DE LA MUJER, por <i>D. E. Gómez de Baquero</i>	470
VII.—LIBROS DE POLÍTICA, por el <i>Marqués de Figueroa</i>	483
VIII.—CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR, por <i>D. M. Tello Amondareyn</i>	489
IX.—CRÓNICA EXTERIOR, por <i>D. José Ibáñez Marin</i>	498
X.—BIBLIOGRAFÍA, por <i>D. C. José de Arpe</i>	503
XI.—COLECCIÓN DE LIBROS RAROS Ó CURIOSOS QUE TRATAN DE AMÉRICA, por <i>D. Indalecio Ruiz</i>	507

(DERECHOS RESERVADOS.)

MADRID
DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Santa Catalina, núm. 5.

1892

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales, el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

LÍNEA DE COLÓN.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto Rico.

Un viaje mensual saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa Firme y Colón.

LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, costa oriental de Africa, India, China, Cochinchina y Japón.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada cuatro viernes á partir del 10 de Enero de 1890, y de Manila cada cuatro martes, á partir del 7 de Enero de 1890.

LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Enero de 1890.

LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.

Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

SERVICIO DE ÁFRICA.—**LÍNEA DE MARRUECOS.**—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

SERVICIO DE TÁNGER.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripoll y Compañía, Plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y Compañía.—Málaga: D. Luis Duarte.

LAS CRISIS MONETARIAS EN LA ANTIGÜEDAD

I

No es la invención de la moneda de aquellas, que como dicen los historiadores cuando se ven apurados «se pierden en la noche de los tiempos;» es su aparición relativamente moderna, fabricada en *numerata pecunia* tal como hoy la conocemos, por más que el principio legal y económico en que se funda sea tan antiguo como el hombre; sino que al fin se le encontró la forma apropiada, cuya necesidad, como ahora decimos, se venía imponiendo hacía ya mucho tiempo.

Una vez adquirida por el hombre la noción de lo tuyo y de lo mío; defendiendo cada uno á toda fuerza lo apropiado, y sintiendo á la vez no poder poseer la totalidad de las cosas, para satisfacer así los deseos y necesidades que sin descanso se suceden en la vida, no cabía más remedio que, ó pasarse sin las que no poseía, ó ceder algunas de las propias en cambio de las del vecino, si á éste le ocurría otro tanto, como no podía por menos de sucederle.

Tal es el sencillísimo principio en que descansa todo el derecho mercantil, ajustando este toma y dá á los rigurosos principios de la justicia equitativa y distributiva; y por ello se pasó la humanidad largos siglos cambiando en especies ya

los productos del campo por los de la industria, ya los servicios personales por los alimentos y útiles necesarios para la vida, aunque no siempre ajustándose mucho á los principios antedichos, sino tirando sin cesar cada cual en lo que podía parà su interés particular, costumbre que arraigada por tantos siglos de ejercicio sin interrupción, lejos de extinguirse, cada día se practica por medios más sutiles é ingeniosos, y con formas de mayor sinceridad y nobleza.

Indudablemente era molesto el cambio de objetos por objetos, de especies heterogéneas difíciles de apreciar y ponderar en su justo precio y equivalencia de valor: además cambiaba y hasta se perdía éste por completo á cada instante, ya por la muerte de los ganados, el consumo de los granos ó la natural destrucción de todas las cosas con el tiempo; era preciso encontrar una materia indestructible y á la vez de fijo y constante valor, de reducido volumen y general excelencia reconocida, para que así se simbolizara en una substancia común y se refiriera á ella el precio de todos los cambios, el convenio de ellos, y los metales preciosos fueron desde luego universalmente aceptados como los más propios para el objeto, valiéndose de ellos al peso muchos pueblos antiguos, para sus transacciones.

Era esto un paso dado para la verdadera moneda: se tenía la materia apropiada, pero le faltaba la forma. El darle ésta fué el otro paso, cuando á un rey del Asia Menor, según afirman unos graves autores, ó á otro de la Grecia propia, según otros no menos graves, se le ocurrió que poniendo su sello á cada porte de aquel metal, quedaban éstas *ipso facto* autorizadas por buenas y de fijo valor; con la gran ventaja además de no tener que pesar á cada compra y venta el metal precioso, y ser examinado por el perito ó veedor que había en aquellos antiguos tiempos para este objeto.

Pues en esto del sello del rey en los trozos del metal veo yo una medida tomada sólo para la comodidad y beneficio del comercio entre los súbditos, si no más bien para tranquilidad y sosiego del reino, porque sin duda debier

de acontecer muchos desordenes diarios, y agudas querellas, y hasta muertes con demasiada frecuencia, en el acto del peso del metal, y sobre la ley ó liga de él, por los grandes engaños y fraudes, que á cada paso se cometerían.

Por ello pues, verás, oh lector amable, que esto de la moneda ha sido siempre cuestión delicada y propensa á grandes disgustos y triquifuelas sin cuento, pues siempre en ello ha ocurrido algo de lo de dar el cartucho de perdigones, cosa que nadie pacientemente tolera.

Y hoy que tanto se habla de crisis monetales, en cuyo origen tén por seguro que existe siempre algún principio de engaño ó zancadilla; deseo, que si otra cosa no te llama, me acompañes por los campos de la historia, maestra de la vida según dicen, y veas como desde que se ocurrió la maldita invención, apenas ha pasado día sin que haya surgido un conflicto más ó menos grave que lamentar, y te enteres algo de lo que viene á ser ese símbolo tan codiciado que constantemente pasa por tus manos, la mayor parte de las veces sorprendiendo tu buena fe y engañándote en más ó en menos.

Pero no creas que por haber empleado la palabra símbolo, es que yo acepte tal idea acerca de la moneda, pues precisamente pretendo demostrarte que por quererla aplicar al pie de la letra ha habido los mayores trastornos y penurias, pues apenas se inventó ésta se quiso imponer tal teoría, por los que encontraban muy útil y de gran provecho el sostener, que siendo el *símbolo* del precio de las cosas, lo menos esencial en ella era su justo valor real, y habiendo de ser el representativo aceptado al igual por todos, no habrá inconveniente en admitirlo como tal, reportando de ello un gran beneficio el que la acuñaba, que por otro lado perseguía y castigaba terriblemente, no ya á su falsificador, sino al que se atrevía á hacer igual bonito negocio, fabricándola en las mismas condiciones que la legal, como pasaría hoy entre nosotros, al que hiciera moneda de ley de plata ó cobre. Vicia de ello fué un pobre sátrapa de Egipto que pagó con la vida el ser el primero que tuvo tan infeliz ocurrencia, y eso

que aun diz que sus monedas eran de mejor ley que las de su rey y poderoso señor.

No era la tal teoría para ser aceptada por los que sabían que la moneda se había hecho pura y simplemente para mayor seguridad del justo precio y como una común y más cómoda mercancía que emplear en los diarios cambios, quedando solo el recurso de rechazarla cuando las transacciones se verificaban entre ciudades libres, por lo que se dió en aquellos primitivos tiempos del numerario el fenómeno, de que mientras algunas acreditaban sus monedas por su pureza y valor efectivo, otras *series*, como se dice entre numismatas, eran rechazadas por todos, corriendo sólo en la localidad que las acuñaban, determinándose además en cada contrato la clase de moneda en que se había de hacer el pago, que cuando éste era de entidad, se verificaba, para mayor exactitud, al peso, por *talentos*, en lo que demostraban poseerlos bastante.

Pero cuando el caso ocurría en los dominios de alguno de aquellos monarcasos tan de una pieza que hubo en tales edades, entonces los pacientes súbditos tenían que resignarse á aceptar el valor que su paternal soberano quería dar á la moneda, el cual solía estar en relación con sus propias necesidades, pues así en casos apurados, con una sencilla R. O. doblaba su capital en un momento dado, importándole un ardite lo que ocurriera con tan discreta medida de puertas á fuera del palacio.

Los súbditos, viendo entonces que por la misma cantidad de metálico, tenían que dar el doble de género, que el día anterior, si se había de obedecer al soberano, obligados por contundentes argumentos surtían á éste de todos sus menesteres acatando la ley impuesta á la moneda, pero ellos entre sí, como les salía tan caro el resto, tenían que subir el precio, en mayor proporción que subía también nominalmente el valor de la moneda.

Hecho fué éste que se repitió en casi todos los gobiernos absolutos de la antigüedad, como en adelante más particularmente irás viendo.

Por ello comprenderás que lo de ser la moneda signo del valor, no es cierto, más que para aquellos que quieran sostenerlo por la cuenta que les trae, y así lo manifestaron los más acreditados filósofos de la antigüedad, diciendo sustancialmente todo lo que sobre el particular puede ocurrir: pues el gran Aristóteles sostiene «que conviene dar y recibir en los *cambios* una materia que útil por sí misma, sea fácilmente manejable en los usos y costumbres de la vida...» y que «evite los continuos pesos y medidas» y que «vaya marcada con un sello particular signo de su *valor*» tal es la moneda: por lo que se ve que, según tan despierto sabio, el signo era sólo la marca que expresaba y garantizaba el justo valor de la pieza, pero no la pieza en sí, pues en ésta nunca se podrá impunemente alterar su original equivalencia con la especie ó mercancía.

Hubo otros monarcas, y también ciudades, que no quisieron contravenir tan descaradamente á este fundamental principio, é inventaron una triquiñuela ó mixtificación, como se dice ahora, que aunque desechada para nunca jamás, después volver, no comprendemos cómo no le ha ocurrido poner en práctica á los arbitristas modernos, y que recomendamos á nuestros actuales Bancos pobres de oro, pues por lo pronto creemos que nos agradecerían el consejo, por más que Dios nos libre de que nos cojan la idea.

Consistió tan peregrino sistema, en acuñar moneda de un metal que decían se daba en la naturaleza, sosteniéndolo al principio con gran tesón, pero que en realidad no era más que una mezcla de tres partes de oro por una de plata, á la que dieron el sonoro y hasta cavalístico nombre de *electrum*, que también llamaron oro blanco, como intermedio de valor entre éste y la plata.

Acuñaron monedas abundantísimas del tal metal, precisamente los pueblos más ricos en oro, que comprendiendo desde luego su realeza y excelencia, al par que su sempiterna escasez, con relación á la necesidad que de él todos tenemos, y empezando á no dar las minas tanto como al parecer

espléndidamente al principio prometían, lo mezclaron con el otro metal también relativamente noble, con lo que prevalecía en la moneda siempre su mayor parte de sangre real, por decirlo así; y además, como entonces el análisis químico no era tan fácil, se podía contar con que pasaría alguna pequeña parte apenas perceptible, y casi disculpable, de falta de exactitud en las proporciones de la mezcla, siempre en favor del acuñante por supuesto, con lo que resultaba un muy disimulado beneficio.

Pero como dice uno de los más grandes numismáticos de nuestro siglo, «no hay nada más funesto que empezar á tocar á la moneda: es una pendiente en la que dado el primer paso es imposible el detenerse» y tal sucedió con el híbrido y nunca bien ponderado *electrum*, pues si al cabo declararon sus acuñadores bajo la garantía de un sello, que iban formadas las piezas por tres cuartas partes de oro por una de plata, no pasaron muchos años sin que aconteciera la viceversa, es decir, que llegaron hasta hacerlas de tres partes de plata por una de oro, sin decir esta boea es mía.

El *electrum* lo fabricó uno de los primeros reyes que acuñaron moneda; fué inmediatamente después, durante más de un siglo, la moneda que produjo uno de los centros mayores de acuñación de aquellos primitivos tiempos: tal la ciudad de Cicyco y también Focea. También se fabricó en la Campania y algo en Cartago, donde hasta se encontró el medio de hacerlas tomar todo el subido color del oro fino, pues las piezas de este *metal* eran, como se comprende, muy pálidas; pero una vez convencido todo el mundo de que no había tal metal en la naturaleza, y lo difícil de comprobar la ley de esta moneda, desacreditada por completo, cesó su acuñación para no volver jamás, siendo como una cuasi resurrección del sistema, el *vellón* de la antigüedad y Edad media, pero con la plata y el cobre.

Y es que en todos tiempos, desde los más remotos y primitivos, el oro ha sido y seguirá siéndolo siempre, el más excelente de los metales, el que verdaderamente simbol.

la riqueza, al que hay que referir todo valor, el *etalón* verdadero, el metro numismático, y cuya mayor ó menor abundancia en un país, y nunca se ha prodigado, haciéndose siempre escaso, como todo lo bueno, ha sido la señal del florecimiento ó decadencia del punto á que ha acudido, ó se ha retirado.

No es extraño pues, que los de Cicyco tuvieran tanto interés en extender su *electrum*, pues empezando por acaparar todo el oro que pudieron encontrar, aprovechando las turbulencias y guerras del mundo griego en su tiempo, convirtiéndolo después en *electrum* les proporcionó por más de un siglo el más pingüe negocio, hasta el punto de que fué preciso que se descubrieran nuevas minas de oro, para que se encontrase éste puro, y como ellos solos lo poseían, impusieron *á fortiori* la circulación de monedas que sólo contenían un 40 por 100 de oro, y que en otras localidades abusando más llegaron á hacerlas completamente inadmisibles.

Esta dura necesidad produjo alianzas entre varias ciudades para poder siquiera comerciar entre sí con el menos perjuicio posible y recompensa no del todo menguada de sus trabajos.

En la moneda, como en todo, por su naturaleza metálica, alguna tiene que ser cabeza, imponer la ley y ser el punto sobre que gire todo el sistema: al oro acuñado, por reunir en sí tantas excelencias, como belleza, bondad, peso, finura, escasez, autoridad y hasta ciencia, corresponde este cometido, pues la dualidad se hace imposible, desde el momento en que hay que referir todo á un solo tipo.

Los reyes de Persia no quisieron entenderlo así y al punto se sintieron las consecuencias.

Al principio acuñaron solo unas monedas de oro que los numismáticos disputan si se deben llamar ó nó *Dáricos*, de tan puro y fino metal que fueron al punto buscadísimas por mortales enemigos los griegos, y hasta alguna vez produjeron mágicos efectos sobre ciertos de sus hombres de Eto, muchos siglos antes que se le ocurriera al astuto Florenco la frase de que cada hombre tiene su precio.

Pero teniendo además plata, acuñaron los que se llaman *siclos médicos*, y otros de menos peso para el uso de las provincias, pero con el mismo valor nominal, que en algo se había de distinguir la corte del Gran Rey, de las satrapías provinciales. También ordenó y mandó el soberano, que el oro y la plata tuvieran entre sí una diferencia de valor fijo, de trece y media veces más el primero que la segunda; pero como tenían premio, como hoy se dice, los siclos de la corte en las provincias, el que lograba una buena cantidad de ellos, mediante la venta de sus productos en la gran ciudad, se encontraba aumentado su capital en un buen tanto por ciento.

Viendo el gran rey de los persas que desaparecían las monedas de plata por tal procedimiento, hizo bajar la ley de éstas, pero como se empeñaba por otro lado en conservar fija la diferencia de valor entre los dos metales, y la plata bajaba, y con menos plata se compraba más oro, tras de la plata marchó éste, llegándose por esto á tan penoso estado, que cuando el gran conquistador macedónico concluyó con tan desquiciado imperio, unas provincias no querían admitir la moneda real de plata, el oro valía nominalmente menos que en efectivo, y bien puede decirse que no existía moneda ni de una ni de otra clase.

Tales son las consecuencias de lo que hoy llamamos el *bimetalismo*, ó sea la pretensión de que tenga dos centros una misma esfera, ó que produzcan el equilibrio fuerzas contrarias pero que cambian, ó que marchen á la par motores cuyas impulsiones no pueden ser uniformes, ó cualquier otro absurdo por el estilo.

Aunque los mismos reyes persas tomaron como base fundamental el oro, que ellos solos podían acuñar, los griegos tuvieron como tal la plata por razones particulares, y los romanos en sus rudos primitivos tiempos el bronce, después la plata, y por último el oro, dejando estos dos últimos puros que los otros metales aumentaran ó disminuyeran de valor, en relación con el punto fijo según las fluctuaciones producidas por su naturaleza de pura mercancía.

Los griegos aceptaron al principio la diferencia de 1,13 y medio por 100. En tiempos de Platón disminuyó de 1 á 12 y por último después de las conquistas de Alejandro bajo á 1,10, debido á la gran cantidad de oro que llegó del Asia.

Otro gran ejemplo de conflicto monetario tenemos con Dionisio de Siracusa. Este mozo, architrano de los de su tiempo, que siempre llevaba puesta ocultamente una coraza y que jamás confió su cuello á las manos de un barbero, encontrándose también muy apurado de dinero y queriendo deslumbrar en Atenas, recurrió al fácil sistema de imponer el valor nominal á la moneda, muy superior al suyo intrínseco: sobreviniendo al punto las consecuencias desastrosas, llegando á encarecerse tanto los productos de primera necesidad que el hambre apareció con todos sus horrores y el mismo tirano se encontró sin tener quien le admitiera su falso numerario.

Ya hemos dicho que en el mundo griego, primitivo campo de la moneda, como no todas las ciudades libres lo acuñaban de la misma ley, mientras que en unas no salían del recinto donde habían sido batidas, otras alcanzaban una circulación entre varios pueblos limítrofes, otras tenían curso entre varios confederados con este objeto, y otras eran universalmente aceptadas y corrían libremente por todas partes, gracias á sus buenas prendas y hasta belleza del cuño, que también en esto demostraban su sentido artístico; pero hay que confesar en honor de la verdad, que el monetario de las ciudades libres era siempre más honradamente emitido que el de los Estados despóticos, por la competencia y deseo de acreditar cada una sus emisiones, pues de este modo podían negociar más fácilmente, y hasta con premio en la compra de productos exóticos, siendo esto á la vez una barrera contra las invasiones de las monedas de peor ley, de otras ciudades.

Durante el reinado del gran Alejandro, los asuntos monetarios no marcharon del todo mal, pues dotado de genio amabilísimo, ó quizá obligado por la misma grandeza de su emesa, devolvió á las ciudades asiáticas sus derechos de acu-

ñación, y no se le ocurrió cambiar la ley de la pasta del numerario, antes al contrario cuidó de que se conservara en toda su pureza, y hasta con gran criterio lejos de señalar una correspondencia invariable entre el oro y la plata, acuñó las monedas de ambos metales ajustándolas estrictamente á una unidad de peso, para dejar después que las circunstancias cambiaran la relación con entera libertad, por más que permaneció por sí misma durante todo su reinado en un 1,10, como hemos dicho.

No hubo por consiguiente que lamentar conflictos monetales durante la vida del gran conquistador.

Entre sus sucesores ocurrió de todo, pues mientras unos, como los del Asia, se vieron contenidos en sus malas, y como vamos viendo, constantes tendencias de alteración de la ley en casi todas las monarquías antiguas, precisamente por la libertad de acuñación que seguían disfrutando desde Alejandro las ciudades greco-asiáticas, que conservaban la buena ley de sus metales, los Ptolomeos de Egipto, cerraron su imperio á toda otra moneda extranjera, y dieron un ejemplo más de crisis monetaria y comercial, no menos profunda ni desastrosa que las ya consignadas.

Pero la que merece un estudio especial por sus efectos y episodios históricos que produjo, es la sobrevenida en Roma durante la época de los emperadores, en el siglo III de nuestra Era.

El *aureo* ó moneda de oro conservó su pureza durante todo este período, pero comenzó á disminuir de masa de tal modo que desde los tiempos de Caracalla, no se consideró como de curso y los pagos se hacían solo al peso.

Pero en la plata el trastorno fué mayor: los *denarios* que aunque de menos valor, hacían el papel de nuestros francos y pesetas, estaban ajustados al peso de 84 en libra. Nerón los rebajó á 96, pero en su tiempo comenzó á ligarseles parte de cobre, repitiéndose la misma historia que con célebre *electrum*; mas en proporciones tan descocadas, ya ni al peso era tomada la moneda de plata. Solo un 4

por 100 de este metal llegó á tener el denario en tiempos de Claudio el gótico, dándole el color por el procedimiento de un lavado en un baño de plata, que al poco tiempo desaparecía, quedando la moneda solo de cobre.

El mismo Estado, que la había puesto en circulación, la rechazaba para el pago de los impuestos, que los exigía solo en oro.

Fué debido este estado de cosas al fraude cometido por los mismos empleados en la Casa de la moneda, que aprovechándose de los disturbios del imperio, y del descuido natural de la administración, por el paso vertiginoso de aquellos emperadores, que según la frase sacramental, apenas calentaban el sόlio, cometieron toda clase de adulteraciones.

Pero llegó al poder Aureliano, del que no impunemente se podía burlar, pues médico demasiado radical, amputaba siempre á hierro y fuego.

Según Zósimo, distribuyó ya al pueblo monedas nuevas de buena ley y trató de recojer los célebres denarios falsos, así como de castigar á los culpables de tan grave delito. Personajes muy importantes se vieron comprometidos en la sumaria; el emperador era terrible en sus castigos; el compromiso grave; no había plata para hacer moneda según el deseo de Aureliano; estaban perdidos; y entonces Feliciano, tesoroero en aquellos días, y antes «el último de sus esclavos» según propias palabras del Emperador, se alza en revelión con todos sus cómplices, y se convierte aquella sedición miserable nacida en el centro mismo de Roma, en guerra verdadera y terrible, pues saliendo al campo los amotinados, fué menester oponerles formidable ejército, y librándose una terrible batalla ante los muros de la ciudad, quedaron al fin vencidos, pero costando la respetable suma de siete mil hombres del ejército del Cesar, según curiosa carta que del mismo se conserva. Esto nos indica cuántos no debían estar involucrados en que siguiera la moneda falsa, y la crisis que sobrevió al mundo entero en el siglo III.

El temprano asesinato de este Emperador le privó de po-

ner el subsiguiente remedio, empresa que pudo acabar Diocleciano, restableciendo un nuevo orden monetario: pero es de notar que á tal descrédito habían llegado los *denarios* que se tuvo que dar á las nuevas piezas de plata otro nombre, el de *argenteus*, pues aquel era solo sinónimo de la más despreciable é infima moneda.

No presentaremos más ejemplos; solo si diremos que como auténticas de todo ello nos dejaron infinidad de monedas, curiosísimas por su naturaleza, que hoy se enseñan en los museos, tales como forradas, siendo el interior de plomo, abundantísimas en Roma, de estaño, de vidrio, y algunas hasta de barro cocido.

Todo esto tuvo sus defensores, pues en Roma no faltaron jurisconsultos que sostuvieron la teoría de la moneda-signo: parece como que era doctrina que no repugnaba admitir, y á la que siempre fueron muy aficionados los romanos en la práctica, así que los falsificadores hasta se creían algo amparados por la ley y el derecho, aunque los resultados prácticos demostraron claramente su erróneo fundamento.

En la Edad Media, sobrevinieron también grandes crisis provenientes del mismo origen y doctrina; llegó el caso, como hoy entre los bolsistas á la baja, que el señor celebrara sus contratos á plazo, liquidando, ó cobrando mejor dicho, según el valor que tuviera la moneda el día del vencimiento, que él mismo bajaba para entonces; dos grandes calamidades cayeron sobre la Europa en el siglo XIV; la peste más terrible que registra la historia, y el *morbis numericus*, no menos desastroso. Los papas, obispos, el mismo Dante, no cesaron de llamar por su nombre á los señores que ya monopolizaban ó falsificaban la moneda; hasta Santo Tomás de Aquino, defendió los sanos principios de Aristóteles; pero todo fué inútil en aquellos días, hasta que lucieron los más claros del Renacimiento, en que la ley de la moneda se hizo girar en sus naturales centros.

A tales verdaderos excesos ha dado lugar la codicia de que teniendo en su mano la ley de la moneda no han pod

contener sus instintos de agio é injusta ganancia, produciendo las más desastrosas consecuencias; pero esto de la alteración de la ley de la moneda, es lo más rudimentario y brutal para el mayor beneficio por ella; es lo que impone la fuerza, y en último resultado, á nadie perjudica más que al que cree salir ganancioso; hay otros medios más sutiles y en que el ingenio se aguza, afinando para adquirir mayor riqueza; hay un juego más elevado, una política monetaria (tan desconocida de nuestros padres de la patria) que obedece á sus principios y produce sus necesarias consecuencias.

Una especie de mate seguro á la tercera dado por el que sabe disponerlo, unas veces por buenos, otras por malos medios, pero siempre con la idea de lucrarse á costa de la pobreza del que cae en la red; eso que hoy se llama la *financia*, que no fué desconocida de los antiguos ni mucho menos, y que por la importancia que tiene, y por las similitudes que pudieran resultar con ciertos fenómenos de actualidad, podemos sacar algún beneficio de su estudio y merece que lo tratemos punto y aparte.

N. SENTENACH.

(Continuará).

LA DUQUESA DE VILLAHERMOsa

(Continuación)

III

Una vez trazado á grandes rasgos el fondo de aquel vasto teatro en que la duquesa de Villahermosa había de hacer su primera salida al mundo, preciso es dar á conocer el otro círculo, más reducido, pero mucho más íntimo, en que había de vivir cotidianamente: su propia familia.

Componíase ésta, en 1769, de su esposo el duque de Villahermosa, sus padres los condes de Fuentes y sus cinco hermanos, hijos de éstos.

Contaba ya el duque de Villahermosa, en la época de su matrimonio, treinta y nueve años, y era hombre de compleción robustísima, varonil elegancia, carácter entero y muy agudo entendimiento. La educación y el trato continuo con la sociedad, más culta, que no era ciertamente la más sana de su tiempo, habían pulido, á la vez que falseado en parte, aquellas prendas naturales, afinando su exterior sin afeminación, suavizando su carácter sin debilidad, extraviando en su entendimiento, al cultivarlo según el espíritu de la época, algunas ideas trascendentales, cuyo influjo había de reflejarse en sus sentimientos y costumbres durante época determinante de su vida. Porque destruir una verdad en el entender

es desatar una pasión en el corazón y desequilibrar todas las restantes; y así es cómo de un solo error moral brotan muchos vicios en el individuo, y de una sola heregía nacen muchas revoluciones en los pueblos, y se dan fraternalmente la mano todos los absurdos y todos los atropellos. Esto sucedía entonces y esto sucede ahora á jóvenes y viejos, y esto sucedió al duque de Villahermosa.

Nada revela tñ á fondo el carácter de una persona, como aquellos documentos escritos en esos momentos de expansión ó necesidad, en que el alma parece abrirse y vaciarse en la carta íntima dirigida á un amigo, ó en las páginas del diario destinado á consignar hechos, reflexiones ó sentimientos. Encuéntranse, por decirlo así, esparcidos entre aquellos recuerdos de otra época, los restos de la persona que los escribió, y puédesse fácilmente unirlos y ordenarlos y reconstruir aquel ser moral, que se levanta entonces en la imaginación tal cual era, vivo y entero, como un muerto que entreabriese su sepulcro para trabar conocimiento con la posteridad, y hacerle al oído sus confidencias, y referirle los hechos y secretos de su vida y de su tiempo. Así hemos conocido nosotros al duque de Villahermosa: á la vista tenemos su correspondencia íntima, y el diario llevado por él desde sus primeros años de su juventud, hasta diez y seis días antes de su muerte; páginas auténticas, á través de las cuales aparece primero el joven *hereu* de la casa más ilustre de Aragón, rebosando salud, vida, arrogancia, entereza aragonesa, filosófica des- preocupación, moda del tiempo; engolfándose en todos los placeres y aun en todas las liviandades de la mocedad, mas dominando siempre al corazón la cabeza, porque es frío; enfrenando el orden á la prodigalidad, porque es prudente; manteniendo incólume lo que, según el criterio del mundo, constituye el honor y el ilustre de una gran casa, porque, nque olvida á veces la ley del cristiano, siempre tiene pre- nte la ley del caballero.

Viene luego el hombre ya maduro, conteniendo con mano rte los bríos de una juventud harto prolongada, trocando

la franqueza nativa por la reserva y hasta la suspicacia del diplomático; buscando friamente en el matrimonio, más que los goces del corazón, la esperanza de un heredero; en las Cortes y en las letras, más que la ambición de brillar, el anhelo de añadir gloria propia á la gloria heredada; en el fondo del alma, los restos de una fe que creía muerta, que estaba sin duda enterrada, pero enterrada viva, bajo ímpetus de juventud no sujetos y doctrinas filosóficas por moda aceptadas; encontrando al cabo esta fe bajo el influjo de la santa compañera que le tocó en suerte, y conservándola con amor y con respeto en la práctica de todas las virtudes hasta el fin de sus días, como alhaja dos veces preciosa, por ser hallada después de perdida.

Tal aparece en sus diversas épocas el duque de Villahermosa, verdadero tipo del gran señor español *éclairé* del siglo XVIII, que lamenta y critica el atraso de su patria entre extranjeros, y la ama con todos sus defectos entre los suyos; que hace alarde de despreocupación, que llega á no practicar y hasta á *creer que no cree*, y es profundamente religioso en el fondo del alma; que acepta y aun propaga las niveladoras doctrinas políticas del filosofismo, y es monárquico como Felipe II, aristócrata hasta la médula de los huesos, y consagra su vida entera á aumentar con su valer y sus esfuerzos propios el prestigio de su privilegiada clase, y á impedir que pasen el poder y los honores á manos de los *golillas, burgueses*, que diríamos hoy, de aquella época y aquel reinado.

Conocido de todos fué el duque de Villahermosa en los reinos de Aragón y de Navarra, cuando en los primeros años de su juventud llevaba tan sólo el título de conde de Guara. Dió allí muestras de mozo de provecho y también de hartos bríos y manifestó ya su afición á las letras, entonando décimas y madrigales á una tal Doña Pepita, pamplonesa, dama de poco fuste, que si no le conquistaron el laurel de Apolo conquistáronle al menos los panegíricos de D. Hugo de Urry y D. Pedro Daoiz, padre éste de la ella, que sin duda vistió esperanzas de yerno en la inspiración del poeta.

Como oriundo de Aragón y Grande de primera línea, declaróse Guara por el partido opuesto al de los *golillas*, el partido *aragonés*, cuyo jefe era el conde de Aranda, su amigo y deudo cercano. Conoció éste las esperanzas que el mozo ofrecía y quiso atraerlo á sí, aproximándolo al viejo duque de Villahermosa, tío de ambos, de cuyos estados y títulos era Guara el heredero. En Abril de 1756 escribía Aranda al conde de Guara: «Si mi tío el duque de Villahermosa fuese accesible á mis insinuaciones, aun le propondría yo que te trajese á su compañía, y tratase como su preciso inmediato heredero; pues logrando tú las apreciables circunstancias personales que te adornan, te sería más fácil producirlas, para proporcionarte ser empleado con tu sobresaliente capacidad; haré lo posible por explicarme, pero ten paciencia y nada hables hasta que yo pueda avisarte la resulta de mi proposición. Avisame y prevenme lo que te ocurra poderte conducir, y manda en cuanto yo valiere» (1).

Oyó el viejo Villahermosa las insinuaciones del conde de Aranda, y trájose á Madrid al sobrino, señalóle alimentos de heredero inmediato y dióle rienda suelta en aquel ancho campo de la corte, donde tan ampliamente podía lucir sus méritos, lograr sus deseos y satisfacer sus pasiones. No se descuidó Guara en aceptar lo que tan de grado le ofrecían, y de tal manera conquistóse de hecho el puesto que de derecho le correspondía, que en Enero de 1769, escribe D. Ramón Pignatelli, hombre tan práctico y juicioso, á su hermano el conde de Fuentes: «El pensamiento de Villahermosa (*su boda con Doña María Manuela*) no puede ser mejor; pues sus prendas le hacen hoy el duque sobresaliente de nuestra corte» (2). Dejóse pues, de décimas y madrigales, para dedicarse al estudio de los autores enciclopedistas, que comenzaban entonces á penetrar en España, y olvidóse, como consecuencia inmediata, de sus tónicas amistades con Doña Pepita, para trocarlas por

Archivo de Villahermosa.—Cartas inéditas.

Archivo de Fuentes.—Cartas inéditas.

otras más positivas, de las cuales fué la más sonada la de aquella famosa Mariquita Ladvenant, actriz del Corral del Príncipe, de quien escribió Jovellanos en su epístola á Arnes-to sobre los vicios de la corte:

Haráte de Guerrero y la Cartuja
Larga memoria, y de la malograda,
De la divina Ladvenant, que ahora
Anda en campos de luz paciendo estrellas,
La sal, el garabato, el aire, el chiste,
La fama y los ilustres contratiempos
Recordarán con lágrimas .. (1)

Faltaba al conde de Guara la pincelada maestra, según aquellos tiempos, en la formación de un hombre de calidad; el toque de supremo buen tono en todo joven de la aristocracia: el viaje á París. Emprendiólo, pues, Guara á principios de 1763, agregado, por gracia del Rey y favor de Grimaldi, á la Embajada del Conde de Fuentes: murió á poco el viejo Villahermosa, y en posesión ya de su rica herencia, con amigos poderosos en Madrid, altos apoyos en Versalles, nombre ilustre, gruesas rentas, talento cultivado y figura arrogante, agasajáronle en la corte, abriéronle de par en par las puertas de los salones, y los filósofos batieron palmas, creyendo encontrar en el joven duque otro conde de Aranda, acaso el único

(1) La comedianta María Magdalena Ladvenant, viuda de Maunel de Arribas, fué célebre por su talento artístico y su vida licenciosa. Murió en la flor de su edad el 1.º de Abril de 1767, dando un gran ejemplo de edificación, que merece consignarse. Arrepintiése tan de veras en este trance supremo, de sus pasados extravíos, que mandó llamar al Padre Agustín de Barcenilla, de los Clérigos Menores del Espíritu Santo, hizo confesión general de toda su vida con grandes muestras de contricción y firmó un acta que tenemos á la vista en que da públicas muestras de arrepentimiento y revela un importante secreto de su vida. El mismo Padre Agustín de Barcenilla, dice en carta de 10 de Abril de 1767: «Las señales que hasta el último instante de su vida dejó esta señora, fueron de su cierta predestinación, pues aprovechó tanto las luces de su gran entendimiento que no queda duda de que está descansando en la gloria» (Archivo de Villahermosa.—Documentos inéditos.)

Mariquita Ladvenant, dejó al morir cuatro hijos, todos pequeñitos: María y Silveria, Perico y Paquito, que quedaron desamparados y fueron recogidos respectivamente por las duquesas de Huéscar y Benavente el duque de Arcos y el conde de Miranda.

impío de verdad que existió por aquel tiempo en la grandeza de España.

Y nunca lo fué ciertamente el duque de Villahermosa; quizá alguna vez creyó él mismo serlo, por aquello que dijo Montaigne, *l'homme se pipe*, se hace trampas á sí mismo, procurando tomar por dudas reales de su entendimiento, lo que sólo es rebeldía de sus pasiones, orgullo de su corazón, llega, según la frase de De Maistre, á *creer que no cree*. Hay una página en el diario de Villahermosa, que así lo demuestra. En el día 24 de Enero de 1769, dice: «Cumplí treinta y nueve años, y entré en los cuarenta, por consiguiente; sano sí, pero no menos incierto de lo futuro...»

Y á continuación, terminando entre renglones la misma frase, con tinta de otra época, esta coletita, este apéndice escrito más tarde, en edad más madura, no como confesión clara del escéptico que encuentra su fe y la proclama, sino como palinodia tácita del hombre que creyó no creer, y reconoce al fin que creía... «*sobre el tiempo que me queda que vivir*».

Cierto que aparece Villahermosa lector asiduo y suscriptor constante de todas las obras de los enciclopedistas; pero también lo es que en Junio de 1766 pide á Azara le alcance en Roma del Padre Santo licencia para leer y retener libros prohibidos; y Azara, que era de los *impíos de verdad*, desvergonzado y cínico le contesta en mal francés, según la moda de los elegantes ilustrados, insultando al piadoso Pontífice Clemente XIII: «Estoy dispuesto á mandar á vuesamerced cuantos pergaminos quiera; pero debo decirle que el permiso del Papa para leer libros prohibidos, no es posible alcanzarlo en el Pontificado de este *Tartufo*. Felizmente no nos incomodará mucho tiempo, porque está muy próximo á tender el vuelo á su paraíso; y su sucesor, que, según la regla general, hará todo lo contrario que éste, nos dará bonitas dispensas. Mientras tanto, podré enviar á vuesamerced cuando quiera el desecho de la Congregación general del Índice, que para el efecto es lo mismo, pues esta Congregación es superior á todas las Inquisiciones, y aun al Tribunal de Roma. Avíseme vue-

samerced lo que desea, y será servido sin dilación» (1). Y más tarde, el 17 de Septiembre, añade: «He pedido el permiso del Indice que deseaba vuesamerced, y me lo han prometido para uno de estos días: en cuanto lo reciba cuidaré de enviárselo para que salga cuanto antes del mal estado en que se encuentra por haberse comido tantas excomuniones. Yo me he tragado tantas como vuesamerced, y á pesar de todo me encuentro muy bien: sin duda, la fuerza y la actividad de los ácidos (2) del estómago, es lo que hace mejor ó peor la digestión».

Cierto también, que frecuente Villahermosa el trato de los filósofos, y emprende la peregrinación á Ferney para tributar á Voltaire su homenaje; pero también lo es que tiene el noble atrevimiento, estupendo entonces, de recibir en su casa de Turin á dos jesuitas desterrados, de mantener correspondencia con varios de ellos, crimen de lesa majestad según el decreto de Carlos III; de proclamar solemnemente patrón de sus estados á San Francisco de Borja, á poco de haber prohibido á la duquesa, la *ilustrada tolerancia* del Rey Católico, llevar hábito de San Francisco Javier, por ser este santo, santo jesuita. ¡Extraño incrédulo aquel que hace voto á la Virgen Santísima de reedificar su iglesia de Pedrola, si le conserva la vida de su hijo primogénito, siquiera hasta los cinco años!

No es, pues, muestra de impiedad, sino de curiosidad y moda del tiempo, que en compañía de su futuro cuñado el marqués de Mora, y llevando una carta de D'Alambert, emprendiese Villahermosa á fines de Abril de 1768 el viaje á Ferney para visitar á Voltaire. Allí residía el famoso *enemigo personal de Cristo*, desde que Federico II, cansado de él, le arrojó de su corte, haciéndole registrar antes el equipaje, como se registra el de un lacayo ratero; pero sin tener la precaución de hacer grabar, tan alto que desde el campo de Sedán pudiesen leerlas los modernos panegiristas franceses del ilus

(1) Archivo de Villahermosa.—Cartas inéditas.

(2) Idem, id., id.

bufón, aquellas palabras escritas á él por éste, las más bajas y vergonzosas que han salido jamás de pluma francesa: «Señor: cuando hablo á vuestra Majestad de cosas serias, tiemblo como nuestros regimientos de Rosbach».

Con la *devoción* con que cuentan hacia á Voltaire su criada Baba el chocolate, enseñaba M. David propietario poco ha del Château de Ferney, el lecho del impío, algunos tapices y cuadros que le pertenecieron, una inmensa chimenea de barro con relieves dorados empotrada en la pared, y un feísimo cenotafio de mármol, construido por el marqués de Villete, para guardar aquél el corazón rebosando saña, con este epitafio, falso en su segunda parte, y por desdicha cierto en la primera:

Son esprit est partout et son cœur est ici (1)

Hallábase el Château Ferney deliciosamente situado al pie del Jura, frente á los Alpes de Saboya, de los cuales los separa el lago de Ginebra. Una magnífica alameda de tilos lleva al palacio, hermoso edificio de un solo piso, construido sobre alto peristilo con sendas escalinatas y adornado con columnas dóricas y remates del gusto de la época. En aquel apacible retiro pasó Voltaire los últimos veinte años de su vida, en compañía de su sobrina Mad. Denis, y rodeado siempre de los más ilustres personajes de la época, que acudían á visitarle y sentarse á su opípara mesa, y permanecían allí á veces semanas enteras.

Cuando el duque de Villahermosa y el marqués de Mora llegaron á Ferney, encontraron allí á Lally-Tollendal, el más gordo de los hombres sensibles, como le llamó Mad. Staël más tarde; al príncipe de Beauvau y al famoso comediante Lekain, que solía representar á veces en el teatrillo que tenía Voltaire en su propia casa.

Contaba entonces el *Patriarca de Ferney* setenta y cuatro os. y hacía resaltar su fealdad de mico aquella extrema del-

1) Su espíritu está por todas partes, y su corazón está aquí.

gadez que inspiró al escultor Pigalle la idea extravagante de modelar su estatua completamente desnuda. Alarmado el filósofo, escribió á madame Necker haciendo este retrato de sí mismo: «Dicen que M. Pigalle debe venir á modelar mi rostro; pero para esto se necesitaría, señora, que yo tuviese rostro; y apenas si se adivina el sitio en que estuvo. Los ojos se me han hundido tres pulgadas, las mejillas son pergaminos viejos colocados sobre huesos que para nada sirven, porque los pocos dientes que tenía se me han caído. Y no es lo que digo coquetería, sino la pura verdad.»

Recibió Voltaire á los ilustres españoles con grandes extremos, túvolos tres días de huéspedes en su propia casa, y obsequíeles al tercero con una representación de su tragedia *Merope*, en que Lekain hizo el papel de Egisto. Voltaire estaba, según su costumbre, sentado en el escenario, detrás de los bastidores; pero lo bastante á la vista del público para que pudiese éste admirar sus contorsiones y los gestos de aprobación ó disgusto con que seguía, nervioso y exaltado, la acción de la tragedia y el diálogo de los comediantes.

Al día siguiente partieron para Génova el duque de Villahermosa y el marqués de Mora: éste no debía volver á ver nunca al famoso embustero. Villahermosa lo vió otra vez en las ridículas y al mismo tiempo terribles circunstancias que más adelante han de verse. Voltaire, muy satisfecho de la visita de los dos *filósofos españoles*, entusiasmado, en éxtasis casi, escribía á D'Alembert el 1.º de Mayo:

«¡Que el Sér de los seres derrame sus eternas bendiciones sobre su favorito Aranda, sobre su queridísimo Mora, y sobre su muy amado Villahermosa!»

La bendición de Voltaire espoléó sin duda las aficiones literarias de éste, porque entonces comenzó á trabajar con grande ahinco en traducir al francés la famosa obra *El Crítico*, del jesuíta Baltasar Gracián, que fué presentada á la Academia francesa y recibida con grandes aplausos. Entonces comenzó también á reunir, á fuerza de gastos y trabajo sin cuento, la magnífica biblioteca, que, aumentada siem

por sus sucesores, había de destruir en su mayor parte un incendio más de un siglo después, en 1876.

Tal era y había sido el duque de Villahermosa hasta el momento en que le hemos visto recibir en el palacio del obispo de Orleans á su esposa Doña María Manuela. Al lado de esta ilustre y Santa mujer iremos viendo poco á poco desarrollarse en el porvenir el carácter y los hechos de su vida.

Otro de los grandes señores de aquella época, *éclairés* al modo del duque Villahermosa, fué su suegro el conde de Fuentes. Es indudable que la falsa filosofía dió un gran paso al declarar á la fe hija de la simplicidad y la cortedad de alcances, porque con esto reclutó lo que podríamos llamar su estado llano, su plebe vocinglera, entre las medianías que creyeron encontrar un diplomade ingenio y de talento haciendo alardes de despreocupación, y los astutos que, comprendiendo bien las corrientes de la época, hicieron por cálculo la misma jugada.

A estos últimos perteneció el duque de Villahermosa; mas el conde de Fuentes, sin dejar de pertenecer á los segundos, perteneció también á los primeros. No era éste de aquel vigoroso temple de los Pignatelli, más aragonés que italiano, que produjo hombres como D. Ramón y D. José, y mujeres como la condesa de Acerra y la duquesa de Villahermosa, gloria el uno de su patria, ornato el otro de la Iglesia, y lustre éstas dos de la grandeza de España y de Nápoles. El conde de Fuentes fué más italiano que aragonés, hombre de mediano talento, natural blando, y para sus intereses abandonado, y tan sólo gran perito en el difícil arte de agradar y amoldarse suavemente á todos los caracteres y todas las circunstancias más ventajosas, cualidad estimable en sus resultados, pero peligrosa en su práctica, por las transigencias no siempre decorosas y lícitas á que de continuo provoca.

Fué el conde de Fuentes primogénito de su casa y único copagador de ella, por haber abrazado el estado eclesiástico y otros cuatro hermanos. Llamóse el mayor de éstos D. Vicente, y fué arcediano de Belchite, sumiller de cortina de Car-

los III y capellán mayor del Real convento de la Encarnación. Seguía á éste el famoso canónigo de Zaragoza D. Ramón, iniciador y protector y director de la grande obra del Canal imperial que fertiliza toda la comarca aragonesa. El tercero fué D. José, el no menos famoso y santo padre Pignatelli, de la Compañía de Jesús, verdadero restaurador de ella en el Pontificado de Pío VII, y cuyo proceso de canonización, entablado ha tiempo, se activa mucho al presente. El más joven, don Nicolás, fué también religioso de la Compañía de Jesús, y murió en Italia antes de la restauración de ésta.

Sucedió el conde de Fuentes en la embajada de Francia al marqués de Grimaldi, y presentó sus credenciales á Luis XV en 26 de Febrero de 1764. Grande era el prestigio del embajador de España en la corte de Francia, después de sancionado en 1761 el famoso *Pacto de familia*. Concedíasele el puesto de honor entre todos los diplomáticos, y honrábale el Rey cristianísimo con grandes distinciones. Para él no había puerta cerrada en Palacio, ni día señalado para hacer la corte á la familia Real, como para los otros embajadores lo estaban los martes. Pagábale el Rey casa en Versalles y en todos los sitios reales, y en ellos podía seguir ó no seguir á la corte, según fuese de su agrado.

Supo el conde de Fuentes aprovechar bien estas circunstancias, y su intimidad con la familia Real llegó á ser tan grande, que todos los días se guisaba en casa del embajador el *puchero* para la Reina María Leczinska, y con mucha frecuencia guisábase también la famosa *olla podrida* española para Mesdames, las hijas del Rey (1).—«No se puede ponde-

(1) Como una curiosidad ofrecemos al lector la receta de esta *regia olla podrida*, copiada de puño y letra del mismo duque de Villahermosa.

Receta para la olla podrida.—Se ponen á cocer cuatro libras de vaca y seis libras de cola de carnero, una gallina, una perdiz, todo bien pumado. Se echan luego chorizos y garbanzos y un codillo de per aperdigado. Estando medio cocida la carne, se saca una porción de caldo para cocer las verduras con especias, y cuando éstas lo están se primen y se echan con la carne y las aves, y en estando todo bien cido se pasa el caldo para la sopa.

rar bien—dice el duque de Villahermosa en una hoja suelta de su diario—lo estimado que está Pignatelli en París. La Reina le dice que no quisiera que se fuera nunca, y desearia tenerlo siempre consigo. El Rey le honra mucho, y porque dejó una noche de cenar, el Rey y la Reina le rifieron, temiendo no le hiciese daño. Generalmente todos le aman, estiman y veneran, y nadie habla mal de él. Es un hombre en quien nada cae mal: todo en él es gracia. Da muchos días de comer, y le oí decir á Mad. de Saint-Constantin que ningún embajador de España había dado tanto hasta ahora, siendo cierto, como todos saben, que se ha rebajado el sueldo una tercera parte.»

Estos gastos y prodigalidades que la alteza de su puesto requería, unidos á la merma del sueldo y al abandono natural del conde, fueron grande parte para quebrantar la casa de Fuentes, más ilustre que opulenta, y hacían de la residencia de los embajadores una mansión verdaderamente señorial á la moda francesa de la época, conjunto de lujo y de despilfarro, de elegancia y de desorden. La condesa de Fuentes, por su parte, participaba del abandono y dejadez de su marido, y aumentábase los en gran manera la traidora enfermedad de pecho que lentamente la minaba y había de llevarla al sepulcro antes de tiempo.

Fué esta señora de mucha hermosura y honradez; mas har- to contemporizadora con las livianas costumbres y malas gen- tes de su época, y tan amiga del trato de éstas, que arrastraba por los salones sus enfermedades y sus penas, secundando con su mucha discreción los trabajos diplomáticos del conde de Fuentes. Fué grande amiga de Rivarol, y una de las ilustres damas que introdujeron en la alta sociedad de París á este elegante, bello y despierto aventurero, que, ocultando tras un condado postizo, la posada de *Los tres pichones*, de que fué due- ño su padre, logró ser uno de los más *espirituales persifleurs* los salones, donde con frecuencia le volvían oportunamen- a pelota. Una noche, después de los sucesos del 4 de Agosto el conde, gran defensor de la nobleza, se desfogaba di- do:

—¡Hemos perdido *nuestros* derechos, *nuestros* títulos, *nuestras* fortunas!...

—¿*Nuestros?*... ¿*Nuestras?*—observó picado el marqués de Créqui.

—Sí, señor, *nuestros* digo... ¿Qué tiene esta palabra de singular?

—Lo que tiene de singular es el *plural*—replicó el verdadero aristócrata.

También fué la condesa de Fuentes grande amiga de aquel famoso y corrompido abate Galiani, encarnación del chiste volteriano en la astucia italiana, que, regalando á Benedicto XIV su curioso muestrario de materias volcánicas del Vesubio, escribió sobre la caja: «*Beatissime Pater: fac ut lapides isti panes fiant*» (1). En Septiembre de 1770 escribía Galiani desde Nápoles al duque de Villahermosa: «He propuesto seriamente á Lersale que se venga á Nápoles, trayéndose cinco ó seis buenos amigos. Fuentes puede venir á ver sus fincas; Egmont y su familia, sus feudos; vos veréis la Palata y Gayano; la condesa de Fuentes encontrará aquí á Rivarol; Gleichen, Milizern y yo estamos ya aquí, y podríamos figurarnos un pequeño París, en Nápoles. Nos haremos la ilusión de estar en una quinta de los alrededores de París, y jugaremos al wisk todo el día... ¿Qué tal vuestros estudios, vuestra Metafísica y vuestra política? ¿Seguís emborronando libros que nunca aparecen? ¿Habéis resuelto el problema de si la fortuna es efecto del acaso, ó del talento del hombre, ó de alguna inteligencia oculta é invisible, que se constituye en su buen ó mal genio?... Yo he creído siempre que la fortuna en el mundo es efecto del azar; con las mujeres efecto del talento, y en el juego efecto de los malos espíritus, porque imposible es que en un solo año me haya ganado la condesa de Fuentes tres mil doscientas cuarenta libras, franco tras franco, sin que el diablo, el diablo más maestro de todos los diablos, se halla metido en ello»

(1) Del *Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*.

(2) Deschamps.—*Les Sociétés secrètes et la société*.

No se crea por esto que la condesa de Fuentes tuviese en particular el feo vicio del juego: era este vicio general en Francia á todos los grandes señores de aquella época, desde tiempos de la Regencia, y no escandalizaba entonces aquel hecho monstruoso de la Princesa de Valois, hija del Regente, joven de diez y ocho años, que, atravesando la Francia para reunirse á su prometido esposo el duque de Módena, llevaba delante banqueros que le preparasen la partida en las posadas, para pasar la noche entera jugando. «Las tertulias de París, dice el duque de Villahermosa, empiezan á las nueve, y de seguida se juegan una ó dos rondas. Se interrumpe el juego para cenar, dejándolo en el estado en que esté, y después se vuelven á emprender las partidas y se sigue jugando otras, regularmente hasta las cuatro ó cinco de la mañana.»

Vivían los condes de Fuentes en París en el hotel de Soyecourt, calle de la Universidad, y pasaba también con ellos su hijo primogénito el marqués de Mora. Fué éste, entre sus hermanos, el más amado de la duquesa de Villahermosa, y más adelante tendremos ocasión de narrar algunas aventuras de su novelésca vida, que coronó muerte tan desventurada. Cuando en 1769 acompañó á su hermana á París, tenía en el ejército del señor Rey D. Carlos III el mando del regimiento de Galicia, era ya viudo de la única hija del conde de Aranda, Doña María Ignacia Abarca de Bolea, y habíale quedado de ella un hijo, que murió de viruelas en 1767, y tuvo siempre á su lado, durante su corta vida, su buena abuela materna. Vivía también en París el segundo hermano de la duquesa, don Luis Pignatelli, casado con la hija única del conde de D'Egmont, nieta política, por su madrastra, del viejo libertino duque de Richelieu, grande amigo de la Du Barry, que quiso impedir la entrada al arzobispo de París, en la cámara de Luis XV moribundo. Seguía á D. Luis su hermano D. Juan, nacido en Madrid con Doña Trinidad Wal, hija de D. Ricard Wal, ministro de Carlos III, y en quien vino á recaer al fin toda la casa de Fuentes. Otros dos hermanos menores tenía también la duquesa de Villahermosa, D. Carlos y Doña

Luisa: aquél fué caballero de Jerusalén, sobrevivió á todos sus hermanos, y debió morir después de 1831: ésta profesó en el Monasterio de las Salesas Reales, y como religiosa ejemplar, allí murió santamente. Esta era en 1769 la familia de la duquesa de Villahermosa.

IV

Hospedáronse al llegar á París los recién casados duques de Villahermosa en el Hotel Soyecourt, y allí permanecieron más de un año, hasta que prepararon para sí otro hotel suntuoso, muy próximo al de sus padres, en la calle de Verneuil.

Hallóse, pues, desde el primer momento la *duquesita*—que por su gracia y juventud así la llamaron todos—en mitad de aquel centro corrompido á donde llegaba el eco de todos los escándalos. Uno que tuvo resonancia europea, y consignamos ya antes, era en aquellos días objeto de censuras, protestas y enérgicas diatribas en todos los salones de la alta nobleza: la presentación de la condesa Du Barry en la corte. Las mujeres, sobre todo, que, según un contemporáneo, se vengaban de la ley sálica imponiéndose á los hombres en todos los terrenos, acusaban al Rey sin reparo, llenaban de impropiedades á la favorita y á la condesa de Bearn, que había tenido la imprudencia de ser madrina en la ceremonia, y confundiendo con su ligereza ordinaria lo grande y lo mezquino, lo vergonzoso y lo frívolo, indignábanlas de igual modo la cínica tenacidad del Rey que la extravagante librea color de rosa de Zamora, el negro de la Du Barry; el hecho vergonzoso de aquella presentación que los alardes elegantes de la favorita, que se había presentado ya dos veces en Misa sin colorete y sin polvos; la ignominia que era aquello para la Corte de Francia que desaire hecho á Choiseul, el ministro alegre y coquetón, “de la aristocracia, tipo, en la apariencia, de aquella noble valiente y elegante, frívola y aventurera, que caminaba r

do y con los ojos vendados hacia el abismo de la Revolución, como hoy camina la sociedad entera hacia el del socialismo. «Jamás he conocido—dice el barón de Gleichen en sus *Recuerdos*—un hombre que despertase como él en torno suyo el buen humor y la animación. Cuando entraba en una sala, parecía registrarse los bolsillos y encontrar allí manantial inagotable de chistes y de bromas».

La marquesa de Bouffleurs llegó á predicar la rebelión abierta, retirándose al mismo tiempo todas las damas de la Corte; y la condesa d'Egmont, la suegra de D. Luis Pignatelli, hermano de nuestra duquesa, escribía á su grande amigo Gustavo III de Suecia, víctima real destinada al puñal de los masones, como Luis XVI lo estaba á la guillotina: «Señor, me han dicho que habéis pedido el retrato de Mad. Du Barry, y aun se ha llegado á decir que le habéis escrito. Yo lo he negado sin titubear; pero de tal manera me lo afirman, que os suplico me autoricéis para desmentirlo rotundamente. No; esto no puede ser». Tres meses más tarde, añade: «Espero respuesta á lo del retrato de Mad. Du Barry. Dignáos, pues, darme vuestra palabra de honor de que ni lo tenéis ni lo tendréis jamás».

Estas indicaciones y estas protestas, á que hacían coro el duque de Villahermosa y la familia toda de Fuentes, engañaron por completo el candoroso ánimo de la duquesa, y comenzaron á fijar de una vez y para siempre sus ideas sobre los hombres y las cosas. Creyó al pronto aquella algarada hija del sentimiento de la propia dignidad herida, del amor á la moral cristiana ultrajada, y estas sanas y nobles ideas llenaron su alma de paz y de contento, disipando los temores despertados durante los días de su viaje por las escandalosas relaciones de su hermano el marqués de Mora y D. Jorge Azlor Aragón, su cuñado.

El escándalo existía, en efecto; pero era uno solo el escandalo, por más que fuese este uno el primero de todos; y lo más, la parte más alta, la más ilustre, numerosa é influyente, protestaba indignada contra el escándalo, en nombre

de la dignidad y la moral cristiana. La pobre duquesita, satisfecha con esto, no abandonó su cándido optimismo.

Mas cuando su natural perspicacia y su claro entendimiento y el raro dón de observación que poseyó desde niña la hicieron profundizar bien pronto el terreno que pisaba; cuando llegó á entender que todos aquellos pudores sublevados ante el escándalo de la Du Barry se habían doblegado servilmente al escándalo, no menos vergonzoso, y aún más tiránico, de la Pompadour; que la dignidad y la moral eran hipócritas pretextos, y la política y el interés de partido verdaderas causas; que aquella puritana marquesa de Bouffleurs, era la misma Bouffleurs que llamó Voltaire la *Dame de Volupté*, cínica hasta el punto de componerse á sí misma, pues tuvo pujos de poeta aquel epitafio:

*Ci-git, dans une paix profonde,
Cette Dame de Volupté
Qui, pour plus grandé sûreté,
Fit son paradis de ce monde (1);*

que aquel Choiseul, querido y ensalzado, chistoso y alegre, era el antiguo amigo, protegido y protector de la Pompadour, convertido de repente en austero moralista, por no haber logrado colocar en el puesto de la Du Barry á su hermana la duquesa de Gramont, infeliz mujer destinada al cadalso, como lo estaba también la favorita; el burlón sacrilego, impío hasta más allá de la tumba, que había de excomulgarse á sí mismo, mandándose enterrar en mitad del campo, lejos de todo lugar sagrado; entonces, decíamos, un desaliento muy semejante al terror invadió su alma, creyéndose condenada á vivir, sola y sin apoyo, en aquellas ciudades malditas, en que la misericordia misma de Dios no encontró siete justos, y á su inocente optimismo de antes sucedió ese negro y h

(1) Aquí yace en profunda paz,—Aquella *Dame de Volupté*,—para mayor seguridad,—Hizo su paraíso de este mundo.

do pesimismo que suele acompañar por algún tiempo en la juventud á la pérdida de las primeras ilusiones.

Otro suceso famosísimo, que tuvo también gran resonancia, vino entonces á encauzar las ideas en aquella reflexiva cabecita, que supo recorrer en pocos meses las varias etapas de la vida que recorren en muchos años los más de los hombres.

Un día corrió por París la noticia de que madame Luisa de Francia, la más joven de las hijas de Luis XV, había abandonado la corte. El suceso, tal como un autor lo ha conservado, se refería de este modo: Dos días antes, muy de mañana, Mad. Luisa pidió una carroza y ordenó á su dama de honor la Princesa de Ghistelles, y á su caballero *monsieur d'Haranguier de Quincerot*, que se aprestasen á acompañarla. La princesa tardó bastante en bajar, y presentóse al fin con un vestido de seda completamente liso, una gran mantelleta negra en que se envolvía y un sombrero alto con un solo lazo color de rosa. Subió al coche y dió lacónicamente la orden de ir á San Dionisio. Cuando la carroza entró en las calles que llevan á la famosa Abadía, tumba de los Reyes de Francia, Mad. Luisa volvió á decir con igual laconismo:

—A las Carmelitas Descalzas.

Había allí, en efecto, un pobre convento de estas religiosas, mezquino en su fábrica, triste en su aspecto, y tan escaso de rentas, que forzosamente aumentaba la penuria con frecuencia la austeridad de la regla. Cuatro días antes de estos sucesos, la humilde comunidad había comenzado una Novena á su Santa Madre la gran Teresa de Jesús para impetrar del Cielo el pan nuestro de cada día, que comenzaba á faltarle. Allí se dirigió la carroza de Mad. Luisa, y allí se apeó la Princesa, traspassando los modestos umbrales del claustro, mientras en el lóbrego y oscuro locutorio aguardaban la Dama de honor y el caballero. Creyeron éstos que la Princesa venía á salir una vez oída la Misa de comunidad en el coro mismo de las religiosas; pero su sorpresa fué grande cuando, después de una buena pieza de tiempo, hízoles en-

trar en el claustro la misma Mad. Luisa, y allí les ordenó regresar solos á Versalles, después de mostrarles una orden terminante de su padre el rey Luis XV, fechada en Choisy, en que la autorizaba para quedarse de novicia en las Carmelitas Descalzas.

Corrió al punto la estupenda nueva por Versalles y París, y entonces comenzaron los comentarios y averiguaciones. Súpose que aquella santa resolución era muy antigua en la Princesa, y que tan sólo la había confiado al abate Terney, su confesor, y á monseñor de Beaumont, arzobispo de París. Este santo hombre, que, según un autor, llevó en muchas circunstancias de su vida la virtud hasta la audacia, fué el encargado por Mad. Luisa de pedir al Rey la licencia. Dió-sela éste después de dolorosas lamentaciones, y enviósela desde Choisy, con este billetito, que inserta M. de Saint-Aumande en sus estudios sobre *Las mujeres de Versalles*, de donde hemos sacado preciosos datos. «Te abrazo con todo mi corazón, querida hija mía, y te envío la orden que me pides para tu marcha. Haré lo que desees por tus criados y todos tus otros encargos. No puedo dedicarte esta noche más que estas cuatro palabras, corazoncito mío, porque es muy tarde.»

Declase también que el dolor y la sorpresa de las otras tres hijas de Luis XV, Mesdames Adelaida, Victoria y Sofía, habían sido grandes; mas, pasado este primer movimiento natural y espontáneo, la profunda religiosidad de aquellas Princesas hízoles reconocer la abnegación de la real novicia y escribiéronla al punto amorosamente. Mad. Adelaida le decía (1): «Puedes figurarte, mejor de lo que yo puedo decirte, lo que ha pasado y pasa todavía en mi corazón. Mi dolor iguala á mi sorpresa; pero, si eres feliz, eso me basta. Ruega á Dios por mí, corazón mío, ya que conoces mis necesidades,

(1) M. de Barthelemy inserta estas dos cartas en su libro sobre *hijas de Luis XV*, donde tan probadas quedan las virtudes de estas tres Princesas, cuyos únicos defectos fueron los propios de su edad y de estado.

que son hoy más que nunca apremiantes. Ciertamente que iré á verte en cuanto pueda, y podré en cuanto tú quieras recibirme sin que te moleste. Adiós, corazón mío; me voy á las Tinieblas, donde me temo estar muy distraída. Quiéreme siempre, y cree que te pago.»

La carta de Mad. Sofia estaba concebida en estos términos, no menos expresivos y cariñosos:

«Si no volví á hablarte, corazón mío, de la sospecha que siempre tuve de que deseabas ser religiosa, fué porque no creí que lo efectuasess nunca. Te perdono de todo corazón el no haberme dicho nada. Tu sacrificio es hermoso, porque es voluntario. Pero cree que, aunque no lo sea, el que me obligas á hacer á mí al dejarnos no es menos duro. Puedes estar segura, corazón mío, de que te amo y te amaré toda mi vida, é iré á verte de muy buena gana en cuanto tú me lo permitas. Te abrazo con toda mi alma».

Todo esto oía la duquesa de Villahermosa y llegaba á su corazón con esa, por decirlo así, *persuasiva claridad* con que envía Dios á las almas justas las luces de su gracia. Había ella visto pocos días antes á Mad. Luisa en todo el esplendor y magnificencia de la Corte... El día de Año Nuevo hubo en Versalles lo que se llamaba entonces *grand couvert*, comida de gala celebrada en público, en el gran salón del primer piso situado entre la sala de guardias y el salón de la Reina. La condesa de Fuentes había de asistir al banquete, y la duquesa, que aun no estaba presentada en la Corte y mostraba á ello gran repugnancia, fué con su hermano D. Luis y su cuñada la condesa d'Egmont, hija, á uno de los sitios reservados, desde donde las personas de distinción podían gozar del espectáculo sin confundirse con los buenos *burgueses* de París, que acudían presurosos en estos días á presenciar la comida de la Real Familia.

El lujo en la mesa era en aquel tiempo portentoso, y dábale mayor realce en semejantes días el ponerse de manifiesto en grandes aparadores las ricas vajillas de oro y plata de la Corona, porque la comodidad las había ya relegado en

aquella época, sustituyéndolas con porcelanas de Sevres, de China, y de Sajonia. Formaban los centros en la mesa verdaderos muestrarios de objetos de arte, que la cubrían casi toda, entrelazándose con flores y primorosos dibujos hechos en el mantel con arena, azúcar y miga de pan coloreada. Un tal Carade, famoso maestro en este arte, presentó en la mesa del Príncipe de Condé, en Chantilly, un paisaje nevado, cuyo hielo, hecho de azúcar, se derretía poco á poco durante la comida con el calor natural, viéndose entonces deshelarse los ríos, reverdecer los árboles, abrirse las flores y suceder al invierno la primavera.

El Rey presidía la mesa, y sólo se sentaban á ella los miembros de la Familia Real; los mismos Príncipes de la sangre presenciaban tan sólo la comida, de igual modo que prescribía la etiqueta á los demás señores de la Corte. Allí estaban aquel día el anciano duque de Penthièvre y su nuera; ya viuda, la famosa y desventurada Princesa de Lamballe. Las Princesas y Duquesas, todas en traje de corte, conversaban con las personas Reales, sentadas en taburetes sin respaldo; las demás señoras permanecían de pie. La condesa de Fuentes hallábase también sentada, por gozar de este privilegio todas las grandes de España.

La duquesa de Villahermosa había visto ya á Luis XV en la capilla de Versalles, viejo entonces de sesenta años, pero conservando aún todos los rasgos de su arrogante figura y aquel sello verdaderamente regio propio de un Monarca del antiguo régimen. Mas aquel día vió además por primera vez al futuro Luis XVI, Delfin entonces; á sus hermanos los Condes de Provenza y de Artois y las Princesas Clotilde é Isabel, niña ésta de cinco años, y á las cuatro Mesdames hijas del Rey, Adelaida, Victoria, Sofía y Luisa. Esta última habíale parecido á la duquesa lo mismo que todas, y en su pesimismo de entonces á todas las miraba por el prisma de la Du Barry, que allí se hallaba presente prestando á la Familia Real, y aun á la corte entera, su negra y vergonzosa sombra. Mas cuando, un mes después, supo que aquella arrogante

Princesa, que no exceptuó de su general anatema, se había convertido, por su propia voluntad, en humilde novicia descalza; cuando trocó en su imaginación sobre la persona de la Princesa aquellos brocados y encajes, polvos y diamantes que le parecieron allí la librea del vicio, por la jerga y la estameña y las sandalias de las austeras carmelitas; cuando se figuró á la Real hija de Francia saliendo del lavadero de preparar la lejía, como la encontró Mad. de Campan, y lo contó á todo el mundo, y lo dejó luego consignado en sus *Memorias*, una clara luz del cielo rasgó para siempre su amargo pesimismo, como una negra nube que un rayo de sol deshace...

Luego en todas partes se podía ser buena y santa; luego en aquel mismo pantano de Versalles existía un alma justa al lado mismo de la Du Barry, como en la misma tierra y con los mismos jugos crecen y se alimentan la rama de cicuta y el tallo de un lirio... ¡Ah! Si el velo del porvenir se hubiera rasgado entonces ante los ojos de la duquesa, hubiera visto más todavía; hubiera visto al lado de aquel Rey disoluto, verdadera personificación del vicio, una niña destinada á ser Santa, Mad. Clotilde, á quien ella misma había de encontrar años después en Turín, y venerar más tarde en los altares; hubiera visto á otra niña, Mad. Isabel, destinada á subir al cielo desde el cadalso, llevando la blanca túnica de su inocencia recamada con la sangre del martirio!...

Esta lección provechosa hizo conocer á la duquesa que se había engañado entonces creyéndolo todo malo, como se había engañado antes creyéndolo todo bueno; que abundan igualmente en la vida el bien y el mal, mezclados y confundidos, y que no está la verdadera ciencia de mundo en creerlo todo negro, como piensan muchos, ni en creerlo todo color de rosa, como piensan pocos, sino en profundizar las apariencias, y distinguir los matices, y separar los que tienen color de cielo de los que sólo reflejan lodo de la tierra. Comprendió que el vicio se ve por todas partes, porque es insolente y se mete por los ojos, y la virtud escasea á la vista, porque, como modesta, se oculta y es necesario buscarla. Comprendió

en fin, lo que más le interesaba á ella; que no hay posición ni estado, por altos y peligrosos que sean, en que falte al alma de buena fe la gracia necesaria para ser santa, sí es la voluntad divina, y no la ambición y la vanagloria, la que allí la ha colocado.

Mas no se contentó la duquesa con estériles reflexiones, sino que quiso reducirlas á la práctica, y por eso preguntó, indagó, averiguó y supo muchas cosas. Supo que aquella Princesa Real que seguía en todo la vida de la corte, con la majestad y el señorío que requería su rango, hacía ya de muchos años atrás, en silencio, su aprendizaje de religiosa; que bajo los brocados y terciopelos y la finísima holanda llevaba siempre la camisa de estameña y el áspero cilicio de las Carmelitas; que por las noches, cuando, sola en sus habitaciones, nadie la observaba, apagaba ella misma el fuego para hacerse al frío, y encendía, en vez de las bujías perfumadas, las velas de sebo que eran de regla en el convento, para acostumbrarse á aquel pestífero olor que la causaba particular repugnancia.

Supo también que aquella amable Princesa, que jamás hizo á nadie desaire, tampoco otorgó nunca su amistad á quien no la mereciese, y sólo dispensó su confianza al arzobispo de Beaumont, un santo; al Duque de Penthièvre, modelo de Príncipes; al abate Terney, su confesor, y á la Princesa de Marsan, virtuosísima aya de las hijas de Francia.

Y mientras una niña de quince años, á quien el mundo brindaba con todos sus deleites, en el ejemplo de Mad. Luisa la luz y el camino que á tientas buscaba, *La Mujer Voltaire*, la impía vieja Du Deffand, que al pie de *su tonel* tenía ya abierta la sepultura, escribía desde este mismo *tonel*, dando la noticia: «Este suceso no ha hecho gran sensación. Las gentes se encogen de hombros, lamentan su pequeño espíritu, y hablan de otra cosa».

¡Sabia marquesa!... Es fácil que, repasando su vida, la luz de la eternidad, la haya modificado en parte

aquella frase del Espíritu Santo, que pronunciará el impío á la vista del justo que despreció, rechinando los dientes:

—¡Y nosotros, insensatos, teníamos su vida por locura!... (1).

PADRE LUIS COLOMA, S. J.

(Concluirá).

(1) Del *Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*.

NICOLÁS COPÉRNICO Y LOS ASTRÓNOMOS ESPAÑOLES

I

Todo lo que en la Naturaleza se da, todas sus manifestaciones, todos los organismos más ó menos complicados, en fin no proceden de otra cosa, no tienen otro origen, sino la materia, esa materia que va siempre acompañada de un dinamismo, de una fuerza que le es peculiar, que nunca le abandona y que ambas á dos son las causantes de esos astros, de esos millones de mundos, que pueblan el espacio, y que bajo la forma de estrellas aparecen á nuestra vista, de los minerales, de las plantas, de todos los seres de la escala zoológica, que vemos y observamos en el planeta Tierra, uno de los más infinitamente pequeños de todos los seres siderales que regidos por leyes, sabias y admirables, vagan á través de las ondas de eter que llenan el espacio incalculable é infinito, como incalculable é infinita es la obra grandiosa del Universo, la magna maravilla de la Naturaleza.

Allá en edades remotísimas cuya antigüedad tan lejana no alcanza ni puede definir la imaginación humana, formáronse diversos montones de materia acompañada siempre de energía, que obrando mutuamente y merced á impulso propio, origináronse masas enormes de substancia diversa entre sí; pero una en su esencia que dieran formas distintas á esos, como he dicho antes, montones de materia, á los que su propio dinamismo había caracterizado de un movimiento regu-

lar necesario para su existencia misma, que sirviese de auxiliar, de tributario por decirlo así, de esa fuerza inherente á toda partícula de la materia, que se llama atracción universal.

Pero como el perfeccionamiento, objeto final de la obra transformista que en el Universo continuamente se efectúa, necesita que los materiales que en un principio sirvieron, se renueven incesantemente porque lo que es viejo y caduco, carece de energía para crear y mejorar, es preciso, una razón biológica fundamentada en esto mismo, ordena y determina que las formas, que en el período de la transformación han nacido, mueran y se disgreguen un día, para que la materia que siempre está viva cree y forme de nuevo, auxiliada por su energía misma seres distintos y cada vez más perfectos.

Hubo, pues, necesidad, que los primeros seres siderales, los primeros astros—si es que puede haber prioridad en objetos y cosas cuya existencia es eterna—cesasen en su vida, se extinguiesen en ellos la regularización del movimiento, y vagando sin dirección fija por el espacio, chocasen con otros que se encontraban en las mismas condiciones, formándose en virtud á este choque una cantidad tal de calórico, que acompañando á los infinitos fragmentos en que estos astros se fraccionaran, diese lugar á esas nebulosas ó soles, estrellas fijas, que posteriormente lanzaron fuera de sí, otros fragmentos incandescentes que han constituido á no dudarlo, los sistemas planetarios, ó mundos habitados que giran alrededor de ellos, regulados por las fuerzas centrípeta y centrífuga, y entre los cuales cuéntase como quizá uno de los más insignificantes el nuestro, del que la Tierra forma parte.

Trabajando siempre en este sentido el artístico y sabio buril de la Naturaleza, ha llegado á formar esa maravillosa ensarta de mundos que tachonan el cielo y cuyos volúmenes son tan enormes, y cuyo estudio tan maravilloso, que nuestro planeta es á su lado lo que un grano de arena en la inmensidad del Océano.

La astronomía ó la ciencia que da á conocer estas maravillas, es eminentemente racionalista. Ella es la que primero introdujo en el espíritu humano la idea de las leyes de la Naturaleza haciendo que huyese del cerebro del hombre esas ideas reveladas, esas mistificaciones de las leyes naturales que ciertos espíritus superiores de las primitivas generaciones hicieron tal vez para refrenar las pasiones animales del sér racional que siempre sobreponense á las morales, allí donde no existe cultura, en que son desconocidos los deberes que crecen y adquieren desarrollo, á medida que se desarrolla y crece sublimizándose en la conciencia humana, la idea santa del derecho, que en mi sentir fervorosamente racionalista no reconoce otra raíz, sino la necesidad, la suma de elementos, ya sean físicos, ya morales precisos para la manutención de la vida animal, y de ese dinamismo, de ese estado de fuerza, por decirlo así, que va experimentando la materia en el organismo humano, á medida que éste adquiere robustez y firmeza.

«Es la astronomía—dice el gran Laplace—por la dignidad de su objeto y la perfección de sus teorías, el monumento más hermoso del espíritu humano y el título más noble de su inteligencia; seducido por las ilusiones de los sentidos y por el amor propio, consideróse el hombre largo tiempo como centro del movimiento de los astros, siendo castigado su vano orgullo por los terrores que esos mismos astros le inspiraban. Finalmente muchos siglos de trabajos desgarraron el velo que le ocultaba el sistema del mundo y se vió entonces sobre un planeta casi imperceptible en el sistema solar, cuya vasta extensión, á su vez es tan solo un punto insensible en la inmensidad del espacio. Los sublimes resultados á que le condujo este descubrimiento, son bastante á propósito para consolarlo del rango que asigna á la tierra, mostrándole su propia grandeza en la extrema pequeñez de la base que le ha sido para medir los cielos. Conservemos cuidadosamente mentemos el depósito de conocimientos, de tanta alta delicia de los seres que piensan; sus servicios á la navega-

y á la Geografía son muy importantes; pero su mayor beneficio está en haber disipado los temores causados por los fenómenos celestes y destruído los errores, hijos de la ignorancia en que estábamos de las verdaderas relaciones que nos ligan con la naturaleza, errores y temores que renacerían tan pronto, como se extinguiese la antorcha de la ciencia.»

Ya he dicho más arriba que todas, absolutamente todas las estrellas fijas, ó soles que se cuentan por millares, constituyen otros tantos centros de sistemas de mundos, no habitados, pues hasta ahora, no se ha averiguado que en el centro de estos sistemas esté desarrollada la vida orgánica, sino en aquellos seres siderales dotados de especialísimas condiciones, por no ser en ellos tan fuerte la acción de esos agentes mantenedores y destructores al mismo tiempo de los organismos, según sus proporciones, que llevan el nombre de calor, luz y electricidad, este último derivado de la acción combinada de los dos primeros.

Los planetas que son los cuerpos que alrededor de estos astros superiores giran ó dan vueltas, no deben su origen según la ciencia demuestra, sino á fragmentos desprendidos de los respectivos centros de los sistemas á que pertenecen, fragmentos en un principio incandescentes y que al enfriarse han dado lugar á la formación de elementos inorgánicos, de cuerpos simples, que mediante transformaciones sucesivas, han formado el biógeno, base y fundamento de toda substancia, de todo elemento orgánico. Estos organismos han ido perfeccionándose por virtud de un proceso análogo, de idénticas leyes, á las que en ellos rigen, para el desarrollo y crecimiento de las facultades intelectuales y morales, que están en razón directa de la mayor potencia de la firmeza y desarrollo que hayan adquirido las facultades físicas.

Así vemos que un niño al nacer, no tiene voluntad propia, no puede distinguir lo bueno de lo malo, no tiene, en una palabra, ni vestigio de esas tres maravillosas facultades, la memoria, la voluntad y el entendimiento que son la característica de ese dinamismo inherente á la materia, pero que en

las formas animadas adquieren mayor cuerpo y más que en ningún otro ser, en el llamado racional, con el fin de que pueda representarse, pueda darse cuenta en su interior de los objetos y cosas que á su exterior se sucedan.

Se extingue este estado dinámico, se descompone, muere con el organismo su facultad de representarse los objetos exteriores, pero no muere la materia que lo ha formado y que ha dado lugar á ese asombroso dinamismo. Esta es eterna, y vuelve á aparecer en la larga continuidad del tiempo, revisitando formas quizá más perfectas que las que antes tuvo; tal vez intervenga en esta selección, es posible que en ella tenga una influencia decisiva, la perfección á que llegó en el estado anterior, al estar caracterizada de esas facultades excepcionales por no decir maravillosas, que ponen en relación continua al interior de un cuerpo con el exterior del mismo.

Los planetas se dividen en tres clasificaciones, llamados planetas propiamente dichos, satélites y cometas.

Los planetas propiamente dichos se hallan dotados de dos movimientos, de translación el uno y de rotación el otro; esto es: que para mantenerse en el espacio, necesitan una fuerza que constantemente los atraiga, una fuerza que nazca y se derive de la atracción universal misma, que como he dicho antes, no es otra cosa, sino la fuerza inherente á toda partícula de la materia, y la fuerza mencionada, es la centrípeta que en unión de la centrífuga, ó realización de esa cualidad de todo cuerpo de libertarse del objeto que le tiene apresado, constituye la base de los sistemas planetarios, la unidad en medio de la variedad y de la sencillez, ley eterna que preside constantemente al Universo.

Respecto al movimiento de rotación ¿qué otro fin puede tener sino limitar, templar en lo posible, el movimiento de translación, porque lo contrario, sería la ruptura de esa armonía natural, enemiga eterna de la paralización y de la mu

He aquí ahora los planetas más principales de nuestro sistema solar, que como queda ya manifestado es casi invisible en la inmensidad del espacio:

Nombres de los planetas.	Tiempo que duran sus revoluciones siderales.	Distancia á que se encuentran del Sol.	Autores y fecha de su descubrimiento.
	Días.		
Mercurio.	87-9692578	0-3870987	
Venus.	224-7007869	0-7233322	
La Tierra.. . . .	365-2563744	1-0000000	
Marte.	686-9796458	1-5236913	
Júpiter.. . . .	4-332-5848212	5-202798	
Saturno.	10-759-2198174	9-538852	
Urano.	30-686-820830	19-182639	Williams Herschell, 13 Marzo 1781.
Neptuno.	60-126-72	30-03697	Le Verrier, 1.º Junio 1846.
Flora.. . . .	1193-231	2-201727	Hind, 18 Octubre 1847.
Ariadna.. . . .	1194-373	2-202880	Pogson, 15 Abril 1857.
			Petes y Suffort, 12 Febrero 1862.
Feronia.. . . .	1245-976	2-266077	
Eunomia.. . . .	1246-949	2-267256	De Gasparis, 29 Julio 1851.
Harmonia.	1247-333	2-267723	Goldschmidt, 31 Marzo 1856.
Melpomene.. . . .	1270-437	2-295639	Hind, 24 Junio 1852.
Sapho.	1271-047	2-296375	Pogson, 2 Mayo 1864.
Victoria.	1301-419	2-332812	Hind, 13 Septiembre 1850.
Euterpe.	1313-566	2-347304	Hind, 8 Noviembre 1853.
Vesta.	1324-767	2-360630	Olbers, 29 Marzo 1807.
Clio.. . . .	1525-694	2-361731	Lultur, 25 Agosto 1866.
Urania.	1328-945	2-365591	Hind, 22 Julio 1854.
Némansa.. . . .	1329-667	2-366448	Lanrent, 22 Enero 1858.
Amalthea.	1337-951	2-376265	Lultur, 12 Marzo 1851.
Artemisa.. . . .	1341-060	2-379946	Watson, 16 Septiembre 1868.
Iris.	1346-371	2-386225	Hind, 19 Agosto 1847.
Metis.	1346-727	2-386646	Graham, 26 Abril 1848.
Eco.. . . .	1353-143	2-394219	Fergusson, 15 Sep. 1860.
Ausonia.	1355-639	2-397163	De Gasparis, 10 Feb. 1861.
Phosea.. . . .	1358-948	2-401061	Chacornac, 6 Abril 1853.
Massalia.	1365-949	2-409302	De Gasparis, 16 Sep. 1852.
Asia.	1376-511	2-421706	Pogson, 17 Abril 1861.
Uyza.	1377-979	2-423427	Goldschmidt, 27 Mayo 1857.
Hebe.. . . .	1379-635	2-425368	Henck, 1.º Julio 1847.
Beatriz.. . . .	1384-982	2-434631	De Gasparis, 26 Abril 1865.
Iphigenia.. . . .	1385-135	2-431810	C. H. F. Peters, 19 Sep. 1870.
Lutetia.. . . .	1388-236	2-435442	Goldschmidt, 15 Nov. 1862.
Isis.. . . .	1392-137	2-439998	Pogson, 23 Mayo 1856.
Fortuna.	1393-301	2-441357	Hind, 22 Agosto 1852.
Euryome.	1394-965	2-443317	Watson, 14 Septiembre 1863.
Parthenope.	1402-106	2-451633	De Gasparis, 11 Mayo 1850.
Thetis.	1420-130	2-472598	Lultur, 17 Abril 1852.
Hestin.	1470-161	2-530335	Pogson, 16 Agosto 1857.
Julia.. . . .	1487-184	2-549831	Stephan, 6 Agosto 1866.
Amphitriste.	1491-591	2-554866	Marth, 1.º Marzo 1857.
Egina.	1494-656	2-558364	Borelly, 4 Noviembre 1866.

Nombres de los planetas.	Tiempo que duran sus revoluciones siderales.	Distancia á que se encuentran del Sol	Autores y fecha de su descubrimiento.
	Días.		
Atea..	1509-798	2-587503	C. H. F. Peters, 14 Ag. 1870.
Egeria..	1510-893	2-576860	De Gasparis, 2 Nov. 1850.
Astrea..	1511-369	2-577400	Hencke, 8 Diciembre 1848.
Helena..	1516-252	2-582948	Watson, 15 Agosto 1868.
Irene.	1518-287	2-585260	Hind, 19 Mayo 1851.
Pomona.	1519-644	2-587799	Goldschmidt, 26 Oct. 1854.
Meleta..	1529-341	2-597793	Goldschmidt, 9, Sep. 1757
Panope.	1542-834	2-613050	Goldschmidt, 5 Mayo 1861.
Calypso.	1548-833	2-619817	Lultur, 4 Abril 1851.
Diana.	1550-479	2-621675	Lultur, 15 Marzo 1863.
Thalía.	1558-368	2-630560	Hind, 15 Diciembre 1852.
Fides.	1568-875	2-642371	Lultur, 5 Octubre 1855.
Virginia.	1576-563	2-650995	Lultur, 19 Octubre 1857.
Maía.	1576-791	2-651252	Tuttle, 9 Abril 1861.
Yo.	1579-114	2-653855	C. H. F. Peters, 19 Sep. 1865.
Proserpina.	1581-093	2-656071	Lultur, 5 Mayo 1853.
Casandro..	1585-238	2-660712	C. H. F. Peters, 23 Jul. 1871.
Miriam.	1586-718	2-662306	C. H. F. Peters, 22 Ag. 1868.
Clytia.	1588-771	2-664664	Tuttle, 7 Abril 1862.
Juno..	1592-304	2-668613	Harding, 1 Septiembre 1804.
Clotho.	1592-737	2-669097	Tempel, 17 Febrero 1868.
Eurydice.	1593-378	2-669812	C. H. F. Peters, 22 Sep. 1862.
Frigga.	1596-791	2-673624	C. H. F. Peters, 15 Nov. 1862.
Angelina.	1603-339	2-680928	Tempel, 4 Marzo 1861.
Yantho..	1606-576	2-684535	C. H. F. Peters, 18 Ab. 1868.
Cireca.	1608-226	2-686373	Chacornac, 6 Abril 1855.
Lydia..	1612-515	2-691147	Borelly, 19 Abril 1870.
Felicitas.	1616-475	2-695556	C. H. F. Peters, 16 Oct. 1869.
Concordia..	1620 815	2-700373	Lultur, 10 Abril 1860.
Hera.	1624-019	2-703932	Watson, 7 Septiembre 1868.
Alejandra.	1628-850	2-709332	Goldschmidt, 10 Sep. 1858.
Alysupia.	1632-282	2-713096	Chacornac, 12 Sep. 1860.
Eugenia.	1638-986	2-720519	Goldschmidt, 27 Junio 1857.
Leda.	1656-604	2-739980	Chacornac, 12 Enero 1856.
Atalante.	1661-512	2-745390	Goldschmidt, 5 Octubre 1857.
Minerva 1. ^a	1669-161	2-753808	Watson, 24 Agosto 1867.
Alcmena.	1669-977	2-754706	Lultur, 27 Noviembre 1864.
Niobia.	1671-299	2-756160	Lultur, 13 Agosto 1861.
Pandora.	1673-945	2-759068	Searle, 10 Septiembre 1858.
Ceres.	1680-752	2-766541	Piazzi, 1. ^o Enero 1801.
Thisbea.	1681-204	2-767038	C. H. F. Peters, 20 Jun. 1866.
Dophnea.	1681-535	2-767402	Goldschmidt, 22 Mayo 1856.
Pallas.	1683-523	2-769582	Olbers, 28 Marzo 1802.
Leticia.	1684-447	2-770595	Chacornac, 8 Febrero 1856.
Balbona.	1688-546	2-775089	Lultur, 1. ^o Marzo 1854.
Galathca.	1691-676	2-778516	Tempel, 29 Agosto 1862.

Nombres de los planetas.	Tiempo que duran sus revoluciones siderales.	Distancia á que se encuentran del Sol.	Autores y fecha de su descubrimiento.
	Días.		
Leto.	1693-400	2-780404	Lultur, 29 Abril 1861.
Lomia.	1699-73	2-7873	Borelly, 12 Septiembre 1871.
Dike.	1742-546	2-833942	Borelly, 28 Mayo 1868.
Terpsicore. . . .	1760-450	2-853321	Tempel, 30 Sep. 1864.
Polymnia.	1752-731	2-862496	Chacornac, 28 Octubre 1854.
Aglae.	1788-379	2-883421	Lultur, 15 Septiembre 1857.
Calliope.	1812 275	2-909049	Hind, 16 Noviembre 1852.
Psyquea.	1823-702	2-921265	De Gasparis, 17 Marzo 1852.
Hesperia.	1876-997	2-977903	Schiaparilli, 29 Abril 1861.
Danae.	1882-244	2-983451	Goldschmidt, 19 Sep. 1860.
Lencothea.	1895-100	2-997020	Lultur, 19 Abril 1855.
Eglea.	1849-702	3-054314	Coggia, 17 Febrero 1868.
Arithasa.	1963-576	3-068786	Lultur, 23 Noviembre 1867.
Palear.	1976-746	3-082494	Goldschmidt, 19 Sep. 1857.
Hécate.	1990-130	3 096390	Watson, 11 Julio 1868.
Europa.	1993-498	3-099883	Goldschmidt, 6 Feb. 1858.
Doris.	2002-687	3-109402	Goldschmidt, 19 Sep. 1859.
Semclé.	2005-164	3-111990	Teitjeu, 4 Enero 1868.
Erato.	2020-613	3-127929	Forster y Lesser, 14 Sep. 1860.
Antiope.	2028-991	3-136570	Lultur, 1.º Octubre 1866.
Themis.	2033-839	3-141564	De Gasparis, 6 Abril 1853.
Euphrosina. . . .	2042-5264	3-150503	Fergusson, 1.º Sep. 1853.
Hygia.	2043-386	3-151388	De Gasparis, 14 Abril 1849.
Clymenea.	2043-166	3-151162	Watson, 13 Sep. 1868.
Mnemosyve. . . .	2049-128	3-157288	Lultur, 22 Septiembre 1897.
Aurora.	2052-168	3-160409	Watson 6 Septiembre 1867.
Dionea.	2056-119	3-164466	Watson, 10 Octubre 1868.
Minerva 2.ª. . . .	2071-091	3-179810	Watson, 13 Sep. 1868.
Undina.	2083-309	3-192302	C. H. F. Peters 7 Jul. 1867.
Hécuba.	2113-988	3-223567	Lultur, 2 Abril 1869.
Freia.	2276-197	3-386424	Darrest, 21 Octubre 1862.
Mascimiliana. . .	2309-979	3-419849	Tempel, 8 Marzo 1861.
Sylvia.	2385-626	3-494109	Pogson, 16 Mayo 1866.

En cuanto á los satélites, se denomina así á aquellos planetas secundarios que describen alrededor de sus planetas principales, elipses, observando idénticas leyes que las que éstos siguen en su movimiento en torno del sol.

Según astrónomos eminentes, los satélites que es de suponer existan en otros sistemas planetarios, deben su origen á fragmentos desprendidos de los planetas y que siguen el mo-

vimiento que éstos les imprimieron del mismo modo que ellos siguen el que el sol, les imprimiera en lejana edad.

En nuestro sistema planetario conocemos 20 satélites, pues aunque Lassel opina que existen dos más en el planeta Urano, Herschel cree que son seis y esta es la opinión generalmente seguida por los sabios.

En los satélites de este sistema, la rotación es igual, dura el mismo tiempo que sus revoluciones en torno de sus respectivos planetas.

La revolución de los satélites alrededor del planeta principal efectúase, excepto en los de Urano, en el mismo sentido que la revolución de aquél en torno del sol.

Los seis satélites de Urano se mueven en un plano perpendicular al plano general del sistema solar.

He aquí los nombres de los satélites, que según modernísimos astrónomos creen haberlos aumentado con el descubrimiento de dos en el planeta Marte.

Planetas al rededor del cual giran	Nombres de los Satélites.	Distancia á que se encuentran del planeta.	Tiempo que duran sus revoluciones en torno del planeta.	Autores de su descubrimiento y fecha en que éste se hizo.
			d. h. m. s.	
Saturno. . .	Mimas. . .	47.988 leg.	0.22.37.22	Herschel en 1839.
»	Encelado. .	61.600 »	1. 8.53. 6	Idem íd.
»	Téthys. . .	75.646 »	1.22.18.25	Cassini en 1684.
»	Dionea. . .	97.800 »	2.17.41. 8	Idem íd.
»	Rhea. . . .	136.374 »	4.12.25.10	Idem en 1672.
»	Titan. . . .	315.866 »	15.22.41.25	Huyghens en 1655.
»	Hyperion..	442.600 »	21. 7.12. 8	Bond y Lassel en 1848.
»	Japlot.. . .	922.000 »	79. 7.53.40	Cassini en 1671.
Urano. . . .	Primero. . .	»	2. 5.20	Lassell en 1851.
»	Segundo.. .	»	4. 1.44	Idem íd.
»	Tercero.. .	»	8. 9.86	Herschell en 1837.
»	Cuarto. . .	»	13. 8.46	Idem íd.
Júpiter. . .	Primero.. .	»	1. 7. 7	Galileo descubrió estos satélites llamándolos <i>Mundos joviales</i> .
»	Segundo.. .	»	3. 5 5	
»	Tercero. . .	»	7. 1. 5	
»	Cuarto. . .	»	16. 6. 9	
Neptuno.. .	Satélite. . .	100.000 »	5.21. 7	Lassell en 1848.
La Tierra. .	La Luna. . .	384.353 klm.	27. 7.50	

Además, el planeta Saturno está caracterizado por un anillo que le rodea, que se halla alejado de él 8.000 leguas y coincide con el círculo del Ecuador del astro.

Este anillo está compuesto de tres partes, que se encuentran casi exactamente en el mismo plano y tiene unas 100 leguas de espesor por 12.000 de ancho. Es opaco y se halla formado de materia flúida. Laplace encontró que los anillos están animados de un movimiento de rotación que dura diez horas y media aproximadamente.

¿Dará lugar este anillo con el tiempo á nuevos satélites?

Es muy posible porque la naturaleza no crea nada en valde.

Desde hace muchos años viene preocupando á la ciencia si estos planetas, de la misma manera que la tierra estarán habitados por seres orgánicos ya sean vegetales ya puedan clasificarse en la escala zoológica.

La ciencia aún no ha resuelto satisfactoriamente este problema pero ¿qué motivos existen, en qué razones podemos fundamentarnos para creer y sostener que tanto los planetas como los satélites no se hallan como la tierra habitados por organismos si bien de distinta forma?

Ocupándose del planeta Júpiter, el doctor Guepin, conjetura que muchos animales no podrían vivir en medio de los vientos violentos y rápidos: «¿Qué serían—dice—nuestra girafa, nuestro camello y nuestro caballo en una atmósfera tan fuertemente agitada? ¿No serían arrastrados por vientos tan rápidos, que recorren 6.000 metros por minuto ó 100 por segundo? Los animales de Júpiter, tienen que revestir otras formas para que puedan sujetarse fuertemente al suelo y no ser arrastrados por los vientos.»

Además de los planetas y satélites existen otros seres siderales, los cuales describen alrededor del sol una elipse muy prolongada y que con frecuencia van acompañados de un apéndice luminoso llamado cola.

Estos astros son los cometas que según el sabio director del observatorio de Utrecht, Mr. Hook, constituyen sistemas

análogos á las nebulosas y que describen órbitas hiperbólicas alrededor de algún centro común, oculto en las inmensidades del espacio, tal vez en la constelación de la Hidra mayor.

Opina también Mr. Hook, que cuando caen estos astros en la esfera de atracción de una estrella fija, como el sol, es siempre fortuitamente y por un tiempo muy corto durante el cual, describen órbitas elípticas.

Pero después de los luminosos trabajos del padre Secchi, de Marco Felice y de otros astrónomos ilustres, se ha admitido por casi todos los hombres de ciencia que los fenómenos cometarios son el efecto: 1.º, de grandes cambios de la temperatura y de la densidad del cometa que son consecuencia de grandes variaciones en su distancia al sol; 2.º, de las cargas eléctricas que adquiere la materia al cambiar de densidad; 3.º, de la tensión electro-positiva de la photosphera del sol; 4.º, de la repulsión que entre sí se ejercen cuerpos cargados de la misma electricidad.

Todos estos fenómenos que el hombre observaba sobre su cabeza, desde su aparición en el planeta, no pudieron por menos de decidirlo á estudiarlos debidamente y este y no otro es el origen de la ciencia astronómica.

Oigamos á Laplace, lo que sobre este asunto opina:

«El espectáculo del cielo—dice el gran geómetra francés—debió hacer fijar la atención de los primeros hombres, sobre todo en los climas en que la serenidad del aire invitaba á la observación de los astros. Fué preciso á la Agricultura, distinguir las estaciones y conocer su vuelta. Obsérvese que la salida y la puesta de las principales estrellas podían dar datos preciosos para servir á este objeto.

Así por lo tanto, se ve que en casi todos los pueblos, se remontan estos géneros de observaciones á sus primitivos tiempos. Pero algunas observaciones groseras respecto á la salida y á la puesta de las estrellas no pueden constituir ciencia; y la astronomía, no pudo comenzar sino en un país en que habiéndose recogido las observaciones anteri-

y comparábase entre ellas, estudiándose los movimientos celestes con una exactitud hasta entonces no conocida intentáronse determinar las leyes de estos movimientos. El del sol en una órbita inclinada hacia el Ecuador, el movimiento de la Luna, la causa de sus fases y de sus eclipses, el conocimiento de los planetas y de sus revoluciones, la forma esférica de la Tierra y su medida pudo ser el objetivo de esta antigua astronomía; pero los pocos monumentos que nos restan son insuficientes para fijar la época en que nació.»

Lo cierto es que los anales chinos, caldeos, egipcios é indios, contienen suficientes pruebas para poder asegurar que en estas primitivas civilizaciones cultivóse con poco éxito la ciencia de los seres siderales, que tanto contribuye á engrandecer á los ojos del hombre la magna obra de la Naturaleza y á empedreñecer *las ideas petrificadas* que diría mi sapientísimo maestro el ilustre Salmerón.

Las primeras observaciones que sobre los eclipses hicieron los chinos, nos permiten establecer la época en que la ciencia astronómica nació en el celeste imperio durante el reinado del emperador Yao, más de dos mil años antes de nuestra era.

Debido á los trabajos meritísimos y á las exactísimas observaciones de Teheon-Kong, que vivía hacia el año 100 antes de Jesucristo, los chinos conocieron desde antiguo, los movimientos del sol, de la luna y de los planetas y las causas de los eclipses afirmando que el año solar está formado de poco más de 365 días.

Después de los chinos, los caldeos fué el pueblo que más se distinguió en el conocimiento del movimiento del sol y de la luna. Tuvieron ideas exactas acerca de los cometas, astros que consideraban como sujetos lo mismo que los planetas á movimientos regulados por leyes eternas. Midieron el globo y supieron que se empleaba un año en dar la vuelta á la tierra, lo cual se aproxima mucho á la verdad.

Los antiguos egipcios, los sacerdotes de Tebas y de Menfisa, cuya celebridad llevó á las orillas del Nilo á Thales, Pitá-

goras, Eudoxio, Platón y otros inmortales filósofos de la Grecia á fin de estudiar la astronomía y las matemáticas, que ellos con tanto éxito cultivaban en sus templos y observaban desde sus oráculos, conocieron la precisión de los puntos equinoxiales, y midieron con tanta exactitud como hoy lo hacemos nosotros, el Meridiano terrestre.

Un anuario astrológico recogido por Champollion en las tumbas de Ramses VI, y de Ramses IX en Tebas, demuestra que 14 ó 15 siglos antes de la Era cristiana, los egipcios sabían que además de su movimiento alternativo de Sur á Norte y de Norte á Sur, el sol tiene otro movimiento que le transporta de Occidente á Oriente haciéndole dar una vuelta al cielo en el intervalo de un año.

Los indios también cultivaron la astronomía; y es en los estudios y observaciones de este pueblo, así como en las observaciones y estudios de los caldeos y egipcios, en lo que Ptolomeo se fundó para establecer su erróneo sistema del mundo que como es sabido colocaba á la tierra en el centro del Universo, hacía girar á todos los astros alrededor de ellos y hasta negaba la redondez de nuestro planeta.

La filosofía griega no pudo por menos, de revolverse contra las afirmaciones de Ptolomeo, y en Pitágoras, Nicetas y otros vemos opiniones muy cercanas á las hoy admitidas, que recogidas por los astrónomos árabes y muy particularmente por los hispano-árabes de la Edad Media enriquecieronlas con los perfeccionamientos que hicieron en el Algebra, la Geometría, la Trigonometría y la Mecánica, enseñando al inmortal Copérnico y á los no menos inmortales Galileo y Newton, el camino que habían de seguir para modificar el sistema de Ptolomeo y sustituirlo por el actual que ya predijeron en sus escritos, los pitagóricos y otros filósofos griegos y los astrónomos y matemáticos españoles Aben Rasis, Mozlemaben. Aldmaghrity, Averroes, Azarquiel, Aben Ezra y aun el mi^c D. Alfonso de Castilla, aquel sabio monarca que tanto h^o á su siglo y á su patria.

Esta tésis, esta opinión de que Copérnico tomó much

los griegos y de los astrónomos de Damasco del Cairo y de Córdoba, para establecer su sistema, es la que desarrollaré en el siguiente artículo; pero sin pretender menoscabar en lo más mínimo la gloria del astrónomo polaco, que con sus concienzudos estudios y sus profundísimas meditaciones dió el golpe de gracia á todas las supersticiones, á todas las trabas que sujetaban al pensamiento humano en estrecheces mezquinas, con notorio perjuicio del progreso y perfeccionamiento del hombre.

Pero no hay que quitar tampoco la parte que en esta gigantesca empresa, tuvo la ciencia griega esclavizada por absurdas aunque poéticas mitologías, y la exaltada y brillantísima imaginación árabe y española aherrojadas primero por el Alcoran y más tarde por el fanatismo de Roma, la tendencia retrógrada é intransigente con todo lo nuevo, que la Iglesia católica adoptara en los últimos tiempos de la Edad Media, quizá como el último esfuerzo de un poder que según se vé en las *Falsas decretales*, aspiraba á que todos los príncipes de la tierra y todos los hombres prestasen obediencia á los sacerdotes y doblasen la cabeza ante ellos.

¡Vano é inútil esfuerzo!

Copérnico y sus predecesores, griegos y árabes españoles, escribieron en el gran libro de la historia de la redención humana, que la ciencia y la naturaleza no dejarán predominar nunca al error; no podrán permitir jamás que éste avasalle y eclipse la verdad.

RAFAEL DELORME SALTO.

(Continuará).

LA ESTADÍSTICA DE LOS PRESUPUESTOS

El centro interventor de la Administración general del Estado tiene motivos de noble y legítimo orgullo, y su jefe, el Sr. González de la Peña, puede estar satisfecho y envanecido.

En nuestra larga carrera periodística hemos asistido muchas veces, ya de simples espectadores, ya como jueces del campo, al nobilísimo palenque abierto por la opinión ilustrada con toda solemnidad para juzgar serena é imparcialmente sobre el mérito de las grandes concepciones especulativas del ingenio humano que anhelaban obtener en aquellos certámenes el privilegio otorgado por la ponderación de quilates y los elementos de composición á las obras científicas ó literarias que disputáronse el premio.

Decir que en la memoria donde registramos estas magníficas justas ó fiestas florales hay inscritos grandes triunfos, ruidosas victorias é inmarcesibles lauros conquistados por el talento y el trabajo, sería reiterar lo que se ve y se palpa, lo que flota en el espacio y constituye hechos perennes de la Historia; como en orden opuesto, fuera excusado traer á cuento las terribles caídas, los fracasos inesperados y los truenos derrotas sufridas ante el común sentir de auscensores, por infinitas lucubraciones acreditadas con la marca, en el mostrador público, á pesar de inclinarse

lado al solo anuncio del autor, el prejuicio de la crítica llamado á pronunciar inapelable fallo.

Pero hemos de confesarlo ingénuamente, lo que no hay consignado en nuestros apuntes, es un fallo tan universal, sin voto alguno particular, por disentimiento de criterio, en el cual hayan coincidido á maravilla hombres ilustres de contrapuestas escuelas y de inconciliables principios del humano saber, dándose cita para dictaminar de común acuerdo *urbis et urbi, némine discrepanti* acerca del ejemplar mérito que encierra el libro estadístico que ha dado á la estampa el Ministerio de Hacienda, y cuyo autor, sábase de pública notoriedad y á mayor abundamiento lo pregonaba la fama, es el funcionario peritísimo que hoy dirige el primer centro técnico de contabilidad administrativa.

En los salones de conferencias del Congreso y del Senado, en círculos políticos y de recreo y en conversaciones privadas de amigos nuestros muy queridos, cuya opinión pesa mucho por las elevadas posiciones oficiales que ocupan con autoridad propia, después de haberse distinguido en la prensa, habíamos oído encarecer á porfía el excepcional valor de la obra, no ya solo como hermoso cuadro donde aparecen desde su creación, ó sea el génesis, los múltiples servicios y tributos constitutivos de la organización del Estado español en todas sus manifestaciones de la vida social é íntimo matrimonio con la economía política (cuya noción, según el inclito Jovellanos, se traduce en saber armonizar los recursos que forman el patrimonio de cada nacionalidad, con los gastos ordinarios aplicables al conjunto de servicios mantenidos por cuenta del procomún en el orden moral y material) sino también como inagotable fuente de auténticos datos que necesitan conocer el estadista que dirige la gobernación del país y los talentos dedicados á resolver problemas económicos mediante el concienzudo estudio de la Administración pública.

A pesar de la flexibilidad que por temperamento nos inspira siempre á aceptar por bueno y legítimo cuanto el general sentir de la conciencia ilustrada proclama digno de

estima, en la ocasión presente nos parecía asaz inexplicable el fenómeno nunca advertido anteriormente de ver juntas y confundidas en un mismo juicio á tantas capacidades notables, representadas por distinguidos publicistas, diputados, senadores, hombres de gobierno, funcionarios de razas y, en una palabra, todo lo que es potestativo de la inteligencia en acción. Así es que, dejando á un lado vanidosos alardes de independencia de criterio en estos tiempos en que predomina el libre examen, se rebeló por primera vez la razón á aceptar, sin previo convencimiento y libre de toda traba impuesta por ajeno parecer, el dogma de fe declarado indiscutible ante la aludida asamblea en instituciones profanas, y lejos de bajar humildemente la cabeza, por el contrario despertó en nuestra alma cierto *reconcomio* semejante al recelo que originá la inestabilidad y débil consistencia de fallos pronunciados sin responsabilidad personal, los cuales háse visto frecuentemente ser el resultado de movimientos vulgares, de impresiones de los sentidos, y de referencias no contrastadas en el crisol de la verdad, hasta el punto de que estas sacudidas de la opinión pública mataron la fe en los creyentes y engendraron el ateísmo de los excépticos.

Tal sospecha, en cierto modo poco caritativa y que repugna á nuestros sentimientos de bondad é indulgencia, unida á lo monótono del concierto inspirado por idéntica armonía, llegó á producirnos cierto cansancio y malestar, iguales al disgusto que experimentaban los lacedemonios á fuerza de oír llamar el justo á su conciudadano Aristides, como les enfadaba á los franceses el mote de incorruptible puesto al secretario Robespierre.

Y á fin de tener concepto propio no sujeto á extrañas ligaduras, quizás apretadas, sin darse cuenta de ello por inconscientes apreciaciones y, además ¿á qué ocultarlo? impulsados por ansias vehementísimas del descubrir algo incorrupto que sirviera de sabroso pasto á la crítica honrada p... lanzar desde sus altas esferas el dardo forjado contra la sonja del agradecimiento, el aplauso interesado y la aprol

ción afanosa de recompensa, penetramos atrevidamente cual buzo audaz y temerario en el proceloso mar de cifras que se yerguen gallardamente en el primoroso libro estadístico del Sr. González de la Peña, y asidos á él en retirado gabinete de estudio, lo analizamos con fija y perseverante atención; comprobamos los enlaces de sus guarismos; seguimos las series numéricas representativas de factores individuales que deben responder á la verdad contable, expuesta en grandes síntesis, ó seáse formando el todo de conceptos generales de ingresos y pagos; comprobamos los resúmenes de estas agrupaciones, condensadas en unidad absoluta correspondiente á las previsiones legislativas y sus realizaciones en la práctica, con las partidas asignadas, á los conceptos parciales por obligaciones y tributos, al objeto de verificar la exactitud entre la parte y el todo, forzosamente correlativos y congruentes á virtud del encadenamiento á que están sujetos los múltiples resortes fundidos en el crisol administrativo para construir el cuerpo de la Hacienda.

Resultado de estas investigaciones, confrontas y pruebas ha sido rendirnos ante la evidencia de los hechos, y obligarnos á declarar con gran contentamiento, que la forma no ha sido al presente vocinglera ni *gárrula y sonante por las cañas* de que hablaba inmortal poeta, sino que ha pecado por carta de menos.

¡Qué obra tan útil y sobrehumana! ¡Cuánto ingenio en ella se descubre! ¡Qué derroche de conocimientos en el complejo organismo de la Administración! ¡Cuánta profusión de datos curiosísimos para explorar los tortuosos caminos que necesita recorrer la crítica en el dédalo inmenso de nuestros mecanismos administrativos! Y sobre todo ¡cómo asombra el considerar la suma de tiempo y paciencia invertida en reunir, coleccionar y clasificar ordenadamente los materiales de tan diversa naturaleza! Sólo una voluntad de hierro y una salud á toda prueba y un patriotismo heroico han podido acometer y terminar hasta colocar en ella la crestería, esta obra prodigiosa!

El preámbulo que sirve de exordio á la compilación de esos aludidos datos estadísticos con tal habilidad y arte en-
garzados, predispone desde luego benévolutamente al hombre
de ciencia habituado á leer entre líneas, sin otra brújula y
norte que la lógica de los números.

Porque antes de cosechar tal abundancia de frutos, ó, de
otro modo, antes de coleccionar, para su compilación, los
materiales que debían emplearse en los cimientos del edificio
ideado y dirigido por el Sr. González de la Peña, era de ab-
soluta precisión inquirir con perspicaz mirada, el lugar don-
de estuvieron domiciliados en presupuestos distintos algunos
servicios cosmopolitas que, siendo de una misma naturale-
za, ocuparon varios sitios. Entre otros, sin ir más lejos, se
recuerdan los en el día asignados al Instituto estadístico
geográfico.

De suerte, que este trabajo de exploración y clasificación,
á la manera que pudiera hacerlo el sabio naturalista Cuvier
en las escalas zoológicas de familias y especies y géneros,
significa á nuestra vista un difícilísimo y engorroso trabajo,
en razón á que sin conocer previamente los conceptos comu-
nes, afines ó similares, no era dable encajarlos en el punto
respectivo de las columnas simétricamente abiertas en el
anteproyecto de la obra ni seguir la historia de sus deriva-
ciones, lo cual revela, por lo menos, hondos conocimientos
de toda la máquina administrativa y una paciencia heroica.

Dejando aparte la gallardez, del estilo, su correctísima
dicción y esmerada sintáxis, pues aunque por su atildamien-
to mejor parece labor pulimentada por catacúmeno, entran-
do en el santuario de la Academia de Ciencias morales y po-
líticas, que no un documento de literatura oficial, importan
poco sus primorosos ornamentos en comparación del método,
sencillez y claridad escogidos por su ilustre autor para in-
vitar, animar y excitar al genio que gusta de conocer la
verdad en los diferentes ramos del saber humano, pero que á
sí se arredra en presencia de infinitas columnas de núm.

Bien es verdad que necesitábase (en ello, ha demostró

también el Sr. González de la Peña el conocimiento que tiene de la indolencia de nosotros, los temperamentos meridionales), un estimulante tan activo para decidirse á penetrar en el fondo de océano sin límites y velado á profanas miradas, siquiera bajo la superficie de la obra estadística, hubiese la seguridad de encontrar preciosidades merecedoras de universal estimación; una cátedra permanente de saludables enseñanzas donde aprender los orígenes de muchas desdichas económicas del pueblo español, y al propio tiempo descubrir los manantiales de que procede el desarrollo constantemente progresivo en lo que va corriendo la segunda mitad del siglo XIX, de la riqueza nacional.

Comenzando por el principio, según en lenguaje llano y familiar suele hablarse y fija la mirada en el estado número primero, que rompe la marcha á modo de precursor en el larguísimo camino trazado á la investigación, súbitamente agitó nuestro sér y cual se sienten los efectos de eléctrica descarga, una convulsión nerviosa, obligándonos á cerrar los ojos para no ver en concisa síntesis representando de cuerpo entero y al desnudo, las deshonestas figuras entretenidas durante media centuria en bailar danza macabra para solemnizar la pesada burla que daban al pueblo español sus más conspicuos representantes, desfigurando y, mejor dicho, falseando el estado de su nada lisonjera situación económica y financiera en los presupuestos generales que, debiendo ser cálculo racional del importe de sus obligaciones sociales y de los recursos disponibles en prudente y verosímil avance, con el fin de subvenir en período de tiempo fijo á las obligaciones procomunales, no han significado otra cosa en la práctica, que un juego de cubiletes.

Cómputos fantásticos lo mismo en el debe que en el haber al ponerlos en ejercicio, su liquidación tenía que ofrecer los naturales resultados del error, saldándose las cuentas de la hacienda, de gastos y rentas públicas con déficits asombrosos. En efecto, este desnivel de balance inicial por comparación de las previsiones legislativas en cada ejercicio, se

inaugura el año 1850 con un superávit de 7.891 pesetas, (cantidad bien nimia é inapreciable para que la concedamos verosimilitud, tratándose de un presupuesto de ingresos figurados por la suma de pesetas 324.568.796,50 y un total de gastos de pesetas 324.560.905,50), para ya en 1851 convertirse en un déficit de 21.579.768,25, volviendo á cambiar la fase en los ejercicios de 1852, 1853 y 1854 con mayores ingresos presumibles de pesetas 7.928.326,50, 1.300.250 y 764.157, respectivamente; otra vez, en 1855, aparecer el saldo negativo elevado á la cuantía de 40.579.768,25, subir en 1869-70, á la terrorífica de 210.808.887,50, en 1870-71 ascender á 182.338.627, en 1871-72 á 113.949.573,38, en 1872-73 á 54.404.382,40. La misma en 1873-74, por haber regido el presupuesto anterior; de nuevo reaparecer en 1874-75 superávit de 80.817.986,24 pesetas, y así en este orden alternativo del convencionalismo legal, puesto que leyes generales lo autorizaron, cerrar la serie en 1890-91 con un déficit de 702.803.529,67, el cual dividido entre 40 años acusa un cociente de 17.570.088,24.

Sin pasar más adelante; qué tristes lecciones ofrece este estudio al amor patrio, ante cuya contemplación ponen de relieve la causa primaria y fehaciente de su postración económica, de los motivos á que obedece el constante crecimiento de la deuda pública y el desarrollo que inevitablemente tuvo la del Tesoro, por la necesidad de acudir á emisiones de signos de nuestro crédito y á recursos extraordinarios, por medio de operaciones onerosísimas, que se elevaron en junto á 3.202.530.548,52 pesetas para saldar, no ya los déficits de los presupuestos votados por las Cortes, sino los resultantes por liquidación definitiva de éstos que, durante su ejercicio, se remontaron en forma de ampliaciones, suplementos y créditos extraordinarios, á 3.208.340.775,75, cuya suma era preciso consolidar aunque pesase abrumadora y perdurablemente sobre el País.

Para actividades inexpertas que á merced de su solaciativa pretendieran sorprender en profundos arcanos origen y desenvolvimiento de los hechos indicados en el cua

sinóptico á que venimos refiriéndonos, nada significaría la expresión gráfica de simbólico lenguaje, y por mucho que fuera el esfuerzo de raciocinio que hiciera, seguramente no sacaría nada en limpio, como dice vulgar locución, pero el genio clarividente abarcará inmensos horizontes donde esplayar su imaginación, descubriendo las causas é influencia que tuvieron ciertos hechos remarcables en la Historia patria de estos últimos años. Verá de repente que las cifras de mudo lenguaje en la apariencia, contestan con elocuencia bastante á dispar tenebrosas dudas y explicar fenómenos de espejismo.

Efectivamente, los que huyen al solo anuncio de cantidades numéricas, no verán la razón del por qué ostentando los presupuestos de 1850-52, 53 y 54 un superávit más ó menos importante á favor de los ingresos, surge repentinamente en el 55, un déficit inicial de 40.579.768,25, y sin embargo, cuán fácil y sencilla es la explicación de este aparentemente caso raro.

Al historiador que busca con auxilio de la filosofía la acción que ejercieron en la gobernación del Estado nuestras revueltas políticas, no puede tampoco escapársele que el movimiento revolucionario iniciado en los campos de Vicálvaro trajo aparejadas grandes perturbaciones en la marcha metódica de la Administración y en el orden económico, y por ende la aminoración y menosprecio en los tributos del Estado.

Ciertamente que toda conmoción social trae, por de pronto, consigo el desarreglo de algunas funciones del Estado y, también, que sus deplorables efectos se sienten con más intensidad en la recaudación de las contribuciones, rentas, impuestos y arbitrios con que los pueblos y el individuo pechan, no siendo posible evitar el aflojamiento de ciertos resortes en que descansa el principio de autoridad, esencialmente cesaría á los agentes del fisco para verificar la cobranza en particular respecto de aquellos gravámenes, que qui- por la forma de su exacción, repugnaron siempre al susceptible genio español.

Por tanto, es un suceso lógico y racional ante la filosofía (que serena é imparcialmente pesa y mide la influencia de los hechos realizados en la vida de las naciones) el aparente fenómeno de haber crecido el déficit del presupuesto en consecuencia del movimiento político iniciado en Vicálvaro; pero contra esta bola negra en los fastos económicos, surge potentísima la luz creada paralelamente por los honrados varones, esclarecidos patricios é ilustres legisladores que representaron al país en Córtes constituyentes, pues que primero en el orden político lucieron sabias leyes informadas por el sentido liberal encarnado desde sus aborígenes en la patria de las Comunidades de Castilla, según lo demostró la rota de Villalar recordando que los ingleses tres siglos antes arrancaron su célebre Carta Magna á Juan Sin-Tierra, y segundo en la esfera gubernativa y financiera dieron pasos de gigante.

No habría de tener el bienio de 1854 á 1855 otra defensa de sus conquistas morales y políticas que la ley de desamortización civil y eclesiástica de 1.º de Mayo del segundo de aquellos años, y ella bastaría á absolverlo de cualesquiera errores ó desaciertos cometidos en los dos turbulentos anales. Es de toda evidencia.

Sometida entonces todavía la riqueza territorial al duro y ominoso yugo de las manos muertas, como reminiscencia de instituciones caducas de legendario abolengo, la radical transformación operada entregando enormes masas de fincas rústicas al cultivo de la acción individual, los campos en otros tiempos yermos ó estériles, convirtiéronse pronto en terrenos cosechables y los productos amillarados fueron para la Hacienda cuantiosísima materia de tributación directa.

Y no pararon aquí los beneficios reportados á la sociedad española con tan transcendental reforma.

Cumplido con ella el testamento otorgado por el inimitable Jovellanos en su informe sobre la ley Agraria, pronto ventas que el Estado realizó abrieron anchuroso canal y conducir hacia las arcas del Erario corrientes de o...

aplicación ó destino al fomento de los intereses materiales del país, el cual no sólo avanza y se enriquece, como por encanto, desarrollando las obras públicas con carreteras, caminos vecinales, red de ferrocarriles, colgado de conductores electro-telegráficos, puertos, faros, etc., sino que andando los tiempos, utiliza los recursos de la desamortización en la gloriosa guerra de Africa y en la impolítica de Santo Domingo.

La demostración concluyente de estas afirmaciones hállase en el estado número 74 del libro que analizamos, representando los productos de bienes desamortizados en virtud de la ley de 1.º de Mayo de 1855 y de otras posteriores, una vez que sus guarismos manifiestan que las cantidades presupuestas y recaudadas respectivamente desde aquel año al de 1890 ascendieron á 1.551.044.447,20 y 1.268.656.859,40 pesetas, sin contar en estos conceptos, ni los ingresos habidos en la Caja general de Depósitos por la tercera parte del 80 por 100 de propios, hasta que por la ley de 28 de Octubre de 1868 se convirtieron los capitales de tal origen en bonos del Tesoro, ni tampoco los 44.351.604,77, que con arreglo á la de 21 de Julio de 1876 se han aplicado en cuenta de recursos no consignados en presupuesto, á la adquisición de títulos de Deuda perpetua interior en suma equivalente al valor de láminas intransferibles emitidas á favor de las corporaciones civiles.

De la misma manera advertirá que los asombrosos déficits de 210.808.887,50 pesetas, los 182.338.627, los 113.949.573,38 y los 54.404.382,40 registrados en los años 1869-70, 1870-71, 1871-72, 1872-73 y 1873-74, se produjeron por efecto de la revolución de Septiembre de 1868, la cual volcando instituciones seculares y de gótico origen, dió al traste por el momento con la marcha regular y acompasada de un régimen administrativo acreditado en el tiempo y en las costumbres; después, cambiando la forma de tributación, suprimió arborescencias saneadas, como los de la renta de consumos y la de sal, directamente satisfechas, sin haberlas sustituido previsora-

mente con otros pechos. Esto en términos concretos, por lo relativo al año económico 1869-70, pues que posteriormente otras concausas, no menos excepcionales, ejercieron su malfica influencia en la Administración pública con guerras fratricidas, en las que se disputaba el mejor derecho á la Corona, y con luchas intestinas que los partidos políticos mantuvieron en aquel azaroso período, para hacer triunfar ideales de escuela que condujeron á la patria en deshecha tormenta hasta hundirla en profundo abismo. También por igual modo se dará razón el juicio filosófico de aparecer con un superávit inicial de 80.817.986,24 el presupuesto de 1874-75, bastándole saber ó averiguar que entonces se realizó un empréstito de 175 millones de pesetas, el cual, autorizado por la ley de 25 de Agosto de 1873, no pudo reflejarse en el año de su creación y sí en el inmediato donde ya lucen sus rendimientos.

Siendo tarea interminable hacer la disección anatómica del predicho estado núm. 1.º, siguiéndole en sus derivaciones, ó sea en busca de los despliegues llevados de la síntesis absoluta á los conceptos individuales concurrentes á su formación, basta saber que del examen y compulsas de estos datos particulares se demuestra su coincidencia de una manera perfecta, y que el curioso ingenio que guste de conocer el nacimiento y desarrollo de estos infinitos conceptos particulares, así en Rentas, como en Gastos públicos, lo hallará en los cuadros que por orden analítico parten de la cúspide al basamento.

Y de idéntico modo encontrarán consuelo y serenidad los espíritus intranquilos que, á impulso de patrióticos recelos, ven dibujarse en lontananza dificultades peligrosas contra el crédito nacional, si pronto, urgentísimamente no se escogen fórmulas radicales y eficaces que eviten saldar con un desnivel de 40 ó más millones á que, en opinión suya, al tanto hiperbólica en sentir nuestro, ha de elevarse cuando se liquide definitivamente el presupuesto de 1892-93, el déficit inicial que acusa el proyecto presentado á las Cór-

Pues, por fortuna, y á Dios gracias, enfrente de ese fenómeno psicológico de dudas y sobresaltos (que no censuramos pero el cual antójasenos, para bien de la patria, que no han de tener negra realidad) presentado con lastimeros ayes por doquier se habla de la fortuna pública, y hoy es en todas partes, presenciarnos el hermoso contraste que de un lado ofrecen los ánimos decididos del egregio patricio Sr. Cánovas del Castillo para restablecer el injusto desequilibrio del signo del Estado en los mercados interior é internacionales, de otro lado las magníficas iniciativas y plausible concurso que acuden en su auxilio en este pueblo de los sublimes heroísmos, de las indomables energías y de las insólitas fazañas; y de otro lado, cual inestimable y lógico corolario, viene á fortalecer decaídas fuerzas el nunca bastante ponderado trabajo del Sr. González de la Peña, con las halagüeñas cifras siguientes:

1.º Que la contribución de inmuebles, cultivo y ganadería, presupuestada el año 1850 en 75.000.000 de pesetas, se calcula en 1889-90 en 166.757.000: que siendo los derechos reconocidos el primer año por esta contribución de pesetas 75.032.020,36, llega al fin de los 40 años de desarrollo, á 165.662.472,37; y que la recaudación obtenida es, respectivamente en el principio y fin de la serie, de 72.978.945,80 y 154.369.196,73, ó sea, en compendio, que la Hacienda ha tenido un 111,52 por 100 de más, recaudado en 1889-90.

2.º Que la contribución industrial y de comercio, que representa el movimiento mercantil, industrial, profesional, de artes, oficios y otras actividades similares, se la ve aportar á las arcas del Tesoro en 1850, la suma de 8.437.416,44 y en el cierre de los anales contrastados, la cantidad de 38.859.367,74, ó séase un exceso, por movimiento en todos los factores de dicha contribución, de 30.421.951,30, equivalentes á un 366,56 por 100.

3.º Que el impuesto del Timbre, significación de todas esas gestiones de contratos públicos y privados del orden social, de gestiones litigiosas, de comunicaciones telegráfico-postales,

de formalidad de libros de contabilidad, y en definitiva, de cuantos signos revelan el concierto de la industria, del comercio, de la banca, de la ciencia, de la Bolsa y otras manifestaciones de la actividad en busca del premio reservado al trabajo, arrancando en 1850 con 13.993.033,39 como tales ingresos del Tesoro, deposita en sus arcas en 1889-90, pesetas 44.648.145,35 que representan 219,07 por 100 de aumento.

4.º Que el consumo de tabaco, no siendo una necesidad indispensable en la vida, y sí un gusto que se permite la holgura y el bienestar, figuraba en 1850 como producto líquido con 43.968.979,41 y en 1889-90 con 90.000.000, cantidad que fué objeto de contrato con la Sociedad arrendataria de dicho artículo, conforme á los rendimientos obtenidos en años anteriores.

5.º Y por último, que el juego ó especulación de Loterías, á que sólo pueden dedicarse los pueblos no necesitados de elementos indispensables á su existencia, y que monopoliza el Estado, dió productos en cantidad de 21.405.690,96 el año en que comienza la estadística, y de 78.391.243, al término de los 40 anales, cuya diferencia significa un desarrollo de 266,22 por 100.

La simple enunciación de estos guarismos, evacuando á capricho citas de tal ó cual renta ó impuesto de la Hacienda pública, demuestran gallardamente, según antes decimos, que no es para poner miedo en valerosos estadistas la situación del Tesoro español, siempre solvente, jamás deshonrado en el cumplimiento de obligaciones fiadas á su buena fe y lealtad.

Enhorabuena que los hombres á quienes sus altos prestigios ponen al frente de la gobernación de los negocios públicos, se preocupen ante las facilidades que tiempos atrás tenía el poder ejecutivo para desfigurar á su antojo y mediante disposiciones ministeriales los créditos presupuestos en Cortes; pero no son plausibles los desmayos que conciben á quebrantar la confianza pública por los representantes de la Nación, muy dados en todo tiempo á ponderar el

de las economías en los servicios públicos, y más acérrimos, por lo común, en defender intereses locales.

Utópico sería pensar que la nivelación de los presupuestos ha de obtenerse reduciendo y desorganizando la Administración pública y desatendiendo las obligaciones generales del Estado, siendo así que para convencerse de lo paradójico de esta presunción, basta ver en la exposición de motivos del referido libro, que si bien los créditos consignados desde 1850 á la fecha han crecido en 100,84 por 100; en tal proporción corresponde:

A Deuda pública.	49,28
A Fomento.	14,32
A Guerra.	13,48
A Hacienda y gastos de contribuciones.	7,86
A Marina.	6,01
A Clases pasivas.	3,44
A Gobernación.	3,38
A Gracia y Justicia.	2,08
A Estado.	0,48
A Cuerpos colegisladores.	0,20
A Presidencia del Consejo de ministros.	0,17
A Colonia de Fernando Póo	0,14
<i>Total.</i>	<u>100,84</u>

Y si de estos aumentos obsérvase que el 52,72 por 100 corresponde á Deuda pública y á atenciones de clases pasivas, cuyas obligaciones son sacratísimas, por fundarse en leyes generales del crédito y en derechos inmanentes, y á la fuerza armada el 26,06, en junto 78,78, fácil es convenir en que, por mucho que se castiguen, como ahora se dice, los servicios, no ha de dar gran holgura el 21,22 por 100 reservado á los demás ramos no comprendidos en aquellas secciones, para venir á la ansiada nivelación del presupuesto, y á mayor abundamiento si de esos mismos servicios los hay reproductivos, como Correos y Telégrafos, algunos que monopoliza el Estado y á los cuales no es dable poner mano sin ocasionar una gran perturbación y quebranto de intereses, y otros que son origen del desarrollo habido en la red de ferrocarriles y otros múltiples elementos materiales que marchan al compás de la

civilización, ciertamente que el remedio no está en suprimir tal ó cual cargo.

Más prudente, más en armonía con la ciencia administrativa, y doblemente equitativo fuera estudiar con detenimiento el medio de explotar mejor los elementos de riqueza y hacer más productivos los derechos de la Hacienda á fin de no tener que lamentar las funestas consecuencias que v. g. ocasionó el contrato de arriendo de las minas de Almadén, celebrado con los Sres. Rothschild é hijos en 20 de Mayo de 1870, y que ha de vencer en fin de siglo, con objeto de reembolsarle del préstamo que hizo al Tesoro de libras esterlinas 1.696.761-11, equivalentes á pesetas 42.419.038,75, pues se ha visto en la práctica: primero, que el producto de explotación obtenido en 1870, de libras esterlinas 201.190, se ha elevado ya en 1889-90 á 442.700-6-3, que representan un crecimiento de 241.510-6-3, comparando las cantidades consignadas en respectivas cuentas; segundo, que el total de rendimientos líquidos adjudicados en 19 anualidades al Contratista en comparticipación de beneficios importan libras esterlinas 721.092-2-1, que al cambio oficial de 49,50 dineros, asciende á la considerable cifra de pesetas 17.481.021, fuera de una ligera fracción; tercero, que habiendo sido los gastos:

Por transporte.	265.023- 8-2
Por seguro.	7.016- 3-4
Por almacenaje.	18.448-12-6
Por descuento de 3 por 100.	192.796-19-1
Por $\frac{1}{2}$ por 100 de corretaje.	32.132-15 8
Por 2 por 100 de comisión.	123.581- 1-7
<i>Total.</i>	<u>643.949- 2-2</u>

ó sea al antedicho cambio oficial, pesetas 15.610.885; y cuarto, que el total desmembrado de los productos íntegros en una y otra forma contra el Tesoro, sube á la suma enormísima de 33.091.906.

Para juzgar en conciencia sobre este contrato que tal vez pudiera alguno motejar de oneroso á los intereses fisco, es necesario dirigir una mirada retrospectiva hacia angustioso estado en que á la sazón se hallaba el Tesoro

efecto de los peligros que engendrara la revolución de Septiembre, la cual, derrumbando seculares instituciones, según queda dicho alteró profundamente los demás organismos del país, y después, para mayor agravación, las convulsiones republicanas de 1869, pues unos y otros sucesos impedían la cobranza de los tributos. Igualmente fijar la atención en que, habiendo sido preciso liquidar la Caja general de Depósitos, cuyos saldos se pagaron en Bonos del Tesoro, con aumento de nuevas obligaciones, y careciendo las Cajas públicas de reservas metálicas, no era posible acudir á operaciones de crédito en forma de anticipos reintegrables, funesto sistema seguido pocos años después con los Samuel Levis á la moderna, que esquilmaron á la nación; y por último, no perder de vista que era preferible arrendar las propiedades á satisfacer onerosos quebrantos á prestamistas usureros, consideración que, unida á los grandes gastos hechos por la Casa arrendataria en la compra é instalación de potentísimas fuerzas hidráulicas, para la explotación de las minas de Almadén, hace que en el fondo, y por más que el arrendatario gane, el Tesoro realice productos que, con toda evidencia, no alcanzaría administrándolas por su cuenta.

Dedicar los esfuerzos de la Administración y de los cuerpos colegisladores á mejorar los servicios públicos es laudable tarea que en cercana fecha traería, sin violencia alguna, la tan ansiada nivelación de los presupuestos, matando el déficit que ahora preocupa á los hombres políticos de nuestros diferentes partidos; y pensar seriamente los estadistas que hoy dirigen y hayan mañana de dirigir la gobernación del país sobre la necesidad de una nueva división territorial cuyos resultados sean suprimir gobiernos de provincia, capitánías generales, diócesis, audiencias, gobiernos militares y otros elementos constituidos en los actuales organismos con arreglo á antiguas necesidades; pero que ya no tienen razón de ser por el acortamiento de las distancias y la celeridad de las comunicaciones, fuera también empeño digno de afortunados pensadores, los cuales evitarían, por tal modo, el fe-

nómeno desconocido acaso de la mayoría del país, respecto á existir provincias en cuya capitalidad exclusivamente paga el Estado por servicios allí establecidos mayor importe que el de todos los ingresos recaudados en ellas.

Porque no hay que desmayar al extremo de verlo todo de color negro, y cerrados los horizontes á la prosperidad nacional y al crédito público. Semejante atonía y enervamiento en caracteres que supieron mostrar con noble arrogancia su valor y sabiduría en horas de prueba, puede y debe vencerlas el estadista insigne que dirige el poder responsable gobernando los destinos del país.

En definitiva, viniendo á la realidad de las cosas; ¿qué significan 30, 40 ó si se quiere 50 millones de déficit inicial (hipótesis de que hacemos gracia á los mayores pesimistas) en un presupuesto de gastos ordinarios calculado en 3.000 millones de reales? A lo sumo, representarán una deuda flotante en el próximo ejercicio que puede conllevarse con un gasto de 2 millones por intereses.

Y cuando por fortuna no se vislumbran ni siquiera temores á nuevas guerras civiles, que asolaron nuestro suelo en cercana fecha; cuando nos vemos libres de contingencias á sacudimientos revolucionarios; cuando la institución fundamental se destaca serena y tranquila; y cuando, en fin, la riqueza nacional prospera, ¿existe razón bastante para los tristes augurios que se hacen con daño de los prestigios del Tesoro, y de la confianza en los mercados nacionales y extranjeros? Nó, con un gran patriotismo, perseverante voluntad y los esfuerzos de aptitudes económicas financieras y sistemas arbitristas, es seguro que en menos de tres años se saldaría el déficit sin desorganizar los servicios ni atentar á derechos adquiridos.

Todavía tiene la nación los montes públicos, cuyo valor apreciaba en venta el esclarecido economista Sr. Cam en 1.400 millones, cantidad superabundante á las penes de la Hacienda y que además consentiría no sólo salir 165 millones de Deuda flotante que tiene á su favor el L

también recoger una gran masa de Deuda exterior y abrir nuevos veneros de producción territorial, sino matar la explotación inmoral á que el caciquismo se dedica detentando la fortuna procomunal.

Aquí terminaríamos nuestra tarea, apenas ligero bosquejo de lo muchísimo que podría decirse si hubieran de juzgarse analíticamente y deducir todas las consecuencias á que se prestan, los 217 estados contenidos en la magnífica obra estadística á que nos hemos referido en este desaliñado artículo; mas no podemos relevarnos de dedicar un recuerdo á la luminosa y completa historia administrativa, puesta al final de aquel libro por ser un verdadero monumento de derecho administrativo en donde se darán cita cuantos anhelan consultar el origen y desenvolvimiento de los servicios públicos y ramos de tributación.

Y poniendo punto final, enviamos desde las elevadas esferas en que se cierne la crítica honrada é imparcial, para no dar abrigo á pequeñas pasiones, un aplauso sincero y entusiasta á la Intervención general de la Administración del Estado, de quien es patrimonio la hermosa estadística por su iniciativa publicada; nuestra más ardiente felicitación á los señores ministros de Hacienda que han apadrinado la obra con gran previsión, y al Sr. González de la Peña, que legando á su patria un libro de que se enorgullecerían otras naciones en poseerlo, ha sabido realzar el esplendoroso nombre del primer centro de contabilidad administrativa, ensanchando y enalteciendo con honra suya las imborrables huellas trazadas por dignos predecesores y conquistar para sí justo renombre de publicista y de infatigable organizador que conoce en toda su profundidad los difíciles, complejos y variados mecanismos de nuestra Administración.

LAS C. C.

LA POESÍA EN LOS ANTIGUOS PUEBLOS AMERICANOS ⁽¹⁾

V

Mencionamos de pasada en nuestro artículo anterior los himnos sagrados atribuidos al gran restaurador de la monarquía azteca, y aunque pocas, debemos decir algunas palabras sobre estas poesías, comparadas por entusiastas eruditos americanos con las de los profetas hebreos.

Vertidas las pobres reliquias que subsisten á la lengua castellana; privadas, por consiguiente, de la forma original que revistieron en su lengua nativa, circunstancia que en la poesía importa tanto, podemos únicamente apreciar el fondo general de sus ideas, reducidas á elegiacas lamentaciones sobre la vanidad de las cosas humanas, envueltas en imágenes no faltas de grandiosidad y de vigor. El concepto de la divinidad, clave de toda poesía religiosa, no ofrece en la de los mejicanos punto de semejanza con la bíblica, queda reducido en ella á vaga é inanimada abstracción, como si el soplo desolador del pesimismo hubiera secado en su espíritu todas las fuentes de la idealidad y de la vida. El alma sombría de los aztecas pudo elevarse hasta el Dios nominado, desconocido, creador de todas las cosas,

(1) Véase el número 542 de esta REVISTA

gún la tradición puso su religioso emperador encima de todos los dioses y al que erigió uno de los más suntuosos templos del Anahuac, pero no pudo arrancar á su inspiración más que acentos de tristeza, de acuerdo con el carácter de aquella imponente civilización, fundada sobre la servidumbre, la guerra y los sacrificios humanos.

Véase el siguiente fragmento de la tan celebrada dedicatoria al templo de Tetzcuco: «¿Cuándo será destruido el templo que hoy consagro? ¿Quién presenciará su ruina? ¿Serán mis hijos ó mis nietos? Entonces padecerá quebranto el país y dejarán de reinar los príncipes. Será cortado el *maguey* antes de llegar á su crecimiento. Los árboles darán frutos prematuros. La tierra tornaráse estéril. Hombres y mujeres caerán desde la infancia en todos los vicios y sin freno se entregarán á la lujuria. Sucederán cosas maravillosas. Los pájaros hablarán. Los hombres verán de nuevo el árbol de la vida, de la salud y del sustento, jamás visto por nosotros. Consagrad, pues, vuestros hijos, si queréis evitar tantas calamidades, á la virtud y al trabajo.»

El presentimiento que siempre acompaña á las grandes catástrofes, el terror instintivo de lo porvenir que toma en algunos espíritus el carácter de una previsión más que humana, cierta especie de iluminismo palpita igualmente en este otro fragmento del monarca mejicano que vé inminente la ruina de su pueblo, sin saber por donde ha de surgir el viento de tempestad destinado á producirla: «Escuchad con atención lo que dice el rey Nezahualcoyotl-Tzin, sobre las desgracias que sobrevendrán á su reino: Oh rey Joyo-Tzin (su hijo); cuando dejáres esta vida llegará el tiempo en que tus vasallos serán vencidos y deshechos, entonces el poder no estará en tus manos sino en las de Dios Todopoderoso. Entonces vuestros hijos y los hijos de vuestros hijos sufrirán mil calamidades; llorarán y se acordarán de tí, porque serán huérfanos y servirán al vencedor en su propia patria. Así acaban los imperios. El poder de esta vida solo dura breve tiempo. Lo que poseemos en la tierra es sólo prestado, y fuer-

za es dejarlo cuando llega el momento. Así lo han dejado otros antes que nosotros. ¡Oh Nezahualcoyotl, no tornarás á ver ya nunca á Zihuapan-Tzin, Acolhuaca-Tzin y Quauhtzontezoma-Tzin, tus amigos inseparables.»

Si todo esto fuera auténtico, si no temiéramos que alrededor del coronado poeta se haya formado todo un ciclo de leyendas y tradiciones postcolombinas, autorizadas bajo aquel nombre por poetas indocastellanos impregnados del espíritu de la Escritura y del influjo de la literatura castellana, vertido en las alusiones al estilo indígena, sería verdaderamente sorprendente semejante elevación religiosa unida á tanta clarividencia del porvenir. Para llamar cristiana dicha poesía, tan sólo le falta el nombre.

Por desgracia, alimentamos algunas dudas acerca de la fidelidad de su traducción que acaso corra parejas con el razonamiento de Motezuma á Cortés en la primera entrevista de estos personajes referida por el novelesco Solís. No pretendemos negar con eso la existencia de tradiciones poéticas presagas de la conquista española; pero no ya en nombre del exépticismo histórico, sino en nombre de una crítica juiciosa y sensata, falta de pruebas y apoyada exclusivamente en probabilidades poco *probables*, nos atrevemos á proponer suma reserva en aquel punto, mientras testimonios de mayor peso, esto es, la aparición de los textos mismos, no vengan á confirmarlas ó declararlas.

VI

La afición del soberano á la poesía, la creación en su corte de una especie de academia donde aquélla se cultivaba, debió producir muchos poetas tanto líricos como en otros géneros. Por desgracia dichas obras se han perdido, *pasan como ramilletes de flores*, según la melancólica expresión del soberano. Sólo dos entre sus contemporáneos han logrado escapar al olvido: uno el señor de Otompan yerno del empe-

rador según Torquemada, parentesco de que no hacen la más leve mención Boturini y Clavijero; otro Quauh-Quauh-Tzin, cuya tierna despedida y heroica muerte referimos más arriba al hablar del amor que su esposa inspirara al soberano.

Acusado el primero de traición por sus enemigos, mandó-le comparecer á su presencia el clemente monarca para que se sincerara de aquel cargo. El señor de Otompan recitó su defensa en verso, pero de manera tan cumplida y patética que conmovido por su elocuencia, concedióle el emperador la vida con grandes mercedes y hasta le otorgó, según refiere Torquemada, la mano de una de sus hijas, rasgo que deja muy atrás la magnanimidad de Augusto con Cinna y la famosa clemencia de Tito.

El desenvolvimiento de la lírica supone constantemente el de otros géneros de carácter más popular y, digámoslo así, más objetivo. Pueden estos géneros tener en unos pueblos más ó menos importancia, pero jamás carece de ellos la inspiración colectiva de las muchedumbres. Aunque los historiadores no lo dijieran, habíamos por necesidad de suponerlos en la avanzada civilización mejicana, tipo superior de todas las de América en los tiempos anteriores á la conquista europea.

Méjico tuvo, en consecuencia, toda una literatura épica compuesta de poemas en que se celebraban los héroes victoriosos de sus guerras, los monarcas ilustres, los progenitores de sus gentes y naciones; cantos satírico-burlescos en que sus poetas aúlicos ó vulgares ponían en ridículo las costumbres de los pueblos enemigos; parodias mezcladas de versos, música y baile en que pintaban con crudo naturalismo los achaques y deformidades del sexo femenino blanco de bufonadas nada cultas, propias de un pueblo en que la mujer era casi nada cuando joven y nada en absoluto cuando dejaba de

fecunda; dramas y comedias, finalmente, representados en públicos teatros destinados al efecto, donde juglares cultos de apropiadas máscaras y vestidos al uso de los diversiones de ciertos tiempos y lugares, daban grato solaz en ciertas épocas de la vida á la regocijada muchedumbre, ávida en la capital

como en todas las ciudades populosas de emociones y de fiestas.

Por lo mismo, más que por su mérito literario únicamente apreciable para los entendidos en la lengua *nahuat*, debemos deplorar la pérdida de dichas obras bajo el punto de vista histórico, como documentos étnicos de una cultura que sin ellos aparece manca é incompleta.

La variedad de tales composiciones, á juzgar por las noticias que nos quedan, debió ser grande, sin embargo. Puede inducirse no sólo de las numerosas referencias que hacen á las mismas muchos eruditos escritores, sino de las existentes durante la dominación española, que trasformó muchas de ellas infundiéndolas nuevo espíritu, sin lograr destruir su popularidad ni sus formas tradicionales, persistentes en las costumbres indígenas, unas veces con el favor, otras desafiando severas prohibiciones de las autoridades eclesiásticas y civiles.

Los cantares de *gesta* entonados por el trovador en los palacios, los satíricos y de burlas recitados por plebeyos juglares en las calles, las compañías de histriones que ora en barracas semejantes á las de nuestras ferias, ora en sólidos y bien contruidos teatros de cal y canto representaban dramas, comedias, bufonadas y parodias de actualidad, ponen en aquella civilización de manifiesto un desarrollo del arte difícil de conciliar con las opiniones vulgares que la juzgan bárbara por ciertos rasgos odiosos. Buena prueba de su carácter avanzado puede verse en la perfección y refinamiento que alcanzó el pueblo mejicano en las artes del diseño y en muchas industrias útiles cuyos productos señalan genio singular y predilección marcada por lo bello. «Es gente de tanta capacidad que todo lo entienden y conocen muy bien,» dice Cortés al Emperador en una de sus cartas. «Aun en gran parte hacen ventaja á nuestras repúblicas,» escribe el ta Acosta. «Ningunos otros conocemos en cuanto el sebra, que puedan decir ni loarse de hacerles alguna ja,» exclama entusiasmado Mateo Alemán.

VII

Más difícil es hablar de las representaciones teatrales del antiguo Méjico, pues por desgracia no se conserva drama alguno propiamente azteca, pero es fácil inducir su carácter á juzgar por el que revistió entre las naciones del Yucatán, análogas por su civilización á las mejicanas.

A semejanza de todos los pueblos el drama comenzó por ser allí ceremonia sagrada, una fiesta religiosa dentro ó alrededor de los templos, en honor de ciertas divinidades. Pueblo feroz y guerrero, su primer canto debió ser un canto de victoria acompañado de sangrientos sacrificios al implacable *Huitzlopochtli*, el famoso *Huchilobos* de los rudos conquistadores castellanos.

Sacerdotes, señores, príncipes y hasta el monarca en persona, solían tomar parte en esta especie de salvaje ditirambo, guiado en el espacioso patio del templo por un hombre y una mujer, que entonaban respectivamente una estrofa á que el coro contestaba acompañado de instrumentos.

En la gran fiesta anual del dios Xiuteuhtli, bailaba el rey con todos los señores y él mismo comenzaba el canto en alabanza del ídolo, siguiéndole aquellos, únicos que parece tenían derecho á tomar parte en la ceremonia. En otras ocasiones era ritual con arreglo al complicado calendario mejicano que el himno en alabanza del dios fuera nuevo, sin mezclar en el mismo concepto alguno de los antiguos, bajo pena de privar al autor de los beneficios de su cargo, costumbre que según dice el erudito Mascaró, de quien tomamos muchas de estas noticias, explica la afición de los mejicanos á la poesía y debió producir grandes resultados en la méjico-gentilica.

En la fiesta de la diosa *Toci* (la abuela) tomaban parte exclusiva las viejas. Consistía en un baile sin música ni canto en que las actrices divididas en dos bandas ostentaban en

las manos rosas amarillas ó se tiraban á la cara pelotas de pluma.

Los sacerdotes, á semejanza de lo que ocurría en la Edad media celebraban con grande algazara la llamada de los *tallegos*, en honor de la diosa *Ilamanteuchtli*. Simulaban escaramuzas con taleguillas de pluma ó algodón, golpeándose unos á otros, é imitándoles el pueblo. Salían luego del templo á la calle con mucho bullicio, daban talegazos á las mujeres que encontraban, injuriábanles éstas y terminaba dicha fiesta con la obligada intervención de los muchachos.

¿Quién no ve en el doble carácter de tales representaciones el germen de la tragedia y el de la comedia satírica? Pero ¿pasaron estas formas de sus primeras fases embrionarias? ¿Hubo en Méjico drama propiamente dicho, fuera de las representaciones religiosas; un teatro, digámoslo así, profano?

La cuestión para nosotros no ofrece duda, á pesar de la oscuridad con que hablan de ella algunos cronistas. Que hubiera teatro en el patio de ciertos templos, como aseguran Acosta y después D. Luis Fernández Guerra, no se opone á la existencia de teatros independientes fuera de aquellos lugares para las representaciones profanas. El *Miscoacalli* de que habla el historiador Sahagún, serviría según esto para los dramas sagrados, que continuarían fieles á su objeto aun después de operarse la separación entre ellos y los populares.

Por lo menos tenemos noticia de uno situado fuera de los *teocalli* ó recintos sagrados, construído en el mercado ó plaza mayor de Méjico, esto es, en el sitio más público y concurrido de la ciudad.

Lo confirma el propio Hernando Cortés en una de sus celebradas cartas al emperador Carlos V. Refiriéndose al sitio de Méjico se expresa en los siguientes términos:

«Determiné construir un trabuco de madera, el cual hecho, llevóse á la plaza del mercado, para lo asentar *en un como teatro que está en medio de ella*, fecho de cal y canto cuadrado, de altura de dos estados y médio, y de esquina á c.

quina había treinta pasos; *el cual tenían ellos para cuando hacían algunas fiestas y juegos, que los representantes de ellos se ponían allí porque toda la gente del Mercado y los que estaban en bajo y encima de los portales pudiesen ver lo que se hacía.*»

El teatro estaba, pues, en la plaza, no junto á los *teocalli*, según dice en repetidas ocasiones el gran conquistador. Debe inducirse, por lo mismo, que si las representaciones sagradas ó religiosas se verificaban en los templos, tenían las profanas lugar adecuado en estos teatros populares, opinión de que igualmente participa Acosta al hablar del de Cholullan, y el obispo Diego de Landa al hacerlo del de Chichenitza en el Yucatán.

Los espectáculos se verificaban al aire libre, en lugares espaciosos capaces de contener numerosa muchedumbre, obligada á presenciarlos de pie ó encaramada en los portales y salientes de los vecinos edificios.

Una plataforma construída de cal y canto, elevada á tres metros próximamente del suelo y de unos veinticinco de anchura formaba el escenario de este teatro, cubierto en la techumbre de ramaje y decorado en los alrededores con mástiles y gallardetes en que tremolaban banderas pintadas de fantásticos animales, emblemas de la ciudad.

«Los habitantes de Cholullan, refiere Acosta, enramaban y aderezaban el suyo con toda clase de flores y plumería, colgando á trechos muchos pájaros, *cuys* (conejos de Indias) y otras cosas apacibles donde después de haber comido se juntaba toda la gente.»

VIII

La multitud nada exigente acudía allí gozosa. Los actores se presentaban al público remedando en burlescas escenas sordos, enfermos, ciegos, cojos, mancos y tullidos, que solían acudir á los templos para implorar de los dioses la salud. Interrogados los sordos, respondían por gritos inarticu-

lados; los enfermos tosían; los otros, según su dolencia, divertían de mil maneras al espectador.

Concluidas estas farsas, reemplazaban otros actores á los primeros, disfrazados en figura de diferentes pájaros y animales perfectamente imitados; escarabajos, lagartos, sapos, cuadrúpedos y anfibios, que en vivos y animados diálogos explicaban la significación y costumbres de cada uno. Todos ellos se esforzaban en lucir su ingenio y merecer el aplauso del público, costumbre que recuerda la comedia *á braccio* de los italianos y las farsas improvisadas de Valencia y Andalucía. En algunas fiestas salían de los mismos templos parte de sus servidores provistos los hombros con alas de mariposa ó de pájaros de variados matices, trepaban por los árboles dispuestos al efecto, y sobre ellos arrojaban los sacerdotes con sus cerbatanas bolitas de barro, acompañando la diversión con frases de burla y bromas más ó menos ingeniosas. La representación terminaba con un baile general en que intervenían los actores que habían figurado en la escena. (Vid. Acosta).

En todas las piezas dramáticas ó bailes hablados servíase el actor constantemente de una máscara de madera perfectamente esculpida y adecuada á su papel, uso todavía conservado en muchos pueblos de la América Central.

Nada, salvo el recuerdo, ha subsistido de aquellas farsas extrañas, transformadas alguna vez en obras de carácter más elevado, de que podemos formar idea por el Rabinal-Achi, cuya pintoresca descripción nos ha dejado Brasseur de Bourbourg.

Sin necesidad de acudir á fuentes tan modernas, suministran los antiguos escritores españoles numerosas noticias de bailes históricos entre los americanos de los países centrales, especialmente en los Estados de Chiapas, Yucatán y Guatemala. Aun hoy suelen presentarse los indígenas vestidos á la usanza de sus padres en las festividades religiosas catolicismo. Graciosos y espirituales cuando la escena lo de, trágicos ó amenazadores, cómicos ó grotescos, juegan .

habilidad todos los papeles, sin perdonar siquiera los defectos y los vicios de los magistrados más famosos de la conquista castellana.

Algunas de dichas piezas se representan sin recitado, y son por consiguiente verdaderos bailables, donde la música se combina con la danza, á la que dan en este caso los yucatecas el título de *balsam*, esto es, «representación.»

En ocasiones eran estas piezas dramas hablados ó recitados con música. El director de escena recibía el nombre de *holpop*. Tenía el deber de instruir á los bailarines y los actores. Era una especie de crónica viva de todas las tradiciones histórico-teatrales del país. Él disponía la escena, daba la señal del canto y de la música, tenía cuidado de los instrumentos. Todos le trataban con respeto, saludábanle en la calle, cedíanle por doquiera el primer lugar, y cuando el país se sometió á España, cuando el templo de las antiguas divinidades tuvo que ceder su puesto á la iglesia, continuó recibiendo de sus compatriotas los mismos honores que antes.

Figuraban en dichos bailes ó dramas gran número de actores, pero como hasta la época moderna sucedía en Europa, y como en la actualidad sucede entre los chinos, no aparecían las mujeres en escena y eran representados sus papeles por mucháchos. Graves y monótonos durante la representación mostraban especiales aptitudes para la mímica y la caricatura, las cuales expresaban con tanta vida y naturalidad de movimientos que eran la admiración de su auditorio.

Cogolludo en su historia del Yucatán dice textualmente: «Son graciosos en los motes y chistes que aplican a sus mayores y Juezes: Si son rigurosos, ambiciosos, avarientos, representando los sucessos que con ellos les pasan y aun lo que ven a su Ministro Doctrinero (parroco) lo dicen delante del y á veces con una sola palabra (pág. 187).»

Tenían por lo común dichas representaciones carácter cómico y por asuntos los grandes hechos de sus antepasados, referidos de igual modo que sus cantos en tradiciones y otros legendarios.

IX

Oviedo que presenció muchos bailes y fiestas entre los nicaraguanos, describe así uno de los más curiosos que vió en Teocoatega, después de la recolección del cacao.

«Y halleme un día á ver un arreyto, que allí llaman *mitote*, e cantar en coro, como los indios suelen hacerlo, y era acabando de coger el fruto del cacao, que son aquellas almendras que entre aquella gente corren por moneda e de que hacen aquel brevaje que por tan excelente cosa tienen; y fué de aquesta manera. Andaban un contrapás hasta sessenta personas, hombres todos, y entre ellos ciertos hechos mugeres, pintados todos é con muchos hermosos penachos e calças e jubones que digo eran pintados, e tan naturales que ninguno los juzgara sino por tan bien vestidos como cuantos gentiles soldados alemanes ó tudescos se pueden ataviar. Y essa pintura era de borra de algodón picado (é primero hilado) que lo hacen quedar como la borra que dexan las tijeras de los tundedores, y era de cuantas colores puede haber y aquellas muy finas. Algunos llevaban mascarar de gestos de aves, é aquel contrapás andabanlo al rededor de la plaza e de dos en dos, e desviados á tres ó quatro passos, y en medio de la plaza estaba un palo alto hincado de más de ochenta palmos, y encima en la punta del palo estaba un ydolo assentado e muy pintado, que dicen ellos es el dios del *cacaguat*, ó cacao: e avia quatro palos en quadro puestos en torno del palo, e revuelto á esso una cuerda de bexuco tan gruesa como dos dedos (ó de cabuya) e á los cabos de ella atados dos muchachos de cada siete ú ocho años, el uno con un arco en la mano y en la otra un manojo de flechas; y el otro tenía un moscador lindo de plumas y en la otra un espejo. Y á cada tiempo del contrapás, salían aquellos muchachos de fuera aquel quadro, e desenvolviéndose la cuerda, andaban ayre dando vueltas alrededor, desviándose siempre

afuera e contrapessándose el uno al otro, destorciendo lo cogido de la cuerda; y en tanto que baxaban esos muchachos, danzaban los sessenta un contrapás, muy ordenadamente, al son de los que cantaban e tañían en cerco atambores e atabales, en que avría diez ó doce personas, cantores ó tañedores de mala gracia, e los danzantes callando e con mucho silencio.

Turoles esta fiesta del cantar, tañer e baylar, como es dicho más de media hora, e al cabo de este tiempo comenzaron á baxar los muchachos, e tardaron en poner los pies en tierra tanto tiempo como se tardaría en decir cinco ó seis veces el credo. Y en aquello que tuvo el desarrevolverse la cuerda, andan con assaz velocidad en el ayre los muchachos, meneando los brazos e las piernas, que parece que iban volando, e como la cuerda tiene cierta medida, cuando toda ella se acaba de descoger, paran súbitamente a un palmo de tierra. E quando ven que ya están cerca del suelo, ya llevan encojidas las piernas, e a un tiempo las extienden, e quedan de pie los niños, uno á la una parte e otro á la otra, á más de treinta passos desviados del palo que está hincado, y en el instante con una grita grande, cessa el contrapás, e los cantares e músicos, e con esto se acaba la fiesta.» (Oviedo, *Historia de Indias*, Lib. XLII, Cap. XI).

X

Pero entre todas las obras de esta clase sólo dos subsisten y han llegado hasta nosotros; el drama-baile del Tun, generalmente conocido bajo el título de Rabinal-Achi, traducido por el famoso abate francés Brasseur de Bourbourg, que le insertó Dios sabe con qué fidelidad entre los apéndices de su *Gramatique Quiché*, y el todavía más problemático conocido bajo el nombre de Apu-Ollantay. Pertenece el primero á la nación guatemalteca y el segundo al Perú; esto es, á la literatura que pudiera benévolamente llamarse inqueña, si por ven-

tura hubieran tenido los incas literatura digna de tal nombre.

Curioso por extremo el romancesco administrador eclesiástico de Rabinal, mandó llamar un día á su presencia á los principales cabezas de cofradías de aquel pueblo, instándoles con apremio á que representaran el citado drama de que tenía ya noticia. Excusáronse los indios con su ordinaria cautela, mas tanto insistió el bueno del abate, que, ofreciéndose por fin á sufragar todos los gastos, hubieron aquéllos de acceder á su demanda.

El 19 de Enero de 1856, después de varios meses de preparativos y de ensayos prolijamente referidos por el traductor, los actores sabían sus papeles y se hallaban dispuestos para la fiesta, que, á manera de *misterio* religioso, se verificó en la iglesia, donde acudió todo el pueblo. Dejemos la palabra al mismo Bourbourg:

«Así que me vieron entrar en el templo, resonó en la nave el grito de guerra. El *tun* y la trompeta dejaron oír sus melancólicas notas, y ejecutaron con gravedad los actores, vestidos de hermosos trajes y cubiertos de curiosas máscaras, una de las danzas de la representación.

«Tomé entonces la palabra para recordarles que cuando sus antecesores eran dueños del país daban á estas fiestas marcado carácter religioso. Añadí que el drama que iban á representar estaba lleno de recuerdos, en que, según el lenguaje de un autor indígena, adoraban todavía *la madera y la piedra*; que á Dios no eran ya agradables dichos simulacros, y, finalmente, que, al representar el drama, debían tener presente que eran cristianos.» Dichas estas palabras, el abate roció á los fieles con agua bendita, hizo la señal de la cruz, y actores y público salieron de la iglesia bailando al compás de los instrumentos, con lo cual terminó la fiesta de aquel día.

Al siguiente, conmemoración de San Sebastián, bajo cuyo patrocinio se halla la parroquia, Brasseur celebró... tomó asiento después bajo un estrado, dispuesto en el... terio, y dió comienzo el drama, en medio de la sor... los indios, que nunca le habían presenciado.

Al son apagado y melancólico del *tun* aparece en escena el príncipe Rabinal, seguido de Ixok-Mun, su esclavo favorito, y doce guerreros más, especie de guardia de Corps, llamados los águilas y los tigres. Marchan unos tras otros con lentitud, hasta que aparece el guerrero Queché-Achi. Este se adelanta hacia ellos con gesto furioso, y obliga á girar el corro con mayor velocidad. Provoca al Príncipe, mas éste le hace prisionero arrojándole un nudo corredizo. Rabinal-Achi insulta al vencido con palabras en que toma por testigos al cielo y la tierra, palabras que repite el prisionero como un eco de su adversario, á manera de fórmula ó exorcismo.

Rabinal-Achi entra victorioso en el palacio del rey Hobtoh, que le recibe rodeado de espléndida corte. Después de breve plegaria, y de darle cuenta de la expedición, pide la venia al monarca para presentarle su valiente prisionero, con grandes muestras de admiración y de respeto. Queché-Achi, si bien vencido, no quiere humillarse ante el rey. «¿Qué, seré valiente guerrero—dice,—seré héroe si me humillo y bajo la cabeza ante vuestro rey? Ved con lo que yo me humillaré: he aquí mi arco, mi escudo, mi maza tolteca y mi hacha yaqui. Con esto me abato y me humillo únicamente al entrar por la puerta de la fortaleza y del gran palacio. ¡Quiera el cielo aniquilar la grandeza y majestad de vuestro soberano! ¡Quiera el cielo herir sus labios y su boca dentro de su gran fortaleza y palacio, y tú, valiente guerrero, recibe los primeros efectos de mi furor!»

Queché-Achi se arroja sobre su adversario; pero el esclavo del héroe vencedor se interpone, diciendo: «Valiente guerrero Caveh-Queché-Umak, deteneos; no matéis mi valentía y mi coraje Galel-Rabinal-Achi.» El prisionero penetra entonces en palacio, saluda al rey y le pregunta: «¿Es verdad que pides mi humillación?» A la respuesta afirmativa del monarca, Queché-Achi levanta la terrible maza, que, sin la intervención del esclavo Ixoh-Mun, hubiera dejado caer sobre el déspota. Este le recuerda su antigua prisión, de que escapó gracias al valor de Rabinal-Achi, á quien debe haber reco-

brado su trono. «Acuérdate—dice al iracundo prisionero—de la crueldad que usaste conmigo. Da, pues, el supremo adios á tus montañas, porque vas á morir.» «¡Oh, rey Hobtoh—exclama inclinándose el héroe vencido,—perdóname á la faz del cielo y de la tierra, porque si entonces obré así fué porque roía la envidia mi corazón; pero, antes de morir, déjame por un momento gustar siquiera de tus riquezas!» El rey se lo otorga, y manda traer á un esclavo mesa, copa y platos. Queché-Achi come y bebe con orgulloso desdén, é invita al rey á que guste de lo suyo en sus salvajes montañas, que no tornará á ver. Hobtoh hace alarde de sus riquezas, y decora al prisionero con una hermosa banda de *tisú* y oro. Queché-Achi exhorta á los músicos de su tierra para que toquen los aires natales.

El mismo baila, lanzando de tiempo en tiempo su grito de guerra. En seguida entrega al rey todo lo que le ha prestado, y le pide ver por un momento la «madre de las plumas preciosas, la brillante esmeralda, procedente de Tzam-Gam-Carchag, cuya boca es virgen, cuyos ojos no han sido tocados, para que yo estrene su boca, su faz, para que yo baile con ella y la pueda hablar en las cuatro extremidades de este palacio (libremente), como signo supremo de mi muerte, aquí, entre el cielo y la tierra». El rey ordena traer á la «brillante esmeralda»; pero «cuidado—dice al guerrero un esclavo,—cuidado con que la faltes en lo más mínimo». Queché-Achi suplica contemplar después los doce guerreros que acompañan á Rabinál, con los cuales ejecuta una danza pirrica. En vano ruega al rey que le acompañe á sus montañas, ruego que equivale á pedir la libertad. El rey permanece sordo á todas las súplicas, abandona la escena y deja solos en ella al vencido con los doce *tigres y águilas* de su corte, inmóviles junto á una especie de ara sacrificatoria puesta en medio de la escena. Resignado á su triste suerte, el guerrero tolteca se dirigenamente á los soldados y les pide que le maten sin exclamando con entusiasmo: «De nada me ha servido el cielo y la tierra sean con vosotros, ¡oh, ág

tigres!» Estos le rodean, le tumban sobre la piedra y le sacrifican. El coro y los actores acuden, ejecutan una danza general, y el drama termina.

Nada, como puede verse por la concisa exposición de esta obra, hay en ella digno de llamar nuestra atención, si se exceptúa el carácter del guerrero Queché, representante de un pueblo y de una cultura, vencidos por las armas de otro pueblo y de otra cultura más avanzados. Hay algo de infantil, pero también algo de grande en aquel héroe bárbaro, verdadero protagonista del drama, que mantiene hasta el fin su carácter indomable, y, después de luchar para defender su vida, se rinde gallardamente á la muerte sin imprecaciones y sin quejas, sumiso á la fatal ley del vencimiento, implacable en las sociedades heróicas.

En cuanto á la estructura, entendemos que la ha desnaturalizado Brasseur dividiendo la pieza en dos actos y cuatro escenas. Sería más natural hacer la división en seis ó siete cuadros y señalar la diversidad de lugares en que ocurre la acción. Sobre ganar con esto en claridad, se explicarían mejor los sucesos de la misma.

A pesar de las interpolaciones que la tradición oral habrá introducido en ella, á pesar de las *licencias* del traductor, el Rabinal-Achi es el monumento más auténtico de la dramaturgia precolombina, y no es indigno del pueblo que nos ha dejado en el *popol-Vuh* el libro sagrado más completo de las viejas civilizaciones de centro América.

Con gusto entraríamos en la exposición de las reliquias poéticas del Perú de los incas, sobre todo del drama Apu-Ollantay, de autenticidad más que dudosa; pero sin renunciar á ello en ocasión más propicia, ponemos por ahora punto final á nuestro trabajo, en que, sin tratar de discutir las como se merecen, sólo nos hemos propuesto vulgarizar algunas noticias esparcidas por libros y monografías de acceso no siempre fácil.

ENSAYO ACERCA DE LA CONDICIÓN JURÍDICA DE LA MUJER

(CONTINUACIÓN) (1)

Sostienen algunos pensadores, que el estudio filosófico debe preceder al histórico, fundándose en la razón incontestable de que es imposible historiar la vida de un sér sin conocerle de antemano y poderle distinguir de los demás, pero puede objetarse, si se trata del conocimiento científico, que siempre existe, con anterioridad á toda investigación de este género, algún conocimiento vulgar de su objeto, puesto que aun en el mismo propósito de estudiar un asunto cualquiera va implícita necesariamente, según el tan repetido aforismo *nihil volitum quin præcognitum*, alguna idea de lo que es ese mismo asunto. En cuanto al conocimiento vulgar, lo primero que en él se nos muestra es lo determinado y concreto del hecho, del fenómeno, que obra sobre nuestros sentidos determinando en nosotros estados de percepción. A más de estas razones, no debe olvidarse que como los hechos sociales revelan las ideas reinantes en su tiempo, el estudio de una institución en su desarrollo histórico nos muestra, por la variedad que conserva en la evolución de las ideas, dependientes en

(1) Véase el núm. 549 de esta REVISTA.

fera del pensamiento de la concepción general de la realidad, múltiples puntos de vista, alguno de los cuales hubiera pasado, tal vez, inadvertido en una investigación limitada á la esfera racional de los principios.

No quiere esto decir que la inducción de los hechos históricos nos dé una norma segura para juzgar de la justicia de las instituciones. Por una parte la posibilidad del mal y del error como una de sus manifestaciones, y por otra lo limitado de la observación que podemos hacer de los hechos, hacen que éstos no nos ofrezcan por sí solos un criterio inapelable de bondad y de justicia, y que solo constituyan un dato, que, sin embargo de tener gran importancia, dista mucho de ser decisivo. No necesita probarse la posibilidad del mal, cuya existencia acredita la experiencia diaria de la vida, y en cuanto á lo defectuoso é incompleto de nuestra observación, basta tener en cuenta que no solo es defectuosa esa observación á consecuencia de la finitud de las facultades del observador, que deja fuera de sus representaciones un mundo inagotable de relaciones y de aspectos del objeto, sino también por parte de la materia misma que observamos, puesto que hallándonos en un momento dado de la evolución histórica de la especie humana, solo podemos conocer la parte ya efectuada de la vida de la humanidad, sin que nos sea posible hacer otra cosa con respecto á los futuros destinos de los pueblos y á los hechos por realizar, que limitarnos á hipótesis más ó menos verosímiles, pero siempre muy aventuradas y problemáticas.

Para resolver la cuestión indicada, es preciso tener presente la relación en que se encuentren los hechos con los principios y el verdadero valor de cada uno de estos términos. La realidad se nos ofrece en la relación del conocimiento en determinaciones concretas, en fenómenos, en hechos, cuya presencia ante nosotros es el punto de partida del proceso psico-físico que da como resultado y producto la representación interna del objeto. Con respecto á los principios, se nos presentan éstos en las esferas del conocimiento como

representaciones ideales de leyes ó sean relaciones constantes que determinan el modo de producirse los fenómenos, ó de cualidades generales ó maneras de ser abstraídas de la realidad individual de cada objeto determinado. Sin discutir aquí la cuestión, tan debatida en un tiempo en las Escuelas, de si á esas proposiciones generales corresponde ó no una realidad exterior, basta que notemos que no puede corresponderles realidad alguna (fuera de la que tienen en nuestro pensamiento) con separación de lo concreto y determinado de los seres individuales y de sus fenómenos, puesto que todo lo que la realidad nos ofrece en la relación del conocimiento, nos lo ofrece en la forma dicha de concreciones, ó de apariencias fenomenales, hasta tal punto, que nuestros mismos ideales generales se nos presentan como un estado concreto de nuestra actividad cognoscitiva, cuando la hacemos objeto de reflexión. Vienen á representar en este sentido los principios, el elemento común, que se da constantemente en las individualidades concretas, sea en todas, sea en un grupo de ellas y claro está que en este concepto está el principio enteramente pendiente de los hechos y lo genérico subordinado á lo individual y no puede ser de otra manera. Parece esto contradecir lo que hemos sentado acerca de la falibilidad del testimonio de los hechos históricos, pero hay que tener en cuenta que en los hechos históricos, á diferencia de los naturales, sucede que por la gran complejidad de la actividad psíquica humana y por la esfera limitada de conciencia reflexiva que es dado abarcar á los pueblos y á los individuos, hay: 1.º, mayor variedad de medios con relación á un fin; 2.º, posibilidad de obrar en contra de lo exigido por la naturaleza de un sér en alguna relación determinada, nunca en todas, por el carácter necesariamente parcial que revisten las negaciones, y, por lo tanto, el error y el mal. Esto explica los frecuentes extravíos que registra la Historia y el dilatado camino que han seguido los pueblos para cumplir fines.

Además, nuestra observación no puede pasar de .

chos efectuados hasta el momento presente, sin que le sea dable penetrar en los futuros. Lo mismo ocurre, en verdad, con los hechos llamados *extrictu sensu* naturales, pero por la necesidad y la uniformidad con que se realizan, siendo homogéneos, es posible que observado cierto número de ellos y no teniendo noticia de otros que aparezcan en oposición con los primeros, podamos inducir la ley á que obedecen en su producción. Por el contrario, tratándose de hechos en que interviene la voluntad humana, la variedad infinita que presentan y la libertad (sea cualquiera su grado) de que son susceptibles, quitan firmeza á la inducción que de ellos se haga.

Como los hechos pasados que constituyen el asunto de la historia solo representan una parte de las fases por las que va pasando el desenvolvimiento de la especie humana, parte de la cual ni aun podemos determinar, más que por vagas hipótesis, su relación cuantitativa con el todo, puesto que no le tenemos presente ¿qué tiene de extraño que en la observación de los hechos históricos no encontremos una base firme y segura para inducir con certeza las leyes de la vida social de la humanidad? ¿Podríamos acaso inducir las leyes de la evolución vital de un organismo animal ó vegetal, observando solo una de las fases de su vida, aun contando con el encadenamiento de los hechos en el mundo físico, que presenta una mayor necesidad que la que se observa en todo aquello en que entra, como uno de sus factores, la voluntad humana?

La falibilidad del criterio que nos dan los hechos, no está tanto en los hechos mismos como en las deficiencias de nuestra observación. Deficiencias que se manifiestan de un modo cuantitativo en la imposibilidad de conocer más hechos que los ya realizados y aun de éstos una parte que por grande que sea dista siempre mucho de la totalidad: y cualitativamente porque siendo el hecho tan complejo como concreto, escapa y queda fuera de nuestro conocimiento un infinito de detalles que se investigan en cada concreción temporal y sujeta á espasmos de la realidad. Y como si esto no fuera bastante, muchas veces, nuestra observación no penetra más que en la corteza

más exterior y grosera de los hechos, dejando inexplorado el fondo y la médula que encierran en sus apariencias sensibles.

Conviene que hagamos notar además, en favor de la prioridad de la investigación histórica, que el conocimiento que tenemos de lo esencial, de lo permanente de un objeto y que con relación á nosotros y de un modo subjetivo es conocimiento filosófico, considerado en sí en las relaciones temporales de prioridad y de posteridad en que se da respecto de otras concepciones acerca de su objeto, es un hecho histórico y ocupa un lugar en la historia de las ideas relativas á su asunto. Por consiguiente, la manera de proponernos un problema filosófico cualquiera, por lo mismo que es un hecho histórico, encierra en sí aparte del elemento específico, producto de la originalidad de cada sujeto, de cada pensador, otro elemento tomado de las ideas reinantes en nuestro tiempo que forman á modo de un ambiente intelectual. Y como la sucesión del pensamiento en los pueblos, lo mismo que en los individuos no admite soluciones de continuidad, la manera contemporánea de apreciar una cuestión, encierra un fondo heredado, producto de las concepciones anteriores y no menos importante que las notas propias y características de la nueva idea. Para tratar de dar solución á un problema tal como se plantea en una época determinada, es necesario conocer sus antecedentes, si queremos darnos cuenta de la forma en que nos le proponemos.

En conformidad con las razones que quedan expuestas, comenzaremos nuestro trabajo, haciendo un resumen histórico de las fases porque ha pasado la condición jurídica de la mujer en su desarrollo á través del tiempo, antes de llegar al estado actual. Podría objetarse que lo que dejamos consignado como razón del plan, solo exige la precedencia del estudio histórico de las ideas y de las doctrinas acerca de lo á que nos referimos, pero la debilidad de esta objeción, manifiesta con solo observar que esas doctrinas son el producto de las circunstancias de su tiempo, como el

das en él y dependen de las múltiples causas que condicionan la vida entera, tanto en sus manifestaciones más elevadas del orden intelectual, como en sus más rudimentarias manifestaciones físicas, no pudiendo por tanto ser bien conocidas si se las separa y se las abstrae de las demás esferas de actividad social coetáneas con ellas, sacándolas de su propio lugar. Presentar escindida la unidad de la Historia, colocando á un lado el pensamiento y á otro la realidad de los hechos como si el pensamiento no fuera real y como si la realidad estuviera divorciada del pensamiento, es alterar la naturaleza de las cosas.

III

DIVISIÓN DE LA HISTORIA

El conocimiento histórico exige, como cuestión preliminar, una clasificación de los hechos, que descubra, á través de su variedad, elementos comunes con arreglo á los cuales puedan agruparse. Las clasificaciones de la historia que se han hecho atendiendo solo á una de las dos formas generales de los hechos: el tiempo y el espacio, suelen ser rechazadas por incompletas. Aunque la necesidad de clasificar los hechos se funda en el modo de ser de nuestra facultad cognoscitiva, no por eso se considera que la clasificación es arbitraria y enteramente subjetiva, antes bien debemos atenernos en ella á lo que nos muestre la naturaleza objetiva de las diversas fases de la evolución del ser cuya vida historiamos. Solo así reflejando el organismo interno de las partes en el objeto total puede estimarse justificada la exigencia de sistema, inherente al conocimiento científico.

La división en tres edades: antigua, media y moderna tal como tradicionalmente se la viene presentando, es hoy rechazada por falta de valor objetivo. Desde el momento en que reconocemos que la clasificación de los hechos debe hacerse

en razón de los diversos estados de desenvolvimiento porque ha pasado la especie humana en su evolución progresiva, el procedimiento que tenemos que seguir para construir la clasificación no puede ser otro que la observación de los mismos hechos.

Atendiendo á lo que ellos muestran, hallamos en la vida de la humanidad un primer período, una edad primordial, comparable á la infancia de los individuos, en que todo aparece en gérmen, confuso, indiferenciado y en que, á juzgar por los datos que tenemos, las manifestaciones de la cultura rudimentaria de las sociedades primitivas son casi uniformes en toda la parte poblada de la tierra, sin duda por la extremada sencillez que reviste la vida en los orígenes de la civilización. Esta edad puede dividirse en dos períodos: tiempos prehistóricos y tiempos tradicionales, atendiendo á las fuentes de conocimiento de que disponemos al tratar de cada uno de ellos. Poco á poco y por lentas gradaciones sucesivas se va pasando de esta edad inicial á otra en que aquellos elementos, confundidos en un todo caótico y cuyo desarrollo era sumamente rudimentario, van adquiriendo vida propia distinguiéndose de los demás y transformándose gradualmente al paso que se desenvuelven. Como dice Spencer, el progreso se verifica pasando de lo homogéneo á lo heterogéneo. Primeramente se distinguen unos de otros los factores de la vida social y diferenciada aquella indistinta unidad de las sociedades primitivas surgen civilizaciones que se caracterizan por el predominio de una de las esferas de la vida y de una de las actividades colectivas que absorbe en cierto modo á las demás imprimiéndola una forma y una dirección determinada.

El Oriente en que predomina la Religión, Grecia en que el Arte y la Filosofía descuellan sobre todas las manifestaciones de la cultura, Roma esencialmente jurídica, el Cristianismo que aporta una elevada moral no enteramente nueva en la Historia, pues la Filosofía pagana había presentado algunos de sus principios, y, por último, las irrupciones

las tribus del Norte que traen á la vida el individualismo, desconocido en la llamada Edad antigua, representan otras tantas épocas en ese período de diferenciación que hemos señalado.

A partir de las irrupciones de los pueblos septentrionales á este movimiento de diferenciación, producido como por una fuerza centrífuga, sucede otro movimiento de aproximación de esos elementos en que había ido desdoblándose la variedad de la vida social, los cuales se combinan como á impulsos de una fuerza interna de afinidad. La fusión de los elementos romano, germánico y cristiano se verifica en la época que se ha llamado Edad media, después el renacimiento greco-latino del siglo xv añade un nuevo elemento: la cultura helénica y, por fin, el renacimiento oriental de nuestro tiempo parece como que completa y cierra ese período de integración en que termina la parte realizada de la vida de la humanidad, período en que sucesivamente observamos, como internas subdivisiones, el predominio de la variedad individualista representada por el feudalismo, la restauración del principio unitario del poder simbolizada en las monarquías y la expansión del Estado llano, que afirma sus derechos por medio de las Revoluciones.

Hay, por lo tanto, dos grandes edades en la Historia, una de unidad, otra de variedad y dentro de ésta un período de desintegración y un período de composición que sigue al primero y le completa combinando unos elementos con otros (1).

Bosquejada á manera de plan esta clasificación, podemos entrar de lleno en el resumen histórico de la condición de la mujer, que constituye la primera parte de nuestro trabajo, según el orden trazado.

(1) No presentamos como original esta clasificación, que coincide con la que adopta para exponer la historia del Derecho privado el distinguido catedrático de la Universidad de Madrid D. Gumersindo de Azcárate.

IV

TIEMPOS PREHISTÓRICOS

De los tiempos prehistóricos (1) no tenemos otros datos directos que los objetos encontrados en los numerosos yacimientos, diseminados en diversos puntos de la corteza terrestre. Estos datos que tienen un valor absoluto para determinar el estado en que se encontraban entonces aquellos ordenes de la actividad humana que se refieren á objetos materiales dando por resultado la modificación de los cuerpos físicos (como, por ejemplo, la fabricación de armas y utensilios de que tan abundantes muestras se encuentran en las estaciones prehistóricas) no son más que datos indirectos, verdaderos indicios, en aquellas otras esferas de vida cuyo fin no son cosas revestidas de apariencia sensible. Las ideas tienden á encarnarse en objetos exteriores por más que se las presente dotadas de toda la inmaterialidad posible, de tal modo que la religión tiene su culto, sus imágenes, sus sacerdotes, el Derecho sus Códigos ó sus costumbres y jueces etcétera; pero de esta edad rudimentaria no han llegado hasta nosotros más objetos que los que tienen relación con las necesidades más imprescindibles de la vida, como armas, herramientas, etc. Se discute sobre si ciertos objetos prehistóricos pueden indicar la existencia de algún principio religioso ó haber sido símbolo de alguna autoridad, pero queda el fondo de esta cuestión sumido en la obscuridad de lo ignorado. A pesar de todo, los vestigios que poseemos pueden ser-

(1) No sin fundamento comenzamos nuestra investigación en los tiempos prehistóricos. Los orígenes de la civilización son, en nuestros días, objeto de detenidos estudios y se reconoce unánimemente que los hombres de ciencia la importancia que reviste el conocimiento del origen de las instituciones y en general de los hechos sociales para dar cuenta, no solo de sus transformaciones sucesivas, sino hasta de su propia naturaleza.

virnos para que conjeturemos lo que sería la vida social en aquellas remotas épocas, pero sin trasponer el límite de lo meramente probable y sin atribuir á nuestra inducción una firmeza que sería enteramente imaginaria.

Claro está que el Derecho pertenece á aquellos órdenes de vida que no se refieren directamente á cosas exteriores y mucho más en tiempo en que no existía la escritura ni permitía el grado inicial de civilización de aquellas sociedades, consignar en forma de ley lo que se vislumbraba de los principios jurídicos. Pero aun siendo el Derecho algo relativo á la conducta humana, y, por tanto, algo que no es en sí una substancia material, como nuestra conducta tiene una parte que transciende de nuestro interior, manifestándose en actos exteriores, los datos que tenemos, al revelarnos, en parte, cuáles eran entonces las condiciones de la vida, nos dan alguna luz, aunque escasa, acerca de la vida social y jurídica, para lo cual influye no poco el tratarse de una edad primordial en que todo aparece confuso, indiferenciado y formando un conjunto homogéneo, cuyos elementos se van después distinguiendo y separando unos de otros.

Partiendo de esta base podemos formular alguna hipótesis acerca de cual sería la condición de la mujer en la Edad prehistórica.

El hombre de las primeras razas, obligado á desplegar en la lucha por la existencia, una suma de esfuerzos mayor que en época alguna, combatiendo á cada paso con el *mammuth* y el oso de las cavernas, buscando abrigo en las grutas, en las hoquedades de las rocas y en los troncos carcomidos de los árboles, errando continuamente de una parte á otra para procurarse la subsistencia, por medio de la caza ó de la ocupación de los frutos naturales, había de profesar un culto ferviente á la Fuerza, inspirado en las dificultades de la vida y en el mismo espectáculo de la Naturaleza, que por doquiera le aterraba ó le sorprendía con la grandiosidad de sus fenómenos y de sus maravillosos espectáculos. La situación de los débiles no podía ser entonces favorable y la mujer pertenece á

este número. El hombre primitivo, elevado muy poco por cima del nivel genérico de la vida animal, no podía tener con las mujeres ninguna de las consideraciones que luego á medida que ha ido avanzando la cultura se han creído deber al sexo femenino, hasta por razón de su misma debilidad. Sintién dose fuerte en frente de aquel sér hacia el cual se sentía atraído por irresistibles tendencias y por misteriosos anhelos, le sometería con el derecho del más fuerte, eternamente negado, pero eternamente ejercido. Por razón de la mayor debilidad de su organismo, la mujer debió permanecer en una posición subordinada y como de esclavitud; cuanto menores eran sus fuerzas, mayores las dificultades para procurarse el sustento y para librarse de los animales feroces; estaba necesitada de protección, y su protector, por lo mismo que la defendía, la dominaba, estimándola como una cosa suya. Tal es lo que parece indicar el género de vida de las tribus prehistóricas primitivas.

La otra fuente de que disponemos, y á que acuden la mayor parte de los escritores que tratan de investigar los orígenes de la civilización, es el examen de las costumbres de los pueblos salvajes contemporáneos y el de los restos de una antiquísima y rudimentaria cultura que suelen quedar en la organización y en las tradiciones de los pueblos que aparecen en tiempos plenamente históricos (1). Conviene advertir que, tratándose de esta fuente, es aún menor la seguridad con que podemos caminar en nuestra indagación. Se ha discutido si la manera de vivir de los pueblos salvajes actuales es un estado inicial y rudimentario de cultura, comparable con el del hombre prehistórico, ó es, por el contrario, producto de la

(1) Históricos son todos los hechos realizados por la humanidad, en cuanto que se determinan en el tiempo y en el espacio y son susceptibles en sí de ser objeto aquel género de conocimiento que llamamos Historia. El adjetivo prehistórico indica cosa anterior á la historia pero á la historia ya formada y que surge de las fuentes generales esta clase de conocimiento, dándonos una mayor certeza de sus datos no á la historia posible, que tal vez, y fundándose en tradiciones extinguidas, se haya podido hacer en épocas remotas con respecto á periodos que para nosotros son prehistóricos.

decadencia de una civilización anterior. En la mayoría de los casos parece más verosímil lo primero, pero no siempre resulta suficientemente probado. Además, casi todos los autores que han tratado científicamente de esta cuestión, y especialmente los que la han examinado con aplicación á los estudios jurídicos, han tenido que valerse, á falta de observaciones propias, de fuentes mediatas, como las narraciones de los viajeros, en que suelen abundar las inexactitudes, unas veces por el escaso conocimiento de los idiomas hablados en los pueblos salvajes, otras por la dificultad de apreciar qué es lo constante y qué lo accidental en costumbres tan diferentes de las nuestras.

En cuanto á los restos de instituciones que formaron parte de una civilización antiquísima, y que á veces se conservan en las legislaciones de pueblos cuya historia conocemos, es también sumamente difícil separarles de los elementos que constituyen el núcleo de esas legislaciones y lo propio y característico de ellas. Sin embargo, necesitamos servirnos de estas fuentes, aunque hagamos las debidas reservas en cuanto al valor de los datos que mediante ellas lleguemos á obtener.

El *hetairismo*, ó la comunidad de mujeres en la tribu, aparece como el primer estado y la primera forma de relación social entre los dos sexos. Como dice Reclús (1), todo indica que en un principio el colectivismo se impone, y las mujeres y los hijos son comunes, como todas las cosas. El estudio de las costumbres de los pueblos salvajes descubre en muchos de ellos esta organización; algunos no tienen en su idioma palabra que exprese la idea del matrimonio, lo que prueba que desconocen esta institución. Sir John Lubbock, en su obra *Orígenes de la civilización*, cita numerosos ejemplos para probar la existencia del *hetairismo* entre los salvajes.

Robert Spencer, en su *Sociología*, menciona también muchos hechos que comprueban este aserto. Reclús cita el caso de los

1) Reclús: *Les primitifs.—Etudes d'ethnologie comparée.*

Esquimales, que están, por decirlo así, en su edad de la piedra y del hueso, y que practican la comunidad de mujeres entre los casados. En la isla de Ounamartch sirven las mujeres de moneda ideal (1), lo que indica también la existencia de este colectivismo. En algunas tribus de Islandia la promiscuidad es completa dentro de la familia; las mujeres pertenecen indistintamente á todos los individuos de la familia, no habiendo, por consiguiente, padres ni maridos. Este estado indica, sin embargo, algún progreso, puesto que al *hetairismo* en la tribu ha sucedido el *hetairismo* en una agrupación más reducida, que puede llamarse familia. Entre los apaches de América, aunque la comunidad de mujeres no era absoluta, se conservaban restos de este primitivo estado social.

Bachofen (2) y Mac Lennan (3) han partido de este estado primordial de *hetairismo* en sus estudios sobre la organización de la familia primitiva y realmente pueden ser considerados como los primeros que han tratado científicamente la cuestión. Pero aunque los estudios detenidos acerca de este punto son muy modernos, no por eso carecen de precedentes anteriores en muchos siglos á nuestras ideas.

G. GÓMEZ DE BAQUERO.

(Continuará).

(1) Reclús: Obra citada.

(2) Bachofen.—*Das Mutterrecht*. (El Derecho de la madre.)

(3) Mac-Lennan.—*Primitive marriage*.

LIBROS DE POLÍTICA

Es caso verdaderamente raro en nuestro país el de la publicación de libros sobre materia política, lo cual deja en el orden intelectual un vacío, y hace que el público, sin la sollicitación de un estudio serio y hondo que le sirva de aprendizaje y disciplina, se disipe en lo vano, caiga en lo vulgar y se enrede en lo menudo. Se toma de la política lo puramente exterior, la intriga burda, el juego de los partidos, principalmente guiados por móviles personales, en sus agitaciones y sus luchas, lo cual espolea la malsana curiosidad y ofrece abundante pasto á su murmuración. No puede ser un gran pueblo el que carece de una clase directora en que el cultivo de la ciencia política abone el acierto en la obra, ó al menos imponga á sus yerros el correctivo de una crítica seria y oportuna.

No por mero azar van unidas en nuestra historia á las grandezas morales las intelectuales; no en balde cuando políticos insignes y capitanes famosos pusieron más alto nuestro nombre, lucían con todo el resplandor de los suyos los Suárez, Victorias y Molinas.

En días de decaimiento, y como recuerdo de aquellos tiempos, habíamos de tener un esclarecido autor de empresas y empresas. Pero ¡qué decadencia luego! Es preciso llegar á tiempos modernos para ver cómo al calor de las revoluciones

nacen políticos de mérito y escritores de fuerza más templados para las controversias del polemista que para las serenas investigaciones del filósofo. Uno de éstos—rara avis—y de los más desasidos del mundo de los negocios públicos—aun viviendo en medio de ellos—discurre con tanto saber como cordura sobre las formas de gobierno, tema en que hubiera obtenido mucho mayor éxito hace algunos años, cuando en pleno período constituyente estas cuestiones de formas de gobierno, y su antecedente lógico, la del concepto de la soberanía, era de las que en mayor grado gozaban el privilegio de fijar la atención de los amantes del saber. El libro de D. Damián Isern, á que aludo, está escrito con todos los datos de la ciencia nueva, pero directamente inspirado por la antigua; lo cual no es tacha para quienes no lleven la moda—que bien se está en otras cosas—á las escuelas de filosofía. Isern es un tomista; estoy por decir que un suarista; su discurso sobre las formas de gobierno presupone un concepto de la soberanía que no se aparta del tan luminoso y aun moderno de Suárez, que no tenemos por qué rechazar los que aceptamos el sufragio universal preocupándonos sólo de lo relativo á su organización.

Curioso contraste el de este libro con el que tengo á su lado sobre la misma mesa. Apenas terminé la lectura de *Las formas de gobierno*, comencé la de la *Biología de los partidos políticos*, por Alvaro Figueroa y Torres, el secretario del Ateneo, el concejal turbulento del Municipio de Madrid, el diputado fusionista, y para terminar de una vez, el joven que ha hecho más cosas y dado que hablar á más personas en menos espacio de tiempo. Ya sé que tomará á buena parte lo que le voy desde luego á decir; es á saber, que más le considero nacido para el cultivo del arte que para el de la ciencia de la política. Todo lo contrario que el autor de *Las formas de gobierno*. Inquieto, decidido y bullidor, antes de apu- el bozo—y poco más hace que apuntarle—andaba metido en Academias y Ateneos, sobre todo en días de elecciones generales, curtiéndose en estratagemas, ardidés y maquiav-

mos—perdone la memoria de Maquiavelo que le cuelgue un sambenito más sobre los muchos que ya tiene encima—que con la notable ampliación de estudios y prácticas posteriores le preparaban sobradamente para dar mayores proporciones en su trabajo á todo lo que se relaciona con la materia electoral. Encuentro que hace muy bien Alvaro Figueroa en dedicarse á reposar de su mucha actividad política pensando y escribiendo sobre política, y sólo siento que lo haga siguiendo un método que le lleva á conclusiones, cuando no inexactas, incompletas.

Al tratar de la vida de los partidos la equipara á la de los seres animales y aplica los principios biológicos examinando primero su embrología para formar idea de su origen y principio, después su fisiología para determinar el regular funcionamiento de sus órganos, luego su patología y por último su terapéutica. De esta retórica, que si como tal no me place, como filosofía menos, se han hecho diferentes aplicaciones, pongo por ejemplo la igualmente luminosa del tratadista que definía el Derecho Internacional diciendo: «Es un estado fisiológico que, interrumpido por cualquier accidente patológico, solo vuelve á su primer estado por algún medio terapéutico.» En lo terapéutico es de completa deficiencia la biología de Figueroa y cuenta que era la que más importaba. Sin duda, describir el mal es fácil y por eso aventaja á las otras partes la dedicada á la patología. Pero aun en ésta pudo fijarse más aplicandó con fruto el método de experimentación y análisis que tantas ventajas tiene con relación á estos estudios.

En lo que no significa negación ó desconocimiento del orden especulativo y de sus elevados fueros, nada tengo que oponer, sino muy al contrario, á ese método de estudio que haciendo más sagaz y humana la crítica dió por el pie á muchos de aquellas ideologías que se tradujeron en programas, dogmas y abstractos de nuestros partidos políticos. Pero bien lo seguir el método experimental y prescindir del tecnicismo naturalista que sin ventaja para la investigación coar-

ta la libertad y el acierto en el decir con perjuicio notorio de ingenio, por lo general tan suelto y desembarazado como el de Álvaro Figueroa. Además esto imprime carácter materialista al libro en que por otra parte relega á secundario lugar y de escasa importancia á los que llama fenómenos de conciencia. Es que en esto, como en varias otras cosas, aparece imbuído, no se si dándose exacta cuenta, en la filosofía Spenceriana, que considera la psicología como evolución de la fisiología, materializándola, destruyendo la alteza de la más hermosa facultad humana, y sustituyendo sus libres determinaciones sin las cuales ni la moral se comprende, ni la realidad se concibe, por meras funciones mixto de instintivas ó mecánicas. De tales afirmaciones materialistas es derivación lógica el sensualismo, para cuantos creemos en el principio de casualidad, nudo de la filosofía, como objeto del razonamiento, cosas desconocidas para quienes, mutilando la personalidad humana y su principal obra la ciencia, no ven en la historia complicada trama de hechos que tienen causas y están sujetos á leyes, sino simple sucesión de fenómenos que forman el titulado proceso evolutivo. ¿Qué efecto ha de hacer que Alvaro Figueroa abogue porque la moral pública no se tenga por cosa distinta de la moral privada, si descónoce lo que es garantía y fundamento de toda moral? ¿Ni qué ha de pensarse de la opinión que recoge de Holtzendorff de que el principio de moralidad está próximo á ser puesto en vigor como base de la política?

Es verdad que después de celebrar, como muy gráfica, la profética aseveración cuida de añadir que esa proximidad «puede hacerse esperar aún bastante»; desconfianza justificada en su mismo libro, *Sección de patología*. Son las páginas mejores las que dedica al caciquismo; lástima que no desenvuelva con detención lo que indica con acierto. E insistiendo en esto un instante y relacionándolo con lo del principio de moralidad ¿no es evidente que esas doctrinas socialistas, positivismo naturalista, fomentando egoismos y sensualismos individuales, viene á justificar la inmoralidad política

revela en el caciquismo constituyendo lo que se podría titular su filosofía? En lo que destruye ó atrofia el sentido moral no se podrá encontrar sino la exacerbadón de los males sociales.

El partido político es cosa de hoy, que se ha sistematizado, digámoslo así, en la organización parlamentaria. Por eso, como con razón dice Álvaro Figueroa en los libros de política, debe hoy tener un principal lugar el estudio de los partidos. Se resienten éstos de la convención y artificio, que es carácter general del régimen Parlamentario. En el representativo de la Edad media, los procuradores tenían, en cierto modo, más libertad, no en la propaganda de doctrinas políticas, fin que les era extraño, sino en el voto de subsidios. Aquello de que anduviera un Rey ambulante convocando Cortes en unas y otras ciudades, es cosa que hoy ni siquiera se concibe; se opone á ello el modo de ser más perfecto y progresivo de nuestra organización actual. Era aquel sistema, simplemente representativo sin más allá que el autorizar al Rey sus gastos, pero no entrometerse en su empleo, que la tarea de la gobernación corría á cuenta del Rey ó del valido en quien ponía su voluntad y confianza. Y hoy el mismo Parlamento gobierna, puesto que una representación de la mayoría es el Gabinete, que ha de tener la confianza y el apoyo de la mayoría frente á las minorías que lo fiscalizan y discuten.

Unidos por un interés común el Gobierno y su partido, éste le da sostén y aquél le presta fuerza con los medios que le proporciona para ello una centralización política y administrativa preparada de largo tiempo atrás. Por tales vinculos van unidos á los gobiernos de partido los males del caciquismo, que solo puede remediar la descentralización administrativa, difícil de improvisar en un país despojado de ella su desgracia.

Esta relación á que someramente aludo, del caciquismo y gobiernos de partido, creo merecen, en libro como el de Figueroa, un detenido análisis. Ofrecía lugar propio para

éste aquel en que recuerda las protestas de Rosmini en su Filosofía de la política, contra los partidos á cuya conveniencia es contrario. Y aquí se ocurre preguntar qué será mejor para ir en el sentido de una organización más perfecta, si conservar la Parlamentaria clásica con dos grandes agrupaciones ó confundirlas como ha hecho en Italia el transformismo y está haciendo en el vecino Portugal, lo grave de su situación. Lo cierto es que cada vez se hace más difícil sostener una división de partidos, que es algo convencional y arcaica, terminada, no sé si decir felizmente, la era de reforma política á que respondía la existencia de esos dos grandes partidos, conservador y liberal.

En cambio, la carencia de estos dos—más introducen confusión y desarreglo,—y su sustitución por uno solo, trae por consecuencia que sean terribles las que se derivan de un fracaso. En un régimen de discusión muy abonado á que se gasten pronto las situaciones, es expuesto no tener, como instrumento de gobierno, más de un partido. Por esta consideración, que creo de mucho peso, siquiera su distinción sea más difícil y aun algo arcaica su estructura, conviene conservar los dos partidos, propios de la tradición Parlamentaria; lo cual ofrece, por añadidura, la ventaja de dar una garantía de organización á las fuerzas políticas, dentro de los Parlamentos, y donde éstos han de gobernar no es preciso encarecer la ventaja de que pueden prescindir las Monarquías y Repúblicas, representativas, aun si es caso éstas van ganando con el fraccionamiento y división de las fuerzas relativas en las Cámaras.

Tales cuestiones, que aquí solo puedo indicar, merecían cumplido desarrollo en libros como los de los Sres. Isern y Álvaro Figueroa.

Por las ya apuntadas, que exponen con suma lucidez y acierto, merecen ambos escritores felicitaciones y aplau-

CRÓNICA POLÍTICA INTERIOR

Madrid 29 de Febrero de 1892.

Proyecto de ley de clases pasivas.—El anarquismo y la pornografía.—
Trabajos sobre presupuestos.—El convenio con los Estados Unidos.

Terminó, por fin, en el Congreso, el debate sobre el proyecto de ley de clases pasivas de Ultramar, contra el que se desataron grandes resistencias y protestas inesperadas. La obra del Sr. Romero Robledo ha vuelto á ser lo que era en su principio, salvo algunas pequeñas concesiones que en nada destruyen su esencia ni menoscaban su acción reparadora. El triunfo ha sido por esta razón de mucho más alcance, pues ese proyecto que va á discutir inmediatamente el Senado y convertirá en ley la sanción de S. M., no sólo borra la confusa legislación que sobre pensiones, retiros y horfandades existía, sino que descarga para lo porvenir al presupuesto, de una parte considerable de los recursos destinados á las clases pasivas de Ultramar.

Quizás otro Ministro hubiera vacilado en sostener su pensamiento ante el clamor que levantaron los intereses que se juzgaban heridos y las esperanzas que la nueva ley disipa. Pero el Sr. Romero Robledo ha sabido mantener con loable firmeza sus propósitos, «ha cedido consigo mismo» como dijo en una frase elocuente contestando al general Ochando, y ha sabido reunir en una amplia concordia todas aquellas en-

miendas que sin desnaturalizar la idea que preside al proyecto, servían para unir voluntades y vencer escrúpulos. Esta primera campaña del Sr. Romero Robledo le acreditaría de experimentado político y hábil gobernante, si ambos títulos no los poseyera ya de antiguo. No debemos omitir que los diputados por Cuba Sres. Rodríguez San Pedro, Pérez Castañeda, Álvarez Prida y Martín Sánchez, han luchado denodadamente en defensa de los intereses de la gran Antilla, como los Sres. General Ochando, La Serna y García Alix en favor de los intereses del ejército que juzgaban, erróneamente á nuestro entender, amenazados.

* * *

A la vez que en el Congreso terminaba este debate, surgía en el Senado otro de la mayor trascendencia acerca del socialismo y la pornografía, dos grandes enfermedades que van invadiendo poco á poco el organismo y que corrompen y desgastan las viejas energías de los pueblos y las santas tradiciones del hogar. No hay que decir que tanto el señor obispo de Salamanca como el de Cádiz, discutieron estas cuestiones desde el punto de vista de la religión y de la defensa de la familia, con celo verdaderamente evangélico y con espíritu verdaderamente cristiano. El anarquismo no es una escuela ni siquiera una secta política; es la negación de todo principio religioso y político y de toda tendencia civilizadora y humanitaria. La disciplina de sus adeptos es la que pueden poseer las bandas de foragidos que tienen por enseña el crimen, por medio el asesinato, por fin la destrucción y el pillaje.

No hay, en verdad, como elocuentemente afirmaban el pastor salmantino y el prelado de Cádiz, frenos tan poderosos dentro de las leyes para perseguir á los anarquistas; pero sí hay modo de preparar su extinción como también decía con soberana elocuencia el Sr. Cánovas, si al ser

ble rigor de las penas se une la difusión de sanas doctrinas, los estímulos del bien hacer y la constante vigilancia de los encargados de regir los pueblos.

En cuanto á los extragos que produce la pornografía, ya es otra cosa. Esa literatura ruin que ni sirve para estragar el gusto ni para rebajar la cultura de una nación, va desarrollándose á la sombra de punibles tolerancias, y tiempo es ya de que se ponga coto á una libertad que se convierte en asquerosa licencia. El libro y el grabado ocultan á veces el veneno sutil de una propaganda anti-religiosa ó de un estimulante sensual. Pero con ser así, creemos cosa tan fácil la extinción de la pornografía que bastará que las autoridades quieran que deje de existir para que ese signo de decadencia y de falta de virilidad de un pueblo no sea la preocupación de gentes honradas.

* * *

Las cuestiones económicas toman día por día mayor importancia. La situación de nuestra Hacienda constituye al presente el único objetivo de todas las agrupaciones militantes. A ello han contribuido no poco la noble franqueza con que el Sr. Cánovas ha confesado el desequilibrio en que España vive, la necesidad urgente de poner remedio á los males que nos agobian y la confianza que abriga de que imponiéndonos verdaderos sacrificios se llegará á la nivelación de los presupuestos, á la alza de nuestros valores y á la baja de los cambios internacionales. Las desdichas que hoy deploramos y que han puesto á la nación en verdadera angustia, son viejas y por eso reclaman enérgicas medidas. Ahora van á pagarse los errores que se cometieron desde que las enconadas luchas de los partidos trastornaron la Administración pública, derribaron una monarquía secular, fraguaron una revolución vergonzosísima y prepararon una república que convirtió á España en ludibrio de Europa. Los dé-

ficits que han venido acumulándose en los últimos treinta años, producto de guerras intestinas, de fraudes sin ejemplo, de derroches injustificados y de empréstitos ruinosos, forman una cifra que realmente asombra y desespera. La estadística publicada recientemente por el digno Interventor general de la Administración del Estado, Sr. González de la Peña, de que dimos conocimiento á nuestros lectores en nuestra *Crónica* anterior, constituye el verdadero proceso de nuestros partidos.

Resulta de esa Estadística que en los Presupuestos, desde 1850 á 1889-90, catorce se decretaron con un *superabit* que excedía de 1.000.000, dos en que el remanente se fijaba en más de 25 y uno en 80. Sólo en siete años presentáronse nivelados con diferencias en más ó en menos, que no alcanzaban á 1.000.000. En los veinte ejercicios restantes, hubo Presupuestos que se calcularon con un *déficit* de 1.000.000; y otro de 210 como en 1869-70; otro de 182.000.000 como en 1870-71 y otro de 113.000.000 como en 1871-72; datos estos tres que pintan de un modo gráfico las glorias de la revolución de Septiembre del 68.

Pero la liquidación de los presupuestos ha ofrecido un resultado muy distinto de la previsiones legislativas. De los cuarenta años, descontando el producto de emisiones de deuda y anticipos consumidos, sólo en el de 1876-77, en el segundo semestre de 1881-82 y en 1882-83 aparece remanente, ofreciendo déficit los treinta y siete restantes. Y si se tienen en cuenta también las resultas de ejercicios cerrados, entonces, desde 1850, sólo en 1876-77 se liquidó el presupuesto con *superabit*.

Cuatro causas fundamentales han contribuido á destruir las previsiones legislativas: 1.^a El haberse autorizado mayores gastos que los numéricamente detallados en los presupuestos, empleando la palabra *Memoria*, que significaba ampliación del crédito concedido hasta el importe de obligaciones que se reconociesen y liquidasen. 2.^a La concesión de créditos extraordinarios ó suplementos de crédito.

cubrir con la deuda flotante del Tesoro, si los recursos del presupuesto no bastaban, como no han bastado más que en un año, para atender á todas las obligaciones. 3.^a El traspaso de remanentes de créditos concedidos con anterioridad y con carácter de permanencia, sin recursos propios para cubrirlos, sistema prohibido ya por la ley de 29 de Junio de 1890. Y 4.^a El error por deficiencia de cálculo al fijar los ingresos, exagerando la evaluación de los rendimientos que podían esperarse de ellos.

Las dos primeras causas han producido desde 1850 á 1889-90 un aumento en los gastos de 2.530 millones, sobre los 26.388 que numéricamente se autorizaron, ó sea 63 millones anuales, cantidad exorbitante que en parte se neutraliza con la anulación de créditos que sobraron por la suma de 1.420 millones de otros conceptos, ó sea 35 al año; pero, aun deduciendo estas bajas de aquellos aumentos, representan las ampliaciones por término medio anual, cerca de 28 millones. Hay, sin embargo, que tener en cuenta que algunas de ellas determinan ingresos equivalentes, por lo que tienen su compensación, pero en la mayor parte no sucede lo propio.

En cuanto á los créditos extraordinarios y suplementos de crédito, existe una opinión vulgar que los condena, por creer que estos aumentos á los primitivos créditos del presupuesto causan graves perturbaciones á la favorable y conveniente liquidación de los mismos. En esa creencia hay alguna exageración, y no pueden proscribirse en absoluto los gastos adicionales por el carácter de previsión ó cálculo previo de que no es posible despojar el presupuesto, y por la eventualidad de muchos de los servicios en él consignados.

No resulta, sin embargo, que los Gobiernos hayan hecho uso inmoderado de sus facultades para pedir ó conceder créditos suplementarios. En los últimos once años sólo ascienden los créditos adicionales á 9.430.000 pesetas anuales, por término medio, lo cual representa 1,16 por 100 sobre los créditos presupuestos; mientras que en igual período en Francia, que es nuestro modelo, los créditos adicionales pedidos im-

portan 182.281.000 francos al año, que constituyen el 6,24 por 100 de sus presupuestos. Es decir, que al comparar resulta un 5 por 100 en favor de las previsiones y de la contención de la administración española. En algo habíamos de llevar ventaja á la francesa.

La causa última del déficit, que es la exagerada evaluación de los ingresos calculados, merece estudiarse con detenimiento. La diferencia de menos durante los últimos cuarenta años, según lo liquidado, asciende á 1.645 millones, ó sea á razón de 41 anuales, y, según lo realizado y que puede realizarse, importa 2.038 millones, que equivale á 51 millones al año por término medio y en cifras redondas. Como se ve, ésta es la causa principal del déficit; el defecto y exageración en el cálculo de los ingresos presupuestos, porque no sólo lo que se realiza, sino lo que se liquida, se separa mucho de las previsiones legislativas.

De los 44 conceptos que son origen de renta, sólo 4 han ofrecido rendimientos superiores á los cálculos, pero se refieren á recursos de poca importancia, excepto uno, loterías; 11 conceptos exceden de 90 por 100, sin llegar á la cifra de previsión; 12 están comprendidos entre 80 y 90; 4 entre 70 y 80; 7 entre 60 y 70, y 6 conceptos no han llegado al 60 por 100 de lo que se calculó, según detalladamente demuestra la estadística que examinamos. El sistema de evaluaciones entre nosotros, con respecto á los ingresos, es un sistema de largo tiempo condenado en otras naciones de Europa; pero no puede extrañar, porque es consecuencia inmediata del principio que refuta el Sr. González de la Peña.

De la imposición de los gastos nace, por razón lógica, la necesidad de determinados ingresos; pero como éstos ni pueden violentarse, ni dependen de la voluntad de los gobiernos ni de la administración hacer que lleguen á donde no pueden llegar, de aquí el desnivel, de aquí el conflicto y de este sistema de evaluación que pudiera llamarse de *aumentadas mejoras*. Consiste éste en tomar por base del ingreso el realizado en el año anterior, *mejorando ó aumentando*

cifras que aquél arroje en relación con los aumentos ó mejoras que se hayan observado en dicho año, ó que por otro concepto se consideren probables, como ha demostrado brillantemente *La Epoca*.

La sola enumeración del principio le condena, porque, además de no existir razón para suponer que los progresos continúen en escala ascendente, préstase á gratos optimismos, que se truecan muchas veces en desengaños, según la experiencia enseña. El sistema de aumentos desapareció de la contabilidad francesa en el año 1886, y con él lo ilusorio y lo arbitrario, reemplazándolo con el llamado automático, que consiste en tomar por base de la evaluación de los ingresos presupuestos los realizados durante el último ejercicio cerrado; con lo cual se garantiza la seguridad del cálculo.

Idéntico sistema se observa en Inglaterra, Italia, Alemania y los Estados Unidos, en algunos de cuyos países se presentan los proyectos al Parlamento en vísperas de comenzar el año económico, y en otro se rectifican los cálculos una vez en el curso de cada ejercicio económico.

Por último, en la exposición que precede á la estadística de los presupuestos se señala la necesidad de dotar á la administración de un personal probo, inteligente, activo é ilustrado, factor importante, á juicio del señor Interventor general, en la solución que todos perseguimos: el posible perfeccionamiento de la administración como base principal para nivelar el presupuesto.

Estas son las causas del *déficit* que nos asfixia y que á tan triste situación ha traído al país. ¿Cómo curar los vicios que tan desastrosos resultados ofrece al presente? El Sr. González de la Peña lo indica. No haciendo evaluaciones ilusorias en los ingresos, ni ocultaciones en los gastos, ni ampliaciones en los créditos, ni concediendo créditos extraordinarios con la asombrosa facilidad con que han venido permitiéndose. Con esto, y con seguir un procedimiento automático riguroso en los ingresos sobre la base del último año transcurrido; con expresar numéricamente el gasto de cada servicio

presupuesto; con limitar la concesión de suplementos y créditos extraordinarios, y en suma, con proscribir todo *déficit* inicial, se llegaría en pocos años á la verdadera nivelación, que es hoy la suprema esperanza de la regeneración de nuestra Hacienda.



Los productores filipinos han abierto una briosa campaña para pedir que sean incluídas aquellas islas en el convenio pactado con la Unión norteamericana respecto á Cuba y Puerto-Rico, mucho más cuando los filipinos tienen razón que les sobra.

Al negociar el convenio de 31 de Julio no se incluyó á Filipinas. Era incuestionable que los Estados Unidos aplicarían sus nuevas tarifas á los azúcares y demás productos del archipiélago por Magallanes descubierto, y era notorio que desde tal acontecimiento, la exportación del mencionado artículo para los puertos de la Unión sufriría gran detrimento.

Los resultados son los que eran de esperar. Los Estados Unidos han aplicado á los azúcares filipinos los altos derechos que establece la ley Mac-Kinley y la exportación ha cesado: telegramas recibidos en Manila, avisan á los exportadores que suspendan todo envío de azúcares, así al Norte-América directamente como á Inglaterra, donde sean de tránsito para aquel país.

El hecho es grave. El archipiélago exportó en 1890 azúcares para los Estados-Unidos por valor de 3.240.513 pesos fuertes y si el abacá sufre igual suerte, cosa no difícil, la ruina del archipiélago sería inevitable, pues sumada aquella cantidad á los 6.144.978 pesos que representa el abacá exportado el mismo año para dicho país, resultaría una pérdida de pesos fuertes 9.385.491, es decir una tercera parte de la exportación, contando sólo con lo que va directamente á los Estados-Unidos, pues si se agregase lo que éstos reciben por

ducto de Inglaterra, la pérdida podría estimarse en dos tercios de lo que se exporta. Así lo ha demostrado en un curioso trabajo el Sr. D. Serafin Cano y Urquiza.

La cuestión es bastante clara para que exija más argumentos en pró. Hay, pues, que negociar con el gobierno de Washington y obtener para Filipinas los mismos beneficios que para Cuba y Puerto-Rico; de lo contrario, aquel país tan digno por todos los conceptos de la solicitud de nuestros gobernantes, perderá de un sólo golpe sus dos principales ramos de riqueza—el azúcar y el abacá—y la miseria se enseñorearía bien pronto de nuestras hoy florecientes provincias oceánicas.

Que los Estados-Unidos han de prestarse de buen grado á entrar en negociación, no admite duda de ninguna especie. Mientras ellos reciben mercancías de Filipinas por un valor total de 10.284.030 pesos, sólo envían por valor de 521.518 pesos, es decir el 2,53 por 100 de la importación del archipiélago; y no hay que decir si estarán dispuestos á hacer concesiones para aumentar su exportación.

No nos atrevemos á afirmar de momento si será conveniente aplicar en todas sus partes á Filipinas las estipulaciones relativas á Cuba y Puerto-Rico, ó si por el contrario, podrán obtenerse mejores resultados haciendo un convenio especial. Es materia árdua y que merece un particular estudio, para el cual no tenemos hoy datos bastantes á la mano; pero, de todos modos esperamos como *El Diario de Madrid*, de la actividad y patriotismo del Sr. Romero Robledo una solución favorable y lo más pronta posible. Filipinas verá con júbilo la resolución del conflicto que la amenaza y nosotros aplaudiremos por ello al señor ministro de Ultramar.

M. TELLO AMONDAREYN.

CRÓNICA EXTERIOR

29 de Febrero de 1892.

Los graves acontecimientos surgidos en Berlín descuellan sobre los demás sucesos de la quincena. El Imperio férreo del centro de Europa, regido por la mano de un joven impetuoso, ó por mejor decir, «desequilibrado», ha tenido su capital en manos de las hordas socialistas, acosadas por altas y viejas predicaciones, al par que por necesidades que no admiten aplazamientos.

Hallábase el joven Guillermo II enfrascado en un socialismo peligroso, por lo mismo que inspira fe y abre los pechos á la esperanza. Aquellas masas famélicas que oían la palabra casi divina de su Emperador y se empapaban en las doctrinas filantrópicas de los altos poderes, apenas si podían conceder una tregua á la realidad iluminada por la luz del zénit gubernamental, y robustecida por la naturaleza propia y por los espejismos de las privaciones.

Desde el momento en que apretaron, la carencia de un lado, las predicaciones y la excitación de otro, estalló el conflicto con rasgos y tonos de una gravedad que en vano trataríamos de amenguar.

Muy lejos de los pensamientos de Guillermo II tamaña:

plosión sediciosa. Cabalmente ocupábase el soberano en restaurar las costumbres de sus súbditos, cerrando con un proyecto de ley escolar la serie de reformas morales contenidas en las leyes contra la embriaguez y la prostitución, contra los que fomentaban el vicio... Y cuando creía que su plan de enseñanza pudiera ser dique moral que contuviese las corrientes de la anarquía social, estalla el hambre en forma tumultuosa, y hasta silba á la augusta persona del Emperador, dándole con ello inesperada é inaudita prueba de su floja veneración.

La extrañeza causada en Europa por tal ultraje, corre parejas con la que el propio Emperador debe haber experimentado. Porque, aparte la tradicional reverencia profesada á los reyes de Prusia, emperadores de Alemania, por el buen pueblo de Berlín, tenía el soberano cierta tranquilidad en estas cuestiones socialistas, nacida de su empeño de favorecer á los obreros. Cuanto más, que coincidiendo con aquellos hechos, se concedían á las familias indigentes de los soldados de la reserva, de la landwehr y de la marina, es decir, á una inmensa población del Imperio, ciertos beneficios pecuniarios, facilitados semanal y anticipadamente.

* * *

Al observar de qué modo se ha manifestado el volcán socialista á los pies mismos del robusto trono alemán, y á la vista del soberano que más procura por los obreros, los ánimos se sienten preocupados, y no sin razón, pues aparte la gravedad que en sí llevan los hechos y los temores que de ellos emanan, hay otro peligro de tanta ó mayor trascendencia.

Para distraer, desviar, contener tal vez la rápida corriente revolucionario-social, ¿tratará de provocarse la guerra por el soberano más afectado en el asunto, y por añadidura más codicioso de un conflicto armado?

Ciertamente, conocido el sentimiento que todo alemán profesa á la «gran patria»; recordando la buena disposición de la máquina bélica, su fuerza y sus variados resortes, acaso no esté lejano el día en que el espíritu mozo de Guillermo sorprenda á Europa con actos que lleven aparejadas tremendas complicaciones.

Hasta ahora, ningún síntoma ni apresto mueven á temor. Alemania sólo ha acordado grandes maniobras de «paz» en el próximo otoño á cuatro grandes cuerpos de ejército. Pero realmente, ninguna necesidad de alarmantes preparativos tiene el férreo y militar imperio, máxime cuando hace poco más de un mes concluyó el aumento de su artillería de campaña, elevada á la cifra de 434 baterías, medida reclamada por la superioridad que en este arma de combate tenía Francia.

*
* * *

Precisa insistir en estos augurios de catástrofes, porque Guillermo II, con sus pseudo-vesanias de guerrero, César, orador, socialista y filántropo, hace recelar al más confiado.

No hace muchos días que el representante de los Brandeburgo decía solemnemente:

«Pasamos por días de agitación, y durante su transcurso falta la calma al ánimo de todos. Vendrán días más serenos si nuestro pueblo se recoge en sí mismo, si tiene confianza en Dios y en el amor de su soberano y si no se deja sugestionar por el adversario.

Vuestra adhesión me anima á proseguir el camino que el cielo me ha trazado. Añadid á esto que tengo plena conciencia de ser responsable de mis actos ante el Todopoderoso, y que confío en que Dios que nos ayudó en los campos de F bach y en Dennewitz, no nos volverá la espalda. Su invención, cien veces probada á favor del Brandeburgo y mi casa, demuestra que no nos olvida. No, brandebur-

ses: *estamos destinados todavía á grandes hazañas, y yo os conduciré á jornadas gloriosas.*

.
El camino que sigo es el mejor, y lo seguiré á pesar de todo.

* * *

Más que la crisis ya resuelta de Grecia, y que la renuncia á su candidatura para las elecciones de otoño de Mr. Blaine, preocupa el estado de Austria-Hungría, por el carácter económico que ofrece y por la influencia que puede ejercer en la continuación de la triple alianza.

Docenas de miles de obreros yacen sin trabajo en Viena y en los grandes centros del imperio, y 10.000 de ellos, acosados por el hambre, acuden á recoger la ración de pan, y rifien batallas horribles por alcanzar el socorro.

Francisco José, apenado por tal espectáculo, se afirma en sus temperamentos pacíficos y de templanza, pese á las sugerencias del partido militar y á las grandes maniobras acordadas en la frontera rusa, maniobras en las que jugarán cuatro grandes cuerpos de ejército.

Además de esto, Francisco José vive sobre un poder abigarrado, que ofrece peligros por Bohemia, nacidos de su aspiración autónoma, y por Hungría, merced á la protesta de una mayor independencia que la acordada en 1867.

Y he aquí de qué modo es hoy el desventurado emperador austriaco el guardián de la paz europea y el que tiene en su mano el freno que ataja los impacientes desarreglos del alemán y las codicias maquiavélicas del italiano.

* * *

Tras laboriosa gestación, la crisis por que ha pasado la ecina república parece resuelta en estos instantes.

A Mr. Freycinet hereda Mr. Loubet: un incoloro deja el puesto á otro incoloro, y por añadidura desconocido. La vida del nuevo gobierno habrá de ser efímera, porque la soñada concentración republicana es un mito y nada más que un mito. Loubet caerá porque los radicales lo motejarán de demasiado conservador y los conservadores de asaz radical.

Una nota triste ha brotado del último cambio ministerial: las malas pasiones de los prohombres de la república. Freycinet aspira á la alta magistratura; Constant, con sus antecedentes, hace sospechosa su entereza gubernamental y es tildado de ambicioso; Rochefort influye, Carnot vacila y descubre una incorrección no encajada en su conducta siempre plausible, y allá en las penumbras del Elíseo parecen dibujarse las siluetas de intrigantes y consejeros, cuyas maniobras no favorecen en nada el crédito y la vida de la forma republicana.

JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN.

BIBLIOGRAFÍA ⁽¹⁾

UN LIBRO DE CLARÍN

No siempre ha de ser ortigas literarias lo que brote de la pluma del distinguido escritor D. Leopoldo Alas.

En el último libro suyo *Doña Berta, Cuervo, Superchería*, editado como todos los del ilustre catedrático de Oviedo, por la casa de Fernando Fè, hay una joya literaria de inapreciable valor y de mérito indiscutible: *Doña Berta*.

Seguramente no encontrará el lector en *Doña Berta* personajes vulgares como algunos de los que figuran en otras novelas de *Clarín*, ni ampulósidades en lo escrito, ni el lenguaje acataplasmado (valga la inventada frase) de *Su único hijo*.

Doña Berta, Cuervo, Superchería son tres novelitas, en un volúmen, que el lector ha de acojer con cariño y más que cariño con gusto.

Hay quien opina que el señor Alas como novelista es malo, quién que como crítico, á veces es parcial y de cuando en cuando injusto; pero lo que no ofrece dudas á nadie es que *Clarín*, en cuanto á escritor, es genial, sóbrio, correcto, vante é intencionado.

(1) De toda obra que se nos remitan dos ejemplares, haremos un juicio crítico en esta *Sección* de la REVISTA.

Pocos, muy pocos escritores habrá en España que gocen de tanta popularidad como *Clarín* disfruta y que hayan sido más discutidos que el catedrático de Oviedo. Y es que el señor Alas con sus críticas y sus paliques—permítome diferenciar éstos de aquéllos,—ha promovido en la juventud y aun en la ancianidad literarias, disturbios y alborotos que sólo saben producir aquellos que están dotados del talento y de la claridad de ingenio que todos reconocemos en *Clarín*, aparte de las obsesiones de que á veces es víctima el autor de *La Regenta*.

Si *Clarín* no se hubiera dedicado á la crítica chabacana tendría mas amigos que hoy cuenta, aunque también es verdad que si se hubiese limitado unicamente á hacer novelas no contaría enemigos, pero tampoco admiradores... *admiradores* porque le temen.

Que el señor Alas ha sido injusto en algunas de sus críticas, consta en la última edición de *Solos de Clarín*, donde el autor hace declaraciones que le han favorecido tanto como le perjudicaron los apasionados juicios de entonces.

Pero observo que se me va el tiempo en digresiones y que me salgo del *fondo* de la cuestión, que diría cualquier diputado novel.

Quedábamos en que *Doña Berta* es una preciosa novelita, cuyo principal personaje es una simpática anciana llamada Berta, de la familia de los Rondaliegos, que vive en Posadorio acompañada de Sabelona, una criada que adora á su ama y de un gato, que ni es personaje... ni persona.

La anciana cometió allá en su juventud una grave falta... por amor, falta que no le perdonaron sus hermanos cuyo ídolo «era el honor limpio, la sangre noble, inmaculada».

A consecuencia de aquella falta la infeliz Berta cayó enferma de un mal que, como dice el autor, acabó en un tizo misterioso y oculto.

El hijo le fué robado, y Berta, abandonada por los manos quedó sola en Posadorio con Sabelona y el gato.

Un día, en ocasión de hallarse Doña Berta paseando por sus dominios se encontró con un pintor el cual le contó una historia referente á un capitán que luego resulta ser el *hijo bastardo*.

El pintor alcanzó gran fama con un cuadro que representaba la gloriosa muerte del capitán, en el campo de batalla. De este cuadro regaló una copia á Doña Berta, y por ella adivinó la Rondaliego que el capitán era su hijo.

Adquirir el famoso cuadro fué desde entonces la idea fija de Doña Berta.

Con gran asombro por parte de Sabelona la anciana vendió sus propiedades y marchó á Madrid en compañía del gato.

En la corte supo que el pintor había muerto y que el cuadro fué vendido á un rico americano.

Aquí empieza el calvario de Doña Berta. Lloró y suplicó á fin de ablandar el corazón del poseedor del cuadro. Inútilmente; el americano no quería desprenderse de aquella joya cuyo valor primitivo, con la muerte del artista, se había triplicado.

Lo único que consiente el americano es que Doña Berta vaya diariamente á ver á *su capitán*, al que creía su hijo, por el que había venido á Madrid, á este Madrid que tanto le horrorizaba porque temía ser atropellada por los caballos y trtnrada por las ruedas de algunos de tantos carruajes, de tantos tranvías, de tantos carros como cruzaban la Puerta del Sol.

Un día ¡horrible día! supo Doña Berta que el americano se iba á la Habana, llevándose el cuadro. Nuevas súplicas y nuevas lágrimas por parte de Doña Berta.

Confesó *su secreto*; pero nada, el dueño de *su capitán* la tomó por una loca. Sin embargo no desconfió; esperaba vender...

Al día siguiente se dirigió, como de costumbre, á casa de u verdugo.

¡Era la visita decisiva, la San Marcial de sus deseos!

Al cruzar la calle de Fuencarral, doña Berta, distraída por la idea de siempre, con el pensamiento fijo en la adquisición del cuadro, no sintió que el tranvía se acercaba hasta que se vió arrollada, triturada... A los pocos segundos no existía.

El gato, «el amigo de las mariposas y de las siestas dormidas á las sombras de árboles seculares» murió de hambre en un rincón de una trastera acaso «soñando con las mariposas que no podía cazar.»

Es *Doña Berta* el mejor libro que ha salido de la pluma de *Clarín*.

Lo que sufre la vieja pensando en su engañador, los momentos de felicidad producidos por el recuerdo del hijo á quien no vió sino en el cuadro, la salida de Posadorio, la despedida á aquellos valles y á aquellos árboles seculares y á aquel *palacio* de los Rondaliegos, el miedo á los carruajes y á los tranvías de Madrid, la lucha por la adquisición del famoso cuadro, todo lo que sintió doña Berta, está trasladado al papel con notable precisión y maestría, todo es natural, todo lógico, todo sublime.

Las otras dos novelas, *Cuervo* y *Superchería*, merecen elogios también; pero á decir verdad, resultan pálidas y sin brillo al lado de *Doña Berta*.

Desde hoy *Clarín* puede figurar en el número de nuestros mejores novelistas.

C. JOSÉ DE ARPE.

COLECCIÓN
DE LIBROS RAROS Ó CURIOSOS QUE TRATAN DE AMÉRICA

Así llevan por título unos volúmenes que está publicando la casa editorial de D. Pedro Viudel, y cuyo objeto es desenterrar, si se nos permite la frase, del polvo de las Bibliotecas, todos aquellos manuscritos y papeles curiosos y raros que dan alguna luz acerca del descubrimiento de América por Colón y los españoles, aquella portentosa epopeya que tanto dice en favor de un pueblo noble y glorioso, cuyo nombre lo escribirá en su historia con letras de oro, el progreso humano.

Esta colección compónese ya de cinco tomos. Tratan el 3.º y 4.º, *del origen de los Indios del Perú, Méjico, Santa Fé y Chile*, escrito por el oidor de la Real Audiencia de Lima, Dr. D. Diego Andrés Rocha, y se ocupa el volumen quinto de la *Historia del Almirante de las Indias Don Cristóbal Colón, escrita por su hijo Don Fernando Colón*.

Ambas obras demuestran con pruebas irrefutables y documentos enteramente fidedignos, cosas por completo nuevas y desconocidas de la generalidad.

En la primera de las dos obras mencionadas, susténtase la teoría de que los israelitas pasando el estrecho de Behe-

ring, fueron los primeros pobladores de las tierras americanas; que la isla Atlántida de que nos hablan los autores antiguos, comenzaba desde Cádiz y corría mil leguas hasta las islas de Santo Domingo y Cuba; que los chinos fueron también pobladores de América y que los indios occidentales descienden de las diez tribus que desterró Salmanasar á Persia.

También se afirma en los cuatro primeros tomos que el Nuevo Mundo, esto es las Indias, fueron conocidas de los antiguos, y que los tultecas, primitivos pobladores de Méjico, descendían de las tribus israelitas sacadas de Samaria por Salmanasar y que como los á ellas pertenecientes usaron vestiduras blancas, así como de su conformidad con los tártaros, pues unos y otros según Rocha tienen su principio en la letra *Tau Tribus Tártaros Tultecos*.

Respecto á la historia de Colón ¿qué mayor veracidad y exactitud en los hechos podemos exigir para el conocimiento de todo lo relacionado con el inmortal genovés, que el relato de un hijo suyo, que había de estar por completo al corriente de todo cuanto afectase á su insigne padre?

Todos los elogios que tributemos á la casa editorial enunciada, son pocos, comparados con los que se merece quien como ella, sin perdonar sacrificio de ningún género, lleva á cabo una empresa que tanto vale á las letras y á la historia ibéricas.

Damos por lo tanto nuestro parabién más entusiasta al Sr. Viudel por haber emprendido obra tan meritoria y patriótica.

INDALECIO RUIZ.

DIRECTOR:
M. TELLO AMONDAREYN.

PROPIETARIO:
ANTONIO LEIVA.

ÍNDICE DEL TOMO CXXXVIII

CUADERNO PRIMERO

	<u>Páginas.</u>
ANTEPORTADA..	1
PORTADA.	3
<i>La leyenda de Teodorico</i> , por D. José J. Herrero.	5
<i>La guerra franco-germana de 1870</i> , por D. Clemente Domingo Mambrilla.	13
<i>Un libro precioso</i> , por D. Rafael Delorme Salto.	19
<i>Las manifestaciones socialistas del 1.º de Mayo</i> , por don Cristóbal Botella.	32
<i>El jesuita</i> , por D. Bernardino Martín Mínguez.	45
<i>Las tres hermanas</i> , por D. M. Walls y Merino.	57
<i>Nuestra agricultura y ganadería</i> , por D. R. Becerro de Bengoa.	65
<i>Revoluciones reaccionarias</i> , por D. C. Ruiz Martínez.	94
<i>Historia de la Francmasonería</i> , por D. Nicolás Díaz y Pérez.	100
<i>Crónica política interior</i> , por D. M. Tello Amondareyn.	116
<i>Crónica exterior</i> , por D. L. Calzado.	122

CUADERNO SEGUNDO

<i>Hins-Belay</i> , por D. Antonio Aguilar y Cano.	129
<i>Levantamiento del sitio de Irún</i> , por D. Juan Pedro Barcelona.	153
<i>Las caras</i> , por D. Luis Pardo.	166
<i>La educación física</i> , por D. M. de Monserrate Abad.	171
<i>Plan de un libro</i> , por El Conde de las Navas.	202
<i>El elixir de aleltes</i> , por D. Aureliano J. Pereira.	210
<i>El encanto</i> , por D. Manuel Amor Meilán.	122
<i>Crónica política interior</i> , por D. M. Tello Amondareyn.	230
<i>Crónica exterior</i> , por D. José Ibáñez Marín.	239
<i>Bibliografía</i> , por D. Clemente Domingo Mambrilla.	245

ÍNDICE

CUADERNO TERCERO

	<u>Páginas.</u>
<i>Hins-Belay</i> , por D. Antonio Aguilar y Cano.	257
<i>Gustavo A. Becquer</i> , por Valeriano Barrero Amador.	276
<i>La duquesa de Villahermosa</i> , por el padre Luis Coloma, S. J.	294
<i>La piedad</i> , por D. U. González Serrano.	315
<i>Historia de la Francmasonería</i> , por D. Nicolás Díaz y Pérez.	318
<i>Ulrico de Lhinstenstein y Pedro Vidal</i> , por D. José J. Herrero.	341
<i>Redención sin caída</i> , por D. Julio Burell.	346
<i>Ensayo acerca de la condición jurídica de la mujer</i> , por D. E. Gómez de Baquero.	354
<i>Crónica política interior</i> , por D. M. Tello Amondareyn.	360
<i>Crónica exterior</i> , por Y.	380

CUADERNO CUARTO

<i>Las crisis monetarias en la antigüedad</i> , por D. N. Sente- nach.	385
<i>La duquesa de Villahermosa</i> , por el padre Luis Coloma, S. J.	398
<i>Nicolás Copérnico y los astrónomos españoles</i> , por D. Rafael Delorme Salto.	422
<i>La estadística de los presupuestos</i> , por Las C. C.	436
<i>La poesía en los antiguos pueblos americanos</i> , por D. Angel Stor.	454
<i>Ensayo acerca de la condición jurídica de la mujer</i> , por D. E. Gómez de Baquero.	470
<i>Libros de política</i> , por el Marqués de Figueroa.	483
<i>Crónica política interior</i> , por D. M. Tello Amondareyn.	489
<i>Crónica exterior</i> , por D. José Ibáñez Marín.	498
<i>Bibliografía</i> , por D. C. José de Arpe.	503
<i>Colección de libros raros ó curiosos que tratan de América</i> , por D. Indalecio Ruiz.	507

ACADEMIA CASA-PENSIÓN

DEL

CARDENAL CISNEROS

Para alumnos

de Facultades y Escuelas superiores exclusivamente.

Asegurar á los jóvenes, por razón de estudios alejados de sus familias, un segundo hogar, y por tanto, un mayor bienestar que el que disfrutar pueden en hoteles ó casas de huéspedes, atentas no más que á su lucro é interés; facilitarles el estudio y aprovechamiento del mismo por medio de lecciones supletorias, y aclaración y vencimiento de cuantas dudas y dificultades entorpezcan su trabajo; y afianzarles el cumplimiento de sus deberes todos por los procedimientos que la razón y la experiencia de consuno señalan, aplicados inteligente y reflexivamente sin anular la libertad racional que disfrutar deben ni menoscabar la propia dignidad que como su más firme sostén ha de enaltecerse siempre, es, con la de suplir la acción tutelar del padre, y á la vez proporcionar á las familias, (con los medios de dirigirles y encauzarles en todo momento, y en todo momento también conocer su estado y situación); la tranquilidad y el sosiego que necesariamente ha de darlas, la seguridad racional que se las otorga de que sus hijos utilizarán convenientemente el tiempo y desembolsos que imponen, y librarán los múltiples y graves riesgos que Madrid, abandonados á sus propias fuerzas, les ofrece de continuo, es repetimos la misión que se ha propuesto D. Antonio Mora al crear la Casa-pensión de referencia, que confundirse no debe con colegio alguno, por diferir esencialmente, tanto en su régimen interior, como en manifestaciones externas, de los establecimientos de esta índole.

Recomendamos á las familias antes de colocar sus hijos á su libre albedrío en casas ú hoteles más ó menos recomendables, ó confiarlos á personas seguramente respetables, pero cuyas preocupaciones y trabajos no las permiten de ordinario consagrar á aquéllos la atención debida, pidan al Director, Daóz 3, el reglamento y bases porque se rige.

PRÉSTAMOS HIPOTECARIOS

Se encarga de su gestión el activo agente del Banco Hipotecario de España,

D. PABLO DE GOROSTIZA

Paseo de Recoletos, 12

y

Calle de Mendizábal, 56

MADRID

El Banco Hipotecario hace en la actualidad sus préstamos al interés de 5,50 0/0 y 0,60 0/0 de comisión.

También hace el Banco Hipotecario de España préstamos á Diputaciones provinciales, Ayuntamientos y Corporaciones, en condiciones especiales.

PREPARACIONES FARMACÉUTICAS

DEL

DOCTOR BONALD

GORGUERA, 17, MADRID

Pesetas.

Pastillas cloro-boro-sódicas con cocaína.

Especiales contra las irritaciones agudas y crónicas de las mucosas bucal y faríngea; superiores á todas las preparaciones conocidas hasta el día, por su inmediata y benéfica acción en todas las enfermedades de la boca y garganta. Precio de la caja

2

Pastillas de frutos pectorales con codeína.

De seguro éxito en todas las enfermedades de las vías respiratorias que produzcan tos, especialmente en las diversas clases de catarros, bronquitis, laringitis, etc. Precio de la caja

1,25

Pastillas vermifugas de Bonald.

Medicamento utilísimo, principalmente para los niños, y de éxito comprobado contra las lombrices. Corrije además los excesos de bilis, *asientos* ó malas digestiones y los perniciosos efectos de la baba, durante la dentición. Precio de la caja (varía entre 75 céntimos y 2 pesetas 50 céntimos, según la edad del niño).

Vino de coca, quina y hierro peptonizado.

Contra la anemia, clorosis, inapetencia, neuralgias intermitentes, flujos blancos y debilidad en general. Precio del frasco

4

Vino de coca y hierro peptonizado.

Contra los afectos nerviosos con debilidad, digestiones lentas y dolorosas, anemia, flujo blanco, clorosis, etc. Precio del frasco

4

Vino alimenticio preparado con peptona, coca, quina y cacao.

Para combatir con gran éxito la anemia, clorosis, inapetencia, digestiones pesadas ó tardías, dolores del estómago, desarreglos menstruales, convalecencias largas, flujos blancos, pirosis, flatos ó acedías; de grandes resultados en las enfermedades consuntivas en general, y particularmente en la tisis por sus efectos sedantes y tónicos. Precio del frasco

4

Elixir de pepsina, pancreatina y diastasa á la cocaína.

Empléase con seguro resultado en las más complejas perturbaciones de la digestión, vómitos glerosos ó ácidos, digestiones lentísimas, dolores de estómago y neuralgias armónicas con la digestión. Precio del frasco

4

ADVERTENCIAS. Tanto los medicamentos anunciados como otros del doctor Bonald, están acreditados en la práctica por reputadas autoridades en las ciencias médicas.

A cada frasco ó caja acompaña un prospecto explicativo para el modo de usar el medicamento.

Se expenden en casa del autor, Gorguera, 17, Madrid y en las principales farmacias. Se envían á provincias directamente.

LA «REVISTA DE ESPAÑA»

(AÑO XXV DE SU PUBLICACIÓN)

VE LA LUZ LOS DIAS 15 Y 30 DE CADA MES

Un número suelto, 2 pesetas 50 céntimos en Madrid y 3 pesetas en provincias.

Un número atrasado, 4 pesetas en Eurôpa y América.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

MADRID

Un mes, 4 pesetas.—Tres meses, 11 pesetas.—Seis meses, 22 pesetas.—Un año, 40 pesetas.

PROVINCIAS

Tres meses, 13,75 pesetas.—Seis meses, 27,50 pesetas.—Un año, 45 pesetas.

EXTRANJERO (*menos Portugal*).

Seis meses, 32,50 pesetas.—Un año 60 pesetas.

PORTUGAL

Seis meses, 27,50 pesetas.—Un año, 50 pesetas.

CUBA Y PUERTO RICO

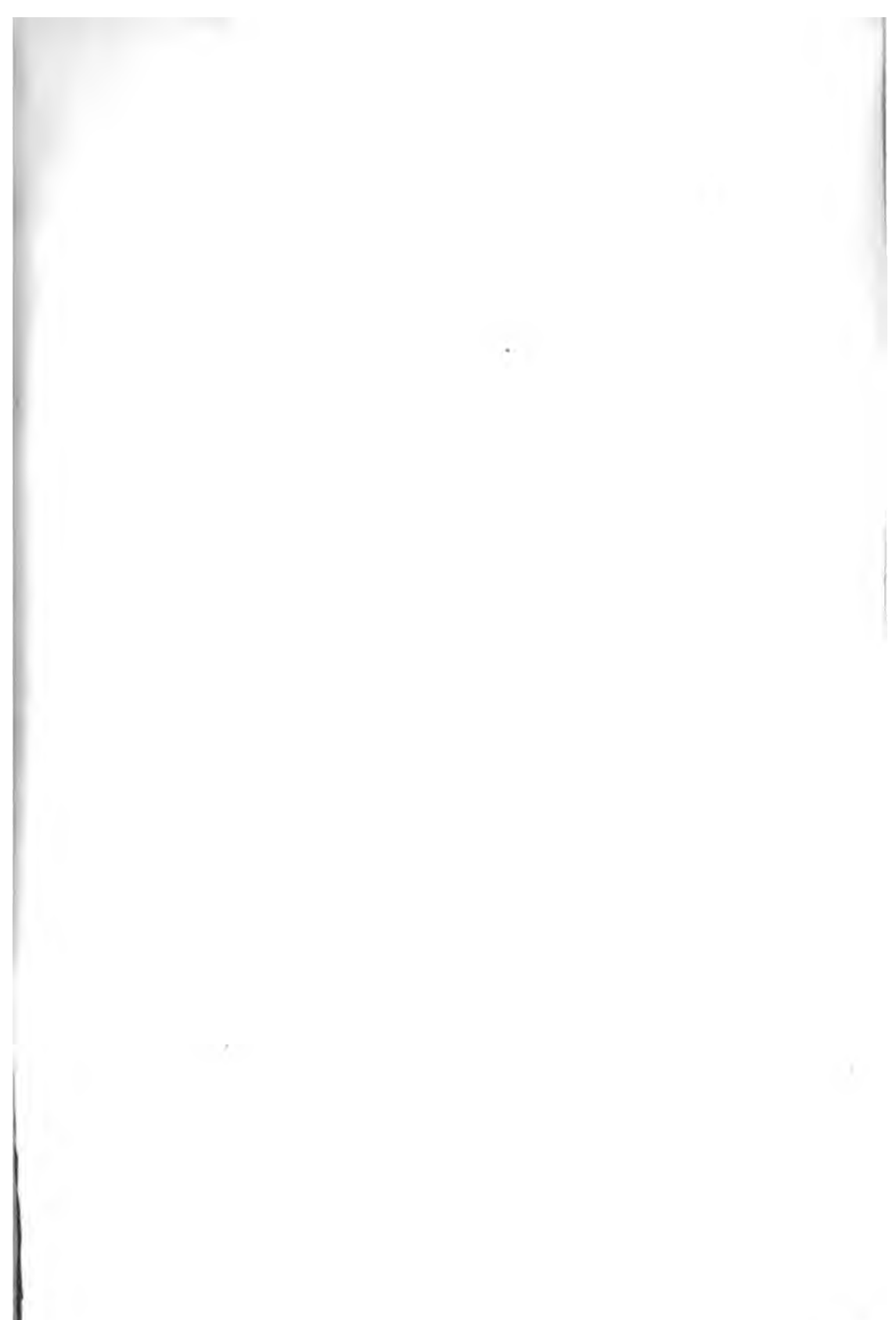
Un año, 75 pesetas.

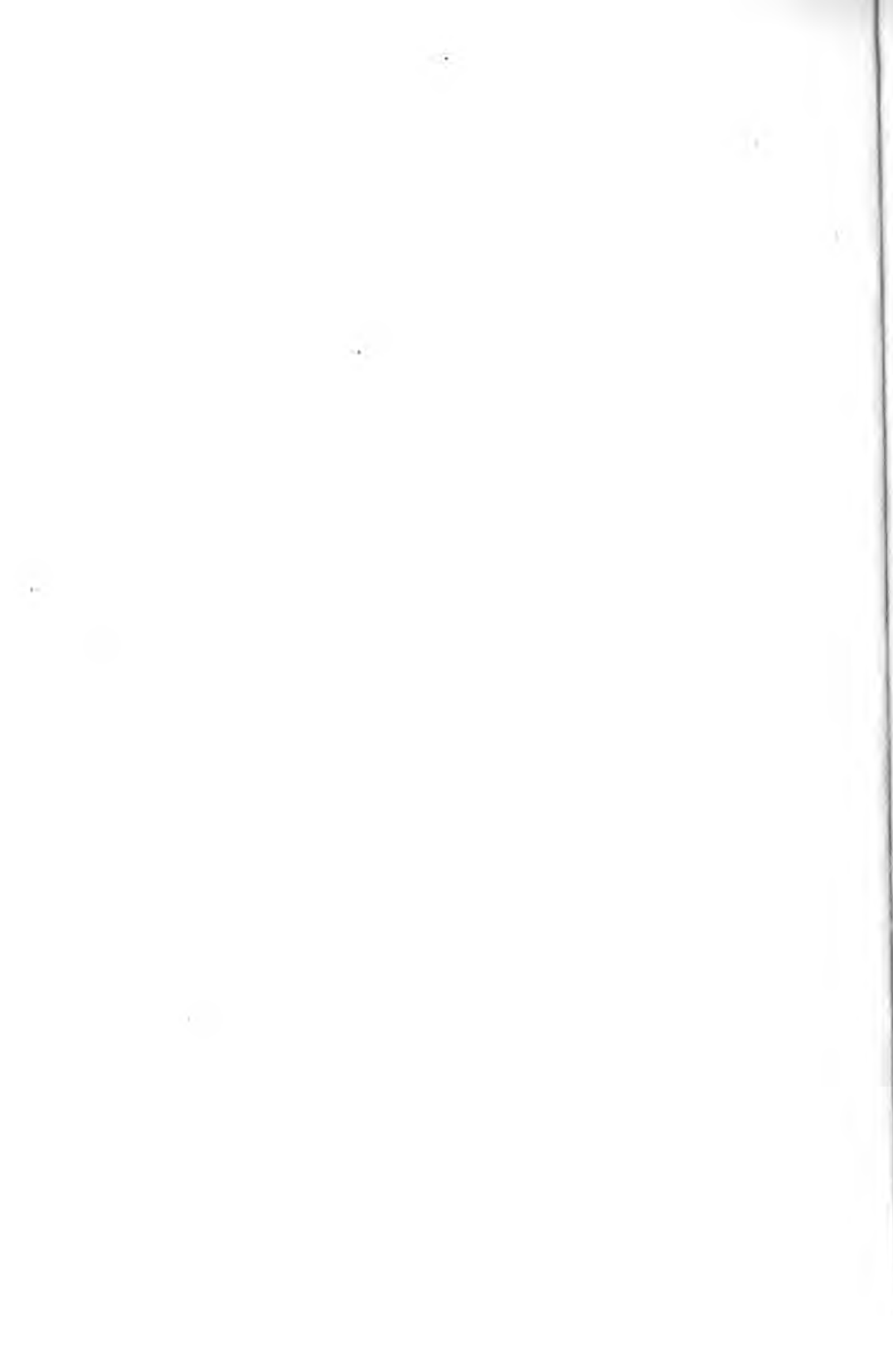
PILIPINAS

Un año, 80 pesetas.

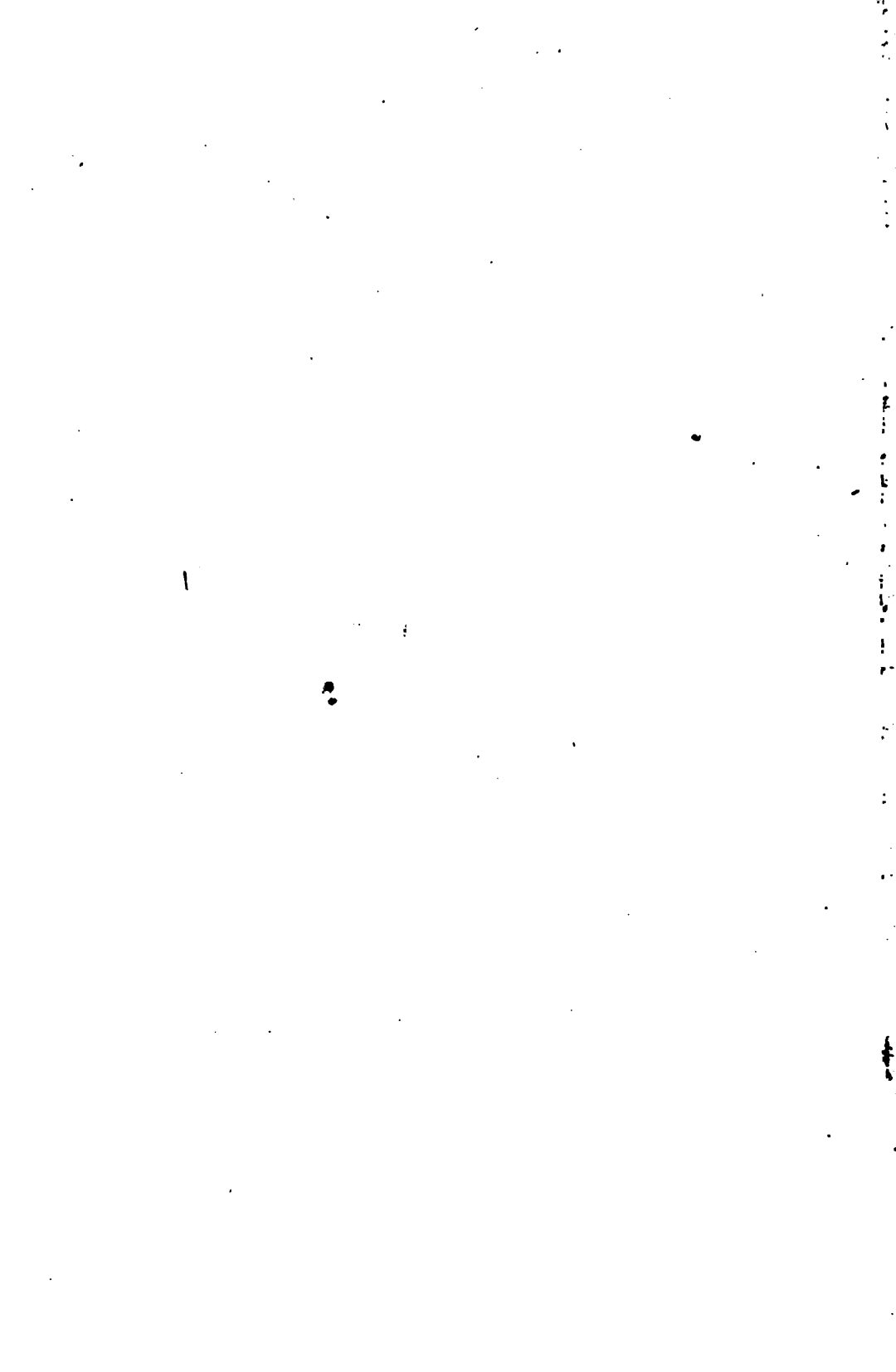
No se sirve suscripción alguna cuyo pago no se haga por anticipado. Tenemos colecciones enteras de la REVISTA á disposición de los que las deseen.

Los pedidos deben hacerse directamente al Administrador de la REVISTA DE ESPAÑA, Santa Catalina, 5, Madrid.









This book should be returned to
the Library on or before the last date
stamped below.

A fine of five cents a day is incurred
by retaining it beyond the specified
time.

Please return promptly.

JUN 27 '68 H

2058231